

Doctorado en Ciencias Sociales

Tesis Doctoral

Mapas para una historia intelectual de la comunicación popular

Ideas, contextos y prácticas editoriales
de los '60 y '70 en América Latina

Doctorando: Daniel Badenes
Directores: Alfredo Alfonso – Aníbal Viguera

2020

Introducción 7

0.1. Una historia intelectual de la comunicación popular	8
0.1.1. Contextos e intenciones	11
0.1.2. Palabras clave	12
0.1.3. La cuestión editorial	13
0.1.4. Los intelectuales faro	14
0.2. Aspectos metodológicos de la investigación	15
0.3. Coordenadas espaciales	16
0.4. Coordenadas temporales	18
0.5. ¿De qué hablamos cuando hablamos de comunicación popular?	19
0.6. El contexto y las intenciones de este autor	25
0.7. La fase representativa	27

PRIMERA PARTE

COMUNICACIÓN PARA LA LIBERACIÓN

1. Las redes cristianas 37

1.1. Antecedentes latinoamericanos	38
1.1.1. La experiencia de los medios educativos	38
1.1.2. Las comunidades de base	43
1.1.3. El impacto del Concilio Vaticano II	44
1.1.4. Medellín y las ideas de liberación	47
1.2. La institucionalización del pensamiento sobre la comunicación	49
1.3.. Teoría y praxis en América Latina	59
1.3.1. Pedagogía del lenguaje total	59
1.3.2. Comunicación participativa y crítica a la comunicación masiva	61
1.3.3. La comunicación de base	64

2. Perú y Bolivia 69

2.1. Perú: entre la revolución “desde arriba” y el participacionismo	71
2.1.1. El “apoyo a la movilización social” y la comunicación horizontal	74
2.1.2. Telecomunicaciones, Educación y participación popular	77
2.1.3. La prensa para los “sectores sociales organizados”	84
2.2. El Pacto Andino: inicios del debate internacional sobre la comunicación	92
2.3. Bolivia: vanguardia sindical en “el país más olvidado y dependiente de América”	94

3. Chile 103

3.1. Del ICIRA al CEREN	106
3.2. La batalla de la comunicación	108
3.3. Intervenciones y debates en la primera etapa de la Unidad Popular	111
3.4. Quimantú: la democratización de la cultura	122
3.5. La radicalización del proceso. Poder popular y comunicación	128
3.6. El gobierno de Allende y la comunicación internacional	136

4. Argentina	137
4.1. Una proyección desde el Movimiento Obrero	141
4.2. La formación de un diagnóstico crítico sobre la comunicación masiva	144
4.3. La disputa de/desde el Estado	150
4.4. El Ministerio de Cultura y Educación de la Nación	152
4.4.1. Departamento de Comunicaciones Sociales	152
4.4.2. La gestión del cine	154
4.4.3. La comunicación en las universidades nacionales	155
4.5. La Escuela de Comunicación Colectiva en Mendoza	165

5. Conexiones y puntos de encuentro	169
5.1. La etapa conosureña de la revista <i>Comunicación y Cultura</i>	172
5.2. Balance de etapa y palabras clave	180

SEGUNDA PARTE

COMUNICACIÓN PARA LA DEMOCRACIA

6. Los organismos internacionales	187
6.1. Los debates en la UNESCO	187
6.2. Beltrán: del documento de Bogotá al “Adiós a Aristóteles”	196
6.3. El informe MacBride y las comunicaciones de sustitución	202
6.4. CIESPAL: de la Alianza para el Progreso a la comunicación participativa	212
6.4.1. “El nuevo paradigma de la comunicación”	216
6.4.2. Los debates de la comunicación popular en <i>Chasqui</i>	221

7. Las redes cristianas (II)	233
7.1. Formar, unir y comunicar	234
7.2. Evaluación, documentación y comunicación popular	237
7.3. Pistas para una teoría	243
7.4. La voz oficial: el camino a Puebla	247
7.5. Año 1979: Nicaragua y la Consulta Latinoamericana	250
7.6. Las publicaciones de CELADEC	254
7.7. Las alternativas en la revista <i>Comunicación</i>	258
7.8. Las redes cristianas después del Informe MacBride	269

8. La reflexión desde el exilio	283
8.1. Meca del exilio y los debates tercermundistas	284
8.2. La fundación del ILET	289
8.3. Las producciones editoriales	295
8.4. De la crítica transnacional a la búsqueda de alternativas	300
8.5. La comunicación alternativa en la UAM y la UNAM	313
8.6. ALTERCOM: documentar y multiplicar la alternativa	324

9. Puntos de llegada: reflexiones finales	327
9.1. Dos compilaciones	327
9.2. El cruce de vertientes y la lógica de la praxis	329
9.3. La reflexión desde la experiencia	330
9.4. Las condiciones de producción en el exilio	332
9.5. Trayectorias intelectuales	334
9.6. La maduración de la comunicación popular	336
9.6.1. Dimensiones de análisis	338
9.6.2. Niveles micro, meso y macro	343
9.6.3. Una mirada histórica	344
9.6.4. Una estrategia múltiple	345
9.7. De la liberación a la democracia	347
Agradecimientos	351
Referencias bibliográficas	353
ANEXOS	
I. Línea de tiempo	376
II. Índice onomástico	379

“Nuestros conceptos forman parte de lo que traemos al mundo en nuestros esfuerzos por comprenderlo. Las conceptualizaciones variables a las que este proceso da origen constituyen la materia prima del debate ideológico, por lo que no tiene sentido ni lamentar ni negar que este cambio de conceptos tenga lugar continuamente” (Skinner, 2007: 297)

“...la dimensión teórica de lo que en el campo académico se ha denominado comunicación comunitaria, popular y alternativa está constituida por una trama conceptual que no sólo se propone tornar inteligibles determinadas experiencias y procesos, también se propone explícitamente como orientadora de una praxis que aspira a ser transformadora. De ahí que algunos de los conceptos y las nociones de esta trama no sean tanto de carácter explicativo como de carácter prescriptivo o del orden del deber ser” (Kejval, 2016: 35)

La *comunicación popular* o *alternativa* -entre otras denominaciones en pugna-, cuya historia en tanto práctica puede remontarse incluso siglos atrás, comenzó a ser objeto de reflexiones intelectuales y debates académicos hacia fines de los años sesenta, contemporáneamente a la consolidación de los estudios sobre medios en los países centrales y los primeros pasos de la comunicación como campo académico en América Latina.

A lo largo de toda la década del setenta, distintos intelectuales propusieron definiciones, postularon principios y sistematizaron experiencias -previas o en pleno desarrollo- llevadas adelante en diferentes ámbitos (estatales y no gubernamentales, urbanos y rurales, religiosos y laicos, de gran y pequeña escala). Distintas vertientes confluyeron así a pensar una comunicación que se llamó *horizontal, de base, participativa, educativa*: experiencias vinculadas a la alfabetización impulsadas desde ámbitos religiosos, trabajos grupales e inter-grupales en comunidades campesinas, la edición orgánica de prensas obreras, estrategias de propaganda de las organizaciones insurgentes y también algunos procesos de transformación encarados desde el Estado. Así, la *comunicación popular* (usaremos aquí esa expresión amplia y permeable a las distintas referencias) fue objeto de incipientes articulaciones que trascendieron las fronteras nacionales, y las ideas en circulación dieron lugar a escritos y publicaciones.

La presente tesis focaliza esos materiales para repensar las producciones intelectuales de un período que ha quedado oclui-

do en las lecturas más corrientes sobre el tema. Esto puede observarse incluso en algunas tesis de maestría y doctorado que se produjeron en los últimos años, que han aportado y revitalizado los debates sobre estas formas de comunicación desde distintas perspectivas, cuyas referencias tienden a situar temporalmente a los debates en los años ochenta, o entre mediados de los sesenta y los ochenta.

Si valiosos trabajos han enriquecido el campo de la comunicación popular con aportes de la antropología (Fasano, 2011 y Lizondo, 2015), la teoría política (Segura, 2011; Gerbaldo, 2014), la sociosemiótica (Ramos Martín, 2015), la economía política (Iglesias, 2015), el análisis del discurso político (Kejval, 2016) y la sociología (De Guio, 2017), aquí proponemos una contribución desde la historia intelectual.

1. Una historia intelectual de la comunicación popular

Situada en América Latina y enfocada en los años sesenta y setenta¹, esta tesis propone una *historia intelectual de la comunicación popular*. ¿Significa esto que perseguiremos el camino de esa palabra clave, o el de una idea inalterable a través del tiempo? No: intentaré comprender el proceso de formación de una constelación de conceptos -asociados a experiencias- y el desarrollo de debates académico-políticos en torno a la democratización de la comunicación, que se dieron en contextos específicos y a partir de los aportes de intelectuales cuyos itinerarios y relaciones nos interesa analizar porque son parte de las condiciones de posibilidad de esas ideas.

De hecho, no hay *una* sino decenas de palabras que han nombrado esas ideas y prácticas, que han tenido significados cambiantes en el tiempo. Ya finalizado el período que analizaremos en este trabajo, Regina Festa (1986) hizo un inventario que sumaba 33 términos distintos, a los que hoy podríamos agregar muchos más. Se habla de comunicación popular, comunicación alternativa o comunicación popular alternativa. De comunicación horizontal, dialógica, participativa, participatoria. De medios grupales. De comunicación comunitaria, intermedia, de base. Emancipatoria, liberadora, movilizadora. Comunicación del oprimido y prensa marginal. Militante, radical, de resistencia, libre. Comunicación educativa, democrática, ciudadana. Autogestionaria, autogestiva, asociativa. Alterativa, para el cambio social, emergente, activista. Se habla de medios sociales de comunicación, cooperativos, autónomos. De contrainforma-

1. En el plan original, el objetivo general hablaba de “reconstruir y analizar los debates intelectuales en torno a la comunicación popular, a partir de un conjunto de intervenciones que se dieron en el ámbito hispanoamericano entre 1971 y 1983”. El trabajo de reconstrucción, sobre todo en lo que refiere al ámbito de las redes cristianas (capítulo 1) requirió llevar el recorte temporal más atrás y atender a procesos de los años sesenta.

ción. De medios cívicos, sin fines de lucro o del tercer sector.

Yendo cuatro décadas atrás podemos encontrar trabajos cuyo propósito era delimitar “conceptualmente cada una de dichas expresiones” y “llegar a la formulación de lo que a nuestro juicio debe entenderse por ‘comunicación alternativa’” (Graziano, 1980). Hoy es más común, en este campo, encontrar estudios que proponen “suspender la sed de definiciones” (Lizondo, 2015: 55) o que, frente a la polisemia y la movilidad de ciertos conceptos, eligen la tríada “alternativa, popular y comunitaria” y “la utilización indistinta de cada uno de estos términos que tienen una larga tradición en América Latina y, más allá de sus particularidades, rasgos comunes que permiten agruparlos dentro de un mismo haz conceptual” (Vinelli, 2014: 26). Esta decisión, compartida por Larisa Kejval (2016) y otros, asume la imposibilidad de una definición:

En su tesis doctoral -abocada en particular a la identidad política de estas experiencias en el ámbito de las radios- asume que, desde su origen, “ha sido difícil lograr consensos estables sobre los modos de definir conceptualmente a estos medios de comunicación, tanto desde el campo académico como desde las mismas experiencias y sus asociaciones (...) [C]omunitarias, populares y alternativas son los tres calificativos con los que las mismas radios, las redes nacionales e internacionales a través de las que se nuclearon, el ámbito académico y algunos centros de comunicación/ educación identificaron a este conjunto de medios en Argentina, a veces privilegiando uno de estos calificativos, otras utilizándolos indistintamente” (Kejval, 2016: 2, 17). La autora menciona también otros “calificativos” como *libres, alterativas, ciudadanas o medios sociales de comunicación*.

“La incomodidad de la alternatividad tiene que ver con su historia, que siempre fue rebelde a la formalización conceptual y que está muy asociada a la práctica (comunicacional, social y política). De esto dan cuenta numerosos esfuerzos teóricos que, si bien trazaron algunos marcos desde donde leer estas experiencias comunitativas y culturales, no lograron de todos modos una síntesis que controlara las resonancias connotativas que los propios términos alternativo, popular o comunitario generan. Estamos ante un campo complejo y polifacético, como señala Oscar Magarola (s/f), que resiste ‘cualquier pretensión de definición. Ensayar una sería reducir el fenómeno, congelarlo en una forma académica poco fecunda’” (Vinelli, 2014: 38)

Esta tesis tampoco busca precisar ese haz de conceptos, sino historizarlos, desde una perspectiva que dé cuenta de quiénes los produjeron y cuáles fueron sus trayectorias, los contextos y las redes de problemas en que se inscribían, los propósitos o intenciones con que se desarrollaron sus ideas, y los usos que tuvieron en distintos momentos y proyectos políticos. Se aproxima así a una historia de los conceptos, a la manera de Reinhart Koselleck (2004), desde una perspectiva que admite y le asigna un lugar central a los cambios conceptuales. Y a su vez asume que en esas “historias de cómo los conceptos han sido enunciados a lo largo del tiempo”, paradójicamente, “varias transformaciones que podemos esperar delinear, no serán en absoluto, estrictamente hablando, cambios de conceptos. Serán transformaciones en las aplicaciones de los términos por medio de las cuales nuestros conceptos se expresan” (Skinner, 2007: 299, 301).

La referencia a Quentin Skinner no es casual: nos inclinamos hacia una historia intelectual que requiere el desarrollo de una historia social, donde los textos deben pensarse en las circunstancias en que fueron escritos, compilados, publicados, discuti-

dos, traducidos, reseñados, prestados, copiados, archivados (y también censurados, escondidos, quemados).

La perspectiva propuesta coincide con el enfoque de François Dosse (2007), para quien la historia intelectual -como campo de investigación en tensión con la tradicional historia de las ideas- busca “hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer, de una manera que rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad” (Dosse, 2007: 14). Así nos presenta el desafío de articular las producciones, los recorridos y los itinerarios. De pensar, como Robert Darnton, un ramillete multidimensional donde trabajan al mismo tiempo la lógica propia de las ideas, la de la vida intelectual y la política cultural (en Dosse, 2014: 15). Como plantea Carlos Altamirano (2005), la *historia intelectual* difiere de la historia de las ideas porque su búsqueda no se reduce al inventario o comentario de textos, sino que se ocupa del “trabajo del pensamiento en el seno de experiencias históricas”.

La perspectiva asumida se inspira también en trabajos como la tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de Mariano Zarowsky (2011), que propone un cruce entre la historia intelectual y la sociología de la cultura. Este punto de vista se reconoce en investigaciones como las de Fernanda Beigel sobre la vida política y la obra de Mariátegui (2003), la de Alejandro Blanco sobre el itinerario intelectual y la praxis editorial de Gino Germani (2006), la del mencionado Zarowsky sobre el itinerario intelectual de Armand Mattelart y la de Emiliano Sánchez Narvarte (2019) que, en el mismo sentido, analiza la trayectoria de Antonio Pasquali. Como se advierte ya en sus títulos, la noción de *itinerario* es un concepto clave en estos trabajos, cuyo foco está puesto en una figura del campo intelectual².

Más próximos al planteo de esta tesis, donde múltiples trayectorias se cruzan en la formación de un campo de reflexiones y debates, se pueden mencionar el trabajo de Claudia Gilman (2003) que estudia el proceso de politización de los escritores y críticos literarios en los sesenta/setenta que dio lugar a la figura del “intelectual revolucionario”, con una perspectiva que entrecruza historia intelectual e historia literaria y deliberadamente desborda los puntos de vista nacionales; el de Claudio Suasnábar (2004) sobre la reconfiguración del campo pedagógico universitario en la Argentina de los sesenta y setenta -que abarca un amplio y heterogéneo grupo de intelectuales-; la tesis de Alejandro Barranquero (2008) que indaga cómo pensamientos y prácticas latinoamericanas contribuyeron a formar un paradigma de

2. Esto no significa que se trate de meras biografías intelectuales: a través de esos trayectorias se pueden ver procesos políticos, culturales y sociales. Y como plantean Neiburg y Plotkin (2004: 27), pueden ser “un campo de observación privilegiado de las articulaciones entre lo nacional y lo internacional”.



La búsqueda de Jara es semejante a la de este trabajo, por otra parte, por lo escurridizo del objeto. El autor advierte que las expresiones de la educación popular van desde la mayor informalidad hasta el ser parte de una política pública; a su vez, observa que “dichas prácticas tienen antecedentes en nuestra región que se remontan al siglo XIX, pero se desarrollan con particular fuerza a partir de la década del sesenta del siglo pasado, teniendo su período de mayor expansión en la década de los ochenta, siempre vinculada a los procesos y movimientos sociales del continente” (Jara Holliday, 2018: 26-27). Si reemplazamos *educación popular* por *comunicación popular*, podría ser un argumento propio de esta tesis.

“comunicación para el cambio social”; la de Alejandro Ramírez (2017) que con una aspiración hermenéutica procuró construir “escenarios” para pensar las condiciones de “los debates, los supuestos, las expectativas, las problemáticas, las tematizaciones y de las líneas de investigación que legaron características específicas al desarrollo del campo de la comunicación latinoamericano”; la de Ricardo Diviani (2019) que también tematiza los años sesenta y setenta para pensar la producción y de los debates de los intelectuales de la comunicación y en particular de la semiología en la Argentina; o la de Oscar Jara Holliday (2018)³ siguiendo la trayectoria y el itinerario temático de la Educación Popular en el contexto histórico latinoamericano de los últimos sesenta años, a partir del “análisis e interpretación crítica de experiencias y propuestas significativas” (29).

Los lectores de mis primeros borradores me señalaron que los objetos abordados desde la historia intelectual suelen ser más acotados. El desarrollo de esta tesis asumió el desafío y el riesgo de un objeto *inmenso*, sin abandonar esa perspectiva de análisis.

1.1. Contextos e intenciones

A sabiendas de cuestionamientos existentes, Diviani defiende la interpretación de “los textos del pasado a partir del análisis del ‘contexto’ y la ‘intencionalidad’ de las intervenciones de los agentes en una situación determinada” (Diviani, 2013: 20). Coincidimos con esa perspectiva, donde las obras no son leídas como “escritas por un contemporáneo”, sino que se busca “vincular los textos específicos que estudiamos con los contextos culturales precisos en los que ellos se han formado originariamente” (Skinner, 2007: 110, 219).

Como bien explica Eduardo Rinesi, el *contexto* definido por Skinner incluye las distintas circunstancias en que un texto fue escrito, las motivaciones del autor para escribir, lo que buscaba producir con él, a quién y cómo buscaba convencer, las acuerdos culturales que compartía con sus lectores inmediatos, etcétera. Es decir: no son -o no sólo son- las condiciones sociales inmediatas, sino los *contextos intelectuales*: “contextos hechos de debates, de lecturas, y de debates con estas lecturas” (Rinesi, en Skinner, 2007: 15).

En palabras de Skinner,

“El contexto apropiado para entender el punto de las expresiones de tales escritores será siempre cualquier contexto que nos permita apreciar la naturaleza de la intervención constituida por sus expresiones. Para recuperar ese contexto en cualquier caso en particular, debemos comprometernos en una investigación histórica extremada-

3. En los casos de Barranquero, Ramírez, Sánchez Narvarte y Zarowsky, las fechas consignadas corresponden a sus tesis originales. De Beigel, Blanco, Diviani, Gilman, Jara Holliday y Suasnábar la cita corresponde a los libros basados en la producción doctoral, realizada años antes.

mente amplia tanto en su espectro como en sus detalles”
(Skinner, 2007: 206)

Los libros, artículos de revistas, informes, manifiestos, encíclicas, declaraciones surgidas de reuniones y otros materiales culturales que analizaremos en la tesis son parte de una trama polifónica cuyas piezas no pueden comprenderse escindidas unas de otras. Explícita o implícitamente dialogan, discuten, amplían, reescriben. La noción de *intertextualidad* es fundamental para proyectar la historia que nos proponemos. Más aún si asumimos, siguiendo a Dominick LaCapra, que “la reconstrucción misma de un ‘contexto’ o una ‘realidad’ se produce sobre la base de restos ‘textualizados’ del pasado” (1998: 241).

Este autor nos señala, asimismo, la imposibilidad de hablar de un contexto único: hay un conjunto de contextos significativos, que tienen que ver con las intenciones (lo que los autores están haciendo al escribir un texto, y para qué), las relaciones entre la vida del autor y el texto, las relaciones de los textos con la sociedad (y viceversa) y con los distintos niveles de cultura o comunidades de discurso, la totalidad del *corpus* de un autor/a y los distintos modos o estructuras del discurso (en Palti, 1998: 252-276).

Volviendo a Skinner otra vez: el desafío para un estudio histórico como el nuestro es “en la medida de lo posible, pensar cómo pensaron nuestros antecesores y ver las cosas a su manera. Esto requiere que recuperemos sus conceptos, sus distinciones y las cadenas de razonamiento que seguían en sus intentos por darle sentido a su mundo” (Skinner, 2007: 95).

Esa “recuperación” de conceptos plantea una serie de riesgos y desafíos. La tentación de ir en búsqueda de una idea es una de ellas. Es el procedimiento que da como resultado la crítica a los pensadores de una época por no haber logrado formularla, no haber tenido conciencia o haber escapado a su atención. Tampoco tiene sentido hablar de “anticipaciones”. En los capítulos que siguen intentamos evitar esa lógica de análisis: el objetivo es pensar la formación de un campo de reflexiones y debates, que en el curso de distintas formulaciones y reformulaciones fue configurando un(os) concepto(s) sobre comunicación popular que llegan a nuestros días. Se trata en todo caso de hacer una *genealogía* de ese haz conceptual que mencionamos al principio, para notar en esa trayectoria también la polisemia, las ideas cambiantes, las polémicas.



Este es un asunto muy elaborado por Skinner, que concibe el texto como un acto de comunicación y propone retomar la tradición anglosajona de la filosofía del lenguaje. La escritura aparece entonces como un *acto de habla*. “La comprensión de los textos, sugiero, presupone captar no sólo cuál fue su significado pretendido sino también el modo de recepción buscado de ese significado” (Skinner, 2007: 160). Para el autor, esa *fuera ilocutiva* constituye algo “interno” a los textos, y no externo ni ligado de modo contingente con la escritura (Skinner, 2007: 179)

1.2. Palabras clave

De Jean Touchard -otro autor interesado por la noción de *itinerarios*-, Dosse destaca su dedicación “a localizar en los autores, literarios o políticos, la frecuencia de uso de un cierto número de palabras claves, que permiten traducir el espíritu del tiempo” (Dosse, 2007: 50). El subrayado de algunos términos,

el detenimiento sobre el vocabulario utilizado, será relevante para algunos momentos del análisis, aunque de ninguna manera agota el sentido de la investigación.

Ese interés por las *palabras clave* nos remite asimismo al trabajo de Raymond Williams, según el cual la emergencia de una nueva palabra -o de un nuevo sentido para una palabra- expresa un momento particular del desarrollo intelectual⁴. Y bien podríamos asemejar esas palabras clave a los *conceptos fundamentales* de los que habla Koseleck (2004: 37). Extendidos en el tiempo, dichos conceptos son siempre discutibles y controvertidos, se relacionan dialécticamente con sus circunstancias y tienen una estructura temporal: “Cada concepto fundamental contiene varios estratos profundos procedentes de significados pasados, así como expectativas de futuro de diferente calado” (37-38). Además de su “contenido experiencial”, poseen “un potencial dinámico y de transformación”. El ejemplo paradigmático de esta idea son los *-ismos*, pero sin duda aplica a la comunicación popular.

El razonamiento de Koseleck sería: *comunicación popular* no siempre significó lo mismo; pero tampoco han permanecido inmutables las experiencias que llamamos *comunicación popular* (o bien *horizontal, alternativa, comunitaria*).

1.3. La cuestión editorial

Una dimensión central de la tesis, a la que prestaremos atención en todo momento, es el ámbito editorial: la publicación en libros y revistas como forma de circulación y plasmación de los debates, que supone además entender las distintas mediaciones editoriales (no sólo la escritura sino también la compilación, la traducción, la formación de colecciones, etcétera) como formas de intervención intelectual muy significativas. Comparimos con Michael Bhaskar (2014) la necesidad de desarrollar una “teoría de la edición” que enriquezca la comprensión de esas prácticas.

Para Gustavo Sorá, “una de las buenas razones para abordar los libros como referente de la investigación es la propiedad que torna a estos objetos un condensador de formas de autoridad, de poder, de interés, originadas en la tensión entre conjuntos de especialistas e instituciones” (Sorá, en Neiburg y Plotkin, 2004: 266). Este enfoque implica detenerse también en aspectos materiales del libro, en la comparación entre distintas versiones y otros aspectos significativos del estudio bibliográfico (McKenzie, 2005). Hay que prestar especial atención a los paratextos que definen el “estado civil del libro” (Febvre y Martin, 2005:

4. Skinner es crítico de esta perspectiva y plantea que lo que necesitamos saber, más que las palabras que se usan, son los conceptos que se posee (Skinner, 2007: 269-270). Ejemplifica con el caso de Milton y la noción de originalidad: “Mientras el concepto es central a su pensamiento, la palabra no ingresó en el lenguaje hasta un siglo o más después de su muerte” (Skinner, 2007: 271).

82-83) y a otros elementos que el proceso editorial suma a las “obras” analizadas: prólogos, contratapas, dedicatorias.

En el caso de las revistas, estas ya han sido señaladas por referentes de la historia intelectual como Dosse como “uno de los soportes esenciales del campo intelectual” y que pueden considerarse “como una estructura elemental de sociabilidad, espacios muy valiosos para analizar la evolución de las ideas en tanto que lugares de fermentación intelectual y de relaciones afectivas...” (Dosse, 2007: 51), por lo que constituyen observatorios o miradores privilegiados de la producción intelectual.

En el análisis editorial, nos interesaremos también por los procesos de circulación e incidencia. La noción de *circuito de comunicación* propuesta por Darnton (2010) permite comprender la dinámica histórica de la circulación de ideas y analizar el modo en que éstas se producen y se difunden en determinados contextos sociales. Este *circuito* implica un proceso que no incluye sólo “autores” sino también editores, traductores, librerías, distribuidores, entre otros.

En este plano, hay que tener en cuenta que -como plantea Miguel de Moragas Spà- en los años setenta “las dificultades de distribución de los libros entre los diversos países de América Latina eran extraordinarias”; por eso, “el ‘corpus doctrinal’ de la investigación en comunicación se fue construyendo a partir de publicaciones de pequeño formato, contactos personales, congresos, seminarios y reuniones, formas de intercambio fundamentales en la era anterior a internet, y que en el ámbito latinoamericano, llegó a crear una gran red de contactos personales e institucionales” (Moragas Spà, 2018: 15).

1.4. Los intelectuales faro

El interés por las redes de sociabilidad intelectual evidencia, una vez más, que toda producción intelectual tiene un carácter colectivo y, como plantea Michel De Certeau (1996: 52) toda investigación se escribe en una red de intercambio cuyas huellas “siempre comprometen, en efecto, los derechos de autor”. No obstante, será inevitable enfocarse en algunos productores culturales (de hecho, ya vimos que varios de los trabajos cuya perspectiva reivindicamos se concentran en *una* figura intelectual) a los que podríamos llamar, siguiendo una expresión que suele atribuirse a Pierre Bourdieu, *intelectuales faro*. Esto no implica volver sobre la idea del “genio creador”, que rechazamos, sino pensar el cruce de trayectorias que configurarán el campo de debates que nos interesa reconstruir y analizar; como así también la convergencia de distintos orígenes disciplinares y ámbitos profesionales (la academia, los aparatos gubernamentales, las organizaciones comunitarias y los movimientos sociales).

Un aspecto interesante de los itinerarios es visualizar la *circulación de las personas*. José de Souza Muniz Jr. (2016) propo-

ne pensar la circulación de las personas como parte de los procesos de circulación del libro y de las ideas: “Si tenemos en cuenta que las ideas circulan bajo condiciones materiales y subjetivas específicas, es importante considerar los desplazamientos de los autores, traductores, intelectuales, editores y lectores a lo largo de la historia”. Esos desplazamientos pueden ser transitorios (por turismo, congresos, residencias artísticas, estancias de investigación) o bien duraderos o permanentes (por diásporas, exilios, migraciones), como los que se producen en el período que analizamos en la segunda parte de esta tesis:

“Estas son maneras por las cuales las personas traen consigo sus libros, ideas, culturas, proyectos empresariales e intelectuales, alojándolos en sus nuevos lugares de residencia. Son importantes porque transforman las redes de intercambio y las relaciones de cooperación y de conflicto; provocan la interacción entre agentes locales y foráneos, repertorios intelectuales y culturas políticas.” (Muniz, 2016: 14-15)

En el desarrollo de la tesis prestaremos atención también a una serie de instituciones: centros de investigación, institutos gubernamentales, organismos de promoción. Ya desde el proyecto de tesis se planteaba la necesidad de su descripción como ámbitos de producción teórica y también, en algunos casos, como agentes editoriales. Podríamos pensar la trayectoria del Centro de Comunicación Jesús María Pellín (capítulo 1 y 7), de DESCO (capítulo 2), del Centro de Estudios de la Realidad Nacional (capítulo 3), del CIESPAL (capítulo 6), del CELADEC (capítulo 7) o del ILET (capítulo 8) como *intelectuales colectivos* cuyos itinerarios, prácticas editoriales, intenciones y contextos de producción interesan tanto como la de los autores individualizados.

2. Aspectos metodológicos de la investigación

El trabajo realizado para esta tesis implicó distintas fases (imbricadas entre sí): la producción de un *archivo*, el fichaje de textos y la producción de bases de datos, y entrevistas semiestructuradas con algunos actores clave del proceso analizado.

Hablo de “producción de un archivo” y no de la “consulta de archivos”, porque el objeto a analizar no está disponible en uno o varios lugares, sino que se construyó en la propia práctica de investigación.

La primera fase del trabajo partió de una aproximación bibliométrica e implicó distintas formas de acceso a los materiales: la consulta en bibliotecas y archivos personales, la compra de usados (en librerías de viejo de distintos países y a través de plataformas como *Mercado libre* e *Iberlibro*) y el aprovechamiento de incipientes repositorios digitales (especialmente para el caso de las revistas). Al igual que en la tesis ya citada de Kejval -que

Como planteó Alejandro Barranquero en su tesis doctoral (2008), un obstáculo fundamental para el análisis del acervo teórico del campo comunicacional es “el descuido tradicional de muchas instituciones, en especial, las universitarias, a la hora de archivar, sistematizar y recuperar la extensa producción científica latinoamericana. Los grandes ‘clásicos’ de la región no se han vuelto a editar y han sido olvidados, dispersos en la infinitud de bibliotecas y archivos del continente con escasa conexión entre sí, con lo que se hace compleja su recuperación para el estudio”.

estudia publicaciones del período 1983-2015- la conformación del “corpus” resulta una tarea significativa en el proceso de la investigación (Kejval, 2016: 64). En este punto, encontré un punto de contacto con mi tesis de Maestría (Badenes, 2012), donde la construcción de un archivo o acervo bibliográfico que no existía previamente constituyó un aspecto relevante de la pesquisa realizada. Expresiones corrientes en el ámbito metodológico como “bola de nieve” y “saturación” sirven para caracterizar esta peculiar tarea, que se ha extendido a lo largo de varios años y continuó hasta el momento final de escritura de la tesis.

Esa *investigación documental* exige, como definió Ana María Peppino Barale en su tesis -que fue de gran utilidad para elaborar mi capítulo 1-, una “revisión minuciosa de lo publicado” (Peppino Barale, 1999: 58). Para eso se realizó un fichaje de más de cien publicaciones, junto a la construcción de bases de datos que describen catálogos editoriales⁵, la escritura provisoria de trayectorias biográficas de intelectuales y la elaboración de mapas conceptuales donde se pusieron en relación autores/as, editores/as, palabras clave y experiencias.

Finalmente, para dar cuenta de las trayectorias, inscripciones institucionales y relaciones de autores y editores, recurrí a distintas estrategias. Para algunos de los más significativos, en los casos en que estaban vivos y era posible el contacto, realicé entrevistas: así fue con Frank Gerace, Fernando Reyes Matta, María Cristina Mata, Armand Mattelart y Jesús María Aguirre. También consulté entrevistas realizadas por otros investigadores e instituciones (como Memoria Abierta) y varios libros o artículos de memorias personales.

3. Coordinadas espaciales

El proyecto original hablaba del “ámbito hispanoamericano”, una expresión que nunca me agradó pero era la forma encontrada para nombrar dos decisiones que delimitaban los alcances de esta tesis: la exclusión de Brasil y la inclusión de España. Las dos estaban vinculadas, primeramente, a mi particular atención sobre la producción editorial, donde la cuestión idiomática es clave para la circulación de materiales. También estaban en juego algunas exploraciones iniciales: en el período estudiado, se visualizaba en España cierta apertura cultural (pese a la vigencia del franquismo) a partir de la ley Fraga (1966) y la ley universitaria (1970), que se expresó en el nacimiento de editoriales como Anagrama y la realización de encuentros como el Congreso Mundial sobre “Manipulación de la Comunicación”⁶,

5. Para la reconstrucción de algunos catálogos, además de la inspección obsesiva de la bibliografía de cada libro o documento consultado, fue muy útil la consulta a las bases de datos de la *Library of Congress* de Estados Unidos.

6. Realizado en 1973 auspiciado por el Colegio de Ingenieros Industriales (Collegi d'Enginyers Industrials) de Barcelona, dicho Congreso contó con la presencia de Umberto Eco, Edgar Morin y Julia Kristeva y finalizó con lectura de un manifiesto contra la censura y la represión (Moragas Spà, 1981).

17



Me interesaba, por ejemplo, la Conferencia Internacional “Alternativas populares a los medios de comunicación de masas” realizada en Cambrils en mayo de 1978, que reunió a teóricos y activistas de distintas partes del mundo (España, Portugal, Italia, Francia, Gran Bretaña, Argentina, Chile, Brasil, Canadá, Oman, Palestina, Hungría, Checoslovaquia y la Unión Soviética) y fue un momento de condensación, como otros que analizaré en esta tesis, de debates teórico-conceptuales sobre la comunicación alternativa/popular que venían produciéndose desde fines de los sesenta. Estos aportes se plasman en la compilación de Vidal Beneyto (1979), a la que referiremos en esta tesis al analizar los capítulos de los latinoamericanos que asistieron a Cambrils.

y un proceso aún más rico tras la muerte del dictador Franco. Finalmente, el corpus de estudio resultó tan amplio -y los contextos a estudiar, tan disímiles- que resignamos el análisis de los debates y la producción editorial desarrollados en España.

A su vez, si bien la producción brasileña estuvo fuera del foco de la tesis, Brasil emergió en múltiples oportunidades, por ser un territorio ineludible de las redes cristianas (desde las comunidades de base, a las que nos referiremos en el capítulo 1, hasta el Encuentro de Embu, reseñado en el capítulo 7) y por la actividad de intelectuales brasileños exiliados en otros países, producto de la dictadura que imperó entre 1964 y 1985. Algunos como Paulo Freire resultaron figuras muy relevantes para la historia que propone esta tesis; no obstante, cabe aclarar que éstos aparecen cuando su producción fue realizada en español o bien traducida, y que lo que esta tesis puede mencionar de Brasil no agota, ni mucho menos, la enorme experiencia y producción académica del campo de la comunicación de ese país.

En rigor, el análisis propuesto pone el foco en los países de América de habla hispana.

Por otra parte, como consecuencia de la circulación de las ideas -de las obras, de los productores- que mencionamos antes, la historia intelectual que proponemos se desarrolla en distintas escalas. En la primera parte de la tesis, como consideramos que las producciones intelectuales analizadas se vinculan fuertemente -como contexto de producción- a procesos estatales (salvo el capítulo 1, que enfoca a las redes cristianas y el ámbito institucional que subyace es la Iglesia católica), el recorrido se organiza según recortes nacionales. No obstante, una serie de ciudades -Medellín, Caracas, Montevideo, Lima, La Paz, Santiago de Chile, Buenos Aires, Córdoba, Mendoza- son las coordenadas de esos trabajos intelectuales y publicaciones.

Luego veremos cómo tanto los proyectos estatales de integración regional (por ejemplo, el Pacto Andino), como las relaciones generadas entre los intelectuales (individuales y colectivos) y el desarrollo de ciertos proyectos editoriales, proyectaron una dinámica de reflexión y elaboración teórica regional, donde los puntos del mapa se desdibujan o se mueven. Finalmente, los exilios -que producen nuevos espacios de producción, locales pero cosmopolitas- y la apuesta por el trabajo en organismos internacionales, generaron una porosidad en las fronteras aún mayor. El *enfoque transnacional* (Weinstein, 2013)⁷, sensible a las redes de intercambio, es útil para pensar esas “zonas de contacto” y reconocer puntos que no necesariamente son físicos ni geográficos -aunque pueden serlo- sino que remiten a comuni-

7. Siguiendo a Margaret Keck y Kathryn Sikkink, la investigadora norteamericana Barbara Weinstein reserva la expresión “internacional” para referir a contactos e interacciones entre gobiernos (o sus representantes), mientras que los vínculos entre intelectuales son del orden de lo “transnacional” porque “a pesar de estar situados en diferentes contextos nacionales, privilegian las causas y objetivos que comparten con sus equivalentes en otros países”. (Weinstein, 2013: 4-5)

dades de discurso y de conocimiento. Y en la constante reformulación de ideas y prácticas culturales, “el punto exacto de origen de cierto concepto o práctica (a veces irrecuperable) es menos importante que los contextos de su circulación, implementación y apropiación” (Weinstein, 2013: 6).

4. Coordenadas temporales

El recorte temporal original, tal como fue planteado en el plan de tesis, estaba pensado a partir de una serie de publicaciones. Como consideramos pioneros a los libros *Comunicación masiva y revolución socialista* de Armand Mattelart, Patricio Biedma y Santiago Funes (1971) y *Comunicación horizontal. Cambios de estructuras y movilización social* de Frank Gerace Larufa (1973), este era uno de los extremos temporales planteados en el proyecto, aunque finalmente para entender la formación de esas ideas debimos remitirnos al menos a la década anterior.

En el otro extremo, la genealogía propuesta llega hasta 1983, el año que se concretaron múltiples proyectos editoriales: el octavo número de la revista *Chasqui* -que tuvo como tema central a la comunicación popular-, el inicio de los *Cuadernos de Comunicación Alternativa* en Bolivia y los *Materiales para la Comunicación Popular* en Perú⁸, y la publicación de la emblemática compilación *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*⁹.

A posteriori, en lo que Palti llamaría nuestro “contexto de recepción”, esos trabajos y esos años han sido considerados frecuentemente como un *punto de partida* de las ideas sobre la comunicación popular y alternativa. Según la tesis de Juan Ramos Martín (2015), por ejemplo,

“muchos de los investigadores de los medios comunitarios y alternativos identifican el inicio de su estudio académico a partir de los debates del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC), durante los primeros años 80 (Downing, 1984; Lewis, 1993; Atton, 2002) y con interesantes aportes desde la concepción y el redescubrimiento de las estructuras mediáticas alternativas presentes desde varias décadas antes en América Latina” (2015: 12)

En el mismo sentido, Chiara Sáez Baeza asocia el surgimiento del debate sobre la comunicación alternativa al “fracaso histórico” de las políticas de comunicación propuestas tras la presentación del Informe MacBride en 1980 (Sáez Baeza, 2008: 62).

8. Estos títulos señalan también la aparición de nuevas instituciones, que serán referencia en el período post-1983 y por lo tanto exceden al período abarcado por esta tesis. Los *Cuadernos...* fueron editados por el Centro de Integración de Medios de Comunicación Alternativa; mientras que los *Materiales...* corresponden al Centro de Estudios sobre la Cultura Transnacional - IPAL (un desprendimiento del ILET en Perú y Uruguay). También en 1983 surgió, en Canadá, la red AMARC, que introdujo el término “comunitario”.

9. Esta compilación coordinada por Fernando Reyes Matta (1983) y otra publicada dos años por Máximo Simpson (1981) serían hipercitadas en las décadas siguientes, convertidas en una suerte de referencia al “origen” de los debates sobre el tema.

Frente a esas posturas que tienden a pensar a los años ochenta como el momento de desarrollo intelectual y editorial de estos debates, sin reparar en los importancia de los recorridos previos, proponemos *pensar ese 1983 no como punto de partida, sino como punto de llegada*.

Asimismo, esta mirada sobre el “período de formación” nos permite complejizar la idea -repetida en múltiples publicaciones desde los ’90- que define el origen teórico y práctico de la comunicación popular a partir de la confluencia de las escuelas radiofónicas de la Iglesia católica y las experiencias de radio sindical (Sánchez, 1989; Fox, 1989: 44; Peppino Barale, 1991: 83; Beltrán, [1994] 2014: 312; Roncagliolo, 1996; Villamayor y Lamas, 1998: 10; Geerts y Van Oeyen, 2001: 33). Como ya hemos sugerido en trabajos previos (Badenes, 2014 y 2018a) la comunicación popular puede ser pensada como una matriz compuesta por distintas vertientes, que incluyen pero exceden ampliamente la católica-educativa y la sindical.

4. ¿De qué hablamos cuando hablamos de comunicación popular?

Recapitulando: la propuesta de trabajo es reconstruir y analizar la formación del campo de la comunicación popular, con eje en las prácticas editoriales de un conjunto de intelectuales que llegaron a tener una circulación transnacional. Hablamos de distintas escalas geográficas y de un interés por los años sesenta y setenta. Pero ¿qué vamos a buscar? Desde la perspectiva epistemológica que definimos, hemos cuestionado la posibilidad de ir tras una “idea” inmutable, la famosa “idea unitaria” de los estudios clásicos. De lo que se trata entonces es de identificar en el pasado ciertos núcleos problemáticos, reflexiones y propuestas que progresivamente forman un campo de producción intelectual y praxis política, más que *una* idea. En la segunda página de esta Introducción utilizamos la noción de *constelación*, que puede ser útil para dar cuenta de esos procesos múltiples que no llegan a tener una vertebración común¹⁰.

Aún así, inevitablemente estamos condicionados por un punto de llegada, por una racionalización *ex post*. Pensamos *hoy* la comunicación popular (...y todos los términos del haz conceptual que quieran sumarse) de una cierta manera. Imaginamos sus dimensiones a partir de la lectura de aquellos primeros pasos pero construyendo una matriz de pensamiento que está anclada en nuestro presente, desde el cual focalizamos aspectos y organizamos regularidades.

10. En 1982, Fernando Reyes Matta consideraba: “El mundo de la comunicación alternativa es complejo y desconcertante. Complejo porque representa formas y estilos diversos, desarrollados en distintas circunstancias y con instrumentos que van desde lo industrial a lo tradicional primitivo. Desconcertante porque es un fenómeno difícil de definir y encasillar, estando en gran medida determinado por la fuerza y dinámica social de quienes lo desarrollen” (en VV.AA., 1982b: 247)

Conscientes de esos condicionantes, ensayemos una definición abierta y provisoria.

Lo que llamamos *comunicación popular* refiere a una constelación de experiencias que se caracterizan a partir de varias dimensiones que –según los contextos, los actores, las tradiciones- aparecen con distintos énfasis. Es decir: características “no excluyentes”, que no siempre aparecen todas ni se presentan del mismo modo, pero cuya presencia tiende a definir a un proyecto o una práctica de comunicación como “popular”, “alternativa”, “comunitaria”. En los sucesivos capítulos de la tesis veremos cómo se fueron forjando estas nociones, desde distintos marcos ideológicos y en distintos contextos. Sintéticamente, adelantamos aquí cinco puntos nodales: 1) la ruptura o el cuestionamiento al modelo de transmisión unidireccional [emisor → receptor], 2) la inquietud por el sujeto que protagoniza esa comunicación, 3) el mensaje o discurso, que supone una “alternativa” frente a lo hegemónico, la recuperación de una palabra silenciada, 4) el proyecto o la vocación de transformación que impulsa esa comunicación, 5) la propiedad y el modo de gestión del medio o la herramienta utilizada.

La **crítica al modelo de transmisión emisor → receptor** se traduce en una definición de la comunicación como diálogo, la idea de horizontalidad y el énfasis en participación. El carácter dialógico de la comunicación –en oposición a la información o la extensión, como formatos de alocución- apareció tempranamente en las obras de Paulo Freire y Antonio Pasquali. La aspiración de los proyectos alternativos radica pues en generar una ruptura con la unidireccionalidad de la información; hacer posibles medios de ida y vuelta, como el que imaginaba Bertolt Brecht en los años 30 cuando escribía sobre la radio:

“...es unilateral, cuando debería ser bilateral. No es más que un aparato de distribución, de mera repartición. Así que aquí va una sugerencia positiva: cambien la función de este aparato de distribuir a una de comunicar. La radio sería el mejor aparato de comunicación posible en la vida pública, una vasta red de conductos. Es decir, lo sería si supiera no sólo recibir sino también transmitir, dejar que el escucha hable además de escuchar, llevarlo a formar parte de una relación en lugar de aislarlo...”¹¹

El modelo ideal es lo que el teórico canadiense Jean Cloutier denominó en 1973 *EMEREC* (*Emetteur-Recepteur*), una idea que como veremos el rioplatense Mario Kaplún tomó y desarrolló en América Latina. Cuando se privilegia el diálogo como forma de comunicación, carece de sentido la noción de *feed-back* de los modelos tradicionales y desaparecen también las nociones de

11. La cita original corresponde a “Der Rundfunk als Kommunikationsapparat”, en *Bjitter des Hessischen Landestheaters Darmstadt*, N° 16, julio de 1932. La traducción corresponde a Gumucio y Tufte (2008: 48).

“fuentes” y “receptores”, que son sustituidos por la noción de “interlocutores” (Tauk Santos, 2002: 201).

A lo largo de la historia, cuando el eje de la definición estuvo puesto en el diálogo y la horizontalidad, las dicotomías artesanal/industrial y micromedios/macromedios fueron operativas para definir la comunicación popular, asociadas al primer polo. Definidas como “medios grupales”, las herramientas de la comunicación popular eran medios artesanales y de pequeña escala.

Otras perspectivas ponen el foco en quién es el sujeto o quiénes son los **sujetos de la comunicación**. Como dice José Martínez Terrero, “uno de los objetivos de la comunicación liberadora es el acceso del pueblo a los medios de comunicación. Entonces es cuando el pueblo realmente puede decir su palabra, en una primera etapa con recursos no masivos y eventualmente con medios masivos, controlados por el pueblo” (Martínez Terrero, 1986: 97). A priori, no se trata de micro o macromedios: hablamos de una comunicación que tiene que ver con el pueblo, de unos medios que son protagonizados por los *sectores populares*. Ésta es, claro, una definición esquiva: requiere de otra definición: una que nos diga qué es el pueblo. Este asunto también fue tratado tempranamente, desde el momento mismo en que *comunicación popular* emergía como un término aglutinador de un conjunto de prácticas. En 1978, Gilberto Giménez trató este asunto en “Notas para una teoría de la Comunicación Popular”, un aporte que analizaremos en el capítulo 7. Para el investigador paraguayo, era necesario definir lo popular desde una teoría de las clases sociales: “Entendemos por pueblo el conjunto de las clases subalternas e instrumentales sometidas a la dominación económica y política de las clases hegemónicas dentro de determinada sociedad”.

En una entrevista con investigadores venezolanos, publicada en el primer número de la revista *ININCO*, Armand Mattelart (1980) ampliaba la perspectiva: al pensar el movimiento que acompaña “un modelo alternativo de comunicación”, hay que considerar no sólo la “clase” sino en también el “grupo, porque nosotros tenemos la mala tendencia a pensar solamente en clases: clase obrera, clase campesina, etc. Pero también en la nueva conformación alternativa también están los grupos de base: mujeres, jóvenes, etc., que son categorías que el análisis marxista muchas veces ha apartado (...) Es importante la clase, pero también están los grupos” (Mattelart, 1980: 27).

Ya 1981, en el primer número de la segunda época de *Chasqui* (ver capítulo 6), Juan Díaz Bordenave advertía: “es notable cómo los partidarios de la democratización de la comunicación no dedicamos suficiente estudio y análisis a ciertas experiencias, a veces milenarias, del pueblo organizado”, como por ejemplo “las comunidades indígenas, las asociaciones campesinas, el movimiento cooperativo, las asociaciones de barrio, los sindi-

catos libres” y “las comunidades eclesiales de base” (Díaz Bor-denave, 1981: 18). Hete aquí otra forma de nombrar el sujeto político, ya no genéricamente sino a partir de sus organizaciones. Dicho en una expresión que en Argentina remite a la doctrina peronista: la comunicación popular sería aquí la comunicación desarrollada por las “organizaciones libres del pueblo”.

Una tensión asociada a este aspecto nodal de los sujetos o protagonistas, es el lugar de ciertos *mediadores* que -sin ser de la “clase” o “grupo” que define a la experiencia- aparecen como activadores o facilitadores. Una problemática que se presenta en proyectos compartidos entre grupos populares y técnicos, profesionales, referentes religiosos.

El protagonismo de las bases también se pone en discusión en experiencias de gran escala (nacional, continental, internacional) donde “no se da esa participación de los sectores populares y que, sin embargo (...) los asume como sujeto real de la historia, motor principal de la transformación social” (Paiva, en Reyes Matta, 1983: 49-50).

En esos casos, la dimensión central que define al proyecto de comunicación como “popular” o “alternativa” es su **discurso alternativo a lo hegemónico**. Como planteará Máximo Simpson: “*sin discurso alternativo no hay medio alternativo*. Y este discurso debe ser, explícitamente o implícitamente, por la elección de los temas, por su clasificación y su tratamiento, claramente abierto y antiautoritario” (Simpson Grinberg, 1981: 121).

En este sentido, como veremos, proyectos como ASIN, Prensa Latina, el *pool* formado por los países no alineados, Inter Press Service y otras agencias internacionales se postularon como alternativas: la alternatividad está dada en los mensajes, frente a un orden del discurso que los estudios críticos denuncian. Por esta razón, la historia intelectual que desarrollamos en los siguientes capítulos también se detiene en algunas de esas investigaciones críticas sobre el sistema dominante, frente al cual se proponían alternativas populares.

Esta contraposición en el nivel de los mensajes dio lugar a otro de los términos del amplio vocabulario presentado al principio: *contrainformación*. También ha sido una palabra en disputa. Para algunos autores, como Armando Cassigoli, se trata de una operación que toma la información hegemónica y la “da vuelta, analizando los mensajes de los medios masivos desde la perspectiva de los trabajadores”. Para otros, como Natalia Vine-lli, el término *contrainformación* nombra

“sobre todo, a las maneras en que los medios populares forman sus propias agendas y construyen otra subjetividad. Esto implica un ejercicio del periodismo y la elaboración de una grilla de programación con criterios de noticiabilidad enfrentados a los hegemónicos, y con rutinas y formas de producción de la noticia sobre las que se proyectan (de ma-

nera problemática y a veces contradictoria) las definiciones del medio acerca de su propia práctica” (Vinelli, 2014: 66)

Es decir, la contrainformación es entendida como “un tipo de periodismo propio de la comunicación alternativa y popular” que “implica la construcción de otro modelo de noticiabilidad”, como así también otras rutinas y otra relación con las fuentes (Vinelli, 2014: 67, 218).

Como cuarto punto nodal hemos señalado **el proyecto de transformación**. Esta vocación de cambio o praxis política resulta central, por ejemplo, en un texto clásico de Margarita Graziano según el cual “lo alternativo, en tanto tal, se levanta frente a otra concepción no sólo de la comunicación sino de las relaciones de poder y de la transmisión de signos e imposición de códigos que esas relaciones permiten vehicular” (Graziano, 1980). Desde este punto de vista, algunas de las características que hemos señalado están presentes como resultado de esta perspectiva política:

“Rescatamos aquí los conceptos de participación y horizontalidad pero no como propuestas *per se* sino como requisitos que debe cumplir toda comunicación que se proponga como alternativa. Aún cuando pudiera parecer un juego de palabras, cabe señalar a modo de síntesis que toda comunicación alternativa es necesariamente horizontal y participativa pero que no toda comunicación horizontal o participativa puede ser considerada como alternativa” (Graziano, 1980: 75)

Graziano propone que la expresión *comunicación alternativa* se utilice para designar “aquellas relaciones dialógicas de transmisión de imágenes y signos *que estén insertas en una praxis transformadora de la estructura social en tanto totalidad*” (Graziano, 1980: 75. El destacado en mío)¹².

En otras palabras, una dimensión de la comunicación popular es su proyecto político, sea este definido -según el momento histórico- como socialista, democrático o alter-mundista. De allí que, en un juego de palabras, se hable de una *comunicación alterativa*¹³:

“Las diversas potencialidades de comunicación reubicadas en el plano de lo alternativo, a partir de un proyecto democrático, popular y solidario, hacen de esa experiencia una realidad *alterativa*. Ese parece ser el destino inevitable de las formas de comunicación alternativa: ser un proyecto de

12. Así idea de comunicación alternativa quedaba asociada, para Graziano, a la de *revolución*. Es interesante notar que una de las referencias de Graziano era el libro de Armand Mattelart, Patricio Biedma y Santiago Funes, *Comunicación masiva y revolución socialista*, al que nos referiremos en el capítulo 3.

13. En *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*, Reyes Matta escribe: “lo alternativo es, por sobre todo, alterativo” (1983: 25). Esta noción reaparecerá en los años noventa, como se plantea en la tesis de Kejval (2016: 89), enfatizada por Rafael Roncagliolo y recuperada en Argentina por Ernesto Lamas y Hugo Lewin. Según Roncagliolo (1986), el término fue acuñado por brasileños.

alteración en un orden construido en perjuicio de los países periféricos o del Tercer Mundo -si hablamos globalmente- y de los sectores sociales que aportan la fuerza de trabajo, si hablamos en términos de estructura social” (Reyes Matta, en VV.AA., 1982b: 255).

Por último, definimos como un quinto elemento presente en la constelación de experiencias y conceptos sobre la comunicación popular, la cuestión de **la propiedad y la gestión**¹⁴. Esta dimensión aparece cuando se trata de medios de comunicación (y no de prácticas de comunicación grupal). Y el énfasis sobre ella es propio de las últimas décadas, en las que se ha discutido el estatuto jurídico de estas experiencias (Badenes y González, 2015) y en ese marco cobraron relevancia términos como “sin fines de lucro” o “tercer sector”.

No obstante, también este tema tiene larga data. Por ejemplo, en un artículo titulado “Democratización de la comunicación. Teoría y práctica”, Díaz Bordenave (1981) planteaba que no sólo era necesaria una alteración de la tecnología y la descentralización geográfica de los medios, “sino también la modificación de los patrones de propiedad de dichos medios y de sus formas de gestión y programación, lo que implicaría una drástica reformulación jurídica de los procedimientos de adjudicación y control” (Díaz Bordenave, 1981: 14).

El tema de la propiedad y la gestión se vuelve un aspecto interesante para problematizar a ciertos casos que veremos en los próximos capítulos, donde los Estados (regidos por proyectos socialistas o nacional-populares) tuvieron un rol central en experiencias que -atendiendo a las dimensiones definidas antes- podrían considerarse de *comunicación popular*. Y porque en esos mismos contextos, como veremos, se proyectó poner los medios en manos de sindicatos, universidades, cooperativas y, en el caso peruano, “asociaciones civiles” representativas de los “sectores sociales” de la población.

Por momentos, es posible que la tarea de rastrear estos elementos se parezca -como plantea Rinesi- “a la de un arqueólogo, que debe traer de vuelta a la superficie tesoros intelectuales enterrados, desempolvarlos y examinarlos, y junto con ellos -y a la luz de ellos- examinar también nuestras propias ideas y creencias, que ese tipo de exploración ‘arqueológica’ permite desnaturalizar y dejar de pensar como las únicas posibles y razonables” (Rinesi, en Skinner, 2007: 14). En efecto, como plantea Dominick LaCapra, uno de los contextos más importantes para la lectura de textos es el propio. La historia intelectual no es sólo una reconstrucción del pasado -que es un esfuerzo importante- sino también “un diálogo o conversación con el pasado” (LaCapra, en Palti, 1998: 281), con esas ideas que como

14. Natalia Vinelli habla del “tipo de propiedad (colectiva, comunitaria, social, popular)” y “las formas de funcionamiento o rutinas de trabajo” (Vinelli, 2014: 52)

dijimos no son unitarias sino múltiples y cambiantes. Y como sostiene este autor, “la interpretación es una forma de intervención política que introduce al historiador en un proceso crítico que relaciona pasado, presente y futuro” (284).

5. El contexto y las intenciones de este autor

Esta tesis no hubiera sido posible si no tuviera un trabajo estable en la Universidad pública que me permite dedicar buena parte de mi tiempo a investigar, me dio recursos para realizar distintos viajes y me garantiza ingresos que me han permitido, entre otras cosas, comprar más de un centenar de libros utilizados en esta tesis.

A diferencia de otros y otras colegas, esa posibilidad no dependió del acceso a una beca -un instrumento fundamental del sistema científico público para la formación de jóvenes investigadores que ha sufrido lamentables recortes en los últimos cuatro años-. Por eso, mi paso por el Doctorado no estuvo asociado a un proyecto trianual o quinquenal que operara como *deadline* para la finalización de la tesis.

En algún momento del recorrido -ya no sé identificar cuándo- decidí convertir el constante aplazamiento de la tesis, frecuente entre los no becados, en un elemento positivo, y pensarla como el resultado de un largo proceso atravesado por distintas experiencias. Son parte de esta tesis, entonces, diez años como docente en la cátedra II de *Comunicación y Teorías* encabezada por Alfredo Alfonso; doce años como profesor de historia de los medios, que me acercaron a la investigación histórica de la comunicación; quince años de trabajo y militancia en medios populares como *La Pulseada* y *Radio Futura* -y sus redes de pertenencia-; como así también mi interés por las prácticas editoriales, que ya había expresado en mi tesis de maestría (2012) y se vincula a mis preocupaciones actuales en el ámbito de la investigación, la extensión y la gestión universitaria.

En 2010, con el impulso de la reciente sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual que reconoció a los medios comunitarios como un actor significativo de la comunicación -que debía ser fortalecido con políticas de fomento-, creamos en la Universidad Nacional de Quilmes una carrera de Gestión de Medios Comunitarios, en la que me tocó el desafío de proyectar el curso de historia de los medios. Creo que de ahí data mi preocupación más sistemática por construir una mirada histórica sobre la comunicación popular. Fue con la escritura de la carpeta que se utiliza como material didáctico de ese curso (Badenes, 2014), cuando entré en contacto con algunos de los documentos que analizo en esta tesis y empecé a pensar la comunicación po-

pular como una *matriz* compuesta por distintas vertientes¹⁵.

En esas lecturas, algo que cautivó mi atención en clave de historia intelectual (y que se desarrolla en los capítulos 2, 3 y 4 de esta tesis) fue reconocer un primer momento de producción teórica vinculado a proyectos políticos transformadores que accedieron al poder público. Un pensamiento asociado a experiencias donde el Estado emergía como impulsor de la comunicación horizontal y el protagonismo popular, creador de mensajes contra-hegemónicos e incluso promotor de nuevas formas de propiedad y gestión de los medios. Era inevitable volver sobre ellas sin pensar en Venezuela, en Bolivia y en la propia Argentina, donde la pregunta de si era posible una “comunicación pública alternativa” (Jaimes, 2010) surgía entre quienes nos habíamos formado entre textos y experiencias donde la comunicación popular era antagónica al poder estatal. Si en los años noventa Víctor Lenarduzzi escribía sobre la revista *Comunicación y Cultura* para “dar cuenta de una distancia” (1998: 13), yo sentí la necesidad de volver sobre esas páginas escritas en los setenta para encontrar una proximidad.

Esto no implica invertir la ecuación y sostener que sin Estado no hay comunicación popular. A lo que esta tesis apunta, recurriendo a las herramientas de la historia intelectual, es a dar cuenta de la complejidad de la comunicación popular, como un campo de teorías y prácticas donde convergen distintas tradiciones: cristianas, marxistas, nacional-populares, alter-desarrollistas.

Finalmente, otra preocupación que atraviesa el trabajo es la de superar cierta dicotomía que ha separado y distanciado la *comunicación alternativa* de las *políticas de comunicación*¹⁶. Si asumimos que las ideas que forman esta trama se vinculan a un orden prescriptivo, resulta más satisfactorio el enfoque que proponía Luis Ramiro Beltrán en una entrevista realizada en *Chasqui* (Anzola, 1982), cuando planteaba:

“El movimiento de ‘comunicación participatoria’ es otra de las creaciones de la justiciera imaginación latinoamericana; busca renovar la teoría y la práctica de la comunicación de manera que el pueblo -y no las élites conservadoras- sea el protagonista de ella. Se dedica a propiciar formatos innovadores, de grupo y aún masivos, que permitan el diálogo equilibrado y democrático en vez del monólogo del dominador sobre los dominados. Las políticas de comunicación son un instrumento normativo amplio que podrá favorecer esa evolución democrática. Hay, pues, estrecha relación natural entre estas dos empresas latinoamericanas”.

15. A la manera de las matrices de pensamiento teórico-político conceptualizadas por Alcira Arumedeo en un texto que organizaba el programa de *Comunicación y Teorías*, la materia que cursé como estudiante de Comunicación Social en la Universidad Nacional de La Plata en 2003 y de la que me convertí en docente ese mismo año.

16. Acaso esta oposición proviene del texto clásico de Graziano (1980), donde se planteaba que el interés por las “alternativas comunicaciones” era el “estadio inmediato posterior a la etapa de auge de las investigaciones destinadas a servir de base a formulaciones en el marco de ‘políticas nacionales de comunicación’”.

Revisar el pensamiento de ciertos intelectuales-faro que publicaron sobre estos temas en los años setenta tiene también el propósito de volver sobre la riqueza de esas ideas, donde el desarrollo de medios populares, la intervención en el ámbito del derecho y las políticas de comunicación, la decodificación crítica de los mensajes y la organización de los trabajadores de prensa no eran opciones excluyentes, sino expresiones de una estrategia múltiple orientada a la democratización de la comunicación como parte de la búsqueda de nuevo orden social.

6. La fase representativa

Paul Ricoeur (2008) plantea que toda *operación historiográfica* tiene tres fases¹⁷: una documental (el trabajo con las fuentes), la explicativa-comprensiva (es decir, el momento crítico, de interrogación y análisis) y la fase representativa: la puesta en discurso del trabajo realizado. No quiero eludir en esta introducción una referencia a esa instancia, porque también fue objeto de algunas decisiones significativas.

Hasta sus últimos borradores, mi escrito tuvo la exposición clásica de un texto lineal, que podría leerse de principio a fin de corrido, o deteniéndose en el único segundo nivel de texto: las notas al pie. Con aclaraciones conceptuales, ampliaciones de cuestiones secundarias y algunas precisiones sobre las fuentes trabajadas, la tesis estuvo/está atiborrada de esas notas, que llegaron a ser más de 500. Con una lectura atenta de cada una de ellas, Alfredo Alfonso -uno de mis directores- me sugirió jerarquizarlas, convirtiendo algunas de ellas en recuadros que propusieran otros caminos, acompañando el texto principal. De allí la incorporación, en el diseño de la tesis¹⁸, de una segunda columna donde se proponen esas derivas, que pueden ser:



Ampliaciones sobre las biografías y trayectorias intelectuales, más allá de lo desarrollado en el texto principal.



Perfiles de editoriales o breves reseñas de publicaciones (libros o revistas) que son laterales al tema de la tesis pero están vinculados.



Citas significativas que amplían lo expuesto. Se reproducen especialmente cuando se trata de materiales de difícil acceso.

17. Originalmente esta caracterización fue una contribución que Michel De Certeau hizo al proyecto de Nora y Le Goff, *Hacer la historia*. Allí aparece nombrada como “operación histórica”, pero el propio De Certeau (1993) la redefinió como “operación historiográfica”. Ricoeur (2008) retoma esa expresión y, a grandes rasgos, la estructura triádica propuesta, dotándola en algunas dimensiones de contenidos diferentes.

18. El diseño fue realizado con Dani Lorenzo, autor de los iconos que identifican los textos secundarios y los mapas al inicio de cada capítulo. Se utilizaron las tipografías Crimson y Roboto, ambas de licencia libre.



Información del contexto sociopolítico, económico o cultural.



Referencias sobre el tema que corresponden a momentos previos o posteriores al periodo analizado.

La incorporación de ese espacio en el diseño de la tesis permitió además la utilización de algunas imágenes que permiten “ilustrar”, aunque sea mínimamente, el trabajo de archivo realizado, y destacar algunos materiales editoriales que constituyen hitos en la historia que desarrollaremos a continuación.

Tanto en la escritura del texto principal como de esas ramificaciones, opté -siguiendo el ejemplo de la tesis de Jara Holliday (2018)- por no escatimar espacio para reconstrucción y narración del escenario de experiencias y momentos históricos que consideré fundamentales para comprender las producciones intelectuales -y que en muchos casos han sido poco trabajados previamente. Puede que esa narración de contextos demore la interpretación de nudos conceptuales de la tesis, pero al mismo tiempo apuesto a que la hace posible y la enriquece.

En términos de estructura, la tesis está organizada en dos partes. La primera va de los años sesenta hasta la mitad de la década de 1970 y expresa un momento de apertura cultural y radicalización política en el que distintos actores en el continente comenzaron a hablar de *liberación* y buscaron superar las formas de desigualdad y dependencia vigentes. La segunda -de 1975/76 a 1983- estuvo atravesada por procesos autoritarios y conservadores: los principales actores de la etapa previa debieron replegarse, y se encontraron en sus lugares de exilio o en el ámbito de organismos internacionales y agencias de cooperación cuyas agendas institucionales incorporaron temas vinculados a los *medios alternativos* y la *democratización* de las comunicaciones.

El período inicial, **Comunicación para la liberación**, se divide en dos grandes referencias. El Capítulo 1 refiere al ámbito cristiano, donde la reflexión sobre la *otra* comunicación dio sus primeros pasos: medios grupales, comunicación de base, medios educativos y comunicación participativa fueron algunas de las palabras claves en estas redes cristianas cuya idea de liberación era evocada del Evangelio. El primer nombre que tuvo ese capítulo refería a la *Iglesia post-Medellín*, pero en el repaso de las experiencias, encuentros, declaraciones e incluso la formación de instituciones, advertí que hay muchos procesos anteriores a 1968, que en todo caso fueron las condiciones de posibilidad de la Conferencia de Medellín. Como veremos, el documento sobre comunicación producido en esa instancia no tuvo la significación de otros, que inspiraron la opción por los pobres de la Iglesia latinoamericana. Pero en los siguientes años, como consecuencia de procesos que se venían gestando desde antes, se crearon organizaciones dedicadas a documentar, experimentar y promover

nuevas modalidades de comunicación, grupales y liberadoras, como el Departamento de Comunicación Social de la Consejo Episcopal (DECOS-CELAM), el Servicio Radiofónico para América Latina (SERPAL), la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER) y otras a escala nacional, como el Centro de Comunicación Social “Jesús María Pellín”, en Venezuela.

Además, el capítulo tiene en cuenta tanto procesos institucionales -de la Iglesia- como prácticas y producciones intelectuales que se dan en las bases, más allá de los mensajes del Papa o los acuerdos de los Obispos, por lo que preferí hablar de las *redes cristianas* y mantener la atención sobre los distintos niveles. La referencia a la Iglesia de Medellín se mantiene en el subtítulo de la Primera Parte porque es la forma más usual de nombrar a la apertura progresista del catolicismo latinoamericano de los sesenta y setenta.

Las otras referencias de esta sección se relacionan con cuatro coyunturas políticas nacionales: los gobiernos de Juan Velasco Alvarado (1968-75) en Perú, Alfredo Ovando/Juan José Torres (1969-71) en Bolivia, Salvador Allende (1970-73) en Chile y Héctor Cámpora/Juan Perón (1973-74) en Argentina. Una particularidad de estos procesos socialistas o nacional-populares -que los diferencia, por ejemplo, de la experiencia cubana en la década previa- es que se desarrollaron en contextos donde las industrias culturales estaban bastante extendidas. En ese sentido, durante los cuatro gobiernos mencionados se ejecutaron o planearon políticas de expropiación o nacionalización de medios; proyectaron leyes de radiodifusión, telecomunicaciones y cine; promovieron de diversas formas la organización gremial de los trabajadores de prensa y/o la autogestión de empresas mediáticas; y desarrollaron áreas para producir contenidos culturales con una perspectiva “popular” y “liberadora”.

La asociación de estas cuatro experiencias no es antojadiza; de hecho, puede leerse en textos de la época. En un libro publicado por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales en 1978 (al que nos referiremos en el capítulo 8), Rafael Roncagliolo y Fernando Reyes Matta referían a “los principales ensayos de gobiernos transformadores en el subcontinente (Juan Velasco Alvarado en el Perú, Salvador Allende en Chile, Juan José Torres en Bolivia y Héctor Cámpora en Argentina)”¹⁹ (Roncagliolo y Reyes Matta, 1978: 51). Tres años después, en un encuentro organizado por CLACSO, Alcira Argumedo mencionaba las limitaciones encontradas en las propuestas de democratización de la comunicación y afirmaba: “Estos son sólo algunos de los problemas que enfrentaron los sectores progresistas y populares en las experiencias de Allende en Chile, de Velasco

19. La referencia a Argentina en estos autores es imprecisa. En esta tesis, por la dinámica interna del gobierno y pese a las contradicciones y pujas, aludiré tanto a la presidencia de Cámpora como a la de Perón. Roncagliolo y Reyes Matta sólo mencionan a Cámpora, pero más adelante (p. 78) mencionan su gobierno entre los derrocados por gobiernos militares, lo cual es equívoco.

Alvarado en el Perú, de Perón en Argentina; también algunos de los obstáculos que se encuentran actualmente en Nicaragua...” (en VV.AA., 1982b: 279). Quienes escriben las líneas citadas, vale decir, fueron actores de los procesos aludidos: Roncagliolo participó del comité de gestión de uno de los diarios expropiados en la reforma peruana, fue titular del sindicato de periodistas e intervino también en el área educativa; Reyes Matta asesoró en temas de comunicación al canciller de la Unidad Popular; Argumedo fue secretaria de Cultura de la Provincia de Buenos Aires durante el gobierno peronista de 1973-74.

En 1975, cuando prácticamente todos esos gobiernos habían caído²⁰, Horacio Verbitsky -que vivió el proceso argentino y parte del peruano- señalaba:

“Desde hace cinco años, la estrategia del imperialismo apunta a impedir el establecimiento de una continuidad geográfica revolucionaria en América Latina. Perón en la Argentina, Allende en Chile, Torres en Bolivia, Velasco Alvarado en Perú no serían una mancha en el mapa. Aliados con Cuba y Panamá podrían fortalecer las relaciones de Carlos Andrés Pérez en Venezuela y seguramente actuarían como un imán sobre Colombia y Ecuador, aislando a Brasil” (Verbitsky, 1975: 8)²¹

Si bien se trató de experiencias trucas, interrumpidas por golpes o en la propia dinámica del movimiento político, constituyeron ensayos cuya potencialidad ha sido escasamente estudiada. En el plano de la comunicación y cultura, expresan una particular coyuntura donde la intervención pública se planteó sin anular por completo la iniciativa privada y en la que, en esa “competencia”, la comunicación popular fue un objetivo de la política de Estado.

Asimismo, en los cuatro casos hubo una participación significativa de intelectuales que al calor de los acontecimientos escribieron textos sobre la problemática de la comunicación que resultan fundacionales para los debates sobre comunicación popular, aunque no siempre están presentes en genealogías que tienden a pensar a las “búsquedas democráticas” de los ochenta como el punto de partida de la “comunicación alternativa”.

En una primera instancia el recorrido será país por país, aunque pronto quedará claro la porosidad de esas fronteras nacionales. Las propias dinámicas de circulación editorial, las relaciones

20. En un libro gestado en Perú y publicado en México, el periodista escribe: “Si se observa al mapa de América el Sur, Perú aparece como una mancha aislada, un islote antiimperialista en medio de regímenes dependientes, o en el mejor de los casos, de gobiernos reformistas débiles y vacilantes”. Da cuenta de la caída de Torres (1970) y de Allende (1973), junto a la muerte de Perón (1974), y agrega sobre Argentina: “En 1975, el derrocamiento o la consolidación de Isabel Martínez son indiferentes, porque en la Argentina se ha estrenado una nueva metodología: el copamiento desde adentro, el Pinochetazo en cuotas” (Verbitsky, 1975: 7-8)

21. Es interesante observar un detalle de esa ampliación de mapa: la mención del gobierno socialdemócrata iniciado en marzo de 1974 en Venezuela. Como veremos en los capítulos de la siguiente etapa, si bien con un discurso más tibio y sin concretar medidas efectivas, ese país fue un actor importante para el sostenimiento de los debates que la diáspora de intelectuales de los procesos previos llevaron al ámbito de los organismos internacionales.

entre las experiencias políticas y los múltiples exilios “contagiaron” y amplificaron esas intervenciones intelectuales. A nivel estatal, la promoción de instancias supranacionales como el Pacto Andino -y su expresión cultural con el Convenio Andrés Bello- también tejió redes que instan a una mirada regional. Y esa escala se expresa también el campo editorial, como veremos en particular con el desarrollo de la revista latinoamericana *Comunicación y Cultura*, a la que nos referimos en el capítulo 5, dedicado a eventos o materiales impresos que fueron “puntos de encuentro”, es decir, donde se cruzaron cristianos progresistas, marxistas e intelectuales vinculados a los procesos nacional-populares, guiados por una idea o consigna común: la *liberación*.

La segunda parte, **Comunicación para la democracia** también está organizada según distintos ámbitos de producción, aunque las coordenadas de estos han cambiado y, de alguna manera, todos proyectan una reflexión cada vez más transnacional.

El capítulo 6 observa cómo los planteos que asomaron en los primeros setenta desde el Pacto Andino y el Movimiento de los No Alienados, cobraron notoriedad en organismos internacionales como la UNESCO, donde se mantuvo viva la preocupación por la democratización gracias a algunas figuras que habían comenzado su itinerario en contextos nacionales y a otras cuyas trayectorias estuvieron históricamente ligadas a estos ámbitos, como el boliviano Luis Ramiro Beltrán o el paraguayo Juan Díaz Bordenave. El capítulo repasa los principales hitos de esa reflexión transnacional sobre las desigualdades y desequilibrios comunicacionales, y relee el Informe MacBride -otro de los *puntos de llegada* de los debates de los setenta- enfocando los planteos sobre el acceso, la participación, la autogestión y la comunicación alternativa. También se historiza el pensamiento sobre la comunicación popular en CIESPAL -órgano latinoamericano vinculado a la UNESCO y especializado en cuestiones de periodismo y comunicación- a partir de sus encuentros y publicaciones, en especial de la revista *Chasqui*.

El capítulo 7 es la “segunda parte” del capítulo 1, en la medida en que vuelve la mirada sobre las redes cristianas en una etapa donde el principal hito para la Iglesia en América Latina es la ambivalente Conferencia de Puebla. En ese sentido, por ejemplo, sigue la trayectoria de Mario Kaplún, que en este período desarrolla la técnica del casete-foro para poner en cuestión la unidireccionalidad de los circuitos de comunicación, y desarrolla -durante su exilio venezolano- la División Comunicación del Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP) que formó a muchos comunicadores y comunicadoras populares latinoamericanos. A su vez, el capítulo pone el foco en otra experiencia protagonizada por exiliados, en este caso los argentinos Marita Mata y Alfredo Paiva: el Programa de Comunicación de la Co-

misión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC), que además de desarrollar un trabajo de formación similar al de CESAP, se distinguió por la articulación de una red continental que se visualizó en una Consulta Latinoamericana sobre Comunicación y Documentación Popular realizada en 1979, en la participación en la gran campaña alfabetizadora de la Nicaragua sandinista y en el Seminario sobre Comunicación y Movimiento Popular realizado en 1981. Además, CELADEC editó boletines, cuadernos de capacitación, síntesis informativas y libros. Siempre interesados por la producción editorial, también analizaremos un número especial de la revista jesuita *Christus*, que contribuyó notablemente a la conceptualización de la comunicación popular con aportes de una sociología gramsciana; continuamos el análisis de la publicación del Centro Jesús María Pellín, que en esta etapa dedica dos números dobles a pensar las alternativas comunicacionales; y damos cuenta de la creación de *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*. Esta última revista, embanderada con los principios del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, impulsó un Seminario realizado en Embu en 1982 que sintetizó lo mejor de la tradición cristiana progresista en materia de comunicación. Como ya se advierte, la acción de las redes cristianas nos marca distintos puntos del mapa y da cuenta, en casos como el brasileño, de ámbitos de resistencia frente a las dictaduras del Cono Sur.

El *lugar* del capítulo 8 es el exilio. Elegimos un punto del mapa en el que es posible retomar la trayectoria de varios de los intelectuales referenciados en los capítulos 2, 3, 4: México, país que dio una amplia acogida a los perseguidos políticos del Cono Sur. El capítulo enfoca la historia del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, donde confluyeron exiliados de Chile (Fernando Reyes Matta, Juan Somavía), Perú (Rafael Rongagliolo) y Argentina (Nicolás Casullo, Héctor Schmucler, Gregorio Selser, Alcira Argumedo), que tuvo una vasta producción editorial y hacia 1980 creó un área de estudios y proyectos específicamente dedicados a la comunicación alternativa, incluida una incipiente sub-área con una agenda de trabajo feminista. Otro grupo de comunicadores críticos se nucleó en la UNAM -donde Máximo Simpson elaboró su emblemática compilación- y en la UAM -donde Prieto Castillo elaboró tempranas ideas sobre la comunicación alternativa y Héctor Schmucler retomó la publicación de *Comunicación y Cultura*, con una agenda abierta a esta preocupación-.

El último capítulo aborda las dos producciones que definieron el corte temporal de esta tesis a principios de los ochenta (Simpson, 1981; Reyes Matta, 1983), consideradas “puntos de llegada” de una elaboración intelectual que tenía al menos quince años. A partir del análisis de esas dos compilaciones, gestadas en el exilio mexicano, retomamos los puntos nodales

planteados aquí como una definición provisoria y dinámica de la comunicación popular, y proponemos algunas reflexiones que son “de cierre” para esta tesis, pero pueden ser la apertura para futuros trabajos.

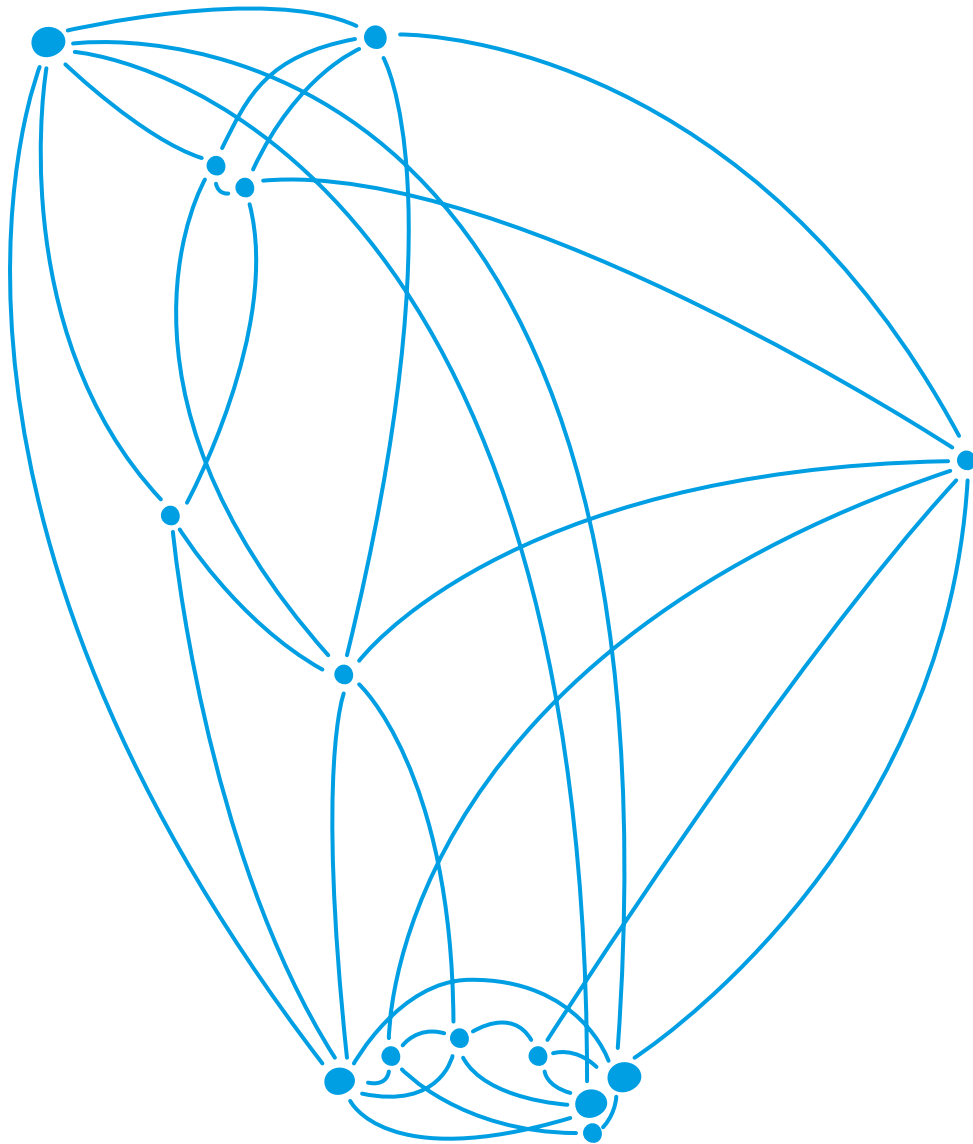
A continuación viene el apartado de referencias bibliográficas, donde se incluyeron sólo las de aquellos materiales que fueron citados en algún momento de la tesis. Entre ellas, unas 160 corresponden a textos publicados entre fines de 1966 y 1983, que podríamos considerar “fuentes”; mientras que otras 200 corresponden a la bibliografía que ofreció herramientas teóricas, información contextual, trayectorias biográficas y otras investigaciones sobre temáticas vinculadas. Hasta la última semana de redacción mantuve separados ambos bloques, pero finalmente definí unificarlos en un único listado de referencias para facilitar la consulta por autor/fecha, fundamental en una tesis que recurre a un formato de citado tipo APA. Por otra parte, la división entre “fuentes” y “bibliografía” se tornaba artificial y arbitraria en la medida que algunos textos post-1983 de los autores estudiados también funcionaron como fuentes en mi análisis; mientras otros, publicados en el período analizado, ofrecieron conceptos y claves interpretativas, y no sólo un “corpus de análisis” para la historia intelectual propuesta.

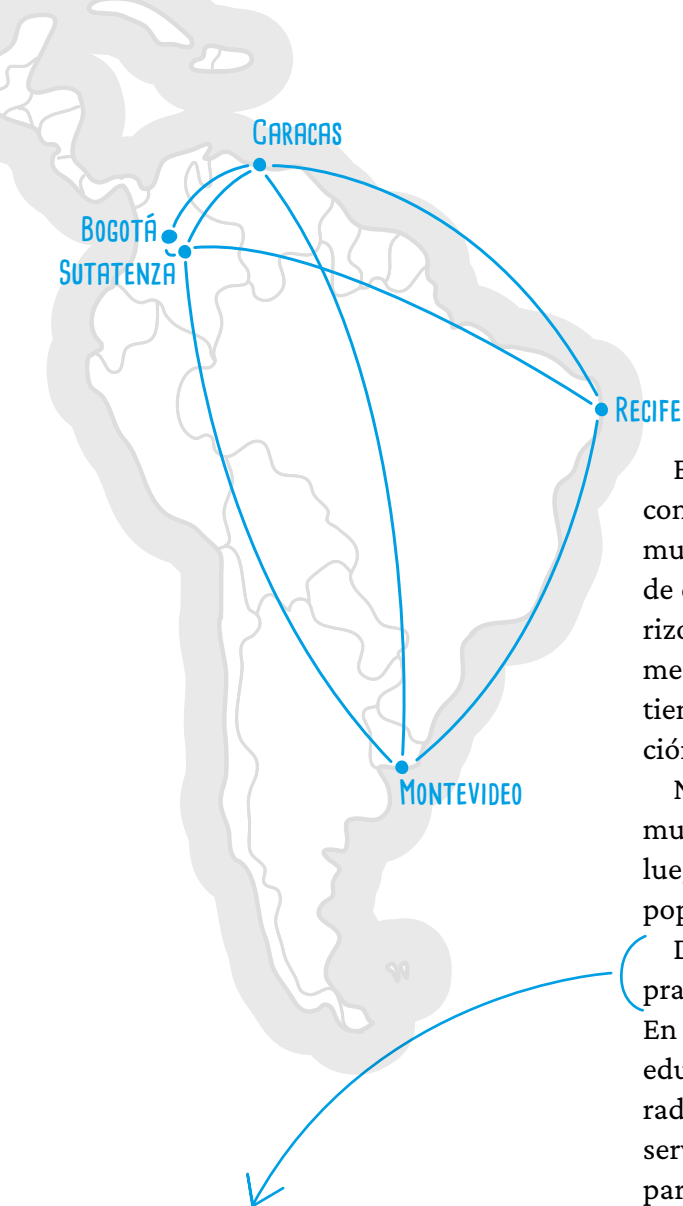
Finalmente se incluyen dos “Anexos” que sirven para el ejercicio analítico. En primer lugar, una cronología de los principales eventos y publicaciones mencionados en distintos capítulos. Como los capítulos están organizados por “ámbitos”, sus temporalidades se solapan. Esa revisión final permite una mirada de conjunto que abarca todos los puntos del mapa. En segundo lugar, construí un índice onomástico que ofrece otra entrada posible, siguiendo el rastro de figuras que aparecen en distintas etapas y geografías, ya sea como protagonistas de los procesos narrados o como referencias intelectuales. Ambos, la línea de tiempo y el índice, son herramientas complementarias para acompañar una lectura que es compleja frente a la magnitud del objeto de estudio que elegí mantener para no perder una trama de relaciones que sin duda es aún más amplia y a la que otros estudios podrán incorporar más a lugares, fechas y, por supuesto, interpretaciones.

PRIMERA PARTE

COMUNICACIÓN PARA LA LIBERACIÓN

América Latina entre la iglesia de Medellín
y los gobiernos populares





1 Las redes cristianas

En la Introducción señalamos a los primeros años setenta como el momento de emergencia de ideas y proyectos de “comunicación popular”, que tematizaron -y exploraron- formas de comunicación dialógicas o con énfasis en las relaciones horizontales, muchas veces presentadas como *alternativas* a unos medios de difusión masiva e industrias culturales que al mismo tiempo eran denunciados por manipulación ideológica, alienación, abuso de poder.

No exentos de contradicciones, los ámbitos cristianos fueron muy importantes para esa producción intelectual, en especial luego del proceso de acercamiento del catolicismo a los sectores populares estimulado por el Concilio Vaticano II¹.

Desde su jerarquía, la Iglesia católica había mostrado tempranamente una preocupación por los medios de comunicación. En la Encíclica *Divini Illius Magistri* (Pío XI, 1929), dedicada a la educación cristiana de la juventud, el Papa se refirió al cine y la radio: “Estos medios potentísimos de divulgación, que pueden servir, si van recogidos por sanos principios, de grande utilidad para la instrucción y educación, se subordinan desgraciadamente muchas veces al incentivo de las malas pasiones y a la avidez de la ganancia”. Durante su papado (1922-1939) se creó la Comisión Permanente Internacional de Editores de Periódicos Católicos y la Organización Internacional del Cine y del Audiovisual-OCIC (ambas en 1928), se realizó I Congreso Mundial de Prensa Católica (1930), se inauguró la Radio Vaticano (1931) y se fundó la Oficina Católica Internacional de la Radio (1936), que a partir de 1945 pasaría a denominarse Asociación Católica Internacional para la Radio (UNDA).

Para Benito Spoleitini (1985: XI) el momento cumbre se dio con una encíclica posterior del mismo Pío XI, *Vigilanti cura* (1936), dedicada íntegramente al cine. Ana María Peppino Barale (1999: 79) destaca que ésta “marca el cambio en los contenidos de los documentos papales donde se deja de privilegiar a la prensa para expresarse casi exclusivamente sobre los nuevos medios”. Por su parte, en 1948 Pío XII creó la Pontificia Comisión para el Estudio y Evaluación Eclesiástica de las Películas de Temas Religiosos o Morales, que luego se convertiría en el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales, responsa-



Podríamos remitirnos a la bula *Inter Multiplices* (1487), que fue el primer documento de la Iglesia sobre la imprenta y estableció la censura previa. Paulo IV siguió ese camino cuando en 1559 ordenó la publicación del Index de autores y libros prohibidos, en línea con los acuerdos del contrarreformista Concilio de Trento. Y en 1571 Pío VI estableció la Congregación del Índice, responsable hasta 1917 de examinar las obras editadas (Peppino Barale, 1999: 77). Todavía en 1832, con la Encíclica *Mirari Vos* de Gregorio XVI, la Iglesia sostenía una posición furibunda contra la libertad de expresión. Entre los papados de Pío IX (1846-1878) y León XIII (1878-1903) se inició una etapa más “instrumental” en la que se instó a utilizar los medios -la prensa y luego el cine y la radio- para propagar la doctrina y la moral católicas; aunque Pío X (1903-1914) retornó a una línea más conservadora.

1. En el balance, coincidimos con Alejandro Barranquero en la necesidad de señalar que “incluso en los proyectos más progresistas” hubo aspectos regresivos, “en el tratamiento de determinadas problemáticas: la sensibilización contra el aborto en todos los casos, la invisibilización de sectores como el de las mujeres o los colectivos homosexuales, etc.” (2008: 88)

ble de las reflexiones que se plasmarán en la encíclica *Miranda Prorsus* (1957).

En los años sesenta los medios empezaron a visualizarse decididamente como herramientas de “desarrollo”, primero, y “liberación”, después. No es casual que luego de la Conferencia de Medellín surgieran en la Iglesia latinoamericana, como veremos en este capítulo, espacios vinculados a la comunicación como DECOS-CELAM (1970), SERPAL (1970) y ALER (1972). Como señala Benito Spoleitini,

“El Concilio Vaticano II y luego Medellín (1968), imprimieron un gran impulso a las comunidades de base, a los grupos de catequesis, a las escuelas radiofónicas para campesinos y a otros movimientos en búsqueda de modelos diferentes de comunicación, que implicaba un nuevo modelo de Iglesia. Se anhelaba una comunicación más participativa, promocional, personalizante y liberadora al interior de la Iglesia y más acorde a la idiosincrasia del pueblo” (1985: XV).

En 1985, este autor escribía:

“Si hoy se habla de comunicación popular y de comunicación alternativa, incluso en organismos oficiales de la Iglesia, parte del mérito se debe a esos grupos y movimientos que, con pocos medios y muchos riesgos, experimentaron nuevas formas que han permitido la superación, aunque sea lentamente, de modelos verticalistas a favor de una comunicación más participativa y liberadora” (XV).

Antes de reconstruir y analizar la institucionalización de la reflexión cristiana sobre la comunicación a fines de los sesenta, hay que repasar esas condiciones de posibilidad que fueron claves para este proceso.

1.1. Antecedentes latinoamericanos

1.1.1. La experiencia de los medios educativos

El principal impulso de las radios educativas ligadas a la Iglesia se dio en la década de 1960, en sintonía con los planes de alfabetización que promovía el desarrollismo. Las primeras apuntaron a poblaciones rurales e indígenas, pero en los setenta los proyectos se extendieron a las zonas suburbanas.

En la búsqueda de orígenes, todas las aproximaciones históricas al tema tienden a coincidir en que la colombiana Radio Sutatenza² fue la experiencia pionera en América Latina. Se trata de un proyecto impulsado por el sacerdote José Joaquín Salcedo Guarín en el departamento colombiano de Boyacá, inspirado en los Foros Agrícolas Canadienses. Junto a su hermano Antonio José Salcedo (Tuco), sacerdote jesuita, en noviembre de 1947 instaló un primer transmisor y creó las tres primeras escue-



Hijo de un boyaquense conservador que manejó la oficina de telégrafo de Corrales, Salcedo llegó como coadjutor a la parroquia de Sutatenza en agosto de 1947, apenas meses después de ser ordenado sacerdote. Tenía 26 años. Ya había desarrollado una experiencia de cine móvil llevando de pueblo en pueblo películas de 16 milímetros que alquilaba en Bogotá. A poco de llegar a Sutatenza, la emisora salía al éter, estaba en proceso la construcción de un teatro y el cura organizaba proyecciones de cine en la plaza del pueblo. Para ampliar estos temas, ver “Productor/Radio: breve biografía mediática del fundador de Radio Sutatenza”, en Vaca Gutiérrez (2017: 111-163)



La idea de utilizar la radio como medio educativo venía planteándose en distintos ámbitos desde fines de los años ‘20. Las primeras experiencias de combinar escucha y encuentros

2. Originalmente denominada Emisora Cultural del Valle de Tenza.

39

→ interpersonales de discusión suelen adjudicarse a Gran Bretaña, aunque tienen antecedentes en la URSS (Beltrán, 1971: 18). La British Broadcasting Corporation (BBC) ensayó en 1928 lo que se considera el primer antecedente conocido de radioforo: “Por las noches, en las horas de mayor audiencia se transmitían series de charlas y discusiones. Había educadores en cada población. Se publicaron excelentes panfletos para suplementar cada serie y se formó un consejo asesor nacional para dirigir el proyecto. Se formaron cientos de grupos, pero después de diez años se dejó caer el experimento. Los resultados eran desproporcionados al dinero y esfuerzo invertidos”. Durante la década del ‘30, los proyectos de “radio con discusión” fueron bastante extendidos en Estados Unidos (Martínez Terrero, 1986: 116). En la misma línea, en Canadá se desarrolló una programación radial para agricultores que funcionaba con grupos de escucha denominados *Radio Farm Forums*. Peppino Barale sitúa esta experiencia, desarrollada por la Federación Canadiense de Agricultura y la Asociación Canadiense para la Educación de Adultos, hacia 1940.

las radiofónicas en la vereda de Irzón. “Su principal objetivo consistía en mejorar las condiciones de vida de la población analfabeta” (Peppino Barale, 1991: 91). El año siguiente se presentó en la Asamblea de Naciones Unidas y habló de la importancia de la radiodifusión como medio de educación y alfabetización de los campesinos.

Así nació Acción Cultural Popular (ACPO), un emprendimiento de educación no formal en el ámbito rural que llegó a tener un enorme alcance. Según sus estatutos -aprobados en 1949- su objetivo fue “trabajar por la cultura del pueblo, utilizando especialmente el invento de la radiodifusión y además otros medios culturales como el cine, el teatro, etc., para elevar el nivel religioso, moral, cívico y educacional del campesinado, de acuerdo con las normas sociales del catolicismo” (citado en Vaca Gutiérrez, 2017: 37). En los años sucesivos se instalaron nuevos transmisores -de más capacidad- y se distribuyeron miles de radioreceptores.

Ivonne Calderón Rodríguez (2016) sitúa esta experiencia como parte de un fuerte desarrollo de obras sociales, producto de iniciativas sacerdotales, que se dio entre fines de los años 40 y comienzos de los 50 en las zonas rurales colombianas³. Y advierte que se ha avanzado poco “en la comprensión de ACPO como dispositivo de afianzamiento de la catolicidad campesina”, en el sentido de que las escuelas radiofónicas “fueron espacios aprovechados por la Iglesia Católica para la formación religiosa”, ya que no sólo alfabetizaron y capacitaron sino que buscaron “propagar una educación cristiana haciendo que el mensaje del catolicismo permeara en cada espacio radial” (Calderón Rodríguez, 2016: 122).

La estrategia pedagógica de ACPO implicaba la transmisión de programas de radio en los que se enseñaba a leer y escribir, que debían escucharse con el acompañamiento de promotores y promotoras pedagógicos. La figura de estos *auxiliares inmediatos* o *monitores* era central para esta propuesta educativa, que complementaba la comunicación mediática/masiva con la interpersonal. En síntesis,

“El modelo implementado estaba constituido por: radio-difusión (programas), radiorrecepción (audición organizada – Escuelas Radiofónicas), acceso (facilitando aparatos de radio y garantizando cobertura con sonido de calidad), sistema combinado de medios (radio, cartillas, libros, periódico, disco-estudio, etc.) y comunicación interpersonal (auxiliar inmediato, líderes, dirigentes, entre otros)” (Vaca Gutiérrez, 2017: 13)

En relación a los objetivos de esta tesis, hay que mencionar

3. Junto a la de Salcedo, considerada “la más grande obra del catolicismo dirigida a los campesinos en Colombia”, la autora menciona las granjas agrícolas de Juan Botero Restrepo en la ciudad de Medellín y las “granjas infantiles” de Joaquín Luna Serrano (Calderón Rodríguez, 2016: 119-120)

que si bien Salcedo no propuso entonces una elaboración teórica sobre esta comunicación educativa⁴, tempranamente otros autores reflexionaron sobre la experiencia: Alejandro Rodríguez publicó *Acción Cultural Popular: Escuelas Radiofónicas* en 1950 y Álvaro Sánchez, *Escuelas Radiofónicas* en 1951. Ambos fueron editados en Bogotá por Prensas del Ministerio de Educación Nacional de Colombia (durante gobiernos conservadores). El primero destacó la audición organizada como uno de los elementos característicos de ACPO.

En un estudio que abarca toda la historia de Radio Sutatenza, Vaca Gutiérrez (2017: 214) distingue tres grandes etapas: un primer momento fundacional y organizacional (1947-1958); un segundo momento de expansión y consolidación⁵ (1959-1972); y un tercero de confrontación y decadencia (1973-1989).

Durante la etapa de expansión y consolidación, ACPO fue objeto de nuevas evaluaciones sociológicas: una de ellas fue realizada por Camilo Torres Restrepo junto a Bertha Corredor en 1961, quienes analizaron su obra “como instrumento de acción pastoral de la iglesia en las parroquias rurales, y los cambios producidos gracias a esa influencia”. A partir de un estudio realizado en tres pueblos, sostuvieron que la acción de ACPO contribuyó “eficazmente a disminuir el analfabetismo en las zonas rurales (...)” (citado en Vaca Gutiérrez, 2017: 188)⁶.

En ese período la radio tuvo varios cambios e incorporaciones de programación, por los que a fines de la década las emisiones propiamente de “escuela radiofónica” representaban un 10% de los contenidos. Según señala Vaca Gutiérrez, la programación informativa, en 1963, “se inspiró en la encíclica *Pacem in terris* de Juan XXIII, la cual motiva el derecho de las personas a estar bien informados y a tener una correcta y orientadora información de los hechos” (Vaca Gutiérrez, 2017: 254).

En 1965 ACPO lograría el mayor número de estudiantes registrados en un año: 240.915 (Peppino Barale, 1993: 189). Con el tiempo, las tareas educativas se expandieron más allá de la alfabetización: ACPO realizó campañas para la construcción o el mejoramiento de viviendas populares, el desarrollo de huertas familiares, la reforestación y la acción comunal y cooperativa (Beltrán, 1971: 43).

El interés de Sutatenza para esta historia radica en su carác-



Hay pocos estudios que recorran todo el ciclo de trabajo de Radio Sutatenza (1947-1989). Vaca Gutiérrez (2017) intentó precisamente superar esa condición de objeto “fragmentado, disperso y desarticulado”. Un aspecto interesante de esa investigación es la revisión del Boletín de Programas (primera etapa, 1953-1958, segunda etapa 1960-1966) en los que se publicaban numerosas cartas de los radioyentes. Al analizar los “procesos interactivos” de Sutatenza, Vaca Gutiérrez se interesa especialmente por la inmensa cantidad de cartas recibidas y contestadas. Según el autor, “Radio Sutatenza respondió 1.229.552 cartas de los alumnos y oyentes de las emisoras y de los lectores del periódico” (Vaca Gutiérrez, 2017: 328).

4. Como señala Vaca Gutiérrez, el fundador de Sutatenza “fue un pragmático y un visionario” en la utilización de los medios para la educación del pueblo: “más que un teórico, fue un hombre que compartió ideas mediáticas a partir de la práctica (...) Fue ya en los últimos cuatro años de vida que, por insistencia de sus amigos, decidió sistematizar y, en algunas circunstancias, reelaborar las ideas centrales que inspiraron su obra” (2017: 141).

5. Como toda periodización, esta definición es discutible: en 1953 ACPO recibió ayuda de la UNESCO y para 1955 ya se habían repartido unos 30.000 y Sutatenza/ACPO, establecida como cadena radial, llegaba a cubrir más de la mitad de las parroquias del país. Vaca Gutiérrez sitúa un corte en 1959 porque ese año el episcopado colombiano resuelve adoptar a ACPO como obra oficial. Con 700 kW, Sutatenza llegó a ser la radio más potente de Colombia y una de las mayores del mundo (Vaca Gutiérrez, 2017: 218).

6. Hacia finales del período, una evaluación externa -criticada por la dirección de Sutatenza, que no obstante la publicó- fue realizada por un equipo dirigido por Esteban Musto para el Instituto Alemán de Desarrollo.



Salcedo era amigo del dictador Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957) desde sus tiempos de seminarista y recibió distintos apoyos de su gobierno, que le ofreció varias veces el Ministerio de Educación. Pero además sostuvo buenas relaciones con los sucesivos gobiernos de Colombia. Misael Pastrana Borrero, presidente entre 1970 y 1974, había sido miembro de dirección de ACPO durante muchos años.

En 1966 visitaron ACPO los presidentes de Chile (Eduardo Frei Montalva) y Venezuela (Raúl Leoni Otero). En Venezuela Salcedo se relacionó con los ámbitos más aristocráticos y tuvo una relación muy cercana al empresario Gustavo Cisneros.

ter pionero y las estrategias innovadoras que entrecruzaron comunicación y educación, un encuentro que será definitorio para muchas experiencias de comunicación popular. No obstante, las influencias filosóficas de Salcedo y su asociación eran predominantemente preconciarias. En su tesis doctoral, Barranquero señala cuatro aspectos que alejaban a ACPO de una línea progresista: 1) Su ideología conservadora, con una orientación marcadamente anticomunista; 2) Una “limitada” concepción del cambio social; 3) Su excesiva vinculación a capitales e intereses externos (al recibir financiamiento de USAID, Banco Mundial, General Electric Corporation, el Vaticano) -a lo que se podría agregar su estrecha vinculación al poder político nacional y regional-; y 4) El alcance acotado de sus acciones, ya que “sus oyentes fueron principalmente agricultores con pequeñas parcelas de tierra, por encima de la gran masa de campesinos y agricultores empobrecidos del país” (Barranquero, 2008: 144).

Eso no impidió que el modelo de ACPO fuera tomado como referencia por muchas de las emisoras educativas que surgieron en Chile, Argentina, Ecuador, Perú, Bolivia, Honduras, Venezuela y Nicaragua (Prieto, Rincón y Ramos, 2008), impulsadas por grupos más afines a la línea de Medellín. Como sintetiza Peppino Barale,

“los grupos católicos religiosos han estado siempre a la cabeza de estos proyectos, generalmente a cargo de los integrantes más progresistas y radicales. Esto no quiere decir que no existan casos que responden, más bien, a las formas tradicionales y más conservadoras de la Iglesia. Sin embargo, con un criterio que tiende a la apertura o con otro que se ciñe a normas más estrechas, lo cierto es que la Iglesia Católica ha comprendido la importancia de los medios colectivos de comunicación, no sólo para apoyar su labor pastoral sino como instrumento para elevar la educación de los menos favorecidos y apoyar las labores que se llevan a cabo con y por la comunidad” (Peppino Barale, 1991: 212-213)

En los cincuenta la radiofonía educativa se extendió a otros países, como Costa Rica, Bolivia y Paraguay, donde en 1955 monseñor Ramón Bogarín fundó “Las Capillas Escuelas Radiofónicas del Paraguay” (Geerts, Van Oeyen y Villamayor, 2004), origen de la radio popular “San Roque”. Ese mismo año, en Bolivia se creó la primera estación destinada a los campesinos aymara: Radio Peñas, establecida por la misión de los Padres de Marykroll.

Al final de la década surgió la emblemática *Pío XII* en el pueblo Siglo XX, cuya historia reconstruye José Ignacio López Vigil en su libro *Una mina de coraje* (1985). La trayectoria de esta emisora boliviana es una buena muestra de la radicalización de un sector de la Iglesia durante los años sesenta. Creada por el Vaticano para contrarrestar la movilización obrera que cre-

cía en el país⁷, y también por la preocupación que generaban las noticias que llegaban desde Cuba, la radio sostuvo inicialmente un discurso anticomunista. Pero la coexistencia con los trabajadores terminó cambiando la perspectiva ideológica de los sacerdotes que fueron a trabajar a esa zona. Hacia 1965, Radio Pío XII ya estaba completamente identificada con la causa obrera e integraba una cadena junto con las radios fundadas por los sindicatos mineros. La radio pasó a definirse como “la voz de los sin voz” y fue etiquetada por el gobierno como una emisora comunista⁸.

“Una vez, con los aires del Concilio, pensamos cambiar de papa y llamarla Juan XXIII. Pero una radio es como una persona, no se desbautiza. Es decir, tenemos que cargar con un nombre histórico. Por suerte, el pueblo no entiende ese nombre. Le han quitado el “XII”, lo han vuelto femenino — la Pío—, le han dejado poco del vaticanismo de la postguerra” (testimonio recogido en López Vigil, 1985)

En 1967 ya existían en Bolivia 29 emisoras educativas cristianas y cinco centros de producción, que se asociaron en la red Educación Radiofónica de Bolivia (ERBOL). Durante los setenta las radios de esta red buscaron reorientar su perfil “para favorecer una educación integral y participativa identificada con la equidad y la democracia. Y a partir de 1980 dicha red cuatrilingüe de alcance nacional, manejada con amplia intervención indígena, asumiría un compromiso con la lucha de los pobres y los marginados” (Beltrán, 2014: 394).

Otra repercusión de la obra de Salcedo en los sesenta fue su participación en el Concilio Vaticano II -Juan XXIII lo designó como uno de los 37 miembros de la Comisión Pontificia de Comunicaciones- y la realización del Primer Congreso sobre las Escuelas Radiales en Latinoamérica, en septiembre de 1963, con participación en 170 delegados y 44 observadores de 22 países. Este evento se realizó en Bogotá con el auspicio del CELAM y de la Asociación Católica Internacional de Radio y Televisión (UNDA), y dio lugar a la creación de dos instituciones: la Confederación Latinoamericana de Educación Fundamental Integral (COLEFI) y el Instituto Latinoamericano de Comunicación de Masas (ILCODEMA). Este último es un hito olvidado en la historia institucional del campo académico de comunicación en América Latina, acaso por su corta vida. El Instituto inició su actividad en 1964 con 46 becados de 14 países latinoamericanos, pero de-



El Consejo Episcopal Latinoamericano reúne a los obispos de la Iglesia católica de América Latina y el Caribe. Fue creado en 1955. Hasta entonces no existía un ámbito que convocara al conjunto de los obispos latinoamericanos. Sus principales encuentros se denominan Conferencias Episcopales (también abreviadas con la misma sigla: CELAM). Entre las más significativas están la segunda, realizada en Medellín en 1968 (de la que hablaremos en este capítulo) y la tercera: Puebla, 1979 (comentada en el capítulo 7).

7. Su creación fue encargada a un equipo de sacerdotes oblatos de Canadá. Se construyó una sede especialmente, con criterio de radio (sala de grabaciones, sala de redacción, salas de locución, discotecas y viviendas para los locutores que llegaban de las ciudades) y se le otorgó un equipo de primera clase, con 2.000 watts de potencia). Era operada por profesionales entrenados (y adoctrinados) que trabajaban a sueldo.

8. Como evoca José Ignacio López Vigil (1985): “Al principio, la dinamita la tiraban los mineros en contra de la Pío. Y los curas pedían auxilio a las Fuerzas Armadas para defender la emisora católica. Unos años después, los militares dinamitaban, intervenían la estación. Y eran los mineros los que acudían a defenderla”.



Escuelas Radiofónicas Santa María (ERSM) habían iniciado su trabajo en 1964 inspiradas por Sutatenza. Hacia 1969 unos 25.000 adultos habían sido alfabetizados siguiendo las clases por radio. ERSM decidió entonces “organizar un programa de educación de adultos más completo. Se pone en contacto con Radio ECCA de Canarias y adopta su sistema, para lo cual realiza los cambios necesarios con objeto de atender a la realidad dominicana” (Peppino Barale, 1991: 116). En verdad, es interesante ver las sucesivas influencias a partir de las cuales se construye un modelo propio: “En 1975, después de un estudio sobre la educación liberadora de Paulo Freire, se inicia la tarea de elaborar un nuevo material de alfabetización (...) [L]a gran preocupación era la concientización popular” (121).

bió suspenderla el año siguiente por problemas financieros⁹.

Hacia finales de década, por otra parte, emergió otro modelo de educación radiofónica, desarrollado originalmente en las Islas Canarias, España. El Sistema ECCA fue adoptado (y adaptado) en 1968 por Radio Santa María de República Dominicana y luego serviría de modelo para otras radios educativas de la región. La propuesta pone mayor énfasis en formar una conciencia crítica y la fomentar la participación en organizaciones comunitarias (Peppino Barale, 1991: 117-120), con un tono crítico al desarrollismo.

ACPO y ECCA fueron “los dos grandes sistemas que han incluido en casi todas las radios educativas latinoamericanas”, que -como veremos- se combinaron con “el enorme arraigo del método de Paulo Freire” (Peppino Barale, 1991: 212). En suma, durante la década de 1960 surgieron unas quinientas experiencias en quince países de la región. Este período de mayor desarrollo de la radio educativa también marca el inicio de una reflexión más sistemática sobre la comunicación desde los ámbitos católicos, que se plasma en distintos encuentros, publicaciones y nuevas instituciones.

1.1.2. Las comunidades de base

Como inicio de las comunidades eclesiales de base (CEBs) suele señalarse el caso de los catequistas populares de Barra do Piraí, cerca de Río de Janeiro, en 1957. La experiencia de las CEBs tuvo especial desarrollo en Brasil, donde llegó a haber más de 60.000, con una participación de dos millones y medio de personas.

Como explica Frei Betto, se trata de “grupos de naturaleza religiosa y carácter pastoral. Pueden tener diez, veinte o cincuenta miembros”. En las zonas urbanas, la parroquia podría estar dividida en varias CEBs o formar un único grupo. “Motivadas por la fe cristiana, esas personas viven una común-união en torno a sus problemas de supervivencia y de subsistencia inmediatas” (Betto, en Festa, 1986: 103). En varias regiones, la organización de las comunidades eclesiales de base fue el germen de movimientos populares. Al ocuparse de reivindicaciones que no solo involucraban a los cristianos, como las condiciones de vida de un barrio, fueron sumando otros actores sociales y radicalizando sus reclamos: “Una lucha por la red cloacal en el vecindario puede suscitar las condiciones para formar una asociación vecinal. De la misma forma, apoyan las luchas sindicales, sobre todo fortaleciendo la infraestructura de sustentación de las huelgas” (Betto, 1986: 105). Por otra parte, señala Betto, a partir de esas comunidades de base se forjó “una extensa red de comunica-

9. En su reemplazo, ACPO creó una Oficina de Servicios para América Latina (OSAL) para mantener los contratos con otras organizaciones educacionales latinoamericanas (Vaca Gutiérrez, 2017: 96)

ción popular tejida por una multiplicidad de boletines diocesanos, folletos litúrgicos, literatura popular, cuadernos de formación, elaborados por los mismos militantes del medio popular”.

A partir de esa forma organizativa, durante los primeros años 60 en Brasil la jerarquía católica promovió el Movimiento Educativo de Base (MEB), que supo conjugar la política educativa del gobierno desarrollista con los nuevos aires al interior de la Iglesia. En ese marco realizó sus primeros trabajos de alfabetización con campesinos un referente de la educación liberadora -y también *intelectual faro* para la comunicación popular-: Paulo Freire. En esa época, estar alfabetizado/a era un requisito para poder votar, por lo que esos proyectos eran un vector clave para la democratización (Jara Holliday, 2018: 100).

El MEB, al frente del cual estaba Marina Bandeira, se inició por un contrato entre el Ministerio de Educación y la Conferencia Nacional de Obispos Brasileños (CNBB) durante la presidencia de Janio Quadros (marzo de 1961), continuada por Joao Goulart (1961-1964). El trabajo del Movimiento se desarrolló especialmente en el nordeste y el centro-oeste del país, las zonas más pobres. La propuesta incluía la utilización de la radio para las acciones de alfabetización, educación sanitaria y capacitación agrícola¹⁰. El MEB trabajaba “mediante la combinación de programas radiofónicos y enseñanza interpersonal, siguiendo en parte los exitosos resultados de la ‘escuela radiofónica’ de la red ACPO” (Barranquero, 2008: 98-99). No obstante, el movimiento no visualizaba a los medios como los agentes del cambio social: “Podrían ser un acelerador suplementario” pero “no un generador autónomo de desarrollo” (Martínez Terrero, 1986: 46). El énfasis estaba puesto en la concentración y se trabajó a partir de la propuesta educativa de Paulo Freire, que rompía con los métodos tradicionales y proponía la formación de “círculos de cultura”.

Según Martínez Terrero, en torno a experiencias como éstas “va surgiendo una comunicación distinta a la masiva con rasgos específicos en cada situación. Estos jalones, al principio un tanto confusos, se van definiendo cada vez más, y convierten a la comunicación en concientizadora-dialógica, liberadora, grupal, alternativa, popular, horizontal, participativa, etc”. (Martínez, 1986: 129). La teoría que emergía de esas prácticas señalaba el diálogo como un aspecto clave de la comunicación.

1.1.3. El impacto del Concilio Vaticano II

El 28 de octubre de 1958 el cónclave para la sucesión de Pío XII eligió Angelo Giuseppe Roncalli, hijo de una familia humilde de



Como bien reconstruye Oscar Jara Holliday (2018) las propuestas de Freire se habían forjado a partir de distintas influencias rastreables desde mediados de los años ‘40. La primera y principal es Elza Maia Costa Oliveira, su esposa desde 1944, una profesora que experimentaba métodos pedagógicos innovadores: “Elza fue pionera en la inserción del arte en la educación de las escuelas públicas en Recife y precursora en la formación de profesores. Estaba especialmente interesada en la alfabetización” (Jara Holliday, 2018: 97). En sus conversaciones con Myles Horton, Freire reconoce: “Elza en verdad, ejercía una influencia extraordinaria sobre mí del punto de vista existencial y del punto de vista intelectual. Yo debería decir ‘antes de Elza’ y ‘después de Elza’”. La segunda influencia importante fue el pensamiento de Anísio Teixeira, director de educación del Estado de Bahía en 1947 e integrante del movimiento Educação Nova. Y una tercera fuente es la experiencia de una década de trabajo en el Servicio Social de la Industria (SESI) de Recife, donde conoció en profundidad las condiciones de trabajo de la clase obrera. En 1959 Freire presentó su tesis para obtener el grado de Profesor en Historia y Filosofía. A principios de 1962, ya en el gobierno de Goulart, impulsó la creación del Servicio de Extensión Cultural (SEC) de la Universidad de Recife -considerada una de las primeras experiencias de extensión universitaria en Brasil- y asumió su secretaría ejecutiva. Desde allí se impulsó una memorable campaña de alfabetización, con gran participación de distintas

10. Peppino Barale afirma que los obispos habían presentado “un plan quinquenal en el cual se comprometen a establecer 15.000 escuelas radiofónicas en ese mismo año de 1961, pero la proyección resultó demasiado optimista”. Según datos del investigador por Luiz Eduardo Wanderley, el primer año funcionaron 2.687 escuelas radiofónicas y el máximo alcanzado fue obtenido en septiembre de 1963 con 7.353” (Peppino Barale, 1999: 128).



45

→ agrupaciones estudiantiles, que se financió con fondos de la Alianza para el Progreso (Jara Holliday, 2018: 102). Producto de esa experiencia, en 1964 el jefe de Gabinete Darcy Ribeiro y el ministro de Educación Paulo de Tarso Santos convocaron a Freire para coordinar el Programa Nacional de Alfabetización. La experimentación de su método en este ámbito fue interrumpida por el golpe militar. Perseguido, Freire tuvo que salir del país y su primer destino fue Chile, donde trabajó en la Instituto de la Reforma Agraria durante el gobierno de Frei (ver capítulo 3). Más adelante colaboraría con gobiernos socialistas y revolucionarios en Tanzania, Guinea-Bissau y Angola (Berryman, 1989: 39).

66 99

La propuesta original, tratada en la primera parte del Concilio, tenía 144 artículos (se esperaba que tuviera rango de Constitución), pero se decidió reducirla y de 44 páginas pasó a apenas 9. Finalmente se discutió en poco tiempo y se aprobó en una votación dividida. “[El decreto *Inter Mirifica*] lucía tímido ante las realidades del mundo, le faltaba valentía en temas tan candentes como la información y la opinión pública, parecía demasiado clericalista, no mostraba confianza en los laicos... En una palabra: era la ‘Cenicienta’ del Concilio” (Rosa Chávez en VV.AA.: 1988: 23)

Bérgamo, quien adoptó el nombre *Juan XXIII*. Este Papa inició un proceso de *aggiornamento* de la Iglesia al mundo contemporáneo¹¹, que habilitó a sectores de la “iglesia joven” o progresista con un discurso que, casi por primera vez desde sus orígenes, apeló a la “esencia popular del cristianismo” (Latorre Cabral, 1969: 11-12). En la carta encíclica *Mater et Magistra* (1961), y luego en *Pacem in Terris* (1963), expresó esa nueva impronta vinculada a la justicia social. Como señala Latorre Cabral, Roncalli se pronunció “por la abolición de las desigualdades, por la participación de los obreros en los beneficios netos de las inversiones de capital y por la cogestión de éstos” y criticó “a las corporaciones económicas gigantescas y los monopolios industriales” (1969: 14). Fue Juan XXIII quien convocó al vigésimo primer concilio ecuménico, cuyo discurso de apertura dio el 11 de octubre de 1962, aunque no llegó a verlo concluir: falleció en junio de 1963.

Un año más tarde su sucesor Pablo VI anunció, en su primer mensaje radial al mundo, que una parte importante de su pontificado estaría dedicado a la continuación de ese Concilio Ecuménico, que finalizó en 1965. En síntesis, su ámbito plenario y los grupos de trabajo legitimaron ideas que hasta entonces “habían sido expuestas cautamente sólo en círculos teológicos progresistas. El primer documento completo (...), acabó con la misa en latín que había sido norma durante quince siglos” (Berryman, 1989: 20). Además de los signos de modernización del culto, el Concilio adoptó una postura ecuménica que promovió el acercamiento con otras religiones, el diálogo con los no creyentes y cierta tolerancia hacia la heterodoxia. De allí que todo gesto o medida renovadora de la Iglesia desde entonces fuera visto como “posconciliar”, mientras las expresiones más retrógradas y conservadoras recibieron el calificativo de “preconciliares”.

El Vaticano II fue además el primer Concilio en publicar un documento sobre los medios de comunicación social: el decreto *Inter Mirifica* (Pablo VI, 1963), un texto breve -consta de 24 artículos-, sin grandes novedades, que en buena medida recoge la línea de la encíclica *Miranda Prorsus* (1957) dedicada al cine, la radio y la televisión, y que insta a los católicos a capacitarse sobre el tema y a hacer un uso “honesto” de los medios de comunicación. El Concilio comprometió además al dictado de una instrucción pastoral, “con la ayuda de peritos de diferentes naciones”, que recién se conoció, como veremos más adelante, en 1971. Pablo VI fue responsable, además, de la abolición del *Index* de obras y autores prohibidos, que había tenido vigencia durante cuatro siglos.

La décima reunión del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), realizada en Mar de Plata en 1966, fue la primera

11. Latorre Cabral sostiene que ese *aggiornamento* tuvo tres expresiones: social, científica y canónica. En cada uno de esos planos se dio un enfrentamiento entre un sector conformista y conservador y otro rebelde y progresista, entre “la Iglesia vieja y la Iglesia joven de América Latina”.

pos-concilio. Su tema fue “La presencia activa de la Iglesia en el desarrollo y la integración de América Latina” y no sólo estuvo marcada por la “euforia conciliar”, como señaló Héctor Borrat, sino también por el “pleno auge de los puntales tecno-jesuitico-episcopales de los triunfantes democristianos chilenos”. Como su título indica, predominaron las ideas de los ideólogos desarrollistas: “Mar del Plata habló el aséptico lenguaje de los tecnócratas. Medellín, en cambio, al exigir ‘liberación’, opta por una expresión rotundamente política”, sintetiza Borrat (1968: 4).

Por otra parte, en 1967 el CELAM promovió -a través de su Departamento de Educación- una serie de reuniones realizadas en Buga (Colombia) que, inspiradas en el Concilio Vaticano II, impulsaron un análisis crítico de la situación de las universidades católicas. Este dio lugar a propuestas de cambio cuya aplicación pronto se reclamó en Valparaíso, Cuyo, Rosario, Medellín, Nicaragua y San Salvador. Así, en un proceso que combinó la movilización estudiantil y el visto bueno del Vaticano, en varios países se darían transformaciones significativas que detallaremos en el capítulo 3 para el caso de Chile, ya que esas universidades reformadas fueron el ámbito de varias producciones intelectuales que analizamos en esta tesis.

Además de cierta apertura democrática de las universidades, los Documentos de Buga proponían “promover la investigación y el estudio de aquellas áreas actualmente desatendidas y que están conectadas con el desarrollo social de América Latina, creando en cuanto sea posible, institutos de investigación de la realidad social, nacional o regional, institutos de estudios latinoamericanos, institutos para el estudio y promoción de la cultura popular latinoamericana”.

La importancia de la conferencia episcopal realizada en Medellín en 1968 fue darle una interpretación y un impulso latinoamericano a los lineamientos del Concilio Vaticano II, cuya agenda había estado marcada por obispos y teólogos europeos y norteamericanos (Berryman, 1989: 20). Pero antes de Medellín hubo otra señal que los obispos latinoamericanos atendieron: la encíclica *Populorum Progressio* de Pablo VI, dada a conocer el 26 de marzo de 1967 y con la cual “las doctrinas sociales de la Iglesia alcanzan, por primera vez en su historia, proyección internacional” (Latorre Cabral, 1969: 20). En buena medida, este documento tiene un tono desarrollista y no es ajeno a las ambivalencias del Papa -el mismo que al año siguiente se inclinaría por los sectores más regresivos con su *Humanae Vitae*¹²-. Pero ofreció algunas claves a los sectores con mayor compromiso social, al afirmar que la propiedad privada no constituye un derecho incondicional y absoluto, y condenar el “imperialismo internacional del dinero” -expre-

El Documento final del Seminario de Expertos sobre la Misión de la Universidad Católica en América Latina señalaba: que la “misión de la Universidad es promover la ciencia, técnica y cultura” y que “no puede una Universidad que pretenda ser tal, reducirse a formar profesionales” (92). En ese sentido, los especialistas plantearon que le incumbe “ejercer una función crítica de la mentira social y política que desgraciadamente caracteriza a más de algún país de América Latina”, por lo cual la Universidad debe convertirse en un “centro polémico de interrogaciones formuladas frente al proceso histórico y que deba procurar un cuerpo de soluciones” (95). Y aseguraba: “Aunque las ciencias sociales sean, en ciertos medios oficiales de América Latina, consideradas como ‘subversivas’ corresponde no obstante a la Universidad Católica asegurar un ámbito para su libre y plena investigación” (95). Los documentos referidos aquí fueron reproducidos en *Cuadernos de Marcha*, Número 9, enero de 1968. Los números de página citados corresponden a esa edición.

12. Se trata de una encíclica difundida el 30 de julio de 1968, que cierra un proceso iniciado en 1963 para sentar doctrina sobre el control de los nacimientos. En *Humanae Vitae* se condena cualquier práctica que tienda a impedir la procreación.

47



Principal exponente del
agggionamiento social de la
Iglesia latinoamericana,

Câmara había sido designado por Pablo VI como obispo de Olinda y Recife, la diócesis más importante de Brasil. Cuestionó el latifundismo y fue un oponente de la dictadura instaurada en Brasil desde 1964. Fue uno de los principales promotores del Movimiento Educativo de Base.

sión que será citada una y otra vez en documentos de la época.

Cinco meses después de esa encíclica, dieciocho obispos de distintas naciones -la mayoría brasileños-, encabezados por Hélder Câmara, dieron a conocer su “Mensaje de los obispos del tercer mundo”¹³. Su primer párrafo era bien ilustrativo:

“Frente a los movimientos que actualmente sublevan a las masas obreras y campesinas del Tercer Mundo, algunos obispos, pastores de estos pueblos, dirigen este mensaje a sus sacerdotes, a sus fieles y a todos los hombres de buena voluntad. *Esta carta prolonga y adapta la encíclica sobre el desarrollo de los pueblos*” (El destacado es mío)

Manteniendo algunos giros que los despegaban de *bloque socialista*¹⁴, los obispos tercermundistas retomaban el cuestionamiento al imperialismo del dinero (*Populorum Progressio*) y las ideas de Juan XXIII sobre el destino social de la propiedad, que debe ser repartida entre todos y no ser acaparada por aquellos que “se declaran dueños de los bienes comunes (...) porque han sido los primeros en ocuparlos”. De Pablo VI, en tanto, evocaron el llamado a que los laicos tomaran iniciativa sin esperar pasivamente consignas y directivas. Con una cita del Evangelio, el mensaje cierra con la palabra clave que marcará la agenda política de América Latina en los años setenta: “*Poneos de pie y levantad la cabeza, pues vuestra liberación, está próxima*”.

No hay referencias específicas a la comunicación, aunque ésta ya estaba entre las preocupaciones de algunos de los promotores del mensaje. En una conferencia pronunciada en San Pablo en junio -dos meses antes del manifiesto-, donde también objetaba la “dictadura internacional del poderío económico”, Hélder Câmara se preguntaba:

“¿Qué estamos haciendo de la inmensa fuerza de la prensa escrita, de la radio, de la TV, del cine, del teatro? ¿Que estamos haciendo de los educadores formados en las universidades? ¿Por qué no tentamos unir estas fuerzas inmensas y ponerlas al servicio de la justicia y de la paz, al servicio de la solidaridad internacional?” (Câmara, 1968: 8)

1.1.4. Medellín y las ideas de liberación

Un año después, en agosto de 1968, unos 130 obispos católicos (en nombre de más de 600 de toda América Latina) se reunieron en Medellín, en la segunda reunión plenaria del CELAM¹⁵, para discutir y desarrollar en términos continentales los linea-

13. También conocido como *Manifiesto de los Obispos del Tercer Mundo*. En las fuentes consultadas se publicó como *Mensaje...* Un antecedente -del que coinciden varios de los firmantes- fue el *Manifiesto de los obispos del Nordeste del Brasil*, dado a conocer en Recife el 1º de julio de 1966. El *Mensaje* de 1967 incorporaba obispos de Yugoslavia, Medio Oriente, China y Oceanía, entre otras referencias geográficas, y tomaba como referencia *Populorum Progressio*.

14. Por ejemplo, en determinado pasaje cuestiona el ateísmo y el colectivismo a los cuales “ciertos movimientos creen deber ligarse” (p. 14 de la versión de *Cuadernos de marcha*).

15. La primera se había realizado con su fundación, en Río de Janeiro, en 1955.

mientos del Concilio Vaticano y la encíclica sobre el desarrollo de los pueblos. Los debates dejaron una serie de documentos que instan a los cristianos a comprometerse con la transformación social. Las interpretaciones sobre esos resultados ofrecen algunas variaciones. Para un contemporáneo como Latorre Cabral, Medellín resumió en líneas generales “las tesis que de años atrás, con escasa fortuna política, han venido configurando el pensamiento de la izquierda latinoamericana” (Latorre Cabral, 1969: 143). Berryman, por su parte, valora el empleo de “la palabra ‘liberación’ y otras semejantes” y que los obispos unieran el “‘desarrollo genuino’, la ‘transición de una condición menos humana a una más humana para todos y cada uno’ con el texto bíblico”, pero señala también “una buena cantidad de ambigüedades” en los documentos: “Las terminologías de desarrollo y liberación estaban entremezcladas, y la suposición subyacente parecía ser el cambio básico que podía llegar a través de la conversión de los privilegiados y los poderosos...” (Berryman, 1989: 27). El autor destaca que algunos textos hablaran de las comunidades de base y que el documento sobre educación se mostraba muy influenciado por las ideas de Paulo Freire (39).

El texto dedicado a la comunicación, en cambio, se cuenta entre los que suscribían las expectativas desarrollistas, siguiendo el tono de la *Inter Mirifica*. Como sintetiza Peppino Barale, sostiene una visión “complaciente y optimista” que “contrasta con el tenor de los otros documentos, especialmente Justicia (1) y Paz (2) del área de Promoción Humana y Pobreza de la Iglesia (14) del área *La Iglesia visible y sus estructuras*. Es en estos últimos donde se refleja con mayor profundidad el pensamiento de los expertos e intelectuales católicos progresistas” (Peppino Barale, 1999: 107).

Para Borrat, la Conferencia General del CELAM marcó un giro de 180 grados dentro de la Iglesia y, al convocar a la liberación, “implantó la contradicción dentro de la propia iglesia” (Borrat, 1969: 3), una contradicción que se dirimiría en cada iglesia local. Sin duda, los planteos de la Conferencia Episcopal fueron la apertura de nuevos procesos y disputas. Como parte de ese recorrido se puede comprender, por ejemplo, la emergencia de la *teología de la liberación*, iniciada entre los católicos por el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez, uno de los consultores de aquel plenario del CELAM. Semanas antes de la reunión de los obispos, Gutiérrez bosquejó la idea en una charla durante un encuentro nacional del movimiento ONIS¹⁶ en la ciudad portuaria de Chimbote, Perú.

Hacia 1970 proliferaban las conferencias sobre esta perspectiva en clave ecuménica. Y pronto aparecieron varios libros que se dedicaban íntegramente a esta nueva corriente. Es el caso de *Teología de la liberación: Perspectivas* del peruano Gu-



A los citados a continuación se suma *Jesucristo el liberador* (1972), de Leonardo Boff, convertido a posteriori en uno de los máximos referentes del movimiento. También son significativos los trabajos de Enrique Dussel y Juan Carlos Scannone, que junto a otros filósofos formaron además la idea de una *filosofía de la liberación*, movimiento que se presentó durante el II Congreso Nacional de Filosofía realizado en Córdoba en 1972 y se plasmó en el libro colectivo *Hacia una filosofía de la liberación latinoamericana* (Buenos Aires, Bonum, 1973). Considerando la teología de la liberación como una producción ecuménica (Codina, 2013: 1360), hay que mencionar el antecedente de la tesis doctoral *Toward a Theology of Liberation*, elaborada ya en 1968 por el evangélico Rubem Alves.

16. La sigla significa “Oficina Nacional de Investigación Social”. Fue un grupo de sacerdotes que se juntó en Perú hacia 1968 a partir de sus inquietudes por la injusticia y la situación de pobreza del pueblo.

49



Después del golpe militar de 1964, Assmann estuvo en Uruguay, en Bolivia

durante el período de Torres y en el Chile de la Unidad Popular. Tras el derrocamiento de Allende, se instaló en Costa Rica donde formó junto a Franz Hinkelammert el Departamento Ecu­ménico de Investigaciones (DEI). Allí publicaron, por ejemplo, *Carter y la lógica del imperialismo* (1978), dos volúmenes con la participación de cientistas sociales y teóricos de la dependencia como Noam Chomsky, Samir Amin, Theotonio Dos Santos y Celso Furtado, entre otros; ex funcionarios de la Unidad Popular chilena como Pedro Vuskovic, Luis María Aguirre, Fernando Fajnzylber y Eduardo Ruíz Contardo; y referentes de la teología como el metodista argentino José Miguez Bonino, el luterano germano-chileno Helmut Frenz y los uruguayos Juan Luis Segundo (jesuita) y Julio Santa Ana (protestante). Assmann regresó a Brasil en los '80 y fue profesor titular de Filosofía de la educación y la comunicación en la Universidad Metodista de Piracicaba.

tiérrez, y *Opresión-liberación. Desafío a los cristianos*, del brasileño Hugo Assmann, ambos aparecidos en 1971. El segundo fue reformulado en 1973 con el título *Teología desde la praxis de la liberación*. Su autor, un pastor metodista que transitó muchas de las geografías que referiremos en esta tesis, hizo además aportes significativos a la crítica del desarrollo y la denuncia de la dependencia, desde perspectivas interdisciplinarias, y estudió cómo los militares recurrían a símbolos cristianos para justificar sus acciones represivas. En 1973, como veremos en el capítulo 5, fue uno de los fundadores y directores de la revista *Comunicación y Cultura*.

En una descripción sintética, Berryman define a la teología de la liberación como “1) Una interpretación de la fe cristiana a través del sufrimiento, la lucha y la esperanza de los pobres. 2) Una crítica de la sociedad y de las ideologías que la sustentan. 3) Una crítica de la actividad de la Iglesia y de los cristianos desde el punto de vista de los pobres” (Berryman, 1989: 11). El encuentro realizado en El Escorial (Madrid) en 1972, donde confluyeron múltiples referentes de estos posicionamientos, se considera un momento fundamental para su constitución como línea teológica (Codina, 2013).

Algunos analistas señalan que esta teología tuvo dos vertientes diferenciadas: una *teórica*, que reunió a teólogos e intelectuales latinoamericanos que buscaron romper el carácter eurocéntrico y desmovilizador de la teología tradicional, y otra *práctica*, expresada en el trabajo de base, tanto en localidades rurales como urbanas, para mejorar las condiciones sociales (Barranquero, 2008: 91). Como referencia de esa vertiente práctica se señalan las *comunidades eclesiales de base* (CEBs), que en rigor, como ya vimos, preexisten a las primeras formulaciones de la teología de la liberación. Podría decirse que, si bien no fueron su resultado, recibieron una justificación a través de ella, que recordaba que las comunidades del Nuevo Testamento eran *casas-iglesias* y por lo tanto se estaba recuperando una tradición olvidada (Berryman, 1989: 61-64).

1.2. La institucionalización del pensamiento sobre la comunicación

Progresivamente, las reflexiones surgidas en las experiencias radiales y educativas de base sobre las características que debía tener la comunicación fueron acogidas en los ámbitos de la Iglesia especializados. Algunos de ellos se habían formado tempranamente. En 1960, al tiempo que se desarrolló el Primer Congreso Latinoamericano de Emisoras Católicas, se había creado el secretariado latinoamericano de UNDA (UNDA-AL), como así también el de las organizaciones católicas para el cine (SAL-

OCIC o OCIC-AL) y la prensa (Unión Católica Latinoamericana de Prensa: UCLAP). Después de Medellín, como veremos, se formarían nuevas organizaciones para articular la experiencia católica con los medios de comunicación.

Del 20 de septiembre al 5 de octubre de 1966 se realizó en Santa Inés (Lima) el primer Seminario de Responsables Continentales de Medios de Comunicación Social, que reflejó “la situación de la comunicación masiva y de las nuevas experiencias comunicacionales” (Martínez Terrero, 1986: 130). Algunos de sus participantes fueron Manuel Olivera, Mario Kaplún, Juan Damián y otros. Allí emergió un interés por los medios “no masivos” -así llamados en ese momento-, luego conocidos como *medios grupales*:

“...Los Instrumentos ‘no-masivos’ (cine y teatro como arte, revistas y semanarios especializados, libros, forums, y otras formas que favorezcan el diálogo personal y la participación activa), permiten una formación en profundidad y, en tal sentido, cumplen una misión irremplazable. Por eso, aunque no alcanzan grandes públicos, son el vehículo adecuado para explicar la doctrina cristiana en todas sus exigencias y hacer posible una acción libre y consciente de adhesión personal a Cristo” (en Spoletini, 1985: 14)

El Documento de Santa Inés reafirmaba el *derecho* de la Iglesia a “poseer sus propios Instrumentos de Comunicación Social, derecho que fue reafirmado por el Concilio Vaticano II” (Spoletini, 1985: 17). Se trata de los primeros esbozos de un planteo sobre la comunicación y la educación cristiana que pronto se volvería más discutido, más elaborado y también más renovador. En 1968, poco antes de la Conferencia de Medellín, se realizaron tres seminarios regionales¹⁷ “para profundizar la problemática analizada en Santa Inés, con la participación de expertos y trabajadores de prensa, cine, radio y televisión de América Latina” (Peppino Barale, 1999: 83).

El panorama abierto ese año a partir de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano y otros procesos que ya hemos mencionado, definió un “nuevo rumbo de la comunicación en los comunicadores progresistas” (Martínez Terrero, 1986: 132). En su periodización de los documentos producidos por la Iglesia católica sobre la temática, Benito Spoletini identifica en el período 1970-1974 una segunda etapa: *La comunicación social ante la liberación*. Señala en ella tres hitos fundamentales: un seminario sobre “Comunicación Social y Educación: una visión cristiana” realizado en México (1971), un Encuentro Regional de Pastoral en la Comunicación Social en Cumbayá-Quito (Ecuador, 1972) y el documento titulado “Perspectiva del comunicador social” (1974). A ellos hay que sumar la fundación de tres

En los años posteriores, estos medios “sencillos” quedarán asociados a una perspectiva liberadora, aunque como advierte Martínez Terrero, “la contraposición no está en los medios en sí, sino en la metodología de su uso, que desencadena un proceso distinto”: “Los medios masivos se dirigen esencialmente a grandes audiencias indiscriminadas, heterogéneas, anónimas, pluralistas, lejanas, con individuos aislados, solitarios, separados entre sí al menos geográficamente, pero alcanzados simultáneamente, que no discuten ni reflexionan en grupo sobre los mensajes (....) En cambio, los medios grupales se basan en el papel activo que toma un grupo reducido produciendo o discutiendo un mensaje” (Martínez Terrero, 1986: 191).

17. Montevideo, 6 al 16 mayo; Lima, 24 de mayo al 2 de junio; San José de Costa Rica, 8 al 18 de junio.



SERPAL tiene una historia previa si se considera el antecedente de Arbeitskreis für Christlich-soziale Bildung e.V., una asociación creada en 1962 por el Prelado Wissing para producir programas radiofónicos de formación cristiana, que se enviaban gratuitamente -en cintas magnéticas- a las emisoras de América Latina. En 1964, en cooperación con Radio Sutatenza (Colombia) y Radio e TV Difusôra Portoalegrense (Brasil), se acercó más a las problemáticas de la región. En 1968, al realizarse en Munich -donde está la sede de Arbeitskreis- la Asamblea Anual de UNDA, sus directivos se vincularon con Manuel Olivera, recientemente designado director de la sección latinoamericana (UNDA-AL). Así comenzó el vínculo con autores de esta región para la producción de programas. En 1970, reunidos en Sutatenza, crearon SERPAL “para unificar el sello de los discos y el nuevo compromiso de las producciones, inspiradas en los principios del Concilio Vaticano II y en la teología de la liberación emanada de los Documentos de Medellín” (en radialistas.net)

instituciones que tendrán un papel clave en la acción de la Iglesia latinoamericana en el campo de la comunicación y en particular en el desarrollo de la comunicación popular: el Departamento de Comunicación Social del CELAM (1970), el Servicio Radiofónico para América Latina -SERPAL- (1970) y la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica -ALER- (1972).

La creación del Departamento de Comunicación Social (DECOS-CELAM) implicó una jerarquización del ámbito de la comunicación del Consejo Episcopal Latinoamericano. Si hasta entonces había habido oficinas de prensa o de opinión pública, el DECOS era una suerte de Ministerio, con más recursos, con expertos y proyectos de trabajo. Desde allí se organizaron encuentros donde se produjeron documentos (entre ellos, el mencionado por Spoletini de 1974), “que siguen fieles los lineamientos de Medellín de una ‘comunicación liberadora’” (Martínez Terrero, 1986: 136-137). Su principal impulsor en estos años fue Luciano Metzinger, un francés que había conocido los campos de concentración nazis¹⁸ y que, tras unos años en Canadá, en 1954 se instaló en Perú donde se desempeñó como sacerdote y profesor de filosofía, hasta llegar al cargo de Secretario General de la Conferencia Episcopal Peruana en 1971¹⁹. Metzinger fue otro de los participantes del Concilio Vaticano II.

Por su parte, SERPAL es uno de los organismos creados por la Iglesia católica en el marco de su impulso a la educación radiofónica. Martínez Terrero lo considera como “la institución continental que más ha hecho por la comunicación grupal liberadora” (Martínez Terrero, 1986: 134). Con el auspicio del obispado de Munich y con fondos de la cooperación alemana, SERPAL trabajó con una red de radios católicas para realizar y difundir distintas series orientadas a la concientización y evangelización, que impulsaban el diálogo a través de “medios grupales”. La más emblemática es *Jurado 13*, cuya realización se acordó en 1970 en una reunión entre SERPAL, Sutatenza, UNDA-AL, la Asociación Pro-Emisoras Culturales y un grupo de comunicadores de Montevideo²⁰. Varios habían estado en la reunión de Santa Inés (1966) y venían de realizar experiencias de trabajo comunicacional con grupos: así, “en esta reunión se recoge el fruto de las inquietudes y esfuerzos de muchos grupos diferentes y de entidades cristianas” (Martínez Terrero, 1986: 134). El realizador fue Mario Kaplún, que era además miembro experto del Departamento de Comunicación Social del DECOS-CELAM.

18. Durante la II Guerra Mundial le tocó participar de la sección de Infantería francesa y resultó prisionero de guerra por cuatro meses.

19. Además, entre 1968 y 1986 presidió la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social (Conamcos) del Perú. Estuvo vinculado a la OCIC (de la que fue vicepresidente) y la UCLAP (como asesor y presidente vitalicio).

20. La serie trató 20 problemas latinoamericanos distribuidos en sesenta capítulos de 24 minutos cada uno. Cada programa tomaba una situación de conflicto y esta se enjuiciaba frente a 12 jurados que debían evaluar las pruebas y tomar posición. El jurado 13 era el oyente. La serie fue traducida a varios idiomas (Silva Pintos, 2010).

Se grabó en Montevideo y los discos se produjeron en Bogotá²¹. Estos comenzaron a circular en 1971 y se transmitieron en más de 600 emisoras de toda la región e incluso para los hispanos en Estados Unidos.

Según Martínez Terrero, “la importancia de las series de SERPAL, como medios grupales, reside en su orientación ideológica. Los antiguos radio-foros (por ejemplo, rurales) se quedaban en una instrucción meramente tecnológica (cómo aumentar las cosechas). Las series de SERPAL van a una concientización, que desemboque eventualmente en una transformación de las estructuras sociales” (Martínez Terrero, 1986: 135). Con esa perspectiva, el Servicio sumó como destinatarios -además de las radios- a comunidades de base, grupos de reflexión, sindicatos y otras organizaciones, que desarrollaban metodologías de debate grupal. Los programas iban acompañados con guías y textos complementarios para acompañar la reflexión de los receptores.

Con características similares a “Jurado 13”, SERPAL produjo otras series sonoras, utilizadas tanto en radio como en el trabajo con grupos. Kaplún hizo “Padre Vicente (Diario de un cura de barrio)”, “Cristianos en búsqueda” y “Tierra de muchos”. Su esposa Ana Hirsz, “Mi tío Juan” y “Los hijos de Laura Torres”. Los hermanos José Ignacio y María López Vigil produjeron “Un tal Jesús” -otra de las series emblemáticas-, “Teresa y Manolo”, “Agua viva” y Granja latina²². Se expresaba en ellas el movimiento más progresista dentro de la Iglesia católica y pronto se produjeron discusiones y rupturas²³.

Dentro de la Iglesia, no obstante, avanzaba la preocupación por el uso de los medios, su vinculación con la educación y la necesidad de que se establezcan relaciones dialógicas, no unidireccionales.

Esa inquietud por la comunicación dialógica quedó plasmada en el Seminario Interamericano sobre “Comunicación Social y Educación: una visión cristiana” que se realizó en México entre el 19 y el 24 de mayo de 1971, organizado por los Departamentos de Educación y Comunicación Social del CELAM y el Latin American Bureau. Participaron 56 delegados de 18 países. Llamativamente, su fecha está pegada con la de la V Jornada Mundial de

21. Esta fue la división del trabajo sostenida durante varios años por SERPAL: “el equipo de Montevideo, coordinado por Manuel Olivera, se encarga de la producción de los programas; ACPO, de Bogotá, se responsabiliza del matizado y la distribución de los discos; la oficina de Munich planifica las actividades, busca el financiamiento y dirige todo el servicio” (radialistas.net, consultado febrero 2019). A esa estructura se sumaron coordinaciones nacionales, que recibían los materiales en cada país y lo distribuían entre las emisoras y grupos de reflexión. Para mejorar la comunicación entre esos delegados se editó un boletín mensual.

22. Las producciones de SERPAL están digitalizadas y disponibles en www.radioteca.net, proyecto patrocinado por la UNESCO.

23. Sutatenza -que, como vimos, era la institución de educación radiofónica con más antigüedad- objetó a *Jurado 13* por su “tendencia marxista”. Según relata Peppino Barale, las series de Kaplún y López Vigil “tuvieron que pasar por severas investigaciones ordenadas por CELAM” y *Un tal Jesús* “fue prohibida en varios países si bien no se encontraron ‘errores doctrinales’ en la serie”, pero siguió circulando y activando debates, “especialmente en las Comunidades Eclesiales de Base” (Peppino Barale, 1993: 197).

El extenso documento abarca la prensa, las agencias de noticias, el cine, la radio, la televisión y el teatro, e incluye referencias a los medios como “factores del progreso”, su utilización en la educación, el derecho a informarse e informar, el problema de la competencia y las exigencias comerciales, la necesidad de una información “prudente y discreta”, los peligros de la publicidad, las responsabilidades éticas de los comunicadores, la necesaria colaboración entre autoridades públicas y ciudadanos, la acción de los católicos en los medios de comunicación, la articulación entre las distintas obras y asociaciones internacionales, etcétera. Predomina un tono desarrollista, que ejemplificaremos con su punto 95: “En los países en vías de desarrollo, especialmente en los que el analfabetismo impide el desarrollo integral, los medios audiovisuales pueden comunicar un conocimiento utilísimo al servicio de la agricultura, la industria, el comercio, la higiene y la salud públicas, la instrucción de los individuos, la estabilidad de la familia y al servicio de las relaciones y el sentido social de esos pueblos. Como esta tarea difícilmente puede ser lucrativa, habrá que acudir a la generosidad de los particulares e instituciones privadas de las naciones más ricas y aun de la ayuda de los organismos internacionales”. La instrucción pastoral también establecía que “las universidades y centros católicos de enseñanza” debían “crear y desarrollar una investigación científica sobre la comunicación social” (artículo 113) y asumía que “queda mucho aún por investigar hasta alcanzar un pleno conocimiento de los medios de comunicación, a fin de que estén realmente al servicio del hombre, favorezcan a la formación (...) y contribuyan al desarrollo integral de la persona humana” (artículo 184).

las Comunicaciones Sociales²⁴, que dio lugar a la tardía instrucción pastoral sobre medios de comunicación social (había sido encargada por el Concilio) titulada *Communio et Progressio*. Realizada en otro continente, difícilmente hayan coincidido sus participantes, lo que muestra cierta escisión entre las actividades en torno a la comunicación social proyectadas desde el Vaticano y las del CELAM.

Para este Seminario Interamericano se encargó a Kaplún una investigación que ofreciera un panorama regional -de corte cuantitativo- sobre los medios de comunicación en América Latina (Kaplún, 1973: 8), sintetizada en un documento de 65 páginas. Los datos fueron aportados por UCLAP (sobre medios impresos), SAL-OCIC (para cine) y por UNDA-AL (para radio y TV). Kaplún participó del relevamiento sobre radiodifusión -junto a Manuel Olivera, César Aguiar Beltrán y las oficinas nacionales de UNDA- y coordinó el procesamiento del conjunto de datos, que fueron presentados en la jornada inaugural.

Pese a esa articulación previa, en torno a este evento surgió una discrepancia que -según puntualiza Martínez Terrero- produjo una división entre dos grupos: por un lado quedó UNDA-AL junto a SERPAL; por otro, SAL-OCIC vinculada al movimiento conocido como Lenguaje Total. Mientras éstos últimos confiaban en que “la semiología multimediada eliminara la marginación cultural de las clases populares” e insistían en promover la educación a través de la expresión audiovisual, UNDA-AL y SERPAL planteaban la necesidad de comprender e involucrarse con las realidades sociopolíticas (Martínez Terrero, 1985: 135-136).

Más allá de la investigación conducida por Kaplún presentada en la apertura, los registros consultados muestran a este encuentro más cercano a los teóricos del Lenguaje Total, como Luis Campos Martínez (Ecuador) y Francisco Gutiérrez Pérez (español radicado en Perú). Se trata de un movimiento de origen francés²⁵, vinculado a los planteos de Marshall McLuhan -quien integró el Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales- e impulsado en América Latina por el Secretariado Latinoamericano de la Oficina Católica Internacional de Cine (SAL/OCIC).

La proximidad de la “Pedagogía del Lenguaje Total” con algunos de los planteos que venimos realizando radica en impulsar una expresión y una participación que rompan la lógica de recepción pasiva de los medios, dando lugar a un proceso de liberación personal y comunitaria. En 1973 Francisco Gutiérrez publicaría *El lenguaje total. Una pedagogía de los Medios de Comunicación*²⁶. El autor planteaba allí que la “finalidad pri-

24. Se realizó en Roma el 18 de mayo de 1971.

25. Impulsado por Antoine Vallet (autor de *Du cine-club au Langage Total*, Ed Ligel, París, 1968) y el Centre Recherche et Communication Audio-Visuel Expression de la Foi (CREC) de Lyon. Sus promotores recorrieron América Latina con cursos sobre la cultura audiovisual.

26. Algunos fragmentos de ese trabajo fueron incluidos en la *Antología de comunicación para el cambio social: lecturas históricas y contemporáneas*, compilada por Gumucio-Dagron y Tufte (2008). Los mismos aparecen con el título “La comunicación y la educación” y la fecha 1972.

mordial de la pedagogía del lenguaje total” es “estimular y promover la perceptividad, criticidad y creatividad a través de los mismos medios”), lo cual implicaba -entre otras cosas- que la comunicación no fuera “irreversible ni unidireccional” (Gutiérrez Pérez, 1982: 29, 46). Muy influenciados por McLuhan, los teóricos del lenguaje total distaban de los planteos de Freire en su gran interés por la tecnología, pero sus planteos seguían el tono emancipatorio-liberador de la época.

La misma impronta tuvo el seminario sobre Comunicación y Educación realizado en 1971. Así, el documento resultante de aquel encuentro instaba a una “educación liberadora” que propiciara “la participación consciente del sujeto en su contexto histórico” y lo transformara “en agente activo y autodeterminado del proceso de cambio: cambio económico, político y cultural”. Asimismo, señalaba la necesidad de denunciar “las estructuras de dominación social, política y económica y el mal uso de los MCS” (Spoletini, 1985: 74).

¿A qué refería con la referencia a este *mal uso* de los medios? En primero lugar, el diagnóstico realizado en el seminario cuestionaba la lógica mercantil y la concentración de la propiedad y el control de los medios que ya se advertía como un fenómeno en la región:

“6. Los medios de comunicación están regidos por criterios en los que son predominantes los factores comerciales y de lucro. Esto trae como consecuencia el infraconsumo de muchos y el superconsumo de unos pocos, y somete la comunicación masivas a las leyes de mercado que le impiden desplegar sus virtualidades en servicio de todos los hombres y de todo el hombre.

7. Reconocemos lo poco que puede hacer cualquier grupo particular –y la Iglesia misma- para modificar sustancialmente esta situación y obtener la descentralización de la propiedad y del control de los medios, independientemente de una estrategia más global, puesto que operan dentro de un amplio sistema económico-político. El seminario considera que esta concentración de los medios es antidemocrática” (en Spoletini, 1985: 68)

Frente a ese panorama, se planteaban varias líneas de acción. El documento señala “la necesidad y urgencia de educar a los perceptores en los lenguajes propios de cada uno de los medios técnicos de comunicación”. Esta educación crítica del receptor, descrita como una cuestión *técnica*, apuntaba a reducir “las posibilidades de ser un mero ‘objeto’ a merced de fuerzas extranjeras” y aumentar “como ‘sujeto’, las probabilidades de domi-



En el prólogo de aquel libro, el filósofo de la educación argentino Gustavo Cirigliano planteaba que frente a una realidad dependiente “el único proyecto radicalmente vital, político, existencial, es el de la liberación” y que, para ello, “América Latina necesita decir su palabra, construir su propio lenguaje, pronunciar la palabra que la exprese, que no la oculte, que no la desfigure. Construir su palabra es liberarse. La palabra es praxis” (en Gutiérrez Pérez, 1982: 7, 11). Y dejaba planteada la pregunta por los medios de comunicación en ese proceso, sugiriendo una visión instrumental que resultaba optimista: “generalmente el mismo instrumento de opresión se convierte en instrumento de liberación, cuando se le cambia el signo. Como la cruz” (en Gutiérrez Pérez, 1982: 13).

La edición consultada (la quinta por Hvmanitas) consigna que la primera aparición del libro fue en 1973. Una parte del contenido del libro había sido elaborada para la Mesa Redonda Nuevas Interrelaciones Educativas, convocada por la Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa de la UNESCO realizada del 4 a 9 de diciembre de 1972 en México. A continuación de ese primer libro, Gutiérrez publicó *Pedagogía de la Comunicación* (1974) e *Ideogenomatesis en el Lenguaje Total, Praxis del Método* (1975).

narlas, permitiéndole ser un ‘consumidor’ inteligente, selectivo y crítico de los MCS” (Spoletini, 1985: 71).

A su vez, en sintonía con la idea de que los medios “no tienen que ser necesariamente utilizados en un sentido unidireccional y adialógico” (75), aparecía una línea acción vinculada a lo que antes se llamó “medios grupales”:

“Más que preocuparse por adquirir y usar los medios masivos, la Iglesia en general, y de modo especial los educadores –comunicadores cristianos–, deben tratar de desarrollar con imaginación y audacia, y utilizando con originalidad los recursos tecnológicos, sistemas no convencionales de comunicación descentralizados y bidireccionales.

Como ejemplos de descentralización, cabe explorar las posibilidades que ofrecen los sistemas de circuito cerrado, el video-tape, los video-cassettes y otros avances así como también las *formas de comunicación popular*, de las que las culturas tradicionales de los pueblos ofrecen expresiones tan ricas” (en Spoletini, 1985: 77. El destacado es mío)

Finalmente, las conclusiones del Seminario sostienen que la Iglesia debía “solidarizarse con aquellos grupos que tratan de combatir la política de control monopolista de los medios, no solamente denunciándola (...) sino ofreciendo soluciones alternativas en una línea más conforme con la dignidad humana y la idiosincrasia de los pueblos” (78). Algunos párrafos antes de esta expresión, ya había aparecido una fórmula-slogan muy reiterada en la época: “La Iglesia en América Latina debe tener conciencia de que en la medida en que es fiel a su misión, debe ser también de alguna manera *la voz de los que no tienen voz* en la sociedad” (Spoletini, 1985: 74. El destacado es mío).

El segundo documento significativo -en la línea de denuncia del *statu quo*- lo produjo el Encuentro Regional de Pastoral en la Comunicación Social realizado en Cumbayá, Quito (Ecuador) del 13 al 17 de abril de 1972. Allí se planteó, por ejemplo, que

“las agencias de noticias norteamericanas dominan la información sobre Latinoamérica, para emisoras, televisión y diarios. Son empresas vinculadas a intereses políticos y económicos extraños a Latinoamérica, lo que plantea el problema de la DEPENDENCIA y unilateralidad en las fuentes de información para el logro de una opinión pública auténtica” (en Spoletini, 1985: 101).

Y se volvió a hacer énfasis en la necesidad de capacitación.

Es probable que ese encuentro haya sido además el marco de un primer encuentro entre los responsables de “Escuelas Radiofónicas” en América Latina, pero no hemos podido confirmarlo. Lo seguro es que meses después, el 22 de septiembre de 1972, se realizaría un segundo²⁷ Seminario de Directores de Escuelas

27. Todas las fuentes lo nombran como segundo encuentro, pero hay muy pocas referencias sobre el primero, algunas de las cuales sostienen que se realizó en Quito.

Radiofónicas de América Latina. Fue en Sutatenza, Colombia, donde como vimos estaba la experiencia pionera en el ámbito de la radio educativa. En ese marco se concretó la fundación de la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER), a partir de la 18 emisoras vinculadas a la Iglesia católica que realizaban tareas de alfabetización, con el objetivo de mejorar sus programas educativos, capacitar al personal y buscar apoyos económicos.

Según explica Adrián Pulleiro, “en esa fundación se articularán experiencias provenientes de dos líneas de trabajo en educación radiofónica. Por un lado, las inspiradas en Radio Sutatenza (...) que se dedicaba fundamentalmente a la alfabetización de campesinos sin un status institucional. Por otro lado, aquellas que aplicaron el método originado en las Islas Canarias con el trabajo de Radio ECCA, que sí otorgaba títulos oficializados y que en Latinoamérica tuvo como pionera y referente a Radio Santa María de República Dominicana” (Pulleiro, 2011: 8-9).

A la fundación de ALER, con un alcance latinoamericano, hay que agregar la multiplicación a nivel nacional o local de “instituciones cristianas, que se dedican de una forma especial y directa a experimentar y difundir nuevas modalidades de comunicación, que coinciden en el aspecto grupal y liberador” (Martínez Terrero, 1986: 136). Varias surgieron hacia 1973, como el Centro de Comunicación Social “Jesús María Pellín” (Caracas-Venezuela) -que desde 1977 editará los cuadernos *Comunicación de base*²⁸-, CODECAL (Bogotá-Colombia), CLAVE (México), Sono-Viso (Perú) y el Centro Don Bosco (Asunción-Paraguay), que se suman a otras de existencia previa como INCUPPO en nuestro país.

En la periodización propuesta por Spoletini, la etapa de *La comunicación social ante la liberación* cierra con “Perspectiva del comunicador social”, un documento difundido en 1974 por el presidente del DECOS-CELAM, Luciano Metzinger, que retomaba explícitamente la línea del Seminario de Santa Inés (1966). Allí se había planteado la distinción entre “medios masivos y medios no-masivos”, considerando a los primeros como “menos aptos para transmitir la doctrina cristiana en su integridad y suscitar a través de ellos una opción personal libre y consciente”. En la perspectiva de 1974, “el error consistiría, pues, no en su utilización, sino en confiar en ellos como vehículos *exclusivos* o aun como vehículos *básicos* en una evangelización: en querer utilizarlos como sustitutos de la comunicación directa y personal de la palabra” (en Spoletini, 1985: 133). Pero en términos generales, volvía a ponderarse el uso de medios no-masivos, que



Diez años más tarde, ALER estaba integrada por “41 instituciones de educación radiofónica de 17 países de Latinoamérica. Estas instituciones, con una orientación cristiana, trabajan en los ámbitos de la educación de adultos, la comunicación y la promoción de las organizaciones de base; en áreas rurales y sectores urbanos marginales” (Contreras, 1982: 1-2). Con el paso del tiempo, el perfil de ALER se transformó y empezó a funcionar como una asociación de radios populares: “La situación de pobreza que vivía América Latina, el ascenso de las luchas populares, la radicalización de cierto sector de la Iglesia, la insurgencia revolucionaria en unos países, el avance de los partidos de izquierda en otros y la lucha contra regímenes dictatoriales que se iban imponiendo en América Latina, contribuyeron para este cambio”, explican Andrés Geerts, Víctor van Oeyen y Claudia Villamayor (2004: 37). Este cambio en ALER se planteó en su propia constitución: “De ser, en la práctica, una asociación de radios ‘de inspiración católica-cristiana’, pasó a ser una de radios ‘de inspiración cristiana y/o humanista’, con lo cual acogió a instituciones no necesariamente ligadas a proyectos de la iglesia. Desde entonces, empezaron a participar en la asociación radios comunitarias que se habían desarrollado en varios países de América Latina, cuyos objetivos coincidían con los de ALER en la búsqueda de construir sociedades más justas y dignas” (37).



El Instituto de Cultura Popular (INCUPPO) se fundó en Reconquista (Santa Fé, Argentina) en 1969. Es una asociación sin fines de lucro que trabaja en zonas rurales de las provincias de Santa Fe, Corrientes, Chaco, Formosa y Santiago del Estero. “Inspirados por el Concilio Vaticano II y las líneas pastorales de Medellín, un grupo de cristianos comprometidos decidieron enraizarse en acciones de educación y comunicación popular al lado de

28. Martínez Terrero, que fue parte del Centro Pellín, señala que utilizaron este término para englobar las actividades de comunicación popular. La elección fue “primero, para obviar los malentendidos que en el lenguaje común llevaba entonces el término ‘popular’ como sinónimo de ‘populachero’” pero también, dice, “quería hacer alusión a las ‘comunidades eclesiales de base’, que entonces crecían a nivel popular en Brasil, Centroamérica y otras partes” (Martínez Terrero, 1986: 144).

los empobrecidos del campo y los aborígenes”, caracterizan Geerts, Van Oeyen y Villamayor (2004), que hace quince años la identificaban como “la primera experiencia de comunicación comunitaria, alternativa y educativa de Argentina” y “la institución de educación y comunicación popular de más antigüedad y trayectoria en Argentina” (286, 284). “En el ámbito de la educación, INCUPO se inspiró en las experiencias de alfabetización de adultos que Paulo Freire realizaba en los años 60 en el Nordeste de Brasil. En el aspecto comunicacional, se basó en el modelo de radio educativa de Acción Cultural Popular (ACPO) de Sutatenza” (286)



Tras la Segunda Guerra Mundial, el Parlamento Alemán aprobó una ley de cooperación internacional según la cual, todo partido político con representación parlamentaria tendría una fundación (*Stiftung*) que promovería la democracia a nivel mundial, y que sería financiada por el Estado alemán, de acuerdo al tamaño de la bancada del partido, dando nacimiento a las llamadas fundaciones políticas alemanas. En próximos capítulos mencionaremos en varias oportunidades a la Friedrich Ebert Stiftung (FES), vinculada a la socialdemocracia. La Konrad Adenauer Stiftung (KAS) fue creada por la corriente demócrata-cristiana.



De origen irlandés, O’Sullivan Ryan se formó en la Universidad de Stanford (Estados Unidos) y fue profesor de la Escuela de Comunicación del ITESO, Guadalajara, entre 1970 y 1973. Una vez instalado en Venezuela, fue director del Convenio entre el Instituto Nacional de Cooperación Educativa (INCE) y la Iglesia venezolana, suscrito en 1977. En 1979 escribió para la UNESCO, junto a Mario Kaplún, *Communication methods to promote grassroots participation for an endogenous development process* (París,

favorecen el diálogo y la participación, y “permiten una formación en profundidad”.

Esta discusión estuvo presente en el Seminario sobre Pedagogía de la Educación Radiofónica organizado en abril de 1975 por ALER y el Instituto de Solidaridad Internacional de la Fundación Konrad Adenauer. Ese encuentro, realizado en Santiago de los Caballeros (República Dominicana), aproximó una “formulación más amplia y a la vez más precisa del concepto de participación del oyente en radio”, cuando en un “intercambio de ideas con el Prof. O’Sullivan, éste puso en duda la afirmación de que, para que exista el diálogo, es siempre necesario que el oyente esté presente”, según recuerda Kaplún (1978: 149). El citado es Jeremiah O’Sullivan Ryan, profesor jesuita ligado a las radios educativas venezolanas, como Radio Occidente y el Instituto Radiofónico Fe y Alegría.

Del 19 al 24 de octubre de 1975 se reunieron en Bogotá los obispos responsables de la comunicación social y los delegados de 17 Conferencias Episcopales, en un encuentro titulado “La Evangelización y los medios de comunicación social”. Allí volvió a realizarse un recuento estadístico de los medios y se planteó “el reconocimiento de la escasa representatividad de la Iglesia latinoamericana en ese campo” (Peppino Barale, 1999: 85). Al mismo tiempo, sin embargo, se consolidaba la reflexión formada sobre el tema, plasmada en varios textos significativos que desarrollaban el tema de los medios grupales²⁹.

La noción de *comunicación grupal*, cabe señalar, también estaba siendo apropiada y utilizada desde una perspectiva desarrollista o difusionista: se trataba de un término en pugna³⁰. En 1975 se creó dentro de la World Association for Christian Communication (WACC) un “Subcomité de Medios Alternativos”, que promovía el uso de distintas herramientas -cine, filminas, títeres, etcétera- y dinámicas de grupo³¹. Pero poco más tarde -en una reunión realizada en mayo de 1976 en Malta- se optó por el nombre de *medios grupales*, “fundamentalmente porque indicaba el ‘lugar’ de esta forma de comunicación: es el grupo, más que la masa”. Su definición planteó:

“Medios grupales, dentro del marco de referencia de WACC, son aquellas actividades comunicacionales donde el proce-

29. Uno de ellos -según deducimos de las numerosas referencias posteriores- fue un artículo del presidente de UNDA-AL, Manuel Olivera, titulado “Para un estudio de los medios grupales”. Martínez Terrero (1986: 141) destaca que apareció luego en distintas ediciones y lenguas- y presentó “el primer esquema de lo que significan dichos medios”. Pese a esa amplia circulación, al momento de entrega de esta tesis no pude obtener ese documento en ninguna de sus versiones de publicación.

30. En el verano de 1975 el East-West Center de Hawaii desarrolló en Honolulu un seminario sobre Comunicación para la transformación grupal en el desarrollo. “Se podría decir que casi todos (excepto Beltrán, el único en América Latina) eran de la escuela difusionista (...) La celebración de este seminario es un ejemplo de los diferentes usos no liberadores que puede tener la comunicación grupal” (Martínez Terrero, 1986: 143)

31. Martínez Terrero (1986: 142) relativiza la importancia de este Subcomité, al señalar que “no llegaba a la categoría de las comisiones de prensa, medios electrónicos (radio y televisión) y comunicación educativa, de la misma institución”.



so involucra una presentación en vivo y/o experiencia en la que el pueblo participa en forma directa. Por lo tanto, los medios grupales incluyen, por ejemplo, formas de comunicación que: enfatizan formas indígenas de comunicación y que expresan la cultura distintiva de distintos pueblos; estimulan la expresión y la reflexión en encuentros cara a cara; facilitan la discusión; traen los medios cerca de la gente y los ponen bajo su control; son interpretados a través de la expresión creadora que envuelve a individuos dedicados y grupos de gente interesada; tienen a pequeños grupos como meta para su audiencia; reviven formas tradicionales de comunicación; van orientados a desarrollar conciencia social y percepción crítica; y no tienen que depender de un equipo electrónico caro” (WACC-Journal, marzo de 1977, citada en Martínez Terrero, 1986: 142)

Como parte de la disputa por la nominación de estas experiencias, Martínez Terrero puntualiza que “hacia 1975 comienza a divulgarse el término ‘comunicación popular’”, que se volverá el más utilizado años más tarde, “cuando se quiere referir a la comunicación del pueblo, en cuanto pueblo explotado, según la categoría de clase de Gramsci” (Martínez Terrero, 1986: 143). Como veremos en el capítulo 7, este término tendrá una elaboración teórica clara, en un ámbito vinculado a la Iglesia católica, en un número especial de la revista jesuita *Christus* (Nº 517) editada en México, en diciembre de 1978.

En la última parte de este capítulo profundizaremos en los aportes de tres nodos de reflexiones y elaboraciones teóricas vinculados al ámbito de la Iglesia: los centros de Lenguaje Total liderados por Francisco Gutiérrez (primero en Perú y luego en Costa Rica), que retomó desde América Latina esa perspectiva de origen francés; el SERPAL, en especial sus producciones pensadas desde Montevideo, que constituyen un momento clave de la obra edu-comunicativa de Mario Kaplún (luego continuada en el Centro al Servicio de la Acción Popular -CESAP- y otros espacios); y finalmente el Centro de Comunicación Social “Jesús María Pellín”, de Venezuela, que a partir de la *praxis* y sintetizando varias influencias teóricas desarrolló, con Jesús María Aguirre a la cabeza, algunas de las primeras conceptualizaciones sobre la comunicación popular alternativa. La trayectoria de los dos primeros da cuenta de que, en la primera mitad de los 70, las principales aportes de la vertiente cristiana estuvieron vinculadas, sobre todo, al cruce entre comunicación y educación, y se nutrieron de la experiencia de los “medios educativos” de la Iglesia. Más adelante veremos cómo algunos sectores de la Iglesia se involucran en otros procesos de “toma de la palabra” de los sectores populares que hicieron eje en la democratización de las comunicaciones y ya no sólo en la concientización o la educación con un tinte evangelizador.

1979). Luego se desempeñó como profesor del Instituto Universitario Pedagógico “Monseñor Rafael Arias Blanco” en Caracas desde 1983 y como profesor de la Universidad Católica Andrés Bello desde 1985, entre otras en la cátedra Comunicación Alternativa. En 1989 publicó –con el sello de esta universidad caraqueña- *Alternativas comunicacionales en Venezuela: experiencias*. En la presentación de ese libro escribía: “El tema de la Comunicación Alternativa, como también las nociones de acceso, participación y autogestión, ha alcanzado un alto grado de significación en los últimos quince años, aproximadamente” (O’Sullivan, 1989: 7. El destacado es mío). El libro mapea una serie de “proyectos de comunicación que sobresalen por su esfuerzo en ser participativos, accesibles y en la medida de lo posible, autogestionarios” (p. 8). Tras un capítulo conceptual sobre la comunicación alternativa, abarca el teatro (capítulos II y III), el lugar de la mujer en las organizaciones populares (IV), el movimiento vecinal y la prensa vecinal (V, VI y VII), el video alternativo (VIII), la televisión regional (IX, X y XI) y experiencias en radio (XII y XIII).

1.3. Teoría y praxis en América Latina

1.3.1. Pedagogía del lenguaje total



En su libro de 1973, Francisco Gutiérrez definía la Pedagogía del Lenguaje Total como “la toma de conciencia por parte de los educadores a los problemas que la comunicación social plantea en el mundo de hoy” (Gutiérrez Pérez, 1982: 15). Sostenía que a lo largo de la historia el ser humano había tenido a su disposición “diferentes formas o técnicas de expresión”, que en el siglo XX hicieron síntesis en “el lenguaje fílmico y televisado” (79). Por eso consideraba que no se podía “obligar a un joven a expresarse únicamente por medio del lenguaje verbal” (121).

Al escribir este texto, Gutiérrez no advertía la existencia de un *campo de la comunicación*, sino que había una emergente “problemática de la comunicación” que está interesando “cada vez más” a distintas ciencias sociales (52). Sus principales referencias teóricas corresponden a obras de o sobre McLuhan, aunque también refiere a la obra de Eliseo Verón. Gutiérrez reclama mayor preocupación por parte de los pedagogos (46): “Negarle la posibilidad educativa a la comunicación es un contrasentido. Más bien habría que afirmar que cuanto más perfecta sea la comunicación, más valiosa es de suyo la educación”, afirma (57). Ese llamado a *perfeccionar* la comunicación alude a las condiciones de horizontalidad y dialoguicidad que ya se han venido planteando (y cuyas ideas asocia a autores como Borrou, Baber, Lewin, Rogers y, por supuesto, Freire). El autor asume que en América Latina los medios, lejos de propiciar la educación y la promoción social, favorecen a la dominación; frente a lo cual propone dos soluciones:

“La primera es la democratización de los medios. Los medios de comunicación que ahora están ‘concentrados en manos de minorías económico-políticas nacionales y extranjeras, que tienen y difunden su propio sistema de valores’, han de ser liberados de esa estructura cerrada y pasar su poder a grupos más abiertos representativos de toda la comunidad. Esto es lo que se llama hoy la comunicación horizontal.” (Gutiérrez Pérez, 1982: 57-58. Los destacados son míos)

La segunda línea de acción “nos concierne más directamente a los educadores” y refiere a la *educación de los receptores*. Gutiérrez retoma un texto³² de 1971, “Comunicación Social y Educación” (publicado en Colección Iglesia Nueva, N° 11, Bogotá) donde señalaba

“la necesidad y urgencia de educar a los receptores en los lenguajes propios de cada uno de los medios técnicos de comunicación, dando énfasis a los estudios semióticos a fin de ofrecer a cada educando los instrumentos necesi-

32. No cita autoría, por lo que supongo que es un texto propio. No pude hallar la fuente original.

rios que le defenderá contra la masificación y mistificación tan característica de quienes ‘consumen’ técnicas de comunicación en forma pasiva. Dominando la semiótica y la creatividad, el hombre reducirá las posibilidades de ser un mero ‘objeto’ a merced de las fuerzas externas, y aumentará como ‘sujetos’ las posibilidades de dominarlas, permitiéndole ser un ‘consumidor’ inteligente, selectivo y crítico de los medios de comunicación social. Este tipo de pedagogía es la que llamamos lenguaje total” (citado en Gutiérrez Pérez, 1982: 58)

A continuación Gutiérrez introduce la idea de *participación*, que considera que está “de moda” desde los tiempos del mayo francés, pero que defiende para pensar una “pedagogía participada” en la que “no cabe una lección magisterial y una información vertical o unilateral” (Gutiérrez Pérez, 1982: 74). La *comunicación horizontal* es el correlato de la pedagogía participada. El autor utiliza ese término, introducido contemporáneamente por Frank Gerace, quien en su libro -que presentaré en el capítulo siguiente- menciona su trabajo “con el Centro Latinoamericano de Lenguaje Total en Lima”, donde tuvo a cargo “la aplicación de la pedagogía de los medios de comunicación a la educación asistemática” (Gerace, 1973: 11). Por su parte, Gutiérrez retoma documentos producidos durante la reforma educativa del gobierno Velasco Alvarado³³ (ver también capítulo 2).

Para el referente del Lenguaje Total, hay dos “exigencias básicas” de una pedagogía participada: “estructuras móviles y comunicación a nivel de bases” (Gutiérrez Pérez, 1982: 72). En cuanto a la comunicación, el teórico del lenguaje total considera:

“Imposible obtener la participación de las bases (los alumnos) en el proceso de aprendizaje si no se llega a establecer una *comunicación horizontal, prerequisite de la comunicación dialógica*. Este tipo de comunicación implica admitir que el profesor ya no es el sabelotodo sino un co-investigador, co-aprendiz y co-responsable de la acción educativa...” (Gutiérrez Pérez, 1982: 73-74. El destacado es mío)

Y luego pondera la importancia de la comunicación grupal: “Se ve que la verdadera comunicación, la más auténtica, es la que se verifica en grupo (...) Todo perceptor tiene que ser agente estructurador, y en consecuencia comunicador” (Gutiérrez Pérez, 1982: 128). La definición metodológica del Lenguaje Total se basa en la dinámica de grupos, más que en la tecnología educativa o *teleeducación*, a la que considera “un enfoque muy tradicional” (Gutiérrez Pérez, 1982: 141):

“Toda esta transformación y tecnificación es plausible y deseable. Pero hemos de confesar desde el comienzo que

33. Por ejemplo, cita el *Informe general sobre la Reforma de la Educación Peruana* producido por el Ministerio de Educación de Perú en 1970. Además, en varios tramos del libro que estamos comentando, Gutiérrez cita varios artículos editados en la revista ministerial *Educación*, aunque no precisa la fecha de los mismos.

nosotros no estamos proponiendo una metodología de las técnicas audiovisuales. Estamos convencidos de que las técnicas audiovisuales no resuelven por sí mismas el problema que los medios de comunicación han planteado a la escuela, o mejor a la educación. Muchos educadores confunden lamentablemente técnicas audiovisuales y educación por y para los medios de comunicación social...” (Gutiérrez Pérez, 1982: 140)

Jorge Huergo (2015) señala tres “cuestiones nodales” de la pedagogía de la comunicación planteada por Gutiérrez: el reconocimiento de la existencia de una “escuela paralela” de la sociedad de consumo -que es más vertical y alienadora que la tradicional-; un proyecto basado en el diálogo y la participación, que trabaja en la idea de un “receptor activo” para convertir a los medios en una escuela participada; y una política contra la monopolización de la escuela en la formación de sujetos, que devuelva la condición de agente educativo a otros espacios sociales: “La gestión educativa no debe pertenecer a la escuela sino a la comunidad, porque en el nuevo entorno cultural crece la relevancia de otros centros de acción educativa” (Huergo, 2015: 260-261).

1.3.2. Comunicación participativa y crítica a la comunicación masiva

Cuando participó del Encuentro de Santa Inés (1966), Mario Kaplún llevaba 25 años de radialista y varios años vinculado al Centro Pedro Fabro en Uruguay, un ámbito activado por el teólogo de la liberación Juan Luis Segundo. Nacido en Argentina y recibido como maestro en una Escuela Normal, a los 19 años, en la década del cuarenta participó como guionista del servicio radial estatal Escuela del Aire³⁴. En esa época, junto a amigos a los que conoció por su esposa Ana Hirszt, se dedicó además a la traducción de obras de teatro de Chéjov y de canciones populares rusas. Años más tarde, empujado por el clima de censura que vivía en las radios durante el gobierno peronista, se instaló en Uruguay en 1952³⁵.

Habiendo pasado del judaísmo legado por sus padres a un cristianismo asumido por reflexión propia, su búsqueda religiosa lo llevó -junto a su compañera Ana- a Francia en 1958, “a vivir en la comunidad no-violenta El Arca, dirigida por el ‘mensajero de la paz’ de Gandhi en Europa: Lanza del Vasto. Pasaron casi un año en esta comunidad sin luz eléctrica, que tenía por mi-

34. Según reconstruye Silva Pintos, “su primera experiencia radial, propiamente, ocurrió hacia el año cuarenta, cuando los responsables de Platea Club permitieron que Mario usara el programa para convocar jóvenes a los foros del Club de Libre Debate que él organizaba en una sala del periódico Crítica. En ese contexto Mario conoció a Ana Hirszt, una actriz polaca radicada en Argentina desde los nueve años, que lo acompañaría el resto de su vida”.

35. Kaplún estuvo en Uruguay de 1952 a 1978. En 1978 se instaló en Venezuela: la trayectoria en esta etapa es abordada en el capítulo 7 de esta tesis. En 1985 regresaría a Uruguay. También trabajó temporalmente en otros países, especialmente Perú (ver capítulo 2) y Ecuador.

sión propagar la paz en el mundo, pero al saber que esperaban el segundo hijo decidieron regresar” (Silva Pintos, 2010). En su regreso a Uruguay se acercaron al Pedro Fabro y continuarían vinculados a Juan Luis Segundo cuando, en dictadura, el centro tuvo que cerrar. Segundo siguió coordinando grupos de adultos, donde Kaplún y Hirsz estudiaron cristianismo desde una perspectiva renovadora.

A finales de los cincuenta el sacerdote jesuita Manuel Olivera le propuso incursionar en la televisión y armar un programa para el espacio que estaba asignado a la misa. Así surgió *Cristianos sin censura*, un programa periodístico sobre temas cotidianos emitido por Canal 10 de Uruguay durante cuatro años. Entre 1962 y 1968, además, Kaplún produjo y condujo programas de debate periodístico que tuvieron importantes niveles de audiencia. Por esos años, Olivera recorría América Latina con la misión de crear una oficina católica para la radio y la televisión (que finalmente sería la ya mencionada UNDA/AL). Como resultado de esa gira, relata Silva Pintos, “entendió que no era posible competir con la industria televisiva de Estados Unidos” y a su vez identificó “un campo abierto” en los radioteatros educativos, que le propuso explorar a Kaplún. Aquí las fuentes divergen acerca de los orígenes de *Jurado 13*, a posteriori identificado como obra de SERPAL, que sin duda lo promocionó y distribuyó en los primeros setenta. En un balance de su obra publicado en 1993, Kaplún relata:

“Una fundación europea, Humanum, organizó un concurso latinoamericano de proyectos de programas de radio ‘para la educación de los sectores populares’. Presenté mi proyecto de *Jurado 13* y obtuve el primer premio. Como consecuencia, dos años más tarde fui invitado a escribir y producir la serie. Para escribirla, hice, junto con mi compañera Ana, un inolvidable viaje de documentación que comprendió siete países América Latina. Toqué a fondo la realidad de nuestra América pobre.

La producción de la serie -realizada en Montevideo y hecha a alto nivel profesional- nos llevó dos años (1971-1972)” (Kaplún, 1993: 129)

Silva Pintos, en cambio, si bien reconoce el concurso de Humanum como punto de partida, adjudica el impulso del viaje latinoamericano y el financiamiento al SERPAL: “con Olivera como productor y la financiación y distribución del Servicio Radifónico para América Latina (...) a finales de los sesenta Mario Kaplún pudo realizar series de programas radiales para toda América Latina. Empezó por *El Padre Vicente-Diario de un cura de barrio* (1969-1973), siguió por *Jurado N° 13* (1971-1972) y, más tarde, hizo *Tierra de Muchos*” (Silva Pintos, 2010). La producción de series se interrumpió con su exilio en Venezuela, al que nos referiremos en capítulo 7. En total realizó cinco, que suman cerca de 200 programas (Kaplún, 1993: 131). Lo que interesa de este

trabajo no es el producto radial en sí, sino la idea de que funcionara como dinamizador de procesos que se daban en el ámbito inter-personal:

“La serie fue también una gran impulsora de *una nueva forma de comunicación: la grupal*. Se ofreció, grabada primero en discos, luego en casetes, a grupos populares de base como material de discusión y reflexión. La acompañamos de un método para el trabajo grupal: el ‘Audioforo’” (Kaplún, 1993: 130)

Este trabajo estaba influenciado por las propuestas de Paulo Freire: “nos fascinó desde el principio con sus formas de trabajar”, reconoce Manuel Olivera entrevistado por Silva Pintos, quien sintetiza:

“Las ideas de Freire sobre la educación liberadora o transformadora iluminaron como antorchas los programas radiales y televisivos que Mario y sus colegas empezaban a realizar, así como las actividades de comunicación popular que iniciaron más tarde. Tomar en cuenta estas teorías implicaba crear un mecanismo de trabajo distinto, basado más en preguntas que en respuestas: el énfasis de la comunicación estaba puesto en el proceso mismo y no en los contenidos o en los efectos”.

Otra influencia importante para pensar la comunicación grupal incentivada por medios fue el pedagogo francés Célestin Freinet, cuyas obras comenzaron a publicarse en español precisamente en los primeros setenta³⁶.

Por otra parte, contemporáneamente a la realización de *Jurado 13*, Kaplún realizó uno de los primeros aportes a la investigación crítica sobre los medios masivos de comunicación a escala latinoamericana. En 1973 publicó *La comunicación de masas en América Latina*, que era producto de la presentación realizada en el seminario de 1971 en México: “El interés despertado por esta exposición llevó a los organizadores a pensar en la utilidad de publicarla y ponerla así al alcance de públicos más amplios interesados en el tema” (Kaplún, 1973: 8-9). La publicación estuvo a cargo de una asociación formada por el Departamento de Educación del CELAM, la Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR) y la Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC). En su presentación, Kaplún reconocía las grandes carencias informativas sobre un área que generaba cada vez más interés: “Las pocas informaciones disponibles se hallan generalmente dispersas, en forma fragmentaria, en publicaciones de difícil obtención, lo que no sólo obstaculiza el acceso a los datos, sino que también impide establecer su correlación...” (Kaplún, 1993: 7). Así,



36. Entre otros aportes, Freinet (1896-1966) fue un precursor periódico escolar como motor del proceso educativo. Sus principales obras corresponden a los años 40 y 50, pero se tradujeron al español desde fines de los 60, principalmente en Barcelona. En 1971 Fondo de Cultura Económica publicó *Educación por el trabajo* y en 1973 Siglo XXI, *Técnicas Freinet en la Escuela Moderna*.

“...se oye decir con frecuencia que los medios de comunicación masiva son ya universales en América Latina y llegan a toda la población, llevando a la más lejana aldea la visión del mundo contemporáneo; pero, hasta dónde esta afirmación se ve confirmada en los hechos? Hasta dónde no se está repitiendo una formulación de expertos estadounidenses y europeos, pero que acaso todavía esté lejos de ser aplicable a nuestra ‘América pobre’? Cuál es el verdadero alcance de la ‘comunicación social en América Latina’, en qué medida se ha operado efectivamente entre nosotros esa ‘revolución tecnológica’ que ella trae consigo?...” (Kaplún, 1993: 8)

El libro aportó datos estadísticos sobre prensa, revistas, cine, radio y televisión. Especialmente realiza un análisis de esta última, a raíz del cual este trabajo suele evocarse con el título de su apartado más significativo: “Una semana en la televisión latinoamericana”, donde analiza la programación y la publicidad de 51 canales de quince países. Durante un tiempo este diagnóstico fue muy leído en los estudios universitarios de comunicación. José Marques de Melo lo consideró como el primer estudio global de los medios masivos que abarcó el conjunto de América Latina (Kaplún, 1993: 137). Más tarde Kaplún realizaría un trabajo similar por encargo del CIESPAL.

No obstante, estos trabajos son excepcionales en el marco de la obra de Kaplún, concentrada en la experiencia práctica de la comunicación popular y el trabajo con grupos. De allí que Silva Pintos considere que “la bibliografía que produjo no es otra cosa que una sistematización de la empiria que supo plasmar en guiones, programas radiales, programas televisivos y en métodos prácticos de trabajo grupal...” (Silva Pintos, 2010).

1.3.3. La comunicación de base

Jesús María Aguirre estudió Filosofía en Quito hasta 1966, donde se recibió con una tesis sobre la teoría del conocimiento en Sartre. Desde entonces y hasta 1970 se dedicó a la docencia en una zona popular de Caracas, en un período emblemático para las luchas populares. Trabajó en contacto con Izquierda Cristiana, una de las escisiones que tuvo la Democracia Cristiana venezolana en esos años. Luego se instaló en España -todavía durante la dictadura franquista- para estudiar Teología y Ciencias Sociales en la Universidad de Deusto. Esos y otros movimientos explican el cruce de lecturas de los que dará cuenta su obra.

“Sería largo enumerar los cursos y lecturas de ese período en el que predominaba la corriente estructuralista en ciencias sociales (Althusser entre otros) y el clima de diálogo entre marxistas y cristianos (eurocomunismo), al que se vinculaba también el tema del nacionalismo en el País Vasco (cf. *Marx y las Nacionalidades*, Gotxon Gárate). En las búsquedas interdisciplinarias en la vertiente teológica

descubrí las obras de Moltman *Teología de la esperanza* y de J.B.Metz, *Teología política*, así como los planteamientos sociopolíticos de Roger Garaudy en Francia y Rudolf Bahro en R.D.A, textos que ya usaban el término de ‘Alternativa’ con diversas connotaciones en sus títulos por esas fechas. Casualmente en ese par de años leí también la obra del argentino Eliseo Verón, *Conducta, Estructura y Comunicación*, cuyos planteamientos me parecieron fértiles para indagar las reglas de reproducción de la ideología”³⁷

También en su paso por España, Aguirre accedió a la lectura del poeta, ensayista y documentalista alemán Hans Magnus Enzensberger, director durante varios años de la revista *Kursbuch*. Enzensberger había publicado en 1971 *Baukasten zur Theorie der Medien*, buscando contribuir a “una teoría socialista de los medios” (Enzensberger, 1972: 8), a la que consideraba aún inexistente³⁸. Pronto fue llevado al español por Anagrama, una de las editoriales que aireaban el campo cultural español en la última etapa del franquismo (Herralde, 2001). La primera edición de *Elementos para una teoría de los medios de comunicación* salió en Barcelona en junio de 1972.



Enzensberger partía de un diagnóstico conocido: “Como se sabe, unos medios como la televisión y el cine en su aspecto actual, no están al servicio de la comunicación, sino más bien la obstaculizan”. Pero sostenía que “la transformación de un mero medio de distribución en un medio de comunicación no ofrece ningún problema de índole técnica” (Enzensberger, 1971: 11, 12). Si bien volveremos a encontrar a este pensador más adelante, vale adelantar aquí su distinción entre el *uso represivo* y el posible *uso emancipador* de los medios, resumido en el siguiente cuadro y que será recuperado más de una vez en los textos analizados para esta tesis:

<i>Uso represivo de los medios</i>	<i>Uso emancipador de los medios</i>
<ul style="list-style-type: none"> - programa de control central - un transmisor, muchos receptores - inmovilización de individuos aislados - conducta de abstención pasiva respecto al consumo - proceso de despolitización - producción por especialistas - control por propietarios o burócratas 	<ul style="list-style-type: none"> - programas descentralizados - cada receptor, un transmisor en potencia - movilización de las masas - interacción de los participantes, <i>feed-back</i> - proceso de aprendizaje político - producción colectiva - control socializado por organizaciones autogestoras

(en Enzensberger, 1972: 43)

37. Entrevista a Jesús María Aguirre, 2019.

38. Para Enzensberger, salvo Walter Benjamin y Bertolt Brecht -quienes pensaron las posibilidades emancipatorias de los nuevos medios-, “ningún marxista ha entendido la industria de la conciencia y sólo ha visto en ella su aspecto burgués y capitalista, sin darse cuenta de sus posibilidades socialistas. Este atraso teórico y práctico lo representa plenamente un autor de la talla de György Lukács” (Enzensberger, 1972: 49)

También es interesante considerar que, en los argumentos del ensayista alemán, quien aparece como principal antagonista es Marshall McLuhan, considerado “ventrílocuo y profeta” de una vanguardia apolítica, “a quien le faltan todas las categorías para la comprensión de los procesos sociales, pero cuyas confusas obras pueden servir de filón de observaciones no digeridas sobre la industria de la conciencia” (Enzensberger, 1972: 53).

Consultado para esta tesis, Jesús María Aguirre resumió como fuentes de su trabajo en los primeros setenta “una influencia triple en lo que respecta a las prácticas: la de raigambre latinoamericana (Freire), la europea (Enzensberger) y en menor grado la contracultural estadounidense, o mejor dicho de estadounidenses que trabajaron en América Latina (Gerace)”³⁹.

Durante su estadía en España, Aguirre asistió al primer encuentro de Teología de la Liberación, realizado en El Escorial (Madrid) en julio de 1972, donde confluyeron estudiosos de América y Latina y Europa, entre ellos Gustavo Gutiérrez, Hugo Assmann, Enrique Dussel y Juan Carlos Scannone. Atraído por esas ideas más que por la teología académica europea, junto a Pedro Trigo solicitaron para continuar sus estudios en Lima junto a Gutiérrez⁴⁰:

“La razón era doble: el interés de realizar la reflexión teológica desde el locus latinoamericano en un momento creativo y por otra parte seguir la dinámica del proceso peruano, en el que confluían actores políticos de raigambre marxista y cristiana y era un laboratorio en pleno desarrollo”.

Fue así que accedió a la obra de Frank Gerace, *La comunicación horizontal*, a la que nos referiremos en el siguiente capítulo. “Asistí a cuanto seminario y taller pude sobre las nuevas políticas de comunicación, que se trataban de implementar por el gobierno velasquista, y unas anotaciones publicadas en la misma revista *Comunicación*, dan cuenta del entusiasmo con que las acogí”⁴¹.

En 1973 retornó a Caracas y se integró al naciente Centro de Comunicación Jesús María Pellín, formado en su mayoría por profesores y estudiantes de las escuelas de Comunicación y Ciencias Sociales de la Universidad Católica Andrés Bello, entre los que se encontraban José Martínez de Toda Terrero⁴² -que era el representante de SERPAL en Venezuela, cuya filial funcio-

“En ese clima eran insoslayables los debates sobre la posición de los cristianos en la política de Chile (Allende), Perú (Velasco Alvarado), Centroamérica... y obviamente dentro la misma España. Las cuestiones a debate eran tanto teóricas (uso del análisis marxista entre los cristianos, papel de la teología en las luchas de liberación...), así como prácticas (relaciones estratégicas o tácticas entre marxistas y cristianos, alianzas ecuménicas en la educación y comunicación populares, etc.)”
(Entrevista a Jesús María Aguirre, 2019)

39. Entrevista a Jesús María Aguirre, 2019.

40. Según relata Aguirre, en Lima cursaron dos seminarios con el fundador de la teología de la liberación: uno sobre Marxismo y Cristianismo (aspectos epistemológicos) en la Universidad Católica de Lima y otro sobre Fe/Política en el Facultad de Teología de Santo Toribio de Mogrovejo.

41. En rigor, las reflexiones a la que refiere Aguirre no son tan inmediatas, ya que la revista en cuestión inicia sus publicaciones en 1975. Su trabajo “Prensa: el ensayo peruano”, se publica en el número 5, en diciembre. Es posterior a su ensayo sobre la comunicación horizontal presentada en los *Cuadernos de Laboratorio Educativo*. Con el paso del tiempo, Aguirre adquirió una perspectiva más crítica del proceso venezolano. En 2005 presentó sus reflexiones al respecto en un encuentro de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC).

42. Firmó la mayoría de sus libros como José Martínez Terrero, pero en otros ámbitos es mencionado como José Martínez de Toda o José Martínez Toda. Así lo menciona, por ejemplo, Jesús María Aguirre en las entrevistas.



Cuadernos de Educación era una publicación mensual realizada por Laboratorio Educativo, una institución donde se nucleaban católicos de izquierda que participaban también de otras organizaciones. Los números 14, 15 y 23 abordaron en particular temas comunicacionales. Según Capriles (en Simpson Grinberg, 1981: 156), pertenecía “al mismo núcleo humano” del Pellín: confluían allí quienes formaron ese centro y los integrantes del Centro Gumilla, que editaba la revista *SIC* a la que define como un “excelente órgano periodístico contestatario católico” (156) y “una de las mejores revistas de crítica radical sobre sociedad, economía y cultura (165). “Ugalde, Re, Martínez Terrero, Aguirre y otros, profesores de la Universidad Católica, jesuitas, son algunos de los animadores de estas experiencias entrelazadas” (en Simpson Grinberg, 1981: 165).

nó en el Pellín-, José Ignacio Rey, Marcelino Bisbal y César Miguel Rondón. A partir de su reciente experiencia y posiblemente de los primeros debates al interior del Centro, Aguirre publicó “Teoría y Praxis de la Comunicación Horizontal”, en el número 23 de *Cuadernos de Educación*, de marzo de 1975. Allí retoma una línea de sistematización y teorización, a partir de la praxis, que había iniciado Frank Gerace, como veremos en el capítulo siguiente. Se trata de uno de los primeros trabajos publicados por Aguirre. Es deudor de su paso por el Perú durante el proceso velasquista y también de la lectura de *Extensión o comunicación* de Paulo Freire.

El mismo año se iniciaba la publicación propia del Pellín. Desde sus inicios, el boletín *Comunicación* (luego revista *Comunicación. Estudios Venezolanos*) presentó perspectivas críticas sobre el sistema comunicacional vigente, dedicando páginas a las políticas de comunicación (Nº 10-11, 1976) y a la denuncia de la concentración de medios (Nº 15, 1977). Los trabajos sobre la comunicación alternativa recién aparecen en las ediciones dobles 28-29 (1980)⁴³ y 35-36 (1981), que retomaremos en el capítulo 7. Antes de eso, el Centro Pellín inicia en 1977 los *Cuadernos de Comunicación de Base*, a los que Aguirre define como “guías prácticas para los animadores de la comunicación popular, que operaban sobre todo en medios de inspiración cristiana y comunidades eclesiales de base (...) Enfatizaban el trabajo cooperativo en grupos para facilitar la horizontalidad y de ahí su énfasis en la comunicación grupal y en los micromedia”⁴⁴. Estaban coordinados por José Martínez Terrero y se orientaban a experiencias prácticas, más que a la reflexión teórica, salvo algunas intervenciones puntuales de Aguirre o el trabajo ya mencionado de Manuel Olivera.

Esos aportes corresponden ya a otra etapa, que abordaremos en el capítulo 7. Veremos allí cómo muchas reflexiones y conceptos que hasta aquí han sido incipientes, siguen su desarrollo y se profundizan, pero en un contexto más hostil. Con el avance represivo en el Cono Sur, varios actores mencionados en este capítulo resultarán desplazados o exiliados (Los archivos de Manuel Olivera se perdieron cuando el Ejército uruguayo persiguió a su comunidad religiosa en Montevideo). Los cambios de Papa en 1978⁴⁵, a su vez, mar-

43. En un repaso de diez años de la revista, Ricardo Martínez escribe que a partir de número 28-29 “el tema toma las páginas de la publicación e identifica al equipo. De una primera etapa de acercamientos se ha pasado a esta segunda cuando el cuerpo de doctrina es ya más sólido, cuando se reconoce que la discusión viene engendrándose desde los primeros números, cuando se presenta un grupo de experiencias ejemplificadoras y se intenta un recuento histórico de la aparición y consolidación del término (...) La comunicación alternativa no es la “idea fija” del equipo Comunicación pero es su desarrollo más completo y el que le identifica. Es también uno de los aportes más significativos de un grupo de investigadores venezolanos a la comprensión de la comunicación en América Latina, aporte especialmente valioso si se considera la proverbial dificultad para un esfuerzo reflexivo mantenido, organizado, coherente y permanentemente vinculado a la docencia y a la realidad nacional” (Martínez, 1985: 137-138).

44. Entrevista, 2019.

45. En agosto y septiembre transcurre el breve papado de Juan Pablo I. En octubre de 1978 asumió el polaco Karol Józef Wojtyła como Juan Pablo II, con una orientación fuertemente anticomunista.

carán un giro conservador al interior de la institución.

Antes de eso, en los siguientes capítulos analizaremos otros procesos de la primera mitad de los setenta que dieron lugar a una crítica de la comunicación hegemónica y dinamizaron propuestas de comunicación popular. Estos son abordados a partir de algunos países clave, dada la relevancia que tuvo la disputa desde el Estado en esos procesos de transformación social. En varios de ellos advertiremos también la presencia de sectores cristianos movilizados y partícipes de los cambios: Frank Gerace, por ejemplo, una figura en el capítulo que refiere a los procesos nacional-populares de Bolivia y Perú, llegó al primero de esos países como sacerdote, aunque luego dejó los hábitos y asumió una postura muy crítica a la jerarquía eclesial⁴⁶. Otro tanto le cabe a los importantes grupos de cristianos que se vincularon en partidos y organizaciones como MAPU, Izquierda Cristiana y el Movimiento Cristianos por el Socialismo, durante los años previos y el gobierno de la Unidad Popular en Chile, a los que nos referiremos en el capítulo 3. Pero en estos casos, la experiencia y la reflexión se articula con ámbitos más vinculados a los movimientos políticos y al Estado, más que a instituciones y proyectos impulsados desde la Iglesia católica.



El periplo de Gerace es complejo. Llegó a Bolivia siendo cura, en los sesenta, como misionero de la sociedad Maryknoll. Trabajó en Montero, en el norte de Santa Cruz (cerca del Amazonas). Allí participó de un proyecto de escuelas radiofónicas: “no teníamos fondos ni teníamos una emisora en propiedad, entonces hicimos un arreglo con una emisora chica del pueblo, ocupando un tiempo. Utilizábamos su sintonía, pasábamos clases de alfabetización y cosas por el estilo, cooperativismo, durante algunos años”. Cuando el obispo objetó ese trabajo y quiso trasladarlo, aceptó una invitación a ir a Alemania -con un grupo de latinoamericanos- a una capacitación sobre radio y televisión educativa (“No aprendimos nada. Solo comimos bien y paseamos bien, y fue un momento de hacer unas amistades personales y profesionales”). Durante ese viaje decidió dejar el sacerdocio (“me interesaba más la intervención social que la religiosa”). De allí fue a Estados Unidos; luego regresó a Bolivia: “ahorré y fui a Bolivia sin nada. Encontré un trabajo, con una camarita de filmación, con eso y con haber trabajado en la televisión americana, y por haberme topado con uno de los niños que llevaban la televisión, me contrataron...”. En esta segunda estadía conoció a su esposa. Tras el golpe de Banzer, salieron del país rumbo a Estados Unidos, antes de ir a Perú, donde desarrolló los trabajos que relataremos en el capítulo 2. De Perú volvió a Estados Unidos con una beca para estudiar sociología de la comunicación para el desarrollo. Luego -tras un tiempo como docente universitario- tomó parte en proyectos de organismos internacionales (FAO, ONU) por los que estuvo en Ecuador y nuevamente en Bolivia. Actualmente vive en Estados Unidos.

46. En el libro *La comunicación horizontal*, al que nos referimos en el próximo capítulo, cuestiona “la postura de la iglesia oficial que se las da de revolucionaria, liberadora, etc., en un nivel completamente teórico, pero en la práctica de las relaciones diarias sigue imponiendo actitudes anti-dialógicas” (Gerace, 1973: 35)

2 Perú y Bolivia



Se trata de la editorial Librería Studium. Según los registros que he podido consultar, este sello estuvo activo hasta 1991. Publicó predominantemente textos de derecho y de historia peruana, pero también literatura de ficción y poesía, textos católicos y hasta un tratado de criptografía. Sus inicios no están claros, aunque ya en 1953 se registran títulos con esta marca editorial. En los cincuenta y sesenta publicó centralmente manuales y materiales escolares. Los títulos de los setenta tienen una mayor inclinación hacia las ciencias sociales y la temática indígena. La biblioteca del Congreso de los Estados Unidos conserva un centenar de títulos de la Librería Studium. En la entrevista realizada para esta tesis, Gerace la recuerda como “una librería particular, de la burguesía, del lado conservador, de muchas publicaciones católicas, aunque no era católica” y no sabe las razones que lo llevaron a publicar su libro: “tal vez pensaban cambiar de rumbo”.

“Todo lo buscado por la educación liberadora, la concientización y la revolución cultural encuentra su arma de realización cuando se le ponen los medios de comunicación al alcance del pueblo oprimido (...)

Nuestra meta es clara: tiene que ser el proletariado [el] que detenta el control de la comunicación, sin filtros, sin intérpretes, y sin ‘porteros’” (Gerace, 1973: 56, 141)

En 1973, un pequeño sello peruano publicó un librito titulado *Comunicación horizontal. Cambios de estructuras y movilización social*. Frank Gerace Larufa figura como su autor, aunque la portada interior agrega la “colaboración con Hernando Lázaro”¹. Como veremos, estos autores proponían el desarrollo de una “nueva teoría” que condujera a una “nueva práctica” sobre los medios de comunicación. El capítulo de mayor densidad teórica, titulado “Hacia una tercera comunicación”², promovía “alternativas controladas por el pueblo” (Gerace, 1973: 28). “Consideramos necesario extender la visión de Paulo Freire de procurar que el oprimido ‘pueda pronunciar su palabra’. Tenemos que llevar la visión de Freire a toda la comunicación hasta a los medios masivos” (28-29).

Para Gerace -y Lázaro-, esta toma de la palabra no podía limitarse a la *recepción crítica*, a la que se cuestionaba por insuficiente:

“No nos conformamos con una visión quietista del concepto de fomentar la crítica en el ‘receptor’. No es cuestión sólo de procurar que el oprimido se dé cuenta del contenido dominante y alienante de los programas de la industria cultural. Este achatamiento del concepto del juicio crítico no difiere mucho de la enseñanza tradicional o religiosa que dice que primero hay que cambiar al hombre para que el hombre cambie las estructuras.

Se trata de cambiar las estructuras. No se trata de cine-forums que continúan descubriendo América, que las estructuras son injustas” (29)

Quedaban claro, así, a qué referían las dos nociones incluidas en el subtítulo del libro:

“Es imposible que los sistemas capitalistas de la industria cultural den la palabra al oprimido. Darán paliativos; tra-

1. El cierre del libro está datado el 1º de enero de 1973, por lo que cual se trataría de un texto elaborado en torno a 1972. Por otra parte, los autores explicitan que antes de esta publicación, “los capítulos teóricos de este libro salieron en forma de separatas mimeografiadas que eran difundidas a nuestros amigos y colegas comunicadores” (Gerace, 1973: 14).

2. Dicho texto había sido publicado antes en la revista *Educación hoy*, de Bogotá, N° 7, de enero-febrero de 1972.

tarán de poner a sus lacayos de extracción popular como pantallas para argumentar que el pueblo tiene acceso a los medios de comunicación. Pero semejantes engaños no cambian la raíz del problema. *El control de los medios de comunicación por el pueblo es un aspecto de la toma definitiva del poder por las masas.* (...) ¿Pero mientras tanto? Tal vez la única solución parcial sea una especie de ‘guerrilla de comunicaciones’, un ‘foquismo intelectual’, en el que el pueblo privado de los medios masivos de comunicación busca otras formas de expresar su palabra” (Gerace, 1973: 29. El destacado es mío)

En las páginas iniciales, un paratexto elaborado por la editorial señalaba que Comunicación horizontal fue “pensado en su utilidad como texto universitario y manual popular” y que “casi todos los capítulos son fruto de trabajos, ensayos, planes y reuniones en Perú y otras partes de América donde los autores han participado en seminarios y cursos en el área de comunicaciones”. Gerace y Lázaro, dice el editor, “presentan una visión novedosa y experimentada de las comunicaciones en manos del pueblo” (Gerace, 1973: 7). Centralmente, el trabajo era definido como fruto de experiencias realizadas en Bolivia y Perú, dos países sobre el que pronto aparecen referencias. Primero, cuando los autores destacan la “importancia del contenido propio”, situado, en su caso, en el “Perú revolucionario” (Gerace, 1973: 13); luego, cuando dedican el libro “a nuestros compatriotas bolivianos caídos en la incipiente liberación de su país” (15).

En esas páginas iniciales, a su vez, se hacía referencia a otro país y otro libro emparentado:

“Después de terminar nuestro trabajo, conocimos el libro *Comunicación Masiva y Revolución Socialista* de Mattelart, Biedma y Funes (Ediciones Prensa Latinoamericana, Santiago, 1971). Nos fue muy grato ver las mismas inquietudes nuestras reflejadas en esta obra. *Nos confirma en nuestra convicción que es urgente encontrar nuevas formas de comunicación liberadoras, socializadoras y desalienadoras. Las experiencias bolivianas y peruanas que hemos vivido coinciden con la visión emanada de Chile.* Cuando una idea se madura nada la frena. Nos colocamos en la misma línea con nuestros compañeros chilenos. Este libro es un libro político. No hablamos de la comunicación en términos de ‘estímulo respuesta’, sino de participación y organización” (Gerace, 1973: 14-15. El destacado es mío)

En sintonía con Chile, al que dedicaremos el siguiente capítulo, Bolivia y Perú emergían así como otros dos contextos donde a principios de la década de 1970 se tematizó una “comunicación liberadora”, de participación popular y políticas soberanas. En las siguientes páginas intentaremos caracterizarlos, poniendo el foco en las decisiones gubernamentales y el activismo social vinculados a la comunicación y los medios.



2.1. Perú: entre la revolución “desde arriba” y el participacionismo

Si bien Juan Velasco Alvarado inició el *Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas del Perú* en octubre de 1968³, dos años y un mes antes de que Allende asumiera la presidencia de Chile, los momentos que nos interesan desde el punto de vista de la historia de ciertas ideas sobre la comunicación, fueron prácticamente simultáneos.

Una característica de este gobierno peruano fue su progresiva radicalización. Como señala Moncloa (1977), “el primer gabinete que acompañó al general Velasco fue francamente conservador” y el movimiento *revolucionario* de 1968 mostraba una gran heterogeneidad: en él “se dieron las diferencias que existían en el seno de toda la institución [militar], pues había generales conservadores, los había desarrollistas, y coroneles que tenían una clara proyección revolucionaria (...) Cada avance del proceso en una orientación revolucionaria implicaba una crisis interna en la que cayeron uno a uno los generales conservadores” (Moncloa, 1977: 42-43). El rumbo tomado por Velasco Alvarado, que resultó “sorpresivamente” revolucionario según este autor, se definió en los años sucesivos. Recién en un discurso de julio de 1971 el general ubicó por primera vez a la Revolución Peruana como parte de una corriente “socialista” (Moncloa, 1977: 57-58). Para entonces llevaba nueve meses el gobierno de la Unidad Popular en Chile, que más allá de sus cambios internos, desde un principio se definió en esos términos.

La “novedad” del gobierno de Velasco en el escenario latinoamericano, no obstante, fue advertida tempranamente. Ya en el tercer número de *Los Libros*, la revista argentina dirigida por Héctor Schmucler, se publicó un artículo de Jorge Carpio sobre el rumbo de la Revolución Peruana, a partir de un libro de Víctor Villanueva titulado *¿Nueva mentalidad militar en el Perú?* que había publicado la editorial Replanteo: “¿Qué es esta revolución militar que, en lugar de recitar las clásicas proclamas sobre ‘el peligro comunista’, inicia su gestión expropiando a una empresa petrolera del capital norteamericano?”, se preguntaba Carpio (1969: 22).

Entre las medidas tomadas por Velasco Alvarado se puede consignar, además de la expulsión del país de la International Petroleum (subsidiaria de la Standard Oil): el impulso de una reforma agraria; la expropiación de los latifundios azucareros; la estatización de varios bancos privados, de la estratégica in-

3. Tras el derrocamiento de Fernando Belaúnde Terry, con quien se había iniciado un largo período de “gobiernos de las Fuerzas Armadas” que se extendió desde 1963 hasta 1985. Dentro de ese lapso, no obstante, la presidencia de Juan Velasco Alvarado se distingue como un período singular, caracterizado por profundas reformas económicas y sociales. Acaso una clave interpretativa muy vigente en nuestro país desde 1983, que clasifica la historia política en tiempos “civiles” y “militares”, ha ocluido la posibilidad de observar ciertas dimensiones transformadoras que se dieron en ese proceso.

dustria de la harina de pescado y del comercio exterior de minerales; el control oficial del movimiento de divisas; la expansión empresarial del Estado y el aumento de la protección laboral. Además, se reformó la empresa privada, con la formación de las “comunidades industriales” que buscaron garantizar la participación de los trabajadores en las utilidades de las empresas. A nivel diplomático, Perú abrió sus relaciones con Cuba y desplegó una militancia tercermundista y no alineada. Y si en una primera etapa el gobierno demostró una inclinación típicamente nacionalista y reformista -con discursos, hasta 1970, que buscaban situarse en una tercera posición entre la disyuntiva capitalismo/comunismo-, luego evidenció rasgos socialistas, con una construcción doctrinaria propia⁴ que hacia 1975 definía el objetivo de una “Democracia Social de Participación Plena”.

Ciertamente, a lo largo de todo el proceso se evidenció un contraste entre la meta de participación y el efecto desmovilizador de una “transformación desde arriba”, conducida desde la esfera gubernamental; contradicción que probablemente expresaba las propias tensiones al interior del movimiento. No obstante, como veremos en el caso de la prensa, aquella impronta participacionista -que podríamos asociar a nociones de *poder popular* que se plantearán en los casos de Chile y Bolivia- estuvo siempre vigente. Así, la expropiación de los principales diarios en 1974 no se plantearía como una mera estatización sino como la creación de un modelo nuevo, basado en los grupos sociales organizados.

Igual que el rumbo general del gobierno, las definiciones y decisiones en torno a la comunicación también aparecieron paulatinamente. Juan Gargurevich (2007) señala tres grandes etapas: en 1968-1970 hubo “planteamientos iniciales de una política de comunicación” y entre 1970 y 1974 se identifica un “ensayo de modelo cooperativista como destino de los medios”, antes del intento de propiedad social que se propondría a partir de 1974.

La primera medida de gobierno vinculada a este campo fue la sanción de un “Estatuto de la Libertad de Prensa”⁵, a fines de 1969, que reconoció la profesión de periodista; estableció criterios de nacionalidad y residencia para la propiedad de los medios⁶; obligó a transparentar la propiedad de los medios⁷; dis-

4. En septiembre de 1971, en un discurso ante Salvador Allende, Velasco Alvarado señaló que la Revolución peruana se situaba “en una posición en la que confluyeron valores humanistas, libertarios, socialistas y cristianos” (Moncloa, 1977: 58).

5. Estatuto de la Libertad de Prensa. Decreto-Ley N° 18.075, 30 de diciembre de 1969.

6. El Estatuto establecía que sólo peruanos de nacimiento, residentes en el Perú, podían editar publicaciones o integrar empresas periodísticas, y el capital de las empresas periodísticas debía ser peruano. Se dio un plazo de 180 días para que los extranjeros que poseían acciones en medios las vendieran a peruanos. El decreto incluía una interesante disposición transitoria por la que tendrían “derecho preferencial en esta transferencia, los sindicatos o cooperativas integradas por servidores de la empresa” (transcrito en Gargurevich, 1972: 282).

7. El Estatuto establecía: “en Marzo y Septiembre de cada año, las empresas periodísticas harán constar en espacio preferente de sus propias publicaciones, la nómina de sus accionistas y de su Directorio, el monto de su capital, la participación accionaria de cada uno de los socios y cargos que desempeñan y la relación de los acreedores hipotecarios y prendarios, si los hubiese, estando obligados a comprobarlo a requerimiento oficial. La publicación se hará cada vez que varíe la nómina de los accionistas” (transcrito en Gargurevich, 1972: 274).



Esta práctica tiene su antecedente en la primera etapa de la revolución cubana (1959-1962), cuando se desató una “batalla por la libertad de expresión” (Ortega, 1989) entre los trabajadores de prensa y las empresas que los empleaban. Hacia fines de 1959, las agrupaciones de periodistas, gráficos y locutores acordaron un texto que se publicaría al final en cada una de esas notas. Ese recurso se conoció en Cuba como *coletilla*. Inicialmente fue utilizado en informaciones que provenían de cables de agencias extranjeras, pero luego extendido también a las notas editoriales de los diarios (Badenes, 2014: 212-214).



Durante todo este período de gobierno, los sindicatos se multiplicaron, crecieron y tuvieron una creciente incidencia política. Vale aclarar que en Perú se denomina sindicato a lo que en Argentina son las comisiones internas y cuerpos de delegados; es decir: empresa tiene un sindicato, que luego confluye en una federación por rama de producción. En este caso, se había formado un “Frente Unico de Trabajadores de Expreso y Extra”, como antesala del traspaso a la “Cooperativa Prensa y Pueblo” que asumiría la propiedad absoluta. Para más detalle sobre el proceso de expropiación, véase Gargurevich (1972: 195-226).

puso el derecho de aclaración y rectificación; e identificó una serie de infracciones o delitos de prensa, con sus respectivas sanciones. Cinco semanas después, se sumó la Ley del Periodista⁸, que establecía obligaciones a las empresas y más derechos para los trabajadores: estabilidad laboral para los periodistas (no podrían ser despedidos sin causa grave); pagos por horas extras, jornadas nocturnas, domingos y feriados; el derecho a una “Columna de Opinión” en la que los periodistas podrían pudieran formular puntos de vista diferentes a la línea política empresarial; y la obligación de las empresas editoras de aceptar y publicar comunicados de sus organizaciones de periodistas con tarifa mínima.

Finalmente, en marzo de 1970, se expropiaron los diarios *Expreso* y *Extra* (matutino y vespertino, respectivamente)⁹, que fueron cogestionados desde entonces entre delegados del gobierno y el sindicato, con la promesa de que una cooperativa de los trabajadores asumiría la propiedad del diario. Esta primera medida no alcanzaba a otros periódicos ni tocaba a la radiodifusión; aunque el mismo año se inició la Reforma Industrial que estableció la figura de *comunidades laborales* que buscó dar participación a los trabajadores en la gestión y en las utilidades de la empresa (Peirano *et al.*, 1978: 8).

Los medios tempranamente expropiados eran paradigmáticos por pertenecer al abogado y empresario Manuel Ulloa, que había sido ministro de Hacienda de Fernando Belaúnde Terry y protagonista del escándalo petrolero, y en ese momento estaba prófugo. Los sindicatos gráficos y de prensa de estos diarios eran partidarios de la revolución e impulsaron la medida. Como señala Moncloa -quien formó parte del equipo periodístico del diario hasta abril de 1976-:

“*Expreso*, en manos de sus trabajadores, encontró identidad inmediata en el movimiento sindical. Fue el diario que por primera vez en la historia del periodismo peruano dio amplia cabida a los problemas y posiciones sindicales. Permitió, facilitó e impulsó la presencia de esos sectores dentro del contexto político” (Moncloa, 1977: 164)

A los diarios expropiados se le sumaron *La Crónica* (matutino) y *La Tercera de la Crónica* (vespertino), que pasaron al Estado tras la nacionalización de la banca, ya que su paquete accionario estaba en manos del Banco Popular. Para este caso el proyecto siempre fue conservarlos en la órbita estatal, sumándose a *El Peruano*, el histórico órgano fundado por Simón Bolívar. Cuando *La Crónica* iba camino a convertirse en un clásico diario oficialista, su gestión fue asumida por periodistas vinculados al Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), que lo relanzaron como *La Nueva Crónica* (Gargurevich,

8. Ley del Periodista. Decreto Ley Nro. 18139, del 6 de febrero de 1970.

9. Decreto Ley Nro. 18.169, el 4 de marzo de 1970.

1972: 233). De esa etapa de administración estatal vale mencionar como aspecto novedoso el desarrollo de una edición en quechua, idioma hablado por el 40% de la población peruana (Hamelink, 1985: 62).

2.1.1. El "apoyo a la movilización social" y la comunicación horizontal

En 1971, un avance que resulta propio de la "revolución peruana" fue la creación del SINAMOS. Su aparición fue parte de una reforma del aparato estatal que dio lugar a nuevos ministerios y la concentración de áreas antes dispersas o des-coordinadas, como sucedió con la difusión estatal a través Sistema Nacional de Difusión. El SINAMOS, además, tenía como meta alentar a los sectores populares a organizarse para participar del proceso, eludiendo otras mediaciones partidarias o administrativas. Se vinculaba así a un aspecto criticado del proceso peruano, que fue la decisión de "no crear un partido de la revolución -al estilo mexicano o del egipcio- como aparato oficial de organización, expresión y control de las masas" (Ribeiro, 1972: 7)¹⁰. En marzo de 1974, en una respuesta a la revista brasileña *Visao*, el general Velasco afirmó: "Si la meta lejana a la que aspiramos es completar la transferencia de todas las dimensiones del poder a las autónomas organizaciones de base que los peruanos creen para fundamentar una democracia de participación plena, ¿cómo podríamos lograr tan ambicioso y lejano proyecto mediante la estructura de poder de un partido que, inevitablemente, sería conducido en beneficio de un pequeño grupo de dirigentes?" (citado en Moncloa, 1977: 186). En otras palabras, se advierte un discurso próximo a la construcción de un *poder popular*, afín al proceso que para la misma época se estaba viviendo en Chile.

Mencionar al SINAMOS es significativo para esta tesis porque en el marco de ese brazo político de la Revolución se dio lo que Gargurevich consideraría años después como "el surgimiento de la pequeña alternativa dentro de la gran alternativa del cambio de propiedad" (en Simpson Grinberg, 1981: 196). El SINAMOS tuvo su propia política de comunicación, regida por un plan titulado *Sistema de Comunicación Social para los Pueblos Jóvenes, partiendo de la organización vecinal*, que guiaba el trabajo de las oficinas de difusión que funcionaban en cada una de las regiones en las que estaba organizado el Sistema. "Pueblos jóvenes", vale decir, es un eufemismo peruano que nombra a los barrios marginales generados por las migraciones internas. Allí se impulsó, hacia 1973, la creación de "alternativas de comunicación" diferentes de los medios tradicionales. Con fundamentos que retomaban posturas críticas de la época¹¹, esta política establecía:

10. Las propias "Bases ideológicas" difundidas en 1975 ratificaron esta negación a la "institucionalización política de la Revolución en forma de partido".

11. Se denunciaba, por ejemplo, la influencia de "medios más sutiles aparentemente inocentes

- “a) Apoyar la *comunicación horizontal* y de arriba hacia abajo mediante la promoción de empresas periodísticas de propiedad social al servicio de las organizaciones de base de los pueblos jóvenes, y
- b) Apoyar la comunicación al interior de las organizaciones de base para facilitar la participación popular” (Gargurevich, en Simpson Grinberg, 1981: 198. El destacado es mío)

Esta política de fomento incluía “el uso de lo que llamaron ‘periodismo-pueblo’, integrado por las publicaciones populares generalmente impresas a mimeógrafo por particulares o clubes provinciales” (199). Además el SINAMOS editaba la revista *Participación*, cuya existencia quedó registrada en la sección Carnet de la revista argentina *Crisis* (Nº 4, 1973).

También se promovieron programas radiales. Experiencias que más tarde aparecerán catalogadas en el campo de la “radio popular” tienen su origen en este proceso, como es el caso del programa *Ondas Campesinas*, producido por la Federación Regional Agraria de Piura y Tumbes (VV.AA., 1987) para concientizar al campesinado sobre la importancia de participar en la reforma agraria. Como se relata en *Radio y Comunicación Popular en el Perú*,

“La primera etapa (1973-1975) se inicia en *Radio Progreso* de Piura, la emisora más potente del departamento y quizá de toda la región, con 10 kilovatios de potencia, siendo una emisora de alcance regional. *El programa nace con el auspicio del Sistema Nacional de Movilización Social, SINAMOS, a través de su Secretaría de Difusión y Capacitación. En aquella época había un dispositivo legal que determinaba que los medios de información debían apoyar las emisiones de carácter popular.* El programa se transmitía diariamente de 5 a 6 de la mañana, contando con el apoyo del Programa de Alfabetización Integral del Ministerio de Educación (ALFIN) para los fines de capacitación y alfabetización” (VV.AA., 1987: 242. El destacado es mío)

Sobre estas experiencias impulsadas por el SINAMOS se publicó en 1975 *Perú, revolución en los medios periodísticos*, un libro breve (80 páginas) escrito por Jorge Suárez y Salvador Palomino. Por la catalogación realizada en la biblioteca de la Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco podemos tener una idea de sus contenidos: *Una revolución periodística - Marco de la experiencia - La noticia local - Sentido de la participación - El rol de los periodistas - Fusión de funciones - La incomunicación interna - Bilingüismo y comunicación - Periodismo y educación - Perspectivas que se abren.* Nunca pude acceder a ese material, pese a una larga búsqueda que pasó por muy diversos intentos (En la citada institución el libro se extravió en el limbo de un

como el Pato Donald y otros”, lo cual advierte sobre la influencia de una producción emblemática del proceso chileno (ver capítulo 3).

cambio de bibliotecarios y sistemas de catalogación).

¿Qué sentido tiene, en un trabajo de historia intelectual, citar un libro no leído? La mención, en este caso, nos ayuda a comprender las condiciones, ya no de circulación, sino lo que Thomas R. Adams y Nicholas Barker llaman “la supervivencia del libro” (en Darnton, 2014: 9) -y nos informa también acerca del borrado de ciertos proyectos que tuvieron vigencia en la región en los años setenta-. El diálogo sobre el tema con informantes peruanos fue esclarecedor: todos explicaron la dificultad de acceder a materiales del SINAMOS por la fuerte censura posterior sobre esa experiencia. Contaron que esos libros no se conservan en bibliotecas personales porque fueron tirados, escondidos o quemados. Ni siquiera el contacto con un ex director del Sistema permitió encontrar *Perú, revolución en los medios periodísticos*.

Aquel trabajo de Suárez y Palomino llevaba el sello del Centro de Estudios de Participación Popular del SINAMOS¹², un área que fue dirigida por el antropólogo, educador y político brasileño Darcy Ribeiro. Según Mario Kaplún, el ámbito en que trabajó Ribeiro era un “programa de las Naciones Unidas de apoyo al gobierno peruano”. El referente del SERPAL, a quien presentamos en el capítulo anterior, fue convocado por Ribeiro a dar un curso-taller de “radio a nivel nacional para comunicadores de distintos servicios estatales”, que duró cuatro meses (Kaplún, 1993: 131)¹³. El segundo libro de Kaplún, *Producción de programas de radio* publicado en 1978, es un fruto de la sistematización que inició para ese taller.

El trabajo del rioplatense es un “obra técnica” con “recursos instrumentales para escribir y producir buenos programas de radio”, pero orientado a quienes ven a este medio “como un instrumento de educación y cultura populares y como una promotora de auténtico desarrollo; que piensan que éste, como todo medio de comunicación colectiva, tiene una función social que cumplir, un aporte que hacer frente a las urgentes necesidades de las masas populares de la radio” (Kaplún, 1978: 19-20). La primera parte, donde desarrolla su perspectiva educativa¹⁴, anticipó mucho de lo que plantearía en su libro *El comunicador popular*, de 1985.

Un eje central que surge en una lectura global de *Producción de programas de radio* es la participación. Al enumerar una serie de características que debían tener los programas de radio ubicados en una perspectiva de educación problematizadora señalaba -entre otras- “que tiendan a estimular un proceso en



Como resume Guillermo David en un libro reciente, “el trayecto político e intelectual de Darcy Ribeiro abarca medio siglo (estrictamente hablando: desde 1947 hasta 1997) y puede cómodamente dividirse por décadas, como él mismo lo ha hecho muchas veces: la del antropólogo, la del educador, la del político y la del novelista, y nuevamente la del político” (2019: 19). De su labor etnográfica -iniciada en los ‘40- se destacó su participación junto a los hermanos Vilas-Boas en la creación del Parque Nacional Xingú, impulsado por Getulio Vargas, “acaso sea la experiencia más avanzada en América Latina de creación de un espacio ecológico-cultural indígena desde el Estado, que dura como una isla virtuosa hasta el día de hoy” (21). Ya en rol de educador, fue convocado por Juscelino Kubitschek para fundar la Universidad de Brasilia, de la que fue el primer rector. Tras esa experiencia, fue designado ministro de Educación de Brasil en el fugaz Gobierno parlamentario de Hermes Lima (1962-1963) y durante la presidencia de João Goulart fue ministro de Educación y Jefe de Gabinete. Con el golpe militar de 1964 tuvo que exiliarse y permaneció doce años (hasta 1976) fuera de su país. Recorrió América Latina asesorando a diversos gobiernos en cuestiones educativas (principalmente ligadas a la reforma de la Universidad), entre ellos Chile, Perú y Argelia. Durante el gobierno de Allende fue profesor-investigador del Instituto de Relaciones Internacionales de la Universidad de Chile (Ribeiro, 1972). En Perú dirigió el Centro de Estudios de Participación, vinculado al sistema estatal encargado de la movilización social propiciada por el Gobierno Revolucionario. Además, con el apoyo de un programa informático, elaboró junto a Oscar Varsavsky un plan de desarrollo para Velasco Alvarado, considerado “un antecedente del Proyecto Nacional que el científico argentino postulaba para el peronismo de 1973” (David, 2019: 58)

12. Por eso aparece citado con variaciones: a veces como “Ediciones SINAMOS” y otras, “Ediciones del Centro de Estudios de Participación Popular”.

13. Entre los jóvenes participantes de aquel curso estaba Rosa María Alfaro, que en el período posterior al trabajado en esta tesis emergerá como una referente peruana de la comunicación popular.

14. En ella retoma ampliamente planteos de dos pensadores críticos de la “comunicación para el desarrollo”, Juan Díaz Bordenave y Luis Ramiro Beltrán (ver capítulo 6), pero también trabajos como “El Libreto Radial de Educación Complementaria”, de Hugo Osorio Melendez, presentado al I Seminario Nacional de Teleducación realizado en Lima en agosto de 1973, con el impulso del Centro de Teleducación de la Universidad Católica del Perú (CETUC).

los oyentes” y que estimulen “el diálogo y la participación”. Al definir esa participación, se distanciaba de las perspectivas que la reducen a las cartas o los llamados de los oyentes¹⁵:

“...Afirmaciones todas éstas que solo sirven para tranquilizar la conciencia de los teóricos y de los propietarios de radiodifusoras, y para justificar la universalidad del célebre esquema del feedback. Una auténtica participación del oyente no puede construirse sobre bases tan ficticias e ilusorias. La verdad es que la comunicación de retorno en los medio de masas no pasa generalmente de ser una decorativa flecha punteada, trazada de derecha a izquierda.” (Kaplún, 1978: 144)

En ese sentido, Kaplún planteaba que el comunicador-educador debía tener presente la aspiración “de que la comunicación de retorno sea lo más real, concreta e intensa posible; y procurar que sus programas de radio sean participativos y dialógicos en la mayor medida que lo permitan las limitaciones técnicas del medio”, lo que implicaba pensar una serie de modelos participativos en la producción¹⁶ y también la organización de grupos populares de escucha (Kaplún, 1978: 145-146).

Kaplún volvería a Perú en 1975 para participar en un extenso seminario organizado para profesionales de la radio y la televisión, titulado “Hacia la nueva radiodifusión peruana” (Kaplún, 1993: 131)¹⁷.

2.1.2. Telecomunicaciones, Educación y participación popular

Además de las experiencias impulsadas por el SINAMOS, Gargurevich señala la relevancia de las propuestas de comunicación desarrolladas en torno a la reforma agraria, sencillas y muy efectivas. Destaca la contratación de un mimo, que enseñaba a los campesinos a reírse de los terratenientes -para perder el temor-, y el uso de carteles que, “impresos en colores muy brillantes y llamativos, gozaron de gran aceptación. Hoy pertenecen ya a la historia y es muy difícil hallar alguno en los muros de las haciendas expropiadas” (Gargurevich, en Simpson Grinberg, 1981: 200). También destaca trabajos de comunicación y concientización desarrollados por la Iglesia católica, lo que establece un puente con las ideas y experiencias trabajadas en el capítulo 1. Algunos de sus ejemplos se entrecruzan con las experiencias relatadas por Gerace en *La comunicación horizontal*.

15. Sobre la falacia de las encuestas de sintonía, retomaba los aportes del emblemático libro de Umberto Eco, *Apocalípticos e integrados en la Cultura de Masas*, que se había publicado en 1968 en Barcelona por editorial Lumen.

16. En el perspectiva de Kaplún, cuyo desarrollo continuamos en el capítulo 7, “más que preocuparnos por recoger una comunicación ‘de retorno’, en la que ubicamos al destinatario al final de los mensajes, recibiendo y retornando, tal vez deberíamos procurar sobre todo poner al oyente al principio del proceso: originando los mensajes, inspirándolos” (Kaplún, 1978: 147).

17. El seminario fue organizado por la Empresa Nacional de Telecomunicaciones y coincidió justo con la asunción de Morales Bermúdez, cuyo gobierno detuvo el proceso de transformaciones.

Estas ideas y prácticas no reemplazaban sino que complementaban la intervención sobre los medios “tradicionales” y “grandes”. En ese sentido, en noviembre de 1971, el Gobierno promulgó su Ley General de Telecomunicaciones¹⁸, que incluía prerrogativas en relación a los servicios de radio y televisión¹⁹. La nueva ley, que postulaba una radiodifusión “al servicio de la sociedad” y como un instrumento para la educación, el desarrollo y el cambio social, implicó la expropiación inmediata del 51% de los canales. El Estado también tomó el 25% de las acciones de buena parte de las emisoras radiales. La empresa estatal ENTEL-Perú se hizo cargo de esas participaciones accionarias.

Se pautó además un cupo de programación del 60% de producción nacional, la prohibición de contenidos discriminatorios y la restricción de la transmisión de programas violentos en horarios nocturnos. Y se limitaba el empleo de idiomas extranjeros en la programación radial (VV.AA., 1987: 24).

La Ley de Telecomunicaciones señalaba la existencia de “servicios de radiodifusión educativa” y “servicios de radiodifusión comercial”. Los primeros debían desarrollarse bajo supervisión y control del Ministerio de Educación. Los segundos sólo podrían ser explotados por empresas públicas y por empresas mixtas. No parece casual que en trabajos posteriores sobre la radio educativa se señale un “boom del trabajo popular radial” en la década del 70, “boom que está estrechamente ligado a todo el proceso de organización popular que se desarrolló en los primeros años de la década” (VV.AA., 1987: 125).

Sobre la publicidad, el reglamento establecía un conjunto de reglas -como la producción nacional-, limitaciones y controles, que fueron “precisados” el año siguiente con la intervención del Ministerio de Educación²⁰. Este planteó la necesidad de evitar los “patrones de consumo alienantes” y de difundir contenidos “veraces, verificables y respetuosos de la ética comercial”; al tiempo que prohibió cualquier “publicidad que sea obscena o discrimine”.

En marzo de 1972 fue el turno de otra legislación orgánica: se sancionó la Ley General de Educación, uno de los principales ámbitos de las reformas. La comisión que trabajó en su redacción había recibido el asesoramiento de Paulo Freire (Moeller, 1981: 16). En palabras de Moncloa:

“A diferencia de los sectores sociales de vivienda y salud, en educación sí se definió y formuló una teoría y una praxis



ENTEL era la Empresa Nacional de Telecomunicaciones que se había creado en 1969, para lo cual fueron expropiadas las transnacionales norteamericanas ITT, Cable West Coast y All American Cable Inc. (Ortega, en VV.AA., 1981: 538). Tras esta medida, ENTEL-Perú representó al Gobierno en los equipos directivos de veintiuna emisoras radiofónicas y cuatro canales de televisión (Gargurevich y Fox, 1989: 82-83). Además se creó Instituto Nacional de Investigación y Capacitación de Telecomunicaciones, financiado con el 2% de la renta de las empresas que explotan estos servicios (Ortega, en VV.AA., 1981: 538).



José Antonio Llórens y Reynaldo Tamayo (en VV.AA., 1987: 53) señalan también un cupo vinculado a la difusión de música folklórica en las radios (un mínimo de 7,5%) que adjudican a una “reglamentación” de las telecomunicaciones de 1973. No queda claro si hay una errata en la fecha o refieren a otro marco legal. “En general su aplicación significó un estímulo para la aparición de nuevos programas de música andina popular en las radios que no contaban con ellos”, destacan los autores, aunque también señalan que la regla cayó en desuso tras la caída de Velasco Alvarado. En el mismo sentido proteccionista, también se sancionó una Ley de Promoción Cinematográfica, que establecía la exhibición obligatoria en todas las salas del país de largometrajes y cortometrajes nacionales que sean calificadas técnica y artísticamente como aptas (Ortega, en VV.AA. 1981: 551; Schumann, 1987: 274).

18. Decreto-ley 19.020, 9 de noviembre de 1971. Beltrán y Fox (1980: 139) consignan erróneamente la ley como de 1970. El proyecto fue elaborado por una comisión de expertos que trabajó en silencio hasta su presentación (Ortega, en VV.AA., 1981: 537). Se desarrolló en el marco del Ministerio de Transportes y Comunicaciones, que había sido creado en diciembre de 1968.

19. También en Argentina el decreto-ley de Telecomunicaciones de 1972 incluía el campo de la radiodifusión. La diferenciación de ambos ámbitos se planteó en leyes posteriores.

20. Decreto Supremo 05-ED/72. Actualizado luego, sin modificaciones sustanciales, por la Oficina Central de Información del Sistema Nacional de Información (el D. S. 003-OCI/74). Según Ballón *et al* (1974: 136), ni la ley ni los decretos lograron plasmar un cuerpo legal sistemático. Además hubo un incumplimiento flagrante de algunas de las normas establecidas.

79



Filósofo y educador, Salazar Bondy había sido en 1955 fundador del fundador del

Movimiento Social Progresista, del que surgieron las ideas matrices de la perspectiva socialista y humanista de la Revolución Peruana. Falleció en 1974, a los 48 años. En ese momento se desempeñaba como Presidente del Consejo Superior de Educación creado para acompañar la aplicación de la reforma. Fue autor de muchos trabajos sobre temas culturales, que planteaban una denuncia de las condiciones de dominación y alineación: “Decir que el peruano es un ser alienado equivale a decir que piensa, siente, actúa de acuerdo a normas, patrones y valores que le son ajenos o que carecen de la substancia histórica de la cual dependen su plenitud y su prosperidad como pueblo, cuando no se halla casi en el nivel de un pensar, un sentir y un actuar completamente controlado por otros, es decir, cuando no está prácticamente cosificado, convertido en algo que se utiliza y se maneja sin tener en cuenta sus fines intrínsecos, como ocurre con el hombre esclavizado” (Salazar Bondy, 1966: 64). Roncagliolo considera que, junto con Freire y Pasquali, este intelectual fue uno de los pioneros del estudio latinoamericano de la comunicación: “Políticos a la par que académicos, los tres instauraron en América Latina las matrices originarias y originales de nuestra investigación sobre cultura y comunicaciones. A ellos debemos primigeniamente la reivindicación de lo popular, la crítica a lo masivo y el afán de independencia...” (Roncagliolo, 1986)



La trayectoria de Boal inició en Brasil y tuvo desarrollo en muchos países del continente.

En su país, en los años cincuenta, fue renovador de los métodos de puesta en escena en salas comerciales; de 1960 a 1964 impulsó el teatro popular en distintas regiones, y dirigió luego varias expresiones de teatro de resistencia. Una de sus innovaciones fue la creación del



del cambio revolucionario, coherente con los otros cambios estructurales que se anunciaban y programaban (...)

Inscrito teóricamente en la búsqueda y para la vivencia de una sociedad humanista y socialista, esencialmente participatoria, el modelo de reforma de la educación puede considerarse, como el de reforma agraria y el contorno de la propiedad social, como valioso aporte al proceso histórico del socialismo” (Moncloa, 1977: 152)

En el marco del ministerio conducido por el reconocido educador y pensador peruano Augusto Salazar Bondy, la reforma fue coordinada por Alfonso Lizarzaburu, por entonces un joven sociólogo de 25 años, que luego se desempeñaría como consultor en la UNESCO. De origen cristiano, Lizarzaburu había sido secretario privado del teólogo Gustavo Gutiérrez cuando se gestaban los primeros borradores de la *teología de la liberación* (ver capítulo 1). Durante la Revolución Peruana trabajó en el ámbito de la reforma agraria y luego fue convocado por Velasco para tareas en Educación: primero, en la Comisión de Reforma de la Educación; después, en la dirección del programa de Alfabetización Integral (ALFIN) lanzado en 1972 (Campella Samper, 1985).

Con el trabajo de unos 130 profesionales, ALFIN logró la alfabetización de unos 250.000 campesinos y trabajadores pobres en dos años y medio. En el equipo de trabajo no sólo había peruanos: fue un ámbito donde confluyeron personas de otros países, en muchos casos refugiados. Frank Gerace, por ejemplo, abrevó allí tras su paso por Bolivia (del que hablaremos más adelante), exiliado al instaurarse la dictadura de Banzer.

Augusto Boal, referente del teatro social perseguido por la dictadura brasileña, también participó de ALFIN. En su libro sobre arte popular en América Latina, Néstor García Canclini (1977) destaca la experimentación impulsada por Boal, que da pistas del sentido *integral* de la alfabetización.

“Esta Operación se realizó sobre la base de dos supuestos: en primer lugar, teniendo en cuenta el enorme número de lenguas y dialectos hablados en Perú, se alfabetizaba en la lengua materna y en castellano, sin forzar el abandono de la primera en beneficio de la segunda; además, se buscaba alfabetizar en todos los lenguajes posibles, especialmente los artísticos, como teatro, fotografía, títeres, cine y periodismo. Si los hombres se expresan y se comunican en muchos lenguajes, ¿por qué darles sólo la oportunidad de desarrollar la forma escrita? Si en las clases populares el lenguaje corporal es tan importante para la comunicación, ¿por qué no emplear los recursos teatrales para expandir el campo expresivo?” (García Canclini, 1977: 225)

Es una influencia relevante, si se tienen en cuenta sus concepciones sobre la participación popular, que plasmó en su libro *Teatro del oprimido* (Boal, 1974b). En junio de ese año, antes de la

salida de este libro, Boal había publicado en la revista *Crisis* un artículo titulado también “Teatro del oprimido”, que en líneas generales coincide el capítulo 1 de aquel²¹. Allí narraba “una experiencia de teatro popular en el Perú” vinculada a la *Operación Alfabetización Integral* iniciada en 1973 y cuyo método “fue, naturalmente, inspirado por Paulo Freire” (Boal, 1974a: 32)

“El plan ALFIN está todavía en sus comienzos y es demasiado pronto para evaluar sus resultados. Me propongo en este trabajo hacer un relato de mi participación en el sector de teatro: intentamos, en equipo, demostrar con hechos que el teatro puede estar al servicio de los oprimidos para que estos se expresen y para que, al utilizar un nuevo lenguaje descubran también nuevos contenidos” (Boal, 1974a: 26)

Frank Gerace recuerda que el grupo organizado por Lizarzaburu estaba formado “mayormente de exiliados, entre ellos muchos uruguayos”, también argentinos, bolivianos y brasileños. Su trabajo -como el de Hernando Lázaro, con quien escribiría *La comunicación horizontal*- era “en la parte de los medios, trabajando con las cámaras artesanales... hicimos la experiencia de dar cámaras a los pobladores para que documenten su realidad, y cosas por el estilo”²².

Al igual que ALFIN, la Reforma -que ya había sido delineada en un informe de 1970- preveía la incorporación de los medios de comunicación como agentes educacionales, indispensables en el marco de un gran programa llamado “de Extensión Educativa”. En esta línea se inscriben varios de los trabajos del Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo conocido como DESCO, una organización limeña que también desarrolló un sello editorial con aportes significativos a nuestro campo. Algunos de esos estudios trascenderían las fronteras chilenas, en el marco de las redes de intercambio que hemos empezado a visualizar. Ana Boggio, Gustavo Riofrío y Rafael Roncagliolo, integrantes del Área de Estudios Educativos de DESCO, publicaron en el primer número de *Comunicación y Cultura* (1973) un artículo titulado “La ideología en los textos escolares peruanos”. Allí señalaban, a propósito de los estudios educativos:

“...el aparato educativo ya no es limitado a lo que sucede al interior de la escuela, sino que abarca la educación informal, lo que nos lleva a incluir en su especificidad a los medios de comunicación masiva, a los grupos de amigos y a todo aquello que de educativo tiene el medio ambiente...” (Boggio, Riofrío y Roncagliolo, 1973: 102)



teatro periodístico, promovido desde los Centros Populares de Cultura. “El nombre de ‘periodístico’ -explica García Canclini- se debe a que la mayoría de sus procedimientos buscan desmontar las técnicas con que el periodismo encubre la verdad y manipula la opinión pública. Para ‘enseñar a leer correctamente’, dramatiza la información, usando, entre otros procedimientos, la improvisación posterior a la noticia, que expresa las vivencias suscitadas; la acción paralela, que vincula hechos de la realidad aparentemente desligados (...); la lectura del texto fuera de contexto (...) Boal dice que el periodismo es una obra de ficción que logra producir una realidad imaginaria mediante técnicas de diagramación de noticias” (García Canclini, 1977: 223-224). Perseguido por la dictadura brasileña, su trabajo continuó en Buenos Aires en 1971, donde además de realizar espectáculos populares en salas, “inició una serie de experiencias que denomina *teatro invisible*: consisten en representar escenas improvisadas fuera del teatro y ante personas que no son espectadores. El lugar puede ser una cola en un negocio, un restaurante, un mercado, un tren, y las personas que presencia la ‘obra’ son las que se encuentran en ese momento en el lugar. Los participantes casuales no son propiamente espectadores porque desconocen que o que ocurre entre ellos es un espectáculo” (224). Luego se instaló en Perú, donde se sumó al programa de alfabetización integral, lo que le permitió “una organización sistemática y una reformulación radical de las bases del trabajo dramático” (225).

21. En noviembre Boal publicó otro artículo en *Crisis*, donde relataba un encuentro de más de 700 trabajadores del teatro latinoamericano realizado en México (“Hay muchas formas de teatro popular. ¡Yo prefiero todas!”, en *Crisis* N° 19, pp. 51-57). No era la primera vez que escribía para una revista argentina. En 1971, en *Los Libros* N° 15-16 trazó un panorama sobre la situación del teatro brasileño. Por otra parte, en 1975, el número 31 de *Crisis* anunciaba la salida del libro *200 ejercicios y juegos para el actor y para el no actor con ganas de decir algo a través del teatro*, por el sello editorial de *Crisis*.

22. Entrevista a Frank Gerace, 2017.

81



Entre otras perspectivas, el libro planteaba la necesidad de repensar el modelo de televisión. Aunque en manos del Estado, el medio seguía un modelo comercial, basado en el financiamiento publicitario: “Es necesario no dejarnos estafar. No dejarnos estafar ni por los fabricantes de necesidades, ni por lo que nos dicen que la industria publicitaria determina la existencia del medio; creemos que la televisión tiene un poder educativo vitalmente útil para nuestra época, pero también insistimos en la necesidad de replantear su sentido de acuerdo a determinantes cada vez más ajenos a la publicidad que hoy la sustenta” (Ballón, Bartet, Peirano, Riofrío y Roncagliolo, 1974: 18)



En más de 70 páginas de una revista en formato grande, el belga radicado en Chile proponía este estudio como “el tercer eslabón de una serie de investigaciones sobre las nuevas estrategias y tácticas del imperialismo cultural” (Mattelart, 1973b: 146). La primera investigación de la serie analizó el desarrollo de las tecnologías modernas de comunicación, la estructura de poder en la que se apoyaban y la falacia de la “revolución de las comunicaciones” (*Agresión desde el espacio*, Editorial Siglo XXI, Buenos Aires-México, 1973). La segunda estudió las relaciones entre la cultura de masa y la guerra electrónica, vinculando la evolución de las formas del imperialismo cultural con los cambios sufridos por las grandes corporaciones multinacionales del ámbito electrónico y aeroespacial (“La industria cultural no es una industria ligera. Hacia la fase superior del monopolismo cultural”, cuya primera versión fue publicada en la revista *Casa de las Américas* el mismo año).

DESCO también publicó, en 1974, un libro sobre la publicidad, también elaborado desde su área de Educación. Allí volví a destacar, como motivación del análisis, el papel educativo de los medios de comunicación: “La atención que en estos momentos, dentro y fuera de la actual Reforma de la Educación, merece el estudio de los medios de comunicación, indiscutiblemente trasciende del interés de los especialistas en el tema, a tal punto que fácilmente podríamos calificar el tópico como uno de los más tratados actualmente en los periódicos” (Ballón, Bartet, Peirano, Riofrío y Roncagliolo, 1974: 11).

Como veremos en esta primera parte, muchas decisiones políticas y reflexiones intelectuales de la época se enmarcan en denuncias de penetración ideológica²³, que van más allá y más acá de *Para leer al Pato Donald*, el best seller sobre la temática producido por Armand Mattelart y Ariel Dorfman en el contexto de la Unidad Popular chilena. En Lima, en 1973 se publicó en la revista *Textual* un análisis ideológico de *Los Picapiedra* (Tapia Delgado, 1973). Los propios Mattelart y Dorfman escribieron en esos mismos años trabajos que apuntaron a otros objetos culturales: las selecciones de *Reader Digest*, las tiras del *Llanero solitario*, etcétera (ver capítulo 3). Aquí me interesa mencionar el extenso trabajo sobre la serie educativa infantil *Sesame Street* que Armand Mattelart publicó en el número 1 de *Comunicación y Cultura*. Allí, antes de desmenuzar estrategias discursivas, el autor historizaba y daba cuenta de la economía política de Xerox -la empresa que patrocinó la serie en el exterior, fuertemente ligada al Departamento de Defensa norteamericano- y de la Fundación Ford -que también financió actividades de *Sesame Street*-²⁴, entre las 25.000 fundaciones que existían hacia 1968 en Estados Unidos, dedicadas “a distribuir becas de estudios y financiar proyectos en las más diversas disciplinas...” (Mattelart, 1973b: 157). Así dejaba establecida una “relación triangular”: gobierno norteamericano – corporación – teleeducación (Mattelart, 1973b: 151), que se expresó en las versiones internacionales de la serie televisiva, rebautizada *Plaza Sésamo* en castellano y *Vila Sésamo* en portugués. Mattelart destacaba que mientras en Estados Unidos, con financiamiento mayoritario de la Oficina de Educación, se proyectaba como un producto educativo, “cuando la serial se inserta en la realidad de los países latinoamericanos, el producto cambia de estatuto. Primero, la financia en forma mayoritaria una corporación industrial, la adaptan, bajo asesoramiento de científicos latinoamericanos

23. En las primeras páginas de *Comunicación horizontal*, Gerace transcribe un documento (cuya cita no precisa) producido en el Perú de 1972, que señala la influencia de los medios como “servidora, divulgadora y propagandista de la nueva sociedad de consumo. La ‘industria cultural’ está en manos de unos pocos que propagan el nuevo imperialismo de nuestros días, ‘el imperialismo cultural’...” (Gerace, 1973: 12).

24. La creación de la cuarta cadena de televisión en Estados Unidos (CPB / PBS), de perfil educativo, tuvo a la fundación Ford como principal donante privada de fondos. La gestión de este canal “público” fue encargada a un consejo de quince miembros, asociados a los directorios de las grandes corporaciones industriales (Mattelart, 1973b: 164).

y norteamericanos, y la distribuyen organizaciones televisivas comerciales” (Mattelart, 1973b: 172).

¿Por qué traer a colación esta investigación? Porque en ese entonces, cuando la serie ya se exhibía en más de 70 países, en Perú se había vedado la entrada del producto, por una decisión del ministerio de Educación, al que la Ley de Telecomunicaciones delegaba las principales decisiones referidas a contenidos. También hubo resistencias en otros países²⁵, aunque no llegaron a esa decisión. Para Mattelart -que escribe desde el Chile de la Unidad Popular-

“la actitud más coherente es la que adoptó el gobierno revolucionario peruano. Su negativa a permitir la entrada de la serie en el país es la única que ubica el problema en el nivel correcto: el del ámbito de la ideología educacional. Su decisión, pues, se basa en la incompatibilidad existente entre la concepción pedagógica subyacente en ‘Sesame Street’ y los objetivos del nuevo sistema de educación llevado adelante por la reforma del gobierno revolucionario”.

Y cita algunos argumentos de un documento producido por el Ministerio de Educación, “puesto a nuestra disposición gracias a la gentileza de los Profesores del Ministerio de Educación del Perú, Augusto Salazar Bondy y Samuel Pérez Barreto” (Mattelart, 1973b: 177)²⁶. Como vemos, las redes de intercambio entre intelectuales vinculados a los distintos procesos existían y se tejían constantemente.

Estas advertencias sobre el imperialismo cultural no derivaban en un rechazo a la teleeducación, sino en la búsqueda de una política nacional autónoma. La reforma educativa peruana, que establecía por ley que el Estado garantizara el uso de los medios para un desarrollo nacional, ponía énfasis en la teleeducación (Moeller, 1981: 21). Así, ministerio conducido por Salazar Bondy funcionó el Instituto Nacional de Teleeducación (INTE) para producir contenidos orientados a la educación no formal. Ese fue el otro ámbito donde se desempeñó Frank Gerace en su paso por Perú.

En 1972, el INTE invitó a 50 pobladores, representantes de distintos “pueblos jóvenes” de Lima, a participar de la realización de un programa del canal estatal peruano, en una experiencia inédita como “co-productores” en la televisión. “Los pobladores tenían derecho a hacer oír su voz en la televisión estatal” (Gerace, citado en Kaplún, 1990: 163)²⁷.

25. La BBC rechazó el programa y los distribuidores debieron recurrir a canales locales que cubrían alrededor de la mitad de Gran Bretaña. En Etiopía, por su parte, el gobierno protestó contra “este programa neocolonialista que imponía -so pretexto alfabetizador- a los niños etíopes el inglés como única vía de acceso al primer aprendizaje” (citado en Mattelart, 1973b).

26. El mismo año, el escritor y maestro peruano Samuel Pérez Barrero publicó “El caso ‘Plaza Sésamo’ en el Perú” en *Textual*, la revista del Instituto Nacional de Cultura de Perú (Nº 9, p. 22–31), que era el equivalente a un Ministerio de Cultura.

27. Gerace narró esa experiencia en un Seminario Latinoamericano de Comunicación Participa-

Ese mismo año, Nazario Tirado Cuenca relató experiencias desarrolladas por el INTE en la Sierra Sur del Perú, en el marco de un seminario con referentes de otros países latinoamericanos al que nos referiremos en el capítulo 5. Aún impregnado por algunas teorías clásicas sobre la comunicación en el medio rural, asumía que la meta era la “concientización” y la formación integral, y que el sujeto de la intervención no era un campesino pasivo, sino protagonista de conflictos:

“Ya que resulta casi imposible servir al mismo tiempo al patrón y al colono, un teleeducador consciente, deberá decidirse por la alternativa de ponerse al servicio de quienes son víctimas de la explotación, de aquellos grupos que necesitan asumir una posición de lucha en defensa de su dignidad y sus derechos. De esta manera, la teleeducación sólo cumplirá sus altos objetivos educativos en la medida en que se constituya en un factor de liberación del campesino. De otro modo, no sería más que otro mecanismo que coadyuve los intereses de los explotadores” (Tirado Cuenca, en Schelkel y Ordoñez, 1975: 307)

El sistema de teleeducación utilizaba radio, televisión y cine, combinados con comunicación personal a nivel “de base”. El trabajo en catorce telecentros con los líderes campesinos (teleauxiliares²⁸) era reconocido, tanto como la dificultad de identificarlos. Muchas veces, estas experiencias confundieron líderes con agentes de dominación (campesinos ricos), mientras los verdaderos líderes -advertía Tirado Cuenca- estaban “perdidos en el anonimato y ocupados en realizar una silenciosa pero significativa lucha por la reivindicación de su clase” (307-308).

Para definir los contenidos se realizaba una investigación previa de necesidades y se trabajaba en asambleas comunales y círculos de cultura. Se asumía que los cursos no podían ser de “ciencias naturales y matemáticas puras” porque debían contribuir a las “luchas por la liberación del campesino” (309). Los libretos incluían noticias y también entrevistas registradas en quechua (313). Un recurso tecnológico importante fue la grabadora de casete, a partir de la cual se podían conocer discusiones de otras comunidades, como forma de problematización y motivación. En cierta manera, esta experiencia anticipa el modelo que luego desarrollaría Kaplún, conocido como casete-foro, al que nos referiremos en el capítulo 7.

toría organizado por CIESPAL en 1978 (ver capítulo 6), donde presentó una ponencia con “Cinco experiencias de comunicación participatoria”.

28. Los programas contemplaban dos tipos de recepción: una libre, de la población general de la zona; y otra controlada, la que sucedía en los telecentros, donde los teleauxiliares propiciaban un diálogo posterior con el que “se completa el círculo de la comunicación”. “En caso de que las preguntas y sugerencias no puedan ser respondidas por radio, tenemos un sistema de correspondencia por carta que nos ha dado óptimos resultados” (Tirado Cuenca, en Schelkel y Ordoñez, 1975: 314)

2.1.3. La prensa para los “sectores sociales organizados”

84

“La actual estructura de propiedad de los medios de expresión es tan arcaica, injusta, incoherente y retardataria del desarrollo económico como lo fuera en su tiempo la estructura de propiedad del agro y de los otros sectores de la sociedad peruana” (Editorial de *Expreso*, Lima, 18 de julio de 1974)

Como dijimos al principio, 1974 marca una tercera etapa dentro de la Revolución Peruana en materia de comunicación. En relación a los ámbitos que ya mencionamos, en marzo de ese año se creó el Sistema Nacional de Información (SINADI), que concentró las facultades de dirigir, supervisar y orientar, todo lo relacionado con la prensa, la radio, la televisión y el cine (Peirano *et al.*, 1978: XIII; Gargurevich y Fox, 1989: 83). Además se creó TELECENTRO, un organismo semi-estatal encargado de producir en exclusiva los programas para la televisión. “El circuito quedaba así, en teoría, completo; pero faltaban los diarios de circulación nacional”, afirma Gargurevich (en Simpson Grinberg, 1981: 195). Así arribamos al intento de una integral Reforma de la Prensa, iniciada en julio de 1974, que iba mucho más allá de las expropiaciones que habían sucedido previamente.

La inspiración de esa política estaba establecida en el *Plan del gobierno revolucionario de la fuerza armada* (Plan Inca), publicado casi simultáneamente, aunque se supone que existía desde 1968. Allí se planteaba que en el país no existía la “libertad de prensa” sino la “libertad de empresa”, idea que la plana mayor del gobierno venía enunciando hace tiempo.

En la sección Documentos del número 3 de *Comunicación y Cultura* (1974) se difundieron íntegros tanto el Plan Inca como los decretos que establecieron la Reforma de la Prensa.

El Plan Inca incluía un capítulo de “Comunicaciones” (14) y otro de “Libertad de Prensa” (24), y también otros que se articulaban a este proceso, como los que refieren a la “Reforma de la empresa”²⁹ y a la “Participación de la población”. Cada capítulo partía de un diagnóstico de situación, postulaba objetivos y proponía una serie de acciones.

En el primero de los capítulos mencionados, el Plan caracterizó un estado de “servicios públicos de telecomunicaciones sin interconexión y casi en su totalidad en manos de empresas extranjeras” y una “radiodifusión concentrada en las grandes ciudades y controlada por pocas empresas privadas que manipulan la opinión pública de acuerdo a sus intereses”. La meta planteada fue “desarrollar bajo el control del Estado un Sistema de Comunicaciones que asegure el desarrollo socio-económico



En 1973, en la instalación de la Comunidad Industrial de un diario, el Ministro de Energía y Minas Jorge Fernández Maldonado expresó: “La prensa no es un negocio ni una tribuna para la opinión individual, de familia o de grupos al servicio de minorías privilegiadas. Por lo menos no puede ser así en un régimen revolucionario. La prensa es un derecho del pueblo a ser verazmente informado, y ante todo un servicio fundamental para la colectividad, a la que se debe” (citado en Peirano Falconi en VV.AA., 1982b: 103).

29. “Creación de la Comunidad Laboral a través de la cual el trabajador participará de la gestión, utilidad y propiedad de la empresa. En las estatales no habrá participación en la propiedad” (p. 215 en *Comunicación y Cultura*)

del país, contribuya a la integración y garantice de la defensa nacional”. Para ello, entre otras medidas, se establecía:

“(4) Poner la Radiodifusión al servicio de la educación, cultura, recreación y de la información veraz de la realidad nacional y extranjera, para todo el ámbito territorial.

(5) Explotar los servicios de Radiodifusión por el Estado, solo y asociado con capital privado nacional, y su progresiva transferencia a organizaciones representativas de la sociedad...”

La misma expresión aparecía en el otro capítulo vinculado: “Los órganos de prensa estarán exclusivamente en poder de organizaciones representativas de la nueva sociedad...”. Esta definición, precisamente, se vincula el proceso que se abrió con el decreto 20.680 (Estatuto de Prensa) y las medidas subsiguientes, todas sancionadas el 26 de julio de 1974. El 27 de julio, *La Crónica* anunció la nueva medida con un enorme titular a ocho columnas: “¡SIN PATRONES NI MORDAZA!”.

Del nuevo Estatuto, presentado en *Comunicación y Cultura* como el “Decreto de expropiación de la prensa peruana”, interesa no sólo la parte resolutive sino sus fundamentos. Allí se hablaba, por ejemplo, de “la sustitución de la sociedad tradicional, fundada en la marginación de las mayorías nacionales, por un nuevo modelo basado en el ejercicio real del poder social por la población organizada” que constituye la “razón de ser” de la Revolución Peruana. Advertía la necesidad de que los medios de prensa “no se conviertan en piezas integrantes de un monopolio estatal, sumido al Poder Público y monocorde en sus juicios y apreciaciones sobre la acción de éste”; sino que, por el contrario, “ejercen la fiscalización permanente y responsable del Poder Público”. Este principio encontraba su correlato explícito en el Artículo 4 del decreto: “La prensa escrita no será estatizada. No obstante, el Estado podrá tener uno o algunos órganos de prensa destinados a exponer, difundir y defender” sus políticas.

El periodista argentino Horacio Verbitsky, por entonces militante de Montoneros, estuvo en Perú en este período, convocado a raíz del proceso de reforma de la prensa. Llegó allí después de ser amenazado por la organización parapolicial conocida como Triple A, pero su presencia da cuenta también de las redes de intercambio entre las experiencias del período 1968-1975 que venimos relatando: así como en *Comunicación y Cultura*, también en las páginas del diario Noticias de Montoneros se podían seguir las novedosas medidas sobre la prensa tomadas por la Revolución Peruana. Cuando el diario tuvo que cerrar, otros dos redactores de *Noticias* se fueron rumbo a Perú: Pablo Piacentini y Gregorio Selser, que ya era colaborador del cooperativizado diario *Expreso*.

Aunque las obras que publicó en los ochenta suelen men-



cionarse como sus primeros libros, en rigor el primer libro de Verbitsky fue *Prensa y poder en Perú*, editado en 1975 en México³⁰, por un pequeño sello llamado *Extemporáneos*. Allí escribía:

“La expropiación de los grandes diarios peruanos y el declarado propósito de entregarlos a los campesinos, los trabajadores industriales, los intelectuales, los artistas, los profesionales, las comunidades educativas, sorprendió a muchos hombres de izquierda en América Latina, que hasta entonces no habían advertido la profundidad del proceso revolucionario que dirigen desde hace seis años los generales de Lima o que sospechaban que su objetivo era modernizar el Perú, renegociando los términos de su dependencia del imperialismo, para evitar nuevos estallidos como la insurgencia campesina o las guerrillas de la década del 60. Una contrarrevolución preventiva. La reforma de la prensa mostró que no era así” (Verbitsky, 1975: 7)

El Estatuto de la Prensa mantenía y actualizaba principios ya anticipados en el decreto de 1969, como la transparencia en la propiedad de los medios y el rechazo de toda información u opinión que alentase cualquier forma de discriminación. En cuanto a la participación, amplió el derecho de rectificación o aclaración (artículo 16) y agregó que todo órgano de prensa debía tener una sección de cartas de lectores (artículo 20). Más allá de esos puntos -algunos que podemos considerar de avanzada todavía hoy-, el asunto central que hizo que el decreto se leyera incluso fuera de las fronteras de Perú era la medida respecto de los *diarios de distribución nacional*, expresión que surgía de una tipología de los medios de prensa que construía el propio Estatuto³¹. Para estos diarios se establecía una meta -orientarse “en el sentido de la educación integral del pueblo” (artículo 21)- y una forma organizativa y de propiedad: “constituirán medios de expresión pertenecientes a las entidades representativas de los sectores organizados de la población de la nueva sociedad” (artículo 7) y “se organizarán y funcionarán como órganos de servicio social auto-financiado” (artículo 22).

Seis diarios estaban abarcados por esa definición: *El Comercio*, *La Prensa*, *Correo*, *Ojo*, *Última hora* y *Expreso*. El decreto-ley que siguió a la regulación general fue precisamente el que declaró “de necesidad nacional y de interés social la edición e impresión y difusión de los diarios de distribución nacional” y por lo tanto expropió las acciones de las empresas vinculadas a la edición, impresión y distribución de esos diarios, “así como sus suplementos, vespertinos y todas sus publicaciones adicionales”. La toma de posesión de los diarios se hizo la misma noche del 26 al 27 de julio.

Se permitía ya no sólo la rectificación de informaciones, sino también de opiniones. En agosto de 1974, tres directores de los “nuevos” diarios de Perú viajaron a Argentina a explicar los alcances de la reforma de prensa. En esa ocasión, el director de *Última Hora*, Ismael Frías ejemplificó que esta ampliación produjo “recientemente, el desarrollo de una polémica entre la máxima autoridad civil del SINAMOS, Carlos Delgado, y el Partido Comunista, quizá la más importante controversia ideo-política que se haya dado en Perú en los últimos años” (en “Los peruanos explican la estatización de la prensa”, diario *Noticias*, sábado 24 de agosto de 1974, pág. 4).

30. El prólogo está firmado en Lima con fecha diciembre de 1974. Según cuenta en *Vida de perro*, estuvo en Lima entre septiembre de 1974 y diciembre de 1975 (Verbitsky y Sztulwark, 2018: 59).

31. El término abarcaba a los diarios con una tirada mayor a 20.000 ejemplares o cuya circulación abarcara a más de la mitad de las capitales de departamento (artículo 6)



En octubre de 1974, en un congreso con 515 delegados que representaban a 3,5 millones de campesinos, se constituyó la Confederación Nacional

Agraria, “la primera organización popular surgida luego de la Revolución de 1968, a la cual se entregará el diario *El Comercio*” (Verbitsky, 1975: 44). Se avanzaba así en un “postulado básico de la Revolución Peruana: la transferencia de poder económico, y también de poder político, a la población organizada, suprimiendo la intermediación de los partidos o del Estado. La Reforma Agraria es la forma elegida para la transferencia del poder económico. La CNA será la herramienta para transferirles poder político” (Verbitsky, 1975: 53). “Los campesinos confían ciegamente en Velasco. Han entablado con él una relación básicamente política pero que también recoge algunos elementos míticos de la cultura milenarista del hombre andino”, explicaba Verbitsky (50). “El campesinado peruano es el sector más claramente comprometido con la propuesta socialista, humanista, libertaria, participatoria y cristiana del gobierno revolucionario, y su grado de conciencia y organización hace imposible aplicarle la metáfora que Marx usó el siglo pasado, en Europa, para aludir a los campesinos de Francia, a quienes comparó con una agregación de bolsas de papas, numerosos, aislados, inoperantes” (Verbitsky, 1975: 63)

El trabajo de Verbitsky fue escrito en los primeros meses de ese proceso, cuya culminación no llegó a registrar. En primer lugar, *Prensa y Poder en Perú* hace una caracterización de la vieja prensa, desde la economía y la política, que permite entender los intereses afectados por la reforma³²; para luego dar cuenta del proceso de expropiación y analizar a las publicaciones resultantes, a pocos meses de la medida.

Su “excursión al pasado de la prensa” se concentró en el diario *El Comercio*, por considerarlo un símbolo de la historia oligárquica limeña desde su fundación en 1839 y a su vez haber sido el adjudicado al sector más dinámico, organizado y afín de la Revolución Peruana: el campesinado. Además, la historia reciente del diario permitía pensar el proceso expropiatorio como una demanda “de las bases”, frente a la caracterización más frecuente -y en gran medida acertada- del proceso peruano como una “revolución desde arriba”. *El Comercio* había atravesado en 1973 una huelga de más de un mes, en la que los trabajadores llegaron a tomar el control de la producción. “Nuestro propósito era demostrar que los trabajadores éramos capaces de sacar el diario y respaldar así nuestro pedido de expropiación al gobierno”, dice un testimonio (no adjudicado) citado por Verbitsky (1975: 74).

Sin duda, la Reforma de la Prensa fue la medida de Velasco que causó mayor conmoción y movilización de los grupos opositores (Moncloa, 1977: 160). Se trató de una reforma *sui generis*, que preveía el manejo de los medios de prensa por parte de “los sectores organizados de la población”. Esta idea de una propiedad social -que quedó trunca- había empezado a delinearse en procesos previos a la intervención en el ámbito periodístico. Tenía su génesis en la reforma agraria, una de las principales acciones de la Revolución Peruana, que alcanzó al 80% de la superficie agrícola³³. Por entonces, el modelo que orientaba las reformas era el cooperativismo clásico. Ya vimos antes que la figura de la cooperativa había sido la imaginada para la gestión de *Expreso* y *Extra*, los diarios expropiados en 1970. Pero como explica Moncloa (1977: 138), “después y con el desarrollo de las cooperativas agrarias, sujetas a la vieja legislación del cooperativismo capitalista, apareció la necesidad de crear un sector especial, con características propias y singulares”.

El 28 de julio de 1973 Velasco habló de un modelo de *pluralismo económico*, basado en la existencia de distintos sectores:

“El más importante y prioritario será de carácter social, donde la propiedad esté en las manos de todos los traba-

32. Los datos de su estudio provenían, en buena medida, del trabajo previo de Gargurevich Regal (1972), que estudió esos diarios nacionales hacia 1971.

33. Como caracteriza Moncloa, se trató reforma “profunda y radical (...) en cuanto a la transformación casi total de la tenencia de la tierra, la decisión de reorganizarla en grandes empresas asociativas de trabajadores, evitando la propiedad individual y privada y el asalariado, y prohibiendo la conducción indirecta y por cualquier tipo de empresas capitalistas”. En otro plano, el periodista advertía que el cambio en la propiedad no corrigió otras cuestiones estructurales (Moncloa, 1977: 68)

jadores de las empresas del sector. El segundo será estatal. El tercero será un sector de propiedad privada reformada con la comunidad laboral, que habrá de ser en el futuro un sector de cogestión... Y un cuarto sector de muy diversa naturaleza integrada por todas las actividades económicas de pequeña escala... que será de plena acción privada...” (citado en Moncloa, 1977: 138).

Pero recién en mayo de 1974 se definió un nuevo modelo de propiedad empresarial, denominado *propiedad social* y llamado a ser la base del modelo económico peruano.

Cuando todavía era una declaración de principios y una ley sin ningún efecto inmediato, ese modelo impregnó el imaginario de la Reforma de la Prensa. Así se pautó que los diarios deberían pasar a las organizaciones representativas de los campesinos, las comunidades laborales, los profesionales, los trabajadores del sector servicios, la *comunidad educativa* (que incluía educadores y también padres de familia) y los intelectuales.



El 2 de mayo de 1974 se promulgó la Ley de Empresas de Propiedad Social, aunque los avances fueron lentos más allá de lo legal. La primera empresa de ese tipo se formó recién un año después, y en agosto de 1975 seguía siendo la única.

Diario	Antiguo dueño – Intereses económicos	Asignación
El Comercio	Grupo de empresas comerciales	Sector campesino (CNA)
La Prensa	Grupo agroindustrial / Inversiones extranjeras.	Comunidades laborales
Última Hora		Trabajadores de servicios
Correo	Grupo exportador pesquero	Profesionales
Ojo		Intelectuales y artistas
Expreso + Extra	Grupo financiero multinacional / Intereses petroleros extranjeros ³⁴	Sector educativo
La Crónica ³⁵ + La Tercera	Grupo financiero tradicional – Gran propiedad urbana	Estado

Elaboración propia a partir de Peirano *et al* (1978) y Roncagliolo y Macassi (1989)

Para el proceso de transición, el Gobierno convocó a referentes intelectuales y políticos, en general con prestigio fuera del país, como el abogado y diplomático Alberto Ruiz Eldredge (en *El Expreso*), el joven escritor Guillermo Thordnike (*La Crónica*), el educador y filósofo Walter Peñaloza (*La Prensa*) y el líder de la Democracia Cristiana Cornejo Chávez (*El Comercio*).

La medida preveía una transición en un año: el pasaje a los “sectores” debía concretarse para julio de 1975³⁶. Lo cierto es que los beneficiarios de esa transferencia no existían en térmi-

34. En rigor, al momento de la Reforma estos diarios estaban en manos del Estado y el frente sindical ya mencionado. El Estado expropiaba al propio Estado. Gargurevich (2007) advierte lo “sorprendente” de este caso: “los diarios Expreso y Extra, en vías de cooperativización, fueron destinados a una inexistente ‘Comunidad Educativa’ (colegios, padres de familia, alumnos) que debía organizarse, frustrando las expectativas de los trabajadores que formaban parte de la cooperativa Prensa y Pueblo que nunca asumió la propiedad prometida”.

35. Este séptimo diario no estaba incluido en las expropiaciones del decreto 20.681, sino que como ya vimos quedó en manos del Estado tras la nacionalización del Banco Popular.

36. Entre julio de 1974 y julio de 1975, los diarios tuvieron un comité directivo (director y gerente) formado por intelectuales designados por el gobierno. En julio del 1975 -hasta marzo de 1976- se inició en traspaso a las asociaciones civiles, pero director y gerente todavía seguían nombrados por el Poder Ejecutivo.

La posibilidad de expropiar también los diarios departamentales y regionales había sido descartada por la comisión que estudió la nueva ley de prensa en la primera mitad de 1974. Según relata Verbitsky, la discusión se dio incluso en el Consejo de Ministros, donde un sector importante quería la expropiación de todas las publicaciones. “Los defensores de la tesis que finalmente se impuso utilizaron dos tipos distintos de argumentación. Por un lado, sostuvieron que la existencia de una prensa regional y periódica privada convenía al modelo pluralista peruano y no afectaba la seguridad nacional. Además, alegaron que no era fácil conseguir treinta directores, treinta jefes editoriales y treinta administradores que permitieran incluir también a esos medios en la reforma” (Verbitsky, 1975: 60, 142).



Esta es una de las críticas que pueden leerse en *Prensa: apertura y límites*, un libro de Luis Peirano, Eduardo Ballón, Leyla Bartet y Gilberto Valez publicado por DESCO en 1978. Con un análisis de las noticias publicadas por los diarios en torno a tres temas fundamentales, este estudio intentó evaluar la experiencia del primer año de reforma de la prensa. En la introducción, los autores consideraron que fue un error la no intervención inmediata sobre los medios: los pasos decisivos se dieron seis años después de iniciado el proceso revolucionario (Peirano *et al*, 1978: XIII).

nos organizativos y hubo que organizarlos con ese fin (Peirano *et al*, 1978: XIV; Gargurevich, 1981: 195). En palabras de Moncloa (1977: 165): “No se pudo repartir periódicos para los sectores, sino que se tuvo que inventar sectores para repartirlos entre los periódicos” (Moncloa, 1977: 165). Y este proceso sería interrumpido por el cambio de gobierno.

En ese aspecto, Peirano Falconi toma nota de “cómo la experiencia de reforma de la prensa peruana permitió un mejor dimensionamiento de la importancia de la participación popular para conseguir cualquier cambio real de los medios de comunicación institucionalizados” (en VV.AA., 1982b: 114).

Con la excepción hecha de la nueva confederación campesina -que, de hecho, reclamaba que las expropiaciones no se limitaran a los diarios nacionales-, las representaciones de los sectores definidos no existían, o bien eran abiertamente opositoras al gobierno de la Revolución Peruana, como Sindicato Único de Trabajadores de la Educación del Perú (SUTEP) o los viejos colegios profesionales de corte liberal. En suma,

“Los sectores no pudieron articular las Asociaciones Civiles creadas por la ley para dirigir los diarios. Los intereses del control del Estado y lo difuso de los sectores se dieron la mano. *El ítem de las Asociaciones Civiles queda, sin embargo, como uno de los más interesantes a analizar* para el buen aprovechamiento de la experiencia” (Peirano Falconi, en VV.AA., 1982b: 109. El destacado es mío).

En otras palabras, la interrupción o el fracaso en su ejecución no debería descartar la originalidad de las ideas de la reforma. Tres décadas más tarde -con los servicios audiovisuales y ya no la prensa en el centro de las políticas- se forjaría en América Latina un nuevo paradigma legal (Badenes y González, 2015) que visualizó un sector social-comunitario al que varios países reservan un tercio del espectro radioeléctrico. Una de las primeras formulaciones de esa tríada -que define un sector social que opera con lógicas distintas al privado-comercial y al estatal- apareció enunciada en 1996 por Rafael Roncagliolo, uno de los partícipes de la reforma peruana, por entonces ya como presidente de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC).

En la práctica, el proyecto “se deformó y frustró por las contradicciones y económicas que se agudizaron, aún más, con la propia reforma” (Moncloa, 1977: 141). La osadía de la socialización de la prensa exacerbó los movimientos contrarrevolucionarios y éste no es un dato menor a la hora de interpretar su final. La reforma llegó muy tarde, cuando el proceso ya estaba desgastado.

Varios textos producidos en esos años, a su vez, dieron cuenta de los problemas que atravesó la Reforma de la Prensa. El testimonio más palpable es el libro *No, mi general*, de Guillermo Thorndike, que como vimos fue convocado en 1974 para dirigir *La Crónica*. Concluido ese proceso, Thorndike publicó bajo el

sello editor Mosca Azul ese extenso relato novelado que expone crudamente las contradicciones al interior de la Revolución Peruana, al tiempo que relata la gesta de la expropiación y la gestión cotidiana de los diarios. Atraviesan el libro las tensas negociaciones con el SINADI y otros actores gubernamentales, por entender a *La Crónica* “como vocero de la Revolución, no de la burocracia” (Thorndike, 1976: 118), “y por lo tanto como un órgano más o menos subversivo dentro del aparato estatal que debe ser cambiado” (362-363).

El relato también revela la desarticulación entre distintas áreas estatales: con una economía endeble, *La Crónica* registraba una deuda importante en concepto de publicidad estatal y tenía que comprar el papel -a otra empresa pública- al contado (Thorndike, 1976: 364). En los distintos análisis que se han realizado de este proceso -contemporáneos o posteriores- la cuestión económica es central. Según Verbitsky, “el gobierno y las organizaciones de la nueva sociedad” sólo aportaron el 12% del financiamiento de la prensa (1975: 104). En otras palabras: el Estado no garantizó un esquema económico diferente y los diarios siguieron dependiendo de la publicidad, lo que implicó la continuidad del funcionamiento capitalista: compitieron entre ellos, más preocupados por el éxito económico que por la función social asignada (Verbitsky, 1975: 104; Moncloa, 1977: 168; Peirano *et al*, 1978: 211; Roncagliolo y Macassi, 1989: 41; Gargurevich y Fox, 1989: 83-86; también Thorndike, 1976: 390). Como señala Gargurevich,

“se trata de un problema que tuvieron varios procesos nacionalistas que no llegaron al socialismo con lo que esto supone de transformación profunda. Si el contexto capitalista no cambiaba, era imposible que los diarios dejaran de convertirse en vendedores de noticias e incitadores a su vez de la venta de artículos de consumo. Si el Estado no se hacía cargo de su economía, los diarios debían seguir dependiendo de la publicidad para su supervivencia, con toda la presión que esto implica de los sectores industriales y comerciales sobre la línea editorial de cualquier periódico del mundo capitalista.

La conclusión parece sencilla: *la alternativa periodística no era sólo un cambio de propietario*. Sin el cambio de profesionales o de un entrenamiento adecuado que diera conciencia cabal del exacto papel político que juegan los diarios, no se podía pensar en un ‘nuevo periodismo’” (Gargurevich, en Simpson Grinberg, 1981: 211. El destacado es mío)

En un sentido similar, el estudio crítico de DESCO advertía que la reforma de la prensa no modificó la unidireccionalidad del esquema tradicional de comunicación (Peirano, 1978: XVI) y que la noticia había seguido tratada como una mercancía. Se objetó también que los diarios continuaron siendo básicamente limeños (en VV.AA., 1982b: 112).



El libro narra la avanzada de un sector “neofascista” de la Fuerza Armada -encabezado por el general Tantaleán-, conocido como “La Misión”, sobre el gobierno en general y sobre la política de comunicaciones en particular. Los intelectuales de *La Crónica*, *La Prensa* y *El Expreso* -entre los que están Rafael Roncagliolo y Alberto Ruiz Eldredge- aparecen en ese marco convocados a formar un grupo de civiles que resistió esa desviación de la revolución.



“Si *El Comercio* se hubiese comprometido realmente con la causa campesina (de haber sido posible tal experiencia) no hubiera interesado más a las agencias publicitarias y no hubiera podido subsistir” (Peirano *et al*, 1978: 212)

91



Sobre las secciones internacionales hay divergencias. Peirano, Ballon,

Bartet y Valdéz (1978) sostienen que fueron las que más claramente reflejaron la voluntad de cambio y que nunca antes (ni después, claro está) se informó tanto sobre los problemas del Tercer Mundo. Hamelink también sostiene que aparecieron otras “perspectivas” en la información, ya que además de los servicios de AP, UPI y Reuters, “se contrataron los servicios noticiosos de Tanjug, TASS, Prensa Latina e Inter Press Service” y “aumentó la cantidad y la calidad de las noticias del Tercer Mundo” (Hamelink, 1985: 61, 62). Y Ortega sostiene que por primera vez “los criterios de selección, los sesgos informativos y el metalenguaje empleado por las agencias transnacionales de noticias empezaron a ser filtrados o decodificados en beneficio del lector. Se comenzó a utilizar los servicios de agencias más o menos independientes de los circuitos tradicionales y en algunos casos se reprocesó la información lográndose en cierta medida la desbanalización de la noticia y los primeros atisbos de una visión histórica de los acontecimientos mundiales, imprimiendo en este trabajo una perspectiva tercer mundista y no-alineada” (en VV.AA., 1981: 588). Otros, en cambio, consideran que la información internacional fue escasamente modificada (Verbitsky, 1975: 105; Gargurevich, 1981: 210) y que siguieron replicándose cables de agencias internacionales que ya eran fuertemente cuestionadas, tanto en la investigación (Díaz Rangel, 1967) como en foros internacionales (por ejemplo, la Cumbre de los No Alineados en 1973; ver capítulo 6).

Esto no significa que el proceso -que, recordemos, fue interrumpido- no haya mostrado transformaciones valorables, por ejemplo, en la producción de algunos contenidos. En su temprano libro de 1975, por ejemplo, Verbitsky anotaba el desarrollo de “excelentes suplementos infantiles editados por *Crónica*, *La Prensa* y *Correo*, los tres basados sobre la participación directa de los chicos, que escriben y dibujan la mayor parte de sus textos e ilustraciones, en una experiencia que el autor cree única en el mundo, y de alto valor cultural”. También, de esos mismos diarios, valoró los “grandes reportajes sobre temas especiales que realizan habitualmente” (Verbitsky, 1975: 140). Hamelink, por su parte, mencionó la desaparición del “periodismo sensacionalista vinculado al crimen y al sexo” y también de las páginas sociales con “noticias de la alta sociedad”, que fueron reemplazadas por novedades sindicales y de otras organizaciones sociales (Hamelink, 1985: 61-62). *La Prensa* desarrolló el suplemento semanal “La Jornada” dedicado a la opinión, los intereses y las aspiraciones de los trabajadores (Ortega, en VV.AA., 1981: 589). El estudio de DESCO constata que “la publicación de comunicados de las distintas organizaciones laborales, la información sobre conflictos y sucesos que afectaban o llevaban como protagonista al movimiento popular, ganaron un espacio nunca antes logrado en la gran prensa” (Peirano *et al*, 1976: 103).

Tampoco hay que desdeñar la experiencia de la gestión de los diarios sin la presencia de un empresario capitalista, que mostraría sus frutos años más tarde, según Gargurevich (2007), cuando “aquellos periodistas que quedaron entonces sin posibilidades de expresión” fundaron sus propios medios, como *El Diario Marka* (1980), *La República* (1981), *El Observador* (1981) y *La Voz* (1985), además de varias revistas.

En marzo del 1976, meses después de la salida de Velasco del gobierno, se inició una vuelta atrás con la medida, primero con la designación de directivos en los diarios que estaban vinculados a los antiguos dueños y finalmente con la sanción de una nueva ley de prensa, en 1978. El presidente Morales Bermúdez llegó a declarar que la expropiación de los diarios había sido “el más grave error político de la revolución”.

Pocos años después, entrevistado por la revista *Chasqui* (Nº 3, 1982), Luis Ramiro Beltrán -constructor, como veremos, del concepto de *políticas nacionales de comunicación*-, destacaba la “vasta y profunda acción estatal normativa y organizativa” de Perú en la etapa que hemos relatado³⁷, “que abarcó a casi todos los aspectos mayores de la comunicación”:

“Desde la regulación de la publicidad y la reforma de las normas de programación de televisión hasta el manejo de

37. En contraposición, señalaba que “no hubo en el Perú progresista de la década pasada un núcleo articulado de reflexión para ello, como lo es el ININCO de Venezuela”, una idea que podríamos discutir o relativizar si pensamos en las producciones realizadas desde espacios como DESCO o el propio SINAMOS.

la editorial del Estado y de la propaganda gubernamental. El instrumento más valioso de la política de comunicación en el Perú fue la ley de radio y televisión inspirada por especialistas como el periodista Carlos Ortega y el ingeniero de telecomunicación Carlos Romero. Pero la acción más radical fue la muy controvertida socialización de la prensa, duramente combatida por los círculos conservadores de la política y las finanzas pero aplaudida por las bases populares. Esta medida, que constituía toda una política para un medio, *fue la iniciativa más innovadora y audaz tomada respecto de la propiedad de la prensa en la historia de América latina* porque tendía a que las colectividades populares gremiales manejaran los diarios. Se buscaba crear con originalidad un formato equidistante de la propiedad privada y de la gubernamental para obviar las inconveniencias de ambos...” (en Anzola, 1982: 9)

A esa enumeración, referida a la comunicación institucionalizada en un sistema de medios (Peirano Falconi en VV.AA., 1982b: 98), habría que agregar además la promoción de una comunicación de base, de formas de periodismo y documentalismo popular, que son la principal referencia para las reflexiones que articularon Frank Gerace y Hernando Lázaro en *La comunicación horizontal*. En tal sentido, así como desde 1976 la prensa retornaría a sus viejos propietarios, también se fueron “desmontando una serie de organismos” como el SINAMOS, “cuya desaparición fue el comienzo del retorno al antiguo sistema democrático-liberal tradicional” (Gargurevich, en Simpson Grinberg, 1981: 196).

2.2. El Pacto Andino: inicios del debate internacional sobre la comunicación

Un último aspecto a destacar del gobierno de Velasco, con impacto en las políticas de comunicación y cultura, tiene que ver con acción en el plano internacional, sobre la que ya señalamos su impronta tercermundista. Velasco fue uno de los impulsores del *Pacto Andino*, establecido mediante el Acuerdo de Cartagena que firmaron en mayo de 1969 los representantes de Perú, Chile, Bolivia, Ecuador y Colombia³⁸. Ni en Bolivia ni en Chile estaban aún los gobiernos a los que nos referiremos en esta parte de la tesis, aunque crecía en la región un clima de ideas nacionalistas, inspirado en la Teoría de la Dependencia. Varios gobiernos liberal-desarrollistas o democristianos habían iniciado reformas agrarias, en el caso de Chile con Frei y Colombia con Carlos Lleres Restrepo.

Sí gobernaba Ovando Candía en Bolivia cuando se acordaron

38. En 1973 se incorporó Venezuela; mientras que en 1976 se retiró Chile, ya durante la dictadura de Pinochet. Antes de eso, medidas de la Junta Militar chilena sobre el capital extranjero ya contravenían al Pacto; de igual modo que el rumbo conservador del Perú desde 1975 debilitó ese ámbito de integración regional (Berríos, 1981).

medidas que nos interesan en particular: la *Decisión 24*, que estableció reglas frente al capital extranjero, y el *Convenio Andrés Bello*, el brazo cultural-educativo del Pacto Andino.

Mediante la *Decisión 24*, los países del Pacto pusieron límites para la exportación de utilidades (14% de la inversión), establecieron normas sobre el uso de marcas registradas y la transferencia de tecnología intangible, y prohibieron la inversión de transnacionales en ciertos servicios considerados básicos. Como define Rubén Berríos, se trató del primer esfuerzo por armonizar “las leyes de inversión extranjera en los países de menor desarrollo y sin duda ha sido una interesante experiencia que se diferencia de otros esquemas de integración regional en el tercer mundo” (Berríos, 1981: 118), que vale destacar aún a sabiendas que resultó inefectiva por su difícil y dubitativa aplicación. La *Decisión 24* no implicaba una oposición tajante al capital foráneo, sino un intento de regular el rol de las empresas transnacionales y de “cambiar la naturaleza de la inversión extranjera” (119).

El artículo 43, por ejemplo, establecía: “No se admitirá nueva inversión extranjera directa en empresas de transporte interno, publicidad, radioemisoras comerciales, a la comercialización interna de productos de cualquier especie”. En un libro publicado por Beltrán junto a Elizabeth Fox, sobre el que volveremos en el capítulo 8, se reconoce:

“Los casos aislados de políticas nacionales de comunicaciones involucran normas que se ajustan a las disposiciones del Código de Inversiones Extranjeras del Pacto Andino [...] De acuerdo con el Artículo 43, las agencias publicitarias y otras industrias de servicios deberán desprenderse de por lo menos el 80% de su capital en favor de ciudadanos de los países dentro de los primeros años de aplicación del régimen establecido por la *Decisión 24*. Además, se prohíbe la inversión extranjera en publicidad. La lectura de los artículos 43 y 44 indica que las agencias de propiedad extranjera tendrían que haber modificado su estructura de capital. Pero la aplicación de la *Decisión 24* ha variado y su actual posición no es del todo clara (Naciones Unidas, 1974)” (Beltrán y Fox, 1980: 139, 140)

El *Convenio Andrés Bello*, por su parte, se estableció en enero de 1970 como un órgano del Pacto Andino para la Integración Educativa, Científica y Cultural. En buena parte de la década fue, junto con la UNESCO, el ámbito donde se planteó la preocupación de los países de la región por las transmisiones directas vía satélite. La Primera Reunión de los Ministros de Educación del Convenio, realizada en Colombia en 1970, se emitió una resolución que afirmaba que “el derecho de cada país a determinar soberanamente su sistema educativo es inalienable”, rechazaba cualquier intervención extranjera sin consentimiento, y señala-

ba el riesgo para la soberanía y la cultura nacional que implicaban las transmisiones unilaterales. Rondaba en la región la propuesta de un satélite, promovida por Estados Unidos, conocida como Plan CAVISAT. Años más tarde, el tema fue ampliamente discutido en las páginas de *Comunicación y Cultura*, con mucha información y una perspectiva antiimperialista.

Perú fue el sitio de una segunda reunión de ministros, en 1971, donde se sostuvo la necesidad de establecer “consejos nacionales para estudiar la cuestión del satélite regional, cuyo estudio de la factibilidad ya se hallaba en preparación en el ámbito de la UNESCO” (Beltrán y Fox, 1980: 141). Luego se abrió una discusión (sobre el desarrollo de un satélite regional, el proyecto SERLA, que continuó en sucesivos encuentros.

También en ese ámbito se planteó, en una reunión de expertos en comunicaciones de países del Pacto Andino realizada en Cali en 1974, la idea de establecer una *Agencia de Noticias Andina* (Selser, 1980: 8).

2.3. Bolivia: vanguardia sindical en “el país más olvidado y dependiente de América”

La etapa nacionalista y progresista en Bolivia es bastante más breve y además fragmentada; no obstante, hay aspectos peculiares que corresponde resaltar, tanto en lo que refiere a las movilización de las bases como la producción de políticas originales, como la que dio lugar a la experiencia del semanario *Prensa* durante diecinueve semanas del año 1970.

Apuntamos nuestro interés sobre el período que comprende a los gobiernos militares de Alfredo Ovando Candía y Juan José Torres, entre el 26 de septiembre de 1969 y el 22 de agosto de 1971. No fue un período homogéneo, en particular en el caso de la presidencia de Ovando, que albergó en su interior una puja entre nacionalistas y *barrientistas*³⁹. Los primeros tuvieron preeminencia en una primera etapa, hasta mayo o junio de 1970, cuando se tomaron las medidas más progresistas. A partir de entonces se registró un ascenso de la facción derechista, que implicó un retroceso en el rumbo que -también con grandes tensiones- se “retomó” en el gobierno de Torres, quien había sido Comandante en Jefe del Ejército durante la primera parte del gobierno de Ovando.

La política de esa primera etapa se referenció en el *Mandato Revolucionario de las Fuerzas Armadas de la Nación*, un documento inspirado en la revolución boliviana del ‘52 que había elaborado un grupo de militares impulsores del levantamiento de



Ya en abril de 1969, en una reunión realizada en Santiago de Chile, se había considerado

una iniciativa norteamericana para el desarrollo de satélites educativos en América Latina. La propuesta era impulsada con 14 universidades norteamericanas. En Santiago se “maquilló” el proyecto acordando que fueran 10 de Estados Unidos y 10 de América Latina, aunque de éstas, la mayor parte mantenían vínculos con fundaciones norteamericanas (Balocchi, 1974: 118). En el número 3 de *Comunicación y Cultura* (1974) se publicaron tres artículos -escritos por colombianos- y dos documentos específicamente referidos a la temática: “Diseño y metodología del estudio de la viabilidad de un sistema regional de teleducación para los países de América del Sur” -un documento del proyecto SERLA escrito por el Ing. Valenzuela- y la Proposición de la URSS a las Naciones Unidas para regular las emisiones televisivas directas por satélite, presentada a la 9 de agosto de 1972 a la Asamblea General. Este último texto había sido traducido del inglés por la propia revista.



El proyecto SERLA sumó la participación de países que no formaban parte del Pacto Andino ni del Convenio Andrés Bello, como el caso de Argentina, Paraguay y Uruguay. En enero de 1972 se realizó en Buenos Aires un Seminario Preparatorio sobre un Estudio de Factibilidad de un Sistema Regional de Teleducación, que “logró armonizar los distintos planteamientos” e incorporó “casi la totalidad de las proposiciones formuladas por los países interesados” (Balocchi, 1974). El proyecto, para el que se solicitó apoyo del Fondo Especial de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), siguió en agenda durante varios años, pero nunca se concretó.

39. El propio Ovando tuvo una trayectoria contradictoria. Antes de participar de la conspiración nacionalista de 1969, había tenido un lugar relevante en las fuerzas armadas que participaron en la represión antiobrera (1965) y antiguerrillera (1967) del tiempo de Barrientos, incluyendo la emblemática Masacre de San Juan.

septiembre, entre los que estaba Torres. Este *Mandato* llamaba a establecer un “gobierno revolucionario civil militar”, lo que inicialmente ocurrió: en palabras de Rogelio García Lupo (1969: 5), se formó un “insólito gabinete ministerial formado por algunos de los más prestigiosos intelectuales revolucionarios del país”, entre los que se destacaron dos jóvenes: Alberto Bailey Gutiérrez⁴⁰ -ministro de Cultura, Información y Turismo- y Marcelo Quiroga Santa Cruz -ministro de Minas y Petróleo-⁴¹. Este último fue el ideólogo de la medida que dio repercusión mundial al gobierno de Ovando: la anulación de las concesiones y la nacionalización de las propiedades de la Bolivian Gulf Oil, que significó la recuperación para el país de 1.500 millones de dólares en reservas de gas y 600 millones en reservas petrolíferas.

Igual que en el caso peruano, no se trató de gobiernos socialistas, sino de expresiones de un nacionalismo popular que articularía con movimientos socialistas de otros países⁴². En el caso de Bolivia, además, esta etapa registra una creciente movilización de las bases sociales -encabezada por la Central Obrera Boliviana (COB)- que presionó hacia una radicalización del proceso. Desde arriba, en cambio, la definición dada por Ovando a comienzos de 1970 era clara: “Estamos en un proceso de liberación que, lógicamente, debe tener sus proyecciones en la izquierda, pero que no significa, en ningún momento, comunismo o socialización. Nuestro gobierno es revolucionario nacionalista” (citado en Pinto Parabá, 2005: 47).

Además de las medidas económicas nacionalistas, la llegada al poder de Ovando -poco después de la muerte de René Barrientos Ortuño- facilitó la reorganización de las fuerzas obreras, tras un ciclo de represión intensa⁴³. Un dato fundamental, al inicio de esta etapa, fue la derogación de los decretos anti-sindicales sancionados durante el régimen de Barrientos. Una de las organizaciones que resultaron fortalecidas fue el sindicato de prensa, que en 1969-1970 tuvo sus “años más combativos”, según desarrolla Miguel Pinto Parabá en 1970. *Cuando los periodistas se enfrentaron al poder*: “Habían aparecido nuevos y jóvenes dirigentes con ideas revolucionarias (...) Sus dirigentes ocuparon direcciones no sólo en el ámbito distrital, sino también nacional, estrechando filas junto a una politizada COB”, y fue “un ariete en la lucha antiimperialista y anticapitalista” (Pinto Parabá, 2005: 77, 18).

En un sentido similar se expresaba el *Mandato* ya citado: “El desarrollo de un país que, como Bolivia, pertenece al área de la miseria y la dependencia no puede basarse en un sistema exclusivamente capitalista ni en un sistema excluyentemente socialista, sino en el modelo revolucionario nacional, donde coexistan la propiedad estatal, la propiedad social, cooperativa y comunitaria de los medios de producción y la propiedad privada”.

40. Católico de izquierda y nacionalista. Había tenido una intensa acción desde el diario *Presencia*.

41. Como parlamentario independiente, había hecho una fuerte campaña contra la Gulf Oil, que lo llevó a la cárcel durante el régimen de Barrientos. Tras el levantamiento de 1969, creó el Partido Socialista de Bolivia. Con posterioridad a 1971 se exilió primero en Chile y después en Argentina.

42. Vale apuntar la gran influencia que tuvo en Bolivia el argentino Jorge Abelardo Ramos, quien en 1969 dio conferencias en varias universidades del país.

43. En ese sentido, un autor como James Petras, que descreyó del potencial revolucionario de estos gobiernos, considera “el gobierno de Ovando constituyó un fenómeno político de transición que sirvió como puente hacia la actual confrontación política”. Así lo planteó en un artículo publicado en *Los Libros*, donde nombraba al gobierno de Torres como “reformista y vacilante”, “portavoz de un moribundo ‘capitalismo nacional’” (Petras, 1971: 10, 12, 14).

El Sindicato de Trabajadores de Prensa de La Paz (STPLP) se había fundado en marzo de 1954, con el impulso de la revolución del '52. A diferencia de los sindicatos de prensa que conocemos en Argentina -integrados por periodistas-, era una organización más compleja: la integraron obreros gráficos, personal administrativo de los periódicos y varios sectores de trabajadores de la información. Nueve años después de su fundación impulsó la creación de la Federación de Trabajadores de Prensa de Bolivia (FTPB).

En 1969, en paralelo a la muerte de Barrientos, hubo un cambio de titularidad y asumió como Secretario General Andrés Soliz Rada. Su perfil se potenciaría con la llegada de Alberto Bailey al ministerio de Cultura, Información y Turismo. Tras conocer las medidas progresistas de Ovando, el STPLP definió su “apoyo crítico” al régimen y empezó a articular con los referentes del sector nacionalista, Bailey y Quiroga Santa Cruz.

En su primer discurso, Soliz se había comprometido a publicar “un boletín, donde sus afiliados puedan transcribir informaciones o criterios que, por razones empresariales, no son divulgados en los órganos habituales de prensa” (citado en Pinto Parabá, 2005: 86). A su vez, desde el Estado se había imaginado una “Agencia Boliviana de Noticias”. Ambas ideas confluían en la experiencia del semanario *Prensa*, impulsado por un decreto favorable al sindicalismo del sector de características inéditas.

El 17 de febrero de 1970, el titular del STPLP, “angustiado por la función poco orientadora de la prensa nacional”, envió una nota al Ministerio con cinco demandas:

- 1) la promulgación de un decreto que ‘prohiba’ la circulación de todos los periódicos los días lunes, a fin de que los trabajadores de la prensa tengan derecho al descanso ‘dominical pagado’ y puedan ‘editar su propio semanario’; 2) el ‘alquiler’ de los talleres del ex-periódico ‘La Nación’; 3) la ‘concesión’ del 50 por ciento de las páginas editoriales a los periodistas asalariados; 4) la ‘inamovilidad’ de los periodistas por razones de discrepancias ideológico-políticas, y 5) la creación del ‘impuesto’ del uno por ciento sobre el avisaje de las empresas, con destino a los comités sindicales de los periódicos.” (Pinto Parabá, 2005: 90-91)

El 19 de febrero, el gobierno de Ovando respondió con un Decreto que respondía a la mayoría de estas demandas.⁴⁴ En primer lugar, otorgó “descanso dominical obligatorio” (artículo 1)⁴⁵, por lo cual “ninguna empresa periodística que edite diarios matutinos los podrá hacer circular los días lunes” (artículo 2). Complementariamente, estableció que el Ministerio podría

44. Decreto Supremo No. 09113. Disponible en <https://bolivia.infoleyes.com/norma/773/decreto-supremo-09113>. El texto del decreto figura con fecha 20 de febrero, pero todas las demás fuentes y textos de la época hablan de su sanción el día 19.

45. A partir de un testimonio de Eduardo Ascarrunz, Pinto Parabá (2005: 91) agrega que los trabajadores obtuvieron que la jornada de ocho horas fuera reducida a cinco por ser trabajo intelectual. La sexta hora era considerada hora extra; había un bono nocturno y el periodista que trabajaba los domingos ganaba triple. Esto no consta en el decreto de febrero.



Años después [1979], en un artículo que evocaba esta experiencia, Gregorio Selser apuntó que “los llamados ‘contra-editoriales’ se hicieron en poco tiempo los más leídos, para gran disgusto de los propietarios” (citado Prieto Castillo, 1984: 157). Ese derecho, también conocido como Columna Sindical, fue restituido por Evo Morales, con un decreto que lo extiende hacia el conjunto de medios de comunicación de prensa escrita, radio y audiovisual, así como a las nuevas formas de comunicación.

“autorizar a los sindicatos de la prensa del país, que lo soliciten, la publicación de órganos informativos semanales que circularán los días lunes y que servirán también como medio de expresión libre de todos los sectores laborales del país bajo la responsabilidad y dirección de las organizaciones sindicales de la prensa” (artículo 3). Y agregaba: “Los editores responsables de los órganos informativos semanales destinarán prioritariamente una parte de sus ingresos al pago compensatorio de la remuneración extraordinaria dominical que dejarán de percibir periodistas y gráficos que no queden incluidos en el trabajo dominical que se autoriza en el presente artículo”.

Por otro lado, otorgaba a los periodistas sindicalizados un espacio diario equivalente a un editorial para que pudieran expresar libremente sus opiniones (artículo 4), y establecía un criterio similar -en minutos- para los informativos radiales (artículo 5). Además establecía garantías para los trabajadores: “Queda prohibido a las empresas periodísticas o radiales imponer sanciones y/o despedir a sus redactores o reporteros por haber escrito artículos que discrepen o contradigan las opiniones de la empresa” (artículo 8). La influencia aquí del proceso peruano era indudable: eran recientes el Estatuto de Prensa y la Ley del Periodista, que habían sido leídos con mucha atención por los trabajadores bolivianos⁴⁶.

Finalmente, la medida también establecía que “ninguna empresa periodística o radial podrá negarse a publicar o difundir los comunicados y pronunciamientos de los sindicatos y federaciones de la prensa de radio”, lo cual sería considerado “censura” (artículo 9).

Tras la promulgación del decreto, el STPLP -que había participado activamente de su redacción- lanzó un “semanario libre”, titulado *Prensa*, que salió a la luz por primera vez el 2 de marzo de 1970 con una tirada de 50.000 ejemplares, publicándose los lunes de forma exclusiva⁴⁷. Esta restricción a la salida de medios comerciales desató un debate sobre la “libertad de expresión”, fogueado por los empresarios de la prensa comercial a nivel nacional -que en menos de una semana formaron la Asociación Nacional de la Prensa- y también por la Sociedad Interamericana de Prensa y la Asociación Interamericana de Radiodifusión. Bailey fue el encargado de responder a Tom Harris, del Comité de libertad de prensa de la SIP, a quien llamó la atención

“sobre la deplorable contradicción en que incurre Ud. al asumir la defensa del principio de libertad de prensa y, al mismo tiempo, oponerse a la práctica de esa libertad, preci-

46. En un comunicado, el STLP consideró: “El Estatuto es restrictivo para la libertad de las empresas, pero beneficia directamente a los periodistas asalariados”. “Trabajadores de la Prensa analizan una Ley peruana”, en *Última Hora*, La Paz, 24 de enero de 1970, página 3.

47. Luego, en parte por la escasez de papel, la tirada rondó entre los 15 y los 25 mil ejemplares, que se agotaban todas las semanas. Al principio, los comités sindicales de todos los periódicos tuvieron a su cargo la edición en forma rotativa. Sobre la organización interna y los contenidos de *Prensa*, véase el libro de Miguel Pinto Parabá (2005).

samente, por periodistas profesionales. La SIP se constituye así en defensora de la libertad de expresión irrestricta cuando ésta se refiere a los dueños de los medios de difusión y, al mismo tiempo, en adversaria de la libertad de expresión de los periodistas” (citado en Pinto Parabá, 2005: 94)

Es interesante pensar las distintas influencias a partir de las cuales se gestó la idea de este “semanario libre”. Como ya vimos, las medidas tomadas en Perú tuvieron impacto al poner en cuestión que “libertad de expresión” no equivalía a “libertad de empresa”; no obstante, en el país vecino aún no habían ocurrido las expropiaciones que pusieron dos diarios en manos de sus trabajadores. Según Soliz (en Pinto Parabá, 2005: 90), la idea de editar *Prensa* fue aportada por Amalia Barrón, una periodista formada en España que se radicó en Bolivia en 1967, hasta que volvió a dejar el país exiliada en 1971. Barrón había conocido la experiencia de *La hojita de los lunes*, un órgano informativo en la que los periodistas españoles “descargaban” lo que no podían publicar en sus medios, a fines de los ‘60, en tiempos del franquismo.

Otro antecedente, muy importante en Bolivia, era la existencia de radios sostenidas por sindicatos (fabriles, ferroviarios, constructores), especialmente las radios que desarrollaron los mineros desde 1947 (Kuncar Camacho, 1983; Gumucio Dagron y Cajías, 1989; Badenes, 2014: 137-144). Llegaron a funcionar simultáneamente unas 23 radios mineras, que hacia los ‘60 alcanzaron tal grado de organización que pudieron establecer una cadena. Las radios mineras antecedieron en varias décadas la reflexión académica sobre el tema y también a las políticas que estamos analizando aquí. Lo que sí podemos apuntar sobre el período 1970-71 es cierta recuperación y reapertura de esas radios (Kuncar Camacho, 1983: 93), tras el cese de la ofensiva represiva que habían sufrido desde la Masacre de San Juan -un asalto militar a los campamentos mineros de Siglo XX y de Catavi- ocurrida en 1967.

En la época en que se sancionó el decreto favorable al STPLP, los sindicatos mineros y fabriles tramitaban con el gobierno la reapertura de emisoras clausuradas o confiscadas durante el régimen de Barrientos.

La conciencia clasista y la organización sindical son aspectos ineludibles para comprender el proceso político de 1969-1971. En ese sentido, hay que mencionar el evento nacional minero realizado en abril de 1970 en Siglo XX, donde una resolución aprobada por unanimidad no sólo expresó su apoyo al Decreto Supremo de febrero y decidió “apoyar moral y materialmente al seminario ‘PRENSA’ por considerarlo portavoz del proletariado nacional”, sino que además solicitó al gobierno “la cooperativización de la gran prensa, por considerar su acción dañina a los intereses nacionales”. El 10 de mayo, el IV Congreso de la Confederación Obrera Boliviana (COB) hizo propia esta “Tesis



Décadas más tarde, Bailey agrega que *Prensa* “no sólo fue un instrumento de expresión de los periodistas. Fue, además, un instrumento de concientización” (Pinto Parabá, 2005: 99).



Miguel Pinto Parabá señala también como antecedentes la edición de *Le Monde*, en París -durante mucho tiempo fue propiedad de una cooperativa de periodistas-, y “la necesidad de distintos sectores de la sociedad de contar con medios de información propios” que se planteó en esa coyuntura histórica “como una bola de nieve en permanente crecimiento”. Ejemplifica que “en enero de 1970, los universitarios de Cochabamba, tras protagonizar una toma física de la radioemisora barrientista ‘SAN RAFAEL’, exigieron al gobierno su inmediata ‘expropiación’ en favor de la universidad estatal” (Pinto Parabá, 2005: 90)

99



La COB consideraba que el decreto obtenido por el sindicato de periodistas era “tibio” y no había cortado “el camino de la conspiración derechista”. No era la primera vez que se manifestaba en ese sentido. Ya el 17 de octubre de 1969, durante la nacionalización de la Gulf y frente a quienes pedían “arrasar” *El Diario*, la COB pedía “conservar ese instrumento de trabajo, donde están nuestros compañeros gráficos” y planteaba “que ese periódico pase a manos de la clase obrera en una cooperativa de los gráficos y periodistas”.

socialista” planteada por los mineros el mes anterior y decidió “exigir al gobierno la cooperativización de los órganos periodísticos antinacionales y proimperialistas como EL DIARIO, PRESENCIA, ÚLTIMA HORA, HOY, LOS TIEMPOS y LA PATRIA y hacer suyo el objetivo de los trabajadores de la prensa en sentido de convertir a la libertad de expresión en un instrumento al servicio de la liberación nacional”.

Estuvieron lejos de obtener respuesta inmediata. Por el contrario, se iniciaba en ese mes una derechización del gobierno de Ovando, con la salida de Quiroga Santa Cruz del ministerio de Minas y Petróleo. Luego, en julio, se eliminó el cargo de Comandante en Jefe del Ejército -dejando sin poder a Torres- y Bailey renunció a su cargo denunciando el “aniquilamiento” del proceso revolucionario.

En su investigación sobre los editoriales de *Prensa*, Pinto Parabá observa que los artículos producidos desde junio planteaban la necesidad de preservar la revolución, denunciaban intentos golpistas y convocaban a la organización y movilización de las bases para defender el proceso antiimperialista abierto el 26 de septiembre (2005: 138-139). El 3 de agosto el semanario jugó su carta más fuerte, al publicar en tapa un titular que llamaba a salir a las calles “para contrarrestar el golpe gorila”. La publicación sirvió para frenar un intento desestabilizador que estaba en marcha, pero también acabó con la experiencia: el gobierno clausuró el local donde se imprimía *Prensa* y modificó el decreto de febrero, reponiendo la libre circulación de la prensa comercial los días lunes.

Tampoco duró mucho más el gobierno de Ovando, que renunció el 6 de octubre de 1970. Fue entonces, tras la breve formación de un triunvirato militar, cuando el general Torres -el día 7- se proclamó “Presidente Constitucional de un Gobierno Revolucionario” e intentó reiniciar el proceso nacionalista popular, apelando al apoyo de los obreros⁴⁸, campesinos, intelectuales y soldados.

El mismo día, la COB y un grupo universitario tomaron las instalaciones de *El Diario*, cuya intervención, como vimos, venían solicitando desde un año antes⁴⁹. Periodistas y trabajadores tomaron la conducción del periódico. Ante esa ocupación fáctica, semanas más tarde el gobierno formalizó la intervención a través de un decreto⁵⁰ y se iniciaron las gestiones para su “cooperativización” (Torres, 1971: 54-55; Suárez, 2001: 109)⁵¹. No

48. Al formar el gobierno, Torres ofreció a la mitad de los ministerios a la COB, que aceptó después de una ardua deliberación, pero finalmente hubo muchos desacuerdos y esa posibilidad de co-gobierno quedó diluida.

49. También fueron ocupados en ese momento *Los Tiempos* y la Radio Indoamericana.

50. Decreto Supremo 09439. Bolivia, 4 de Noviembre de 1970

51. Como señala Suárez, *El Diario* fue y es tradicionalmente el órgano de la derecha boliviana: “hasta nuestros días *El Diario* tiene una frase en su logotipo central que dice: ‘Usurpado el 7 de octubre de 1970 por defender la libertad y la justicia. Reinició sus ediciones el 1 de septiembre de 1971’” (Suárez, 2001: 109)

fue la única iniciativa en ese sentido, aunque faltaron propuestas de reforma integral como la que registramos en Perú hacia 1974. Sobre el final del período, Radio Bolivia fue donada a la Federación Sindical de Campesinos, con un proyecto autogestionario que resultó interrumpido a los 20 días por el golpe de Bánzer (Reyes Velásquez, 1995: 99).

Como la primera etapa de Ovando, el gobierno de Torres tuvo una prédica nacionalista y obrerista, aunque nunca se definió como socialista o comunista. La política económica del período estuvo signada por la nacionalización de parte de la industria azucarera y el desarrollo de la metalurgia nacional con la asistencia de la Unión Soviética y otras naciones socialistas.

Otra medida importante con impacto en la política exterior fue la expulsión de un grupo de *voluntarios* del “Cuerpo de Paz” de Estados Unidos, que trabajaba en el país desde 1962 y que realizaba esterilizaciones sin consentimiento a mujeres indígenas, con la excusa de una “asistencia médica”. Esta atroz campaña fue denunciada por *Yawar Mallku* (*Sangre de cóndor*), una película de Jorge Sanjinés estrenada en 1969, que fue clave para frenar la política de esterilizaciones.

A su vez, encaró cambios en el campo de la educación, “orientados por los grandes objetivos de participación popular y liberación de las estructuras de dependencia” (Torres, 1971: 48) y tomó medidas en el campo de las comunicaciones. Además de la intervención de *El Diario* ya mencionada, el 2 de junio de 1971 se promulgó Ley General de Telecomunicaciones⁵². Aquella norma abarcaba la telegrafía, la telefonía, la radiodifusión, las radiocomunicaciones y “servicios especiales” como las antenas comunitarias. Según definió el propio Torres, contempló “aspectos de suma importancia acordes con el avance de la tecnología moderna y que, consiguientemente, viene a llenar una imperiosa necesidad dentro del campo de la Legislación Boliviana, ya que hasta esa fecha apenas existían diversas disposiciones que no guardaban armonía entre sí, ni se hallaban actualizadas” (Torres, 1971: 52-53). Era una ley clásica, que contemplaba prestadores públicos y privados o particulares: no hay rasgos sobresalientes como los que hemos señalado de la ley peruana, que todavía no se había dictado. De hecho, no quedaba claro el estatuto de las emisoras sindicales, que no están mencionadas como un sector en sí mismo.

Sí cabe mencionar un impulso de los medios del Estado, tanto la Radio Illimani como el Canal 7, que era bastante nuevo⁵³. La propia televisión había iniciado sus transmisiones en Bolivia el 30 de agosto de 1969, menos de un mes antes del golpe que ini-

Una demanda al respecto había existido a principios de los sesenta, cuando funcionaban una veintena de radios mineras. Kuncar que desde este sector se organizó, en 1962, un Primer Seminario de Capacitación y Profesionalización del Trabajador de Radio en Bolivia. En ese contexto, entre otras cuestiones, “se planteó la necesidad de solicitar a los poderosos públicos la modificación del reglamento de comunicaciones, ‘a fin de que permitiera su legalización, en el sentido de que las emisoras sindicales, y especialmente las de los distritos mineros, cumplan una función altamente social” (Kuncar, 1983: 82)

52. Decreto Ley 09740, Bolivia, 2 de junio de 1971. Disponible en <http://www.derechoteca.com/gacetabolivia/decreto-supremo-9740-del-02-junio-1971/>

53. También hubo un periódico, *El Nacional*, que funcionaba como órgano oficial: “no compite con los otros diarios en el volumen de ventas, pero sí en el nivel de periódico orientador de las masas” (Torres, 1971: 54)

101



Vinculado o cercano al STPLP. En 1969 había vuelto recientemente de Europa (vivió el mayo francés). Perteneció al Partido Socialista fundado por Quiroga Santa Cruz. En uno de los libros que analizamos en el capítulo 9 escribe como director del Canal 13 (universitario), pero es una experiencia posterior. Sobre los gobiernos de Ovando y Torres, considera que fueron “un corto paréntesis” en la que se ensayó “una política económica nacionalista y de apertura sindical y política. En los veinte meses de estos gobiernos militares, llenos de contradicciones y de tonos grises, las masas estuvieron en las calles. Y junto a ellas, por primera vez desde los días de abril de 1952, las capas medias de las ciudades, sensibilizadas por la anterior presencia guerrillera, tomaron partido al lado de los agentes del cambio” (Quintanilla, en Reyes Matta, 1983: 178)

ció el ciclo nacional. Según Luis Gonzáles Quintanilla, la coyuntura de posiciones nacionalistas de Ovando y Torres

“fue aprovechada por los funcionarios nuevos de Televisión Boliviana para desarrollar un proyecto que intentaba realizar una producción de carácter nacional. Muchos hombres adheridos a los sindicatos de trabajadores de la cultura e intelectuales progresistas se acercaron a la televisión, para realizar lo que fue la *época de oro del Canal Nacional, por la producción de programas nacionales*. Estos, sin embargo, al no ser sostenidos por una política clara respecto de la producción nacional, quedaron en límites que nunca pasaron del 30 por ciento de la programación” (Quintanilla, en Reyes Matta, 1983: 177. El destacado es mío)

Uno de quienes produjeron contenidos en la televisión estatal, durante el período de Torres, fue Frank Gerace. Según la entrevista realizada para esta tesis⁵⁴,

“hacía un programa semanal, el único de corte social, que yo aprecié mucho. Era el único programa de este tipo en el gobierno de Torres; siendo que la televisión fue nueva, no tenía mucha programación. Entonces hice un programa que yo personalmente filmaba, escribía el guión, editaba. Era sobre temas sociales de La Paz. Se llamaba Pueblo en Marcha (...) Después me mandaron a Santa Cruz como corresponsal, hasta que vino el golpe de Banzer”.

En otra parte de su relato, Gerace menciona que “viajaba con Torres, eso era porque sólo iba un carro a sus eventos, yo viajé con él y con un edecán”⁵⁵, pero agrega: “creo que nunca he filmado al presidente, yo filmaba a los grupos indígenas, cosas por el estilo”.

Gerace recuerda que toda esa experiencia duró “casi un año” y agrega haber trabajado con Lucho Espinal, de quien sabemos que produjo en la televisión estatal un ciclo llamado *En Carne Viva*. Ambos llegados a Bolivia por mandato de la Iglesia, tanto Gerace como Espinal traían cierta formación y experiencia previa en televisión. Gerace había trabajado en la televisión norteamericana. Espinal había estudiado cine y televisión en la Scuola Superiore di Giornalismo e Mezzi Audiovisuali de la Universidad del Sacro Cuore de Milán (1964) y trabajado en la Televisión Española, donde su programa *Cuestión Urgente* fue censurado. En las trayectorias de Gerace y Espinal se observa, también, un progresivo acercamiento al marxismo.

Ya dijimos antes que un aspecto clave para comprender el proceso boliviano fue la presión de las bases sociales -a diferencia de caso peruano, que podría ser pensado como “una revolución desde arriba”-. En ese sentido, cabe mencionar a la “Asamblea



Español y luego nacionalizado boliviano, Luis Espinal Camps fue poeta, periodista, cineasta y religioso jesuita. Tuvo una gran actividad en la denuncia de injusticias sociales, como sus *Oraciones a quemarropa*. En 1968 fue enviado como misionero a Bolivia. Fue crítico cinematográfico en *Presencia*, trabajó en radio Fides y dirigió la serie de documentales *En carne viva*. Tras el golpe de Banzer, en 1976, fue uno de los fundadores de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos de Bolivia (APDHB). Fue asesinado en ese país en 1980.

54. Los archivos e información disponible sobre estos años de la televisión son escasos. Aún no encontré ninguna fuente documental respecto de lo relatado aquí.

55. Eso significó, supone, la persecución de la dictadura: “tenían la idea de que yo fuera un consultor político, un planero, un gran ideólogo, porque yo viajaba con Torres”.

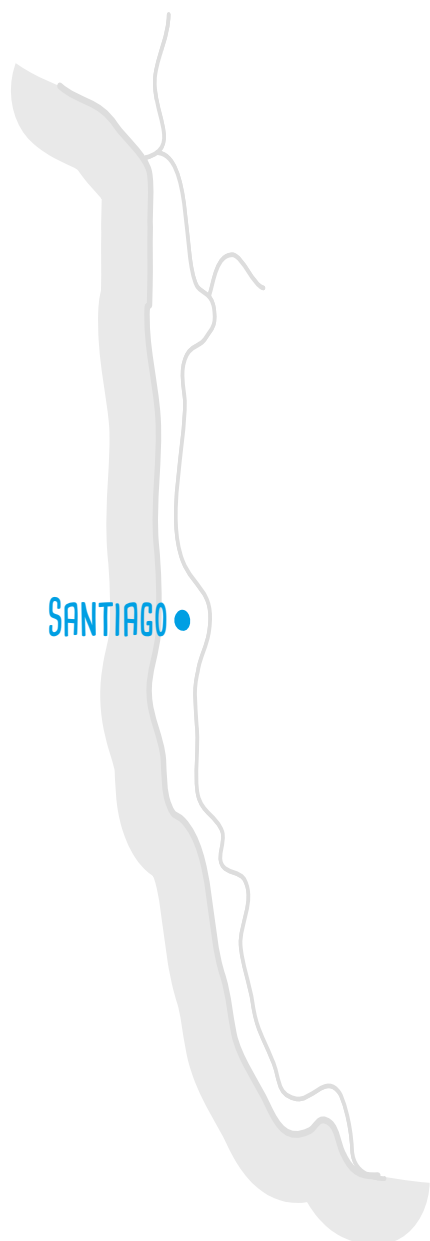
Popular” formada en junio de 1971 por organizaciones obreras y estudiantiles y partidos de izquierda, que expresó el “apoyo crítico” al gobierno de Torres, con el que tuvo una relación tensa o ambivalente⁵⁶. Por un lado, se proyectó como un órgano deliberativo y legislativo, y de hecho se reunía en las instalaciones del Congreso boliviano. Por otro, sentaba las bases de un poder obrero o popular, y anunciaba que “ante la eventualidad de un golpe” asumiría “la dirección política y militar de las masas en combate y luchará hasta expulsar del país definitivamente a la derecha, el fascismo y el imperialismo”. Aunque no alcanzó a tener esa fuerza cuando Juan José Torres fue efectivamente derrocado y debió abandonar el país el 22 de agosto de 1971⁵⁷.

En un encuentro realizado décadas más tarde, Gerace asumía que ése fue el “ambiente” en que surgió el libro *Comunicación horizontal*:

“Todas nuestras experiencias al lado de los heroicos defensores de la Asamblea Popular de Bolivia, toda la frustración de ver esfumarse la visión de todo un pueblo, todo generó y maduró el concepto de la comunicación horizontal. El libro no fue escrito, se escribió...” (Gerace, 2005)

56. Torres resistió la formación de la Asamblea Popular y criticaba a sus impulsores por permitir la participación del MNR.

57. Torres se exilió primero en Perú, luego en Chile y finalmente en Argentina. El 2 de junio de 1976 fue secuestrado y luego asesinado en Buenos Aires, por la alianza represiva que establecieron las dictaduras de Argentina y Perú, en el marco del Plan Cóndor.



SANTIAGO ●



La cristalización de la figura de Mattelart como intelectual marxista ha ocluido el

reconocimiento de esa formación religiosa y la participación en redes que el propio autor señala como fundamentales en la larga entrevista con Michel Sénécal (Mattelart, 2014: 35). Mattelart formó parte de un grupo Scout -donde llegó a ser jefe de patrulla- y se formó en un internado católico, en años que “constituyen desde este punto de vista una especie de antecámara, porque es allí donde se da la triple conjunción: en primer término, la matriz de pensamiento correspondiente a las humanidades grecolatinas; en segundo término, el encuentro con profesores tolerantes que aliaban la enseñanza con la práctica y que iban por delante del *aggiornamento* del pensamiento social de la Iglesia; y por último, la



“...urge reconectar el ocio y el humor con la nueva práctica de construcción socialista. Urge encontrar una línea de masas del ocio, para sustituir esta superestructura del entretenimiento burgués. Y esto no implica solamente la necesidad de promover las plazas de recreo, el deporte popular, los balnearios, sino la urgencia de crear una industria cultural, planificada, coherente, no desvinculada de las líneas básicas del proceso y, sobre todo, tan prestigiosa y más talentosa que la que exhibe el signo capitalista” (Mattelart, 1973a: 251)

Si bien el gobierno de Salvador Allende se inició en noviembre de 1970, en el caso de Chile es útil remontarse unos años atrás y situar algunos procesos que en buena medida explican la prolífica producción intelectual de esta etapa. El período de gobierno del demócrata cristiano Eduardo Frei Montalva (1964-1970) incluyó dos hitos ineludibles para la historia intelectual que estamos abordando: la Reforma Agraria, impulsada desde 1967, y la Universitaria, consecuencia del activismo del movimiento estudiantil a finales de la década. De esos procesos se desprendieron la fundación del Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA) -donde trabajaría, entre muchos otros, Paulo Freire- y la creación de centros de estudios vinculados a la realidad nacional, relevantes para esta tesis porque marcan la trayectoria de autores como Armand Mattelart y Fernando Reyes Matta.

Belga de nacimiento, Mattelart estudió leyes en Universidad de Lovaina y demografía en la Universidad de París, en un instituto recién fundado por Alfred Sauvy, uno de los teóricos del concepto de *tercer mundo*¹. Entre otras lecturas, de allí reconoce la influencia del brasileño Josué de Castro, que definía el hambre como problema geopolítico (Mattelart, 2014: 62-63). Llegó a América Latina en 1962 -el mismo año que Gerace se instaló en Bolivia- en el marco de redes jesuitas que había construido desde temprana edad. Arribaba en pleno proceso de modernización de las ciencias sociales y se convertiría, como caracterizan en detalle los estudios de Mariano Zarowsky, en “una figura destacada y reconocida por su papel en la emergencia de los estudios de comunicación en América Latina” (Zarowsky, 2011: 15).

Entre varias ofertas laborales, Mattelart aceptó a los 26 años una que recibió mediada por el sacerdote católico y sociólogo

1. Alfred Sauvy (1898-1990) propuso en 1952 la noción “tercer mundo” en referencia al “tercer estado” constituido por los sin voz del antiguo régimen (Mattelart, 2014: 49)

go belga François Houtart, para desempeñarse como profesor visitante en la Universidad Católica de Chile. En pleno período desarrollista, ese contrato docente estuvo financiado por la Fundación Rockefeller, parte de un esquema del que Mattelart se volvería -como vimos en el capítulo anterior- un crítico agudo y muy informado². En uno de los primeros cursos que dictó en Chile tuvo como estudiante a Andrés Pascal Allende, sobrino de Salvador Allende y uno de los fundadores del Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), con quien desarrollaría una amistad (Mattelart, 2014: 99). En esos años, más allá de su pasaporte belga, adquirió nacionalidad chilena o latinoamericana: casi todos los trabajos de sus primeros once años vida profesional -de la demografía a los estudios sobre comunicación- están escritos en español.

Reyes Matta es licenciado en Historia y Geografía por la Universidad de Chile, aunque tuvo una formación vinculada a la comunicación previa a su ingreso a la Universidad. Durante la adolescencia, fue elegido en una convocatoria del Instituto de Radiodifusión Educativa del Ministerio de Educación, donde aprendió técnicas radiales durante dos años. También tomó un curso de introducción al periodismo en la escuela de verano de la Universidad. Al terminar el liceo, si bien “la tentación natural es entrar en la escuela de periodismo”, uno de sus profesores le señaló que ya tenía los conocimientos claves y le sugirió buscar formación “complementaria, de fondo”, por lo que se anotó en Historia³. Durante su carrera siguió vinculado a la radio con un programa dedicado al movimiento estudiantil, que le daría la oportunidad de viajar a Estados Unidos y conocer Cuba en los primeros meses de la revolución.

Ambos eran profesores de la Universidad Católica de Chile cuando se desató, desde agosto de 1967, un proceso de transformación política, académica y administrativa de las universidades chilenas, que continuó hasta su abrupto corte con el golpe de 1973. En las instituciones católicas, el movimiento recogía inquietudes que se habían planteado en los seminarios de expertos reunidos por el CELAM en Buga en febrero, ya mencionados en el capítulo 1. Allí se había afirmado, por ejemplo, que las universidades cristianas debían “cambiar su estructura de poder” pues “todo monarquismo, sea estatal, eclesiástico o de cualquier otro género, contradice el ser mismo de la Universidad. Las autoridades universitarias han de representar verdaderamente las células vivas a las que nos hemos referido, y, por

coexistencia con un movimiento de jóvenes, abierto a los problemas del mundo, y que por tanto era un lugar de aprendizaje de la idea de responsabilidad social” (Mattelart, 2014: 37). La cultura del compromiso auspiciada por el cristianismo se complementó con dos viajes realizados a fines de la década del cincuenta por el norte de África y Medio Oriente. En los sesenta Mattelart iniciaría un largo proceso de laicización y radicalización -en el que tuvo un rol importante su esposa, Michèle Henry, a quien conoció en La Sorbona en 1962- que profundizaría en la experiencia chilena.



Formado en Ciencias Sociales en Lovaina, coordinó entre fines de los cincuenta y principios de los sesenta un estudio sobre la situación del catolicismo en América Latina, que los obispos Manuel Larraín y Hélder Câmara le pidieron presentar ante el Concilio Vaticano II. También trabajó junto al padre Gustavo Pérez, también sociólogo, en el Libro Azul de Radio Sutatenza (Vaca Gutiérrez, 2017: 150). En los noventa sería uno de los referentes más activos del Foro Social Mundial, crítico de los procesos de globalización.



Emitido por Radio Universidad Técnica, “Mundo universitario” era un programa de noticias basado en la información de las federaciones estudiantiles. Hacia 1959, Reyes Matta se postuló para un “Seminario para futuros líderes” organizado por la embajada norteamericana. Tras una convocatoria en la que no resultó seleccionado, volvió a postularse consignando su trabajo en ese programa radial y resultó elegido. Una vez en Miami, con tres compañeros decidieron ir por un fin de semana a La Habana. “Todavía había vuelos, eran unos 25 minutos de viaje. La suerte es que cuando estábamos ahí se nos acerca un joven que resultó ser presidente de los estudiantes

2. En *Para un análisis de clase de la comunicación*, Mattelart relataba la llegada, auspiciada por fundaciones norteamericanas, de otro docente invitado al Departamento de Sociología de la Universidad Católica de Chile: Charles Wright, que fundó la cátedra de sociología de las comunicaciones. “Mencionamos este caso porque es particularmente significativo: diez años después (...) uno de los centros marxistas de comunicación más productivos de América latina reemplazaba este departamento, con una orientación diametralmente opuesta a la del autor del manual introductorio a la perspectiva funcionalista” (Mattelart, 2010: 37-38)

3. Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018.

105

→ de Periodismo de la Universidad de Cuba. Había un alto prestigio de los dirigentes universitarios chilenos. Así es que nos invitan y en definitiva nos quedamos ¡tres semanas! En esas tres semanas, entre las cosas que pasan, es que cuando llega el barco La Coubre, el barco explota, mueren 70 personas, y viene el famoso funeral donde por primera vez Fidel dice: ellos quieren muerte, nosotros queremos patria, ellos nos quieren matar... y empieza con la dualidad conceptual Patria o Muerte. Y ahí termina el discurso: Patria o Muerte, venceremos” (Entrevista con Fernando Reyes Matta, 2018)

lo mismo, ser elegidas por ellas” (p. 92). Por eso entre las recomendaciones estaba la de dar “participación en el gobierno de institución y en la elección de sus autoridades, a los profesores y estudiantes, en todos los niveles” (p. 97).

Inspirado también en el movimiento reformista del ‘18 iniciado en Argentina, el activismo estudiantil de fines de los ‘60 instaló en Chile ideas vinculadas a la extensión, la autonomía universitaria, la libertad de cátedra, la actualización de las currículas y el desarrollo de programas interdisciplinarios. Se introdujeron formas de co-gobierno o, como mínimo, nuevas formas de representación y participación que reformaban la vieja institución universitaria.

En la Católica, los estudiantes lograron que la institución dejara de estar regida por un eclesiástico nombrado por el Vaticano. Lo reemplazó un laico: el arquitecto Fernando Castillo Velasco, a quien Mattelart define como un “democratacristiano convencido y respetado por todos, padre de Carmen Castillo, que era una de mis colegas y que era militante del MIR” (Mattelart, 2014: 97).

De ese período data el primer libro realizado por Reyes Matta: *Dom Hélder Câmara: Universidad y Revolución* (Ediciones Nueva Universidad, 1967, 108 páginas), que es en realidad una compilación de intervenciones (conferencias, entrevistas, editoriales) realizadas por y sobre Hélder Câmara en una visita organizada ese año:

“Cuando traemos a Hélder Câmara desde Brasil, su pensamiento era muy determinante para una universidad que era católica, muy clásica, y que de pronto, por la toma de los estudiantes y por todo, había podido iniciar una reforma, en agosto del 67, y sólo en una año y medio teníamos la vivencia de la Universidad distinta. Traer a Hélder Câmara era traer a la iglesia, pero a la Iglesia que venía con un pensamiento democrático, de libertad (...) Teníamos a Hélder Câmara por la ciudad, que era una figura para el mundo cristiano, progresista, también para el mundo universitario, y de alguna manera era un referente en un país donde bullía la mezcla entre el pensamiento cristiano de cambio, la revolución en libertad de Frei, con todas sus variantes, cuestionamientos, ya había un grupo que estaba alejándose para crear el MAPU (...) y estaba la izquierda propiamente tal, con todas sus expresiones culturales nuevas”⁴

Fue en el marco de los acontecimientos de 1967 que apareció, durante la toma del rectorado de la UC el 11 de agosto, el emblemático cartel con la leyenda “El Mercurio miente”. Una de las primeras investigaciones sobre medios, realizada por los Mattelart junto a la argentina Mabel Piccini, analizó el tratamiento

4. Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018. Reyes Matta, que por entonces tenía 29 años, acompañó a Câmara desde que pisó suelo chileno hasta que volvió al Aeropuerto para regresar a Brasil. Por su parte, Mattelart lo conocería en un viaje a Asunción el mismo año, en un Congreso Mundial de Juventudes Agrícolas Católicas (JAC) en el que el obispo de Recife pronunció la conferencia inaugural (Mattelart, 2014: 89).

que *El Mercurio* -el diario más influyente de Chile- realizó sobre el movimiento reformista. El trabajo se publicó como *Los medios de comunicación de masas. La ideología de la prensa liberal en Chile* (Mattelart, Mattelart y Piccini, 1970). Ese mismo año, Mattelart publicó junto a Carmen Castillo y Leonardo Castillo *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente* (Mattelart, Castillo y Castillo, 1970)⁵. Influenciados por Barthes, ambos trabajos proponían abordajes semiológicos, a los que Mattelart pensaba en relación a los estudios que Eliseo Verón realizaba en Argentina, aunque a su vez buscaba una articulación con la tradición marxista, dando por resultado un marco diferente a los semiólogos que trabajaban del otro lado de la Cordillera⁶.

Para Mattelart (2014: 97), “uno de los resultados más tangibles del movimiento estudiantil fue el de forzar que la Universidad se abriera a las cuestiones candentes de la sociedad chilena. Se crearon múltiples centros de investigación”, entre los que destaca dos: el Centro Interdisciplinario de Desarrollo Urbano (CIDU) y Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN), del que él y su compañera Michèle fueron parte junto a “la mayor parte de los pioneros de la teoría de la dependencia, en todas sus modalidades”: los brasileños Vania Bambirra, Theotônio Dos Santos, Rui Mauro Marini y Fernando Enrique Cardoso, y los alemanes Franz Hinkelammert y André Gunder Frank.

3.1. Del ICIRA al CEREN

Además de ciertas redes internacionales -como la jesuita, en el caso de Mattelart- que promovieron la circulación de intelectuales, hay que atender aquí a la dinámica de los exilios en la región. El inicio del gobierno democristiano en Chile coincidió con el golpe militar contra el presidente João Goulart en Brasil. Por eso, el Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria (ICIRA) acogió a muchos brasileños, entre ellos dos ex ministros: Paulo de Tarso Santos (de Educación) y Almino Affonso (de Trabajo), y al ya mencionado Paulo Freire, que llegó al Instituto invitado por Jacques Chonchol.

Fue en ese marco que el pedagogo brasileño desarrolló *¿Extensión o Comunicación?*, la obra donde su pensamiento más explícitamente se relacionó con la comunicación (Freire, 1973). La primera edición data de 1969 y llevaba el sello del ICIRA⁷. Allí apuntaba Freire:

5. La autoría de este último trabajo es otro indicio de los vínculos estrechos a Mattelart con el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR). Carmen Castillo era por entonces esposa de Andrés Pascal Allende. Según Allende (entrevistado por Zarowsky), Mattelart era un “interlocutor intelectual” y un “ayudista práctico” de la organización. Y tuvo una influencia decisiva en la creación y orientación de un grupo del MIR que hacía seguimiento de medios, en el que participaron entre otros Carmen Castillo y Patricio Biedma (Zarowsky, 2011: 104-105).

6. Para profundizar este tema, véase Zarowsky, 2011. Dentro de la obra de Mattelart, los estudios de 1970 podrían señalar un “salto epistemológico” y una “evolución hacia una nueva forma de compromiso político” (Mattelart, 2014: 99).

7. El mismo año se publicó, también con sello del ICIRA, *La educación como práctica de libertad*.



Otro alemán que formó parte del CEREN fue Norbert Lechner. En esa época, existía en Chile “un ecosistema intelectual cosmopolita” similar al que veremos en México en la siguiente etapa -y que está más estudiado-. “Había una comunidad crítica de especialistas chilenos en ciencias humanas y sociales, con la cual se mezclaba un número importante de exiliados latinoamericanos que tuvieron que emigrar de sus países como consecuencia de la existencia de regímenes autoritarios. Brasileños, argentinos, centroamericanos y bolivianos, sobre todo” (Mattelart, 2014: 98). En la Universidad Católica, uno de los impulsores de la reforma académica que dio lugar a estos centros interdisciplinarios fue el filósofo brasileño Ernani Maria Fiori, que se desempeñó como Vicerrector Académico (Beca, Richards y Bianchetti, 2013). Fiori fue el autor del primer prólogo de *Pedagogía del oprimido*, de su amigo Paulo Freire, fechado en 1967.



Oscar Jara explica que este tiempo en Chile “le permite a Freire desarrollar más la propuesta que había iniciado en Angicos y prefigurado antes del golpe en Brasil, permitiéndole concretizar aportes a programas nacionales de alfabetización y educación de adultos, en ámbitos no tradicionales, involucrando a un buen número de educadoras y educadores (...) Esto se hace posible en un clima de euforia y mística que terminó superando los alcances previstos originalmente por el proyecto de la Democracia Cristiana (...) Freire impulsa con mayor claridad una propuesta que vincula educación y política, el develamiento de la lógica de dominación y la relación entre procesos educativos y procesos de liberación” (Jara Holliday, 2018: 105). Durante este período se divulga extensamente su concepto de “concientización”, que el brasileño dejaría de utilizar a partir de 1972 indicando que había perdido el sentido original con el que lo creó (106-107).

107



En rigor, Freire nunca abordó específicamente la cuestión de los medios de comunicación; pese a ello, suele ser considerado como uno de los autores brasileños más importantes en el desarrollo del pensamiento comunicacional latinoamericano y muchos de los referentes del campo han reconocido la influencia freiriana sobre sus obras (Meditsch, 2002). Como sintetiza Raúl Fuentes Navarro, “Freire formuló principios sobre las relaciones entre educación, comunicación y conocimiento que han sido muy influyentes sobre todo en lo que se desarrollaría en América Latina bajo las denominaciones de «comunicación participativa», «comunicación popular», «comunicación alternativa»...” (1991: 193). En la misma década del setenta hubo varios trabajos que abordaron la obra de Freire y sus aportes al estudio y la práctica de la comunicación. En 1975, Joao Bosco Pinto, Miguel Arnulfo Angel y Víctor Reyes publicaron en *Chasqui* (primera época, N° 10) un artículo al respecto. En 1979, el brasileño Venicio Artur De Lima presentó en la Universidad de Illinois su tesis doctoral *Comunicación y Cultura: las ideas de Paulo Freire*.



Fuera del CEREN, hubo otros dos grupos importantes que abordaron estos temas: uno en el Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO) de la Universidad de Chile y otro en el marco de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO). También abrevaron allí distintos exiliados. En CESO estaba Marco Aurelio García (futuro consejero de relaciones internacionales de Lula) y los argentinos Tomás Vasconi e Inés Resca. En FLACSO, Emilio de Ípola. Zarowsky agrega otros espacios disciplinares como el Departamento de Comunicaciones de la Escuela de Artes de la Comunicación (EAC), también en la PUC, y el Área de Comunicación e Ideología del Instituto de Ciencias Sociales y Desarrollo de la Universidad Católica de Valparaíso (2014: 70).

“El sujeto pensante no puede pensar solo: no puede pensar sin la coparticipación de otros sujetos, en el acto de pensar, sobre el objeto. No hay un “pienso” sino un “pensamos”. Es el “pensamos” que establece el “pienso” y no al contrario. *Esta coparticipación de los sujetos en el acto de pensar se da en la comunicación.* El objeto, por esto mismo, no es la incidencia final del pensamiento de un sujeto, sino el mediatizador de la comunicación. De ahí que, como contenido de la comunicación, no puede ser comunicado de un sujeto a otro. (...) La educación *es comunicación, es diálogo*, en la medida en que no es la transferencia del saber, sino *un encuentro de sujetos interlocutores*, que buscan la significación de los significados” (Freire, 1973: 74-75 y 77. El destacado es mío)

Del ICIRA participaron también Mattelart y los hermanos Castillo, que realizaron aquella investigación sobre la respuesta ideológica y organizacional de los grandes terratenientes a la reforma agraria, antecedente de los trabajos que luego realizarían en el CEREN.

Precisamente, la creación de ese Centro en el ámbito de la Universidad Católica fue una iniciativa de miembros del Instituto de Sociología que estaban vinculados al ICIRA y que en 1968 propusieron al rector Castillo una unidad académica que desarrollara “una formación amplia, humanista y participativa, a través de un programa interdisciplinario, dedicado a la docencia y a la investigación de la realidad nacional”, de acuerdo a los objetivos de la reforma universitaria (Rivera Aravena, 2015: 350). Inicialmente el CEREN estuvo a cargo de Jacques Chonchol, el antiguo conductor de la reforma agraria, que había roto con la Democracia Cristiana para formar parte del MAPU y más tarde sería el Ministro de Agricultura del gobierno de la Unidad Popular. Durante esta etapa, el Centro fue conducido por Manuel Garretón, asumió públicamente un trabajo conjunto con los actores que impulsaban la transición al socialismo y tuvo un enorme crecimiento, pasando de 8 a 27 integrantes, con un perfil cada vez más interdisciplinario.

Tenía tres grandes áreas de estudios: una económica-tecnológica, otra político-institucional y finalmente la que trataba temas de cultura e ideología⁸. Armand y Michèle Mattelart, Mabel Piccini y otros⁹ formaron esta última, donde se abordaron temas vinculados a la comunicación de masas y a los usos populares de los medios. También se integró al centro Patricio Biedma, argentino exiliado en 1966 que se convertiría en uno de los líderes del MIR. En este período se ubica el *momento de transición* que

8. Una buena reconstrucción del organigrama del Centro de Estudios para el período de 1970-1973 se encuentra en el trabajo de Carla Rivera (2015: 354)

9. En las reconstrucción realizada por Rivera Aravena (2015: 354) se menciona a Rafael Echeverría, Fernando Castillo, Jorge Larraín y Antonio Avaria como participantes de este área de estudios. Podemos agregar la presencia de Patricia Fagen, de origen estadounidense, que permaneció en Chile junto a su marido -el politólogo Richard Fagen- durante 18 meses, hasta fines de julio de 1973 (Entrevista con Armand Mattelart). Fagen publicó luego “The Media in Allende’s Chile”, en *Journal of Communication*, vol. 24, n°1, Winter 1974.

Zarowsky identifica en la obra de Mattelart, entre sus contribuciones a la discusión sobre el control de la natalidad y luego a cuestiones de desarrollo rural, y los estudios sobre los medios de comunicación masiva¹⁰, donde se convertiría en “uno de los principales animadores de los debates en relación con el lugar de la cultura y la comunicación en un proceso de transición socialista” (Zarowsky, 2011: 66, 3).

Como señala Rivera Aravena, la vinculación con las necesidades de la sociedad y la inclusión de sus actores en los procesos de construcción del saber estuvo entre los objetivos del Centro desde un principio. Entre las primeras iniciativas hubo un proyecto educativo con Canal 13 UCTV, basado en el método de alfabetización de Paulo Freire. También se planificó, junto al Instituto Fílmico, la realización de una serie de películas sobre temas nacionales que circularían tanto en la pantalla televisiva como en salas de cine de todo el país. La propuesta más sólida fue, finalmente, la revista *Cuadernos de la Realidad Nacional* que apareció por primera vez en septiembre de 1969 y se proponía ser “una tribuna para todas aquellas personas de dentro o fuera de la comunidad universitaria que hagan aportes valiosos e interesantes desde el punto de vista del conocimiento general, del análisis global o de aspectos significativos de nuestra sociedad: de su pasado, de su presente y de sus perspectivas futuras” (*Palabras preliminares*, p. 3).

3.2. La batalla de la comunicación

Como parte de los procesos de reforma universitaria se produjo también la creación de *vicevicerrectorías de comunicaciones*, que expandieron el alcance de los viejos departamentos de extensión. En la Universidad Católica, esta Vicerrectoría fue la gestora del primer Festival de la Nueva Canción Chilena, que en julio de 1969 convocó -y bautizó así por primera vez- a ese movimiento musical que fue, junto al muralismo, el referente cultural de la izquierda chilena (Albornoz, 2005: 149). De esos ámbitos nuevos que se creaban dependieron también los canales de televisión¹¹.

La disputa de la comunicación cobraba vitalidad en vísperas de las elecciones de septiembre de 1970, que enfrentaron a Jorge Alessandri (por el derechista Partido Nacional), Radomiro Tomić (Democracia Cristiana) y Salvador Allende (Unidad Popular). En mayo de ese año, cuando la revista argentina *Los Libros* anunció la salida del trabajo de Armand Mattelart, Michèle Ma-



10. En esa suerte de ruptura epistemológica, este especialista en la obra de Armand Mattelart ubica dos trabajos que escribió junto a Michele Mattelart: *La mujer chilena en una nueva sociedad* (1968) y *Juventud chilena: rebeldía y conformismo* (1970). Ya en el CEREN se puede observar una adopción de la semiología estructural francesa, cuya lectura está mediada por los trabajos realizado por Eliseo Verón en Argentina. También hay una significativa apropiación de la obra de Ronald Barthes. La obra de ambos autores desaparecerá progresivamente de las referencias bibliográficas de los Mattelart.

11. Una particularidad de la televisión chilena es que su desarrollo se dio en las universidades y los principales canales pertenecen a ese ámbito.

ttelart y Mabel Piccini publicado por la Universidad Católica de Chile, lo definió como “un estudio sobre la ideología de los mass-media chilenos, que súbitamente se ha convertido en un instrumento de la batalla electoral” (Nº 8, p. 28).

Precisamente en ese número de *Los Libros* se registraban ciertos cambios en la estructura de redacción que nos interesan aquí. Uno de ellos era la aparición de corresponsales. En Chile quienes cumplían ese rol eran el escritor Enrique Lihn y la exiliada argentina Mabel Piccini, coautora de aquel trabajo. Además, la revista incorporaba una secretaria de redacción, a cargo de Santiago Funes¹², quien luego se instalaría en Chile y publicaría junto con Mattelart y Patricio Biedma un libro clave en este recorrido intelectual.

Al número siguiente (julio), *Los Libros* narraba que, aparecido en marzo de ese año, *Los medios de comunicación de masas* había agotado su segunda edición¹³:

“En Ciencias Sociales es frecuente no sólo la discusión sobre la validez de los trabajos particulares, sino también acerca de la inserción de estos en los marcos de la realidad en que se inscriben y producen. La espectacular transcendencia que adquirió el número 3 de los Cuadernos de la realidad nacional en el proceso político chileno agrega un interesante e inédito elemento de juicio a la polémica”

Los Libros volvería a anunciar una novedad de los Mattelart el mismo año, en octubre, cuando Allende acababa de triunfar en las elecciones. Se trataba de *Juventud chilena: Rebeldía y conformismo*, publicado por la Universidad de Chile (338 pág.) y reseñado en la sección *Sociología* por Patricio Biedma (p. 9). La revista dedicaría un número doble (15-16, enero-febrero de 1971) al proceso chileno, del que citaré algunos materiales más adelante.

En septiembre de 1970 la Unidad Popular obtuvo el primer lugar en los comicios, aunque no tuvo mayoría absoluta. Con el sistema electoral indirecto que regía en Chile, necesitó el apoyo de la Democracia Cristiana -que había obtenido el tercer lugar- para consagrar a Salvador Allende como presidente¹⁴. Así, la llegada al gobierno de la coalición socialista estuvo mediada por un pacto con la DC, que constitucionalmente limitó el margen de acción en algunas áreas, entre ellas la de comunicaciones. Tal condicionamiento resultaba muy significativo ya que durante



El acuerdo con la Democracia Cristiana llevó a la aprobación en enero de 1971 de la Ley 17.398 que introdujo modificaciones a la Constitución Política del Estado (por eso se la conoció como *Estatuto de Garantías Constitucionales*). Por esa vía se consagró el derecho a rectificación en los medios y se garantizó el acceso “en condiciones de igualdad” a todos los medios de difusión para todas las corrientes de opinión, clausurando cualquier posibilidad de estatización. En lo que refiere al margen de maniobra en relación a los medios, la oposición se sumó una disposición en el Presupuesto aprobado por el Congreso (Ley.17.399, artículo 110) que prohibió a los organismos del Estado realizar gastos de publicidad en diarios, radios o televisión.

12. Funes permaneció en ese rol hasta el número 15-16 de *Los Libros*. En el 17 (marzo de 1971) dejó de figurar en la redacción. Más tarde, desde el Nº 22, aparecería como corresponsal en Chile junto a Piccini.

13. Vale tomar nota de un aspecto vinculado a las características de este material y su difícil clasificación editorial. Presentado antes como libro, aparece aquí referido en la sección Revistas: es el Nº 3 de *Cuadernos de la realidad nacional*, una edición especial de la publicación del CEREN. Otro detalle: Armand aparece a veces como Mattelart y otras como Mattelard, y es nombrado como “estudioso francés radicado hace algunos años en Chile”.

14. La DC estaba dividida: una sector liderado por el presidente saliente, Eduardo Frei, quería impedir la asunción de Allende, mientras que Radomiro Tomic -quien, como candidato, había llevado hacia la izquierda el programa partidario- apoyó a la Unidad Popular.

la campaña la Unidad Popular había propuesto “medidas tanto para liberar a la comunicación de su carácter comercial y eliminar la presencia de los monopolios para que las organizaciones sociales dispusieran de ellos y les imprimieran ‘una orientación educativa’” (Zarowsky, 2011: 78).

Según caracterizaría Reyes Matta años después, el programa resultante puso acento en dimensiones económicas y sociales, mientras que “las dimensiones políticas y comunicacionales de la democratización son minusvaloradas y postergadas. En particular, respecto de los medios de comunicación se aplica una política de competencia en el mercado” (en Reyes Matta, 1983: 64). La política de la UP se concentró en medidas que apuntaban a la destrucción del dominio del imperialismo, del monopolio y del latifundio, como paso previo a la construcción del socialismo (Dos Santos, 2009: 16): se profundizó la reforma agraria y se nacionalizaron el cobre, el sistema bancario y el comercio exterior.

Sin embargo, aún con los límites establecidos por el pacto con la Democracia Cristiana, la construcción de una “Nueva Cultura” siguió siendo uno de los pilares de la UP (Zarowsky, 2011: 90) y, al contrario de la percepción de los protagonistas, algunos analistas posteriores como César Alborno (2005) visualizan también ese campo de acción como una prioridad. Crítico del proceso, el propio Mattelart reconoce “numerosas iniciativas de democratización de la cultura”, como también avances “en materia de educación popular” (Mattelart, 2014: 107). En esas acciones estatales se buscaba colocar el pueblo como protagonista y agente de la revolución (Alborno, 2005: 148).

Ciertamente, las principales iniciativas en torno a la formación de una nueva cultura se dieron en el campo de la música, la plástica y la industria editorial (Alborno, 2005: 147), como así también el cine (Schumann, 1987: 191-192), y fueron más restringidas en el campo de los medios masivos (diarios, radio, televisión), salvo en lo que refiere a la producción de revistas u otras publicaciones periódicas, donde la editorial del Estado desarrolló una experiencia enorme, marco y objeto de reflexiones que retomaremos en esta tesis.

En esos medios, para los que rigió el clásico principio de la libertad de prensa, más que intervención del gobierno -que se acotó a los medios que ya disponía del Estado¹⁵- hubo un notable activismo partidario. Las fuerzas políticas integrantes o allegadas a la Unidad Popular adquirieron o fundaron periódicos y revistas: *El Siglo y Puro Chile* (del PC), *La Última Hora* (PS), *Punto Final* (ligada al MIR), *De Frente* (MAPU), etcétera. El PS consiguió comprar una cadena nacional y sus estaciones provincia-



La política que limitó la importación de películas redujo a la mitad la presencia de las películas norteamericanas, lo cual fue un gran incentivo (Mattelart, 2014: 111; también Mattelart y Mattelart, 1977: 16). Fueron años de auge del cine experimental y de vanguardia, promocionado desde la estatal Chile Films, que venía impulsada desde el período previo. Schumann (1987: 191-192) asegura que en los tres años del gobierno de la Unidad Popular el cine tuvo más producción que en las siete décadas previas. Además, cobró enorme popularidad el cine “utilizado como medio al servicio del proceso de transformaciones sociales”.



La ley que regía la televisión chilena se aprobó después de las elecciones, diez días antes de la asunción de Allende como presidente. En otro contexto, se hubiesen destacado ciertos criterios incluidos en la norma, pero en la práctica significó una limitación al margen que tuvo la Unidad Popular para la conducción del medio. La Ley 17.377 mantenía un número limitado de canales: el estatal Televisión Nacional de Chile (creada por la misma norma) y tres universitarios (Universidad de Chile, universidades Católica de Chile y de Valparaíso). Ya durante el gobierno popular, en mayo de 1971, se dictó un Reglamento para esa ley, que incorporó por ejemplo la elección de representantes de los trabajadores de la Televisión Nacional ante el Consejo Nacional de Televisión. También precisaba normas básicas sobre publicidad y auspicios comerciales (Salinas Bascur, en VV.AA., 1981: 351).

15. En televisión, las medidas no fueron mucho más allá de la reducción de la programación extranjera y la promoción de una programación educativa para el Canal Nacional de Televisión que el gobierno de Frei había inaugurado en 1969. Tras nacionalizar la RCA Víctor se creó la Industria de Radio y Televisión (IRT) para estimular el desarrollo tecnológico local.

les, aunque esto no fue “acompañado de un cambio radical en relación con las audiencias” (Mattelart, 2014: 110). El MIR también llegó a plantearse el proyecto de una radio. En septiembre de 1973 había 40 radioemisoras en manos de partidos o referentes de las izquierdas¹⁶.

En el Estado, la Editorial Nacional Quimantú fue el principal ámbito donde se pensaron y desarrollaron otras formas de comunicación y producción cultural, sobre las que volveremos más adelante.

3.3. Intervenciones y debates en la primera etapa de la Unidad Popular

La singularidad del proceso chileno, la creciente relevancia de los medios masivos y la reflexión al interior de experiencias donde se impulsaron transformaciones efectivas -sobre todo Quimantú-, dieron lugar a múltiples intervenciones que -en su mayoría- se plasmaron en artículos de revistas o libros publicados en los días de la Unidad Popular.

Tempranamente, un grupo de catorce escritores -entre ellos, Ariel Dorfman y Enrique Lihn- publicaron en diciembre de 1970 un documento titulado “Por la creación de una cultura nacional y popular”¹⁷, donde planteaban que “superar el subdesarrollo y la dependencia es a la vez una acción cultural”. Llamaban a tomar las riendas de las políticas culturales y de comunicación:

“...Medios dispersos hasta ahora abandonados a sus propios recursos, que han realizado tareas bien encaminadas, existen. Organismos o medios neutralizados, paralizados o falsificados, que deberían reorientarse, abundan. Sin distinguir, por ahora, entre unos y otros, podemos enunciar muchos: prensa, televisión y radio, editoriales, extensión y departamentos universitarios, bibliotecas, casas de cultura, organizaciones campesinas y obreras, sindicatos, centros ministeriales como el de perfeccionamiento del magisterio, asociaciones artísticas, intelectuales, artesanales. Penetradas del nuevo espíritu, dinamizadas y ampliadas, distinguidas por una nueva valoración de las funciones sociales de la cultura, dichas entidades tendrían que impulsar la investigación creadora de nuestras condiciones como país dependiente y subdesarrollado, *poner al alcance del pueblo las herramientas de análisis*, ‘traducirlas’ cuando el lenguaje especializado las haga inabordables, provocar la formación de conciencia sobre los alcances perniciosos de la subcultura comercial y generar, de este modo, la autocrítica que abra paso al nacimiento de un *lenguaje propio que suplante el lenguaje alienado* -que una estructura obsoleta

16. Estas serían expropiadas en su totalidad la dictadura de Pinochet, que en 1974 creó a partir de ellas la Radio Nacional (Munizaga, en VV.AA., 1982b: 45).

17. El texto salió en *Cormorán*, N° 8, diciembre de 1970. En Argentina fue reproducido por el N° 15-16 de *Los Libros*, dedicado a Chile.

nos presiona a emplear- y que sea auténticamente revelador de nuestras características esenciales” (Los destacados son míos)

El documento proponía una medida institucional -la creación de una Corporación de Fomento de la Cultura-, pero sobre todo ponía en discusión el rol que debían adoptar los intelectuales como orientadores, críticos o celadores del proceso revolucionario, más que como un grupo privilegiado:

“En cuanto a la preocupación de nuestros intelectuales por integrarse en el nuevo proceso como profesionales de la cultura, se hace necesario denunciar aquí, en primer términos, la actitud paternalista, como la suposición de que habría una cultura lista para ser envasada, etiquetada y atribuida, y que sólo faltaría ponerla al alcance de las masas. Detrás del celo profesional se esconde, bajo un signo negativo, la avidez por beneficiar a los artistas e intelectuales como estamento...”

El número de *Los Libros* que incluyó este documento¹⁸ publicaba también un artículo de Mattelart titulado “Los medios de comunicación de masas en un proceso revolucionario”, que marcaba la agenda de lo que se discutiría a lo largo de 1971. Los argumentos de este artículo se integraron en el texto que Mattelart incluyó en *Comunicación masiva y revolución socialista* (Mattelart, Biedma y Funes, 1971) y luego del golpe reeditó -con algunas modificaciones- en *La comunicación masiva en el proceso de liberación* (Mattelart, 1973).

El 9, 10 y 11 de abril de ese año -días después de unas elecciones municipales que fortalecieron la base electoral de la Unidad Popular- se realizó la primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda¹⁹, inaugurada por Allende y a la que Mattelart fue convocado a dar una conferencia²⁰. En la convocatoria a la Asamblea se planteaba:

“La verdadera libertad de prensa se alcanzará en Chile cuando los medios de comunicación de masas formen parte del área de propiedad social, es decir de todos los chilenos. La prensa debe ser instrumento al servicio de la liberación y la cultura de nuestro pueblo y no un negocio privado, ariete ideológico de una minoría nacional y extranjera, como ocurre actualmente”.

Dos semanas antes de esa Asamblea, el semanario *Punto Final* publicaba sus expectativas en un artículo firmado por “E. F.”, con el título “La sorda voz de la izquierda”. Hablaba de “falta de

18. Un lugar central de esa edición lo tuvo el movimiento de pobladores. Carlos Sempat Assadourian, Carmen Castillo y un redactor de *Los Libros* grabaron ocho horas de conversaciones con habitantes de un campamento, que constituían la nota central. También escribieron en el número Petras, Dorfman y Mattelart.

19. Un antecedente de la Asamblea fue la formación de un Frente Marxista de Medios de Comunicación (FREMAC), integrado por unos 25 periodistas y escritores, pero que tuvo corta vida (Aguirre Bianchi, en Vidal-Beneyto, 1979: 258).

20. Publicada después en *Punto Final* (Nº 128, 13 de abril de 1971)

una política de comunicación colectiva” y planteaba un panorama desalentador:

“Después de cuatro meses de Gobierno de la Unidad Popular, los medios de comunicación colectiva y la publicidad estatal aparecen como aparatos estancados. Mientras la prensa de oposición lanza una ofensiva sin cuartel ni contemplaciones, el periodismo comprometido con la revolución socialista se mantiene a la defensiva, en una posición desconcertante.”

El articulista planteaba que, mientras regía en Chile la plena libertad de expresión, no había un “enfrentamiento limpio”, y enumeraba maniobras desestabilizadoras realizadas por medios de la derecha. Finalmente cuestionaba que la comunicación estuviera en manos de empresas con fines de lucro, caracterizadas además por la concentración.

¿Qué alternativas se planteaban frente a ese panorama? El artículo de *Punto Final* sólo anunciaba la Asamblea prevista para días después, “para estructurar un organismo de dirección política de los periodistas que están por el socialismo”. En ese encuentro se consideraron varias opciones:

“desde la constitución de cooperativas de medios de comunicación, la sanción de una legislación que democratizara el acceso y la participación de los periodistas en sus lugares de trabajo y sus organizaciones profesionales hasta las diversas variantes de control de los trabajadores de sus medios (sobre todo a partir de que en algunos casos los periodistas habían conseguido expresar en columnas firmadas opiniones contrapuestas a las de la línea editorial de las empresas donde trabajaban) llegando a las propuestas de estatización lisa y llana como transición hacia la socialización de los medios de comunicación” (Zarowsky, 2011: 85).

Como parte de esos debates, a fines de 1971 apareció con el sello de Prensa Latinoamericana (PLA) la primera edición de *Comunicación masiva y revolución socialista*, un libro donde convergían tres aportes, de tres autores vinculados pero a su vez con matices: Armand Mattelart, Patricio Biedma y Santiago Funes. La “fecha de cierre” del libro es julio de ese año, según consta en el prólogo -firmado el 26 de julio- y en la fecha de cada artículo²¹.

Lo que aglutinaba a los ensayos era el campo de discusiones: los tres abordaban “el proceso de transformación de las formas de comunicación masiva y en general de las formas de cultura en el momento actual chileno”, según plantea un breve texto inicial, sin firma:

“Tres temáticas les vertebran y enlazan. En primer lugar,



21. En la versión publicada en *La comunicación masiva en el proceso de liberación*, Mattelart precisará que su trabajo se escribió fundamentalmente entre los meses de noviembre de 1970 y mayo de 1971.

se trata de una interrogación acerca de las implicancias de la práctica comunicativa, instaurada por un sistema de relaciones mercantil (...) La segunda línea de fuerza procura situar -en función de los intereses del proletariado- el papel que le compete a la pequeña burguesía intelectual y técnica en esta labor de redefinición de los centros irradiantes de cultura. La última indaga sobre los posibles modos de superación de las diferentes formas de concentración de las fuentes de conciencia social, o en otras palabras, plantea los requisitos de la democracia cultural sin desvincularla, por supuesto, de la problemática de las exigencias de la democracia socialista toda" (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 9).

El primero y más extenso de esos trabajos correspondía a Mattelart. Titulado "Comunicación y cultura de masas", recuperaba un conjunto de análisis que habían sido "desarrollados o insinuados" en artículos previos publicados en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, *Los Libros*, *Cine Cubano* y *Pensamiento Crítico*. Su preocupación era cómo "poner el aparato de comunicación al servicio de la creación y de la vivencia de otra racionalidad, de otra cultura"; o en otras palabras, "la envergadura que debe cobrar una política revolucionaria de comunicación" (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 13, 46). Aunque reconocía como dificultad la falta de trabajos sobre el tema, aseguraba que sus reflexiones "se resisten a contribuir a un inventario de carencias y a un nuevo libro de lamentaciones. Convergen hacia una propuesta de acción" (17).

El ensayo está organizado en siete apartados. Los tres primeros apuntan a un diagnóstico de la situación de la comunicación en la sociedad capitalista: "La naturaleza de la actividad comunicativa de la burguesía y del imperialismo", "El cerco de la libertad de prensa burguesa" y "El autoritarismo de la comunicación". Articulan lecturas de Marx y Engels, Gramsci, con teóricos de la dependencia cultural (como Tomás Amadeo Vasconi, recientemente publicado en Chile). También hay varias referencias a la Revolución Cultural China.

Así, aún cuando reconocía que la comunicación masiva era el dominio donde menos habían ahondado los estudiosos marxistas, había un intento de revisar desde el marxismo las cuestiones de la cultura y la comunicación, mediante la elaboración de una perspectiva heterodoxa tanto en términos políticos como en términos de análisis cultural (Zarowsky, 2011: 85-86). Para Mattelart,

"A toda la mitología económica y jurídica -que Marx desentraña- que permite a la clase dominante controlar los medios de existencia del pueblo, ha venido a sumarse otro cuerpo mítico con el desarrollo de lo que podría considerarse una nueva *fuerza productiva*: el medio de comunicación de masas. Dicha nueva fuerza es el poder tecnológico de manipulación y adoctrinamiento. Controlarlo significa controlar las conciencias..." (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 21)



La Revolución Cultural fue un proceso sociopolítico que se produjo en China a partir de 1966, impulsado por el líder del Partido Comunista Chino Mao Tse-tung. Presentado como la búsqueda de erradicar a la ideología burguesa y preservar al comunismo frente a los elementos capitalistas y tradicionales de la sociedad china, articuló una serie de intervenciones en el ámbito de la educación, los medios, las ciencias, las artes y la gestión de gobierno. Una medida, por ejemplo, fue la eliminación de los exámenes para acceder a la educación superior y su reemplazo por el requisito de tareas obreras y campesinas previas al ingreso. En el mismo sentido, se obligó a los trabajadores intelectuales y a dirigentes políticos a dejar periódicamente sus cargos e ir a trabajar, un mes por año, en fábricas y granjas (Gilman, 2003: 184-185). En agosto de 1966 una Plenaria del Comité Central del PCCh adoptó una decisión de 16 puntos que resumió los lineamientos de la "gran revolución cultural proletaria". Allí se convocaba a "que las masas se liberen a sí mismas" en lugar de "manejar todos los asuntos en su nombre" (en Fan, 1970: 156). En la práctica, la Revolución Cultural convirtió un movimiento estudiantil (La Guardia Roja) en una campaña masiva que desafió a los dirigentes que eran considerados "antisocialistas" o "antipartido". El programa de 16 puntos, cabe decir, daba absoluta centralidad al pensamiento y la personalidad de Mao como guía de la revolución. Así, se instruyó a la publicación de 35 millones de ejemplares de las *Obras Escogidas* de Mao Tse-tung, además de reeditarse textos suyos en forma de folletos. Asimismo se hicieron traducciones a varias lenguas (entre ellas el español) publicadas por las Ediciones en Lenguas Extranjeras de Pekín, a las que seguramente tuvo acceso Mattelart. Más allá de sus enunciados, en los años sucesivos la revolución cultural resultó la justificación para la persecución masiva de disidentes.

El autor sostiene que, en el capitalismo, los medios tienen una función “desorganizadora y desmovilizadora” de las clases dominadas, que extiende la regimentación ya presente en el trabajo y la escuela hacia las instancias de ocio y descanso. Y denuncia el carácter clasista del concepto de “libertad de prensa”, que “permite que el poder de la información pertenezca a la minoría propietaria, va a la par con una concepción de organización del medio de comunicación de masa que encuentra su expresión en la verticalidad del mensaje” (64).

A estos apartados iniciales le siguen cuatro que constituyeron el núcleo de su planteo y avanzaban hacia una propuesta de formas de comunicación que abonaran la construcción de un poder popular: “La devolución del habla al pueblo”, “La respuesta a la ofensiva ideológica”, “La revolución cultural en la comunicación”²² y “Los avatares del cambio superestructural: del proyecto pequeño burgués al proyecto proletario”²³.

El punto de partida es una perspectiva crítica de lo sucedido hasta el momento con los órganos de comunicación vinculados a la Unidad Popular, en los que las noticias no estaban inspiradas “por un objetivo de movilización de la audiencia”. “El mero anunciar y examinar las medidas de gobierno no basta para diferenciar un periodismo de derecha de un periodismo de izquierda y genera la ambigüedad siguiente, al hacer creer que el único actor de la revolución es la entidad gubernamental” (82). Mattelart se pregunta entonces: “¿Cómo devolverle el habla al pueblo? ¿Cómo invertir la dinámica que acabamos de esbozar?” (83). *Devolver el habla al pueblo* era una expresión que provenía de la Revolución Cultural China, un proceso reciente al que Mattelart leía con mucho interés.

A la hora de esbozar alternativas, el texto no rehuye a la relectura de Lenin, Trotsky y otros referentes de la revolución rusa (Meyerhold, Brecht, Lunacharski, Medvedkin)²⁴. Así propone “sacar provecho de las lecciones históricas” que sitúan “el papel de los órganos de información en un proceso de cambios estructurales” (83). También recupera aportes de Gramsci y de precursores de la prensa obrera en Chile, como Luis Emilio Recabarren.

Los aspectos nodales de esta parte propositiva de Mattelart entroncan con las características que definen con mayor frecuencia a la *comunicación popular*, presentadas en la Introducción de esta tesis:

- La definición del medio de comunicación por su capacidad de *movilización* y por una *función educativa*. Mattelart plantea

22. En *La comunicación masiva en el proceso de liberación*, este apartado cambia de título por “El cambio en el modo de producir cultura”.

23. Este es el capítulo donde Mattelart introducirá más variaciones al reeditar el trabajo en 1973 en el marco de *La comunicación masiva en el proceso de liberación*, donde esta parte llevará por título “El proyecto de liberación cultural pequeño burgués versus el proyecto proletario”.

24. Como veremos en el capítulo 4, cuando Siglo XXI Buenos Aires empezó a publicar obras de Mattelart, incluyó también en su catálogo a *El cine como propaganda política: 294 días sobre ruedas*, de Alexander Medvedkin, y a *Información de clase*, de Vladimir Ilich Lenin.

que “en un proceso revolucionario, el medio de comunicación de masas debe convertirse en un organizador, un agente de movilización y a la vez un agente de identificación de los grupos dominados” (85) y agrega: “Se trata de transformar un artículo de goce y de ocio en objeto de instrucción” (93).

- La necesidad de una comunicación “más cerca de la vida”. Aquí cita en extenso un artículo publicado en *Pravda* el 20 de septiembre de 1918, donde Lenin criticaba a los periódicos de izquierda porque en ellos “se dedica demasiado espacio a la agitación sobre viejos temas, al estrépito político” y “se reserva un espacio mínimo a la edificación de la vida: a la reproducción de multitud de hechos que dan testimonio de ella”. Para Lenin, los viejos periódicos no hablaban ciertos temas -por ejemplo, la situación interior de las empresas- por responder a los intereses de la burguesía.

“Prestamos poca atención a la vida *cotidiana* de las fábricas, del campo, de los regimientos, donde lo nuevo crece en número, donde hace falta concentrar la mayor atención, desarrollar la publicidad, criticar a la luz del día, estigmatizar los defectos y llamar a asimilarse los buenos ejemplos. Menos estrépito político. Menos razonamientos intelectuales. Mantenerse más cerca de la vida. Prestar más atención a cómo la masa obrera y campesina construye *de hecho* lo nuevo en su diario esfuerzo. *Comprobar* más hasta qué punto esto nuevo es de carácter *comunista*” (Lenin, citado en Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 83-84)²⁵

- El protagonismo del pueblo: “lo que es medular detrás de este nuevo planteamiento, es el sitio que ocupa el pueblo en el centro de la noticia y de su comentario” (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 85). “La definición del pueblo como protagonista implica, sobre todo, que las clases trabajadoras elaboren sus noticias y las discutan. Eso significa que pueda ser el emisor directo de sus propias noticias, de su comunicación” (86).

Como expresa Zarowsky (2011: 87) en estas ideas se expresa la estrategia de *poder popular* en materia de comunicación. Esta noción, que como veremos cobró fuerza en el proceso chileno a partir de 1972, está presente ya en este texto de Mattelart (95, 122).

Para propiciar aquel protagonismo, Mattelart plantea dos ideas: la formación de células de información, a partir de las organizaciones de clase, y el trabajo con *corresponsales obreros*, idea que toma y adapta de la experiencia rusa, en términos generales de Lenin y en particular de comisario del pueblo (ministro) de instrucción pública Lunacharski (176-178)²⁶.

En aquel modelo Lunacharski planteaba que “el correspon-

25. La cita está tomada de V. I. Lenin. ‘Du caractere de nos journaux’, en Oeuvres, París, Moscú, T. 28. pág. 222-234. (V. I. Lenin, Lénine et la Press, Ed. du Progres, Moscú, pág. 299). La edición de 1973 señala que hay edición en español: “Cómo deben ser nuestros periódicos”, Obras Completas, Buenos Aires, Cartago, 1960, t. 28. p. 90-92.

26. Las citas que Mattelart hace de V. Lunacharski están tomadas de *Les bases de la politique théâtrale*.

sal obrero no es sólo un periodista, un trabajador de la pluma, sino también un centro de difusión cultural alrededor del cual se agrupan muchas personas, un divulgador importantísimo de la cultura en el medio proletario [...]" (citado en 177). Es un portavoz del que se espera un testimonio sincero de su propia experiencia personal y de quienes lo rodean. En la experiencia evocada, los *corresponsales obreros* desbordaron el ámbito estricto de la prensa para ser parte de una nueva creación teatral orientada a la clase trabajadora.

En el caso de la información, para Mattelart, estas prácticas suponen una ruptura con lo que denomina el *periodismo representativo*, propio del capitalismo: "en un proceso de adquisición, por parte del pueblo, del derecho a producir y a usufructuar sus noticias, si bien no desaparece el periodista, debe desaparecer el *periodismo representativo*, tal como lo concibe la burguesía" (p. 94).

- Esta participación, en definitiva, propone *cuestionar el esquema unilateral de la comunicación emisor→receptor*. Esta ruptura empieza, para Mattelart, al "quebrar el carácter envasado del mensaje, sea revista, sea película, programa de televisión, etc., que hace perder a este último la posibilidad de ser enjuiciado, de someterse a una eventual reformulación más adecuada, en última instancia quedar abierto para servir mejor los objetivos se propone".

"Se trata de poner en jaque la dimensión unilineal emisor-receptor, que establece una relación sólo ficticia y mercantil entre los dos polos. El material elaborado debe cumplir con el requisito de la circularidad, expresión genuina de un verdadero circuito de comunicación, según una aceptación no mitificadora. Es decir, que lanzado por su emisor a 'las masas' debe retornar a su emisor, desalienado y enriquecido por los resultados de su paso por las masas" (Mattelart, 1973: 95)²⁷

Para referir al "restablecimiento" del "fluido comunicativo", Mattelart también cita a Meyerhold -inspirador de formas teatrales que encontrarían su plenitud con Piscator y Brecht-, quien buscó romper "la barrera entre el espectador y el espectáculo" y "superar el carácter convencional tanto del teatro académico como del arte llamado comprometido, y de hacer convivir goce y didáctica" (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 179).

No obstante las numerosas citas sobre la revolución bolchevique, el autor tenía claro que Chile, medio siglo después, suponía un contexto distinto: "todas las revoluciones socialistas, hasta ahora se realizaron en condiciones tales que pudieron decretar del día a la mañana la expropiación total de la comunicación

27. Aquí hay una leve diferencia de redacción entre *Comunicación masiva y revolución socialista* y *La comunicación masiva en el proceso de liberación*. Se cita la versión más clara, que corresponde al libro de 1973. En Mattelart, Biedma y Funes, el párrafo en cuestión está en la página 90.

masiva -y, en caso de no existir, implantarla-” (148-149). Planeaba, finalmente, una ruptura con la idea mecanicista de que un cambio de propiedad sería suficiente para transformar las formas de comunicación:

“Lenin pudo decretar la desaparición de la prensa burguesa; el gobierno revolucionario de Cuba pudo suprimir los *comics*; pero en Chile las cosas son obviamente distintas. Tampoco podemos avalar la concepción mecanicista de la transformación del medio de comunicación, consistente en creer que el camino en la infraestructura o en la base económica, es el único elemento y el detonante de la modificación en la superestructura. *Igualmente rechazamos la concepción que no encara la lucha ideológica como un instrumento de toma del poder e insistimos en el hecho de que, tanto en la sociedad burguesa como en una sociedad en transición del capitalismo hacia el socialismo, el medio de comunicación masiva hace avanzar las conciencias más allá de la base.* El medio burgués prepara las conciencias para aceptar que no haya cambios sustanciales, que la base no experimente ninguna alteración estructural. Un medio revolucionario –si abandona su posición superestructuralista- no sólo adquiere el impacto de los cambios en la base sino que puede cumplir una labor propedéutica o de aprendizaje del cambio, puede preparar y crear conciencias, encaminando a las masas hacia una actitud dinámica para lograr estos cambios y consolidarlos. En este sentido, dicho medio es una vanguardia (aunque debe evitar el profetismo), tanto en la creación de nuevas formas de expresión como de nuevas formas de pensar, de sentir y de ver la sociedad” (Mattelart, 1973: 140. El destacado es mío)

Es muy interesante, a la luz de la experiencia de Quimantú, volver sobre el inicio de la cita: *Cuba suprimió los comics, en Chile las cosas son distintas*. Páginas más adelante, Mattelart plantea -como “hipótesis”- que durante un período de transición -y para ciertos medios, géneros y formatos- “la problemática de transformación del medio” podría consistir “en revertir el orden burgués, cambiando el signo de la realidad”. Y ejemplifica con la idea de cambiar los contenidos de la fotonovela y al cómic, que veremos en el siguiente apartado.

En una reflexión a posteriori (Mattelart, 2014) Mattelart afirmó que a la dificultad que tenía “la mayoría de la izquierda” para “pensar sobre los medios de comunicación” se añadía “el peso de una concepción instrumental de la comunicación y de la herencia del *agitprop*”. La concepción de la agitación y propaganda “chocaba con los referentes de una sociedad acostumbrada, en su quehacer diario, a las lógicas de la cultura de masas. La prueba de este choque la constataron Michèle y Mabel Piccini” (Mattelart, 2014: 107) en un estudio sobre audiencias de televisión en las poblaciones que mencionaré más adelante.

Mattelart reconocía que paralelamente a la *devolución del*

habla al pueblo era necesario “afianzar el frente de la lucha para arrebatarse a la burguesía y al imperialismo el control de los medios de comunicación masivos” (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 100). Entre las opciones barajadas²⁸, impugnaba la cooperativización de los medios -que había sido sugerida en el discurso inaugural de Allende en la Asamblea de Periodistas de Izquierda- ya que “podría seguir la misma línea de la cooperativización de la reforma agraria integracionista” realizada por el gobierno de Frei, “que generó un estrato privilegiado y desolidarizado de su clase, reacio a efectuar el salto a la etapa de socialización de la propiedad”.

Por último, el ensayo aborda el lugar de los *mediadores intelectuales y técnicos*, otro asunto que como vimos es clave en los debates sobre la comunicación popular. Plantea que la “cuestión medular” es “la superación de las contradicciones de los que la burguesía ha consagrado como dueños del conocimiento”; que requiere un doble proceso de concientización: la *proletarización del intelectual* y la *intelectualización del proletariado*. Ambos sectores, dice, deben enseñarse mutuamente.

La adquisición de herramientas intelectuales por parte del proletariado -o de “las masas”- está asociada al sistema de corresponsales y las células informativas, ya mencionadas, y a experiencias como los talleres realizados en Quimantú, que veremos a continuación. Y tuvo como una referencia ejemplar el ensayo-manifiesto del cineasta cubano Julio García Espinosa, que abogaba por un “cine imperfecto”²⁹.

A su vez, había que evitar que la pequeña burguesía partidaria de la revolución promoviera su propio interés como interés general, con el pretexto de la libertad de expresión, creación y experimentación: “Lo que estaba en juego, antes que la desaparición de los intelectuales, era más bien la redefinición de su relación con las masas, donde ‘de detentores exclusivos del sentido’, debían transformarse, para Mattelart, ‘en monitores del sentido’” (Zarowsky, 2011: 92-93).

Los dos textos que completan *Comunicación masiva y revolución socialista* compartían un campo temático con el trabajo de Mattelart, pero no dialogaban explícitamente, y tenían matices. No es extraño, en ese sentido, que en 1973 y ante una propuesta editorial de Siglo XXI, Mattelart publicara su ensayo escindido de los aportes de los argentinos Biedma y Funes, y acompañado de otro texto, propio.

28. Cabe señalar la estrecha relación del trabajo en Mattelart en *Comunicación masiva y revolución socialista* con la coyuntura reciente; por ejemplo, la Asamblea de Periodistas de Izquierda mencionada páginas atrás. El autor retoma y analiza propuestas de esa asamblea (p. 101-102, 130), como así también del Congreso Nacional de Educación y Cultura de La Habana, realizado el mismo mes, donde “toda el área de comunicación masiva, abarcando desde la televisión hasta la literatura infantil, fue sometida a una interrogación crítica” (150). Retoma explícitamente la presentación realizada por el MIR en la Asamblea, con una cita que se extiende más de una página. También destaca, luego, la “importancia capital de crear una agencia informativa nacional” (103).

29. Escrito en 1969, es el texto que ocupó las páginas iniciales del primer número de la revista emblemática -aunque tardía- del período, *Comunicación y Cultura*, de la que hablaremos más ampliamente en el capítulo 5.

El trabajo de Santiago Funes se situaba en el plano literario y en buena medida daba cuenta de discusiones mantenidas con Oscar del Barco, Héctor Schmucler y Carlos Zolla. En él se percibe una fuerte inspiración en la obra de Derrida, *De la gramatología*, de muy reciente aparición en español³⁰. También tenía una clara inscripción en el proceso de transformación chileno y sus debates. Funes aborda la “politización de la zona literaria de la ideología” que “supone la desaparición de las categorías que se han consagrado técnica y socialmente para dar razón de la literatura” (autor, libro, lector, géneros...) y “la cancelación de los rangos sociales que hasta hoy aparecen sustentando un uso representativo de la producción literaria y que dan pie a los falsos procesos de asignación de sentido...” (328). Y refiere a un proceso democrático que tiende a una “desaparición progresiva de la categoría de consumidor, tanto en el plano estrictamente económico como en el de las actividades superestructurales. El mundo que construirá la revolución sería un mundo de productores” (329).

El texto de Patricio Biedma, “Prensa burguesa, prensa popular y prensa revolucionaria” tiene más puntos de contacto con Mattelart, tanto en su interés por la prensa como por sus referencias a teóricos del marxismo: Marx, Lenin, Trotsky y Mao, e incluso un discurso de Fidel Castro en el congreso cultural de 1971. Como ya vimos, además de su pertenencia al MIR, el argentino -exiliado en 1966, formado como sociólogo en Chile- formó parte del CEREN junto a Mattelart. Al escribir este artículo tenía 24 años. No hay una vasta obra intelectual posterior, ya que Biedma fue secuestrado y desaparecido en Argentina en junio de 1976, en el marco de las operaciones del Plan Cóndor.

En su tesis de maestría, *Cultura y política en el laboratorio chileno*, Zarowsky comparó en detalle las perspectivas de Mattelart y Biedma, y concluyó que éste último expresaba un énfasis más instrumental sobre la cuestión. En términos generales, su texto tematizó la enajenación de la comunicación en el capitalismo, por la que “no nos informamos, sino que nos informan” y la noticia constituye una mercancía:

“Hay miles y miles de acontecimientos diarios y miles y miles de personajes que participan en ellos. La elección de cuáles van a constituirse en noticia pública no está en manos de sus actores, sino de personas distintas de ellos: está en manos de otros (...) [E]n una sociedad de clase, la clase dominada no puede informarse a sí misma; por las condiciones de su opresión es la clase opresora la que asume ese papel” (Biedma, en Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 210)

En ese contexto, ponía en tensión la idea de *prensa popular*, entendida como una prensa de izquierda pero desligada de la

30. Fue traducido en 1971 por Siglo XXI Buenos Aires. El texto original también era reciente, de 1967.



Además de los cambios de la comunicación propiamente dicha, Biedma apuntaba además a otras condiciones estructurales: por ejemplo, la necesidad de expropiar también insumos esenciales: “la expropiación de un periódico nunca puede llegar a ser total si, por ejemplo como ocurre en Chile, el papel está en manos de un monopolio capitalista. El proceso por el cual culmina la expropiación de un diario es paralelo al proceso por el cual culmina la expropiación del papel y demás elementos” (Biedma, en Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 238). El tema no fue nada ajeno al proceso chileno. Entre las cinco coyunturas que analiza Morales (1978), dos giraron en torno a la posible incorporación al área de Propiedad Social de la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones, que presidía el ex presidente Alessandri y que mantuvo el monopolio privado de producción de celulosa y papel. El tema se discutió públicamente en septiembre/noviembre de 1971 y en junio de 1972, pero el gobierno no concretó ninguna iniciativa al respecto, asediado por una fuerte campaña de la prensa nacional e internacional en defensa del *statu quo*. Mientras tanto, según narran Muñoz Flores, Pérez Cornejo y Poblete Cortés, Quimantú importaba papel de Finlandia porque la papelería nacional no le vendía al sello estatal (2019: 16).

organización del partido revolucionario; una prensa hecha por sectores de la pequeña burguesía (348) que asumen una función de supuesta representación, en la que finalmente se generan intereses propios (252). En el texto de Biedma, la prensa popular aparece como una iniciativa -insuficiente- para “atenuar” el aislamiento, pero el autor insistirá en que “la única forma de organización que lo soluciona definitivamente es la conformación de la clase revolucionaria, de la ‘clase para sí’”. La prensa popular entonces aparece como una “una manifestación fiel de la contradicción fundamental del período de transición” (242), entre otras cosas porque no logra desligarse del carácter comercial de la información en la sociedad capitalista. La verdadera alternativa -que el autor llamará *prensa revolucionaria*- es aquella que logra romper con esas condiciones, lo cual implica un cambio en las condiciones de propiedad pero también una movilización y protagonismo de la clase popular en la producción -y también en la lectura- de la información. Aquí hay una evidente afinidad con la propuesta de Mattelart, como así también con la preocupación que Dorfman plantearía más tarde en un manifiesto:

“Movilizar es, entonces, darles una forma orgánica a las masas de trabajadores y organizando combativamente a los trabajadores también se organiza su lectura masiva y organizada de la prensa. Ese es un gran paso y de allí a que ellos mismos sean los emisores de la información queda un corto trecho. Pero ¿es acaso la prensa la que puede organizar a los trabajadores? ¿qué papel puede cumplir, tal como hoy está estructura, en esa función? Las formas que pueda asumir es lo que realmente necesita un urgente estudio, una práctica revolucionaria. No se trata de argumentar a la ligera: ‘Dejen de informar y tomen el fusil’. ¿es necesario encontrar la forma! Podremos expropiar a los burgueses de sus medios de comunicación, echarlos, arrancarlos de su posición desde lo que perciben la plusvalía, pero es evidente que no solucionaríamos la situación: el obrero aun comprará el diario todas las mañanas y lo leerá en el micro, en el descanso de la fábrica, en su casa y no lo leerá con su clase...” (Biedma, en Biedma, Mattelart y Funes, 1971: 222)

Los intelectuales de la época arribaban a una reflexión compartida: la expropiación de los medios era necesaria pero no suficiente. Había que crear nuevas formas, propiciar cambios culturales. El siguiente párrafo ofrece una clara síntesis del planteo:

“...¿Qué son hoy en día los trabajadores de la prensa en Chile?: obreros explotados que no podrían pronunciar más valores que los que la burguesía les ha inculcado, aunque con otros contenidos de información. ¡Expropiemos *El Mercurio* de Chile! Bien; ¿qué hacer luego con él? ¿una prensa popular?; ¿podríamos hacer con él algo más que una prensa popular? Habremos tapado la boca a la burguesía y ella aparentemente ya no nos molesta; de acuerdo, podemos

desplazar a los capitalistas de los medios de comunicación; pero el proceso no termina allí, sino que recién empieza. Producir noticias no es como producir calcetines, donde ya se tiene el molde y, si fuera necesario, se modificaría lo esencial para que él sirva a la mayoría de la población. Expropiar la prensa burguesa chilena, sin tener control de los centros que permiten su producción y sin tener la capacidad suficiente para oponerse al poder ideológico de ellos, es hacer que el pueblo hable por boca de los capitalistas, manteniendo y reforzando su poder, aunque aparentemente parezca que se les ha logrado callar (...) La expropiación, lógicamente, es necesaria, pero también es necesario ubicarla dentro de un momento en que realmente se pueda maximizar el beneficio que ella aporta a los trabajadores” (en Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 240).

El asunto vuelve así sobre la construcción del *poder popular*, *poder obrero* o *poder dual*, según términos frecuentes en la época. ¿Cuándo se puede hablar de periodismo revolucionario? Cuando el pueblo sea el “único emisor de noticias y, por tanto, el activo receptor de ellas” (251); cuando se logre “romper con la función pasiva de los trabajadores recibiendo las noticias” y estos “se conviertan en el propio emisor de un acontecer que les pertenece, fundando así las bases de la libertad, la verdadera libertad, de prensa” (282-283). Un buen punto de partida, en ese sentido, es la constitución de células informativas, de periódicos de noticias en las fábricas: en este punto Biedma sí refiere explícitamente al “trabajo anterior”, es decir, al ensayo de Mattelart (285).

3.4. Quimantú: la democratización de la cultura

La Editorial Nacional Quimantú era el resultado de la adquisición por parte del Estado de la antigua casa editorial Zig-Zag³¹, tras un conflicto entre los propietarios de la empresa y sus trabajadores iniciado dos días después de que Allende asumiera la presidencia. A comienzos de 1971 se firmó la estatización que dio lugar a una empresa cultural de enorme vitalidad, que produjo “numerosos impresos coherentes con la política de democratización de la cultura” (Albornoz, 2005: 154). El impacto que éstos tuvieron puede deducirse de las reacciones de la derecha: entre ellos, un atentado con cinco bombas molotov a mediados de octubre de 1972.

Con el eslogan “Una llave para abrir cualquier puerta”, Quimantú llegó a lanzar un título por semana, con tiradas de 50.000 a 100.000 ejemplares y que se distribuían mayoritaria-



Para clarificar el concepto, René Zabaleta Mercado publicó *El poder dual en América Latina. Estudio de dos casos de Bolivia y Chile* (Siglo XXI, México, 1974). El autor encontraba sus bases en el proceso revolucionario ruso, aunque consideraba incorrecto afirmar que el concepto de dualidad de poderes pertenece, como una contribución específica, al pensamiento trotskista. A su vez, asume que la cuestión de “la dualidad de poderes se actualizó en la América Latina tanto a partir de la Asamblea Popular boliviana como por las dificultades aparentes y reales que ofrecía, para una interpretación dentro de los moldes clásicos, la conquista del poder por la Unidad Popular en Chile, en 1971” (Zabatela Mercado, 1974: 126). El autor cuestionaba la aplicación del concepto para el caso chileno, como había hecho el economista Sergio Ramos en *Chile ¿Una economía de transición?* (Casa de las Américas, 1972), apelando a una noción heterodoxa de poder dual. Aunque en el posfacio de libro admite: “Nada expresó mejor aquel grado de desarrollo de la lucha de clases en Chile que los cordones industriales y las huelgas patronales (....) Los cordones industriales y su derivación ampliada, los comandos comunales, sin duda el principio de organización más avanzado que logró el movimiento popular chileno, existieron sobre todo a partir del gran ensayo de la derecha que fue la llamada crisis de octubre” (1974: 257-258). En el número de diciembre de 1971 de *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Fernando Castillo y Jorge Larraín analizaron extensamente al tema, tras observar “los primeros gérmenes de poder obrero-campesino”, en un proceso que no estaba exento de múltiples contradicciones (1971: 184).

31. En su mejor época, ZigZag había sido una de las editoriales más grandes de América Latina. Albornoz (2005: 153) menciona como una estrategia del gobierno socialista la apropiación de empresas que ya tenían una trayectoria de producción cultural importante.

123



En su texto “Medios alternativos de comunicación y formaciones sociales de conciencia. Reflexiones acerca de la relación entre la movilización popular y las comunicaciones, surgidas del período de movilización de los trabajadores chilenos durante el período 1970-73”, Claudio Aguirre Bianchi menciona también una revista juvenil-obrera denominada *Compañero*, sobre la que no tenemos mayor información que la proveída por este autor. Funcionó como quincenario, en formato de hoja mural. “El equipo de *Compañero* (ocho periodistas jóvenes) proveía asistencia técnica y cursos de formación a los pequeños medios locales, los cuales circularían conjuntamente con la hoja mural (...) Cuando la experiencia de *Compañero* comenzaba a materializarse dando frutos, fue interrumpida debido a diferencias políticas en el marco de la Unidad Popular en cuanto a la cuestión central planteada: el proceso de movilización y su sentido” (en Vidal-Beneyto, 1979: 259)

mente en kioscos³². Su principal soporte fue el libro de bolsillo y dio lugar a un auge de las colecciones masivas, que se “contagió” también a otras editoriales. En su catálogo figuraban por ejemplo los *Cuadernos de Educación Popular*, dirigidos por Marta Harnecker y Gabriela Uribe.

Además, la editorial estatal produjo buena cantidad de revistas semanales, quincenales y mensuales, que iban desde títulos sobre política nacional (*Ahora, Mayoría*) hasta tiras de historietas, pasando por revistas dirigidas a segmentos puntuales de la población, como los niños (*Cabrochico*), los jóvenes (*Onda*) y las mujeres (*Paloma*). En este plano encontraremos las principales intervenciones y reflexiones sobre los medios masivos durante la Unidad Popular, aun cuando el trabajo al interior de Quimantú no estaba exento de tensiones, sobre todo teniendo en cuenta que los distintos puestos directivos se había repartidos por un “sistema de cuotas” entre las fuerzas políticas que formaban la coalición de gobierno y también el MIR (M. Mattelart, 2011: 78)³³.

Cecilia Allendes, la esposa de Fernando Reyes Matta, dirigió la revista *Paloma*, creada en noviembre de 1972, que llegó a publicar 22 números hasta septiembre de 1973. Michèle Mattelart participó de *Onda*, a la que Albornoz (2005: 157) destaca como “una muestra de cómo la cultura propuesta por el gobierno popular debía mezclarse con elementos de la cultura burguesa para, aprovechándose de esta última, generar el esperado cambio”.

La estructura de Quimantú incluyó además una sección dedicada al estudio y la evaluación de publicaciones, donde participó Armand Mattelart³⁴. Desde allí intentó promover talleres populares para evaluar la recepción en las poblaciones, barrios obreros y nuevas unidades agrícolas (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 91). Como evocaba su compañera muchos años después,

“se trató siempre en esta casa editorial de abrir talleres de discusión de esta línea de transformación, abrir células de debate en los liceos, en los sindicatos, en los centros de pobladores, para participar más directamente en un proceso de movilización y responder a un objetivo estratégico: hacer evolucionar esta línea de cambios de contenidos. Que los contenidos fueran cambiando no a partir de lo que algunos imaginaban que era un contenido de ‘izquierda’; sino a partir de otros actores, otros productores” (M. Mattelart, 2011: 78-79)

32. Según Dorfman (2016: 100), hubo tiradas de hasta 130 mil ejemplares. A su vez, Michèle Mattelart habla de un aparato gigantesco que imprimía de 30 a 40 revistas de 200 mil ejemplares por semana (Mattelart, 2011: 78).

33. También dentro de cada sección se aplicaba la lógica del cuoteo (Muñoz Flores, Pérez Cornejo y Poblete Cortés, 2019: 12-13).

34. Según Rivera Aravena, fue el presidente Salvador Allende quien en 1971 convocó a los académicos Armand y Michèle Mattelart y Mabel Piccini a participar como asesores comunicacionales en la Editorial Quimantú y Televisión Nacional (Rivera Aravena, 2015: 347). El intelectual de origen belga recuerda haber sido “responsable del grupo de evaluación de la recepción de nuevas publicaciones: revistas de actualidad, revistas femeninas, revistas para niños y para adolescentes, etc” (Mattelart, 2014: 105).

La idea de formar “grupos de discusión” ya había sido ensayada previamente por Ariel Dorfman, incluso antes de la llegada al gobierno de la Unidad Popular (Mattelart, 2014: 121).

Fue en ese marco que se produjo el libro *Para leer al Pato Donald*, escrito por Mattelart y Dorfman, convertido luego en un best-seller internacional de la mano de la editorial italiana Feltrinelli. Salió en 1971 por Ediciones Universitarias de la Universidad Católica de Valparaíso y fue ampliamente difundido a partir de su edición de 1972 por parte de la flamante filial argentina de Siglo XXI, con prólogo de Héctor Schmucler. El libro nació por iniciativa de los obreros de Quimantú y fue escrito en tiempos acelerados (diez días, dice Dorfman; no más de dos semanas, Mattelart), al calor del proceso de transformación. En ese sentido, es muy interesante advertir los procedimientos intertextuales con que Dorfman y Mattelart integraban el discurso de la prensa liberal que intentaba deslegitimar la política editorial de Quimantú.

Estudioso de la obra de Mattelart, Mariano Zarowsky afirma que

“con el correr de los años, *Para leer al Pato Donald* se transformó en una extraordinaria fuente de malentendidos para la memoria de los estudios en comunicación. Es que, más allá de algunas referencias generales a su inscripción en el contexto del proceso político cultural abierto con la elección de Salvador Allende y la Unidad Popular chilena (1970-1973), el libro fue leído sin atender las condiciones particulares de producción que le dieron origen y explican su significación” (Zarowsky, 2010).

La descontextualización fue particularmente lesiva en este caso, pues como advierte este investigador “la preocupación de Dorfman y Mattelart se vinculaba más al proceso de elaboración de políticas culturales y la discusión sobre su legitimidad que a la reflexión metodológica para el análisis de los discursos de la industria cultural o del efecto de los medios en las audiencias” (De hecho, como muestra en su tesis doctoral, la inscripción de Mattelart en la tradición del análisis ideológico fue bastante breve). El estudio quedó tildado por su perfil denunciante, que identificaba a Disney como una máquina al servicio del colonialismo, y terminó objetado por aspectos metodológicos.

Si bien es la que obtuvo más trascendencia, *Para leer al Pato Donald* no fue la única producción en ese sentido. Ariel Dorfman, por ejemplo, analizó en 1972 las *Selecciones del Reader's Digest* y su “defensa del modo de vida occidental, cristiano, anglosajón, capitalista y norteamericano” (Dorfman, 2016: 56). Algunos materiales se publicaron luego del golpe de Estado. Un ejemplo es el libro *Superman y sus amigos del alma*, que reunió dos trabajos de Ariel Dorfman y Manuel Jofré, editado por Galerna en Buenos Aires en 1974, con una tirada de 10.000 ejemplares. Dorfman firma aquí, en su país natal, un prólogo donde



En 1971, Dorfman también fue convocado a intervenir como asesor en algunas empresas que estaban intentando producir alternativas, como el caso de Quimantú. En su libro autobiográfico *Rumbo al sur deseando el norte*, Dorfman escribe: “Tan pronto como puse manos a la obra, me di cuenta que es más fácil cuestionar la dominación cultural en ensayos universitarios que alterarla en el día a día de los medios mismos”.

125

99
66

En un libro posterior, que recupera otros trabajos elaborados durante el período de la Unidad Popular, Dorfman señala la imposibilidad de incluir “otros artículos, ensayos, apuntes e informes de 1973, que se referían a la política de comunicaciones de la Unidad Popular y la forma de mejorarla, así como a los problemas de movilización cultural en el seno del pueblo. Todo esto se perdió y no será posible recuperarlo” (Dorfman, 2016: 92). En el mismo sentido, Mattelart también refiere a la pérdida de muchos trabajos de esa época: “no he podido conservar ninguno, puesto que, en 1975, la policía de la dictadura confiscó nuestra biblioteca, justo cuando estaba todo preparado para ser embarcado, en Valparaíso, para ser llevado a Francia” (Mattelart, 2014: 85).

advierte sobre “ciertas fallas en los textos”, dado que no habían podido restacar los originales, por lo que el libro se armó “en base a borradores que el dúo dinámico de autores logró salvar y que pasó a través de algún secreto resquicio en la Cordillera de Los Andes” (Dorfman y Jofré, 1974: 6-7).

El libro contiene dos estudios separados entre sí, que ponen en cuestión a las historietas de *la industrial cultural de la burguesía*: mientras Dorfman desmenuza al Llanero Solitario, Jofré da cuenta de “experiencias prácticas para la transformación de los medios en el Proceso Chileno”, a partir del caso de Quimantú.

La primera parte historiza la aparición de estos héroes de acción en la década del 30, en plena crisis del capitalismo, analiza la transmisión de pautas de conducta e interpretación de la realidad, señala las omisiones y estereotipos con que abordan las regiones del mundo y las clases sociales más postergadas, y denuncia “los modelos autoritarios, paternalistas, moralistas” (Dorfman y Jofré, 1974: 82).

Igual que *Para leer al Pato Donald*, el libro se propone como una intervención política, no como un pretencioso análisis semiológico: “Escribimos este libro para contribuir a un mundo donde él no existiera”. Pretende aportar ideas que debieran tenerse en cuenta en cualquier proceso de transformación del medio -en este caso, las historietas-. El breve capítulo final de la primera parte tiene una fecha distinta a la del prólogo, agosto de 1972, y es bien ilustrativo de su tiempo:

“Hace unos años circulaba un chiste.

El Llanero Solitario y Toro³⁵ huyen de una tribu salvaje. De pronto, se encuentran rodeados. No hay por dónde escapar. El Llanero saca su pistola y le dice a su acompañante: ‘Bueno, amigo, parece que nosotros estamos perdidos’.

Toro lo mira fijamente.

-¿Qué quiere decir con eso de ‘nosotros’, Kemo Saby? ¿Qué quiere decir con ‘nosotros’, carapálida?-

Detrás de su cara, su cara tan pálida, se pueden ver los rostros de muchos indios. Suenan los tambores de guerra”.

Inmediatamente, inicia la segunda parte del libro: “Las historietas y su cambio. Experiencias prácticas para la transformación de los medios en el Proceso Chileno”. El trabajo está redactado en mayo de 1972. Allí, Manuel Jofré da cuenta de un año en el *Equipo de Coordinación y Evaluación de las Historietas* de Quimantú, donde trabajó junto al sociólogo Mario Salazar (encargado de los Comités Creativos que elaboraban los guiones)³⁶. En primer lugar, examina “la función y el mecanismo de

35. En *El Llanero Solitario*, Toro representa al indígena sometido y asimilado al sistema social de los conquistadores (nota del tesista)

36. Entre su formación para este trabajo, Jofré menciona la participación en el seminario “La Cultura Masiva y la Revolución Socialista”, organizado Mattelart en el CEREN, y otro titulado “La Sub-literatura y los medios de combatirla”, dictado por Dorfman en la Universidad de Chile. Dorfman dictó ese “seminario de título” para estudiantes del profesorado de enseñanza de castellano entre 1971 y 1973 (Dorfman, 2016: 13).

funcionamiento de la historieta tradicional-burguesa”, a partir del caso de Zig-Zag, para luego narrar “qué alteraciones se realizaron” en la práctica, en la experiencia de Quimantú (Dorfman y Jofré, 1974: 97-98).

Detengámonos en esa segunda parte del trabajo, para completar la caracterización de las transformaciones introducidas en Quimantú desde mediados de 1971 y profundizadas en 1972. En el caso de las historietas³⁷, Jofré da cuenta de un proceso dinámico y heterogéneo donde pueden distinguirse tres casos: series que siguieron publicándose sin modificaciones (las nacionales *Mawa* y *Dr. Mortis*; las extranjeras *Infinito*, *Jonnie Galaxia* y *Sunday*), series que continuaron pero con alteraciones (las nacionales *Mizomba*, *El Jinete Fantasma*; las extranjeras *Maroua*, *Espía 13*, *Episodios de Guerra* y *Gringo*) y series nuevas, que ofrecieron nuevos modelos y valores vinculados a la rebeldía, la democracia y el socialismo, y relecturas de la historia (*El Manque* fue el más emblemático; también *Patrullera 205*, *Los 5 de la aurora*, *CONU*, *Ovni*, *Al margen de la ley*, *Los errantes*, *La legión blanca*, *Manuel Rodríguez*, *El hombre y la naturaleza*).

En el singular caso de las revistas modificadas se comprende el sentido que tuvieron, en la época, los análisis de discurso como el propio en *Para leer al Pato Donald*. A partir del caso de *Infinito*, Jofré explica que primero se seleccionaban episodios y “se procedía a una lectura ideológica” (162), para luego introducir modificaciones:

“Se hacía emitir opiniones a los acompañantes del superhéroe; se eliminaba la adjetivación elogiosa que éste recibía. El superhéroe se equivocaba en sus opiniones y en sus acciones. Muchas veces, se oponía la acción colectiva como fundamental, incorporando al superhéroe dentro de ella” (163)

El autor también da cuenta de cambios en las rutinas productivas de las revistas. Habla de “nuevos mecanismos de trabajo abolieron la producción irracional imperante en la Editorial, cuando estaba en manos privadas”. Entre los más importantes: “Se ubicó a los guionistas y dibujantes en determinadas series, permanentemente. Ellos, a su vez, eligieron un coordinador por cada revista (...) Estos Comités son, concretamente, los organismos colectivos de elaborar los guiones” (182). También menciona la asamblea de trabajadores y los talleres organizados por el equipo coordinador en diversos comités de producción de la empresa Quimantú, con una participación promedio de quince obreros por taller (183):

“Los resultados mismos de los talleres populares prueban la necesidad de emplear éste u otros medios (test y cuestionarios, entre las posibilidades más tradicionales y con menos

37. La producción de historietas también estaba condicionada por los acuerdos con la Democracia Cristiana, que obligaban a respetar los contratos comerciales establecidos previamente por Zig-Zag.

participación; talleres de creación, donde los integrantes propondrían y discutirían guiones-posibilidad lejana) para definir el perfil del lector. Se prueba que el grado de conciencia política es definitorio para la apreciación decodificadora que se hace de la serie” (Dorfman y Jofré, 1974: 186)

Como autocrítica, reconoce que los productores de las historietas se quejaban del “exceso de reuniones” y finalmente no tomaron debida cuenta de los resultados de los talleres (186)³⁸. Lo que interesa destacar aquí es la presencia de una lógica colectiva y participativa, que luego se planteará como una característica central de la comunicación popular. Toda la narración de Jofré refiere a un estadio inicial, de una utopía que “está naciendo” (198). Es contrafáctico imaginar hasta dónde podría haber llegado este proceso, interrumpido por el golpe de Estado.

Otra dimensión discutida fue la circulación y la recepción. En octubre 1972, Dorfman publicó en la revista *De Frente* el artículo “El libro organizado... nunca derrotado”, que constituye una síntesis o presentación del programa que se pondría en práctica en 1973.

De manera crítica, Dorfman planteaba que el “Gobierno Popular carece de una política cultural” (Dorfman, 2016: 99), aunque reconocía que se habían estado “produciendo en el terreno cultural una gran cantidad de avances, nacidos del apremio”, ya sea “iniciativas de aparatos de Gobierno, proyectos de las masas mismas” (99). Entre los “triunfos más notables” el autor ejemplificaba las ediciones masivas de Quimantú, y señalaba:

“Primordialmente, el acento se ha puesto en la producción. Nadie puede negar la importancia hegemónica de esta masificación, la existencia de los textos, los bajos precios, los quioscos engalanados. Pero para llevar a cabo la consumación de esa etapa en que el libro se hace agente para la liberación, para convertir la producción material en coexistente producción intelectual y afectiva, se confía más que nada en las leyes del mercado, en la voluntad individual del comprador, sus apetencias, capacidades, intereses espontáneos. Se utilizan los medios capitalistas para realizar tareas socialistas. Pero en este caso es como si vendiéramos dinamita, pero no entregáramos fósforos. No hay duda de que muchos consumidores tienen sus propios métodos para garantizar la detonación interior y debe haber, en este mismo momento, muchísimos estallidos de conocimiento multicolor en tantas vidas. Pero no es suficiente” (101)

Esos problemas, para Dorfman, debían superarse “utilizando métodos que el sistema capitalista no puede siquiera concebir y

38. “Los guionistas intentan preservar un status privilegiado económicamente y para ello reafirman lo espontáneo de su actividad, manifestándose como creadores literarios que requieren de inspiración para producir” (Dorfman y Jofré, 1974: 186).

que -además- incidirán en mayores ventas”. En ellos radicaba la ansiada política cultural:

“Hay que organizar a los libros; darles un apoyo político, transformar ese enorme potencial que está ahí tan callado de instrumento de agitación y cambio. Imaginémonos que junto con venderle el libro al lector se le indicara en cuál de los talleres de lectura (en su barrio, en su fábrica, etc.), puede inscribirse para profundizar y desabrochar el texto. O que se filmaran partes de los libros en radio y televisión y se llevaran a cabo teleclases. O que incluido en el precio de venta de grandes partidas a empresas del área social o de la gran minería, se garantizara la presencia de profesores, reverberadoras de los textos. Que cada biblioteca popular tuviera a orientadores que discutieran y aclararan los problemas que se van suscitando” (101-102)

A ese fin proponía orientar la extensión universitaria y el accionar de numerosos organismos. En tal sentido, desde el Departamento de Español de la Universidad de Chile, Dorfman organizó -junto a la CUT y Quimantú- una serie de talleres literarios para los trabajadores. También impulsó un programa de televisión para acompañar las ediciones masivas de libros (92). La preocupación era una: “¿De qué manera convertir la cultura en poder, en participación, en control, de la clase proletaria?” (100).

3.5. La radicalización del proceso. Poder popular y comunicación

“Las manifestaciones iniciales de un poder obrero-campesino en Chile son de muy reciente data. De hecho, antes de la formación de la Unidad Popular, ninguno de los partidos proletarios importantes agitaba como bandera de lucha el control obrero” (Castillo y Larraín, 1971: 172)

Desde los años sesenta y durante sus casi tres años de gobierno, la coalición conocida como Unidad Popular tuvo facciones internas que, simplificando, se reconocieron en dos grandes líneas paradigmáticas: la *gradualista* y la *rupturista* (Pinto Vallejos, 2005: 15). La primera, hegemonizada en términos doctrinarios por el PC, abarcó también a un sector del Partido Socialista que incluía a Salvador Allende (y a su asesor de origen español Joan Garcés) y a una fracción del MAPU (que tras el quiebre de 1973 se llamará MAPU obrero-campesino). Estos grupos consideraban que Chile tenía “toda una tradición de respecto a la convivencia pacífica y la legalidad vigente, que ya había pasado a formar parte de una cultura política nacional, compartida y valorada por las clases populares” (Pinto Vallejos, 2005: 16). Por eso sostuvieron la idea de la “vía pacífica”, o “no armada”, como pasó a nombrarse luego para contemplar



En abril de 1972, el Ministerio de Economía reconoció a las Juntas de Aprovevisionamiento y Control de Precios (JAP), grupos organizados de base que auditaban los precios y la distribución de bienes. En junio de 1972 se creó el Cordón Cerrillos Maipús. En julio de 1972 se realizó una “Asamblea del pueblo” en Concepción, condenada por Allende (semejante a lo que sucedió, como vimos, en Bolivia con Torres). Tras los crecientes embates de la derecha, un mes y medio antes del golpe el presidente Allende llamaría a la constitución de órganos de poder popular (Dos Santos, 2009: 44).



Como planteaba Dos Santos en ese contexto, “un poder nuevo que se está creando a través de la participación obrera, a través de la organización de los campesinos, de la organización de los barrios, etcétera, el cual puede convertirse en algún momento, en poder alternativo del Estado burgués. Es necesario señalar que hasta ahora no se ha convertido en tal, que no ha asumido este carácter, pero indudablemente se trata del germen de este poder alternativo” [1972] (Dos Santos, 2009: 81). En el mismo sentido se expresaba Mattelart (1977: 215).

las *tomas* de terrenos o empresas. El modelo era el de un socialismo con pluralismo político y libertades culturales, con algunos medios de producción en la esfera de las “empresas de propiedad social” (empresas nacionalizadas para las que se promovieron distintos grados de co-gestión entre el Estado y los trabajadores).

En la facción rupturista abrevaba la mayoría del Partido Socialista, el otro sector de MAPU y la Izquierda Cristiana. También debe mencionarse en este grupo al MIR, que no fue parte de la Unidad Popular pero brindó un apoyo crítico a su gobierno³⁹. Tras el boicot patronal de 1972, estas cuatro fuerzas políticas constituyeron un “polo revolucionario” que concentró su estrategia en el fortalecimiento del poder popular, una idea que planteaban especialmente el MIR e intelectuales allegados a esa agrupación, como Mattelart.

El análisis del último año y medio del proceso chileno debe necesariamente contemplar las iniciativas que buscaron crear órganos de coordinación popular, primero impugnadas, luego toleradas y tardíamente aceptadas por el Gobierno encabezado por Allende. Las principales expresiones de ese nuevo poder -que no pasó de un nivel embrionario- recibieron generalmente el nombre de *cordones industriales*, y en otros casos fueron llamados *comandos comunales* o *comités coordinadores*. Se trataba de “organizaciones unitarias y transversales que funcionan sobre una fase territorial y permiten la unión entre los diferentes sindicatos de un sector industrial preciso” (Gaudichaud, 2005: 95). Junto a los asuntos del orden productivo, asumieron tareas de distribución de productos esenciales, control de los precios y organización de la vida comunal (cuestiones de vivienda, la recreación, la educación, el transporte). Se movilizaban *en defensa del gobierno popular*, pero con bases propias, que excedían los condicionamientos de aquel.

Pueden encontrarse distintas expresiones desde inicios de 1972, pero esta organización popular se profundizó tras la gran huelga de comerciantes, profesionales y camioneros de octubre de 1972, que duró casi un mes (Dos Santos, 2009: 161-162). Durante ese *lock out*, muchas fábricas de Santiago mantuvieron parcialmente la producción “sin patrones”⁴⁰. Tras esa experiencia, las expresiones de poder popular se fortalecieron y multiplicaron, sirvieron de presión al gobierno⁴¹ y se proyectaron como “gérmenes” de una sociedad futura. Como sintetiza Franck Gaudichaud,

39. Desde las elecciones de 1970, el MIR evitó las acciones típicamente de guerrilla para adoptar formas que habilitaran otra negociación política, como las ocupaciones de tierras y unidades productivas, y la agitación y movilización callejera.

40. La resistencia de los cordones volvería a ser fundamental en la contraofensiva al ensayo de golpe del 29 de junio de 1973 que se conoció como “el Tancazo”.

41. Por la presión de los trabajadores organizados con sus ocupaciones, ejemplifica Gaudichaud, en diciembre de 1972 había unas 202 empresas en el área de Propiedad Social, “muchas más que las 91 previstas por el proyecto gubernamental de 1971” (Gaudichaud, 2005: 93).

“...se podría plantear de forma más precisa que la UP fue un momento de combinación dialéctica de dos fenómenos contradictorios: por un lado, una integración-subordinación del movimiento obrero al Estado chileno y a los proyectos políticos de los partidos obreros tradicionales, y, por otro, una participación y creatividad popular sin precedentes que hizo que quedasen obsoletas todas las viejas formas de organización y dominación social” (Gaudichaud, 2005: 105).

Con el avance de estas nuevas organizaciones se vio “brotar lo que pudiera llamarse una comunicación popular, que estaba mucho más en sintonía con lo que sucedía en el país y con los problemas que la población debía afrontar” (Mattelart, 2014: 110). Surgieron órganos de información, de expresión y de agitación propios de los trabajadores en los cordones y se reimpulsó la idea de los corresponsales obreros. Puede encontrarse algún antecedente previo en los periódicos organizados por las distintas poblaciones (“que constituían una prefiguración de un nuevo tipo de organización popular”) pero éstos se multiplicaron a partir de 1972 (Mattelart, 1977: 31-32):

“La cuestión de la *toma de la palabra* por parte de los sectores populares no se planteó realmente hasta tarde y a través de medios artesanales; cuestión que sólo se constituyó de manera progresiva. Esta necesidad de dotarse de medios propios de expresión surgió a medida que el movimiento social se hacía consciente de los límites de los partidos. La creación de nuevas alianzas de la base, a escala de la fábrica, del barrio, de la organización de la vida cotidiana, alumbró nuevas formas embrionarias de poder popular y, en consecuencia, también a *medios de comunicación que se corresponden a dichas formas*” (Mattelart, 2014: 110. El destacado es mío)

Mattelart también menciona la experiencia de *apropiación social* del Canal 9, que si bien estaba presidido por un allendista⁴², tenía un plantel dominado por la democracia cristiana. La ocupación de la señal de la Universidad de Chile -que cubría Santiago y sus alrededores- por parte de organizaciones populares ocurrió también de manera “tardía” y fue relativamente corta (duró de octubre de 1972 a agosto de 1973, cuando la oposición logró del Poder Judicial una orden de desalojo). También hubo tomas en algunos diarios provinciales opositores, como *La Mañana* de Talca, y *El Sur*, de Concepción por parte de los trabajadores. En sus quince días de duración, esta última experiencia -sobre la que *Comunicación y Cultura* publicaría un informe- tuvo rasgos sobresalientes: el 66% de sus noticias eran provistas por fuentes como sindicatos y cordones industriales, y un tercio de los textos publicados habían sido elaborados no por periodistas sino por integrantes de organizaciones populares (Aguirre Bianchi, en Vidal-Beneyto, 1979: 260).

42. El periodista Augusto Olivares, que el golpe en La Moneda junto a Allende.

131



Fue un semanario crítico de actualidad que acompañó el período de gobierno de la Unidad Popular, donde se plantearon múltiples debates. Reunió a periodistas e investigadores que confrontaban con los esquemas clásicos del *agit prop* y también con la ideología profesional del periodismo. Los impulsores de *Chile Hoy* realizaban mesas redondas con obreros y campesinos, que mostraron “que tenemos que aprender mucho con ellos y que tenemos un público de alta categoría y conciencia al cual debemos tratar con respeto y no como a niños” (Dos Santos, 2009: 100).

Según escribe Mattelart, en varios medios de prensa se logró que los trabajadores pudieran “expresar opiniones divergentes de las de los propietarios mediante el sistema de las coletillas” (Mattelart, 1973a: 186); es decir, como había sucedido en Cuba y más recientemente en Bolivia.

Durante 1973 -hasta el golpe de Estado-, junto al ascenso del movimiento de masas se multiplicaron los órganos de prensa en los cordones de Santiago y de las otras ciudades del país. Entre ellos, Mattelart conoció a *Tarea Urgente, Cordonazo, Correo proletario, Orden del día*. “Cada cordón contó con un órgano de comunicación. Unos eran dirigidos por los mismos obreros, otros fundados por periodistas militantes que empezaron a formar corresponsales obreros. Esta alternativa suscitó numerosas polémicas en el seno de los cordones” (Mattelart y Mattelart, 1977: 215). Unos fueron mimeografiados, otros impresos, otros funcionaron como diarios murales.

En agosto de 1973 -ya en las vísperas del golpe- comenzó a editarse *Pueblo Unido*, impulsado por el Comando Popular de Abastecimiento Directo (CPAD), la organización dedicada a la distribución popular de alimentos y otros productos esenciales en la provincia de Santiago. Junto a la información sobre esa tarea, incluía análisis políticos y noticias de las distintas organizaciones populares. Un aspecto interesante fue su circulación, basada en el sistema no-mercantil de distribución de alimentos del CPAD (Aguirre Bianchi, en Vidal-Beneyto, 1979: 259-260). Por eso se proyectaba como uno de los periódicos de mayor tirada de la izquierda.

Todas estas experiencias, surgidas para “responder organizadamente la ofensiva de las fuerzas de la sedición” buscaron, afirma Mattelart, “llenar el vacío dejado en el terreno de la lucha ideológica por la prensa tradicional de izquierda” (1973a: 20). Este debate sobre lo mediático venía planteándose con fuerza desde comienzos de 1972. En dos semanas de junio consecutivas, *Chile Hoy* (Nº 4 y 5) publicó dos entregas de un Dossier titulado “La prensa de izquierda. Examen sin concesiones”. El artículo más destacado de la segunda era una entrevista a Mattelart y su grupo en Quimantú: “El periodismo revolucionario está por desarrollarse’. Hablan Mattelart y su equipo”.

Antes, Armand y Michèle Mattelart habían escrito un artículo titulado “Ruptura y continuidad en la comunicación: puntos para una polémica”, que publicaron en el Nº 12 de *Cuadernos de la Realidad Nacional* de abril de 1972. En *La comunicación masiva en el proceso de liberación* -que salió en Argentina en noviembre de 1973- Mattelart complementa el ya comentado trabajo “Comunicación y cultura de masas”, publicado dos años antes, con una nueva versión de “Ruptura y continuidad en la comunicación...”, cuya escritura original databa en enero-febrero 1972 y su actualización, de enero de 1973.

En sus páginas puede leerse el avance de las experiencias de organización popular y, como proceso articulado, la profundización de sus elaboraciones intelectuales en torno a la comunicación mercantil y la búsqueda de alternativas. Un primera cuestión que discutían era la de los géneros y formatos. Con una alusión intertextual a un discurso del “Che” Guevara, Mattelart define a los medios como “armas melladas” legadas por el capitalismo. Así,

“...en la sociedad capitalista cada género que da lugar a programas o revistas que encierra su problemática en universos restringidos, sea el femenino, el deportivo, el político, el cómico, que admiten ellos mismos ser parcelados en subdivisiones como el magazine femenino, la revista culinaria, la revista romántica, la revista de chistes, la revista de historietas, la revista pornográfica, escinden y origina mundos cerrados incontaminados que siguen las líneas del recorte de la realidad y el mundo que ofrece una clase para hacer imprescindible su orden (...) [E]stos géneros unidimensionales se albergan en la gran dicotomía que funda la cultura masiva de la burguesía, a saber, el divorcio entre el trabajo y el ocio, la producción y la diversión, lo cotidiano y lo extraordinario” (Mattelart, 1973a: 191-192)⁴³

Otro aspecto discutido era el sensacionalismo, definido como “elemento esencial de la idiosincrasia mercantil” y “ley de bronce de la cultura masiva de la ‘sociedad moderna’”, que no se limita a la prensa amarilla -su forma más vulgar- sino que alcanza a “todos los productores” (Mattelart, 1973a: 202). El hecho noticioso -como objeto de consumo- se asocia a lo insólito o fuera de lo normal, separado del futuro y del pasado, por lo tanto efímero y anecdótico. La identificación y la crítica de estas lógicas tenía un sentido claro cuando se trataba usar esas *armas melladas* con “propósitos adversos a los de la burguesía”, y más aún en un contexto en que la Unidad Popular había aceptado las reglas de juego del mercado. Para Mattelart, si los proyectos de comunicación masiva no lograban salir del sensacionalismo, mantendrían “un carácter superestructuralista, despegado de la vida cotidiana” (Mattelart, 1973a: 203).

“Una revista deportiva, por ejemplo, concebida de una manera revolucionaria, es decir, una revista que no sea exclusivamente de consumo de acontecimientos deportivos y que tome en cuenta la educación física, la salud, el deporte popular, los juegos, etc., no tiene ya por qué permanecer en el ámbito de una producción editorial, en manos de periodistas ‘deportivos’” (Mattelart, 1973a: 204)

43. En este punto se planteaba una crítica a la producción de Quimantú, cuya política editorial “ha formulado diversas revistas, dando por aceptada, en el momento actual, esta división en géneros heredada del esquema de organización comunicativa anterior, lo que implica partir con la desventaja de una sectorización impuesta de antemano por el enemigo de clase...” (Mattelart, 1973a: 192)

En ese diagnóstico incluyen: la reproducción de la lógica burguesa en la construcción de la noticia y la dificultad para escapar a los criterios sensacionalistas; el “provincianismo” en el manejo de la información; la “chatura” en la diagramación de las publicaciones periódicas; la “escasa imaginación que reflejan los programas de televisión”; la dificultad para sostener una línea propia; etcétera (Mattelart, 1973a: 254-255).

Escrito en esa coyuntura específica -signada por la profundización de las contradicciones-, la gran preocupación estaba en las posibilidades de movilizar y organizar a las masas: que el pueblo tome el protagonismo planteado en los textos previos. El tercer apartado del texto lleva por título una expresión de Fidel Castro en su visita a Chile⁴⁴: “Los reaccionarios aprendieron más rápidamente que las masas”. Los Mattelart dirían más adelante, provocativamente: “el espectáculo que ofrece la comunicación masiva de la izquierda es desolador”; si bien reconocen que “durante este período nacieron por lo menos o tuvieron un segundo nacimiento productos comunicativos que presentan la *alternativa* que antes, en el mercado anterior, faltaba” (Mattelart, 1973a: 254-255. El destacado es mío). Y frente a ese panorama, planteaban con certeza:

“No podemos enfrentar exclusivamente la cultura masiva de la burguesía con instrumentos que derivan de un concepto artesanal y pueden revelarse incapaces de sustituir el aparato industrial del ocio y de ayudar a forjar, a partir de una nueva práctica, una cultura cotidiana donde el ocio no sea necesariamente alienante” (Mattelart, 1973a: 249)

¿Cómo organizar, entonces, el ocio popular? ¿cómo competir con el atractivo de la industria cultural imperialista y de qué manera de concebir el tiempo libre? El gran desafío era “combinar el papel movilizador que debe asumir la comunicación con el carácter ameno, agradable, que hasta ahora parece haber sido exclusivo de la cultura de masas, del ocio que desarrolló la burguesía” (Mattelart, 1973a: 248). Los autores objetaban dos posiciones, muy presentes en el debate, a las que consideraban igualmente coercitivas: la que mantenía las formas de entretenimiento tradicionales, creyendo en su neutralidad; y la que adoptaba una posición aséptica, de “recato y represión” (249). El nudo de la cuestión era pues, como dice la cita que inicia este capítulo, “reconectar el ocio y el humor con la nueva práctica de construcción socialista” y planificar una industria cultural “tan prestigiosa y más talentosa que la que exhibe el signo capitalista” (251).

Las propuestas que plantean en ese sentido seguían y profundizaban la línea trazada en los textos y las experiencias que comentamos antes: insisten en la participación como un aspecto central -y con un sentido formativo-, afirman la necesidad de pensar políticas para la recepción y ponen en agenda la capacitación -un tema que ya se había planteado en la Asamblea de Periodistas de abril de 1971, pero “hasta ahora muy poco se cumplió”.

Lo principal era la insistencia en el protagonismo popular: “Toda generación de un poder cultural proletario es progresiva y toda participación de los trabajadores directos en el control

44. En diciembre de 1971, el líder cubano hizo una extensa visita, que coincidió con el momento de creciente organización de la derecha, con movilización de las bases populares. Ese mes, por ejemplo, fue la “manifestación de las ollas” mediante la cual la DC y el Partido Nacional logró convocar a las calles a importantes grupos de mujeres.

del proceso productivo requiere, para ser efectiva, una elevación del nivel de conciencia y un aprendizaje de la crítica, sobre todo cuando se trata de una empresa que elabora productos culturales” (258). Abogaban así por la existencia de “comités de producción” en las empresas culturales -como los ensayados en Quimantú- que “deben ser los eslabones que permitirán la participación progresiva de todos los trabajadores de la empresa en la crítica de los productos” (258). “La condición esencial para que el pueblo pueda ser gestor de su propia cultura es que haya participación de los trabajadores en el control del proceso productivo” (261).

Vale destacar que para los Mattelart “no es posible aislar” esta cuestión de la participación “del problema de la creación del poder obrero en todos los niveles” (Mattelart, 1973a: 261).

Por otra parte, cobraba centralidad la necesidad de pensar políticas para la distribución y la recepción, y no sólo la producción. Aquí podríamos señalar una afinidad con la propuesta -contemporánea- que Dorfman diera a conocer en octubre de 1972 en “El libro organizado... nunca derrotado”. Y también con los círculos de lecturas que promovía Lenin⁴⁵. Escribían los Mattelart al respecto:

“Uno de los obstáculos preponderantes para la democratización de la comunicación masiva y para su utilización como instrumento de agitación cultural es, sin lugar a dudas, el tipo de relación con el público que impone el sistema de distribución tradicional. Esta distribución trabaja con una imagen de receptor individualista que va apareada con el propósito de atomizar la masa de receptores y, en última instancia, desmovilizados” (Mattelart, 1973a: 205)

Más adelante, a propósito de las políticas que buscaban poner “a la disposición del pueblo las obras relevantes” y “valores consagrados” del pasado, sostienen que esto no debía realizarse sin un “encauzamiento hacia una recepción crítica y creativa de parte de las clases trabajadoras” (229-230). Igualmente -y en clara alusión a la experiencia de Quimantú- “una política editorial de masificación de libros (...) debe preparar el terreno de recepción...” (230).

Finalmente, como ya dije, se planteaba la importancia de la *formación de cuadros o monitores*, necesarios para ensanchar la estructura de participación. Entre ellos, resultaba fundamental “recuperar” los “cuadros ya existentes”. Para eso proponían una “política de recapacitación en función de este nuevo concepto de comunicación y cultura masivas” que alcanzara a todos los comunicadores que trabajaban en instituciones estatales; a los escritores y artistas; a los “profesionales de la noticia”; y asimis-



En un sentido más coyuntural, al hablar de distribución señalaba también un problema con los kioscos de revistas, donde se había comprobado “más de una vez que se desarrollaban verdaderas campañas para impedir la exhibición de las revistas producidas por los organismos estatales” (Mattelart, 1973a: 205)

45. En 1973, en una de sus conversaciones con obreros de cordones industriales, Mattelart preguntaba por esta idea de leer colectivamente en círculos obreros, que podía contemplar incluso la lectura grupal de los diarios de la burguesía (Mattelart y Mattelart, 1977: 247).

mo a los corresponsales obreros y campesinos. También apuntaban a un necesario “perfeccionamiento técnico de todas las categorías vinculadas con la producción cultural masiva”. Esta tarea debían asumirla tanto las universidades como las organizaciones de masas. Sólo así se podrá “escapar a la improvisación y crear esta industria cultural revolucionaria” (259-260).

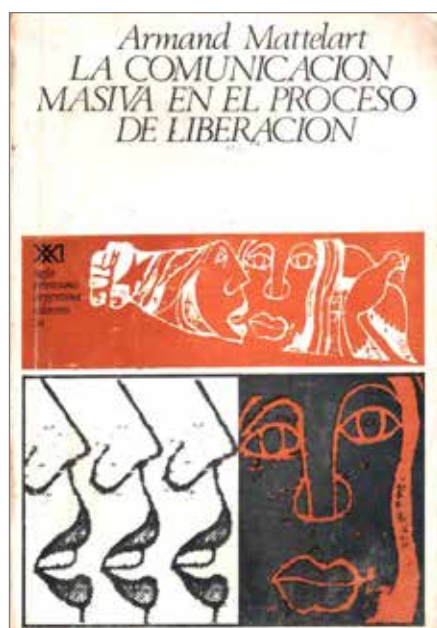
Destacaban también el rol de la investigación, lamentando el desaprovechamiento de ese recurso por parte de la Unidad Popular, que sólo ha “recurrido a convenios con la universidad en otros ámbitos”. Cobra sentido, así, releer los trabajos de investigación realizados en la época por los Mattelart y todo el equipo del CEREN como exploraciones y contribuciones para producir formas populares de comunicación.

Así, por ejemplo, en el segundo semestre de 1972, Michèle Mattelart y Mabel Piccini realizaron un estudio sobre la recepción de las series televisivas en las *poblaciones* de Santiago, que finalizaron poco antes del golpe de Estado (Mattelart y Piccini, 1974). En el mismo sentido, en la introducción a *La comunicación masiva en el proceso de liberación* -publicado en noviembre de 1973- Armand Mattelart relata que el “día anterior al golpe militar que derrocó al gobierno popular –y estando este libro en la fase final de impresión- estábamos terminando en diversas industrias situadas en los cordones de Santiago una serie de conversaciones con los trabajadores sobre estos nuevos órganos de comunicación de clase...” (Mattelart, 1973a: 20). Se trataba de una investigación iniciada en julio de ese año.

Ambos estudios se publicaron ya en el exilio, en el N° 2 de *Comunicación y Cultura*, revista que habían fundado en Santiago y que pronto debió trasladarse a Buenos Aires (ver capítulo 5). El de Armand, “Prensa y lucha ideológica en los cordones industriales de Santiago: testimonios”, se integraría además en el libro *Frentes culturales y movilización de masas*, publicado en 1977 en Barcelona por Anagrama, la misma que cinco años antes había dado a conocer *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*, de Hans Enzensberger.

Para entonces, la obra de Mattelart se concentraba más en una genealogía de los fenómenos de internacionalización y en la geopolítica de la información y la cultura, una línea reflexiva que ya había iniciado en Chile con *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los satélites* (1972). Se trataba de una investigación realizada a pedido del presidente Allende (Mattelart, 1981: 18). El citado libro se publicó en Santiago de Chile con sello de Ediciones del Tercer Mundo, aunque se hizo conocido por su edición latinoamericana, a cargo de Siglo XXI, el año siguiente.

Fue en Santiago, también, donde Mattelart estableció un vínculo con dos pioneros de la incipiente *economía política de*



la comunicación⁴⁶: el canadiense Dallas Smythe y el estadounidense Herbert Schiller, autor del emblemático libro sobre imperialismo cultural titulado *Mass Communications and American Empire* (1969). Ambos habían viajado a Santiago de Chile en noviembre de 1971 para conocer la experiencia chilena en materia de comunicaciones y expresar su solidaridad con la Unidad Popular (Zarowsky, 2011: 112; Mattelart, 2014: 116)⁴⁷. A esos encuentros se remonta, según Mariano Zarowsky, “la constitución de un núcleo informal e internacional de investigadores que durante los años setenta abordó de manera crítica el debate sobre las políticas de comunicación y el nuevo orden de la información y la comunicación...” (Zarowsky, 2011: 112); o al menos de uno de esos núcleos, ya que otro -como veremos en el capítulo 8- se desarrollará poco más tarde en torno a la experiencia del ILET, donde Fernando Reyes Matta tuvo un rol protagónico.

3.6. El gobierno de Allende y la comunicación internacional

Así como hemos señalado -al abordar la Revolución Peruana- la importancia del Pacto Andino, corresponde hacer una mención del actividad del gobierno de la UP en el escenario internacional, en el contexto en que comenzaba a gestarse el movimiento político e intelectual que reclamó cambiar las estructuras comunicacionales heredadas desde el siglo XIX y buena parte del XX. Ese tema formó parte de la agenda diplomática del gobierno chileno, que tuvo a su cargo la organización de la tercera Conferencia de Naciones Unidas sobre el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) en abril de 1972, en la que Allende planteó el tema de las empresas transnacionales. Reyes Matta evoca ese momento:

“` [Allende explica que] nosotros somos la periferia, de acá sacan recursos naturales, van a los centrales, el proceso productivo, aquí elaboran y luego nos mandan los productos elaborados. Y ahí me iluminé, como decía mi abuela. Digo: puta, eso es lo que hacen las oficinas centrales de las agencias de noticias. Yo ya había visto, había ido a la AP y la UPI para conocer más. Ellos estaban ahí dos o tres, había un jefe y dos o tres escuchando la radio, sacando cosas de los diarios, a veces haciendo entrevistas pero casi siempre elaborando del material de entorno, de la materia bruta; eso lo elaboraban, hacían un texto, que ya tenían un estilo que tenía que tener, y a dónde iba eso... a Nueva York... y ahí

46. Si bien reconoce la influencia de “principios fundadores de la economía política crítica” como la materialidad de la cultura y la demanda social, para Mattelart la propensión a adscribirlo en el campo de “la economía política no se corresponde con mi itinerario. Y si hay una cosa importante que debe ser retenida de mis trabajos es el anclaje histórico y geopolítico que ha estado, de forma fundamental, en la base de mi reflexión” (2014: 228-229).

47. El regreso de ese viaje, Schiller y Smythe publicaron el artículo: “Chile: an end of cultural colonization” en *Society*, marzo de 1972.

137



La llegada de Reyes Matta al gobierno de la UP es interesante, si se tiene en cuenta que en las elecciones de 1970 había sido partidario del candidato democristiano. La anécdota sirve también para comprender la preocupación del gobierno popular por la posible fuga de cerebros: “Un día suena el teléfono, en marzo del 71, me llama Clodomiro Almeyda. Y me dice ‘yo le quería pedir si usted podría trabajar con nosotros, aquí, para difundir la imagen, los contenidos de nuestra política exterior...’. Yo hacía un programa en televisión, una vez por semana, que era algo así como Información internacional... había hecho documentales en Lima con el Pacto Andino... Sí, le digo. Pero quiero decirle dos cosas. Primero: yo en la última elección era partidario de Tomic, no de Allende, pero igual estoy muy contento de lo que tenemos. ‘Bueno, pero yo no le estoy preguntando por quién iba a votar, le estoy preguntando si quiere trabajar conmigo ahora’. Segunda cosa: el problema es que ya estoy seleccionado para una beca en septiembre, en Lester, en Inglaterra, para sacar un máster en television, film and arts se llamaba. Entonces, me dice: ‘Ah, esto está más complicado. Pero oígame, ¿usted cree que en Holanda, en Inglaterra o en España, encontraremos algún joven que tenga que ver con comunicaciones y que quiera venir acá, con una beca para trabajar con nosotros en Chile, a asesorarnos en comunicaciones, para el gobierno de Allende y nuestra política exterior?’. Y yo, sin darme cuenta de por dónde venía la cosa, le digo, ‘pero estoy seguro, ministro, más de uno va querer venir acá a estar todo el tiempo, imagínese...’. ‘Muy bien, ¡perfecto! Usted se ganó la beca!’” (Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018).

se elaboraba un texto, que ese texto era el que recibían en Lima, en Santiago, en La Prensa en aquella época en Buenos Aires. Ahí yo empiezo a hablar de las agencias transnacionales de noticias...” (Entrevista a Reyes Matta, 2018)

Ese mismo año, Reyes Matta plasmó esa inquietud -que profundizaría luego en el exilio- en un seminario de título en la Escuela de Periodismo de la Universidad Católica de Chile. El trabajo que Eduardo Pérez Iribarne realizó en ese marco se publicó en *Mensaje*, la revista de los jesuitas, bajo el título “El bombardeo de la UPI” (Pérez Iribarne, 1973).

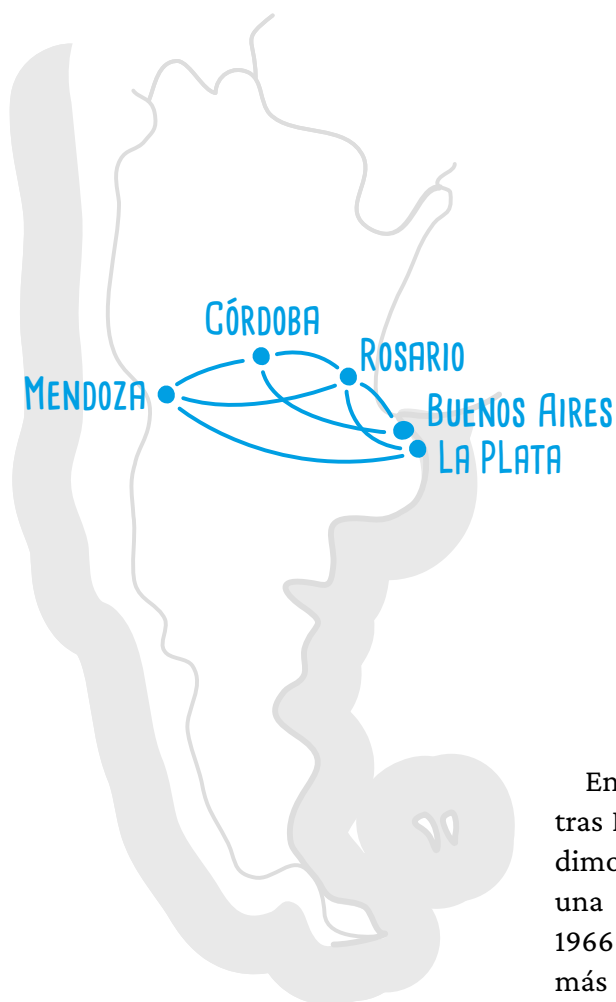
En julio los cancilleres del Pacto Andino expresaron su preocupación por los flujos de información y crearon, por iniciativa de Chile, un grupo de trabajo sobre la realidad de los intercambios comunicacionales en la región y el origen de las agencias dominantes.

“Dada la toma de conciencia en abril de este tema de las agencias de noticias, acompañando yo al canciller Almeyda a la reunión cumbre de cancilleres de julio 72, planteo el tema ahí de que la circulación de noticias entre nuestros países del Pacto Andino es procesada fuera de la región. Y lo demuestro. La misma noticia se publica en Lima, en Ecuador... y derivamos de quiénes, en ese momento las agencias UPI, AP, un poco France Press. Colocamos un tema y ese texto está en el Pacto Andino...” (Entrevista a Fernando Reyes Matta, enero 2018)

El gobierno de la Unidad Popular también planteó esa preocupación en el movimiento de los países no alineados, que realizó su IV Cumbre en Argel en septiembre 1973. Reyes Matta, como asesor del ministro de Relaciones Exteriores, participó activamente en la subcomisión que debatió el tema y se planteó el problema de las agencias transnacionales de noticias. La Conferencia de Argelia finalizó con una Declaración que sostenía: “los países en desarrollo deberían impulsar acciones concertadas para reorganizar los canales de comunicación existentes, lo cuales son un legado del pasado colonial y que afectan el pleno desarrollo cultural de sus pueblos y la interacción entre ellos”.

Aquella postura no pudo ser sostenida en el tiempo por la diplomacia del Estado chileno: mientras culminaba la Conferencia de los No Alineados, en Chile se consumaba el golpe encabezado por Augusto Pinochet, que clausuró el proceso de la Unidad Popular. Sin embargo, como señala Fernando Reyes Matta “tras la caída del gobierno de Salvador Allende, el tema siguió vivo en manos de chilenos que, desde el exterior, continuaron con esta línea de estudios y debate político”. De eso hablamos en la segunda parte de esta tesis.

4 Argentina



“Para la expresión libre del pueblo está abierto siempre el ancho camino de los grupos primarios, la comunicación cara a cara y por encima de ellos las enormes posibilidades de los sindicatos, las fábricas y talleres, de los centros vecinales, de las escuelas y cualquier otro tipo de asociación que constituye el pueblo para expresarse. En estos y otros centros tenemos día a día la oportunidad de contribuir a la formación de una opinión pública de liberación”

(CGT de los Argentinos, citado en Lázzaro, 2015: 92)

Entre fines de los sesenta y principios de los setenta, mientras Perú y Chile atravesaban los procesos políticos de los que dimos cuenta en los dos capítulos previos, en Argentina regía una dictadura (la autodenominaba “Revolución Argentina”, 1966-1973) que ubicamos como parte de un período político más extenso, marcado por la proscripción del peronismo, iniciado en 1955. No obstante, en mayo de 1969 el “Cordobazo” -seguido por otras manifestaciones obreras y estudiantiles en distintos sitios, como Corrientes, Rosario y Mendoza- inició un ciclo de protestas que fue en ascenso hasta la apertura democrática de 1973. Ese ciclo estuvo acompañado de otros procesos de movilización y renovación político-cultural, como la formación de un sindicalismo antiburocrático (que confluyó en 1968 en la llamada CGT de los Argentinos, impulsora de un semanario emblemático que dirigió Rodolfo Walsh), la radicalización de sectores católicos (en sintonía con movimientos que caracterizamos en el capítulo 1 y que se expresaron aquí en las páginas de *Cristianismo y Revolución*) y también la creación de organizaciones político-militares de izquierdas. Entre ellas, fue muy significativo el surgimiento de la vertiente revolucionaria del peronismo¹, que rearticuló la identidad del movimiento nacional-popular de los años cuarenta y cincuenta con las nuevas luchas antiimperialistas del Tercer Mundo.

Muchas de esas transformaciones pueden leerse en las revistas político-culturales de estos años, algunas de las cuales -como *Los Libros*- ya fueron mencionadas en los capítulos previos porque expresaron en sus páginas los debates intelectuales que se abrían con la Revolución Peruana o la vía chilena al socialismo. Claudia Gilman sostiene que “uno de los espacios cen-

1. Esta vertiente incluye a Uturuncos (1959), Acción Revolucionaria Peronista (1963), el Movimiento Revolucionario Peronista (1964), las Fuerzas Armadas Peronistas (1967), Montoneros (1970) y Descamisados (1970). Todas ellas -empezando con Uturuncos con la Radio de los Montes- desarrollaron experiencias de comunicación en el marco de sus acciones de insurgencia.

trales de intervención más importantes de la época fueron las revistas” ya que “las redes constituidas por las diversas publicaciones y sus ecos fueron cruciales para alentar la confianza en la potencia discursiva de los intelectuales” (Gilman, 2003: 76)². Entre las máximas expresiones del período que abordamos en este capítulo está la revista *Crisis*, en la que se plantearon desde un principio lecturas críticas sobre los medios de comunicación masiva y se observaron también alternativas y experiencias de “periodismo popular”.

Junto con las revistas, el Centro Editor de América Latina (CEAL) fue otra institución cultural clave donde se pueden ver las producciones y debates intelectuales de la época. Creado por Boris Spivacow tras su renuncia a la Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA) con el golpe de 1966 (Spivacow, 1995; Bueno y Taroncher, 2006), dio lugar a numerosas colecciones de libros y fascículos de circulación masiva -como *Movimiento Obrero*, *Siglo mundo*, *Transformaciones*- que fueron fundamentales para la extensión de una cultura de izquierdas (Gociol, 2007). Como señalan Bueno y Taroncher, el CEAL funciona “como radiografía cultural, como archivo histórico de una época determinada” (2006: 10). Entre los más de 40 directores de colección del CEAL estuvieron Aníbal Ford, Gregorio Selser y Máximo Simpson (Spivacow, 1995: 281).

Otro emprendimiento editorial que forjó el *lenguaje de época* del que da cuenta este capítulo es Siglo XXI Argentina, formado a principios de los setenta a partir de la fusión de tres actores ya existentes en el mundo editorial (Díaz, 2015: 9): la sucursal de Siglo XXI (como editorial mexicana) que se había instalado en el país en 1966, los *Cuadernos de Pasado y Presente* impulsados desde 1968 por el grupo cordobés encabezado por José Aricó, y la editorial Signos, cuyos principales referentes eran Enrique Tándeter y Juan Carlos Garavaglia, aunque también la integraban algunos de los gramscianos cordobeses (el propio Aricó, Héctor Schmucler, Santiago Funes). Esta última, según detalla García (2011), funcionó entre principios de 1970 y mediados de 1971 y llegó a publicar casi veinte libros de ciencias sociales, literatura y política. A través de Signos salió el libro de Mattelart, Castillo y Castillo (1970) que referimos en el capítulo anterior³.

Una vez concretada la fusión, Siglo XXI Argentina contrató



Siglo XXI es el sello que fundó el argentino Arnaldo Orfila Reynal cuando fue expulsado de la editorial del Estado mexicano (Fondo de Cultura Económica) tras el ascenso al poder del ala más conservadora del PRI en 1964. Estigmatizado por el gobierno como “extranjero comunista”, en torno a Orfila se produjo una convergencia internacional de intelectuales que ofrecieron sus obras para el nuevo emprendimiento. Siglo XXI empezó a funcionar en una casa cedida por Elena Poniatowska en 1966. Se consolidó como editorial de ciencias sociales y humanas, y editó a casi todos los referentes de la teoría de la dependencia (Sorá, 2017).

2. Me refiero a un grupo de revistas que incluyen a *CHE* (1960-1961), *Pasado y Presente* (1963-1965) *La Rosa Blindada* (1964-1966), *Antropología del Tercer Mundo* (1968-1973), *Los Libros* (1969-1976), *Envido. Revista de Política y Ciencias Sociales* (1970-1983), *Nuevo Hombre* (1971-1972 en su primera etapa), *Crisis* (1973-1976 en su primera etapa) entre muchas otras. A la historia de estas publicaciones me referiré extensamente en el libro *Editar sin patrón* (Badenes, 2017).

3. Según García, Mattelart llegó por recomendación de Carlos Sempat Assadourian, el marido de Mabel Piccini. “Buscaba la impresión urgente del libro –un estudio crítico sobre la prensa chilena; su intención era que circulara antes de la asunción de Allende a la presidencia, prevista para fines de ese año. La publicación del libro, financiada por sus autores, está marcada por el ritmo y los apremios de la política. A partir de allí se establece un vínculo estrecho entre Mattelart y Schmucler que derivará en varios proyectos compartidos...” (García, 2011: 154). Como suele ocurrir, esta versión entra en contradicción con otro relato, según el cual esa amistad se inició en septiembre de 1971 en una reunión propiciada por Mario Kaplún en Montevideo (Mattelart, 2014: 119) a la que me referiré en el próximo capítulo.

y editó -entre 1971 y 1976- 151 títulos y reimprimió 131, constituyéndose en la casa más activa del “Grupo Editor” fuera de México (Sorá, 2017: 234). Desarrolló la colección *Comunicación de Masas*, de la que se encargaba Schmucler (Zarowsky, 2014), donde entre 1972 y 1973 se publicaron *Para leer al pato Donald*, *Comunicación de masa y colonialismo*, de Ariel Dorfman y Armand Mattelart; *La semiología*, de Pierre Guiraud; *Cine, Cultura y Descolonización*, de Fernando Solanas y Octavio Getino; *El lenguaje de la publicidad*, de Lisa Block de Behar; *La información de clase*, de Lenin; *La comunicación masiva en el proceso de liberación y Agresión desde el espacio* de Armand Mattelart; y *El cine como propaganda política*. *294 días sobre ruedas*, de Alexander Medvedkin (De Ángelis, 2012).

4.1. Una proyección desde el Movimiento Obrero

En este clima de apertura cultural y movilización política se fue gestando el final de la dictadura y el retorno del peronismo al poder. Muchos sectores movilizaron sus recursos intelectuales para pensar -antes aún de 1973- un plan de gobierno para la salida democrática. Es el caso, por ejemplo, del Sindicato de Luz y Fuerza de Capital Federal, liderado por Juan José Taccone, que en 1972 publicó *Pautas para una política nacional*. Según se explica en la contratapa del libro, a lo largo de un año “la Secretaría de Prensa y el Centro de Estudios Económicos y Sociales del Sindicato Luz y Fuerza investigaron y analizaron las distintas áreas de actividad nacional con la colaboración de reconocidos especialistas en cada uno de los temas abordados”, lo que constituye un “valiosísimo aporte de los trabajadores” y un “esfuerzo sin precedentes en el Movimiento Obrero”. Ubicada en el horizonte político del peronismo, la propuesta suponía una interesante actualización doctrinaria, por ejemplo al referir al modelo yugoslavo de autogestión y cogestión para proyectar una *reforma de la empresa*⁴. Así, se trataba de reemplazar el crecimiento desequilibrado propiciado por un “régimen liberal en lo económico y autoritario en lo político, por un desarrollo total e integrado promovido y ejecutado por el Estado, los entes públicos y las organizaciones sociales de base y contenidos populares” (Sindicato de Luz y Fuerza – Capital Federal, 1972: 17).

El trabajo consta de doce capítulos, tres de los cuales corresponden a Educación, Cultura y Comunicación de masa, tres ámbitos relacionados y durante esos años contenidos en la órbita del Ministerio de Cultura y Educación⁵. Es interesante observar



4. Para mayores referencias sobre la autogestión en Yugoslavia, ver capítulo 6.

5. Las atribuciones gubernamentales en relación a los medios masivos se dividían con otras áreas, como la Secretaría de Prensa y Difusión y el Comité Federal de Radiodifusión, pero apuntamos aquí a la existencia de un Departamento de Comunicaciones Sociales en el marco de dicho ministerio, cuyo trabajo en el período 1973-1974 reseñaremos en este capítulo.

que en los tres capítulos, y no sólo el específico, estaban presentes problemas de la comunicación y los medios.

En el educativo se hablaba -junto a la creación de nuevas universidades y otras medidas- de la “creación por parte del Estado nacional de un sistema no escolar de educación, ofrecido en todos los niveles”, con un uso educativo de la televisión. Y se contemplaba el lanzamiento de un satélite de comunicaciones por parte de Argentina, que se utilizaría para ese sistema.

También se proponía restringir la publicidad comercial, considerada un “impuesto al consumo” (265) y además “inductora masiva” de “apetencias no sólo superfluas sino contrarias a la cultura nacional y a la integración del país” (249). La crítica a la publicidad se ampliaba en los otros dos capítulos, tanto desde el punto de vista de la dependencia cultural (285) como por su acción distorsiva sobre la economía. En “Cultura: creación de una conciencia nacional” se planteaba como necesario, “al menos en las primeras etapas del proyecto de liberación cultural”, “eliminar el accionar irrestricto de las agencias de publicidad, especialmente de las extranjeras o afiliadas a cadenas internacionales” (290).

En ese mismo capítulo el sindicato porteño de Luz y Fuerza proponía eliminar la televisión comercial privada: contemplaba, sí, la existencia de “radios privadas con publicidad limitada y canales televisivos con publicidad, también limitada, dependientes de los estados nacional y provincial, universidades, municipios y sindicatos” (289). Esta idea era retomada en “Comunicación de masa al servicio del interés nacional”, donde se sostenía:

“En cuanto el pueblo acceda al poder, la estatización de la mayor parte de tales medios y la restricción de la publicidad comercial serán de suma importancia. Esto a condición de que la estatización no sirva para poner a los medios de difusión en manos de un puñado de burócratas: la realización de debates masivos, la difusión irrestricta de ideas, la creación de centros de experimentación para que amplios sectores tengan acceso a la comunicación masiva y a la *utilización de los medios por parte de sindicatos, escuelas, universidades y organizaciones profesionales*, modificarán sustancialmente el panorama del periodismo, la radio y la TV poniéndolos al servicio del pueblo” (Sindicato de Luz y Fuerza – Capital Federal, 1972: 309. El destacado es mío)

El capítulo en cuestión era claro en su crítica a la concentración, tanto de los medios como del mercado publicitario, y planteaba la necesidad de garantizar el *acceso* y romper “la situación actual por la cual un puñado de emisores dirigen sus mensajes a una mayoría de receptores que carecen de toda posibilidad de réplica” (327). Así, proponía la “nacionalización de todas aquellas empresas de comunicación de alcance

143



Nacido en 1937, se inscribió en la flamante carrera dirigida por Gino Germani al finalizar la conscripción. A fines de los cincuenta se vinculó al grupo troskista MIR-PRAXIS y luego pasó por el Círculo de Estudios Sociales Luis Emilio Recabarren (un desprendimiento del Partido Socialista). Como señala Zarowsky, “el círculo editaba la revista *El Obrero* (1963-1965), una publicación que, combinando diferentes dosis de inspiración leninista, maoísta y guevarista, buscaba insertarse en el movimiento obrero y disputar su orientación ideológica desde el ámbito sindical”. Luego, impulsado por su amigo y compañero de estudio Daniel Hopen (desaparecido en 1976) “se sumó a la Liga de Izquierda Mayoritaria (LIM), un agrupamiento considerado como un ‘punto de pasaje’ al peronismo revolucionario de muchos militantes”.



Los temas de comunicación y cultura estuvieron muy presentes en esta colección que publicó en total 110 fascículos. Además del número inaugural de Muraro, salieron *La publicidad en el mundo actual*, Rodolfo Fogwill y Oscar Steimberg (Nº 8); *El periodismo y la información*, de Norberto Vilar (33); *El cine: industria e ideología*, de Humberto Ríos y Jorge Hönl (38); *La historieta: poderes y límites*, de Oscar Steimberg (41); *La música beat: arte, ideología y consumo*, de Daniel Luaces, quien era secretario de redacción de la colección (48); *Propaganda política y opinión pública*, Eduardo Rivero (52); *Teleteatro, radioteatro y fotonovela. El género rosa*, de Daniel Samoilovich (55); *El imperialismo cultural*, de Fernando Brumana. (60); *Televisión y sociedad*, de Daniel Luaces (61); *Cultura y dependencia en América Latina*, de Eduardo Romano (76); *Vanguardias artísticas y cultura popular*, de Néstor García Canclini (90); *La estética del cine*, de Daniel Samoilovich (93); *Sistemas de comunicación: intercambios y dependencia*, de Luis Caledane (107). Además, relacionados a los temas y

nacional”⁶ que el Estado debería acompañar con

“la creación de verdaderos centros de experimentación en el terreno de la comunicación masiva dedicados al periodismo, el teatro, el cine y la TV. A nuestro juicio la creación de estos centros tiene una gran importancia política en la medida que el periodista o libretista de TV deberá desempeñarse dentro de su contexto social como un verdadero agitador político, como polea de transmisión entre las masas y los distintos organismos estatales o políticos: sindicatos, escuelas, universidades, principalmente” (328)

En otro orden, la propuesta agregaba:

“Asimismo, siguiendo la experiencia que ya existe a nivel mundial, cabe afirmar que es perfectamente posible complementar a los sistemas formales de comunicación con actividades informales masivas que vayan desde el pequeño periódico de barrio o sindicato que se usa como instrumento de agitación y propaganda hasta la exhibición de películas sobre temas sociales acompañada por debate” (327)

Si bien la edición de *Pautas para una política nacional* no indicaba quiénes fueron los especialistas que intervinieron en la elaboración de cada propuesta, por investigaciones posteriores (Zarowsky, 2016) sabemos que el capítulo sobre medios corresponde a la pluma de Heriberto Muraro, un joven sociólogo que había participado de distintas formaciones de la nueva izquierda y para entonces se había acercado al peronismo. Como profesional, Muraro había trabajado desde la década del sesenta en importantes empresas de publicidad, estudios de mercado y televisión, entre ellas la transnacional J. Walter Thompson, y en 1969 fue empleado como gerente de estadísticas y de investigaciones de PROARTEL, la productora vinculada al Canal 13 de Goar Mestre. Al mismo tiempo, estaba relacionado con el Sindicato de Luz y Fuerza -donde redactaba para *Dinamis*, una revista institucional que salió mensualmente desde 1968-, intervino en algunos de los emprendimientos editoriales más significativos del período y, como veremos más adelante, participó de la gestión impulsada por la juventud peronista en 1973 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

Cuando en 1971 el CEAL lanzó *Transformaciones. Enciclopedia de los grandes fenómenos de nuestro tiempo*, el primer fascículo fue *El poder de los medios de comunicación de masas*, escrito por Muraro. Se trataba de una colección atravesada por la época, como definió su director Hugo Rapoport:

“Cuando empezamos a diseñarla ya se percibía el fin de la

6. Esta referencia incluye: “los canales de TV, las productoras de TV, las radios, las grandes editoriales de diarios y revistas. También vale esto para las empresas que regulan el mercado de películas para TV o cine y algunas cadenas importantes de salas cinematográficas que obedecen a los intereses de las grandes empresas extranjeras de material fílmico” (328).

dictadura de Onganía: había sucedido el Cordobazo, el Rosariazo y otros acontecimientos de movimientos de masas muy fuertes y empezaba a accionar la guerrilla (...) [L]os fascículos están impregnados por una aurora rosada, por un porvenir revolucionario, ya sea a través de la lucha armada o de los movimientos de masas” (en Gociol, 2007: 168).

El fascículo escrito por Muraro recorría la historia de los medios de comunicación, retomaba clasificaciones del funcionalismo (los tipos de sociedad según el desarrollo de los medios, según Lerner), analizaba el peso de la publicidad comercial y cuestionaba los “efectos” de los medios en los países subdesarrollados. No tenía ninguna bibliografía latinoamericana: sus referencias mezclaban clásicos de la sociología norteamericana con autores como Theodor Adorno o Umberto Eco. Dos recuadros denunciaban el imperialismo cultural a partir de la lectura del periodista francés Claudie Julien, que en 1969 había publicado por Grijalbo (Barcelona) su libro *El imperio americano*. Todo el texto de divulgación está atravesado por la necesidad de que el Estado regule los medios, y más de una vez Muraro deja al lector preguntas abiertas: “¿quién controla los medios?, ¿quién controla a aquellos que controlan los medios” (Muraro, 1971: 1), “¿de qué forma lograr que los medios cumplan con la función educativa?” (8). El sociólogo también preparó para el CEAL una antología de textos titulada *La comunicación de masas*, que se publicó en “Biblioteca Total”, la colección dirigida por Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano. El libro incluía traducciones de textos de Paul Lazarsfeld, Robert Merton, Edgar Morin y otros. A Muraro correspondía la selección, la introducción y las anotaciones aclaratorias.

4.2. La formación de un diagnóstico crítico sobre la comunicación masiva

Muraro tuvo además otras intervenciones significativas en el ámbito editorial con la publicación de una serie de notas en *Crisis*. En sus tres primeros números (1973) salió una serie titulada “La manija” que analizaba la propiedad y las relaciones económicas de los medios en América Latina. En buena medida, Muraro recogía información y análisis que circularon en un Seminario realizado en San José de Costa Rica en 1972 que comentaremos en el siguiente capítulo. En esa reunión participaron “especialistas en comunicación” de once países latinoamericanos, de Alemania y de Estados Unidos. El argentino presentó allí un trabajo sobre la ideología en el periodismo televisivo argentino. En la primera entrega de *Crisis* -dedicada a Colombia, México, Chile y Perú⁷- Muraro retomaba un estudio realizado por Peter Schenkel -un

7. Muraro señala que en Chile y Perú -al igual que en Cuba- “están ocurriendo hoy procesos de cambio social y político radicales” y comenta alguna de las medidas tomadas en esos países en relación a las industrias culturales.

↓ 144

contextos que venimos trabajando, vale mencionar *América Latina y los monopolios*, de Juan Pablo Franco (2), *China: la sociedad, la política, la revolución cultural*, de Fernando Iriarte (6), *El Tercer Mundo: historia, problemas y perspectivas*, de Alcira Argumedo (7); *Revolución y contrarrevolución en Bolivia*, de Santiago Mas (22); *La Revolución Peruana*, de Carlos Suárez y Ana Lía Payró (26); *Chile, entre la ley y la revolución*, de Víctor Brodersohn (29); *Las universidades* (81) y *La universidad latinoamericana: crítica y respuestas*, ambos de Darcy Ribeiro (86).



Los primeros artículos sobre medios que aparecieron en *Crisis* fueron elaborados por Muraro. En los números 1, 2 y 3 (mayo, junio y julio de 1973) salió una serie titulada “La manija”. Muraro retomó el tema en el N° 16 (agosto de 1974), ya en plena discusión de las políticas, en un artículo sobre la estatización de la TV argentina y en el N° 22 (febrero de 1975) en uno sobre la “crisis” del negocio publicitario. Antes la revista había publicado, con un informe sobre John William Cooke, un fragmento de su discurso al momento de la expropiación del diario *La Prensa*, durante el primer peronismo. Recién en el N° 18 (octubre de 1974), una nota sobre el diario *Noticias* que comentaremos más adelante, apareció bajo el cintillo “Medios”. En el N° 19 salió un artículo de Carlos Villa Araujo sobre el problema mundial del papel y otro de Gregorio Selser, sobre la Sociedad Interamericana de Prensa. También se publicaron informes sobre la situación del cine argentino (N° 25 y 26) y los medios en Venezuela (N° 31). Hubo referencias a otras formas de comunicación, como “Expresiones populares en paredes y murallones de Mar del Plata” (N° 25, mayo de 1975), de Vicente Zito Lema. Y en su último número (N° 40, agosto de 1976) *Crisis* presentó documentos de la Conferencia sobre Políticas de Comunicación (ver capítulo 6).

145



Con este concurso destinado a “sociólogos, economistas, analistas

políticos e historiadores”, EUDEBA buscaba inaugurar “su nueva etapa de actividades al servicio de la cultura popular”. La convocatoria -según se publicó en el número 3 de *Crisis*- trataba sobre “las formas de la dependencia económica y cultural, su interrelación y sus manifestaciones concretas en el campo político” y privilegiaba análisis específicos por sobre los modelos teóricos. Aunque se anunciaba un premio de 20.000 pesos, finalmente se entregaron tres por un monto de 10.000 (Carlos M. Vilas, Salvador María Lozada y Heriberto Muraro). El jurado estuvo integrado por Rodolfo Puigross (interventor de la UBA), Arturo Jauretche (presidente de EUDEBA), Rogelio García Lupo (director ejecutivo), Ernesto Villanueva y Arturo Sampay. Los libros resultantes del premio salieron a mediados de 1974, con una tirada de 20 mil ejemplares.



Es interesante detenerse en la producción de Ediciones de la Flor de este período.

En 1974 aparecieron, además de este trabajo: *La Sociedad del Espectáculo*, de Guy Debord; *Cine y revolución* (Marcel Martín y otros) -sobre el cine soviético de los años 20- y dos libros originados en el proceso chileno: *Periodismo y lucha de clases* de Camilo Taufic y *Ensayos quemados en Chile* (Inocencia y neocolonialismo) de Ariel Dorfman. También publicó, como vimos en el capítulo anterior, *Teatro del oprimido y otras poéticas políticas*, de Augusto Boal. El libro de Ulanovsky y Walger tuvo al menos dos ediciones.

investigador alemán radicado en Chile- y algunos datos sobre inversiones extranjeras presentados por el venezolano Jorge Gaspar.

Las siguientes dos ediciones estuvieron dedicadas a Argentina: en el N° 2 analizaba quiénes eran los dueños de la televisión y en el N° 3 focalizaba el negocio de la publicidad. En las conclusiones, Muraro afirmaba que

“la ‘liberación nacional’ de la TV en Argentina implica enfrentarse de manera inmediata a problemas aún más complejos que los que ahora intentan resolver el gobierno peruano o chileno. Creemos que las principales medidas de liberación nacional de la TV -a menos que se decida una total estatización de los medios que hasta el presente parece muy improbable- no serán aquellas que se adopten en relación a la comunicación de masa en sí misma sino las referidas a su contorno económico, en especial, las que puedan incidir sobre el manejo de los presupuestos publicitarios de las grandes corporaciones que operan en el país” (Muraro, 1973c: 69)

Muraro retomó esta idea⁸ en *Neocapitalismo y comunicación de masa*, un ensayo publicado en 1974 por la Editorial Universitaria de Buenos Aires como resultado del Gran Premio de Ensayo Raúl Scalabrini Ortiz, donde la “experiencia chilena y peruana” era citada más de una vez como aprendizaje y guía para la acción.

El mismo año, Sylvia Walger y Carlos Ulanovsky publicaron *TV Guía Negra con Ediciones de la Flor*, interesados por “hallar el camino para que la TV -y los medios- hablen el lenguaje de la liberación y se conviertan en auténticos ambientes del cambio”, según plantean en la Introducción (Walger y Ulanovsky, 1974: 14). También en esta compilación de artículos⁹ había una lectura sobre lo que sucedía en la región. La referencia más directa era a Chile:

“...en determinadas circunstancias, países en cambio o en procesos revolucionarios, no es inadecuado el control férreo de esos dispositivos. La experiencia chilena demuestra, también en ese nivel, que por no haber existido control alguno en los medios, el bombardeo ideológico de la derecha desde diarios, radios o televisoras, fue constante y avasallador” (Walger y Ulanovsky, 1974: 13)

A la hora de pensar los medios como agentes de cambio, la preocupación de los autores se situaba en la *participación*: “Lo

8. Lo hace en forma casi textual, aunque varía la redacción para extenderla a todos los medios: “...la ‘liberación nacional’ de los medios implicará resolver de manera inmediata problemas aún más complejos que los hasta ahora enfrentados por el gobierno de la Unidad Popular o de Velasco Alvarado. Las principales medidas de liberación nacional de la comunicación -que es, indudablemente, un paso preliminar imprescindible para la realización de cualquier proyecto político y económico nacional- no serán sólo aquellas que se refieren a la modificación de los contenidos de los medios, sino y muy particularmente las que incidan sobre la estructura misma del negocio publicitario que, tal como dijéramos, está monstruosamente sobredimensionado en nuestro país” (Muraro, 1974a: 236).

9. *TV Guía Negra. Una época de la televisión en la Argentina de otra época* compilaba una serie de notas periodísticas aparecidas en los matutinos *La Opinión* (de Carlos Ulanovsky) y *Mayoría* (de Sylvia Walger). El libro no detallaba cuándo salió ni a qué medio/autor pertenecía cada una. El período abarcado, indicado por los autores, iba de mayo de 1971 a mayo de 1973: “dos años terribles, fatídicos pero también apasionantes de la vida de nuestro país” (Walger y Ulanovsky, 1974: 11).

que pasa -escriben sobre el proceso cultural vigente- es que la producción cultural está totalmente burocratizada, y se ha convertido en una tarea de especialistas, en que cada vez tiene menor participación el pueblo” (Walger y Ulanovsky, 1974: 55).

Vale la pena detenerse en algunos de estos trabajos críticos porque dan cuenta de un clima de época, del estado de la reflexión crítica sobre comunicación y de la circulación de ideas que, en diálogo con algunos procesos de transformación operados desde algunos estados o al interior de la Iglesia, venían desarrollándose desde fines de los años 60.

Neocolonialismo y comunicación de masa constaba de seis capítulos. Los tres primeros constituyen el marco teórico de su “crítica sociológica de la comunicación de masa” (Muraro, 1974a: 14). Muraro desarrolla una teoría de la ideología y analiza su funcionamiento en el sistema monopolista -caracterizado por grandes corporaciones y conglomerados transnacionales-, es decir, el régimen vigente al que decide llamar “neocapitalismo”. Esta reflexión está marcada por múltiples lecturas. En el plano económico, sus principales referencias eran Celso Furtado, Paul Baran y Paul Sweezy. Para el análisis de lo ideológico y la crítica de la comunicación de masas, retomaba a Theodor Adorno, Max Horkheimer, Herbert Marcuse, Charles Wright Mills, Armand Mattelart, Michèle Mattelart y Hans Magnus Enzensberger. A este último aludimos parcialmente en el capítulo 3, como una de las lecturas que influyeron en los trabajos de Jesús María Aguirre. Muraro también acudía a *Elementos para una teoría de los medios de comunicación* de Enzensberger, pero con la atención puesta en otro tramo de ese trabajo, donde se refutaba la teoría *ingenua* de la manipulación y las pseudonecesidades.

En el capítulo III, “Teoría de la manipulación comunicacional”, Muraro admitía que “el concepto de ‘manipulación’ ha sido hasta ahora el instrumento teórico básico de la sociología crítica de la comunicación de masa”. Tras un repaso erudito en torno a distintas obras que habían pensado el tema, terminaba planteando una oposición entre la perspectiva de Marcuse, Vance Packard y otros, y el planteo de Enzensberger, al que Muraro suscribía¹⁰:

“Aunque parezca una paradoja, nuestra crítica básica a los medios de comunicación de masa, a su cultura, no estriba en que éstos manipulen sus mensajes sino, por el contrario, en que no los manipulen buscando deliberadamente promover la movilización orgánica de las masas en pos de metas democráticas” (Muraro, 1974: 122)

Una referencia -tácita en casi todo el ensayo- sobre el uso

En su breve ensayo, el alemán hacía una reivindicación de lo que llamaba una manipulación democrática: “Etimológicamente, el término manipulación viene a significar una consciente intervención técnica en un material dado. Si esta intervención es de una importancia social inmediata, la manipulación constituye un acto político. Éste es el caso de la industria de la conciencia. Así pues, toda utilización de los medios presupone manipulación (...) el escribir, filmar o emitir sin manipulación, no existe. En consecuencia, la cuestión no es si los medios son manipulados o no, sino quién manipula los medios. De lo cual se deduce que un proyecto revolucionario no debe eliminar a todos los manipuladores, sino que, por el contrario, ha de lograr que cada uno sea un manipulador” (Enzensberger, 1972: 25).

10. No obstante sus reparos planteos aquí sobre el concepto, más adelante plantea que en su sentido restringido la categoría de manipulación sigue siendo válida (Muraro, 1974: 96) y que “la importancia teórica y la fertilidad del concepto de manipulación nos impulsan a conservarlo” (Muraro, 1974: 101). “Es necesario no sólo adoptar a ésta como una hipótesis que debe verificarse en cada caso sino también proceder a un revisión crítica de su sentido” (Muraro, 1974: 101).



Como advierte Gilman (2003) en los primeros setenta se produjo un cambio en el perfil de la publicación cubana fundada en 1960, que implicó una revalorización de la teoría. Así, por ejemplo, en su número 71 (1972) se interesó por primera vez por la semiótica, “una disciplina relativamente nueva” que “está encontrando amplio desarrollo en países socialistas como la URSS” (texto editorial, citado en Gilman, 2003: 364). La crítica a la industria cultural, leída en clave de la teoría de la dependencia, se volvió un objeto frecuente de la crítica intelectual. El número 77 (marzo-abril de 1973), además del mencionado artículo de Mattelart, incluía también un texto de Muraro: “Ideología en el periodismo de TV en Argentina”.

emancipador de los medios aparecía cuando Muraro enfrentaba los planteos de Enzensberger a los de McLuhan: “[Para Enzensberger] si los monopolios defienden hoy con uñas y dientes el control del aparato de comunicaciones, *esto se debe más a su temor de lo que las organizaciones populares podrían hacer con ellos que al beneficio político que éste les reditúa*” (Muraro, 1974a: 139. El destacado es mío).

Después de estos debates teóricos, los siguientes tres capítulos contienen un análisis detallado sobre el desarrollo de la industria, en distintas escalas. El capítulo IV, “La industria electrónica, las grandes cadenas y el desarrollo de la TV”, es el más general y el que tiene menos aportes propios de Muraro. En buena medida, el autor retoma las investigaciones de Mattelart reseñadas en el capítulo anterior, en particular el libro *Agresión en el espacio...*, que Siglo XXI Argentina había publicado en 1973, y el artículo “La industria cultural no es una industria ligera” publicado en el número 77 de *Casa de las Américas*.

El capítulo V, el más asociado a posteriori a su obra, plantea un *racconto* histórico sobre el desarrollo de la TV en la Argentina, que va de 1951 a 1972. Algunos materiales sobre la TV volcados aquí ya se habían desarrollado previamente en la serie de artículos publicados en la revista *Crisis*.

Una parte relevante de este capítulo era la que señalaba la trampa de la separación entre canales y productoras, presentadas éstas como empresas independientes: “Dicha distinción legal, meramente aparente y por todos conocida como ficción, ha sido el principal mecanismo por el cual los intereses extranjeros pudieron controlar en este país los canales de TV” (Muraro, 1974: 197-198). Ejemplificaba con el caso peruano¹¹:

“...la separación legal entre canal y productora es un viejo truco jurídico de la industria de la TV en toda América. Esto es algo que debió descubrir el gobierno de Velasco [sic] Alvarado, cuando expropió por decreto los paquetes mayoritarios de los canales de TV dejando intocadas las productoras. Con esta medida se logró un leve control real sobre el contenido ideológico y cultural de los programas emitidos en Perú debido a que razones de costo hacían imposible romper la dependencia de los canales con respecto a las productoras. Esta dualidad productora-canales sigue produciendo al gobierno peruano algunos problemas legales singularmente curiosos...” (Muraro, 1974: 198. La misma cita puede tomarse de Muraro 1973b: 56)

Para Muraro, las productoras/canales de la Capital Federal constituían “‘el corazón’ del sistema actual de la TV en Argentina” y el análisis de sus relaciones de propiedad era “lo más apropiado para comprender la infraestructura misma de este

11. En las conclusiones del libro, Muraro afirmaba que el texto fue escrito “antes de que el gobierno popular decretara la intervención de los Canales 9, 11 y 13 de Buenos Aires y de otros dos del interior, cuyas licencias habían caducado” (Muraro, 1974: 234).

medio de comunicación de masa” (Muraro, 1974a: 202-203).

Finalmente el Capítulo VI, “El negocio de la publicidad en TV”, pone el foco en la lógica de financiamiento que rige al modelo comercial de televisión, también anticipada en las publicaciones previas en *Crisis*. El autor advertía que esta modalidad no se daba en todos los países del mundo, ni siquiera en todos los capitalistas, y sin embargo, “en nuestro país, hasta los canales estatales están actualmente vinculados al negocio publicitario” (Muraro, 1974: 213). En esta crítica retoma la investigación sobre el capital monopolista de Baran y Sweezy (1968), un libro clave en la época donde la publicidad aparecía como un problema central del capitalismo contemporáneo.

El texto también ofrecía detalles sobre la concentración de la facturación en pocas agencias¹². *Neocapitalismo y comunicación de masas* suele considerarse un estudio pionero de lo que más tarde se conocerá como la economía política de la comunicación, aunque no fue la única ni la primera aproximación en este sentido. Tres años antes se había publicado en el país *La red y la tijera. Los medios de comunicación social en Argentina* (Florez Mc Gregor, 1971), un trabajo explícitamente alineado a las posturas del Partido Comunista (PC) de Argentina, que constituyó una de las primeras exploraciones del tema. También en este caso la crítica al orden vigente ponía un énfasis particular en el sistema publicitario.

TV Guía Negra tenía relación con estos trabajos de Muraro¹³ pero puso más énfasis en una crítica ideológica de los medios de comunicación: “La TV no solamente es un negocio, y un lucrativo negocio, sino que además es un poderoso aparato ideológico”, afirmaban Walger y Ulanovsky (1974: 18). Cabe apuntar que la expresión utilizada no remitía a una lectura directa de Althusser, sino más bien a una presencia de la jerga althusseriana propia de la época¹⁴. El libro contenía reseñas críticas de distintos productos televisivos, desde *Rolando Rivas* o los programas de Roberto Galán hasta la transmisión del operativo especial



El principal eje de este libro -firmado con un seguro seudónimo- era la denuncia de la articulación de las industrias culturales con el imperialismo norteamericano: ponía su énfasis en las acciones de la CIA y la USIA (el Servicio Cultural e Informativo de Estados Unidos) en la región y detallaba minuciosamente la propiedad de las empresas de cada sector; sus relaciones con organismos públicos, institutos educativos y fundaciones -a la manera de algunos trabajos de Mattelart de la misma época-; la trayectoria y las relaciones entre sus directivos. Para desentrañar “la red yanqui en la Argentina” dedicaba distintos capítulos a analizar el mundo de la publicidad, los estudios de mercado y otros trabajos sociológicos con financiamiento externo, las agencias de noticias -donde apunta el dominio de UPI y AP- y los distintos sectores de la industria cultural: diarios; revistas; editoriales de libros y distribuidoras; *house organ* empresarios; la radio -donde señala una preeminencia del equipamiento norteamericano- y la televisión -que a la dependencia tecnológica sumaba, desde su origen, la transmisión de series enlatadas-. También incorporó el tema de los satélites, con una mención crítica a la reunión de 1969 en Santiago de Chile en que se estableció un acuerdo entre diez universidades latinoamericanas (que reciben ayuda financiera de EEUU), que ya vimos en el capítulo anterior denunciado por Mattelart. Al definir la mecánica de estas agencias, Florez Mc Gregor hacía una descripción similar a la que ya vimos en Reyes Matta: “toda noticia de Perú, dicho a modo de ejemplo, que leemos en Argentina -o viceversa- es cablegrafiada antes de Lima a Nueva York, donde pasa por el colador...” (Florez Mc Gregor, 1971: 93)

12. Como señala Zarowsky en relación a este momento de la obra de Muraro: “Su conocimiento de la ‘cocina del negocio’ y su posibilidad de acceder a estadísticas y estudios empíricos contribuyeron a potenciar sus investigaciones y posicionar su figura como especialista, en un momento donde este tipo de investigaciones empíricas eran casi imposibles materialmente en el ámbito académico” (2016: 16).

13. La parte inicial del libro (“La televisión, el estado y el estado de cosas”) aseguraba retomar un prólogo escrito para un libro de Muraro. Sin embargo, no encontramos ningún libro del sociólogo especialista en medios masivos que tuviera un prólogo de Ulanovsky y/o Walger. Suponemos que pudo haberseles encargado uno para el libro *Neocapitalismo y comunicación de masa*, que es contemporáneo, y que finalmente haya sido descartado, cuando el libro de Ediciones de la Flor ya estaba cerrado. Además de esa referencia, los autores citaban el trabajo presentado por Muraro al seminario realizado en Costa Rica en 1972 (p. 50) y mencionaban al autor, más adelante, como responsable de estadísticas de Proartel y Canal 13 (p. 67). Al final, como veremos, aparecía una entrevista al propio Muraro.

14. Un buen ejemplo de esto lo ofrece la obra de un intelectual al que presentamos en el capítulo anterior, Armand Mattelart. En 1976 publicó por Éditions Anthropos *Multinationales et systèmes de communication: les appareils idéologiques de l’impérialisme* (traducido al español en 1977 por Siglo XXI). Según cuenta el autor, “mis editores de Anthropos me propusieron mencionar la expresión ‘aparato ideológico’ como subtítulo de mi obra sobre las multinacionales, cosa que acepté, si bien en mi texto no se hacía mención alguna a la teoría althusseriana” (2014: 144). Esta versión podría ser puesta en cuestión teniendo en cuenta que en el número 4 de *Comunicación y Cultura* (1974) Mattelart publicó un artículo titulado “Hacia la formación de los aparatos ideológicos del ‘Estado multinacional’”. En cualquier caso, la expresión se utilizaba sin remitir directamente a una lectura de Althusser.

Apolo XV (1971)¹⁵ o *Plaza Sésamo*, “uno de los lanzamientos más opulentos de 1973”, sobre el que retoma el “trabajo reciente” de Armand Mattelart (Walger y Ulanovsky, 1974: 166). Los autores afirmaban, así, que “tanto el tipo de programación, como el tipo de publicidad utilizados por los principales canales de la TV argentina, responden a la necesidad de una constante defensa y reafirmación de los valores fundamentales de los sectores dominantes en nuestro país” (18).

Sobre el final, en un apartado de entrevistas desarrollado con el título “Antitestimonios”, el libro exploró la búsqueda de un futuro distinto para el medio, en la coyuntura de cambio político: “Ante la presencia de un poder popular en los distintos sectores del gobierno, uno de los puntos que mayor cantidad de diálogos ha suscitado -curiosamente- es la reorganización de la televisión y de la radio” (202. El destacado es mío). Los tres *expertos* consultados eran Heriberto Muraro, el guionista y director Miguel Coronato y dramaturgo Juan Carlos Gené, éste último designado director de canal 7 durante la gestión de Cámpora.

Con Coronato, que por entonces tenía cerca de 70 años, la conversación repasaba la situación de la radio y la televisión durante el primer gobierno peronista y durante los 18 años de dictaduras y democracias restringidas que siguieron. Más adelante, frente a la pregunta sobre cómo “frenar la creciente despolitización que promueven los medios”, Coronato sostenía:

“Primero que nada, terminar con el uso privado de esos medios. Entiendo que todo empresario que pone su dinero en la radio o la televisión está buscando un negocio; por lo tanto, la política es una cosa que se le presenta como ajena (...) Yo opino que algo tan importante como la información, el entretenimiento y la formación en una sociedad no pueden estar en manos de alguien que la maneje con un criterio empresario porque no se trata de fabricar un cinturón sino de acentuar una ideología” (en Walger y Ulanovsky, 1974: 204).

Y a la hora de proyectar medidas, hablaba de la “creación de sociedades por las cuales se hacen cargo de los canales quienes los trabajan (artistas, autores, técnicos) y creación de una productora nacional de televisión” (Walger y Ulanovsky, 1974: 207).

En un sentido similar, Juan Carlos Gené planteaba que “la competencia es una aberración natural de un sistema social competitivo, no es un pecado particular de la televisión” (210) y que se debería “orientar un cambio total en la función de los medios de comunicación, desprendiéndolos de la ley comercial

15. En relación a este episodio aparece la preocupación por el material transmitido vía satélite, fenómeno sobre el que opinan “los licenciados en sociología Eliseo Verón y Juan Carlos Indart, presidente y secretario respectivamente, de la Asociación Argentina de Semiótica...” (Walger y Ulanovsky, 1974: 168). “Una transmisión de tales características revela algo fundamental: la importancia tremenda de la vía satélite como arma de dominación cultural -dice Juan Carlos Indart-. Emisiones programadas a distancia, a través de shows perfectamente planificados, agudizarán los choques entre cultura nacional y ese tipo de colonialismo manejado por varias culturas distintas...” (Walger y Ulanovsky, 1974: 169)

de la publicidad como rectora de las programaciones” (211). Aclaraba que eso no significaba pensar en “televisiones educativas o culturales” sino en un medio que desterrara “la tergiversación de la información” y expresara “con la gente la verdad profunda de la situación que vive”, pero lo hiciera “entreteniendo, divirtiendo y apasionando porque de lo contrario sería una televisión muerta, teórica, expositiva y de magisterio, absolutamente insoportable, un cierto criterio con el que no estoy de acuerdo” (210-211).

Con una lectura regional y tercermundista, el funcionario designado por Cámpora para conducir el canal apostaba a que “no prosperen de ninguna manera los proyectos de educación a nivel continental vía satélite, o que todas las emisiones de este tipo las elija el gobierno popular” y proyectaba como política “el intercambio de señales televisivas con los países de América latina en franco proceso de liberación y todos los países del Tercer Mundo, es decir la creación de un mercado en el Tercer Mundo” (211).

4.3. La disputa de/desde el Estado

En el conjunto de materiales culturales presentados hasta aquí, algo que aparece con claridad es el consenso en torno a la necesaria participación del Estado en estos ámbitos. Como señaló Muraro a posteriori, en una revisión sintética sobre la política comunicacional del tercer gobierno peronista (1973-1976):

“Durante ese período -apenas tres años- las diversas corrientes internas del peronismo, no obstante sus diferencias ideológicas y violentos conflictos, participaron de la convicción de que los medios de comunicación masiva, especialmente la radiodifusión, deberían ser primordialmente controlados por el Estado. En consecuencia, impulsaron la introducción de importantes modificaciones al régimen legal, relaciones de propiedad, funcionamiento económico y control político de aquellos” (Muraro, en Landi, 1987: 21)

El período político que se inició en Argentina en mayo de 1973 presenta para su análisis aún más complejidad que los procesos analizados en Chile o Perú, pues los gobiernos de Héctor Cámpora -cuya presidencia duró 49 días- y Juan Domingo Perón estuvieron signados por las disputas y contradicciones internas: no pueden definirse como gobiernos socialistas o nacionalistas de izquierda, pero iniciaron procesos en los que -al igual que los países vecinos- la *liberación nacional* era la meta de buena parte de los actores políticos. Para esta tesis es clave que dentro del peronismo pugnarón distintas tendencias, entre ellas la denominada revolucionaria, que levantaba las banderas de un “socialismo nacional” y llegó a tener una participación importante en la conducción de algunos ministerios, secretarías y gobier-

nos provinciales, desde donde impulsaron políticas afines a las que caracterizamos en los dos capítulos anteriores.

En las siguientes páginas ensayaremos una aproximación a esos proyectos -tensionados y finalmente truncos-, que fueron también el contexto de reflexiones en torno a comunicación, la cultura popular y la democratización de los medios, retomadas o repensadas más tarde en otras geografías y condiciones -mayoritariamente, en el exilio mexicano- por los mismos intelectuales que las habían desarrollado.

Ese ejercicio supone poner el foco en algunas áreas específicas de la política nacional y también reconocer la importancia de las perspectivas sub-nacionales que atienden a las dinámicas propias de las provincias (Picco, 2013). Analizaremos, en ese sentido, distintas escalas: algunos proyectos desarrollados en el marco del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, iniciativas producidas en el marco de las universidades nacionales -no sólo en Buenos Aires sino también La Plata, Córdoba, Rosario- y finalmente la experiencia de la Escuela de Comunicación Colectiva en la Provincia de Mendoza. Este recuento podría ampliarse a otros proyectos y casos provinciales, y sin duda eso se producirá conforme se pongan en circulación estas reconstrucciones que habilitan nuevos diálogos y trabajos de memoria.

Como marco más general, y pese a las contradicciones en las políticas de 1973-1974, es interesante advertir la coherencia entre los tópicos del pensamiento crítico sobre la comunicación y la toma de decisiones desde el Estado. Éstas configuraron políticas que pueden considerarse incipientes o parciales pero apuntaron, precisamente, a la limitación de las agencias de noticias¹⁶, la regulación de la publicidad¹⁷ y la estatización de las productoras de televisión¹⁸: los principales temas de preocupación de los textos que hemos reseñado.

16. Durante el interinato de Raúl Lastiri, en agosto de 1973, el decreto 587 prohibió a las agencias extranjeras “suministrar noticias o informaciones extranjeras de cualquier naturaleza” dentro del territorio argentino. Luego, otro decreto creó un Registro de Agencias Noticiosas Nacionales y extranjeras con el objetivo de identificar a los responsables de las noticias difundidas en los medios masivos. Interpretada como una medida autoritaria, se entiende claramente su motivación en la época, cuando el poder de las agencias era un tema de preocupación académica desde fines de los sesenta y comenzaba a ser planteado en los principales foros internacionales. Por otra parte, la anulación de estas regulaciones estuvo entre las primeras medidas tomadas por la dictadura instaurada en 1976.

17. Es un área de intervención poco recordada, lo que no la hace menos importante. Una cláusula del Acta Compromiso Nacional firmada por empresarios y sindicalistas (conocida como *Pacto Social*) impidió que los gastos publicitarios se incluyeran en la estructura de costos de los productos y se transfirieran a los consumidores (Muraro, 1975: 17). En 1974, la Secretaría de Comercio emitió una reglamentación que pasó a considerar a las erogaciones en publicidad como parte de las ganancias empresarias y por lo tanto sujetas a tributación (Ford, en Landi, 1987: 21).

18. La primera medida -concretada en el interinato de Lastiri- fue retornar al Estado los tres principales canales privados de la ciudad de Buenos Aires y dos del interior, cuyas licencias habían caducado. Pero más tarde y con las presión del Sindicato Argentino de Televisión que impulsó ocupaciones en las productoras metropolitanas, éstas fueron declaradas de interés público y expropiadas por el Poder Ejecutivo.

El libro de Walger y Ulanovsky (1974) sobre la televisión fue entregado a sus editores en octubre de 1973, justo cuando se conoció la finalización de las licencias de los canales privados. Los autores la consideraban una medida saludable y esperada, “pero no una medida de fondo, verdaderamente revulsiva. Porque la mayor parte de los programas de televisión que se ven en el país sale de las productoras de los canales cuya licencia caducó (Telecenter, Telerama y Proartel). Estas productoras constituyen en verdad el patrimonio valioso de los canales, la base de la industria” (Walger y Ulanovsky, 1974: 13).

Pero además, como parte del mismo proceso, en distintos ámbitos del Estado pueden identificarse políticas guiadas por un interés en la participación popular y la comunicación horizontal -“intermedia”-, que reseñamos a continuación.

4.4. El Ministerio de Cultura y Educación de la Nación

4.4.1. Comunicaciones Sociales

Entre los casos de participación de sectores de la izquierda peronista en la gestión estatal, es pertinente recuperar la experiencia de quince meses del Departamento de Comunicaciones Sociales en el marco del Ministerio de Cultura y Educación conducido por Jorge Taiana. El área en cuestión estuvo a cargo de un equipo de militantes de Montoneros, como el periodista Andrés Zavala, el dramaturgo Santiago Carlos Oves y el periodista y escritor Nicolás Casullo. Según testimonia este último en *La voluntad*, con ella se proyectaba -a mediano plazo- la creación de un Ministerio de Cultura y Comunicación (Anguita y Caparrós, 2010: 81).

Además de encargarse de la prensa del ministro, el Departamento de Comunicaciones Sociales tenía, según la información publicada por el diario *Noticias*, “el propósito de desarrollar las técnicas de difusión aplicadas al ámbito de la cultura y la concientización masiva”, para “complementar los métodos de la educación tradicional”¹⁹.

En *Cuadernos de Comunicación*, una publicación realizada por el Departamento en 1974²⁰, se afirmaba que “la Revolución Cultural en la Argentina deberá tener como premisa la participación popular en la constitución de un sistema educativo para la Liberación” (p. 7). En ese sentido, se sostenía la necesidad de cambiar “la mentalidad de los docentes. No sólo para que aprendan a utilizar los medios, sino también para que comprendan en profundidad lo que implican, desde nuestra perspectiva, en la formación del hombre nuevo. El maestro no debe valerse de las nuevas técnicas y medios para ‘ahorrarse trabajo’” (p. 8).

Lucía Abbattista (2013; 2014) reconstruye en seis puntos los proyectos más importantes del Departamento:

1) *Televisión*: Canal 4 constituyó el primer proyecto de televisión educativa en el país. Se instaló el set para la producción en Devoto y se anunció que desde fines de diciembre de 1973 iniciaría sus transmisiones experimentales, para lanzar sus emisiones diarias con contenidos educativos y culturales a partir de julio de 1974. Además, en noviembre de 1973, se creó un Centro Nacional de Tecnología Educativa en el marco de un convenio con



Zavala tenía 27 años de edad provenía de las Juventudes Argentinas para la Emancipación Nacional (JAEN), donde también participaban Sylvina Walger y Jorge Bernetti. Tuvo distintos trabajos en el ámbitos periodísticos, entre ellos la Radio de la Universidad de La Plata, *Primera Plana* y el diario *La Opinión* de Jacobo Timerman, donde cubrió el área educativa. Integró el Bloque de Prensa Peronista (que disputaba la Asociación de Trabajadores de Prensa de Buenos Aires) y fue parte de la Secretaría de Prensa del FreJuLi durante la campaña electoral.



Conocido a posteriori como director de cine, en 1973 Oves tenía 31 años y era dramaturgo. Se había iniciado como autor con *La toma* (drama de la toma de una fábrica), que se representó en sindicatos, clubes de barrios y otras organizaciones populares. En esos años se vinculó con Norman Briski y el grupo Octubre. En el *Arte popular y sociedad en América Latina*, que ya citamos a propósito del trabajo de Boal en Perú, García Canclini (1977) dedica unas páginas a este grupo y su trabajo en barrios obreros y villas miseria de Buenos Aires y el interior argentino durante los primeros 70. Es interesante pensar el paralelismo teniendo en cuenta que ambas experiencias de teatro popular toman parte en la gestión estatal, en el área de Educación.



Con 29 años, venía del Frente de Trabajadores de la Cultura (FATRA) del PRT-ERP y se había acercado al peronismo montonero durante 1972. Participó de la revista *Nuevo Hombre*, fundada por Jarito Walker. Trabajó en *La Opinión* (donde participó de la sección política que dirigía José María Pasquini Durán) y, al igual que Zavala, formó parte del Bloque de Prensa Peronista. En 1969 había publicado su primera novela, *Para hacer el amor en los parques*. Se sumó a JAEN durante 1972, cuando esta agrupación comenzaba a fusionarse con Montoneros.

19. “Discos para la liberación. Integran un proyecto de educación masiva del Ministerio de Cultura” en *Diario Noticias*, 26/01/1974, Pág. 15.

20. Como publicación institucional, la mayoría de sus textos figuran sin firma. No obstante, hay dos apartados firmados: “Comunicación como aporte ideológico”, de Jorge Abasolo y “Comunicación masiva y educación”, de Oscar Steimberg y Oscar Traversa.

la Organización de Estados Americanos, que incluyó la puesta en marcha de importantes estudios de sonido, televisión y cine.

2) *Producción audiovisual*: Se dieron los primeros pasos para la grabación de una miniserie sobre la “Vuelta de Obligado” protagonizada por Víctor Laplace. Se firmó un contrato con Rodolfo Kuhn para hacer una película sobre Felipe Varela. También estaba proyectado hacer películas sobre Raúl Scalabrini Ortiz, John William Cooke, Arturo Jauretche, y teleteatros sobre la experiencia de la “resistencia peronista” asesorados por Rodolfo Walsh.

3) *Producción radiofónica*: El ministerio tenía unas treinta horas semanales en las radios principales de Capital, a cargo del Departamento de Comunicaciones Sociales, que produjo distintos programas (*El tambor del hombre nuevo*, con Norman Briski y Ana Amado; *Ruidos en la cabeza*, con Carlos Ulanovsky y Mario Mactas primero, y Enrique Masllorens, después).

4) *Producción discográfica*: en este área, a cargo de Masllorens, “el horizonte era crear una Discoteca Estatal, inspirada en la DICAP (Discoteca del Cantar Popular) fundada en 1968 por las Juventudes Comunistas de Chile” (Abbattista, 2013: 14). El sello *Discos para la reconstrucción y la liberación* llegó a realizar dos discos dobles: *La Vinchuca – Un Niño en el Camino* (Mari-Peñil²¹) y *¡Vamos Estudiantes! - Humanizándonos* (Futuro 5)²², y anunció la realización de otros dos *La Patria Grande – El Trabajador Latinoamericano* (Roque Narvaja) y *Felipe Varela – Barranca Yaco* (Grupo Vocal Argentino).

5) *Editorial estatal*: en noviembre se presentó en la Cámara de Diputados un proyecto para estatizar Codex S.A. y ponerla en la órbita del Ministerio de Cultura y Educación. Aquí también había una referencia inmediata en Chile, con la experiencia de la expropiación de Zig-Zag y la creación de Quimantú, comentada en el capítulo anterior.

6) *Prensa educativa*: se proyectó y se desarrollaron los primeros números de un periódico destinado a chicos de las escuelas primarias de todo el país (Abbattista, 2014). Esta iniciativa estuvo encabezada por Marta Dujovne y Lorenzo Amengual.

También hubo un área de producción de historietas, un género que estuvo en el foco de los intelectuales de los sesenta y setenta, lo que Ricardo Diviani considera un rasgo de singularidad de los estudios de comunicación en Argentina desde sus inicios (2019: 83)²³.

Los temas abordados en las producciones audiovisuales, sonoras y gráficas eran coincidentes. Según se detalla en *Cuadernos de Comunicación*, había tres grandes áreas: las “pro-



21. Se trataba de letras compuestas por el poeta uruguayo Manuel Picón e interpretados por Huerque Mapu, el mismo conjunto que había grabado una Cantata encargada por Montoneros.

22. En la grabación de estos discos participaron los músicos Billy Bond y Charly García.

23. Dominada por una perspectiva de análisis estructuralista, esa mirada sobre la historieta tuvo como referentes a Oscar Massotta y Oscar Steimberg, que en 1967 lanzaron la revista *Literatura Dibujada* (Diviani, 2019: 84).

ducciones educativas de recuperación histórica”, pensadas en clave revisionista; las “producciones educativas sobre la actual realidad del país” y las “preventivas de la salud” (17). La suma de proyectos implicó la contratación de casi cien creativos de distintas disciplinas (guionistas, dibujantes, actores, músicos). También participaron en el trabajo del área académicos como Oscar Steimberg y Oscar Traversa -que protagonizaban junto a Eliseo Verón el incipiente nacimiento de una semiología argentina-²⁴, y Enrique Tándeter, que asesoró en el desarrollo de temáticas históricas.

Es significativo señalar que estos trabajos despertaron el interés de los pares de los Ministerios de Educación peruano, cuyos proyectos comentamos en el capítulo 2. En febrero de 1974 el Director General del Instituto Nacional de Teleducación (INTE) de Perú, Edgardo Pando Pacheco, dirigió una carta al Director del Departamento de Comunicaciones Sociales para solicitar ejemplares del *Diario de los chicos* y copias de los discos de la Liberación: “Todo este material que les solicitamos nos permitirá orientarnos mejor en la búsqueda de nuevos lineamientos para la producción de programas dirigidos a niños, jóvenes y adultos”²⁵.

El Departamento intervino además en la elaboración de un proyecto de Ley de Radio y Televisión, mientras los canales estaban bajo administración judicial y se discutía su futuro. Elaborado con distintos actores, en especial sindicales, se envió al Congreso pero nunca llegó a ser tratado. El proyecto contemplaba la formación de una productora nacional, ENRATEL, para reemplazar a las privadas. También contemplaba cupos de producción local para promover el federalismo (Domínguez, 1975: 58).

4.4.2. La gestión del cine

Durante este período, el Ente de Calificación Cinematográfica estuvo bajo la órbita del Ministerio de Cultura y Educación, inicialmente a cargo de Octavio Getino, que inmediatamente liberó todas las películas “tanto nacionales como extranjeras, prohibidas por razones político-ideológicas” (Getino, citado en Schumann, 1987: 33-34)²⁶. Otra novedad de esta gestión fue la incorporación de un representante de la Confederación General de Trabajadores (CGT) en las distintas actividades del Ente (Cardoso, 1975: 63).

Junto a Fernando Solanas, Getino fue uno de los realizadores de *La hora de los hornos* (1969) y como ya vimos publicaron, a tra-

24. Cuando en 1974 Luis Ramiro Beltrán desarrolla su artículo “La investigación en comunicación en Latinoamérica: ¿indagación con anteojeras?”, considerado uno de los primeros mapeos sistemáticos de los estudios realizados en la región, una de sus referencias bibliográficas era un texto que Steimberg y Traversa desarrollaron para *Cuadernos de Comunicación*, la publicación del Ministerio.

25. Oficio N° 084-INTE-74/UPL.

26. El Ente era órgano ejecutor de la censura en el cine, en especial durante los períodos de dictadura. En tanto, otros dos realizadores, Hugo del Carril (1973) y Mario Soffici (1974), estuvieron a cargo del Instituto Nacional de Cinematografía.

155



Otro integrante del movimiento, Gerardo Vallejo, desarrolló su trabajo en este período en Tucumán, estrechamente vinculado con los trabajadores azucareros, en una experiencia cuya reconstrucción -necesaria- excede las posibilidades de esta tesis. En 1973, Stella Maris “Pila” Garbarino y un conjunto de trabajadores vinculados a la izquierda peronista se hicieron cargo del canal de televisión de la Universidad de Tucumán, creado en 1969. Con el aval del rector Pablo Heredia, desarrollaron “una política comunicacional de relación recíproca con los sectores populares y las luchas obreras” (Toscano, 2010: 10). En ese marco, hubo programas coproducidos con el sindicato de los azucareros (FOTIA), en los que participó Vallejo.

vés de Siglo XXI Argentina, *Cine, cultura y descolonización* (1973). Ambos eran impulsores de lo que se conoció como el movimiento del “tercer cine” y tuvieron una participación activa en las redes que relacionaron a distintos cineastas del continente. Como señala Armand Mattelart, con encuentros como los de Viña del Mar en 1967 y 1969, Mérida en 1969 y Caracas en 1971,

“el cine se constituyó en una vanguardia internacional de las luchas culturales y de las prácticas de comunicación alternativas, las cuales, a continuación, se expandirán por todas las latitudes, a través de los diversos sectores de los medios de comunicación” (Mattelart, 2014: 241-242)

Desde el Ente de Calificación, Getino impulsó la redacción del proyecto de una nueva ley del cine en el que participaron las distintas entidades de la actividad, especialistas y otras áreas del Estado²⁷, enviado al Congreso en agosto de 1974 y frenado por funcionarios del propio Poder Ejecutivo que asumieron en el gobierno de María Estela Martínez de Perón. Según Getino, el proyecto

“contemplaba todos los puntos importantes de los sectores nacionales vinculados a una problemática cultural y cinematográfica consustanciada verdaderamente con las necesidades del país. El único sector que se opuso de una manera consecuente fue el sector que monopoliza la exhibición y por sus propias características estuvo siempre más conectado con la distribución extranjera” (en Cardoso, 1975: 63)

4.4.3. La comunicación en las universidades nacionales

La incipiente formación del campo académico de la comunicación en la región tendió hacia su institucionalización en carreras universitarias entre los sesenta y setenta -a veces reconvirtiendo trayectorias profesionalistas del periodismo preexistentes-. En los sesenta, ese proceso solía estar acompañado por el CIESPAL²⁸, que perfiló planes de estudios con enfoques instrumentales, orientadas teóricamente por el difusionismo (Diviani, 2019: 223). En los primeros setenta las nuevas lecturas críticas -del estructuralismo europeo a la teoría de la dependencia- y los proyectos políticos de liberación impactaron tanto en las carreras existentes como en la proyección de nuevas iniciativas.

En la **Universidad de Buenos Aires**, la Facultad de Filosofía y Letras fue un laboratorio de pruebas y también la caja de resonancia de muchos de los procesos que venimos narrando. La Fa-

27. Según detallaba Getino en una entrevista de 1975, “esta actividad fue asesorada por un equipo de especialistas del cine, de la psicología, de la iglesia, pedagogos y personalidades y organismos diversos, como el Ministerio de Defensa, la Secretaría de Prensa y Difusión, el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto” y un representante de la CGT. El proyecto tuvo su redacción final en la Secretaría de Prensa y Difusión (Cardoso, 1975).

28. Para mayor detalle sobre esta entidad, véase el capítulo 6.

cultad había sido intervenida tras la asunción del nuevo gobierno y respondía a la izquierda peronista. Es interesante advertir el cruce de trayectorias que se dio en ese ámbito académico en 1973: Paco Urondo -recién salido de la cárcel con la amnistía firmada por Cámpora- dirigió el Departamento de Letras²⁹ y coordinó un flamante centro cultural abierto por la Facultad; Luis Felipe Noé estuvo a cargo del Departamento de Artes y Enrique Tándeter, del de Historia; Aníbal Ford y Juan Gelman enseñaban “Introducción a la Literatura”; Vicente Zito Lema era docente de “Introducción a las artes”; Jorge Rivera y Eduardo Romano dictaban “Literatura Argentina” y proyectaban una nueva asignatura; Noé junto a Oscar Smoje y Francisco Kropel coordinaban un Taller Audiovisual; Héctor Schmucler, Heriberto Muraro y Nicolás Casullo dictaban una materia sobre comunicación masiva³⁰ y creaban un centro de estudios donde participó, entre otros, Margarita Graziano. Ese año se creó también el Instituto del Tercer Mundo “Manuel Ugarte”, del que fue parte Alcira Argumedo. Hubo en esos meses intensos en *Filo* “profesores, programas y materias que tuvieron una vida efímera”, pero que “parecen haber dejado numerosas y diversas huellas en los que participaron de la experiencia” (Adur Nobile y Antico, 2014: 109).

Con la nueva gestión en Letras se incorporaron nuevos profesores, como Josefina Ludmer, y regresaron otros que se habían ido durante la intervención de Onganía, como Noé Jitrik. Se crearon asignaturas, entre las cuales la más emblemática fue *Proyectos Político-culturales en la Argentina*, dictada por Romano en el primer cuatrimestre de 1974, cuyas últimas dos unidades eran “el Peronismo (1943-1955)” y “el Neocolonialismo”. En el Departamento de Artes, por su parte, sumaron materias como *Arte y Cultura del Tercer Mundo*, que estuvo a cargo de Néstor García Canclini³¹. En 1973 visitó la Facultad Augusto Salazar Bondy y dio una conferencia sobre la reforma de la educación peruana.

Ambos Departamentos fueron receptivos a los problemas de los medios y la comunicación aparecían como nuevos temas, antes inexplorados. Así, el programa de *Introducción a la Literatura* elaborado por Ford para el segundo cuatrimestre de 1973 proponía:

“Ampliar el concepto del literatura más allá de los límites del libro, instrumento sacralizado por la cultura liberal, incluyendo en él los mensajes literarios de los medios modernos de comunicación: guiones cinematográficos, libre-



Esta conferencia, que es mencionada en *Filo (en) rompecabezas* (Adur Nobile y Antico, 2014: 124) fue referenciada también por Ford en sus clases (2004: 63). También Rogelio García Lupo evocaba (tras el fallecimiento de Salazar Bondy) la visita del peruano en setiembre de 1973: “fundamos el proyecto de asociar a la Editorial Universitaria de Buenos Aires con el plan de librerías universitarias del Perú. Después él partió a Pekín, y nuestra entrevista quedó pendiente para siempre, aunque no el proyecto superior de vincular estrechamente a la Argentina con el Perú y hacer de las experiencias populares y nacionalistas de los dos países una auténtica espina dorsal de la revolución latinoamericana” (*Crisis* Nº 12, abril de 1974).

29. Hasta que Urondo se hizo cargo, Eduardo Romano ofició de director provisorio.

30. Según la fuente, varía la denominación de este curso entre “Literatura y comunicación de masa”, “Literatura y medios masivos de comunicación”, “Introducción a los medios masivos de comunicación” o “Introducción a los Medios de Comunicación Masiva”.

31. García Canclini también estaba a cargo de *Estética II*, donde se leían textos de autores como Fanon, Mao Tse Tung, Brumana, Bourdieu, Marx, Eco, Freud. En el caso de Filosofía y Historia, Gunnar Olson dictó un seminario titulado *Historia de los países imperialistas* en el primer cuatrimestre de 1974.



Entre noviembre de 1972 y marzo de 1976, funcionó en el ámbito de la Municipalidad de Buenos Aires un Centro de Investigaciones en Comunicación Masiva, Arte y Tecnología de la Ciudad de Buenos Aires (CICMAT), que funcionó en el quinto piso del Centro Cultural San Martín. Varios de sus integrantes -sobre todo del área artística- provenían del Instituto Torcuato Di Tella, a cuyo Laboratorio de Música Electrónica dieron continuidad. Se organizó en varios departamentos, entre los que estaban Comunicación Masiva (Juan Carlos Indart, Alicia Páez, Oscar Steimberg) y Comunicación por Medios Audiovisuales (Julio Colmenero, Lorenzo Amengual, Enrique Jorgensen, Víctor de Zavalía). El proyecto de 1974 que Morone y De Charras comentan en *Mucho ruido y pocas leyes* no es el elaborado en el Ministerio sino una propuesta del CICMAT publicada con el título *Por una radiodifusión al servicio del pueblo. La radio y la televisión en Argentina* (Morone y De Charras, 2009: 152-155).

tos radiales, canciones populares, historietas, etcétera” (en Adur Nobile y Antico, 2014: 117)

En el mismo sentido trabajaba Romano en *Proyectos Político-culturales en la Argentina*, donde se analizaban “sainetes, canciones populares y radioteatros, entre otros materiales que tradicionalmente no aparecían en la carrera de Letras” (118).

No es extraño que en ese contexto haya habido un proyecto, apoyado por el Rectorado, de crear una carrera de Comunicación y Periodismo. Casullo recordaba reuniones que se realizaron con periodistas como Jarito Walker y Luis Guagnini, entre otros:

“Se llegó a gestar un proyecto de carrera y elevarlo a rectorado, pero no pudo ser aprobado por las dramáticas circunstancias políticas (...) Ahí ya estaba presente de qué manera se arribaba al nuevo campo, a través de gente proveniente de revistas alternativas, político-culturales, del periodismo, de grupos de estudio y de investigación, convocadas por una necesidad universitaria...” (Casullo, 2004: 55)³².

En una de sus clases teóricas de 1973 en Letras, Ford planteaba:

“Es importante estructurar los estudios en vista a la posible inserción en otros campos del trabajo cultural: el periodismo, los medios, la planificación cultural, la industria editorial, la educación popular -entendida, por supuesto, no de la manera tradicional-, la crítica político-cultural, etcétera. Es decir, hay otras zonas que ofrecen importantes campos de trabajo” (Ford, 2004: 61)

Es interesante revisar las referencias bibliográficas y conceptuales que aparecen en esas clases. Múltiples citas de libros y fascículos del CEAL -donde Ford trabajaba- las inscriben en el clima de ideas comentado al inicio del capítulo. Se hablaba del tercer mundo, del imperialismo cultural. Se trabajaba con el texto de Edgard Morin “Del análisis cultural a la política cultural”, traducido por la cátedra, y el libro de Mattelart y los hermanos Castillo que tres años antes había publicado Signos. Y no todo eran textos en el programa de la materia: la tercera parte del curso está basada en entrevistas coordinadas por otro docente de la cátedra, Juan Gelman³³.

No existía entonces en Buenos Aires casi ningún espacio de investigación sobre comunicaciones: “Es interesante este dato, porque en ese primer período la temática va a ser asumida por un campo claramente extrauniversitario” (Casullo, 2004: 55).

32. Tras la dictadura, cuando reemergió la idea de una carrera de comunicación en la UBA, fueron convocados muchos de quienes habían participado en las experiencias del ‘73.

33. Este tipo de innovaciones también son propias de la época. Por la cátedra de Zito Lema pasaron como invitados León Ferrari, Ernesto Deira y Roberto Sinigaglia para hablar del rol del artista en la revolución social. Como señalan Di Modugno y Lavintman para el caso de Artes, “las nuevas materias implementaron talleres donde aplicaban la teoría, saliendo de la institución universitaria para desarrollar otro tipo de conocimiento, accediendo desde lo manual, la percepción del medio y el trabajo concreto. Todos estos talleres extracurriculares se llevaron adelante en el marco de la teoría grupal -conocida como ‘grupo operativa’- que Zito Lema retomaba de Enrique Pichón Riviere” (Di Modugno y Lavintman, 2014: 100).

Y en la coyuntura política-institucional que se abrió en 1973, Schmucler impulsó en Filosofía y Letras la formación de un Centro de Estudios de Comunicación Masiva (CECOM).

Cuando ese espacio se creó, Schmucler fue designado su director y Muraro fue designado secretario académico en 1974. Aunque tuvo una vida efímera, la existencia del CECOM se registró por ejemplo en la nota publicada en el N° 18 de la revista *Crisis* (octubre de 1974): “Noticias, una experiencia de periodismo popular”. La publicación recogía “un borrador del estudio que sobre *Noticias* estaba elaborando el Centro de Estudios de Comunicación Masiva de la Universidad de Buenos Aires, antes de la clausura impuesta a este diario” (p. 69).

El trabajo destacaba la “posición política explícita” del diario, que encontraba antecedentes en algunos “diarios populares” que “surgieron con el ascenso primero del peronismo” y se desarrollaron “fuera de las pautas que la prensa liberal traza para los sectores populares: el periodismo amarillo” (CECOM, 1974: 70). Dentro esa filiación, *Noticias* presentaba rasgos específicos, que el CECOM analizó en distintas dimensiones del lenguaje (histórico, expresivo, gráfico, organizador). En cuanto al contenido, resaltaba como fundamental “el intento sistemático de romper ‘el tema tabú’ de la prensa burguesa: el de las relaciones de poder en el seno de las fábricas y las instituciones urbanas de base” (CECOM, 1974: 71).

Al incluir este artículo en su edición, un paratexto de *Crisis* destacaba que las luchas por la liberación, de sumo interés para la revista, “incluyen, obviamente, la participación popular en los medios, la reestructuración de las formas de comunicación y de información, y la polémica dentro de los procesos populares” (p. 69).

Schmucler era profesor también en la **Universidad Nacional de La Plata**, donde la enseñanza de periodismo existía desde 1935 y era pionera en América Latina. Llegó invitado por su pareja de entonces, Ana María Nethol, en el marco de una transformación de la carrera que precedió a la apertura democrática. Como sintetiza Carlos Ciappina a partir de distintos testimonios, los años 1970-1973 fueron “aun en el marco de una dictadura, años de creciente movilización política y de renovación académica para la Escuela Superior de Periodismo” (Ciappina, 2015: 123). A partir de la designación de Ataúlfo Pérez Aznar como director, en diciembre de 1970, se inició una discusión curricular que dio lugar a la aprobación de un nuevo Plan de Estudios en 1972 y fue acompañada por la incorporación de nuevos docentes. En esa transición, fue frecuente que éstos modificaran los contenidos, la bibliografía y los objetivos de los cursos que tomaban, aunque temporalmente mantuvieran la denominación del plan previo.

En la planta docente de 1971 Nethol ingresó a cargo de





Gregorio Selser fue autor de 50 libros sobre las luchas de los pueblos de América Latina y el Caribe y especialmente sobre el imperialismo norteamericano en la región, como *El Guatemalazo. La Primera guerra sucia* (1961), *Alianza para el progreso. La mal nacida* (1963), *El Rapto de Panamá* (1964), *Espionaje en América Latina. El Pentágono y las técnicas sociológicas* (1967), *La CIA en Bolivia* (1970), *Los Cuatro Viajes de Cristóbal Rockefeller* (1971) y la enciclopedia *Cronología de las intervenciones extranjeras en América Latina*, de cuatro tomos. De joven estuvo vinculado al dirigente socialista Alfredo Palacios, con quien vivió cinco años, encargado de ordenar su biblioteca. Su primer libro, *Sandino, general de hombres libres* (1955), fue inspirador de las luchas de liberación en Centroamérica. El trabajo que desarrolló junto a su esposa Marta Ventura produjo, además, uno de los centros de documentación más importantes de Iberoamérica. Escribió en innumerables medios de todo el mundo, con más de 75 seudónimos. En 1975 se trasladó a Perú para colaborar con la redacción de *Expreso* -donde trabajó con Rafael Roncagliolo- y dictar conferencias sobre la agresión norteamericana sobre la región. En 1976 se exilió en México a partir de un contrato con el ILET (ver capítulo 8). Como editor, además de sus trabajos en EUDEBA, CEAL, Parnaso y Palestra, Selser creó la editorial Triángulo. Entre otros títulos, allí editó y prologó dos libros de Georges Seldes, probablemente los primeros trabajos sobre concentración de prensa: *Mil Norteamericanos* (1957) y *Los Amos de la Prensa* (1959).

Investigación en comunicación. Schmucler inicialmente dictó una materia llamada *Estudio de originales periodísticos*, para luego fundar *Semiología del periodismo escrito*, del nuevo Plan. En *Opinión Pública II* se incorporó Aníbal Iturrieta, que sólo estuvo en la Escuela dos años, ya que en 1973 ingresó como Diputado Nacional por la Juventud Peronista³⁴. En *Actualidad periodística y publicidad*³⁵ figura Gregorio Selser, identificado como uno de los profesores que “enseñaba a escribir” y también como introductor de lecturas novedosas. Entre esas lecturas estaba una ficha de cátedra que desmenuzaba la historia de la Sociedad Interamericana de Prensa, tema sobre el que publicaría en 1974 en tres medios (Ferrer, 2018: 138 y 271): *Crisis*, *Dinamís* y el *Expreso* de Perú -uno de los diarios socializados por el velasquismo-. Además de sus propios trabajos daba a leer a Walsh, García Lupo y materiales muy recientes como *La publicidad en el mundo actual*, el fascículo recién escrito por Rodolfo Fogwill y Oscar Steimberg para la colección que Muraro dirigía en el CEAL.

También se incorporaron a la Escuela en esos años el pedagogo Guillermo Savloff y el historiador José Panettieri, que ya eran docentes de la UNLP en la Facultad de Humanidades. Panettieri, que había renovado la historia social incorporando a los sectores populares en el estudio del pasado argentino (con su tesis publicada por Jorge Álvarez en 1967), daba un curso de Historia del Periodismo, donde incluía una unidad sobre el movimiento obrero en la que se trabajaba sobre los periódicos anarquistas y socialistas. Savloff estuvo a cargo de una materia introductoria a las ciencias sociales y llegaría a ser secretario académico en una de las gestiones peronistas. Con una extensa trayectoria en la sociología de la educación, es reconocido además por la creación y dirección de departamentos de Extensión Universitaria tanto en la UNLP como la UBA (Suasnabar, 2004: 105).

A partir del análisis de las plantas docentes, Ciappina observa que hacia 1973-1974, en el caso de la universidad platense, “no hubo cambios significativos en el perfil de los docentes, la mayoría de los cuales no provenían del peronismo (salvo contadísimas excepciones), muchos de ellos tenían una postura ‘profesionista’ y varios, a partir del período iniciado con el Plan 1969, pertenecían a las nuevas corrientes más cercanas al marxismo” (2015: 144).

Los “estructuralistas” fueron protagónicos de la construcción del plan 72, del que a posteriori Schmucler quedó identificado como una de las “principales referencias” (Ciappina, 2015: 128). El plan previo, de 1969, era criticado por su impronta eurocentrista, tecnocrática y profesionalista (Exp. 103- 542/ 71, citado

34. Iturrieta fue uno de los ocho diputados que renunciaron a sus bancas el 25 de enero de 1974 a raíz de la votación de una reforma represiva al Código Penal.

35. Según Ferrer (2018: 219), Selser dictó tres materias: *Publicidad y régimen de empresa*, *Redacción y Gramática* y el *Seminario de Técnica Periodística III*. En 1974 dejó la Escuela para incorporarse como investigador en la Universidad Nacional de Buenos Aires (Ferrer, 2018: 221).

en Ciappina, 2015: 129-130). La nueva propuesta ofreció “nociones de organización de la estructura social en la que se inscribe el hecho de la comunicación social”, fuertemente influenciadas por las teorías de reproducción social en boga. El documento curricular también planteaba un interés por el “estudio de las vías alternativas de cambio para nuestra sociedad”. La academia debía atender a “las necesidades reales, cubiertas insuficientemente o distorsionadas, del pueblo” y a “la posibilidad de cubrirlas –desde el punto de vista de los medios de comunicación– con un sentido nacional, autónomo y progresista” (citado en Ciappina, 2015: 131).

Producto de esas inquietudes, el Plan 1972 incluyó en el tercer y último año de la carrera materias como “Movimientos sociales contemporáneos”, que estuvo a cargo del antropólogo y militante del Frente de Izquierda Popular Blas Alberti, y “Movimiento político y estructura de poder en la Argentina”, dictada por Carlos María Vilas.

Ya durante el gobierno peronista, durante la dirección de Antonio José Mauro³⁶, se aprobó la creación de un Seminario de Práctica Periodística para “promover egresados con el máximo de aptitud profesional para su ubicación en el proceso de Reconstrucción y Liberación Nacional” (Acta 90 de la Escuela Superior de Periodismo de la UNLP, 1-10-73, citada en Ciappina, 2015). Otra transformación significativa se dio en el ingreso, producto de una política para todas las carreras de la Universidad Nacional de La Plata: el curso obligatorio de Realidad Nacional que se implementó al inicio del curso lectivo de 1974. El objetivo era que todos aquellos que ingresaran a la Universidad se interiorizaran en temas de política económica, cultura, recursos naturales, política exterior, desde una perspectiva nacional y popular. En simultáneo a su dictado, semanalmente se daban charlas de formación para los profesores y auxiliares.

Uno de los referentes que asistió a ese ciclo de “perfeccionamiento docente” fue Octavio Getino. En dos charlas, el 22 de febrero y el 4 de marzo, desplegó una caracterización del sistema de medios desde la perspectiva crítica propia de la época, poniendo el eje en la propiedad de las empresas, la relación con otras actividades económicas, la dependencia cultural expresada en el predominio de contenidos extranjeros, el dominio imperial de Estados Unidos, el uso de los medios en la guerra psicológica (Getino, 1974a), el rol de las agencias informativas internacionales y las características propias del sistema de medios argentino (Getino, 1974b). Al presentar estos temas señalaba la escasez de estudios de comunicación que no hubieran sido realizados precisamente desde la perspectiva de los dueños de los medios. De

36. Se desempeñó como director de la Escuela entre junio 1973 y mayo 1974. Era graduado de la carrera. Había sido presidente del Centro de Estudiantes y uno de los promotores de la incorporación de docentes renovadores de principios de los setenta. Era uno de los ayudantes de la nueva materia dictada por Schmucler.





Al final de la segunda charla, reafirmaba: “Hemos señalado también dos áreas: la del gobierno, que está sujeta a una serie de circunstancias, vertical y el área del pueblo, horizontal. Sobre estos dos niveles hay que trabajar. En las circunstancias que está viviendo el país, de carácter político, pienso que estas dos áreas hay que complementarlas, pero mientras el área del gobierno va a estar sujeta a un montón de contingencias nacionales e internacionales, el área que nadie puede discutir a los militantes, intelectuales y al pueblo, es el pueblo mismo” (Getino, 1974b: 33)

América Latina destacaba los trabajos de Mattelart y “algún otro caso como puede ser el trabajo de Muraro de un libro que le acababan de imprimir recientemente” -en relación a *Neocolonialismo y comunicación de masa-*, al tiempo que reconocía el esfuerzo del Departamento de Comunicaciones Sociales del Ministerio de Cultura y Educación, “que se puso a estudiar o intentar por lo menos el comienzo de solución de los interrogantes que estén planteados en este problema” (Getino, 1974a: 4).

A su vez, la perspectiva de Getino no se agotaba en la denuncia de la dependencia y el imperialismo. Aquella exposición ante los docentes del Curso de Realidad Nacional -que retomamos de una versión taquigráfica conservada en un archivo personal- tuvo una dimensión propositiva, que reconocía claramente dos áreas: la política gubernamental y la actividad de las organizaciones populares (Getino, 1974b: 24). En el primer caso asumía que la perspectiva no estaba “del todo definida” en el gobierno justicialista, aunque luego repasara lineamientos con los que se proyectaban nuevas leyes para el cine y la radiodifusión.

Me interesa detenerme en la segunda área: la producción de una “herramienta de comunicación autónoma y descentralizada” desde el pueblo. En este punto, Getino ponía en valor la experiencia comunicacional de la resistencia peronista.

“[...] Ese tipo de comunicación popular se daba porque existía un nivel de organización fundamental: los sindicatos, que representó una experiencia riquísima. Tanto fue así que permitió contrarrestar todos los intentos de comunicación del régimen. El pueblo siempre encontró formas de comunicación a nivel directo: persona a persona, cara a cara, que es mucho más importante y efectiva que toda la tecnología. Una persona dialogando con otra, si tiene ideas claras y tiene autoridad, siempre va a persuadir o convencer mucho más que cualquier imagen de televisión o audición de radio” (1974b: 29)

No se trataba, sin embargo, de una perspectiva que opusiera la comunicación interpersonal y cualquier forma de mediación tecnológica. Por el contrario, asumía su complementación y destacaba también el uso del cine³⁷, las “audiciones de liberación mediante el uso de ‘cassettes’” y otras prácticas mediadas de la resistencia:

“[...] importa mucho retomar esa experiencia nuestra de 1955, sobre todo esa forma de comunicación oral incorporando a ella los recursos de la tecnología más avanzados que se pueden desarrollar, pero no creer que se pueda resolver el problema de la tecnología de la comunicación con un problema específico...” (1974b: 30)

37. En este punto se inscribe su propio trabajo con Solanas: “las organizaciones populares en la Argentina en los últimos años han desarrollado una serie de experiencias utilizando la tecnología de los medios. El cine fue uno de ellos en los circuitos de exhibición clandestina (...) La hora de los Hornos la vieron 200 mil personas en circuitos cerrados donde la capacidad de cada uno no era mayor de 40 o 50 personas” (Getino, 1974b: 30)

Esta perspectiva fue parte la formación que recibieron los más de 350 docentes a cargo del curso de Realidad Nacional, que como vimos fue una política transversal de UNLP³⁸ y alcanzó, por supuesto, a quienes ingresaron en 1974 en la Escuela de Periodismo.

Otra carrera preexistente que tuvo profundas transformaciones en estos años fue la de **Rosario**. Aunque tres décadas posterior a la temprana iniciativa platense, era otras de las pioneras en el nivel universitario. La Licenciatura en Periodismo y Ciencias de la información había surgido en 1966 en el ámbito de la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica Argentina (UCA) de Rosario, lo que Diviani (2019: 229) interpreta como una consecuencia al decreto *Inter Mirifica* (Pablo VI, 1963) que instaba a educar en el uso de los medios masivos. Además, su decano Eugenio Castelli había tomado los cursos de perfeccionamiento en el CIESPAL (Diviani, 2019: 227).

Hacia finales de la década, la carrera se vio atravesada por la emergencia del peronismo de izquierda en su estudiantado -muchos de los jóvenes que protagonizaron el *Rosariazo*- y el avance de las perspectivas tercermundistas en la Iglesia local. En 1972, en línea con las recomendaciones de Buga (ver capítulo 1) y como ya vimos en el caso chileno, hubo intentos de reformar la Universidad e impulsar un gobierno tripartito, aunque con un resultado distinto: la jerarquía eclesiástica reaccionó cerrando la carrera, dejando a más de 200 estudiantes sin posibilidad de obtener el título. Poco después, como relata Diviani, “la llegada de la presidencia de Cámpora en 1973, que despertó grandes expectativas en los sectores progresistas, alentó a un grupo de profesores que continuaban su tarea docente y militante ligada al peronismo a buscar una alternativa. Se propusieron crear una escuela de comunicación, a partir de un marco institucional distinto, que no sólo brindara solución a esos alumnos que habían quedado abandonados, sino que también permitiera generar un nuevo plan de estudios” (2019: 231-232). Tras contactos favorables con el ministro Taiana, el 13 de septiembre de 1973 se realizó una asamblea en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNR, en la que se votó la creación de la carrera de “Comunicaciones Sociales” y se delineó su nuevo plan. Se trataba de una carrera de cuatro años, que contempló un sistema de homologación para quienes venían del trayecto no finalizado en la Universidad Católica. Igual que en el caso de la UBA, junto con la carrera se impulsó un instituto de investigaciones, cuya trayectoria también quedó trunca.

La resolución para la creación de ambos, emitida por la Facultad de Filosofía y Letras afirmaba:

38. Otras políticas implementadas a nivel universidad tuvieron una triste implementación al interior de la Escuela de Periodismo. Es el caso de la Resolución 603/1973, que estableció la incompatibilidad entre la docencia universitaria y a pertenencia y/o trabajo en empresas de carácter multinacional (Ciappina, 2015: 149). A raíz de esa medida, por su vinculación con empresas editoriales como Siglo XXI, fueron cuestionados Gregorio Selser, Héctor Schmucler y Carlos María Vilas (finalmente la situación se resolvió en favor de ellos).

“Visto que el Tte. Gran Juan Domingo Perón, en reiteradas oportunidades, ha señalado el papel que juega la Gran Prensa del país y de Latino América, en los proyectos de dependencia que elaboran los centros de poder internacional. Que los medios institucionalizados de comunicación no han estado, consciente o inconscientemente, al servicio de un proyecto de liberación nacional del pueblo argentino. Que merced a ello, y *prueba de tal afirmación, es la red de informaciones propias que debió establecer el pueblo, al sentir y apreciar un marginamiento de sus expresiones, hasta el histórico 11 de marzo de 1973.*

Que los Medios de Comunicación de Masas, son vehículos de la liberación o la opresión enajenante, según quienes, desde sus diferentes roles, los orienten o conduzcan.

Que en tal sentido, la Universidad del Gobierno Popular, tiene a disposición los elementos idóneos para forjar profesionales de la comunicación que sean fieles intérpretes y eficaces transmisores de la realidad Argentina a través de un Proyecto de Emancipación Cultural [...]

Resuelve: 1) Créase la carrera de Comunicaciones Sociales con carácter experimental, que funcionará bajo la dependencia de la Facultad de Filosofía de Rosario. 2) Créase conjuntamente, a los fines de ordenamiento y organización de la misma, el Instituto de Comunicaciones Sociales” (232-233. El destacado es mío)

La experiencia, como tal, tuvo corta vida. El Consejo Superior de la UNR la aprobó el 30 de mayo de 1974³⁹, a menos de tres meses de que Taiana renunciara al ministerio. En 1975 el Instituto sería intervenido, el mismo día que la Triple A amenazó al director y otros profesores. Luego la mayoría de los docentes fueron cesanteados y a carrera se trasladó a la facultad de Derecho, donde se dictó un nuevo plan que “prescindía de las materias políticas y de las teorías críticas, fueron suplantadas a favor de una concepción informacional, técnica y profesional, de índole conservadora” (Diviani, 2019: 235).

Por último, la Escuela de Ciencias de la Información en la **Universidad Nacional de Córdoba** también estuvo atravesada por la movilización política e intelectual de comienzos de los setenta. En este caso se trataba de un ámbito muy nuevo: creada formalmente el 30 de diciembre de 1971, por falta de infraestructura comenzó a funcionar recién en 1972 (Ponza y Wild, 2017). En 1973, tras su segundo año de ingresos, tenía unos 1.200 estudiantes y enseñaban alrededor de 40 docentes. Varios de ellos venían de la carrera de Letras y habían hecho un acercamiento a temas de la comunicación masiva, por lo que fueron convocados a trabajar en la Escuela. Es el caso de María Cristina “Mari-

39. Diviani (2019: 233) recupera un testimonio de Víctor Aliprandi -entonces director de la Escuela- en el que cuenta las trabas que se presentaron y requirieron la intervención del Ministro de Justicia, que era hermano de la secretaria académica de la UNR. Ella sostenía que la nueva carrera tenía más de maoísmo y tercermundismo que de periodismo.

ta” Mata, por ejemplo, que estuvo a cargo de *Introducción a los medios de comunicación social*. Mata había hecho sus últimos seminarios de especialización en Literatura Argentina estudiando revistas como *Caras y Caretas* y *PBT*, e incorporaba lecturas de la semiótica de Ronald Barthes. En su curso se leían también investigaciones del equipo del CEREN chileno, con los que estaban unidos por trayectorias comunes: Santiago Funes y Mabel Piccini eran también graduados de Letras de la UNC y había lazos de amistad previos⁴⁰.

Las transformaciones de la época impregnaron desde un principio el trabajo en las aulas. No se hablaba aún de comunicación popular, pero se trabajaba en vinculación con organizaciones sociales, desde las prácticas. Mata lo visualiza hoy como una “dimensión *extensionista* de la cátedra”, que no se nombraba así en ese momento, si bien la UNC ya tenía un trabajo importante en Extensión y con una perspectiva renovada. La palabra clave era *praxis*. Y la principal articulación era con los sindicatos:

“Eran Luz y Fuerza y la UTA; es decir, Tosco y Atilio López. Se contribuía a sus prácticas o procesos de comunicación, que eran gráficos: eran los famosos periódicos sindicales, la prensa sindical. No le llamábamos comunicación popular entonces. Era parte de nuestra labor académica, enfocada a la praxis. (...) Hay dos cosas que cruzaron toda mi vida que estaban ahí, increíblemente, sin saberlo. Una fue el diseño de una gran encuesta de consumo de medios. La otra fue esta articulación con organizaciones sociales, sindicatos” (Entrevista a Marita Mata, 2019).

Otra experiencia significativa fue una radio abierta organizada en la Escuela en septiembre de 1973 - entre estudiantes, docentes y autoridades- frente al golpe de Estado contra Salvador Allende:

“Cuando se produce el golpe militar en Chile los compañeros del centro de estudiantes suben a la Secretaría Académica, el secretario académico era el que era mi compañero (Alfredo Paiva), quien fue mi pareja durante muchísimos años de la vida. Suben y le dicen: ‘qué va a hacer la escuela’. Él les contestó: ‘no sé la escuela, qué vamos a hacer. Lo que vamos a hacer, lo hacemos juntos’. Él creía en esas cosas. (...) Compró una radio grande, que tuviera onda corta... la Escuela no tenía nada, no había un equipo de nada. Y con eso se armó la famosa contrainformación, que consistía en decir un montón de mentiras, pero que era opuestas al golpe. ¿Por qué digo mentiras? ‘El general Prats avanza desde el sur con sus tropas...’. Repetíamos lo que decía Radio Habana Cuba o la TASS, la agencia rusa. Y se generaron ahí cosas bien interesantes, como que pusimos parlantes en la puerta de la Escuela y se transmitía...” (Entrevista a Marita Mata, 2019)

40. Entrevista con Marita Mata, 2019.

La *contrainformación* no fue sólo una práctica radial: también imprimían en mimeógrafo copias de esas noticias y se llevaban a la salida de los diarios. Como también tenían buen vínculo con el sindicato de los canillitas, se incluyeron volantes dentro de los diarios que circulaban en la ciudad de Córdoba.

“Se articuló con algunos gremios, como Luz y Fuerza, juntando dinero para mandar a Chile... Lo que se creía en aquel momento que podía ser una actividad de apoyo a la resistencia chilena. Al cabo de unos días supimos que no era tal y que aquello había terminado. Ahí sí hubo una definición: le llamábamos *contrainformación*. Tampoco le decíamos comunicación popular” (Entrevista a Marita Mata, 2019)

4.5. La Escuela de Comunicación Colectiva en Mendoza

Como dijimos antes, en el proceso político argentino de 1973-1974, los sectores de la izquierda peronista participaron en algunas áreas de la gestión estatal, entre ellos las de algunas gobernaciones provinciales como la de Formosa, Córdoba, Mendoza, Santa Cruz, Salta y Buenos Aires (Servetto, 2010). Focalizaremos aquí el caso de Mendoza, donde en el período analizado se dio una transformación de la Escuela de Periodismo, cuya propuesta de trabajo implicó una valorización -tal como sugería la clase de Getino que repasamos antes- de las experiencias desarrolladas durante la resistencia peronista.

En la Provincia existían, desde los años sesenta, una serie de escuelas y facultades dependientes del Instituto Provincial de Educación a Nivel Universitario, que ofrecían formación superior más allá de los alcances de la Universidad Nacional de Cuyo (a la que luego se integraron algunas de ellas). Como explica Moro (2013), si bien sus títulos tenían validez nacional, eran gestionadas por la Dirección General de Escuelas. Junto a Trabajo Social, Antropología Escolar, Turismo, Bellas Artes, Salud y Ciencias Aplicadas a la Industria, estaba la Escuela de Periodismo, fundada en 1961 por una iniciativa del Círculo de Periodistas.

Tras la asunción de Alberto Martínez Baca como gobernador⁴¹, esta se transformó en la Escuela de Comunicación Colectiva y el maestro rural, filósofo y periodista Daniel Prieto Castillo -con 30 años- asumió su dirección. Su gestión, apoyada por el estudiantado, tuvo como principal objetivo la reformulación de los planes de estudio, que buscó quitarle la centralidad al pe-

41. Si bien Martínez no provenía de izquierda peronista más radical, su postulación “concitó el apoyo de los sectores juveniles y más combativos del peronismo con un discurso que incluía ideales, valores y conceptos del imaginario dominante de la época y hacía referencia a la necesidad de cambiar la estructuras y el orden social vigente” (Servetto, 2010: 105), con miras a un socialismo nacional y humanista (106). La juventud peronista sería el principal soporte de su gobierno, que concluyó con una intervención por parte del gobierno de María Estela Martínez. En el área educativa impulsó diversas transformaciones. Entre ellas, se comprometió con el Sindicato del Magisterio (que desde 1973 pasó a llamarse Sindicato Unido de los Trabajadores de la Educación) a elaborar una ley de educación surgida de las bases docentes.

riodismo y la comunicación masiva. Según una nota de Prieto Castillo (citada por Moro, 2013) se aspiraba alcanzar, en el cuarto año de formación, “profesionales en difusión comunitaria, que abarca municipalidades, escuelas, sindicatos y entidades vecinales”, un perfil de egresados destinados a “comprometerse y entregarse a la realidad social de nuestra provincia”. El énfasis en lo local y regional era clave en la propuesta presentada por Prieto Castillo: “queremos una historia argentina contemporánea, una historia del periodismo mendocino, argentino y latinoamericano, economía regional, derecho a nivel laboral” (citado en Moro, 2013). A su vez, la propuesta no renunciaba a una formación teórica y en ese sentido fue significativa la presencia como profesor de Enrique Dussel, que también participaba de las transformaciones en UNCuyo y aportaba el enfoque de la filosofía de la liberación (ver capítulo 1).

Prieto recuperó esta experiencia en dos textos publicados en compilaciones a las que nos referiremos en la segunda parte de esta tesis: “La comunicación intermedia en el proceso argentino de liberación: una experiencia” (en Vidal-Beneyto, 1979) y “Una experiencia de comunicación intermedia en un proceso histórico en democratización” (en Simpson Grinberg, 1981)⁴². Allí se propuso presentar “experiencias vividas en el *intento de institucionalizar formas alternativas de comunicación* durante el breve período de democratización que hubo en Argentina, especialmente en 1973”. Dicho trabajo, orientado a las formas de comunicación que llama “intermedias”, buscó “capacitar a promotores de comunicación institucional y comunitaria a fin de desarrollar o *fortalecer las alternativas de comunicación*, siempre a partir de un intento de democratización, de plena participación de los integrantes de los grupos” (Prieto Castillo, en Vidal-Beneyto, 1979: 225. Los destacados son míos).

Eso suponía, ya dijimos, una mirada más allá de la comunicación masiva. Como señalara Muraro en varios de los trabajos ya citados, el peronismo había caído en 1955 con todos los medios a favor y triunfado en las elecciones de 1973 con todos en contra. Los 18 años previos habían sido, para las bases del peronismo, años “de ‘desoír’ sistemáticamente todo lo dicho por los medios en contra de éste”, y era “indudable que la verdadera comunicación política del grueso de la población, ante el fracaso de los medios para defender al movimiento popular, debió realizarse a través de canales primarios...” (Muraro, 1974a: 97)⁴³.

42. En términos generales, se trata del mismo texto. Sólo hay pequeñas variaciones de redacción en algunas partes y, en la versión de 1979, un mayor desarrollo (al cierre del artículo) sobre la experiencia de la Escuela. Retomamos por eso la primera versión publicada. Asimismo, Prieto le dedicó unas páginas a esa experiencia su libro *Discurso autoritario y comunicación alternativa* (1980), también coincidente en los planteos (ver capítulo 8).

43. En la publicación del Sindicato de Luz y Fuerza – Capital Federal (1972) se distinguía entre comunicación formal (medios masivos) y comunicación informal (contacto directo). En las dos décadas previas, “en la medida que los medios han sido monopolizados por intereses antipopulares la comunicación política popular ha debido refugiarse en la comunicación informal debido a que los medios de orientación nacional y popular fueron totalmente censurados y/o eliminados” (p. 326).

En ese sentido, en el relato de la experiencia en la Escuela, Prieto Castillo señalaba una serie de “antecedentes” situados en los últimos años de la resistencia, que incluían publicaciones realizadas desde asociaciones gremiales, el tercer cine, la circulación de casetes y las relaciones interpersonales posibilitadas en distintas organizaciones de base (Prieto Castillo, en Vidal-Beneyto, 1979: 233). También destacaba el desarrollo de una “decodificación crítica” que sirvió para “defenderse” del mensaje de los medios. Para Prieto Castillo -como volveremos a ver en obras posteriores- no sólo era importante el nivel de elaboración de los mensajes, sino también la lectura de los mismos. De ese aprendizaje decodificador, surgía un aprendizaje para estructurar otras formas de comunicación:

“a intencionalidad distinta debía corresponder un lenguaje estructurado de otra manera (...) Pretendíamos un lenguaje que no diera todo por sabido al receptor, sino que le permitiera la participación activa en la decodificación, en un análisis crítico aun de lo que le llegara de los propios compañeros” (236)

Aquellas formas comunicativas que no disponen de medios para propalar de la información, que en el capítulo 1 vimos calificadas como “comunicación grupal”, aquí aparecen nombradas como “comunicación intermedia”. Esta se caracteriza “por la *participación* en la elaboración del mensaje, por la *eliminación del sistema unidireccional que corresponde a los medios*, y por la necesidad imperiosa de disponer de los mensajes para orientar la acción en una situación de crisis” (229. El destacado es mío).

De ese cuestionamiento a la unidireccionalidad -uno de los puntos nodales en las caracterizaciones de la comunicación popular- emergía un llamado de atención sobre la estructura de los mensajes:

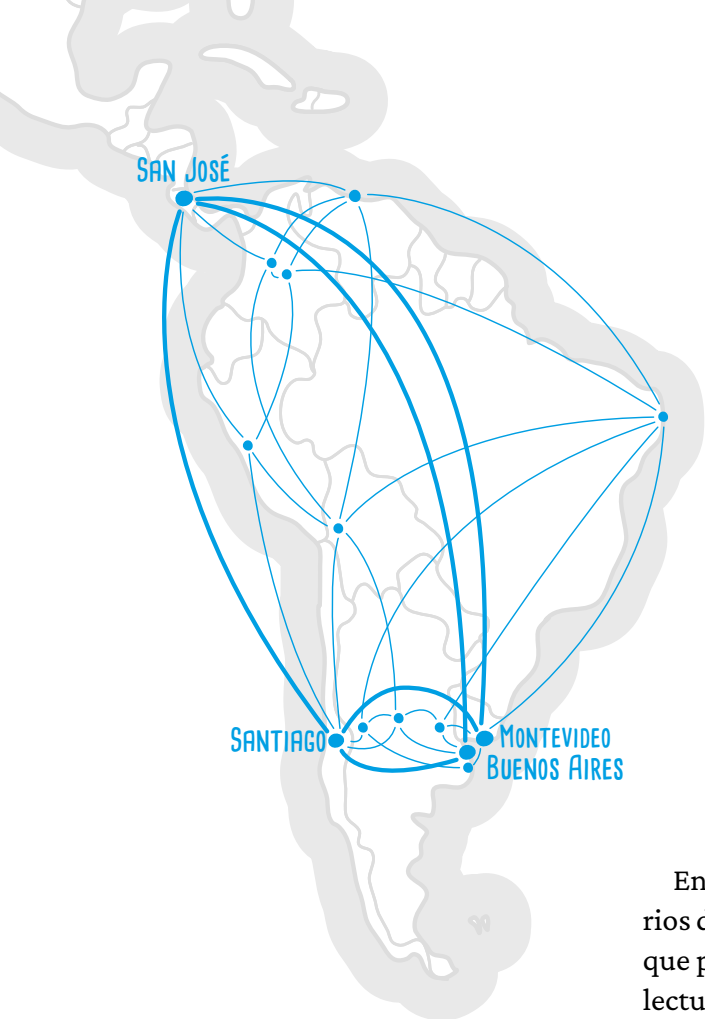
“(...) [E]n mensajes alternativos se corre el riesgo de manejar los esquemas correspondientes a quienes están en contra de los grupos que tratan de crear sus mensajes (...) Una estructura alternativa de mensajes debe permitir la participación de los receptores a fin de quebrar, desde la estructura misma, la división del trabajo que caracteriza al emisor-elaborador y al receptor-consumidor. La comunicación intermedia gira, pues, en torno a la plena participación de todos en el proceso de comunicación” (p. 230)

Esta es la perspectiva que orientaba la reorganización curricular de la Escuela de Comunicación Colectiva mendocina y que ponía en cuestión la influencia desarrollista de la enseñanza previa. Ese proceso encontró algunos obstáculos en los profesores (“la mayoría aceptaron a regañadientes el nuevo enfoque”), la falta de bibliografía sobre esos temas y la limitada infraestructura de la escuela. Pero la experiencia quedó interrumpida por la coyuntura política, primero por los cambios al interior

del gobierno peronista -que quitó su apoyo- y finalmente por el golpe de Estado de 1976.

El ciclo represivo implicó el congelamiento de los planes y la expulsión de estudiantes, la destrucción de libros y finalmente la privatización de la escuela. Entre los asesinados y desaparecidos de esa etapa hay ocho estudiantes de la Escuela: tres argentinos, un peruano y cuatro chilenos⁴⁴. En diciembre de 1975 Prieto Castillo se exilió en México, al igual que muchos otros protagonistas de este capítulo, como veremos en la segunda parte.

44. Tras el golpe en Chile, hubo un importante flujo de exiliados hacia Mendoza, que se inscribieron en las Escuelas de Comunicación Colectiva, de Antropología y de Servicio Social. Prieto Castillo quitó las trabas burocráticas y facilitó sus inscripciones (Moro, 2013).



5 Conexiones y puntos de encuentro

“De la guerrilla a la pedagogía de la concientización, de la revolución que se gesta en la conciencia cristiana a las nuevas formas de organización popular, de la creación literaria a la toma de tierras, una nueva conciencia emerge y se hace carne en América Latina, y con esa conciencia la imagen de un pueblo nuevo, sujeto, actor y autor. Frente a la retórica del sistema, su defensa del orden y la propaganda de los mitos ya viejos, se va alzando el lenguaje desnudo de los hechos, la palabra radicalmente subversiva, el mito nuevo que convoca los hombres a la liberación” (Jesús Martín-Barbero, 1972)

En 1971 Mario Kaplún organizó un encuentro que reunió a varios de los intelectuales que referimos en los capítulos previos, y que puede pensarse como la puntada inicial de una red de intelectuales críticos que intervenían en el campo de la comunicación. Salvo los testimonios de sus participantes (como Kaplún, 1993; Mattelart, 2014) no hemos encontrado otros registros de aquella reunión en Montevideo, aunque algunas versiones aseguran que se escribió un documento. Es difícil confirmar si aquel encuentro se llamó, como recuerda su gestor, *Coloquio Latinoamericano sobre Comunicación Popular* (Kaplún, 1993: 139). Sí sabemos que debió hacerse “casi en la clandestinidad” -por la represión que imperaba en Uruguay durante el gobierno de Pacheco Areco- y que allí se reunieron Armand y Michèle Mattelart, Hugo Assmann, Héctor Schmucler, Joao Bosco Pinto y los locales Marío Kaplún, Roque Faraone y Julio de Santa Ana¹. Se entrecruzaban así las experiencias y reflexiones gestadas en los ámbitos cristianos, las preguntas candentes del Chile socialista, las posibilidades y las contradicciones en los procesos nacional-populares, las lecturas que combinaban marxismo y teorías de la dependencia, las múltiples formas que asumía la búsqueda política que en ese momento se nombraba como *liberación*.

El coloquio se hizo en un convento -donde además se alojaron los participantes- posiblemente en la primera semana de septiembre de 1971². Según Kaplún, la convocatoria era para “discutir acerca de un tema que en aquel momento era prácticamente inédito: la comunicación popular”. En el recuerdo de Ma-

1. Santa Ana era miembro de Iglesia y Sociedad en América Latina (ISAL), el grupo que hacia 1968 publicó los primeros textos de Paulo Freire en español (Brugaletta, 2017).

2. Estimamos la fecha porque Armand Mattelart recuerda que “en la misma semana que nos reunimos hubo la evasión espectacular, ampliamente comentada por la prensa, de tupamaros presos que habían cavado un túnel desde la cárcel” (Testimonio personal, 9 de julio de 2018). La fuga de 111 militantes del MLN del penal de Punta Carretas ocurrió en la madrugada del 6 de septiembre de 1971.

ttelart se buscaba “pensar el proyecto crítico de la investigación en este campo en América Latina” y “fue el primer intento de constituir un núcleo de reflexión sobre un tema donde dominaba hasta hace poco la sociología funcionalista de factura estadounidense” (Beigel, 2011). La historia contada por los protagonistas asegura que ese fue el germen de lo que dos años después sería *Comunicación y Cultura*: en rigor, allí se planteó la necesidad de una revista y se esbozó un proyecto, aunque sin concretar nada. Chile surgiría luego “como el lugar mas adecuado no solo a nivel político sino de posibilidades de financiamiento”³.

A su vez, Mattelart señala cierta continuidad entre la reunión de Montevideo y otra que se realizó un año más tarde en Costa Rica, convocada por CIESPAL con el título *El papel sociopolítico de los medios de comunicación en la sociedad de cambio en América Latina* (en Beigel, 2011; Mattelart, 2014: 119; también en entrevista personal, 2018). Se trató de un seminario realizado entre el 19 y el 25 de noviembre de 1972 con el auspicio de la Friedrich Ebert Stiftung (FES), en el que participaron Armand Mattelart, Hugo Assmann y Wilfredo Telting Z. (Chile), Héctor Schmucler y Heriberto Muraro (Argentina), Roque Faraone (Uruguay), Nazario Tirado Cuenca (Perú), Antonio Pasquali (Venezuela), Elsy Bonilla de Ramos (Colombia), Eduardo Santoro (Colombia), Richard R. Cole (Estados Unidos), W. R. Langenbucher (Alemania) y, por los organizadores, Peter Schenkel (ILDIS-FES), Marco Ordóñez Andrade y Gonzalo Córdova Galarza (CIESPAL). Para Mattelart, la nueva reunión -“esta vez más numerosa”- constituía “una red embrionaria de investigadores críticos” que tendría continuidad en la revista editada en Chile.

Los trabajos presentados en el Seminario contenían mucha información y una mirada crítica sobre la estructura de medios, el problema de la concentración geográfica y de propiedad⁴, las relaciones de dependencia, las “nuevas facetas del imperialismo”, la función ideológica de la prensa y el periodismo televisivo en distintos países, y los problemas del flujo informativo de las agencias de noticias; en suma, temas y enfoques de la que luego sería etiquetada como una corriente *denuncista* de la comunicología latinoamericana de los setenta. Pero junto a las denuncias había también propuestas de acción, forjadas en distintas geograffas.

Richard Cole introdujo algunos emergentes del periodismo norteamericano, como la figura del *ombudsmen*, la formación de consejos de prensa y, sobre todo, la participación de los trabajadores en la gestión de los medios, sobre lo que sugería explorar las experiencias que se estaban dando en varios países de



Es una fundación creada en 1925 por el Partido Socialdemócrata Alemán.

En la segunda parte de la tesis veremos que tuvo un rol importante en el financiamiento de actividades realizadas en el exilio por algunos de los intelectuales mencionados en esa etapa. Ya en estos años, la FES financiaba al ILDIS, un organismo dedicado a la investigación social con sede en Santiago de Chile. Otro brazo académico-político de la FES en América Latina fue el Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL), fundado en Costa Rica en 1968 en acuerdo con el Partido de Liberación Nacional. Múltiples encuentros se realizaron en la década del setenta en “La Catalina”, que es el nombre con el que se conocía al campus de 7 hectáreas que administró el CEDAL, cerca del poblado de Birrí.

3. Testimonio personal de Armand Mattelart, 2018. En otra entrevista, con Fernanda Beigel (2011), el intelectual belga precisa que los fondos fueron aportados por intermedio de Hugo Assmann.

4. Schenkel analiza cinco países: Argentina, Chile, Colombia, México y Perú. Richard Cole aporta el caso de Estados Unidos.

Europa occidental y sobre todo en Francia (Cole, en Schenkel y Ordoñez, 1975: 135). Nazario Tirado Cuenca narró la experiencia del Instituto de Teleducación (INTE) en la Sierra Sur del Perú, ya comentada en el capítulo 2. Desde CIESPAL, Gonzalo Córdova Galarza -en una exposición preocupada por “la incomunicación social” en América Latina, todavía impregnada de un tono desarrollista- contaba el impulso para desarrollar un proyecto que denominaban “periodismo de comunidad”. Y afirmaba: “El desarrollo y el cambio social no podrán conseguirse en América Latina como un fruto de una decisión de poder y como una acción elitaria de nuestras sociedades, sino hay verdadera participación popular...” (en Schenkel y Ordoñez, 1975: 289). Por su parte, Hugo Assmann indagaba los elementos constitutivos de una “estrategia de la comunicación masiva con metas socialistas” (264), en un trabajo claramente tributario del ensayo sobre medios de Hans Magnus Enzensberger, recién traducido al español, que como vimos en los capítulos previos también fue una lectura significativa para autores como Jesús María Aguirre y Heriberto Muraro⁵. Assmann elogiaba la agudeza crítica del alemán, aunque consideraba “harto idealista” su magnificación del poder movilizador de los medios. Lo central que recuperaba de sus *Elementos para una teoría de la comunicación* era una advertencia: “toda perspectiva socialista que no llegue más allá de un ataque a las actuales condiciones de propiedad, tendrá un carácter limitado” (citado en 265). El énfasis de Assmann -recordemos, un referente de la teología de la liberación- estaba puesto en una dimensión de la práctica comunicacional que denominaba emotiva-utópica. Y tenía muy presente las tensiones del proceso chileno, en momentos en que la derecha parecía conducir el orden del día de la batalla ideológica.

En aquel encuentro de 1972, Assmann cuestionaba precisamente que “la casi totalidad de las incipientes reflexiones de la izquierda latinoamericana sobre la comunicación masiva conserva características más o menos exclusivamente denunciatorias” y buscaba diferenciar “la denuncia genérica y global del hecho de la dominación cultural e ideológica” de aquella “encuadrada en un enfoque realmente analítico”, es decir, que podía “transformarse en condición y contenido de una estrategia” (263). La pregunta por la estrategia era una pregunta por el poder, “entendido como articulación de posibilidades efectivas de ejercerlo, aunque sea tan solo en la forma de contra-poder inicial” (265). Y eso requería pensar un *área social* que articulara las esperanzas desde una perspectiva de las clases oprimidas:

5. Enzensberger tenía sus propios vínculos con América Latina a través del chileno Gastón Salvatore, que estudió en Berlín en los años 60 (Salvatore tenía un vínculo familiar, indirecto, con Salvador Allende). Con él codirigiría, años más tarde, el mensuario *TransAtlantik*, que fundó en 1978. Antes, el alemán también participó del consejo de redacción de *Libre*, una revista de corta vida (4 números) que intentó nuclear a buena parte de los intelectuales que en el contexto de Caso Padilla habían enfrentado al gobierno cubano (Gilman, 2003: 283-286).

“El uso de los medios de comunicación con vistas a la construcción de una sociedad socialista implica, por lo tanto, mucho más que una competencia en el respectivo mercado, con el simple cambio de las siglas partidarias. Pareciera que algunos conciben la prensa de izquierda más o menos en esta línea. No se trata tampoco de propugnar la racionalidad seca en el análisis de los procesos sociales, o pretender ‘informar objetivamente’ como si fuera posible y conveniente en todos los casos reducir la ‘información’ a un aséptico ‘valor de uso’. En la sociedad socialista deberá haber más gusto de vivir, mas amistad, más amor y también -¿por qué no?- más lágrimas verdaderamente sentidas y una asunción más intensamente humana de la muerte. Sobre todo, deberá haber más esperanza cumplida y más esperanza todavía por cumplir (...) Se trata, pues, de *ir creando desde ahora lo que en otro escrito osé llamar ‘el área social de los símbolos y mitos’*, vale decir, la ‘propiedad social’, cada vez más social de la esperanza” (Assmann, en Schenkel y Ordoñez, 1975: 277-278. El destacado es mío)

Cito *en extenso* este trabajo de Hugo Assmann, más allá de la reseña puntual del encuentro de Costa Rica, porque en su condición de teólogo y en particular sus aportes a la construcción de una teología de la liberación, es inusual encontrar textos suyos dedicados a pensar la comunicación⁶, un interés evidente que explica tanto su participación en estos encuentros como su rol como fundador y director -junto a Mattelart y Schmucler- de *Comunicación y Cultura*, revista pionera en el intento por formular un marco conceptual crítico para comprender la problemática de la comunicación (Lenarduzzi, 1998: 17).

5.1. La etapa conosureña de la revista *Comunicación y Cultura*

Fue precisamente esa revista un punto de cruce, quizás el más intenso, entre las redes cristianas, corrientes marxistas y experiencias nacional-populares, con un interés evidente y destacado por los distintos procesos de liberación que se daban en los países de la región en la primera mitad de la década de 1970. La publicación se pensaba orgánica a esos procesos, en términos que tomaba de los apuntes de Antonio Gramsci sobre los intelectuales escritos cuatro décadas antes: “las revistas son por sí mismas estériles si no llegan a ser la fuerza motriz y formadora de instituciones culturales de tipo asociativo de masa” (Gramsci, 1960: 147). *Comunicación y Cultura* lo citaba en un primer editorial que

Comunicación y cultura		Número 2:
		La comunicación masiva en el proceso político latinoamericano
Editorial		Galería
Michèle Mattelart - Mabel Piccini	LA TELEVISIÓN Y LOS SECTORES POPULARES	3
Fredrikson	Prensa y Lucha Ideológica en los Cordones Industriales de Santiago. Testimonio	77
Walter D'Amico	LA HISTORIA EN EL PROCESO DE CAMBIO SOCIAL	109
Leonardo Acosta	EL BARRIO DE INDIAS Y LA IDEOLOGÍA COLONIALISTA	125
Sebastián Benavente	IDEOLOGÍA Y PRÁCTICA DE LA CAPACITACIÓN CAMPESINA	159
Jana Rubin	PENETRACIÓN NOROCCIDENTAL Y CONTROL DE LA NATALIDAD BAJO EL GOBIERNO DE FREI	177
Raymond S. Noya	LA EXISTENCIA DEL PERIODISMO EN AMÉRICA LATINA	197

6. Esto no significa, desde ya, que sea el único trabajo. Assmann se movió en múltiples ámbitos y tuvo una obra prolífica. En noviembre 1974, en el IX Congreso Latinoamericano de Sociología que se desarrolló también en San José, presentó una ponencia titulada “Evaluación de algunos estudios latinoamericanos sobre comunicación masiva”, que es considerada uno de los primeros trabajos de sistematización del corpus comunicacional latinoamericano (Barranquero, 2008: 480).

los tres directores redactaron “al unísono”⁷: “si [las revistas] no están ligadas a un movimiento disciplinado de base, tienden o a convertirse en conventillo de profetas desarmados o a dividirse según movimientos descompuestos y caóticos que se producen en los distintos grupos y estratos de lectores”.

Comunicación y Cultura era orgánica, en primer término, a la construcción del socialismo en Chile, aunque podría afirmarse, en términos más amplios, que el movimiento al que respondía era la causa de liberación nacional en América Latina. Durante toda la década, su lema/subtítulo fue *La comunicación masiva en el proceso político latinoamericano*.

“La visión francamente gramsciana correspondía, para Assmann y para mí, que vivimos ahí, más a tono con el contexto de intensa movilización en que vivía el país donde la cuestión de ‘qué hacer con los medios’ dividía las izquierdas. Una convicción compartida por Hector Schmucler que desde Argentina participaba de cerca a la construcción y difusión de la revista. Para entender cabalmente el proyecto y el contexto en que se lleva a cabo la iniciativa, hay que volver a leer y releer ese Editorial”⁸

La vocación regional se leía en el colectivo de redacción que consignaron en el número 1. Más allá del predominio de protagonistas del proceso chileno (además de dos de los directores: Michèle Mattelart, Pablo Richard, Pedro Chaskel y Guillermo Labarca), ese consejo “en formación” marcaba otros cinco puntos en el mapa latinoamericano: Argentina (Ana María Nethol y Carlos Ulanovsky, a quienes nos referimos en el capítulo anterior), Uruguay (además de Roque Faraone, que había estado en las reuniones de 1971 y 1972⁹, figuraba el cineasta Walter Achugar y el escritor y director de *Crisis*, Eduardo Galeano), Perú (el sociólogo Rafael Drinot Silva, que trabajaba en DESCO), Cuba (el argentino Jorge Timossi, fundador de Prensa Latina) y México (Raul Cremoux, Hugo Gutierrez Vega, Froylan López, Carlos Monsivais)¹⁰.

En el editorial de ese primer número se leía:

“La función que se propone cumplir *Comunicación y Cultura*

7. Armand Mattelart, 9 de julio de 2018.

8. Armand Mattelart, 9 de julio de 2018.

9. Si bien el origen del proyecto se sitúa en el encuentro de Montevideo, Mario Kaplún no formó parte de su armado. Consultado por el tema, Mattelart aseguró que eso “sólo lo explica el contexto en que se le dio forma política, en un país que estaba buscando construir una ‘vía propia al socialismo’”. “Con Mario Kaplún nunca dejamos de ser amigos desde el exilio. A prueba la larga entrevista que nos hizo a Michèle y a mí en 1988 en la Escuela internacional de Cine y Televisión de San Antonio de los Baños, Cuba, en que estábamos dando un seminario a los estudiantes”. Se refiere a la entrevista titulada “Los Mattelart Hoy: entre la continuidad y la ruptura. Una visión desmitificadora de los ‘nuevos paradigmas’”, publicada en *Diálogos de la comunicación*, N °21, julio de 1988.

10. La referencia a este consejo, que en el número inicial figuraba en formación, desaparece tras el golpe de Estado en Chile. En el editorial del número 2, los directores aseguran que las repercusiones de la salida de la revista confirmaron “la necesidad de un órgano semejante y la urgencia en fortalecer los lazos ya existentes entre los distintos grupos que trabajan en comunicación masiva en América Latina”, pero la obligada reestructuración post-golpe requirió afirmar la coordinación y postergó “la constitución definitiva del colectivo de redacción” (1)

es la de establecerse como órgano de vinculación y de expresión de las diversas experiencias que se están gestando en los países latinoamericanos, en el campo de la comunicación masiva. Evidentemente, no se trata de asumir cualquier experiencia, sino las que favorecen a los procesos de liberación total de nuestras sociedades dependientes. Esta norma de prioridad política será la línea de demarcación que trazará la revista para recoger sus temáticas, sus centros de interés, sus lectores y sus colaboradores” (p. 3)

Y agregaba:

“Si hoy puede aparecer este instrumento de vinculación, es porque en diferentes lugares de nuestro continente están trabajando personas y grupos que participan de la misma inquietud y procuran hacer de su práctica de trabajadores de la comunicación una práctica política al servicio de las luchas revolucionarias. Son dirigentes o militantes de base de los partidos populares encargados de la prensa obrera y campesina (clandestina o no); son centros de alumnos o profesores de las escuelas de periodismo (generalmente creadas por los empresarios-propietarios de la ‘libertad de prensa’) que pugnan por romper el cerco de la ideología de un periodismo presuntamente nuestro y objetivo; son investigadores impulsados por la inquietud de fundir la teoría con la acción; son trabajadores del cine, del teatro, de la plástica, de la literatura, que piensan su acción como instrumento del proyecto popular de descolonización; son -en fin- trabajadores de la comunicación aislados en medios que están todavía bajo el control de la burguesía y del imperialismo, o insertados en los procesos revolucionarios que se están desarrollando en América Latina” (3-4)

Volviendo a la definición gramsciana, la revista no buscaba *crear* ese movimiento disciplinado de base, sino acompañarlo: esa era su aspiración y surge clara en la revisión de los números de lo que podríamos llamar su *primera época*, es decir, los que se publicaron de ambos lados de la Cordillera de los Andes, antes de la radicación de la revista en el exilio mexicano¹¹. Sus principales reflexiones y aportes documentales se relacionan con los procesos políticos de Chile, Argentina y Perú y sus intervenciones en los ámbitos de la cultura, la educación y la comunicación.

La experiencia chilena de la Unidad Popular predomina claramente en el primer número, donde se publicaron seis artículos/documentos: dos sobre medios, “La lucha ideológica en torno a la prensa en Chile” (Patricio Biedma) y “El surazo en tres di-

11. Recordemos que la trayectoria de la revista puede ser vista como “una metáfora del nomadismo forzado de tantos investigadores que laboraban en América Latina” (Beigel, 2011). El primer número salió en Santiago de Chile poco antes del golpe de Estado. Llegó a tener una reimpresión que fue destruida por la dictadura de Pinochet. Se trasladó entonces a Buenos Aires -donde estaba el tercer director/director- bajo responsabilidad de Editorial Galerna. Allí se reimprimió el número 1 (con una tirada de 3.000 ejemplares) y se editaron los siguientes, hasta el número 4 (1975). En 1976 la dictadura argentina forzó también el exilio de Schmucler, que se reencontró con Mattelart en México (ver capítulo 8) y allí retomaron la edición en 1978-1979 (5 a 6) y 1982-1985 (números 7 a 14).

175

66 99

Publicado en la sección de Documentos / Experiencias, se trata de un trabajo originalmente mimeografiado por la Escuela de Periodismo y Comunicación de la Universidad de Concepción en enero de 1973. El escrito se refiere al intento de poner en manos de los trabajadores el diario provincial *El sur*. Al momento de escritura del artículo, el diario había vuelto a manos de los empresarios y 17 protagonistas de la experiencia habían sido despedidos. Gabriel Sanhueza -director del diario durante la toma, uno de los testimonios- planteaba que “ha pasado muy poco tiempo” para pensar en perspectiva amplia, pero destaca: “Por primera vez en Chile, los trabajadores se apoderan de un medio de comunicación tan importante, y lo entregan al pueblo, luchando contra viento y marea. Contra nosotros operó todo el sistema, desde la requisición hasta el desalojo, incluso la cárcel para compañeros, y seguramente para muchos más en el futuro (...) Lo positivo que tuvo, fue demostrar que los trabajadores son capaces de editar sus propios mensajes, sin necesidad de patrones, sin necesidad incluso de los periodistas” (Oñate, 1973: 236). Lo negativo, agregaba, había sido la falta de apoyo del gobierno.

mentiones. Análisis de una experiencia”, de Rody Oñate Z.; otro sobre la investigación científica, “La ‘ciencia pura’, instrumento del imperialismo cultural. El caso chileno”, que retoma una conferencia de Maurice Bazin en la Universidad de Rutgers (Estados Unidos); y tres que focalizan la cuestión educativa: “Una examen al examen: escuela secundaria en Chile”, de Guillermo Labarca; “La ideología de la Escuela Nacional Unificada (ENU) y el cristianismo”, de Rolando Muñoz G.¹² -donde se argumenta que las preocupaciones fundamentales del proyecto de reforma educativa de la Unidad Popular coinciden con las búsquedas de la Iglesia post Medellín-; y “Proceso ideológico y proceso político. El caso revelador de la Escuela Nacional Unificada de Chile”, de Hugo Assmann, donde el teólogo explicita la contradicción “entre el cada vez más vigoroso impulso popular a los procesos de participación y solidaridad social y un sistema educacional autoritario, competitivo y tradicionalista”. A su vez, en la sección de Documentos, los dos textos que publican corresponden también a la experiencia chilena en los ámbitos educativo y mediático.

El segundo número -una edición de transición entre Santiago y Buenos Aires, con redactores que tuvieron que refugiarse y materiales que debieron ser rescatados- incluyó cuatro materiales sobre Chile (escritos en un presente que ya no es, pero que la revista decide publicar de todos modos): “La televisión y los sectores populares”, donde Michèle Mattelart y Mabel Piccini reflejan un análisis realizado sobre la recepción de la televisión, a partir de 200 entrevistas realizadas en cuatro poblaciones; “Prensa y lucha ideológica en los cordones industriales de Santiago: testimonios”, un conjunto de testimonios de esa prensa emergente, recogidos poco antes del golpe; “La historieta en el proceso de cambio social. Un ejemplo: de lo exótico a lo rural”, una lectura crítica de Naín Nómez de la experiencia de Quimantú que abordamos en el capítulo 3; y finalmente “Ideología y práctica de la capacitación campesina”, del economista Solon Barraclough. Por si quedaban dudas del contexto de producción, este último artículo lleva fecha: *junio de 1973*. Resulta muy interesante el anacronismo de la edición: ya estamos en mayo de 1974, han pasado ocho meses del golpe, sin embargo se escribe sobre la experiencia de la Unidad Popular, *desde* la experiencia de la Unidad Popular. Porque el movimiento de liberación seguía vigente: estas páginas podían ser leídas en Argentina o en Perú; *Comunicación y Cultura* no es todavía pensada en/desde el exilio¹³.

12. Originalmente publicado en la revista *Chile Hoy*, N° 46.

13. Recién en el número 4 aparece, en la concepción temática de un artículo, el golpe de Estado: Abelandia Rodríguez escribe sobre “El papel de los medios masivos en la política cultural de la junta militar chilena” y asume que han perdido vigencia todas las investigaciones sobre el sistema de medios chileno realizadas hasta el momento: la dictadura suprimió el régimen liberal, fueron cerrados todos los medios que pudieran contener expresiones de izquierda e intervenidos los talleres impresores y se reestructuraron la editorial Quimantú (ahora llamada Gabriela

Fueron esos dos procesos nacionales, precisamente, los otros que captaron la atención de la revista en esta primera etapa. Para el caso de Argentina, en el número inaugural la referencia era un análisis semiológico sobre textos escolares, elaborado por Ana María Nethol, Dardo Arbide, Marta Crivos y Stella Ferrarini. Vale destacar cómo los autores inscribían a ese objeto en la preocupación central de la revista: “El libro de lectura de la escuela primaria constituye un medio de comunicación masiva: contiene una propuesta y una modalidad específica de comunicación que se dirige a amplios públicos y determinados sectores de consumo” (Nethol, Arbide, Crivos y Ferrarini, 1974: 115).

En el número 3 Margarita Graziano -como vimos, miembro de un incipiente Centro de Estudios de Comunicación Masiva impulsado junto a Schmucler en la UBA- escribía sobre “Los dueños de la televisión argentina”, como un aporte para ordenar la “marea de información” que inundó la prensa tras el decreto de caducidad de las licencias (Graziano, 1974: 175), que se firmó en Argentina la misma semana que el gobierno peruano inició la Reforma de la Prensa. Graziano refería también a la situación de las productoras y, al igual que Muraro en sus artículos *Crisis* el año anterior, la interpretaba a la luz de la experiencia peruana (190).

Finalmente, el número 4 incluyó un artículo de Carlos Alberto Douhourq, “Educación popular por televisión”, que relata una experiencia de teleeducación realizada en San Luis entre 1973 y principios de 1974: “Adoptamos la técnica de los teleclubes pero adaptada a nuestra realidad” (Douhourq, 1974: 129). El autor explicaba la búsqueda de un método con el que la TV pudiera fomentar la participación popular (130), con la producción de teleteatros producidos por los propios vecinos (142). Y daba cuenta de la articulación con las políticas del Ministerio de Cultura y Educación que narramos en el capítulo anterior¹⁴. La participación en el proceso comunicacional “es el punto que se plantea como objetivo” y justifica el esfuerzo: “encontrar un método de trabajo o funcionamiento de la televisión que permita superar la unidireccionalidad...” (168).

Para el caso de Perú, en el número inicial aparecía el artículo sobre “La ideología en los textos escolares peruanos” que citamos en el capítulo 2. También en relación al campo educativo, en el número 4 se publicó el documento “Educación y desarrollo rural”, elaborado por Giorgio Alberti, Heraclio Bonilla, Julio Cotler, Alberto Escobar y José Matos Mar. Pero lo más significativo sobre el proceso peruano estuvo en el número 3, donde *Comunicación y Cultura* transcribió, completos, el Plan



El análisis de los textos escolares parece estar en boga en la época. Contemporánea a estas ediciones de *Comunicación y Cultura* se publicó en español la investigación de la socióloga italiana Marisa Bonazzi, prologada por Umberto Eco, bajo el título *Las verdades que mienten (Un análisis de la ideología represiva de los textos para niños)*. El libro fue editado por Tiempo Contemporáneo, un sello emblemático de la nueva izquierda fundado en 1968, donde confluyeron Ricardo Piglia y Eliseo Verón como directores de colecciones (Álvarez, 2013). El libro de Bonazzi y Eco fue uno de los seis títulos de la colección “Crítica Ideológica”, dirigida por Eduardo Menéndez, que puso el foco en la crítica al imperialismo y la lucha de los países del tercer mundo.

Mistral), la empresa Chile Films y todos los canales en poder del Estado. Rige una nueva institucionalidad, una nueva armazón jurídica forjada “decreto tras decreto” (Rodríguez, 1975: 35)

14. Entre los materiales utilizados para trabajar sobre el mal de chagas estaban el disco “La vinchuca” y la historieta “La vinchuca asesina”, realizadas por el Departamento de Comunicaciones Sociales. A su vez, relata que los materiales para la audiencia, los animadores y los coordinadores producidos por el Departamento de Teleclubes fueron difundidos por el Ministerio de la Nación (Douhourq, 1974: 154-158).

del gobierno revolucionario de la fuerza armada (Plan Inca) y Decreto de expropiación de la prensa peruana. “No por casualidad hemos incluido textualmente la ley peruana que otorga el control de los diarios nacionales a las comunidades sociales”, justificaba el artículo editorial: “Más allá de las diferentes valoraciones que pueda suscitar, el hecho posee innegable transcendencia y puso en tensión las diversas fuerzas materiales e ideológicas que actúan en el continente. Otra vez se discutió el concepto de ‘libertad de prensa’ y quedó ratificado que no resulta fácil escindir ese aparente derecho con el de los empresarios poseedores de los medios de comunicación” (4). Por último, el número 4 incluyó una reseña de un Encuentro Latinoamericano de Periodistas que se había realizado en octubre del año anterior¹⁵ en la que se recogía extensamente (121-125) la exposición de la delegación peruana, que defendió la expropiación de los diarios para convertirlos en instrumentos “de diálogo social y de la libertad revolucionaria” y aclaraba: “Sobre la prensa social del Perú de estos días, sin embargo, han recaído diversos malentendidos. Conviene, pues, develarlos. En primer lugar, esta *no es una prensa estatal, por dejar de ser prensa privada*” (122. El destacado es mío).

Más allá de lo escrito en las páginas de esta revista-punto de encuentro¹⁶, el proceso conducido por Velasco Alvarado merece una reflexión en este capítulo-cierre de la primera parte de la tesis. Desde que descubrí y hurgué cada vez más en los archivos esa etapa de la historia peruana, no deja de sorprenderme la ausencia de su relato y de reflexión sobre sus alcances y limitaciones desde fines de los ochenta hasta nuestros días. Esto es particularmente notable en el campo de la comunicación, teniendo en cuenta la originalidad de las políticas ensayadas en ese ámbito. Si quienes estudiamos comunicación hemos sabido algo de los intentos de la Unidad Popular chilena y en particular de la editorial Quimantú -acaso por una mínima contextualización del *best seller* de Mattelart y Dorfman-, es prácticamente nada lo que sabemos de la Reforma de la Prensa de 1974. Incluso entre los especialistas, más de una vez se ha adjudicado la imaginación de un “tercer sector” -ni estatal, ni privado: social o comunitario- a recomendaciones europeas de principios del siglo

15. Con delegaciones de 17 país, allí se gestó la idea de una organización de periodistas, distinta de la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP), que agrupaba a los empresarios. En el encuentro estuvo el recién electo presidente de Venezuela, Carlos Andrés Pérez, al que nos referiremos en el siguiente capítulo. En esa ocasión, Pérez planteó que los medios de comunicación no debían ser considerados empresas, sino un servicio público; manifestó su respaldo a la asociación de los trabajadores de prensa y anticipó la medida de creación del Consejo Nacional de Cultura.

16. La señalada atención sobre Perú, cabe decir, no fue patrimonio exclusivo de *Comunicación y Cultura*. En *Crisis*, por ejemplo, también se publicaron varios informes. En el número 13 (mayo de 1974), una completa recopilación de datos y documentos titulada “Informe sobre Perú: dos mil días de revolución” abarcó las primeras 20 páginas de la revista. Aún no se había producido la reforma de la prensa, que sería abordada por Francisco Moncloa en “Poder y prensa en el Perú” en *Crisis* N° 21 (enero de 1975). Ese mismo año, en abril salió una entrevista sobre la reforma educativa, definida como el corazón de la revolución peruana. También se dedicó a Perú un Cuaderno de Crisis, con textos seleccionados y prologados por Juan Gelman (1974), que indagó en las bases políticas, ideológicas y teóricas de la revolución, priorizando los aspectos participativos y de transferencia de poder.

XXI, cuando en los noventa en América Latina ya se hablaba de legislar en ese sentido. Y uno de los promotores de la idea había sido co-director de uno de los diarios socializados.

El prisma de la historia intelectual se ha focalizado principalmente en las izquierdas, más recientemente en las derechas, pero muy poco en las experiencias nacional-populares, que quedan desdibujadas. Así, es notable advertir en el estudio pionero de Víctor Lenarduzzi (1998) sobre los nudos e itinerarios de la revista *Comunicación y Cultura* la ausencia total de referencias al proceso político peruano que, como vimos aquí, no estuvo nada ausente en las páginas de la revista.

Anticipándonos a un asunto que abordaremos en la segunda parte de esta tesis, hay que reconocer además que Perú fue un destino de varios exilios. El exilio es una experiencia clave para entender lo que vendrá en los años siguientes. México fue, sí, el principal destino de las trayectorias abarcadas por este mapa en construcción; pero incluso en muchos de esos casos, Perú fue una escala intermedia. Lima recibió a Horacio Verbitsky, a Gregorio Selser y Octavio Getino. Marita Mata y Alfredo Paiva se radicaron allí por varios años, como veremos en el capítulo 7. También Paulo Freire, Augusto Boal y Mario Kaplún pasaron por allí. ¿Por qué, entonces, el *olvido* de la Revolución Peruana?

Me inclino a pensar que un factor importante es la interpretación histórica que acompañó desde los ochenta a las restauraciones democráticas en el Cono Sur, o al menos en Argentina: aquel relato de la República Perdida, que organizó el devenir histórico en una dicotomía civiles y militares, impugnando todo lo que estuviera asociado a los segundos. Parecía que la *democratización* -otra palabra clave para la etapa que abordaremos a continuación- nada podía tener que ver con los militares. Eso hizo difícil pensar Perú, que como escribió Darcy Ribeiro, había vivido “una revolución insólita, porque fue protagonizada por aquellos de quienes se esperaba únicamente el rol de represores” (1972: 7).

Comunicación y Cultura hablaba de/a Chile pero también de/a Perú o Argentina. Y su impronta gramsciana, como reconoció Schmucler años atrás (en Lenarduzzi, 1998: 152), habilitaba una zona de convergencia entre el marxismo y movimientos nacional-populares como el peronismo. En suma, cuando en su primer editorial *Comunicación y Cultura* aseguraba que en las luchas por la emancipación se estaban “gestando alternativas reales a la comunicación y la cultura diseñadas por las clases dominantes para servir a sus intereses”, las referencias eran precisamente los procesos que abordamos en los tres capítulos precedentes¹⁷. De esa lucha “no exenta de contradicciones” es-

17. No hubo, en rigor, muchas otras referencias nacionales. Una fue Cuba, si se tiene en cuenta que el primer número de la revista incluyó los aportes de García Espinosa para un “cine imperfecto” (una lectura fundamental que también está presente, por ejemplo, en la obra de Gerace, cuando plantea que “no se tienen que formar fotógrafos o camarógrafos, sino obreros, vecinos,

peraban que emergiera “una nueva teoría y una nueva práctica de la comunicación que, en definitiva, se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta en los aspectos más íntimos de la cotidianidad del hombre”.

Por otra parte, en los cuatro números -y particularmente en el tercero- la publicación contuvo un conjunto de elaboraciones que daban cuenta de una preocupación antiimperialista o anticolonial, que empezó con “El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural” -el extenso artículo sobre Plaza Sésamo que comentamos en el capítulo 2- (Mattelart, 1973b) y continuó una docena de artículos en esta primera etapa de la revista¹⁸. Pero -insistimos- la producción de las ediciones de *Comunicación y Cultura* nunca se agotó en esas denuncias. No fue pura impugnación de las condiciones de dependencia y las maniobras del imperialismo cultural, como se interpretó alguna vez, tanto la revista como el período. La editorial del número 2 -es decir, después del primer exilio- insistía en el valorar “el proyecto inicialmente imaginado” que era, precisamente, “enfatar las experiencias de participación popular en los medios de comunicación, como punto de partida para la elaboración de nuevas formas de cultura en las que se consolidarán las relaciones sociales transformadas por el pueblo” (p. 1).

El último número de la etapa conosureña de la revista iniciaba con un artículo de Héctor Schmucler, “La investigación en comunicación masiva” -que funcionaba como una suerte de editorial aunque no se presentara explícitamente así-. Lenarduzzi identificó en él uno de tres grandes “momentos de transición” que atravesó la revista (1998: 49). Uno de los aspectos que se ha destacado de este artículo en sucesivas lecturas es la “anticipación” de un conjunto de problemas que serán enfocados

jóvenes que puedan expresarse a través de una cámara fotográfica o documentar su realidad en una cinta de videotape”. 1973: 78) De Bolivia sólo encontramos una referencia en el texto de Maurice Bazin ya mencionado, cuando ante una pregunta por la cantidad de científicos y su utilidad, éste responde: “si Ud. cambia la ideología reinante todas estas personas se convierten en útiles en el proceso de desarrollo del país. Pueden, por ejemplo, enseñar a los mineros en las universidades obreras que los obreros bolivianos querían crear en el tiempo de Torres” (Bazin, 1973: 85)

18. En el primer número se publica también “AAA\$. Los dueños de la ciencia”, de Daniel J. Goldstein, que pone sobre la mesa el rol de la American Association for the Advancement of Science -editora de la revista Science- como organización paraguernamental norteamericana. En el número 2 aparecen “El barroco de indias y la ideología colonialista”, de Leonardo Acosta (texto originalmente publicado en La Habana) y “Penetración norteamericana y control de la natalidad bajo el gobierno de Frei”, Jane Rubin, sobre la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID) que administra la ayuda externa del gobierno de los EEUU. El número 3 se concentra especialmente en esta denuncia de las tramas del imperialismo, reactivada en particular por el debate internacional sobre el uso de satélites. Allí aparecen: “Ficha de identificación de la agencia de información de los EE. UU. (USIA)”; “La Agencia Informativa norteamericana (USIS) y sus boinas verdes de papel”, de Gerardo Fresenuis y Jorge Vergara; “Usis en Vietnam. Entrevista con un ex oficial de cine del gobierno de los EEUU”; “¿Quién está ganando la guerra de la propaganda? Entrevista con Frank Shakespeare, director de la Agencia de Informaciones de los EE.UU. (USIA)”; “Algunos antecedentes sobre el satélite educativo para América del Sur”, de Roberto Ballochi P.; “Colombia y el satélite educativo” de Héctor Torres; “Tecnología, imperialismo y educación”, de Enrique Santos; y dos documentos: “Diseño y metodología del estudio de la viabilidad de un sistema regional de teleducación para los países de América del Sur (por Ing. Valenzuela)” y “Proposición de la URSS a las Naciones Unidas para regular las emisiones televisivas directas por satélite”. Finalmente, en el número 4 se publica la investigación sobre una UPI sobre Reyes Matta y un artículo de Armand Mattelart sobre la formación de los aparatos ideológicos del “Estado multinacional”.

por el campo de la comunicación en los ochenta; especialmente, su llamado a prestar atención a la experiencia sociocultural de los receptores. En rigor, esa preocupación ya estaba en el número 1: en su *denuncista* artículo sobre Plaza Sésamo, Mattelart también señalaba la urgencia de “volver al receptor e investigar cómo este receptor, desde su posición de clase, lee los productos envasados. Es necesario tratar de descifrar la manera en que, a partir de su práctica diaria y con los instrumentos de esta práctica, el receptor efectúa su propia lectura ideológica; cómo su conciencia de clase o su defecto le permite o le impide luchar contra los mensajes a que lo somete diaramente la cultura dominante” (Mattelart, 1973b: 190).

Sin ir más lejos, Michèle Mattelart y Mabel Piccini (1974), en su trabajo elaborado en Chile -aunque publicado en Argentina-, elegían la experiencia popular como la perspectiva para cuestionar el circuito vigente en la televisión chilena (tanto en los canales controlados por la oposición como los conducidos por fuerzas de la Unidad Popular). Este temprano estudio de recepción -con un receptor definido en términos de clase- se asociaba políticamente a la construcción de poder popular, y asumía como ideal un sistema en que la mayoría dejara de ser *espectadora* para convertirse en *sujeto activo* (Mattelart y Piccini, 1974: 7).

5.2. Balance de etapa y palabras clave

La crítica a la comunicación masiva y la ideología liberal del periodismo, la construcción de nuevas prácticas de comunicación (grupal, horizontal, de base), la exploración de nuevas formas de propiedad y gestión de los medios (cooperativa, sindical, áreas de propiedad social), el cuestionamiento consciente a la unidireccionalidad de ciertos sistemas comunicacionales, la participación como preocupación central, la educación crítica de los receptores y el impulso de nuevas formas de organización que empoderaran y movilizaran a los sectores populares atraviesa entonces a las experiencias y elaboraciones intelectuales de los primeros setenta, tanto en las redes cristianas como en proyectos políticos socialistas o nacional-populares que postularon la liberación como meta. El pueblo emergía como sujeto de la comunicación. Con diversas miradas sobre la tecnología -algunas más románticas, otras más críticas-, con distintos grados de elaboración en su objeción al esquema unilineal emisor→receptor y, claro, con diferentes formulaciones sobre lo que venía luego de la repetida expresión “*al servicio de*”, se iba forjando una nueva idea de comunicación donde ese sujeto era activo, o debía serlo; debía acceder a los medios (Gera- ce, 1973: 28), participar, tomar la palabra.

No eran muchas las referencias previas para esa elaboración; por eso las lecturas eclécticas, el cruce de tradiciones en otros



En el contexto de la Revolución Cultural, los *dazibao* fueron carteles con grandes caracteres que constituyeron “una forma de expresión creada por el pueblo chino en el movimiento de rectificación del estilo para movilizar a las masas y desarrollar la democracia” (Fan, 1970: 131). La práctica se inició en mayo de 1966 y fue estimulada por la Decisión del Comité Central de 16 puntos programáticos, donde se alentaba “una plena y franca exposición de opiniones haciendo pleno uso de los *dazibao* y de los grandes debates” (en Fan, 1970: 157). Los *dazibao* fueron celebrados por Mao, que planteó que eran “un arma de nuevo tipo y gran utilidad. Se pueden emplear en ciudades, aldeas, fábricas, cooperativas, establecimientos comerciales, organismos gubernamentales, centros de enseñanza, unidades de fuerzas armadas y organizaciones vecinales, en resumen en todos los lugares donde haya masas. Su uso se ha generalizado y debe continuar para siempre” (citado en Fan, 1970: 131).

campos enfrentadas. La expresión de deseos de Brecht escrita cuatro décadas antes, unas líneas de la declaración del Congreso Cultural realizado en La Habana en 1968 o un libro de Enzensberger recién traducido podían alimentar formulaciones con ingredientes propios, escritas al calor de las experiencias, siempre conectadas a una búsqueda en tiempo presente.

Un ingrediente que llama la atención hoy -a posteriori, casi medio siglo más tarde- es China: en plena afirmación de una Revolución Cultural, el proceso conducido por Mao Tse-Tung aparece en casi todos los textos latinoamericanos de la época. Intelectuales cristianos, peronistas y marxistas citaron al líder chino o incluyeron a los *dazibao* en sus ejemplos. El análisis semiológico de manuales de la escuela primera publicado en el primer número de *Comunicación y Cultura* arranca con una cita de Mao (Nethol, Arbide, Crivos y Ferrarini, 1973). El líder revolucionario también aparece en la primera pregunta que le hacen a Maurice Bazin (1973), que se explayó sobre la reeducación del intelectual y el problema del elitismo a la luz de la experiencia de la revolución cultural. Luego, otro participante de esa charla intervino: “Sugiero que los universitarios de izquierda especialistas en América Latina no estudien más la América Latina sino China, porque la China no es una ideología sino que es una realidad” (Bazin, 1973: 87). Cuando Walger o Ulanovsky entrevistaron al director de Canal 7, Juan Carlos Gené, este evocó “aquello de Mao cuando habla de la cultura y dice precisamente de utilizar lo extranjero en beneficio de lo nacional...” (Walger y Ulanovsky, 1974: 208). En el mismo sentido, para Gerace no había que “rechazar todos los aportes de la tecnología occidental, al contrario, debemos, como lo decía Mao Tse-Tung, andar sobre nuestras dos piernas, es decir: dinamizar al máximo nuestro acervo cultural por una parte, y por otra parte, sacar todo el provecho posible de las técnicas occidentales. Interpretar lo nuevo según nuestra visión del mundo”¹⁹.

Mattelart afirmaba que hay que “aplicar al pie de la letra las palabras de Mao: ‘Para derrocar el poder político es siempre necesario, ante todo, crear la opinión pública y trabajar en el terreno ideológico. Así proceden las clases revolucionarias y así también lo hacen las clases contrarrevolucionarias’” (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 53 y Mattelart, 1973: 58). En *Agresión en el espacio* destacó también exploraciones de índole tecnológica: “La Revolución Popular China es el único país socialista que tiene una línea de investigación y producción televisiva que trata de apartarse de las normas y modelos de la tecnología ‘universalizante’ occidental” (Mattelart, 1972: 27). En muchos de los escritos realizados por este autor en Chile están notoriamente presentes las referencias a la revolución cultural china; en par-

19. En una versión digital de su libro *comentada*, que realizó en 2012 y me compartió al momento de entrevistarle, Gerace hace un llamado de la atención sobre esta referencia -que no elimina para respetar la redacción original- y critica la deriva represiva de la revolución comunista china.

ticular, como vimos en el capítulo 3, la noción de *devolución del habla al pueblo* (Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 150). Y es interesante -como una anticipación de la progresiva desaparición hasta una ausencia casi total en la siguiente etapa- notar que muchas de estas referencias desaparecen de una edición a otra del mismo texto, es decir, de la edición chilena de 1971²⁰ a la argentina de 1973 (véase por ejemplo Mattelart, Biedma y Funes, 1971: 151, 168-169, 174, 203).

De un modo similar, una palabra clave del período que irá declinando su presencia a partir del ciclo represivo que se inicia a mediados de la década es *liberación*. *Liberación* era antónimo de *dependencia*, apellido de la versión más revolucionaria de la teología, objetivo de la educación/comunicación popular, impugnación de la noción importada de desarrollo y lema común a los procesos políticos socialistas y nacional-populares.

A fines de los sesenta y principios de los setenta, todo pensamiento crítico latinoamericano era de *liberación*. Lo era incluso fuera de las fronteras americanas, como evidencia una tesis doctoral que se escribió en esos años: *La palabra y la acción. Por una dialéctica de la liberación*. Jesús Martín-Barbero había dejado Colombia en 1968 para estudiar en Lovaina (por donde ya habían pasado, como vimos, Armand Mattelart, François Houtart y Camilo Torres). Su tesis sobre filosofía -escrita en español y basada en citas de autores latinoamericanos como el brasileño Freire y el peruano Salazar Bondy- se interrogaba, a fin de cuentas, sobre las “mediaciones concretas que religan la palabra a la acción y constituyen las claves de proceso de liberación” (Martín-Barbero, 2018 [1972]: 157), es decir, sobre cómo la comunicación podía llevar a los sujetos a una praxis de liberación:

“[...] decir liberación es decir revolución cultural, esa que afecta no solo a la economía sino a todas las estructuras que dividen, oponen y oprimen a los hombres. Decir liberación es acabar con esa ‘división internacional del trabajo’ que no solo condena a unos países a servir de productores para el consumo de los otros, sino que condena también a unos hombres a ‘trabajar’ y a otros a ‘hablar’. Por eso nuestra reflexión quisiera estar en la línea de ese nuevo diálogo a construir entre el intelectual y el militante, entre el obrero y el poeta, un diálogo que haga estallar la ‘aristocracia del decir’ al mismo tiempo que libera la palabra encadenada, oculta en el hacer más humilde” (Martín-Barbero, 1972: 38)

Las coincidencias no deben sorprendernos; Martín-Barbero tenía ya su propio itinerario en los mapas que hemos estado construyendo. Había estado en Chile -donde vivía su hermana- al inicio del gobierno democristiano. En Lima había conocido a Gustavo Gutiérrez. En el *Service European Université*



20. Vale recordar que esa edición incluía también un texto de Santiago Funes y otro de Patricio Biedma. Estos también retoman la experiencia de revolución cultural en China (Biedma en pp. 219-220, 236, 283; Funes en 326, 328)

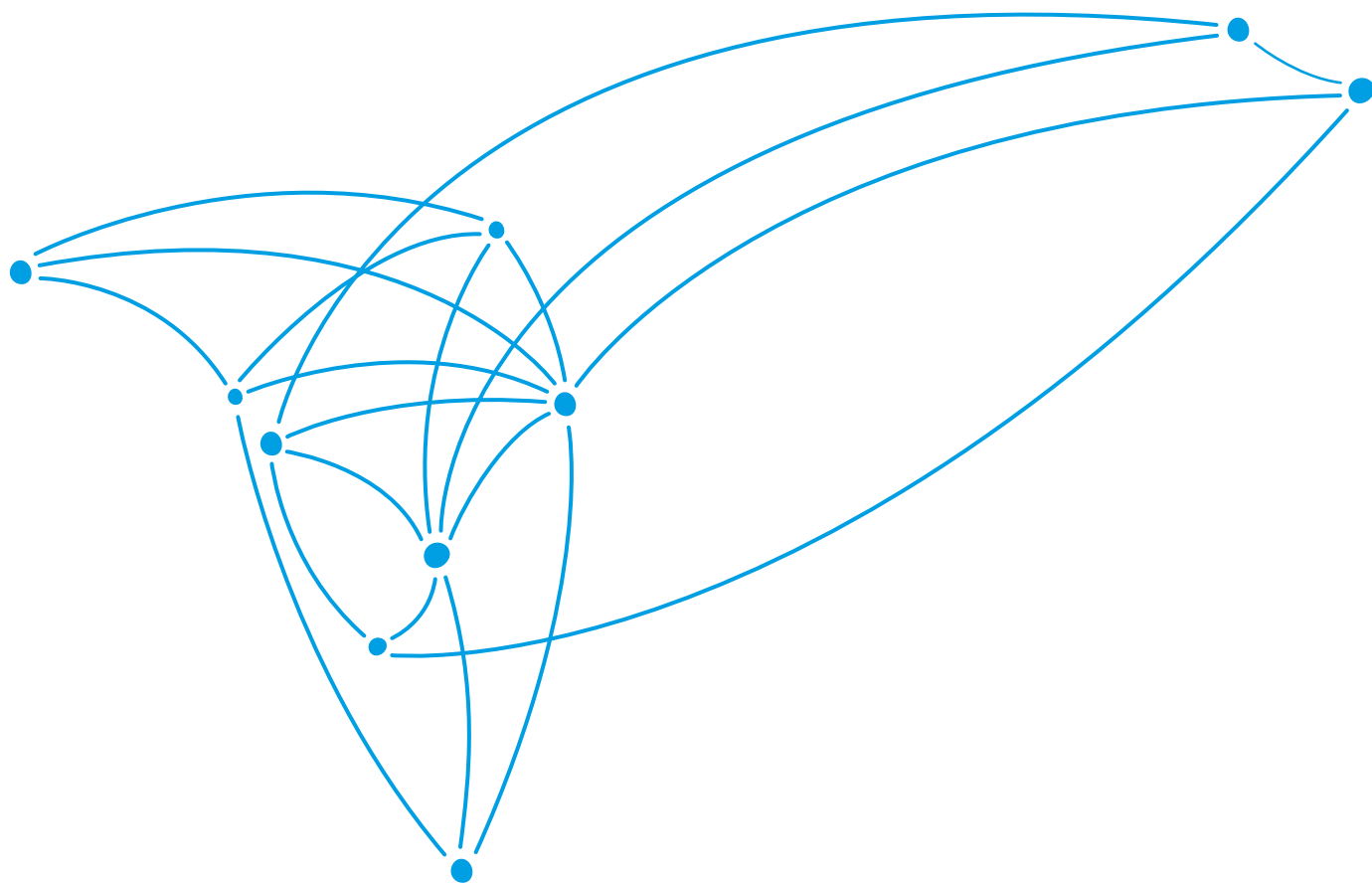
Latinoamerican de Bruselas se cruzó con muchos brasileños y argentinos asilados a raíz de las dictaduras de sus países (García Corredor, 2018: 114-116). Tenía en sus manos la edición de *Pedagogía del oprimido* realizada por los uruguayos de Nueva Tierra en 1970.

Martín-Barbero escribió en su tesis de Lovaina: “La reflexión teórica no tiene otra misión que ayudar a tomar la palabra y encarnarla en acción” (2018: 155), pero bien podrían haberlo hecho Gerace, Mattelart o Mata. La que escribía, finalmente, era una generación.

SEGUNDA PARTE

COMUNICACIÓN PARA LA DEMOCRACIA

Un nuevo orden, otro desarrollo





6 Los organismos internacionales

Tras la caída de los gobiernos populares a los que nos referimos en la primera parte, la inquietud por la democratización de la comunicación -en un sentido amplio- siguió desarrollándose, durante la segunda mitad de los setenta, en el ámbito de algunos organismos internacionales donde aquéllos habían sembrado esa preocupación. Allí confluyeron intelectuales que iniciaron su itinerario en contextos nacionales, como los chilenos Reyes Matta y Somavía, con otros cuyas trayectorias estuvieron históricamente ligadas a estos ámbitos, como el boliviano Luis Ramiro Beltrán, el alemán Peter Schenkel o el paraguayo Juan Díaz Bordenave. En este capítulo analizaremos los principales hitos de este pensamiento *transnacionalizado* sobre las desigualdades y desequilibrios comunicacionales, frente a los cuales se propusieron tanto acciones estatales (concebidas bajo la noción de las “políticas nacionales de comunicación”) como desarrollos desde la sociedad civil -muchas veces asociados a la “comunicación grupal” y los micromedios- que en estos años empezaron a identificarse con el rótulo *comunicación alternativa*. Buena parte de ese desarrollo reflexivo y propositivo cristalizó en 1980 en el documento final de la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación de la UNESCO, más conocido como “Informe MacBride”.

6.1. Los debates en la UNESCO

Ya vimos en el capítulo 3 cómo el gobierno de la Unidad Popular en Chile promovió estos temas en la agenda internacional, primero en la conferencia de la UNCTAD en abril de 1972 de la que fue anfitrión, luego en el marco del Pacto Andino en julio del mismo año y finalmente en el Movimiento de los Países No Alineados, cuya Cumbre en Argelia, de la que surgió una primera declaración en torno al flujo informativo y la necesaria “reorganización” de los canales de comunicación legados por el pasado colonial, coincidió con el golpe de Estado de Pinochet¹.

La preocupación planteada por los jefes de Estado y de Gobierno de los Países No Alineados en septiembre 1973 fue ratificada en agosto de 1975 en una Reunión de Ministros de Relaciones Ex-



En la segunda mitad del siglo XX se produjo la independencia de casi 80 países, lo que implicó un rechazo de la dominación colonial en territorios que abarcaban a más de 2.000 millones de personas. Muchos de ellos confluyeron en abril de 1955 en la conferencia de países no alineados realizada Bandung, primera manifestación internacional de solidaridad mutua entre los países del Tercer Mundo. En las convocatorias de los años setenta se enunciaba la expectativa de producir un “Bandung de la información”.

1. El Informe MacBride reconocerá a esta última como “la primera reunión en la cual esos países plantearon el problema en términos claros y dieron una expresión vehemente a su interés común -‘nacido del vacío inmenso que han dejado las Naciones Unidas’- en materia de información” (MacBride et al., 1980: 79).

teriores realizada en Lima², que fue contemporánea al *Tancazo* que desplazó a Velasco Alvarado. En esa oportunidad se anunció formalmente la idea de constituir un *pool* de agencias de prensa (Capriles, en Eldredge, 1979: 99). El tema continuó con un coloquio sobre comunicación realizado en Túnez entre el 26 y el 30 de marzo de 1976³, paso previo de la primera Conferencia de Ministerios de Información de los Países No Alineados en la que se redactó una declaración ratificada en agosto por la Conferencia de los Países No Alineados, en Colombo (Sri Lanka). Allí se planteaba, por ejemplo, “la necesidad de que los países no alineados contemplen la posibilidad de establecer una legislación común para la reglamentación de las actividades de las agencias transnacionales de noticias” (Capriles, en Eldredge, 1979: 100)⁴.

El principal ámbito de estas batallas fue el organismo de Naciones Unidas dedicado a los temas educativos y culturales, la UNESCO, donde la cuestión comunicacional había emergido a fines de la década anterior y entrados los setenta, a partir de los planteos tercermundistas, fue problematizada desde el punto de vista de los desequilibrios de flujos informativos, la necesidad de políticas soberanas y, finalmente, las demandas de *acceso* y *participación* en los medios.

La 15ª Conferencia General de la UNESCO, en noviembre de 1968, había autorizado al Director General a encarar un nuevo programa de investigación de largo plazo sobre los “efectos” de los medios de comunicación en las sociedades. La primera reunión se realizó en Montreal en junio de 1969 y la línea de trabajo recomendada -centrada en la “influencia de la información en la sociedad” y en la necesidad de orientar la investigación hacia la resolución de problemas y en un sentido normativo- fue aprobada en la 16ª Conferencia, en noviembre de 1970 (Lee, 1976: 31). Se autorizó al Director General a “ayudar a los estados miembros a formular sus políticas relativas a los grandes medios de información, teniendo en cuenta la experiencia adquirida en el establecimiento de políticas culturales” (res. 4.21, inciso e) y a “fomentar el desarrollo de los servicios nacionales de información y la formación de especialistas de información” (res. 4.22). En esa ocasión, el ministro de Información de la India cuestionó -por primera vez- la validez del principio de “libre flujo de la información” (Beltrán, 2014: 441).

En 1971 se formó un consejo asesor con investigadores de dis-



Con menos conflictividad que los debates por la comunicación, la UNESCO trabajó la cuestión de las *políticas culturales* desde fines de los sesenta. Ya en 1970 realizó una Conferencia Mundial sobre el tema en Venecia, que fue seguida por cuatro conferencias intergubernamentales regionales para Europa (1973), África (1975), América Latina y el Caribe (1978) y los Países Árabes (1981). Además, entre 1969 y 1977 promovió la edición de monografías sobre políticas culturales en los Estados miembros, llegando a publicar 44. En 1982 se realizó en México segunda Conferencia Mundial. La UNESCO intentó emular la estrategia con monografías sobre políticas de comunicación, con más dificultades. Al respecto, llegué a registrar la publicación, entre 1974 y 1976, de estudios sobre Hungría, Irlanda, Alemania, Suecia, Yugoslavia y Perú, sin poder confirmar si el listado es completo.

2. Con este objetivo se convocó a la Conferencia de Nueva Delhi, que coincidirá temporalmente con la Primera Conferencia Intergubernamental sobre Políticas y Comunicaciones en América Latina y el Caribe, realizada en Costa Rica. El *pool* inició su trabajo operativo ese año. Desde septiembre de 1976, la cubana Prensa Latina funcionó como centro regional de distribución para América Latina (Vera, en VV.AA., 1981: 335). Hacia 1978 el *pool* nucleaba unas 50 agencias.

3. Ese mismo año, el documento final de un seminario organizado por ILET (ver capítulo 8) destacó que el simposio de Túnez produjo “sensibles progresos al *abrirse paso una contrainformación por canales alternativos* tanto dentro del tercer mundo como fuera de él” (Reyes Matta, 1977: 24. El destacado es mío)

4. En Colombo se aprobó también el proyecto de creación de un Centro de Información sobre las Corporaciones Transnacionales -propuesto por Argelia en 1973- que se localizaría en Cuba (Argumedo, 1987: 266).

189



Periodista, investigador y consultor nacido en Oruro, estudió problemáticas de

la comunicación desde los primeros sesenta. Antes había trabajado en el periodismo escrito (*La Patria*, 1942-1952, donde llegó a ser jefe de redacción y *La Razón*, 1948-1952, como redactor en La Paz), en publicidad (fundó y dirigió la agencia *Life*) y en comunicación pública (como secretario de prensa de la dirección Departamental de Sanidad en Oruro) (Barranquero, 2008: 284). También fue guionista de *Vuelve Sebastiana* (1953), un documental pionero del cine indígena y del cine político latinoamericano que dirigió Jorge Ruíz. Luego se incorporó a un trabajo de comunicación educativa en el ámbito agrícola, como parte del Servicio Agrícola Interamericano formado por Estados Unidos y Bolivia. En 1970 asumió en Colombia como director del Centro Interamericano de Desarrollo Rural y Reforma Agraria (IICA-CIRA), cargo que ejercía al momento de la convocatoria de la UNESCO. Desde 1964 se formó con Everett M. Rogers y David K. Berlo, que dirigió su tesis doctoral presentada en 1972. Como observa Alejandro Barranquero, Beltrán “es uno de los primeros teóricos latinoamericanos formados específicamente en comunicación -Antonio Pasquali o Eliseo Verón no lo fueron- y, junto con su amigo Juan Díaz Bordenave, el primero en adquirir formación de posgrado en una comunidad académica como la estadounidense en la que las ciencias de la comunicación aún se estaban conformando”. Por eso mismo, “fue la primera voz latinoamericana -y tal vez mundial- atendida por los vecinos del norte” (Barranquero, en Beltrán, 2014: 29, 17).

tintas partes del mundo, donde el miembro latinoamericano fue Luis Ramiro Beltrán, un boliviano formado en Estados Unidos en los años sesenta, que se volvió uno de los primeros críticos desde adentro de los planteos funcionalistas de la “comunicación para el desarrollo”⁵. Estudioso de la obra de este autor, Alejandro Barranquero distingue varias etapas: mientras entre 1954 y 1970 sostuvo los postulados extensionistas y difusionistas de la teoría de la modernización; a partir de 1970⁶ inició una etapa crítica de ese paradigma, que plasmó en su propia tesis doctoral: “se convierte en una de las principales referencias mundiales en la censura al *desarrollismo* y en la propuesta de un nuevo modelo participativo. Es también entonces cuando escribe sus trabajos más relevantes y se implica en el ámbito de las políticas de comunicación y la crítica a la dependencia epistemológica y cultural de Latinoamérica” (Barranquero, en Beltrán, 2014: 24). Podría afirmarse que así como Mattelart, en su condición de *traductor* y *pasador cultural* (Zarowzky, 2011) facilitó el diálogo de la experiencia latinoamericana con ámbitos intelectuales europeos, Beltrán hizo lo propio con Estados Unidos, donde fue profesor invitado de varias universidades prestigiosas. Y se destacó por su intervención en organismos internacionales⁷.

Aquel grupo de consultores se reunió entre abril de 1971 y octubre de 1973, y contribuyó a la elaboración de directrices e indicadores para la “evaluación económica y planificación de los sistemas de comunicación nacional”, con la hipótesis central de que ningún país debía descuidar sus sistemas de comunicación (Lee, 1976: 31, 51). A su vez, la UNESCO convocó en 1972 en París a la Primera Reunión de Expertos sobre Políticas y Planeamiento de la Comunicación, con la participación de especialistas de 20 países. Así confirmaba que la comunicación se había convertido en un asunto central y buscaba avanzar en definiciones significativas. A la distancia se puede afirmar que estas llegarían en julio de 1974, con la segunda reunión de expertos⁸, cuya

5. Nos referimos a las teorías que buscaron vincular comunicación y modernización desarrolladas por Lerner (1958), Rogers (1962), Schramm (1963, 1964), Pye (1963), Sola Pool (1963), Frey (1966), entre otros. Como escribió Jeremy Tunstall: “En los años sesenta, Daniel Lerner, Ithiel de Sola Pool y Wilbur Schramm se convirtieron en una especie de circo ambulante (...) [A]sesorando primero a un gobierno en Asia para pasar a una agencia federal en los Estados Unidos. Lerner fue el líder intelectual del circo, Ithiel de Sola Pool, uno de los charlatanes académicos más vehementes y más anticomunistas, fue el comisario. El tercer miembro era Schramm, que fue un auténtico representante comercial, instalado en Stanford. Schramm, en los años sesenta, llegó a ser considerado el experto favorito de la UNESCO en materia de medios de comunicación de masas” (citado en Mattelart, 1996: 217).

6. Previo a su tesis doctoral, en 1970 escribe sus “Apuntes para un diagnóstico de la incomunicación social en América Latina: la persuasión en favor del *statu quo*”, donde analiza críticamente los sistemas públicos y privados de comunicación latinoamericanos, advirtiendo sobre los procesos de concentración económicos y la ausencia de políticas de comunicación y un sistema público de medios.

7. Desarrolló tareas de consultoría y capacitación en la Agencia Internacional para el Desarrollo (AID), el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), el Banco Mundial (BM), la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO), el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) y, como ya vimos, la UNESCO, donde durante muchos años (1984-1991) será consejero regional para América Latina. También colaboró en la fundación de las principales instituciones latinoamericanas de investigación en comunicación (CIESPAL, FELA-FACS y ALAIC) y participó en organizaciones mundiales (AIIC, ICC, IAMCR-AIERI).

8. Según los documentos consultados, hubo un ligero cambio de nombre respecto del encuentro

realización en Bogotá implicó un reconocimiento del lugar que América Latina había adquirido en estos debates.

Con los planteos realizados en París como punto de partida y recogiendo las inquietudes planteadas por los gobiernos populares latinoamericanos, la reunión se organizó a partir de un documento de debate preparado por Beltrán (que trabajó como asesor del organizador del encuentro, John Willings) sobre el que volveré más adelante⁹. En ese ámbito se acordó la convocatoria, para el año siguiente, de la Primera Conferencia Inter-gubernamental sobre Políticas y Comunicaciones en América Latina y el Caribe. Estos planteos despertaron la oposición del gobierno norteamericano y de organizaciones que nuclean a empresas privadas de medios, en especial la Sociedad Interamericana de la Prensa (SIP) y la Asociación Internacional de la Radiodifusión (AIR), que acusaron de fascistas, comunistas o totalitarios a los expertos y boicotearon cada encuentro convocado a partir de entonces.

A fines de 1974, la 18ª Conferencia General de la UNESCO ratificó a la “comunicación entre las personas” y el “intercambio de información” como uno de las cuatro problemas a los que debería abocarse el programa sexenal que se elaboraba para el organismo. También se encomendó al Director General el estudio de “las modalidades y posibilidades de una *activa participación* en el proceso de la comunicación y a analizar el derecho a la comunicación” e informar medidas que hubiera que adoptar (citado en Lee, 1976: 63. Las cursivas son mías). Otra novedad de 1974 fue la designación del senegalés Amadou-Mahtar M’Bow como director del organismo.

En 1975 el *lobby* de los sectores dominantes se acrecentó. La conferencia sobre políticas prevista tuvo que postergarse por falta de sede: originalmente iba a realizarse en Buenos Aires, luego fue anunciada en Lima y finalmente en Quito, pero Ecuador retiró su ofrecimiento. Se realizó en Costa Rica un año más tarde -del 12 al 21 de julio de 1976- y con fuertes condicionamientos. El Informe producido en 1974 desapareció de los materiales preparatorios. También fueron eliminados otros dos, sucesivamente: uno de FLACSO sobre las transnacionales y otro elaborado por el investigador uruguayo Roque Faraone, atacado por la AIR (Capriles, en Eldredge, 1979: 110). Además fue desplazado John Willings, que coordinaba el proceso desde 1972. Y Beltrán, que había sido el artífice conceptual de la reunión de expertos previa, no fue invitado (Exeni, 1998: 11). Con todo, la Conferencia tenía gran importancia para la UNESCO y los especialistas en el tema.



La existencia de un derecho específico a la comunicación, que como veremos estará en debate durante toda la década, fue planteada primeramente por el francés Jean d’Arcy en 1969: “llegará el día en que la Declaración Universal de los Derechos Humanos tendrá que abarcar un derecho más amplio que el derecho del hombre a la información, inicialmente planeado (en 1948) en el artículo 19. Este es el derecho que tiene cada hombre a comunicarse” (citado en Beltrán, 2014: 280).



Fue el primer africano en dirigir una organización de Naciones Unidas. Ocupó el cargo durante dos gestiones (hasta 1987). Fue criticado por la tendencia “anti norteamericana” de su gestión.

anterior: “Reunión de Expertos sobre la Planificación y las Políticas de Comunicación en América Latina” y no se la adjetivó como “segunda”.

9. El texto original tiene 23 páginas y se titula “Las políticas nacionales de comunicación en América Latina” (Unesco.Com.74/Conf.617/2). Citaré aquí dicha versión reproducida en Beltrán, 2014.

191



Con menos entusiasmo, Colombia apoyó algunas de las proposiciones de la Conferencia Costa Rica (Capriles, en Eldredge, 1979: 102). Por otra parte, en estos años presentaría una propuesta sobre soberanía sobre el espacio exterior en la órbita ecuatorial, considerado en 1982 por Beltrán como “el más original planteamiento de una política parcial de comunicación”, “aún más audaz que el de las 200 millas de jurisdicción marítima” (Anzola, 1982).



A mediados de la década esa elección estaba justificada. Al inicio de su primer gobierno (1974-1979), Pérez creó una Comisión Nacional de Cultura (CONAC) a la que encomendó el diseño de políticas de producción, difusión y conservación culturales. Una de las siete subcomisiones de trabajo (integrada por representantes del sector público y privado, investigadores, asesores extranjeros, la Iglesia y el Ejército) analizó la situación de radio y la televisión, y elevó el *Informe RATELVE* (Radio-Televisión Venezolana). En él se realizaba un diagnóstico y una propuesta organizativa de un sistema mixto, que “fue arrinconado por la increíble arremetida de los medios (especialmente audiovisuales) y la publicidad” (Agudo Freitas, en VV.AA., 1981: 631), similar a la que sufrieron a nivel internacional las iniciativas de la UNESCO en estos años. Las distintas propuestas de la CONAC -una ley de publicidad, un impuesto aplicable a esa actividad, el propio proyecto RATELVE- “fueron pospuestas, eliminadas o modificadas totalmente” (Capriles, en Eldredge, 1979: 108). Finalmente, en diciembre de 1976, Pérez anunció la ampliación de las licencias de los medios privados y accedió a aprobar un reglamento del sector redactado por los empresarios (117).

Y en la nueva geopolítica de América Latina, su sola realización no era un dato menor. Ya sin Allende en Chile, Velasco Alvarado en Perú o el peronismo en Argentina, el principal sostén gubernamental para estos debates fueron otros países, preocupados por el tema pero más moderados -especialmente Costa Rica, Venezuela y México, en ocasiones Colombia-. En la segunda mitad de los setenta, a la hora de citar a algún dirigente político, el venezolano Carlos Andrés Pérez era el preferido. Se produjo una suerte de *socialdemocratización* del debate originado en contextos donde primaba el discurso de la revolución y la liberación nacional. Los países mencionados eran, de hecho, los únicos cuatro sudamericanos y centroamericanos donde persistían reglas de la democracia formal -no obstante, ellos mismos recurrieron a mecanismos represivos-. También demostraron algún interés por estas proposiciones tres gobiernos militares, los de Perú -ya con el más moderado Morales Bermúdez-, Ecuador y Honduras, aunque no concretaron medidas y tarde o temprano cedieron a las presiones del sector privado.

La Conferencia tuvo la participación de más de 20 países de la región, aunque con representaciones devaluadas: sólo Venezuela -que lideró las propuestas de cambio a través de Guido Grosscors-, Costa Rica -país anfitrión-, Honduras y Ecuador enviaron a sus ministros¹⁰. En otros casos asistieron viceministros o jefes de los servicios de información. Y algunos, como hizo la dictadura argentina, apenas acreditaron a sus embajadores en Costa Rica (Beltrán, 2014: 319).

Como detallan Eliana Maffulo y Santiago Stura (2013), el encuentro se organizó en dos comisiones, en una de las cuales debatieron los alcances del emergente *derecho a la comunicación* “ya que algunos integrantes entendían que dicho derecho debía ser más amplio que la libertad de expresión, incluyendo justamente el acceso y la participación” (40). En ese marco se hablaba de desmitificar los medios “mediante actividades experimentales de comunicación alternativa” en comunidades locales y de una “ampliación de la participación” que “reemplace el monólogo de pocos por el diálogo de muchos, merced a la transformación de la comunicación vertical en comunicación circular. Este sistema permitiría conjugar a emisores y receptores mediante mecanismos de retroalimentación” (citado en Maffulo y Stura, 2013: 41).

La “mala sincronización” (Fox, 1989: 21) entre este encuentro y el proceso político que lo había promovido fue evidente. La revista *Crisis*, tan emblemática de la Argentina del 73, publicó en tapa de su número 40, como “primicia mundial”, los documentos básicos de esa conferencia que era “objeto de una campaña sistemática de deformación y silencio que han impulsado los intereses que monopolizan la opinión pública en este continen-

10. Capriles agrega que “sólo las delegaciones de Costa Rica y Venezuela reunían un equipo numeroso de asesores y miembros de alto nivel como para participar en todas las reuniones de trabajo” (en Eldredge, 1979: 114).

te". Fue el último número de la revista, cuyo staff sufrió fuertemente la represión de la dictadura. Argentina ni siquiera firmó la Declaración que planteaba la importancia de la planificación de la comunicación y la necesidad de reglas para el sistema público y privado de información (Exeni, 1998).

Con todo, la *Declaración de San José*, que incluyó unas 30 recomendaciones, llegó "a constituir una suerte de credo oficial de la comunicación alternativa para la construcción democrática" (Beltrán, 2014: 398). La recomendación N° 2 hablaba de "garantizar el acceso y la participación de los sectores comunales en el proceso de comunicación". Otra encargaba a la UNESCO "la realización de reuniones de juristas profesionales y científicos de la comunicación, tendientes a lograr una definición jurídica y la estructuración de los principios del derecho a la comunicación". En el llamado a que los gobiernos formulen -con la participación de los sectores interesados- sus propias políticas se sugería "fomentar la utilización de los medios de comunicación con fines educativos".

La confrontación permanente de la AIR y la complicidad de varias delegaciones nacionales con la postura empresarial hizo que el resultado general de la Conferencia latinoamericana tuviera mucha menos potencia que la imaginable en 1974. Muchas recomendaciones estuvieron licuadas por generalizaciones, términos moderados y medidas paliativas. Luego, por las presiones, ni siquiera el puñado de países interesados en avanzar en algunos cambios propuestos pudieron llevar adelante sus políticas. La creación de una Agencia Latinoamericana y Caribeña de Noticias, una de las recomendaciones de la Conferencia (N° 16), se daría recién en 1979 y en forma limitada con la formación de la Asociación de Sistemas Informativos Nacionales (ASIN).

La toma de conciencia de los no alineados, la reunión de expertos de 1974, la Declaración de Colombo y la Conferencia realizada en Costa Rica, fueron todos pasos previos a la 19ª Conferencia General de la UNESCO realizada en noviembre de 1976 en Nairobi, una de las más conflictivas de la historia del organismo, en la que se plasmó abiertamente la necesidad de un "nuevo orden informativo internacional" y se adoptaron varias medidas para avanzar en ese plano.

Así, en octubre de 1977 la UNESCO promovió en Belgrado (Yugoslavia) una *Reunión sobre la autogestión, el acceso y la participación en materia de comunicación*, en cumplimiento con una resolución de la conferencia realizada el año anterior, que dio un tratamiento concreto a esos términos que se volvían claves para la agenda de democratización de la comunicación. Como sostienen Maffulo y Stura, "la cristalización de los términos de Acceso y Participación (...) alcanza su grado máximo en la Reunión de Belgrado: se constituyen específicamente como indicadores y son detallados en todas sus dimensiones, agre-

192



El caso de Honduras es significativo. Desde 1972 regía en el país un gobierno militar nacionalista que encaró reformas estructurales en el ámbito agrario. En abril de 1975 Oswaldo López Arellano fue desplazado por Juan Alberto Melgar. Una de sus primeras medidas fue crear el Ministerio de Cultura, Turismo e Información, que si bien no fue proyectado con un fin regulatorio, se interesó por estos debates políticos con la gestión su titular, el abogado y militar Efraín Lizandro González Muñoz (Reyes Bacca, en VV.AA. 1981: 415-416). En la Conferencia de 1976, Honduras se destacó como uno de los países más interesados en desarrollar políticas regulatorias y solicitó el apoyo de la UNESCO. Pero las presiones de los medios privados, durante un año y medio, horadaron la voluntad del gobierno. En enero de 1978 el ministro fue desplazado y los estudios de la UNESCO quedaron en el olvido.



La iniciativa de su creación fue del gobierno de Venezuela, en consulta con otros países miembros del acuerdo de Cartagena (Pasquini, 1981b). ASIN reunió, en sus mejores tiempos, a Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia, Costa Rica, República Dominicana, Panamá, Jamaica, Surinam, México, Nicaragua y Guyana. Operó técnicamente desde la agencia Inter Press Service (IPS) con sede en Costa Rica (Aharonian, 2007: 150). Realizaba un boletín diario basado en el intercambio de información entre agencias nacionales y servicios estatales de noticias. También en 1979, meses después, la FELAP aprobó la creación de una Agencia Latinoamericana de Servicios Especiales (ALASEI).



Periodista, jurista y político que fue miembro fundador de Amnistía Internacional y era Presidente de la Oficina Internacional de la Paz. En un mundo bipolar, tenía el raro privilegio de haber recibido tanto el Premio Nobel como el Premio Lenin de la Paz.



Fundada en 1967 por Sven Hamrell, quien la dirigió durante casi 30 años. La fundación toma el nombre de quien fuera Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) entre abril de 1953 y el 18 de septiembre de 1961, fallecido en un accidente dudoso. Dag Hammarskjöld era una de las entidades que propiciaba la idea de “otro desarrollo”. Las líneas fundamentales de esta idea se plantearon en un informe titulado *Qué hacer: otro desarrollo*, presentado ante Naciones Unidas y bastante referenciado en la época, del que Somavía fue coautor. En septiembre de 1975 la Fundación organizó un Foro de Periodistas del Tercer Mundo en ocasión de una sesión extraordinaria de la Asamblea de Naciones Unidas.

gándose la Autogestión como instancia suprema del ejercicio de participación” (2013: 54). El documento de trabajo definía la autogestión como la “forma más adelantada de participación. En este caso, el público ejerce la facultad de adoptar decisiones en las propias empresas de comunicación y participa también plenamente en la formulación de políticas y planes de comunicación” (citado en 49). Más allá de la evidente influencia del proceso yugoslavo sobre esa agenda de trabajo, vale notar que el informe mencionaba experiencias como la de Radio Sutatenza en Colombia y Radio Tabacundo en Ecuador.

Otra resolución de la Conferencia de 1976, quizás la de mayor trascendencia, fue la formación de una Comisión Internacional a la que se le encargó “que procediera a un examen general de los problemas relativos a la comunicación en la sociedad contemporánea” (MacBride *et al.*, 1980: 9), presidida por el irlandés Seán MacBride, cuyo apellido terminó identificando a la comisión y al resultado de su trabajo. Se trataba de un grupo de 16 personas de distintos orígenes y perfiles¹¹, de los cuales dos eran latinoamericanos: el escritor Gabriel García Márquez y el economista Juan Somavía, que había sido el representante de Chile en el Pacto Andino en tiempos de la Unidad Popular, cuando emergieron estas temáticas. Además la comisión contó con seis consultores, uno de los cuales era el chileno Fernando Reyes Matta, que trabajaba junto a Somavía en un instituto fundado en el exilio mexicano al que nos dedicaremos en el capítulo 8.

La comisión inició su trabajo en diciembre de 1977 y finalizó en noviembre de 1979. Tuvo ocho reuniones presenciales, la mitad en la sede de la UNESCO en París y las otras en Suecia (abril de 1978), Yugoslavia (enero de 1979), la India (marzo de 1979) y México (junio de 1979), cuatro referencias que mapean los principales apoyos al trabajo de la comisión, lógicamente provenientes de los países “no alineados”. De Suecia era la fundación Dag Hammarskjöld, que apoyaría varias de las actividades de los sudamericanos exiliados en México.

Además de sus reuniones, la comisión consultó más de un centenar de documentos¹² presentados por especialistas, muchos de ellos a requerimientos de la Comisión. Así, por ejemplo, el francés Jean d’Arcy elevó un trabajo sobre “El derecho a comunicar”, uno de los temas con mayores discrepancias en el informe de la Comisión. Entre los aportes latinoamericanos se destacan tres fuentes¹³: el Instituto de Investigaciones de la Co-

11. Sus integrantes fueron: Seán MacBride, Elie Abel, Hubert Deuve-Méry, Elebe Ma Ekonzo, Gabriel García Márquez, Sergei Losev, Mochtar Lubis, Mustapha Masmoudi, Michio Nagai, Fred Isaac Akporuaro Omu, Bogdan Osolnik, Gamal El Oteifi, Johannes Pieter Pronk, Juan Somavía, Boobli George Verghese y Betty Zimmerman.

12. En el informe final se listan esos documentos (MacBride *et al.*, 1980: 495-502). Allí figuran 100 números, pero en algunos casos bajo un mismo número de archivo hay más de un aporte.

13. Un caso extraño, no incluido en estas referencias, es el aporte del argentino Armando Cocca, que figura en el orden 37/38, que contiene cuatro documentos sobre “el derecho del hombre a comunicar”. Se trata de un abogado de origen cordobés, especializado en derecho espacial, al que dedicó su tesis en la Universidad de Buenos Aires en 1953. En 1947 fundó un Instituto

municación de la Universidad Central de Venezuela (ININCO), el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET)¹⁴ y el ya mencionado Beltrán, que elaboró para la comisión un texto emblemático: “Adiós a Aristóteles: La comunicación horizontal”, sobre el que volveremos más adelante¹⁵. Dos documentos (67 y 68 según las referencias de la Comisión) referían explícitamente a “experiencias alternativas”: uno, escrito por Giuseppe Richeri, sobre las estaciones locales de radio-televisión en Italia; el otro estaba dedicado a prácticas desarrolladas en América Latina y estaba escrito por Reyes Matta.

Como producto de su trabajo, la *Comisión MacBride* elaboró primero un Informe Provisional, que fue enviado a unos 7 mil destinatarios y presentado en 1978 a la 20ª Conferencia General de la UNESCO -que lo aprobó con algunas reservas-, y finalmente elevó su Informe Definitivo al director general en febrero de 1980 (MacBride *et al.*, 1980: 495). Este se difundió al público general con el título *Un solo mundo voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. La edición en español la hizo Fondo de Cultura Económica, la editorial estatal mexicana.

El informe, que luego analizaremos en detalle, tiene las características de un *documento negociado*, producto de la búsqueda de consensos difíciles de arribar. En el prólogo, Seán MacBride sugiere a los lectores tener “presente la gran diversidad de corrientes lingüísticas, culturales y filosóficas entrelazadas en este amplio mosaico sobre la comunicación”; y cuenta su experiencia personal: “Cuando nos presentaron el proyecto definitivo del informe, para su aprobación, sentí un vivo deseo de volver a redactarlo desde el principio y hasta el final, y estoy seguro de que todos mis colegas y los miembros de la Secretaría tuvieron ese mismo impulso” (MacBride *et al.*, 1980: 12)

La propia edición incluye, en notas al pie, algunas de las divergencias entre los dieciseis miembros de la comisión. Por ejemplo, en el capítulo 12 -en el que nos detendremos más adelante- se mencionan “ideas actuales que llevan al reconocimiento de nuevos derechos humanos” (300), entre ellos el “derecho a la comunicación” (o derecho a comunicar; es decir, uno que



Fundado por Antonio Pasquali en abril de 1974 sobre la base de un viejo instituto de prensa, fue un centro pionero de la investigación en comunicación en América Latina. A este instituto pertenecían Oswaldo Capriles -autor del documento 27bis, “Sobre legislación relativa a la comunicación en América Latina”- y Luis Aníbal Gómez -documento 55 sobre “Desequilibrio en materia de comunicación – América Latina y Caribe”. Gómez dirigía el ININCO desde 1978 -cuando Pasquali pasó a trabajar, precisamente, en la UNESCO- y fue el primer presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación. Capriles lo sucedió al frente del instituto en 1980, el año que empezó a publicarse la *Revista ININCO*, que tuvo cuatro ediciones. Como bien analiza Fuentes Navarro (1991: 181), más de la mitad del contenido publicado en ella tuvo que ver con la comunicación alternativa, con varias notas de Capriles y otras de Mario Kaplún, Margarita Graziano, José Martínez Terrero y Alfredo Chacón, entre otros.



Este término es utilizado por García Márquez y Somavía en una suerte de posfacio que algunos miembros de la Comisión agregaron al libro, y que los latinoamericanos escribieron en conjunto: “se trata más de un documento negociado que de un texto universitario. Esto pone de manifiesto su valor político y práctico, en la medida en que es el fiel reflejo de ciertas zonas de comprensión mutua en las cuales sería posible formular unas políticas concretas y prever una acción a cargo de un gran número de actores sociales en diferentes contextos nacionales e internacionales” (MacBride *et al.*, 1980: 476. El destacado es mío). En un texto publicado tiempo después, Somavía insistía con esta caracterización: “las negociaciones que conducen al consenso no necesariamente generan el mejor conocimiento científico de los problemas” (VV.AA., 1982a: 105).

Argentino de Derecho Aeronáutico y Radioeléctrico. En 1957 publicó el libro *Teoría del derecho Interplanetario*. Participó de cursos, premios eventos internacionales sobre derechos del espacio y telecomunicaciones. Desde 1965 estuvo vinculado a la UNESCO y asesoró también a Naciones Unidas y la UIT, impulsando el concepto de Res Communis en los tratados vinculados al espacio exterior. Creó el concepto jurídico “Patrimonio Común de la Humanidad”, presentado por primera vez en las Naciones Unidas en junio de 1967, en una comisión que abordaba el Tratado del Espacio, en la que participaba con representante argentino. Entre 1969 y 1971 presidió la primera “corte espacial”: los Tribunales Internacionales del INTELSAT, en Washington. En 1983 publicó el libro *El Derecho a Comunicarse*.

14. Profundizaremos sobre esta experiencia en el capítulo 8. Entre los aportes archivados por la comisión figuran uno sobre experiencias alternativas de comunicación en América Latina (documento 68, Fernando Reyes Matta) y otro sobre democratización de la comunicación (documento 69, Juan Somavía).

15. Beltrán colaboró además en la redacción de un documento muy crítico que el ministro de Información de Túnez de aquel entonces, Mustapha Masmoudi (Barranquero, en Beltrán, 2014: 36), que también aparece entre las referencias del Informe MacBride. Masmoudi era uno de los miembros africanos de la Comisión, junto a Elebe Ma Ekonzo (Zaire) y Fred Isaac Akporuaro Omu (Nigeria).

“rebasar el derecho a recibir comunicación o a ser informado”), aparece una nota al pie con el comentario del representante de la Unión Soviética, Sergei Losev:

“El derecho a la comunicación no es un derecho internacional reconocido, ni en el plano nacional, ni en el internacional. Por consiguiente, no debería ser examinado tan ampliamente ni abordado de este modo en nuestro informe” (MacBride et al., 1980: 300)

Otras disidencias fueron planteadas por la norteamericana Elie Abel, profesora de la Universidad de Stanford. Por ejemplo, cuando se sugería modificar el peso de la publicidad en el financiamiento de los medios, escribió: “La Comisión no ha dispuesto en ningún momento de pruebas que corroboren la idea de que las consideraciones comerciales ejercen necesariamente un efecto negativo sobre las corrientes de comunicación” (443).

Así, es evidente que la comisión surfeó entre disidencias y voces múltiples, buscando algunas posiciones conciliatorias. Eso explica que el Informe fuera aprobado en la Conferencia en 1980, aunque la UNESCO seguiría atravesada por las tensiones que generaba la idea de un Nuevo Orden, definida con una vaguedad que podía habilitar programas clásicos de asistencia financiera e inyección tecnológica, o políticas de organización y participación popular¹⁶.

La UNESCO no salió ilesa de esas contradicciones. Tras el informe, las presiones siguieron: en mayo de 1981, convocadas por el World Press Freedom Committee, unas 60 empresas y entidades del sistema transnacional lanzaron la “Declaración de Talloires” objetando la intención -adjudicada tanto al bloque soviético como a los países terceristas- de dar a la UNESCO una autoridad regulatoria sobre el sistema informativo mundial. El 31 de diciembre de 1984 Estados Unidos decidió retirarse del organismo y fue seguido por el Reino Unido en 1985, durante los gobiernos de Reagan y Thatcher. De ahí en más, la estrategia de las potencias occidentales fue conducir los temas comunicacionales hacia el marco de la International Telecommunication Union (ITU).

En ese escenario la UNESCO, más allá de la aprobación de Informe, no avanzó en la implementación de sus recomendaciones, de las cuales sólo eran recogidas las referidas a temas de desarrollo e identidad cultural, mientras que desaparecieron de la agenda los planteos más vinculados a las ideas de democratización, acceso, participación y derecho a la comunicación (Carlsson, 2003).

El Informe MacBride conserva valor como documento oficial



Un asistente a la Conferencia de Belgrado fue Nicolás Casullo, como observador del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET). En un texto posterior consideró que las más de cien intervenciones escuchadas contenían básicamente tres posiciones: las tesis liberales de las potencias capitalistas, posiciones terceristas forjadas en situaciones poscoloniales y la “manifiesta desconsideración sobre el tema por parte de los representantes del bloque europeo socialista, para quienes la cuestión de una real democracia comunicacional no forma parte de su agenda” (Casullo, 1985: 20). Poco después de aquella reunión, “la lucha democratizadora del pueblo polaco, y la importancia que le concedió Solidaridad al tema de la democratización de las comunicaciones, iba a explicar mejor que nadie el por qué de esa postura de los países socialistas” (20). Casullo se interesó particularmente por la lucha del pueblo polaco, sobre la que escribió en la revista *Comunicación y Cultura*.

16. En esta segunda dirección, en el prólogo de una compilación publicada en 1983, Mattelart recuperaba el discurso en aquella del Ministro de Información de Mozambique, José-Luis Cabaco: “Para nosotros, el nuevo orden internacional de la comunicación comienza en las poblaciones” (las poblaciones comunales son la célula fundamental de organización del mundo campesino)” (A. Mattelart, 2011: 88).

de un organismo internacional que reconoció la importancia de la comunicación y señaló una agenda de trabajo preocupada por los desequilibrios. Una agenda que, licuada o desaparecida en la UNESCO, intentarían recuperar -como veremos más adelante- otras organizaciones internacionales como CIESPAL o UNDA-AL.

A continuación, profundizaremos el análisis de tres materiales mencionados en este racconto de hitos institucionales de la UNESCO: el documento de la reunión de expertos de 1974 que buscó sentar las bases para pensar “políticas nacionales de comunicación”, el artículo “Adiós a Aristóteles” donde Beltrán recuperó la noción de *comunicación horizontal* otrora planteada por Frank Gerace (capítulo 2) y el propio Informe MacBride, en el que veremos cómo aparecen las nociones de “comunicación de sustitución” y “contrainformación”.

6.2. Beltrán: del documento de Bogotá al “Adiós a Aristóteles”

El tratado que elaboró como insumo para la reunión de Bogotá de 1974 es sin duda uno de los textos más importantes de Beltrán y el que lo consagró como “creador” de la noción de *Políticas Nacionales de Comunicación* (PNC). Si bien como ya vimos la cuestión de las *políticas* venía planteándose en el propio ámbito de la UNESCO desde principios de década, es aquí donde se arriba a una definición y se busca sistematizar sus alcances. La PNC se concibe como “conjunto *integrado, explícito y duradero* de políticas nacionales, organizadas en un conjunto coherente de principios de actuación y normas aplicables a los procesos o actividades de comunicación de un país” (Beltrán, 2014: 119). Tal definición supone un ideal, ya que frecuentemente las políticas son *parciales* (118) y lo planteado no existe “en casi ningún país del mundo, ni siquiera en los muy desarrollados” (119). Las políticas pueden implicar diferentes grados de *estimulación positiva* o *negativa*: fomentar, apoyar, recompensar; coartar, prohibir, sancionar. En esto incluye algunas evidentes -la asignación de frecuencias de televisión- pero también otras “menos visibles” como las que refieren a las lógicas de importación y la distribución del papel de diarios, por ejemplo. También se refiere a las telecomunicaciones (123).

El documento contiene múltiples ítems que abarcan la propiedad de los medios, la publicidad, las agencias internacionales de noticias, las relaciones de trabajo en los medios, la conciliación entre libertad de información y protección de la vida privada, etcétera.

Producido en 1974, hay lógicamente marcas que refieren al contexto latinoamericano que referimos en la primera parte de esta tesis. Así, por ejemplo, afirma que en la mayoría de los paí-

ses de la región “existe desde hace tiempo una fuerte tendencia a conceder a la inmensa mayoría de la población el acceso al poder económico, político y cultural”, siendo la ampliación de la participación social “un postulado evidente de la mayoría de los programas gubernamentales” (130)¹⁷. En ese sentido -plantea Beltrán- “la política de comunicación habrá de contener unas cláusulas en el sentido de que la comunicación deje de ser un privilegio más para la minoría y se convierta en un bien cultural del que todos puedan gozar” (130).

El documento llega a sugerir la formulación de una *Ley General de Comunicación* en cada país, del mismo modo que existen leyes orgánicas o generales de Educación, donde se esboza la política general para ese campo (138). Para ello, una propuesta central -que luego será tenida en cuenta, por ejemplo, en la fallida experiencia de Venezuela- es la necesidad de un Consejo Nacional de Política de Comunicación que funcione como un órgano autónomo y multisectoral, garante de las políticas de largo plazo.

Otro aspecto a destacar es que, en la amplitud de la referencia a “la comunicación”, el documento elaborado por Beltrán reconoce “dos grandes subsistemas: el subsistema interpersonal (de relación directa) y el impersonal (de masas)” (121). “En el subsistema impersonal, las emisoras de radio y los periódicos son los medios de comunicación más generalizados. En el subsistema interpersonal se están produciendo un sinnúmero de intercambios muy organizados como sin estructuras” (121). Así aparece la idea que elaborará para el documento requerido por la comisión internacional:

“Los partidarios de esta teoría [interacción social por medio de un intercambio equilibrado] insisten en que implica el predominio del *diálogo* sobre el monólogo, con objeto de llegar a una *comunicación horizontal*, basada en una distribución equitativa de las oportunidades para que todos puedan enviar, así como recibir, mensajes, y ser de ese modo influidos a la vez que influyentes” (129).

La idea de horizontalidad estuvo presente también en otro texto producido por Beltrán el mismo año, “Desarrollo rural y comunicación social: relaciones y estrategias”, donde condensó su crítica sobre el modelo tradicional de comunicación para el desarrollo. Sin rechazar la relación comunicación-desarrollo, plantea allí la “necesidad urgente de un nuevo modelo conceptual de desarrollo nacional” (p. 93) que represente “una concepción humanizada, democrática, estructural e integral del

17. La referencia es genérica *adrede* y no hace referencias puntuales. Más adelante, sí, el referir a experiencias de planificación de la comunicación, sostiene que “algunos organismos agrícolas de Argentina, Chile y Perú han podido establecer unos esbozos preliminares de planes de comunicación en apoyo de los planes de desarrollo del sector rural” (135). Sobre el mismo tema, en otro documento producido en 1974 Beltrán reconocía que si bien “no existen programas integrales anuales de comunicación al servicio del desarrollo rural”, “se han registrado intentos iniciales de formulación en Perú, Brasil, Chile, Colombia y Argentina”, entre los cuales el más elaborado el *Plan Nacional de Comunicación Agraria* del Ministerio de Agricultura de Perú, fechado en 1972, es decir durante el gobierno de Velasco Alvarado (Beltrán, 2014: 107).

desarrollo de una nación, con base en una visión respetuosa de la vida y el destino del hombre” (93). El interrogante clave de este artículo es ¿qué tipo de *comunicación* al servicio de qué clase de *desarrollo*? Beltrán sostiene que “al igual que en el caso del desarrollo, debemos estar, ante todo, en capacidad de construir un nuevo concepto de comunicación: un modelo humanizado, democrático, no mercantilista, ni elitista” (96). Y entre los “pocos componentes principales” de esa una definición señala que implica “una relación social horizontal, basada en un auténtico diálogo” que “niega la persuasión como principal aspiración de la transacción sociocultural” (96)

No hay referencias bibliográficas específicas, por ejemplo a Gerace o Freire, como sí encontraremos en el otro texto fundamental que destacamos en este apartado, producido en 1979 por encargo de la Comisión Internacional sobre Problemas de Comunicación¹⁸, donde la idea de ese *nuevo modelo de comunicación* dialógico, participativo, endógeno, “toma forma definitiva” (Barranquero, en Beltrán, 2014: 37).

“Adiós a Aristóteles”, de hecho, inicia con una cita de Freire, y articula múltiples aportes latinoamericanos realizados durante la década del 70: Gerace, Pasquali, Kaplún, Díaz Bordenave, Reyes Matta, Roncagliolo. El trabajo parte de la crítica al carácter mecanicista, vertical y persuasivo de paradigma desarrollado por autores como Lasswell, Schramm, Shannon y Weaver, en los que la *influencia* es una meta central, y propone un nuevo modelo que sostiene el derecho a comunicar y ensambla tres conceptos centrales: *acceso, diálogo y participación*.

En primera instancia, sitúa la lucha tercermundista por un “Nuevo Orden Internacional de la Información” articulado a un “Nuevo Orden Económico Internacional” y la resistencia de los países desarrollados. Identifica tres objetos principales de crítica, instrumentos clave de la dominación externa: las agencias internacionales de noticias, los exportadores de productos audiovisuales y los anunciadores transnacionales (270), pero asegura que en el fondo es la conceptualización misma la que está puesta en cuestión -por su estructura, su ideología, su financiación-.

El modelo de transmisión, comúnmente asociado al paradigma de Lasswell, es remitido históricamente a los planteos persuasivos del antiguo filósofo griego Aristóteles,

“quien vio a la ‘retórica’ compuesta en tres elementos, *el locutor, el discurso y el oyente*, y percibió su propósito como ‘la búsqueda de todos los medios posibles de persuasión’. Siglos más tarde, y habiendo muchas mentes más en el trabajo sobre el asunto, esta definición clásica parece perma-

➕ Según reconstruye la tesis de Alejandro Barranquero, Beltrán conoció la obra de Freire poco antes de presentar su tesis doctoral, donde incorporó un análisis preliminar de la experiencia del Movimiento de Educación de Base (MEB) y de aspectos comunicacionales de su método de concientización (Barranquero, 2008: 304).

➕ Beltrán retoma la idea de que el modelo de Lasswell deriva de la *Retórica* aristotélica de un trabajo del estadounidense Raymond Nixon (1963), a quien considera el primer científico de la comunicación. Es interesante observar que Augusto Boal -a quien ya nos referimos en el capítulo 2- hace una operación similar en su campo, al considerar al teatro de Aristóteles como “el teatro de la opresión: el mundo es conocido como algo perfecto o por perfeccionarse y todos sus valores se imponen en la platea; los espectadores delegan poderes pasivamente a los personajes para que estos actúen y piensen en su lugar”. Para Boal, Aristóteles era el teatro opresor y Brecht representaba “el de las vanguardias esclarecidas” (aquí no coincide con la recuperación que también se hará de Brecht desde la comunicación), mientras que el teatro del oprimido es “el teatro de liberación: el espectador no delega poderes para que piensen o actúen en su lugar. Se libera y piensa y actúa por sí mismo” (Boal, 1974a: 32).

18. La primera versión del texto, en inglés, “Farewell to Aristotle: ‘horizontal communication’” fue presentada a la comisión de la UNESCO en 1979. Al año siguiente se publicó, en el mismo idioma, en el número 5 de la revista *Communication*. La versión en español citada aquí, tomada de una gran compilación de la obra de Beltrán (2014), corresponde “Un adiós a Aristóteles: la comunicación horizontal”, en Universidad Católica Boliviana, Servicio de Investigaciones y Documentación de la Comunicación de la Carrera de Comunicación Social, La Paz, 1983.

necer, sin embargo, en las raíces de casi todas las conceptualizaciones vigentes (...) [L]a definición de Lasswell que es la más ampliamente aceptada en nuestra época, esencialmente llevó adelante la proposición de Aristóteles añadiéndole dos elementos. En tanto que Aristóteles había identificado *el quién, el qué y el a quién* de la comunicación, Lasswell refirió al esquema estipulando el *cómo* y haciendo explícito el *para qué...*” (Beltrán, [1979] 2014: 271-272)

La cibernética sumó el factor retroalimentación, pero hay un esquema perdurable (Fuente – Codificador – Mensaje – Canal – Decodificador – Receptor – Efecto). Así, la definición tradicional de comunicación, unilineal y mecánica,

“es aquella que la describe como el acto o proceso de transmisión de mensajes de fuentes a receptores a través del intercambio de símbolos (pertenecientes a códigos compartidos por ellos) por medio de canales transportadores de señales. En este paradigma clásico, el propósito principal de la comunicación es el intento del comunicador de afectar en una dirección dada el comportamiento del receptor; es decir, producir ciertos efectos sobre la manera de sentir, pensar y actuar del que recibe la comunicación o, en una palabra, persuasión” (275)

Es decir, la “retroalimentación” tiene que ver exclusivamente con asegurarse de que el mensaje se ajusta al receptor de tal manera cumpla con los requerimientos del comunicador (284).

Para Beltrán, cada investigación realizada entre 1950 y 1970 lleva la marca de este paradigma y, a su vez, no sólo la investigación: “la comunicación internacional constituye un ejemplo elocuente de cómo también al nivel de naciones la comunicación ocurre esencialmente en dirección unilineal de los países desarrollados a los subdesarrollados” (279), como han demostrado autores como Mattelart, Somavía y Reyes Matta.

Así, Beltrán repasa las objeciones realizadas a este modelo tradicional, tanto las emergidas en el propio Estados Unidos -especialmente la de Wright Mills y la autocrítica de Rogers- como las latinoamericanas. En la crítica al carácter antidemocrático de la “comunicación vertical” articula las lecturas de Antonio Pasquali, Paulo Freire y Frank Gerace, como así también aportes del norteamericano Richard Fagen -partícipe, como vimos, del proceso de la UP chilena-, el paraguayo Juan Díaz Bordenave, el brasileño Joao Bosco Pinto, y sus propios trabajos previos. La perspectiva Freire constituye un *hito* (286) para pensar la comunicación genuina entendida como *diálogo*:

“Así percibida, la comunicación no es una cuestión técnica que deba ser tratada en forma aséptica, aislada de la estructura económica, política y cultural de la sociedad. Es un asunto político mayormente determinado por esa estructura y, a su turno, contribuyente a la perpetuación de ella.

Por tanto, la búsqueda de una salida de tal situación se dirige al cambio de la comunicación vertical/antidemocrática hacia la comunicación horizontal/democrática. La búsqueda comenzó más que todo en la década presente en varios lugares mediante esfuerzos que variaban en su alcance y enfoque, pero coincidían en un propósito: *democratizar la comunicación tanto en el concepto como en la práctica* (290. El destacado es mío)

Una vez hecha esta formulación, el documento presentado a la Comisión MacBride repasa avances teóricos y prácticas que se dieron en distintos lugares del mundo, pero especialmente en América Latina¹⁹.

A nivel práctico, es interesante detenerse en el *mapa* de ejemplos ofrecidos: aparece la experiencia de Marita Mata en el Centro de Comunicación Popular de Villa el Salvador, en Perú y la de Mario Kaplún con el cassette-foro (sobre ambas, véase capítulo 7), como así también las radios mineras, a las que define como “el más antiguo ejercicio de esta forma de comunicación” con emisoras sindicales “autofinanciadas y autogestionarias” en las cuales los trabajadores “tomaron la palabra en nombre del pueblo veinte años antes de la aparición de proposiciones teóricas en tal sentido” (291). Beltrán reconoce que la UNESCO “patrocina estudios, bibliografías y publicaciones en este campo de tecnologías de la comunicación por ‘minimédios’ o ‘intermedios’” y destaca algunas reuniones recientes dedicadas exclusivamente a la temática. Una es la reunión sobre la autogestión, el acceso y la participación realizada en Yugoslavia en octubre de 1977, que ya mencionamos antes. Otra, el Primer Seminario Latinoamericano de Comunicación Participatoria, organizado por CIESPAL, que se realizó en noviembre de 1978 en Quito. Retoma dos documentos presentados allí: “Technology for Participatory Communication”, de Colin Fraser y “Cinco experiencias de comunicación participatoria”, de Frank Gerace. En las referencias bibliográficas también se recupera el *Primer Seminario Latinoamericano de Comunicación Cooperativa* realizado en Ganhuns en noviembre de 1978, donde presentó un trabajo el referente de Villa El Salvador (Perú), Miguel Azcueta.

A nivel teórico, además de las referencias ya mencionadas como la de Gerace, Beltrán cita un “valioso resumen analítico de las conceptualizaciones de ‘la comunicación como diálogo’” realizado por Richard Johannensen en 1971, recupera el esquema *emirec* de Cloutier y la perspectiva del lenguaje total de Gutiérrez (a la que aludimos en el capítulo 1), y finalmente destaca como la “proposición más reciente y metódica” el trabajo de Reyes Matta, “quien desarrolló en considerable detalle un



Probablemente la expresión *minimédios* o *micromédios* provenga del trabajo sociológico de Abraham Moles, *Sociodynamique de la culture*, publicado originalmente en París en 1967, lo que implica cierta influencia de esquemas cibernéticos que estaban en boga. En la extrapolación, el término fue alejándose del uso original. Para el investigador de Estraburgo, micromédios podían ser libros o revistas de tirada reducida, galerías de arte, conservatorios, archivos fotográficos; mientras que los medios de masas eran la prensa, la radio, la televisión, el cine, los “discos de éxitos”, las reproducciones de pintura e incluso “la enseñanza” (Moles, 1974: 100, 78). Moles buscaba caracterizar el circuito de comunicación de la producción científica o intelectual, que iba del creador al micromedio y del micromedio a los *mass media* y a través de ellos a las masas. Es decir, el ámbito *micro* no es caracterizado por lo dialógico sino por su condición de “culto” o “científico” (203). “El mundo de la *microcomunicación*” es creado y utilizado “por una capa restringida de la sociedad”, mientras que la “*difusión a gran escala*” aspira “la totalidad del campo social, y por lo tanto ser accesible” (99).

19. Primeramente, refiere a la experimentación con “tecnologías de comunicación horizontal”, una categoría definida por la hibridación: “Ellas son procedimientos de comunicación cara a cara, tales como la ‘concientización’ de Freire, combinaciones especiales de medios de comunicación de masas con técnicas de grupo o formatos de comunicación de grupo contruidos con base en modernos instrumentos audiovisuales” (p. 290-291)

macro-operativo ‘modelo de comunicación con participación social activa’” (292)²⁰.

En la definición de Beltrán,

“La comunicación es el proceso de interacción social democrática que se basa sobre el intercambio de símbolos por los cuales los seres humanos comparten voluntariamente sus experiencias bajo condiciones de *acceso libre e igualitario, diálogo y participación*.

Todos tienen el *derecho a comunicarse* con el fin de satisfacer sus necesidades de comunicación por medio del goce de los *recursos* de la comunicación” (293)

Los destacados son míos y señalan palabras clave que utiliza el autor para trazar “un modelo de comunicación horizontal”. El derecho a la comunicación “es el derecho natural de todo ser humano a emitir y recibir mensajes intermitentemente o al mismo tiempo” (293). “El acceso, el diálogo y la participación son los componentes clave del procesos sistemático de comunicación horizontal. Tienen relación e interdependencia” (295). Aquí es interesante visualizar como al *acceso* y la *participación*, que ya forman parte de la jerga de los organismos internacionales dedicados a la materia, se suma la dialoguicidad planteada por Freire, Pasquali y otros.

A su vez, volviendo sobre la reunión propiciada por la UNESCO en 1977, Beltrán resalta:

“La autogestión -ilustrada por la sobresaliente experiencia yugoslava con empresas de comunicación que no son ni privadas ni gubernamentales sino comunitarias- es considerada la más avanzada e integral forma de participación, puesto que permite a la ciudadanía decidir sobre políticas, planes y acciones” (296).

Todos estos planteos buscan superar al modelo de Aristóteles/Lasswell y constituir una alternativa a la que sugiere llamar modelo *horicom* (297), en busca de una conjunción de palabras al modo del *emirec* de Cloutier y el *foruco* de Kaplún. *Horicom* no significa otra cosa que *horizontal communication* (recordemos que el texto original está en inglés), el término que Beltrán retomaba del pequeño volumen publicado por Frank Gerace en Perú, a principios de la década (Barranquero, en Beltrán, 2014: 37).

En esa recuperación de una parte de la terminología de los primeros setenta, es interesante también detenerse en un párrafo de “Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en América Latina” (1976), otro artículo destacado donde desarrolla su visión crítica al desarrollismo y propone un modelo más dialógico, que fue recogido en una compilación realizada por Rogers (*Communication and development: critical perspectives*), a quien Beltrán reconoce

20. Esa idea fue desarrollada por Reyes Matta en un seminario realizado en Amsterdam en 1977 (ver capítulo 8),

como uno de los pocos norteamericanos abiertos a la crítica, que aceptó y estimuló las críticas conceptuales y metodológicas al modelo de difusión. En el texto en cuestión, plantea su expectativa de que surja “en el futuro próximo -cobijada por una sociología que no sea de ajuste y por una psicología de inconformismo- una *comunicología de la liberación* que debe ayudar a forjar la América Latina que la mayoría de sus 300 millones de seres humanos desean y merecen” (Beltrán, 2014: 233. El destacado es mío). Si bien la expresión no se reitera -sino hasta la compilación de 2014 que la recoge en su título- es interesante pensar la proyección de una matriz crítica que suponía sumar, a filosofía, teología, política y pedagogía de la liberación, también una comunicología de la liberación.

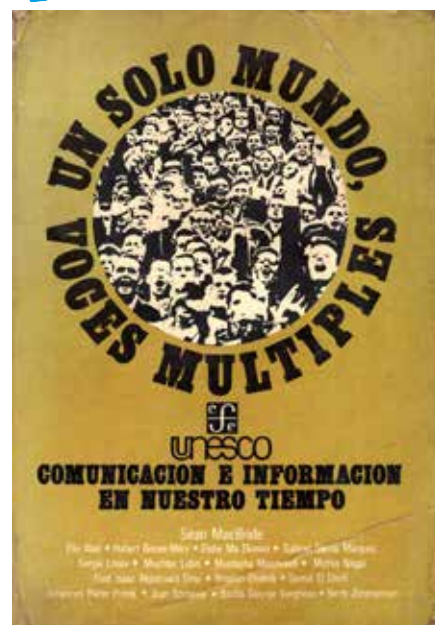
6.3. El informe MacBride y las comunicaciones de sustitución

“La comunicación puede ser tanto un instrumento de poder como un arma revolucionaria, un producto comercial o un medio de educación. Puede estar al servicio de causas de liberación o de opresión...” (MacBride et al., 1980: 431)

Aunque usualmente se lo recuerda -con razón- como parte del debate mundialmente impulsado por los países no alineados, las 508 páginas del Informe MacBride no están acotadas al problema del flujo desequilibrado de la información internacional. Recordemos que la Comisión tuvo la ambiciosa -e imposible- misión de tratar todos los problemas de comunicación contemporáneos y proponer soluciones. Se trataba de contribuir así a la búsqueda de un “nuevo orden mundial más justo y eficaz de la Información y la Comunicación”²¹.

El Informe consta de 22 capítulos además del prefacio, el prólogo y los apéndices. Está organizado en cinco partes: 1. Comunicación y sociedad (3 capítulos), 2. La comunicación hoy (6 capítulos), 3. Problemática: preocupaciones comunes (5 capítulos), 4. El marco institucional y profesional (6 capítulos) y 5. La comunicación, mañana (2 capítulos). El punto de partida es la caracterización de una sociedad mediatizada, donde “la comunicación es la base esencial de toda sociabilidad” (MacBride et al., 1980: 7). Dentro de ella, consideran, los medios podrían tener un rol positivo o bien ser puestos al servicio de intereses limitados (8).

La primera parte incluye un *racconto* histórico de las tecnolo-



21. Así se lo nombra en la segunda portada del Informe (edición en español), como una suerte de segundo subtítulo (o bien como en lo que en periodismo se llama “volanta”. Los impulsores del debate hablaban de un Nuevo Orden Internacional de la Información, NOII, sigla que aparece en muchos documentos de la época. Según Pavlic (en VV.AA., 1982a: 57) esa fórmula original, *internacional*, implicaba que “estos cambios debían desarrollarse a nivel de las relaciones bilaterales y multilaterales de las naciones”. Con el trabajo de la comisión la expresión viró hacia el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación -y NOMIC fue la abreviatura más utilizada-.

gías de la comunicación -que finalmente remite el inicio de la comunicación de masas, “cuando mucho” al siglo XIX- e intenta definir una serie de “funciones” de la comunicación (37), en un capítulo donde ya aparece la posible intervención regulatoria -frente a lo cual se plantea que “el debate mundial en curso sobre la comunicación no puede ser sino un debate político ya que las preocupaciones, objetivos y argumentos son ante todo de orden político” (53)

Del capítulo que trata estas cuestiones contemporáneas, cabe destacar la mención de la *comunicación de grupo*, más allá de la preeminencia de los medios masivos:

“...ciertos gobiernos no solamente permiten sino que además fomentan el desarrollo de la comunicación de grupo, otros medios de comunicación distintos, la función de los organismos locales, la participación de los usuarios, el acceso público a las fuentes de información, etc.” (49)

Esta referencia da pie a cuestionar la idea de una comunicación “descendente”, que cuando sigue esa única vía “reduce al simple ciudadano al estado de receptor pasivo...” (50).

“Resulta difícil duplicar la comunicación descendente con otra ascendente que dé el *acceso* a la palabra a quienes tienen algo que decir (aunque la evolución tecnológica puede abrir a este respecto nuevas posibilidades), pero se trata de también de una *exigencia de la democracia*, sobre todo porque el peligro del selectismo va unido al de una centralización uniformadora” (50. El destacado es mío²²)

Finalmente, el tercer capítulo aborda la dimensión internacional y pone de manifiesto los desequilibrios cuali y cuantitativos entre los países, que “confirmaron la idea de que la ‘libre circulación’ era en realidad una ‘corriente de sentido único’, y que había que dar una nueva forma al principio que la inspiraba, para garantizar una ‘circulación libre y equilibrada’” (74), aspecto central del pretendido Nuevo Orden. Se plantea también que el papel de las empresas transnacionales es uno de los temas centrales del debate sobre la comunicación internacional, remitiendo al informe presentado a la Asamblea de las Naciones Unidas por la Fundación Dag Hammarskjöld, del que como vimos Somavía era uno de los autores (77-78).

En la segunda parte, “La comunicación hoy”, aborda problemas como las infraestructuras de la comunicación y la documentación, los cambios tecnológicos (señalando la convergencia de tecnologías que constituye lo que en la época llaman, por influencia francesa, “telemática”), la concentración horizontal y vertical de la propiedad, la transnacionalización del sector, el rol que deberían tener los distintos “actores” de la comunica-

22. La idea de *acceso* aparece más de una vez en este segundo capítulo. “A riesgo de provocar vehementes protestas, cabe decir que uno de los criterios esenciales de la libertad de información reside en la pluralidad de las fuentes y en el libre acceso a las mismas” (MacBride et al., 1980: 51)

ción y las disparidades tecnológicas entre los países.

El primero de esos capítulos vuelve a recordar “la comunicación interpersonal”, que no debe ser excluida del examen “aunque no constituya una preocupación primordial, y ni siquiera esencial” del informe (93). Aparece así una nueva enumeración de lo que en otros trabajos de la época vimos denominado como *micromedios* (105). La Comisión plantea que “el interés por los medios de comunicación pequeños no es ajeno a los cambios actualmente en curso en las estrategias de desarrollo globales” (106) y señala algunas experiencias significativas²³, que ejemplifican las características de lo que ahora llama “medios de comunicación de grupo”: “todos ellos actúan con arreglo a un sistema de estímulo colectiva, definido con una base sociológica más que tecnológica” (108).

En tanto, en el capítulo VI -“Integración y diversificación” aparecen otras tres referencias, de distinto orden, que luego -o contemporáneamente- forman parte de los debates sobre la comunicación alternativa y popular. A escala internacional, se destacan las iniciativas de cooperación que dieron lugar a agencias de información regionales o subregionales, como el *pool* de los No Alineados o la agencia de prensa africana (PANA).

En segundo lugar, al dar cuenta del declive de los monopolios públicos de radiodifusión en Europa, se menciona el fenómeno diverso de las radios locales, impulsadas por factores múltiples y a veces contradictorios: “intereses comerciales, necesidades proclamadas de grupos geográficos o de colectividades; reivindicación de un acceso más amplio y de una participación en unas estructuras pluralistas de radiodifusión; activismo de grupos políticos y minoritarios, etcétera” (158).

Finalmente, al abordar el “empleo de técnicas modernas con fines educativos” hay una mención del caso de Radio Sutatenza en Colombia²⁴. Nótese que esta mención y la de las radios mineras aparece en este informe en lugares muy distintos, a diferencia de la tradición que se construirá a posteriori que nombra esas dos experiencias, casi exclusivamente, como las dos raíces de la radio popular.

Luego, interesa destacar algunos aspectos del capítulo VIII, “Interacciones”, anteúltimo de la segunda parte, que al puntualizar distintas prácticas y actores reconoce a “grupos formulan y proponen una alternativa” (MacBride et al., 1980: 203) y recoge la preocupación por la *comunicación horizontal* planteada en aportes como el de Beltrán:

23. Concretamente menciona diez países: Perú, México, Tanzania, Senegal, Filipinas, India, Botswana, Tailandia, China y Malí. Algunas de estas referencias son seguidas en notas al pie, otras no. El caso chino, por ejemplo, refiere al *dazibao* (MacBride et al., 1980: 107). Poco más adelante ponen como ejemplo a las radios de los sindicatos mineros de Bolivia (108).

24. A su vez, en el siguiente capítulo, dedicado a la concentración de la propiedad, se plantea: “En América Latina hay también algunas estaciones que dependen del Estado, así como emisiones religiosas y educativas que se suman a la amplia red comercial existente...” (MacBride et al., 1980: 183).

“Sería conveniente reconocer un cierto valor a los numerosos ejemplos de ‘comunicación distinta’, que actúa horizontalmente, y no verticalmente, y que permite al individuo desempeñar un papel activo en la comunicación. Los obstáculos son múltiples, pero la imaginación popular, en particular entre los jóvenes, e incluso entre los marginales, demuestra que la información escrita, la radio local, las películas de aficionados, la radio de aficionados, la televisión por cable e incluso las pequeñas computadoras, etcétera, pueden constituir otros tantos medios de expresión que se presten a iniciativas individuales” (200).

Más adelante, un subtítulo específico alude a “la participación de los grupos y asociaciones, que crean y controlan sus propios medios de comunicación social”, sobre los que detalla:

“...los grupos organizados como los partidos políticos y los sindicatos, las organizaciones o comunidades religiosas, las movimientos femeninos, las organizaciones juveniles y las asociaciones profesionales son instituciones de carácter permanente. Existen también en el plano local, en forma de asociaciones comunitarias, grupos de inquilinos, clubes de jóvenes e incluso ‘pandillas’, cuyas actividades no son siempre nocivas. Constituyen otros para alcanzar un objetivo dado, por ejemplo para realizar reformas, modificar la legislación en un sentido o en otro, proteger el medio ambiente o defender la propia libertad de comunicación...” (203)

Como los medios convencionales no les dan “ni el lugar ni el tiempo necesarios”, y a veces ni siquiera conceden libertad de palabra,

“dichos grupos acaban a veces por crear sus propios medios de expresión. Las organizaciones establecidas poseen normalmente revistas, o incluso una editorial propia. Los grupos de creación más reciente montan semanarios, difunden octavillas de casa en casa y organizan reuniones callejeras. En el decenio de 1960, el auge y la proliferación de la prensa ‘paralela’ en los países occidentales no solamente sirvieron para expresar nuevas actitudes e ideas sino además engendraron un estilo de periodismo cuya lozanía de tono, carácter directo y capacidad de reflejar la lengua hablada brillaba por su ausencia en la ‘gran’ prensa” (MacBride et al., 1980: 203-204)

La tercera parte avanza sobre las cuestiones más problemáticas, las dificultades, los desequilibrios y las preocupaciones de la agenda internacional. Su contenido es dispar. En el capítulo X, “Defectos de la circulación de la información” aborda algunas trabas a la libertad que coartan la información y de opinión, que van desde la censura y la represión a las “trabas económicas y sociales” como la formación de monopolios y las “infraestructuras inadecuadas”, entre otros (240-241). El capítulo XI aborda algunas de las “conmociones” provocadas por la moderniza-

En este capítulo, la comisión admite que “no todos los obstáculos que coartan la libre circulación de las noticias se deben a las autoridades públicas. Pueden surgir en sectores en los cuales haya monopolios privados, una concentración del control de los medios de comunicación social y conglomerados de empresas” (MacBride et al., 1980: 243). También señala el problema de la participación de “empresas financieras, comerciales e industriales” en la propiedad de los medios, ya que pueden obstaculizar la divulgación de noticias perjudiciales para sus actividades (MacBride et al., 1980: 214). En el mismo sentido alerta sobre la influencia de las agencias de publicidad.

ción (279) y respuestas que se han dado para atenderlas. El foco está puesto en el “contenido de la comunicación” y los riesgos de *invasión cultural*²⁵. A continuación viene el capítulo XII, “Democratización de la comunicación”, central para la agenda de temas que recuperamos aquí. Esta es entendida como un proceso en el cual “el individuo pasa a ser un elemento activo, y no un simple objeto de la comunicación”, donde “aumenta constantemente la variedad de mensajes intercambiados” y también se incrementan “el grado y la calidad de la representación social en la comunicación o de la participación” (289). Es decir que el acceso es sólo uno de los aspectos: la democratización “significa también unas posibilidades mayores -para las naciones, las fuerzas políticas, las comunidades culturales, las entidades económicas y los grupos sociales- de intercambiar informaciones en un mayor plano de igualdad, sin una dominación de los elementos más débiles y sin discriminaciones contra nadie” (302). Allí cobran relevancia las prácticas de comunicación alternativa, o “de sustitución”, como la veremos mencionada (302). También se propicia el desarrollo de un *derecho a la comunicación*, aspecto que como vimos despertaba algunas polémicas entre los miembros de la Comisión. El XII, “Imágenes del mundo”, trata sobre la posible colaboración de la prensa en la promoción de la paz y repasa el abordaje previo de la comunicación en declaraciones y tratados del sistema de Naciones Unidas. Finalmente, la tercera parte incluye un capítulo sobre los públicos, donde hace un repaso histórico de la noción de opinión pública.

En el primero de los capítulos mencionados, el repaso de las trabas a la libertad concluye que “la circulación de información no es ni libre ni equilibrada”, lo cual constituye “el fundamento de la actual reivindicación de un nuevo orden mundial de la comunicación” (248). La Comisión reconoce una “agitación creciente” para conseguir cambios: “Hay individuos, disidentes, reformadores, defensores de los consumidores, analistas profesionales de la comunicación, organizaciones de derechos cívicos, y hasta algunos de quienes controlan la dirección y las fuentes de información, que exigen nuevas estructuras y nuevos conceptos para modificar las actuales corrientes de información” (264).

Aunque no avanza en una propuesta concreta, el propio texto es proclive a poner en cuestión la mercantilización de la información y el entretenimiento porque

“no se trata de mercancías como las demás. La información es un bien inmaterial y un servicio de gran valor, que procede evaluar en términos sociales y culturales más que económicos. Hay que considerarlas como ‘bienes tutelares’ (esta expresión se aplica a los bienes -por ejemplo, la educación y los servicios sanitarios- que tienen tanta importancia para

25. Este término es remitido a Paulo Freire, quien lo utiliza en su libro *Pedagogía del oprimido*.

la sociedad y que su suministro no debe depender únicamente de las fuerzas del mercado). Además, la información es un servicio que tiene que existir antes de que puedan producirse e intercambiarse bienes en general. Tales consideraciones deberían servir de correctivo a la conversión de la información en un simple bien de consumo” (267-268).

La cuarta parte se acerca a una dimensión propositiva, al abordar el marco profesional e institucional. El primer capítulo está dedicado a las políticas nacionales y se asume que cada vez más son países que las adoptan, aunque pronto el texto negociado advierte que “el propio concepto de políticas de comunicación es objeto de controversias y polémicas” (349). Para la comisión, no es “posible ni deseable formular reglas universales” en estos temas, y “hay que continuar las investigaciones comparadas...” (360). Aunque como formulación general, plantea:

“Las políticas de comunicación y las estrategias de desarrollo, como instrumentos necesarios para la resolución de los grandes problemas de nuestro tiempo, deberían servir en primer término para que los medios de ‘información’ pasaran a ser medios de ‘comunicación’. Como la comunicación presupone el acceso, la participación y el intercambio, diferentes medios de comunicación social deberían desempeñar un papel en la democratización de la comunicación” (364)

A continuación se vuelve sobre la cuestión de las infraestructuras y las tecnologías, alentando a los países a fomentarlas pero desarrollando su capacidad endógena y atentos a “directrices de desarrollo” que respondan a sus necesidades. Los cuatro capítulos que siguen refieren a las responsabilidades de actores específicos, puntualmente los investigadores (capítulo XVII), los profesionales de la comunicación en general (XVIII) y los periodistas en particular (XIX). Para los primeros se intenta trazar una agenda de investigaciones, donde se incluyen temas como la propiedad de los medios, las estructuras, la organización, la participación y también “la creación –no inspirada por suposiciones sino por los resultados de investigaciones- de unas formas apropiadas y endógenas de comunicación” (388).

En el capítulo siguiente hay una preocupación significativa por la formación de los universidades y otros centros de enseñanza. También se expresa una preocupación por buscar “un equilibrio justo y fecundo entre la profesionalización y la democratización” (395). Le sigue otro sobre “Derechos y responsabilidades de los periodistas”, donde es recurrente la cuestión de las garantías y las protecciones especiales, que es la de mayor interés para el presidente de la Comisión²⁶. De este capítulo in-

26. Entre los documentos trabajados, presentó uno sobre “La protección de los periodistas”. A su vez, en ese capítulo es el propio MacBride quien expresa desacuerdos con el texto y dedica dos notas al pie a desarrollar el tema discutiendo algunas reservas o matices expresados por el documento.

teresa resaltar el interés puesto la autogestión, a la que como ya vimos la UNESCO le dedicó una reunión internacional en 1977. El informe cita como ejemplos los casos de Yugoslavia y Perú durante el gobierno de Velasco Alvarado, como situaciones en las que se proyectaron sistemas de autogestión que luego se extendieron a los medios de información y se buscó “la participación de los diferentes grupos sociales en la adopción de las decisiones” (412).

La síntesis del capítulo vuelve sobre este tema y ofrece una posición favorable, al plantear que la situación de los periodistas “puede mejorarse aún más mediante la participación en las actividades de comunicación, tanto de los periodistas como del público en general, gracias a diferentes sistemas de participación y de autogestión” (413).

La cuarta parte cierra con un capítulo dedicado a las normas de conducta profesional, más dedicado a la descripción retrospectiva de las codificaciones existentes desde 1920 que a una instancia propositiva, por falta de acuerdos entre los miembros de la Comisión.

Finalmente, la quinta parte del informe incluye algunas conclusiones y sugerencias (capítulo XXI) y también inventario de asuntos para “estudiar más a fondo” (XXII), basado en propuestas que fueron planteadas por algunos miembros pero no llegaron a ser discutidas o aprobadas por la comisión. Si bien hay recomendaciones en distintos planos, no hay un listado de exhaustivo y preciso de medidas a tomar. Las conclusiones insisten en que “la comunicación es tanto un derecho fundamental del individuo como un derecho colectivo, que procede garantizar a toda las comunidades y todas las naciones” (432); por lo tanto, ya no puede ser considerada “como un servicio accidental, cuyo desarrollo quede al azar” (434). Se sugiere priorizar la “comunicación con fines de enseñanza e información”, reducir el impacto de la publicidad en el sistema de medios, y buscar un reparto más equitativo del espectro eletromagnético y la órbita geoestacionaria, entre otros aspectos (439). También sugiere establecer medidas jurídicas eficaces para limitar la concentración y la monopolización (453)

En torno al fortalecimiento de las identidades culturales, se plantea:

29) Las políticas de comunicación y de cultura deberían facilitar el acceso a los medios de comunicación social, tanto de los creadores como de los diversos grupos que están en la base de la sociedad, para que puedan expresarse y hacer oír su voz. Procede estudiar las posibilidades de utilización innovadora del cine, la televisión o la radio por individuos de diferentes culturas” (442)

Y más adelante:

64) La creación de medios de comunicación apropiados, en



La cuestión de la ontología profesional había sido una preocupación central en esos años, planteada por el propio Director General de la UNESCO Amadou Mahtar M'Bow en la Conferencia General de 1976. En el libro *El desafío jurídico de la comunicación internacional*, que reflejaba un seminario realizado en Amsterdam en 1977 (ver capítulo 8), Cees Hamelink presentaba una multiplicidad de códigos de ética y normas que regulaban la actividad a partir de un análisis de 35 países. Indagaba si los principios éticos adoptados en los códigos profesionales nacionales podrían proveer una base para el debate sobre el desempeño profesional y la responsabilidad en el intercambio internacional de información” (en Eldredge, 1979: 146). Ya entonces existía un proyecto de Código Internacional de Ética, que se anexaba a ese trabajo. El Informe MacBride, sin embargo, no arribó a ningún acuerdo al respecto: “La elaboración de un código internacional de deontología sigue siendo un tema discutido, aunque para quienes lo propongan constituya un elemento importante del establecimiento de un nuevo orden mundial de la información y de la comunicación” (MacBride *et al.*, 1980: 418).

todos los niveles, debería servir para crear nuevas formas de participación del público en la gestión de los medios de comunicación social y para establecer nuevas modalidades de financiación” (455)

En rigor, el informe no termina allí. A continuación vienen los apéndices, que no sólo constan de listados de documentos y actividades. Al primer apéndice, titulado “Comentarios generales”, incluye tres textos breves de integrantes de la comisión que glosan el documento de la Comisión, igual que las notas al pie que como vimos aparecían a lo largo del texto. Escriben aquí el soviético Sergei Losev -quien advierte que “el Informe Definitivo está demasiado occidentalizado”, tanto en su terminología como en su enfoque (472)-, el tunecino Mustapha Masmoudi -que reclama por no haber profundizado la reflexión sobre el Nuevo Orden- y, como ya dijimos, Gabriel García Márquez y Juan Somavía hacen una reflexión conjunta. De esta cabe destacar aquí un comentario negativo y uno positivo. Por un lado, los miembros latinoamericanos de la Comisión advierten sobre “una tendencia a ‘ensalzar’ las soluciones tecnológicas”, presente en diferentes partes del informe, y aclaran que desde su perspectiva “la idea de un ‘Plan Marshall’ para el desarrollo de la comunicación en el Tercer Mundo es inadecuada” (475). Por otro lado, remarcan la atención prestada al “problema de la democratización”:

“La promoción del acceso, la participación, la descentralización, la gestión abierta y la quiebra del poder concentrado en manos de los intereses comerciales o burocráticos es un imperativo universal, y reviste una importancia especialmente crucial para los países del Tercer Mundo...” (474-475)

Teniendo en cuenta este subrayado de García Márquez y Somavía, tomemos el capítulo que dejamos para revisar en detalle, titulado precisamente “Democratización de la comunicación”. Allí se consideran inadmisibles las desigualdades de riquezas que “crean disparidades entre quienes están provistos y quienes carecen de ellas en materia de comunicación” (289-290); frente a ello, el público debe ejercer presión para lograr una participación democrática más amplia en las decisiones relativas a la difusión del contenido de la información y para oponerse a la concentración del control de la comunicación” (1980: 291). Este es el asunto clave de la *democratización*.

Se incentiva pensar la comunicación como un proceso bidireccional, basado en un diálogo -idea que “es la base misma de muchas de las ideas actuales” (300)²⁷:-

“Sin una circulación de doble sentido entre los participantes, sin la existencia de múltiples fuentes de información

27. Cuando aparece esta expresión, una nota al pie remite a un texto de Luis Ramiro Beltrán publicado en 1974.

que permitan una mayor selección, sin un desarrollo de las oportunidades de cada individuo de tomar unas decisiones basadas en un conocimiento completo de unos hechos heteróclitos y de unos puntos de vista divergentes, sin una mayor participación de los lectores, los espectadores, y los oyentes en la adopción de las decisiones y en la constitución de los programas de los medios de comunicación social, la verdadera democratización no llegará a ser una realidad” (302)

Uno de los mayores obstáculos es, pues, la estructura vertical de la comunicación (292), frente a los cuales se postulan una serie de iniciativas para “demoler o por lo menos para rebajar” (293) esas barreras. El informe clasifica cuatro tipos de métodos (294):

a) *Acceso*: “un mayor acceso popular a los órganos de información y al sistema global de comunicación, gracias a la afirmación del derecho de respuesta y de crítica, a diversas formas de retroinformación y a contactos constantes entre los responsables de la comunicación y el público”. En este punto evoca las ideas planteadas por Bertold Brecht medio siglo antes, ya citadas en la introducción de esta tesis, donde el alemán “imaginaba un porvenir diferente” para la radio, que no fuera la de un medio de distribución en sentido único.

b) *Participación en la producción y emisión de mensajes*. La participación “de profanos” en esta actividad “les permite utilizar activamente las fuentes de información y además permite utilizar activamente las fuentes de información y además permite expresarse a la habilidad individual y, a veces, a la capacidad creadora artística”²⁸,

c) *Comunicación de sustitución*. El documento habla del “establecimiento de ‘comunicación de sustitución’ que habitualmente, pero no siempre tienen carácter local”. Esta expresión, que no trascendió a posteriori, aparece luego junto a la de “contrainformación” -ambas, según el Informe, “utilizadas por primera vez en el decenio de 1960”-. Se trata de iniciativas diversas cuya característica común es “la oposición a la comunicación oficial institucionalizada” (296).

d) *Participación en la gestión y adopción de decisiones*. Se refiere a la participación de “la colectividad y de los usuarios” a la que señala “limitada habitualmente a los medios de comunicación locales”. Y agrega: “La autogestión es la forma más radical de participación, ya que presupone que un gran número de individuos desempeña un papel activo no solamente en los programas y en la circulación de noticias sino también en la adopción de decisiones sobre asuntos generales” (294).

28. En relación a los modelos de participación, observa en los países industrializados una tendencia a la descentralización de los medios, sobre la que ofrece varios ejemplos (294-295). Al final de este párrafo utiliza la expresión “medios de comunicación comunitarios”, a la que no define con precisión. Es la única utilización de esa expresión en el informe.

Es decir, tenemos la tríada trabajada por la UNESCO en 1977 (acceso, participación y autogestión) más esta nueva expresión, “comunicación de sustitución”, que pareciera originarse en el documento presentado por Reyes Matta (*Experiences alterantives (II): pratiques de la communication en Amérique Latine*), según la referencia de una nota al pie que aproxima una caracterización:

“Las comunicaciones de sustitución son un proceso de origen social, cuyo contenido y significado vienen determinados por las dimensiones adquiridas por la práctica social de los sectores sometidos a una dominación. Ninguna forma de comunicación de sustitución se organiza nunca como las corrientes de sentido único, individualistas, sin participación, que caracterizan a la comunicación institucional” (296)

Esta comunicación, entonces, no busca “subsana una falta de comunicación” sino “reevaluar y extender las comunicaciones en función de una nueva concepción de su importancia en la sociedad”. Se trata de un fenómeno, según el Informe, que se daba en los países industrializados y también en los *países en desarrollo*, en especial los latinoamericanos. Sus métodos eran variados:

“El hecho de asignar más importancia al contenido que a la forma y la necesidad imperiosa de crear unos cauces de comunicación ‘horizontales’ han incitado a esos grupos a ensayar una amplia gama de medios. Los tradicionales (octavillas, folletos, carteles, periódicos, prospectos, reuniones y fiestas) han sido completados, sin ser sustituidos totalmente, por medios y técnicas más modernas (películas de 8 mm, video, historietas ilustradas, noticias por teléfono). En los países industrializados, está progresando la utilización de los medios de comunicación electrónicos (radio en modulación de frecuencia, radio e incluso televisión ‘piratas’ o ‘verdes’) por diferentes grupos, como ‘alternativa de comunicación’” (296-297)

Los sujetos que protagonizan esta comunicación son “grupos locales que quieren combatir el monopolio de los sistemas de comunicación verticales y centralizados”, “partidos o grupos políticos que emprenden diversas formas de comunicación de oposición”, disidentes y minorías, movimientos ecologistas, etcétera. (296). El informe ensaya una clasificación en tres categorías:

a) Grupos de oposición radical, ya sea política, religiosa o filosófica: “Partiendo del principio de que la comunicación institucionalizada se emplea para perpetuar la estructura jerárquica de una sociedad, la ‘contrainformación’ desempeña una función de oposición a la influencia de la información dominante. Apunta también a crear unos cauces que expresen las necesidades de quienes están sometidos a la corriente de información dominante y a atender tales necesidades”;

b) Movimientos de comunicación locales y comunitarios, que

“apuntan a descentralizar las comunicaciones con objeto de dar un papel activo a los consumidores de información” (este tipo de experiencia se asocia a los países industrializados, especialmente de América del Norte);

c) Sindicatos u otros grupos sociales que tienen sus propias redes de comunicación (297)

Los propios términos utilizados sugieren tradiciones distintas -*contrainformación* asociada a la acción política radical, *comunicación comunitaria* en el sentido de la experiencia canadiense, *prensa sindical* y otras formas de comunicación propia, “de clase”.

Según el informe, hay diferencias entre ellas, pero en última instancia todas “se oponen a las formas social, cultural y políticamente hegemónicas de la comunicación. La mayoría más hace hincapié en el contenido que en la forma, y en la información social más que en el esparcimiento” (297).

Un último aspecto a destacar del capítulo es el apartado dedicado al “desarrollo del espíritu crítico en el público”, identificado como un vector más del proceso de democratización, que no se agota en la acción de “profesionales que aceptan establecer vínculos con su público” y grupos que “crean comunicaciones de sustitución”. En ese sentido, destaca “la acción de muchos grupos populares, de ciudadanos, obreros, campesinos, jóvenes o mujeres” que critican, se organizan y ejercen presión sobre el sistema de medios (299).

6.4. CIESPAL: de la Alianza para el Progreso a la comunicación participativa

En referencia al debate intelectual y la producción editorial sobre estos tópicos en organismos internacionales, no podemos concluir el capítulo sin mencionar al Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicaciones para América Latina (CIESPAL), del que ya hicimos algunas menciones puntuales a lo largo de la tesis. Se trata de una institución surgida en el período analizado en la primera parte (e incluso antes), pero que durante su primera década mantuvo una impronta funcionalista y desarrollista por la que no constituyó una referencia de los mapas que proyecta este trabajo. Concretamente, el CIESPAL fue creado en 1959 en el ámbito de la Universidad Nacional del Ecuador, pero con un andamiaje institucional mixto y de alcance internacional, promovido por la UNESCO.

En un artículo que repasa los primeros 25 años de la institución, Esteinou Madrid (2002) distingue una etapa inicial, de “despegue conceptual”, cuando la actividad del centro estuvo regida por los modelos de Lasswell, Lazarsfeld y Scharrmm, de



A mediados de los cincuenta, la UNESCO había decidido promover “Centros Regionales de Periodismo”. El primero se creó en Estrasburgo (Francia) y estuvo dedicado a Europa y África. La Conferencia General de 1958 sugirió la creación de un centro similar para América Latina, que ya se había acordado con el gobierno ecuatoriano. En su conformación inicial, confluían en CIESPAL dos universidades ecuatorianas (la UCE y la Universidad de Guayaquil), el gobierno ecuatoriano (a través de sus ministerios de Educación y Relaciones Exteriores) y el gremio periodístico ecuatoriano. Además contó con el apoyo de la Organización de Estados Americanos y la Fundación Ford. La conformación de su Consejo de Administración se fue modificando con el tiempo, con el ingreso de otras organizaciones (por ejemplo, la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica es una de las actuales).



Entre 1962 y 1967 CIESPAL desarrolló un estudio titulado *Dos semanas en la prensa de América Latina*, que analizó la morfología y contenido en 439 ediciones distintas de 29 diarios latinoamericanos y 4 de otras regiones (y en otros idiomas). Este trabajo sería una cita recurrente de las aproximaciones críticas sobre la comunicación internacional realizadas por autores como Reyes Matta en los primeros setenta.

otra de “creación propia”, que según el autor se abre a partir de 1970 -y se consolida años después-.

Un vector del cambio de agenda pudo haber sido el acercamiento a la Friedrich Ebert Stiftung. Si bien la web actual del Centro afirma que fue en 1974 cuando se firmó un “convenio de cooperación a largo plazo” entre ambas entidades, se registran actividades conjuntas al menos desde tres años antes. Por ejemplo, en junio de 1971 se realizó en el campus La Catalina un seminario titulado “Periodismo de comunidad” donde investigadores de la región expusieron sobre la estructura económica y social latinoamericana, los problemas de la comunicación asociados y la incipiente idea promovida desde CIESPAL para afrontar el problema que en ese momento caracterizaba como “incomunicación social” (Córdova Galarza, en Schenkel y Ordoñez, 1975: 289).

Aunque en ese espacio convivieron propuestas con distintas orientaciones teórico-políticas, las recomendaciones de ese seminario resultaron afines a una línea progresista:

“1) Es indispensable un replantamiento de la problemática del desarrollo, teniendo por base la movilización y, consecuentemente, la participación de la comunidad en procesos de cambios y una regionalización de los países en zonas homogéneas, sectores amplios pero delimitados, con una población que tenga una estructura ocupacional semejante a una condición económica o tecnológica en los mismos grados o semejantes niveles; 2) Un estudio cuidadoso de los sistemas de representación por delegación, pues, como tal como opera hasta ahora, produce distorsiones respecto de la auténtica participación popular en las instituciones; 3) Establecer mecanismos para la formación de agentes elaboradores de contenido que pertenezcan a los propios grupos sociales emergentes, cuya movilización pondría término al papel que muchas veces ocupan, sin querer, intelectual de otro origen social, los cuales se transforman en agentes que facilitan la imposición de patrones culturales (...)” (citado en Marques de Melo, 1980: 73)

Un año y medio después, en diciembre de 1972, se realizó en el mismo sitio el seminario sobre cambio sociopolítico al que nos referimos en el capítulo anterior: otra iniciativa coordinada con la FES, que de alguna manera habilitaba un cambio de agenda, distinto al camino de la investigación auspiciada por fundaciones norteamericanas.

Finalmente, en septiembre de 1973 se realizó -también en La Catalina- otro seminario, titulado “La investigación en comunicación en América Latina”, con la participación de unos 20 representantes de países latinoamericanos²⁹ para analizar el

29. Según detalla Fuentes Navarro (1991: 85), participaron Carlos Bustamante, Juan Alberto Verga y Eliseo Verón (Argentina), Nelly de Camargo, Gabriel Cohn y Nei Roberto Silva Oliveira (Brasil), Jaime Gutiérrez Sánchez y Vicente Alba Robayo (Colombia), Esteban del Campo (Ecuador),

estado de investigación en la región y delinear pautas futuras. Jorge Merino Ultreras, del Departamento de Investigaciones de CIESPAL, fue el encargado de presentar un documento sobre “La Investigación Científica de la Comunicación en América Latina”, elaborado a partir de los 733 trabajos recopilados por CIESPAL en su Centro de Documentación. Esta reunión suele ser considerada como la primera experiencia institucional de este tipo dentro del campo de la comunicación (Leon Duarte, 2012) y también el “inicio de la conciencia crítica en CIESPAL” (Barranquero, 2008: 204), versiones que olvidan o desestiman el seminario organizado menos de un año antes donde estuvieron Mattelart, Schmucler, Assmann, Pasquali y otros.

Lo relevante, en todo caso, es que el encuentro concluyó en un reconocimiento del carácter dependiente de las principales investigaciones realizadas en la región, incentivó la búsqueda de alternativas teóricas y metodológicas, y priorizó dos temas de agenda: el papel de la comunicación en la educación y en la organización/movilización popular (Barranquero, 2008: 204). Ya entonces empezaba a emerger la expresión “comunicación alternativa” -o “alternativas comunicacionales”-, que apareció con cierta frecuencia en las ponencias y conclusiones de la reunión (Equipo Comunicación, 1981b: 61).

Tras la firma del convenio con la fundación de la socialdemocracia alemana, se incorporó al trabajo del centro Peter Schenkel³⁰, un internacionalista del que ya mencionamos su paso por Chile, donde publicó un *La estructura de poder de los medios de comunicación en cinco países latinoamericanos* (1973) con el Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales (ILDIS), sello académico de la FES que se había instalado en Santiago a partir de 1967. La trayectoria de este alemán en América Latina -donde vivió la mayor parte de su vida- podría remontarse a su participación en la revolución cubana, en el ministerio conducido por Ernesto Guevara, donde conoció a su esposa. Más tarde se integraría a la FES, donde trabajó “por mucho más años que ningún experto” (Braun, 1988: 43).

Junto a Marco Ordóñez, de CIESPAL, Peter Schenkel compiló el libro *Comunicación y Cambio Social*, publicado en 1975: una tardía difusión de los trabajos presentados en el seminario internacional “El Papel Sociopolítico de los Medios de Comunicación para la Sociedad del Cambio en América Latina”. Allí se advierte que “algunos de estos trabajos reflejan situaciones parcialmente modificadas por acontecimientos posteriores”

Arturo Deustúa Ramírez y Paulo Dias de Souza (México), Juan Díaz Bordenave (Paraguay), José Rivero Herrera, Manuel Benavides González y Moisés Arroyo Huanira (Perú), Roque Faraone (Uruguay) y por CIESPAL su director general, Gonzalo Córdova, Marco Ordóñez y Jorge Merino Ultreras. Nótese que no hay ninguno de los que se reunieron en 1971 en Montevideo y, salvo el uruguayo Faraone y dos de los referentes de CIESPAL, tampoco de quienes se dieron cita nueve meses antes en el mismo lugar.

30. No pude precisar la fecha exacta. En una nota de despedida publicada en *Chasqui* en 1988 se afirma que pasó 13 años en CIESPAL, por lo que se habría incorporado en 1975.



Fue el primer latinoamericano en obtener un doctorado en comunicación en ese país.

Nacido en 1926 en una familia católica, a sus diez años tuvo que exiliarse en Argentina, en un pueblo al norte de la ciudad de Santa Fe. Se recibió de agrónomo en Argentina (1951), hizo una maestría en Periodismo Agrícola en la Universidad de Wisconsin (1955) y un doctorado en Comunicación en la Universidad de Michigan (1966). Tuvo una formación sacerdotal inconclusa y fue seguidor de la teología de la liberación. En 1964, cuando Freire fue perseguido en Recife, fue quien le ofreció trabajo en el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura (IICA), aunque apenas se conocían. Tuvo así un acercamiento temprano a la obra del brasileño, que inspiró su crítica al extensionismo y otros aspectos de su propuesta comunicacional (Barranquero, 2008: 395). Barranquero considera que “pese a su enorme relevancia, las ideas del paraguayo no han sido estudiadas con suficiente profundidad en el contexto actual de re-estructuración del campo científico, un hecho motivado, a nuestro parecer, por la dispersión de su obra teórica, así como por la escasez de estudios biográficos que reivindicquen su larga trayectoria investigadora” (2008: 381). Con Beltrán se había conocido en 1954 en una conferencia en Washington organizada por el Departamento de Agricultura de EE.UU. En ese mismo encuentro conoció a su esposa, María Cándida Carvalho Rocha, que era la intérprete para un grupo de brasileños que no hablaban inglés.

-en alusión especialmente a los casos de Chile y Perú-, pero “los editores estimaron procedente su inclusión, considerando su valor científico y su aporte metodológico” (Schenkel y Ordoñez, 1975: 10). Un dato interesante de la edición es la contratapa del libro, que incluyó un texto breve de Luis Ramiro Beltrán, que se sumaba así a esa suerte de mapa de la investigación crítica que forjó el encuentro de noviembre de 1972.

El prólogo era explícito en su crítica a la ingenuidad del desarrollismo, lo que supone cierta autocritica de CIESPAL sobre sus lineamientos en la década previa. Según Schenkel y Ordoñez, está “más claro que nunca” que “más que modestas fórmulas desarrollistas y un piadoso voluntarismo social, América Latina necesita un reordenamiento estructural en lo económico y un cambio cualitativo profundo en las relaciones sociales que condicionan la vida de las grandes mayorías latinoamericanas” (1975: 7). En el campo comunicacional, esto implicaba -según recogían de los trabajos compilados- la necesidad de introducir cambios en la funcionalidad fundamentalmente mercantil de los medios (8).

En 1978 CIESPAL publicó *Planificación y comunicación*, un libro del comunicador y agrónomo paraguayo Juan Díaz Bordenave y el sociólogo y agrónomo brasileño Horacio Martins de Carvalho. Ya hemos mencionado a Díaz Bordenave antes, relacionado con Beltrán: igual que él, fue otro intelectual formado en Estados Unidos que desarrolló una crítica al paradigma difusionista. El libro escrito con su colega brasileño va en esa dirección. Está organizado en seis capítulos: “La comunicación en las mallas de la dominación”, “Hacia nuevas formas de pensar la comunicación”, “La ortodoxia de la planificación racional”, “La planificación como ingeniería de la alienación”, “Planificación de la comunicación. Los fines se parecen a los medios” y “Planificación sin plan. Una alternativa liberadora para la comunicación”. Los autores promueven un entendimiento de la comunicación como un proceso dialógico y participativo, retomando ideas de Paulo Freire entre otros.

El mismo año de la publicación de este libro, CIESPAL realizó en Quito el *Primer Seminario Latinoamericano de Comunicación Participatoria*, al que concurrieron 38 expertos de la UNESCO, Europa y América latina, entre los que estuvieron Frank Gerace, Mario Kaplún, Juan Díaz Bordenave, João Bosco Pinto, Ana María Nethol y Peter M. Lewis. Según Martínez Terrero, el seminario adoptó la siguiente definición de comunicación participativa:

“Es el proceso social mediante el cual, protagonistas con intereses no antagónicos, construyen en común discursos que pueden ser utilizados como instrumentos de lucha para la modificación real de sus condiciones de existencia, para el cambio de las estructuras de poder económico, político, social y cultural dominante y para la inversión de

las formas de comunicación vigentes” (Martínez Terrero, 1986: 157).

Es decir que si bien el término utilizado ponía el eje en la participación, como una característica del modelo de comunicación, también estaba aquí una dimensión de proyecto vinculado a la transformación de las estructuras. Una vez más, las definiciones se entrecruzan, se mezclan, se solapan.

Junto con la presentación de Kaplún sobre la técnica *cassete-foro*, recuperada en textos posteriores, la presentación de este Seminario que trascendió en el tiempo fue la de Díaz Bordenave: “Aspectos políticos e implicaciones políticas de la comunicación participatoria”. Allí ofrecía una clasificación de las formas de participación, según el grado de implicación en las decisiones, que iba desde la mera información hasta la autogestión, considerada como la “meta”:

“Nuestro ideal sería alcanzar un modelo participatorio de autogestión política y económica del país, en el que todo ciudadano formase parte, tuviese parte y tomase parte en los grupos responsables por la conducción de todos los procesos sociales que le afecten de alguna manera. Dentro de este modelo participatorio la comunicación social, a diferencia de lo que ocurre en el sistema capitalista donde ella es manipulada para mantener la dominación y los privilegios de una minoría, sería utilizada por la sociedad como base y alimento constante de la toma participatoria de decisiones a todos los niveles” (Díaz Bordenave, 1978: 23-25).

En 1980 asumió la dirección del CIESPAL Luis Proaño, momento en el cual se dio el mayor involucramiento de Schenkel (Braun, 1988: 45) y de la fundación alemana³¹. De este período, me interesa detenerme en dos producciones editoriales: *Políticas nacionales de comunicación* (1981) y la segunda época de la revista *Chasqui*.

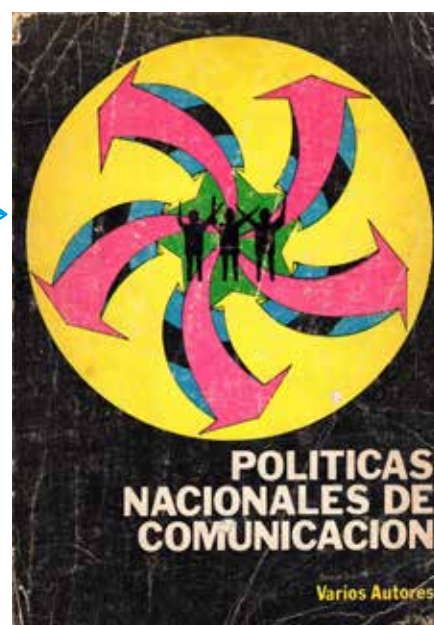
6.4.1. “El nuevo paradigma de la comunicación”

Eco indudable del proceso que condujo al Informe MacBride, en 1981 CIESPAL y la Fundación Friedrich Ebert publicaron *Políticas nacionales de comunicación*, una extensa compilación de estudios que abordó ocho países, con las colaboraciones de José María Pasquini (Argentina)³², Cremilda Araujo Medina (Brasil), Elizabeth [Fox] de Cardona (Colombia), Ernesto Vera (Cuba), Raquel Salinas Bascur (Chile), Oscar Reyes Bacca (Honduras), Carlos Ortega (Perú), Raúl Agudo Freitas (Venezuela). El libro, que lleva el sello de la Colección Intiyán³³, incluye además de

31. En 1982 se incorporarían al Centro Luiz Gonzaga Motta y Eduardo Contreras Budge, como parte del convenio firmado con la FES, para desarrollar la línea de planificación de la comunicación.

32. En ese momento, Pasquini era el Secretario General de la Agencia de Servicios Informativos Nacionales (ASIN), a la que nos referimos en este capítulo.

33. Ediciones de CIESPAL. En ese momento, la colección Intiyán listaba un catálogo de 14 libros,



los capítulos nacionales un prólogo³⁴ y una larga introducción elaborada por Peter Schenkel que desarrollan, en las primeras 117 páginas del libro, la trama conceptual para pensar los casos.

El primer texto vuelve a destacar el “cuestionamiento general” de las premisas teóricas y las aplicaciones del funcionalismo que se dio a partir de la década del setenta, para reconocer la emergencia de un nuevo paradigma, que si bien “aún no se presenta como un edificio acabado”, tenía pilares importantes en los conceptos de: derecho a la comunicación, la comunicación como recurso, comunicación horizontal y participatoria, la planificación de la comunicación, flujo equilibrado de noticias y, ligado a ellos, políticas nacionales de comunicación, un “tema todavía controvertido pero de tan evidente significado para el desarrollo y aplicación de las nuevas tesis de comunicación” que ha motivado esta publicación.

En el prólogo, Peter Schenkel repone la importancia de las PNC, sus ámbitos de debate en los años setenta, los argumentos producidos en organizaciones como CIESPAL, ILET e ININCO, y la hostilidad con la que fue recibida la idea en “los sectores de los medios privados” (19), lo cual relaciona con el problema de concentración que él mismo investigó en cinco países durante su paso por el ILDIS-Chile:

“La lucha de los Edwards en contra del Allendismo, la de Paz Estensoro en contra de la Revolución Peruana o de Goar Mestre y E. Azcárraga en contra de tibios intentos de los gobiernos de Argentina, México y Venezuela de promover el rol cultural de la televisión, son muestra de tenaz resistencia de este sector al cambio y a cualquier apertura” (37)

Más adelante se aboca a “lo que algunos teóricos han llegado a llamar ‘el nuevo paradigma de la comunicación’” para definir algunos de sus principales parámetros porque “sería poco convincente plantear los conceptos básicos de lo que podría constituir una PNC de contenido progresista, sin incorporar a este análisis aquellas tesis que bien puedan conducirnos en los años 80 a un cambio bastante revolucionario de los sistemas de comunicación aún importante hoy” (55)

Así, como en el prólogo, las PNC vuelven a asociarse a los principales conceptos que estamos explorando: no sólo al derecho a la comunicación, a las necesidades y a los recursos de comunicación, sino también a la comunicación horizontal y a la comunicación participativa (56-59).

Finalmente, destaca la tarea promotora del Estado (59-60) y busca trazar los objetivos de una política de comunicación

muy variados, incluyendo temas sobre desarrollo y planificación. En la lista estaban *Producción de programas de radio: el guión – la realización*, de Mario Kaplún (capítulo 2) y *Comunicación masiva: discurso y poder* de Jesús Martín Barbero. Este último es, según Amparo Cadavid (en Martín-Barbero, 2018), una reelaboración “casi por completo” de la tesis doctoral presentada en Lovaina, a la que nos referimos al final del capítulo anterior.

34. Llamativamente este texto, aunque está escrito en primera persona del singular, no lleva firma.

progresista (61), que no asocia a una propiedad estatal de los medios -modelo *socializante* de cuya promoción desliga tanto a la CIESPAL como a la UNESCO- sino con la construcción de sistemas mixtos, donde el sector público convive con el sector privado. Cabe notar aquí la persistencia de una mirada binaria, que no concebía aún un tercer actor (el que hoy, con jerga legal, solemos mencionar como privado sin fines de lucro). Se hablaba exclusivamente de “dos sectores” (67), si bien más adelante se sugería un rol para las organizaciones sociales:

“es razonable plantear que a nivel de organizaciones de masas como sindicatos, cooperativas y comunas pero también de partidos políticos se promuevan iniciativas y programas tendientes a romper con los esquemas verticalistas de comunicación y a experimentar con nuevas formas y métodos de comunicación participativa (...) El desarrollo de medios locales podría ser un campo muy digno de explorar en este nivel” (114)

Tras esa introducción conceptual -que llega a definir las áreas de una PNC e insistir en la necesidad de una comunicación “auténticamente participativa”-, siguen los capítulos dedicados a los países, cuya organización y contenido es bastante pareja (seguramente porque respondieron a una consigna de los editores): repasos históricos, estructura del sistema de medios, legislación vigente, presencia de agencias internacionales, instancias de organización gremial y de formación de periodistas, en algunos casos panorama de investigaciones en comunicación o propuestas de políticas a futuro. Algunos de los autores ensayaban definiciones sobre el concepto de PNC y en general concluyeron que no existía una política integrada y coherente sino acciones dispersas, parciales, implícitas, temporales.

En casi todos los capítulos, el tiempo abordado era la actualidad, lo que implica el análisis de las políticas en contextos fuertemente represivos como los de Argentina y Chile. La única excepción era el caso de Perú: ese capítulo estaba dedicado a historizar y analizar la socialización de los medios (proceso descrito en el capítulo 2 de esta tesis), como explicaba su autor en una nota enviada desde París en marzo de 1979, que la edición transcribe previa al capítulo propiamente dicho:

“Al interior de la experiencia latinoamericana en materia de políticas nacionales de comunicación, el caso de Perú constituye, independientemente de la posición u opinión que frente a él se tenga, un caso que llama a reflexión profunda: de entre las luces y las sombras de una experiencia nacional intensamente controvertida, apasionadamente discutida, pero no suficientemente analizada, es posible extraer, sin duda, diversas conclusiones, múltiples enseñanzas, puntos de partida, zonas de encuentro o de deslinde, e inclusive nuevas dudas e interrogantes...” (Ortega en VV.AA., 1981: 515)

El repaso de ocho casos nacionales propuesto involucraba, entonces, situaciones muy diferentes: regímenes represivos en connivencia con las empresas de medios, gobiernos sin vocación de intervenir en un sistema de medios liberalizado, y situaciones de fuerte intervención estatal en un sentido transformador, como las de Cuba y Perú. En el caso cubano, como cita Ernesto Vera, el artículo 52 de la Constitución reconoció

“a los ciudadanos libertad de palabra y prensa conforme a los fines de la sociedad socialista. Las condiciones materiales para su ejercicio están dadas por el hecho de que la prensa, la radio, la televisión, el cine y otros medios de difusión masiva son propiedad estatal o social y no pueden ser objeto, en ningún caso, de propiedad privada, lo que asegura su uso al servicio exclusivo del pueblo trabajador” (en 313).

Del capítulo en cuestión se destaca la referencia a un movimiento de *corresponsales voluntarios*, organizado con el objetivo de “unir más íntimamente a la prensa revolucionaria con todo el pueblo, hacerla masiva no sólo en cuanto a su distribución, sino también en lo que respecta a su confección” (Vera, en VV.AA., 1981: 309). La Unión de Periodistas de Cuba (UPEC) había preparado técnicamente “alrededor de 50.000 corresponsales voluntarios con que cuentan las organizaciones de masas en todo el país”, que colaboraban con los medios masivos y participaban de periódicos murales y radios de base. “Se trata de obreros, campesinos, estudiantes y profesionales que, sin abandonar su trabajo, en tiempo libre realizan esta función” (338).

En el caso peruano, el modelo de comunicación al que refiere Carlos Ortega es el que abordamos en detalle en el capítulo 2 y lo asocia a una búsqueda de poner en práctica los principios de acceso y participación. El autor insiste en marcar que tanto este “como el modelo social que lo contiene son en esencia modelos abiertos, inacabados y sujetos a una permanente pugna con proyectos alternativos, muchos de ellos de signo contrario”, lo que demanda un análisis riguroso, objetivo, que señale el peso de las fuerzas que “yugulaban” los cambios e impidieron su concreción (594) y que visualice, más allá de esos escollos, la “direccionalidad” del proceso a lo largo del tiempo:

“A estas alturas, nadie que revise con rigor y objetividad el camino recorrido en Perú de 1968 y 1975 podría sensatamente dejar de admitir que año a año hubo avances de enorme significación en un proceso de cambio social acelerado, y que no obstante las ambigüedades, los graves errores y las indefiniciones de un curso de marcado tono experimental, sujeto a conflictos y polarizaciones internas y a presiones externas, tal proceso revela con toda nitidez una direccionalidad que le otorga sentido” (533)

Ortega buscaba una mirada crítica sobre el proceso que no

lo invalidara sino que aprendiera de sus errores³⁵. Uno de ellos, para este autor, fue no haber acompañado la socialización de los diarios con una medida similar para la radio y la televisión (519). También señala la necesidad de crear “condiciones objetivas y subjetivas mínimas” para el acceso y la participación. Esto requiere una “reeducación comunicacional” (567) que implica atender al problema de la *transición* (590). Vale notar que esta intervención fue contemporánea a las transformaciones impulsadas en Nicaragua por la revolución sandinista, que reeditaba algunas preguntas presentes en el Cono Sur en los primeros setenta y que en ámbitos intelectuales se pensó precisamente poniendo el foco en la cuestión transicional (Coraggio y Deere, 1987)³⁶.

Frente a una estructura forjada durante “largos años de periodismo, televisión, cine, comics junto a una educación escolar deplorable”, sostiene Ortega, no puede haber una “ruptura repentina” en la prensa sin propiciar una crisis (593). Había que aprender una lección de “la prensa marginal, de esa tenaz y casi heroica prensa de sindicatos, gremios, partidos y grupos políticos” que “nos muestra de modo contundente esa suerte de inevitabilidad en el mantenimiento de ciertas formas de periodismo tradicional” (593-594).

En síntesis, este capítulo supone una revisión crítica del proceso de 1968-1975, pero no una condena o una invalidación. Podría decirse que reivindica la transformación del sistema de medios a partir de la introducción de nuevas formas de propiedad y de gestión que garanticen los principios de acceso y participación.

Los otros dos capítulos que incluían una dimensión propositiva corresponden a Venezuela y Colombia. El venezolano no innova frente a los lineamientos del proyecto RATELVE, nunca ejecutado: propone un sistema mixto, al que caracteriza con el mismo binarismo (sector público y sector privado) que advertimos antes en el texto de Schenkel. En cambio, Elizabeth Cardona recomienda

“...Medidas que lleven hacia el control y la propiedad de los medios por los sectores organizados de la sociedad, sean públicos o privados, asociaciones gremiales u organizaciones públicas, como universidades, en la medida que esto garantizara cierto nivel de representación de los diferentes grupos dentro de la sociedad y representara una garantía relativa contra el control de los medios por gobiernos o entidades no nacionales” (Cardona, en VV.AA., 1981: 285)

35. En cierto modo, estaba discutiendo con un estudio publicado por DESCO, “Prensa: apertura y límites”, al que si bien reconocía como “el trabajo más serio y sistemático que se ha hecho sobre el intento de socialización de la prensa” (595), cuestionaba por cierta ligereza sus análisis (591-592).

36. Abocado a la transición en distintos cambios, el libro citado de José Luis Coraggio y Carmen Diana Deere incluyó un artículo de Mattelart: “Nicaragua: contribuciones prácticas a una teoría de la transformación de los medios de comunicación”. Para este intelectual, “una sola situación histórica tenía alguna semejanza con la de Nicaragua: la que había experimentado el Chile de la Unidad Popular entre 1970 y 1973” (324).

Del capítulo de Colombia, por otra parte, hay que reconocer las menciones sobre radio y televisión educativa, donde identifica a ACPO -“una entidad privada, sin ánimo de lucro, vinculada a la Iglesia Católica”- como la entidad más importante (275).

6.4.2. Los debates de la comunicación popular en Chasqui

Chasqui, la revista del CIESPAL que sigue editándose hasta hoy, es un material bien interesante para el trabajo de historia intelectual que nos proponemos aquí. Tuvo una primera época que se editó entre 1972 y 1978. Tras una interrupción, volvió en 1981 en una clara *segunda época* en la que reinició su numeración.

En la primera etapa fueron escasos los artículos dedicados al campo temático abordado por esta tesis, salvo algunos referidos a las posibilidades educativas de la radio (Quiroga y Albó, 1974) y la publicación del trabajo presentado por Mario Kaplún (1978) en el Primer seminario latinoamericano de comunicación participatoria (ver capítulo 7), también marcado por la impronta de la comunicación educativa³⁷. En ambos casos puede advertirse una lectura de los trabajos publicados por Beltrán en los primeros años setenta, en particular el informe sobre radio forums y radio escuelas para el Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la OEA.

La segunda etapa se abrió con un número que presentaba cuatro temas centrales en tapa: Informe MacBride; Democracia y Comunicación; Prensa Obrera y Sindical; Agencias de noticias alternativas en América Latina. En un recuadro que acompaña el índice, el editor reconocía que la edición estaba signada por el debate sobre el Nuevo Orden. También mencionaba la reciente creación de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), de la que se incluyen algunos materiales en la edición.

Un artículo fundamental de este primer número corresponde a Juan Díaz Bordenave: “Democratización de la comunicación. Teoría y práctica”, que retoma del informe MacBride el concepto de democratización, plantea una discusión sobre los patrones de propiedad y las formas de gestión de los medios, y aboga por una “democracia participativa genuina” (Díaz Bordenave, 1981: 14). Lo más destacado de su planteo es la necesidad del protagonismo del pueblo; es decir, no sólo piensa en reformular el modelo de comunicación o adoptar tecnologías alternativas, sino que el énfasis está puesto en el sujeto:

“para democratizar la comunicación no es suficiente que la concibamos como la expansión y horizontalización de canales, flujos y metodologías de acceso (...) Constituye otro error

37. También se publicó, en el N° 17 (1977), un extenso informe de investigación sobre la prensa peruana antes y después de la socialización, realizada por tres profesores formados por CIESPAL en sus cursos de 1971, fundadores del Instituto Peruano de la Comunicación Colectiva. Se trataba de un estudio de contenidos de una impronta fuertemente cuantitativa.

creer que encontrar tecnologías alternativas o de sustitución y aún metodologías participativas, puede de por sí modificar el patrón vertical de dominación de los otros *topdogs* y abrir las puertas de la liberación del pueblo oprimido”.

Aquí, la expresión “sustitución” era tomada directamente del Informe MacBride, mientras que la referencia a los *topdogs* aludía a la organización del sistema social según John Galtring, cuyos planteos estaba siguiendo.

“Lo que deseo afirmar es que la contribución de la comunicación a la desfeudalización y democratización de la sociedad no se deberá basar sólo en los aspectos formales o metodológicos del CÓMO COMUNICAR (comunicación alternativa, comunicación participativa, comunicación folklórica, comunicación popular) sino sobre todo en el PARA QUÉ COMUNICAR y el QUÉ COMUNICAR, es decir, en la filosofía político-social y en los contenidos que ella informa, fundamentados en el QUIÉN COMUNICA es decir, en la incorporación del pueblo como protagonista principal del proceso” (18)

A continuación, Díaz Bordenave sostiene la necesidad de que “los latinoamericanos” formulen un “modo de desarrollo diferente” del capitalismo liberal y el comunismo estatal, al que define como “un socialismo democrático de bases comunitarias, autogestionarias y participativas, fundamentado en una nueva visión del hombre y de sus necesidades de libertad y de personificación”. Sin ese cambio, “de poco nos servirán los mejoramientos tecnológicos de la comunicación, los que, obviamente, pueden servir tanto a la dominación como a la liberación”.

Esta refutación no se dirigía sólo a la “comunicación de sustitución” sino también a quienes ponían el énfasis en las políticas de comunicación, “ya que las dictaduras y las empresas multinacionales poseen una inagotable reserva de astucia para extraer ventajas de cualquier política o institución que se pueda crear”. La clave está en el protagonismo popular, que como observa autocríticamente muchas veces fue desatendido por la investigación comprometida:

“Paradójicamente, la mayoría de los esfuerzos para la democratización de la comunicación (...) han desconocido o dejado de lado el hecho de que solamente la organización de la población concientizada puede conseguir la democratización [...Esos grupos y organizaciones] son los que verdaderamente practican la democracia en nuestra sociedad y constituyen reductos de la comunicación democrática. Ellos nos muestran que una democracia orgánica y participativa debe construirse desde abajo, con el pueblo como protagonista central” (18-19)

En línea con esta preocupación, otro artículo en el mismo número hacía un llamado urgente a que los investigadores en

223



“Democratización de la Comunicación, Democratización de la Educación” se publicó en el número 5 de *Chasqui* (segunda época), dedicado a las ponencias, experiencias y documentos presentadas en el “Seminario Regional sobre métodos y procedimientos de comunicación en función del Proyecto Principal de Educación en América Latina y el Caribe” realizado en Quito en septiembre de 1982. Díaz Bordenave visualiza allí que, producto de la “creciente insatisfacción” de los medios existentes, “se está extendiendo en el continente un vasto movimiento de comunicación alternativa, constituido por un lado por la resistencia a los grandes medios y, por otro, por la búsqueda de canales que realicen las funciones que los grandes medios de carácter comercial y estatal no realizan, cuales serían las de favorecer la auto-expresión, el interrelacionamiento y la canalización de reivindicaciones para la solución de los graves problemas de la miseria y la marginalidad” (Bordenave, 1982: 16). Tras detallar ejemplos que incluyen tanto formas tradicionales como apropiación de nuevas tecnologías, resalta que “la comunicación alternativa no apareció como algo aislado sino como un instrumento orgánico de las organizaciones populares y como una herramienta de la participación. Porque en los últimos tiempos la llamada ‘sociedad civil’ está cada día más organizada y constantemente nacen nuevos sindicatos, cooperativas, clubes, asociaciones de barrio, comunidades eclesiales de base, grupos ecológicos, etc.” (Díaz Bordenave, 1982: 16-17).

comunicación estudiaran la prensa obrera: “es posible afirmar que se trata de un campo de estudios prácticamente virgen”, con escasas excepciones que han llegado a esa misma constatación (Lins Da Silva, 1981)³⁸. Del artículo que venimos comentando, cabe destacar la mención del movimiento cooperativo entre sus ejemplos del pueblo organizado. Díaz Bordenave reiteraría esa referencia en otro artículo publicado en *Chasqui* -el año siguiente- donde plantea que “un sector donde es bastante impresionante el volumen y la penetración de los medios de comunicación es el Movimiento Cooperativo Latinoamericano. Las cooperativas y sus federaciones, en efecto, poseen centenares de periódicos, y muchas utilizan la radio, la TV y los audiovisuales” (Díaz Bordenave, 1982: 15-16).

La clave de la democratización era entonces la comunicación de base. Para Díaz Bordenave el proceso comenzaba, y terminaba, en el “diálogo participativo” de los grupos locales, de las “células sanas y activas” que constituirían “una ciudadanía organizada”. Y esa dimensión dialógica era otra de las “condiciones básicas” de la democratización. Esto no implicaba que cada medio de comunicación debiera sostener un diálogo instantáneo con sus oyentes o televidentes, sino participar del “macro-diálogo” que se establece en una sociedad participativa, por diversos canales³⁹. Además, recomendaba ciertos *modos de operación* para que los medios de masas pudieran “volverse mucho más dialogales de lo que son hoy día”⁴⁰.

Aunque la democratización de la comunicación depende de la democratización de la sociedad, Díaz Bordenave afirmaba que no había que esperar lo segundo para ponerse en acción, y trazaba una posible agenda de trabajo para los comunicadores latinoamericanos:

- comprender las macro-estrategias de dominación y también las de liberación -y el papel que la comunicación cumple en ellas-;
- “apoyar los esfuerzos de organización popular en las bases y estudiar como practican la comunicación aquellas organizaciones populares que aplican la democracia internamente”;
- aprender, extender y perfeccionar las técnicas participativas que experimentan otra filosofía en los medios de comunicación, y crear nuevas, siempre con el pueblo como protagonista;

38. Lins Da Silva sugería algunas preguntas de investigación. Por ejemplo, quién produce la prensa sindical -si periodistas profesionales, las direcciones de los sindicatos o los propios trabajadores- y qué diferencias se observan en cada caso en el producto y en la relación con el público (33).

39. Aquí remite a un trabajo suyo presentado en un “Seminario de Comunicación Participatoria” realizado en Recife, Brasil, en noviembre de 1980. Díaz Bordenave aclara, en plena dictadura brasileña, que esto “es posible en aquellos países cuyos gobiernos no estén sometidos al plan transnacional de profundización del capitalismo, que les lleva a reprimir la organización y la expresión populares con el fin de crear un ambiente de orden, paz y seguridad que atraiga a las inversiones extranjeras y mantenga el dominio de las élites nacionales” (19-20).

40. Las recomendaciones estaban basadas en un trabajo de Antonio Cabezas y Amable Rosario García, que proponían siete técnicas: la unidad móvil, el noticiero popular, el drama vivo, el sociodrama radiofónico popular, el concurso popular, la campaña educativa y el festival educativo. También retomaba las propuestas desarrolladas por Mario Kaplún para Radio Occidente de Tovar, Venezuela.

- “procurar que los centros de formación de comunicadores profesionales sustituyan sus curriculums alienados y tecnólogos por programas de estudios orientados al amplio campo de la democratización de la comunicación, incluyendo pasantías de los alumnos en organizaciones populares que la practican y en medios de comunicación que la apoyan”;
- difundir las “experiencias latinoamericanas de comunicación popular” (20).

Vinculado a esta necesidad de conocer las experiencias, otro aporte de este primer número de *Chasqui* (segunda época) fue el artículo de María Cristina Mata, “Investigar lo alternativo”⁴¹. Advertimos aquí también la dispersión terminológica a la que aludimos al inicio de la tesis, y en particular el corrimiento que se produjo en los primeros ochenta hacia lo “alternativo”, si bien muchos autores seguirán refiriendo a la horizontalidad y a la “comunicación popular”. La propia *Chasqui* inauguraba una sección llamada *Comunicación alternativa*. En el caso del artículo de Mata, convivían referencias a las “prácticas populares alternativas de comunicación” (Mata, 1981a: 72), la “comunicación popular alternativa” (73) y también de “comunicación alternativa” a secas (74). A la hora de definirla, al igual que para Díaz Bordenave, el aspecto central estaba en los sujetos:

“Si algo se trastoca en las prácticas alternativas con relación a los tradicionales modelos de comunicación, es la definición del sujeto. Estalla la noción de un emisor que es sujeto por poseer los medios para emitir (económicos, tecnológicos, culturales) y el poder (político - legal) para hacerlo; estalla la noción de un receptor objeto porque es recipiente de la acción del primero” (Mata, 1981a: 73)

A su vez, de manera correlativa, también enfocaba el *proceso*, el uso, el proyecto:

“Situados emisores y receptores dentro de un mismo proyecto político global que genera una práctica específica (religiosa, educativa, partidaria, gremial, etc.) el proceso de producción de mensajes tiende a lograr la representación mayoritaria del conjunto, la colectivización de necesidades, expectativas y propuestas. Para ello, se trata de ir superando las intermediaciones y de ir convirtiendo a los propios destinatarios en productores colectivos” (73).

Ya no se habla de retroalimentación. “Por ello no se buscan respuestas del receptor al emisor; se propicia en cambio el diálogo, el debate, la formación del conjunto”.

La preocupación de este artículo radicaba en que, más allá de su desarrollo y su valoración, estas experiencias no habían sido estudiadas sistemáticamente. Igual que el de Lins Da Silva para el caso de la prensa sindical, era un llamado a la investigación,

41. Ya mencionada en el capítulo 4 por su paso por la Universidad Nacional de Córdoba, profundizaremos su trayectoria en el capítulo siguiente.

que contenía además una preocupación metodológica: planteaba la necesidad de construir procesos y herramientas de análisis acordes al objeto y de asumir posiciones no neutrales; en otras palabras, que “los investigadores -que pueden o no ser protagonistas directos de esas prácticas- forjen con los investigados una relación dinámica a través de la cual ambos progresen en el conocimiento del objeto de estudio” (73).

La convocatoria es significativa, sobre todo teniendo en cuenta que se trataba del número inicial de la nueva época de *Chasqui*. El interés por el tema se sostendría en las siguientes ediciones. Incluso, como ya vimos, se ensayó una sección estable sobre *Comunicación alternativa*.

En rigor, dicha sección como tal duró sólo tres números. Es interesante analizar qué contuvo: primero, un artículo sobre las agencias de noticias alternativas; luego, un artículo sobre un Centro Nacional de Comunicación Social (CENCOS) de México; finalmente, una nota sobre *El Diario de Marka* en Perú. Es decir: expresiones de *alternatividad* en la escena internacional -donde la clave no está en la comunicación de base-, muchas de ellas sostenidas por los estados; un centro de origen católico iniciado en la década del 60, devenido en agencia de prensa alternativa; y un caso de prensa partidaria de izquierda.

Casi todas las notas publicadas advertían sobre la imprecisión conceptual del término o el carácter inacabado de las definiciones. José Pasquini (1981a) asume que “aún los comunicólogos no han logrado una definición precisa sobre comunicación alternativa” y se pregunta si “es lo mismo comunicación alternativa que comunicación popular?” (36). Su definición -tomada del mexicano Miguel Ángel Granados Chapa- es sencilla y quizá tautológica: lo alternativo es *lo otro* en relación a lo dominante. Así, si en el mundo de las agencias lo dominante son cuatro empresas occidentales -las tan denunciadas “agencias transnacionales”-, podrían ser alternativas incluso algunos proyectos de empresas privadas que buscaron generar flujos de información más equilibrados u otros tratamientos de la noticia⁴². Finalmente, el principal caso abordado era el de ASIN, la integración de servicios nacionales de prensa formada por países de América Latina y el Caribe.

En el artículo sobre CENCOS, que apareció en el número 2, José Álvarez Icaza -su fundador y director- se propone contar la rutina de una agencia de prensa alternativa de México, aunque luego repone la historia y los principales hitos. Iniciada en 1964 “a partir de una experiencia católica militante”, inicialmente publicaba información de la Iglesia: “Pero de alguna manera, sí nos considerábamos ya desde entonces, como una ‘información

42. No obstante, luego admitía que “la necesidad de la empresa privada de conseguir rentabilidad del negocio informativo determina sus criterios periodísticos” y, frente a ello, se pregunta si los gobiernos tienen la “capacidad de producir una información diferente, que no sea de simple propaganda del régimen de turno” (Pasquini, 1981a: 38).

alternativa', porque dábamos la 'otra' información religiosa que antes no se proporcionaba" (Álvarez Icaza, 1982: 45). Luego se desvinculó institucionalmente de la Iglesia y exploró otros horizontes de trabajo, incluyendo la documentación y capacitaciones a los sectores populares. El artículo también tematiza la pregunta emergente en la teoría de la comunicación por las "alternativas comunicacionales", que asocia a la "espléndida llamada de atención de alcance mundial" que fue el debate de la UNESCO por el Nuevo Orden y que culminó con el Informe MacBride. Sólo para pensar cómo se va forjando una tradición -heterogénea, con distintas vertientes-, es interesante señalar su lista de algunos "autores que se vienen ocupando ahora del fascinante tema de las alternativas comunicacionales": nombra a "Luis Ramiro Beltrán, Joao Bosco, Hans Magnus Enzensberger, Jerónimo Gerace [sic], Paulo Freire, Enrique González Manet, Frans Hinkelammert, Mario Kaplún, Armand Mattelart, Antonio Pascualli [sic], Fernando Reyes Matta, Rafael Roncagliolo, Gregorio Selser, Juan Somavía, Aníbal Quijano" (45). Finalmente, Álvarez Icaza arriesga una conceptualización, también en relación a *lo dominante*:

"Si por 'alternativa' entendemos 'otra' opción, en el caso de 'información alternativa', 'comunicación alternativa', 'medios alternativos', tenemos que entender la información, comunicación y los medios que 'no se dan' en un sistema determinado. Y si como ocurre en México, el sistema dominante es el capitalista, que implementa, estructura e impone un complejo aparato de dominación y de comunicación y manipulación ideológica, la 'alternativa' absoluta en nuestro medio es, necesariamente la antagónica -de tipo socialista- en la cual la información comunicación y los medios, se ponen no al servicio de reducidos sectores e intereses y de grupos dominantes, sino que se abren a las necesidades de las grandes mayorías. Por esto, la comunicación alternativa en un régimen capitalista, conlleva necesariamente al cambio social" (45)

Finalmente, la tercera aparición de la sección *Comunicación alternativa* en la revista de CIESPAL estuvo dedicada a *El Diario de Marka*, a la que *Chasqui* definió como "algo más que la principal experiencia de prensa alternativa existente en el Perú. Es una empresa de toda la izquierda peruana, con sus partidos participando (...) Es decir, una experiencia sin precedentes y única en América Latina" (72). Es decir: los editores colocaban un caso de prensa partidaria en el amplio arco que, como venimos viendo, puede constituir la comunicación alternativa. El autor de la nota era Ricardo Uceda, uno de los protagonistas de la experiencia⁴³.

La sección no volvió a figurar identificada con un cintillo, pero sus temas no desaparecieron de las páginas de la revista. No hubo

43. En el artículo era mencionado como Jefe de Informaciones, con diversas responsabilidades en el armado del proyecto. Firma como Secretario General del Sindicato de Trabajadores del diario. La nota de *Chasqui* no lo indica pero el director del diario era Juan Gargurevich.



una razón explicitada sobre esa discontinuidad, aunque podría asociarse a cierto viraje que observamos en *Chasqui* en 1983, de la noción de *comunicación alternativa* a la de *comunicación popular*, tema al que dedicará completo su número 8, el último del período analizado en esta tesis. Antes, en el número 7, la revista publicó un completo artículo de Mario Kaplún, con un panorama muy ordenador, titulado “La comunicación popular. ¿Una alternativa válida?”. El eje estaba puesto en la existencia de dos corrientes del “movimiento que hoy brega por un nuevo orden de la comunicación, por construir una comunicación democrática y al servicio de las mayorías”: la que trabaja en un nivel *macro* y la que articula un nivel *micro*. Para este autor, al que ya hemos presentado, estas no eran tendencias “opuestas ni antagónicas” sino que tenían “amplios planos de convergencia en sus premisas y en sus metas últimas” (Kaplún, 1983: 40).

“La primera tendencia pone el énfasis en la necesidad de políticas nacionales e internacionales de comunicación; apunta a combatir a las transnacionales de la información y a los grandes monopolios que concentran el poder de los medios masivos. Su meta es la transformación estructural de las redes de comunicación masiva, a escala de todo un país e incluso a escala planetaria. Esta corriente está integrada -al menos por ahora- sobre todo por analistas teóricos e investigadores de la comunicación, quienes, al comprobar científicamente el carácter deformante y colonizador de los medios masivos tal como éstos hoy operan, han sentido el legítimo y comprensible deber de lucha por cambiar ese orden negativo y atentatorio de la soberanía y la cultura nacionales. Y por cambiarlos desde la cúpula, desde los centros de poder y de toma de decisiones. Su ámbito de acción son los institutos de investigación, los documentos de análisis y de denuncia, los congresos y foros internacionales, las conferencias de la Unesco y otros organismos intergubernamentales.

La otra corriente, la que -con todo lo de esquemático que estas tipificaciones suponen- hemos denominado ‘micro’, no desconoce ciertamente la necesidad e importancia de esa lucha por transformar las redes masivas de comunicación ni la siente ajena. Pero su énfasis está puesto en las experiencias prácticas que, aun a pequeña escala, intentan plasmar en el aquí y el ahora ese nuevo orden comunicacional democrático e igualitario. Distintos rótulos la designan: ‘comunicación horizontal’, ‘comunicación participativa’, ‘comunicación popular’” (40).

Para Kaplún, en términos gramscianos, tanto la puja por las políticas como las prácticas de comunicación de base son expresiones de una “sociedad civil pugnando por su reconocimiento”, por lo tanto es razonable considerarlas complementarias y convergentes, desde su especificidad, a la democratización de la

comunicación. “Pero en los hechos no sucede exactamente así. Hay entre ambas corrientes un punto de fricción que hace que el diálogo entre la una y la otra no sea siempre fluido” (40); en particular señalaba cierto desdén de los teóricos hacia las experiencias comunitarias, artesanales, chicas (41).

En su defensa, Kaplún volvía a poner el foco en el sujeto de la comunicación popular o alternativa. Lo que los críticos olvidan o no comprenden -dice- “es que para el movimiento de base la comunicación no constituye un fin en sí, sino un instrumento necesario al servicio de la organización y la educación populares”:

“Son organizaciones tales como cooperativas, centros de educación y de cultura popular, asociaciones de vecinos, grupos de mujeres y de jóvenes, ligas campesinas, comunidades cristianas de base, bibliotecas populares, comités de salud, comunidades educativas y otras muchas formas que toma la acción popular organizada, las que crean esos medios de expresión e información y se valen de ellos como propulsores de la participación y la movilización, generadores de un mayor nivel de conciencia, canales comunicativos para el intercambio y el análisis de experiencias y animadores de la acción colectiva” (41)

Grupos que -como ya había planteado Díaz Bordenave, y Kaplún lo retomaba- constituían el punto de partida de la democratización. Kaplún acudía también a una definición de Mata sobre la comunicación alternativa como praxis sociopolítica de transformación -de un texto de 1982 que veremos en el siguiente capítulo-. La eficacia o la relevancia de los medios “artesanales” no debía evaluarse entonces por su capacidad para competir con los medios masivos, sino en su contribución para cohesionar, expandir y orientar la acción de las organizaciones de base (42). Además, esos medios desempeñan “la función de una gran escuela popular de comunicación” (43)

“La naciente organización popular en la cual se insertan los medios de comunicación participativos, apunta como objetivo último a la hegemonía popular, lo cual implica transformar desde abajo, desde la base, todo el conjunto de las relaciones sociales, en sus dimensiones política, económica, cultural y no sólo en la comunicacional -aunque, desde luego también en ella, en cuanto la comunicación es la expresión del tipo de relación que se da en una determinada sociedad” (42)

Parece claro la opción por el término *comunicación popular* tenía que ver con el sujeto y con ese proceso de organización popular; en tanto la idea *comunicación alternativa* tendía a poner el énfasis sólo en el contenido y el flujo de la información, un equívoco al que Kaplún también asociaba a los teóricos de la corriente “macro”.

El número 8, también de 1983, estuvo dedicado a la comu-

“Es legítimo preguntarse -escribe Kaplún sobre el final del artículo- si una eventual conquista de políticas nacionales masivas podría en las presentes condiciones operar una transformación en la naturaleza misma de la comunicación; o si tales políticas, en el actual contexto, no conducirían más bien a un cierto cambio de contenido de la información, pero sin modificar mayormente el sentido vertical y unidireccional de la mal llamada comunicación masiva.” (42-43). Desde esa concepción es que el artículo termina con un llamado a estos investigadores a prestar más atención a las experiencias populares, sin impugnarlas por su supuesta reducida fuerza (43).

nicación popular. En el editorial, Luis Proaño hablaba de un “auge de la preocupación en América Latina por la Comunicación Popular” (2), definida como aquella que trata de sustituir el esquema clásico “por otro en el que el receptor se convierte en emisor. Aquí radica su peculiar riqueza” (3). Se preguntaba si es “moda o descubrimiento que apunta a un cambio sustancial en la concepción y práctica de la comunicación” (Proaño, 1983: 2).

Según el director de CIESPAL, para no ser algo pasajero, la comunicación popular debía despejar tres incógnitas: una sobre su escala local -un “apego instintivo” que “encarna el peligro de tornarla inocua y parroquial”; la segunda sobre su “espontaneismo e improvisación” -versus la posibilidad de planificación- y finalmente, el rol del agente externo -“que se siente culpable cuando la dirige e innecesario cuando le permite plena libertad y autonomía”-. Varios de estos interrogantes eran recogidos en el número que incluyó entrevista, ensayo, artículos de investigación y relato de experiencias.

Si el artículo de Kaplún del número anterior había esbozado un mapa, era aquí Luiz Gonzaga Motta⁴⁴, asesor brasileño de CIESPAL -que llegó por el contrato de la FES-, quien ordenaba los términos del debate. Lo hacía como autor de uno de los principales artículos del número, “Comunicación popular: contradicciones y desafíos”, pero también como presentador de la sección “Controversia” dedicada a la prensa alternativa en Brasil⁴⁵ y como entrevistador de Jesús Martín-Barbero, señalado como una de las pocas personas que había tratado de sistematizar el pensamiento sobre las cuestiones de comunicación popular⁴⁶. En el diálogo con este referente, por ejemplo, el entrevistador ponía sobre la mesa el entrecruce de conceptos: “¿no hay una confusión conceptual muy grande entre la comunicación popular, la comunicación educativa, la comunicación alternativa, la comunicación participativa y otras formas de comunicación?”, le preguntaba al pensador radicado en Colombia. En su caso, Martín-Barbero llamaba comunicación popular a toda práctica comunicacional que se diera en los procesos y las culturas populares, por lo que no podía definirla “únicamente en términos positivos” ni admitía ponerla en el mismo nivel conceptual que

44. Periodista, profesor y consultor. Durante diez años fue profesor de teoría y métodos de comunicación en la Universidad de Brasilia. Luego se desempeñó como asesor académico de CIESPAL durante dos años.

45. Bajo el título “La prensa alternativa en Brasil. ¿Cumplió su papel?”, *Chasqui* presentaba dos textos testimoniales de Raimundo Pereira (creador y editor de los periódicos alternativos *Bondinho*, *Opinao* y *Movimento*) y Ziraldo Alves Pinto (periodista y uno de los caricaturistas más conocidos del país, editor durante muchos años del periódico *O Pasquim*, que llegó a vender más de 250 mil ejemplares por semana). El objetivo era pensar el fenómeno de la “prensa nanica” o alternativa, que tuvo su auge en los años setenta pese a la censura y la represión. “Los periódicos alternativos, además de una posición político-ideológica abiertamente definida en contra del régimen autoritario, tenían una estructura de propiedad, diagramación y textos muy distintos al de la gran prensa”, describe Gonzaga Motta en la introducción. “La prensa alternativa conquistó su mercado, abrió espacios políticos y se transformó en un importante canal de expresión del inconformismo popular”. Entrados los ochenta, por factores que eran parte de las controversias, esta prensa alternativa perdió esa relevancia.

46. Martín-Barbero tenía en ese momento 46 años, de los cuales 20 había vivido en América Latina.

términos como “comunicación participatoria” o “comunicación educativa” (Gonzaga Motta, 1983a: 5). Luego, asumía que los desplazamientos teóricos de los setenta habían permitido encontrar, en los modos de hacer comunicación de las clases subalternas, alternativas o réplicas “a la homogeneización transnacional” (6), y eso dio lugar a proyectos para transformar esas resistencias en “impugnación” creativa (entre esas experiencias valora el trabajo de Kaplún y el del Centro Jesús María Pellín, de Venezuela). Tras ese movimiento, no podía hablarse de comunicación popular si “no surge a partir de algún movimiento social, de algún movimiento de impugnación o de resistencia a la dominación política, económica o cultural”, como los que se registraban contra la dictadura brasileña, en la experiencia de la radios mineras o en los movimientos político-educativos centroamericanos (7).

Gonzaga Motta también preguntó a Martín-Barbero cómo se relacionaban estas inquietudes con el movimiento por un NOMIC:

“El primero, y aunque suene utópico, me parece que el desequilibrio informativo no es enfrentable sino a partir de una nueva concepción de la comunicación. No se trata de producir más información. No es un problema de cantidad. No es un problema solamente de que se hable más de América Latina. Es un problema de estructuras de producción de la información. Y en esas estructuras de producción de la información está implicada una concepción del poder, de la organización del poder y, bien, pienso que la comunicación popular tal y como venimos planteándola permite asomarse a otra concepción del funcionamiento de la comunicación. Permitiría, entonces, por una parte descubrir la pluralidad y diversidad de los pueblos que forman América Latina. No solamente de las naciones, no solamente de los estados. Es decir, el descubrimiento de lo nacional-popular, el descubrimiento de las identidades culturales, sociales, de que está hecha América Latina” (Martín-Barbero en Gonzaga Motta, 1983a: 7).

La producción temática se completaba con varios artículos: del sociólogo chileno Fernando Ossandon sobre “Democratización de las comunicaciones”, que asocia la comunicación popular a aquella que recupera el habla para el pueblo; del venezolano Antonio Pasquali, que señala como falsa la contradicción entre libertad y equilibrio informativo y debate con los adversarios del NOMIC; y del actor argentino Jorge Laguzzi, que escribe sobre la comunicación que se establece entre el actor y el espectador en el teatro. Finalmente, esta edición de *Chasqui* incluía la narración y reflexión sobre seis *experiencias* de distintos países: un proyecto de CIESPAL y la OEA de comunicación educativa para áreas rurales desarrollado en cinco comunidades de Ecuador; el grupo FASE de Brasil, que trabaja audiovisuales desde una perspectiva de la educación popular; el Programa de Di-

Un aspecto interesante de este artículo, que comparte con exploraciones de Fernando Reyes Matta que veremos más adelante, es su búsqueda de un legado histórico: “los sectores populares de cada país cuentan con una historia rica e intermitente de desarrollo de sus propias capacidades informativas y expresivas”. Vale destacar que no se remite a las experiencias radiales de los años 40 sino que se retrotrae a la prensa obrera de principios de siglo: “la comunicación popular tiene la misión de indagar nuevamente en los mitos, los personajes, los símbolos de las luchas obreras [...] [U]no se encuentra con antecedentes de una vocación hegemónica en algunos actores populares del pasado. Así por ejemplo, el estudio de la prensa obrera de principios de siglo en Chile, revela una diversidad ideológica mayor que la usualmente reconocida, gran sensibilidad e interés por un contacto ‘subjetivo’ con el receptor, alta incidencia informativa (y de opinión) de los lectores y corresponsales, mediante cartas, preocupación por una “moral obrera”, etc. La recuperación colectiva de una memoria hasta ahora arrinconada y disgregada por el sistema dominante es, a menudo, un punto de partida del pueblo para su autoreconocimiento” (Ossandon, 1983: 21-22).

fusión Campesina de ICECOOP -una organización de apoyo al movimiento cooperativo- en Chile durante la dictadura; un caso de comunicación popular en el barrio Santa Cecilia de México; un periódico impulsado hacia 1974 por Pastoral de Favelas en Brasil; y dos experiencias a las que nos referiremos el capítulo siguiente, el trabajo con Teatro Popular del Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP) en Venezuela y el desarrollo del Programa de Comunicación de CELADEC.

El artículo de Luiz Gonzaga Motta, que ordenaba el sentido del número, insiste en situar a la comunicación alternativa como *uno de los frentes* de la democratización de la comunicación,

“que van desde el plano internacional -en donde se desarrolla una batalla por flujos de información más equilibrados entre los países industrializados y los del Tercer Mundo- hasta los movimientos comunitarios que buscan crear canales de expresión para pequeños grupos locales, pasando por el esfuerzo necesario para crear, en cada país, políticas democráticas de comunicación a nivel nacional” (Gonzaga Motta, 1983: 12)

Observa asimismo un proceso de maduración de quienes intervienen en cada uno de esos frentes; de la denuncia a la búsqueda de alternativas. Es decir, un pasaje de una etapa necesaria de constatación y demostración del “colonialismo, del autoritarismo, del comercialismo y del sensacionalismo de los medios de comunicación colectiva”, que fue acompañado por la enunciación de un modelo utópico o idealista, a la definición de estrategias y el avance en luchas concretas:

“A nivel internacional, las estrategias incluyen la creación de nuevas agencias informativas de carácter público, orientadas hacia los problemas del Tercer Mundo; a nivel de las políticas nacionales, incluyen luchas para modificar la legislación referente a los medios de comunicación y descentralizar las decisiones del área; a nivel de las empresas privadas de comunicación, implican la organización sindical combativa de los profesionales, la conquista de un mayor poder para los periodistas, editores y productores del material informativo y cultural y la creación de propiedades alternativas de los medios (cogestión, autogestión, cooperativas de profesionales etc.); a nivel del público consumidor, las estrategias suponen que en los programas escolares se incluyan disciplinas sobre ‘educación para la comunicación’, que se creen grupos autónomos para la lectura crítica de los medios de comunicación y muchas otras estrategias” (Gonzaga Motta, 1983: 12-13)

Frente a algunos resultados limitados -“por ahora”- el frente *comunicación popular* es uno de los que registraba más avances, “no sólo porque se ha generalizado en todo el continente y abarca un número cada vez mayor de personas, sino, principalmen-

te, porque fue en las experiencias de comunicación popular en donde otra comunicación, diferente de la unilateral y autoritaria, comenzó a formarse” (13). Podemos extraer de este artículo algunas aproximaciones conceptuales a la *comunicación popular*:

- Refiere a experiencias *de base* en comunicación y educación⁴⁷, que tienen como “fin principal” organizar y movilizar a pequeños grupos para que manifiesten sus inconformidades y reivindicaciones;

- Estimula la participación.

- Es antiautoritaria. Implícita o explícitamente, implica una denuncia a la sociedad autoritaria.

- Pone en escena “nuevos actores de la comunicación: el propio pueblo”. Busca “que los receptores populares sean los nuevos polos emisores” (14).

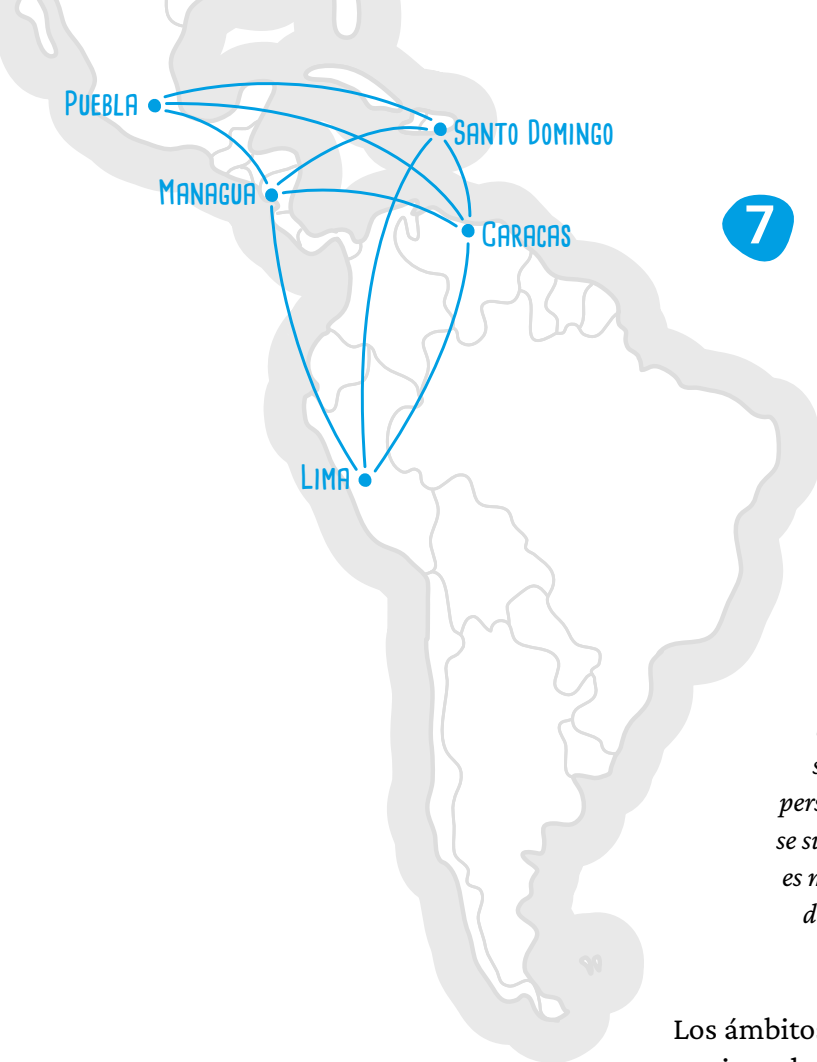
- Cambia el rol del comunicador/educador: ya no es transmitir mensajes sino crear canales y oportunidades para que los grupos populares se expresen⁴⁸. El rol del “agente externo” es objeto de una serie de recomendaciones y reflexiones (16-18).

- No tienen una regla o modelo preestablecido: atraviesa un momento de experimentación, de ensayo y de error.

Durante estos mismos años de debate de un *nuevo orden*, aproximaciones y definiciones similares emergieron en los ámbitos cristianos y en organizaciones integradas por algunos de los intelectuales-faro que identificamos en la primera parte de la tesis en Chile, Perú o Argentina, ahora en el exilio. De eso tratan los últimos capítulos de esta tesis.

47. La referencia a una vertiente educativa, cuya relevancia ya vimos en el capítulo I, no es casual. Más adelante, al admitir ambigüedades del término, Gonzaga Motta explica que se encuentran y confunden dos formas de comunicación: “una comunicación de carácter educativo, didácticamente participativa, hecha por comunicadores o educadores que provienen de sectores medios (trabajan con la Iglesia, con instituciones de educación popular, organismos públicos, etc.) (...) La otra es la comunicación del pueblo, practicada por grupos populares, espontánea y creativa” (13).

48. Esto implica la necesidad de repensar el rol del profesional y su formación. El autor advierte que “las escuelas de comunicación continúan capacitando al profesional para que trabaje en los periódicos o en las grandes emisoras de radio y televisión. Nadie puede negar que las reflexiones teóricas. Han avanzado mucho, permitiendo elaborar conceptos sobre las comunicaciones participativa, alternativa y popular (...) pero también es cierto que el entrenamiento profesional no contempla (porque no sabe cómo, porque no quiere, o porque no puede) una calificación profesional para actuar junto a las poblaciones” (Gonzaga Motta, 1983: 14). En este plano sugiere aprender de otras disciplinas que realizan trabajos afines, como la educación popular, la medicina social o el trabajo social.



7 Las redes cristianas (II)

“La comunicación popular que llegamos a definir como alternativa, era una praxis que se transitaba por múltiples senderos pero que se reconocía unánime en su hacer y en su perseguir: un hacer presente lo marginado y dominado, lo que se sufre y se pelea; un perseguir la posibilidad del habla que no es mero ejercicio de lenguaje sino ejercicio de vida igualitaria, de participación real, de libertad y justicia. Claro que suena lírico, pero eso aprendimos” (Mata, 1983: 78)

Los ámbitos religiosos se vieron atravesados por las políticas represivas de mediados de los setenta en América Latina. Un ejemplo claro ocurrió en agosto de 1976, cuando quince obispos y dos arzobispos católicos de distintos países se reunieron en Riobamba (Ecuador), por invitación de monseñor Proaño: la policía intervino con violencia, se los encarceló y finalmente fueron deportados. A su vez, sacerdotes y laicos vinculados a las experiencias de base y a la teología de la liberación fueron especialmente perseguidos por las dictaduras del Cono Sur. Como ya mencionamos, varios de los actores que presentamos en el capítulo 1 tuvieron que interrumpir proyectos, enfrentar la censura y exiliarse.

Los posicionamientos y las acciones concretas de la jerarquía católica frente a los regímenes autoritarios fueron variables según los países: desde el acuerdo y la complicidad con la represión hasta posiciones abiertamente críticas. En cualquier caso, las Iglesias siguieron siendo un lugar-otro respecto de los procesos estatales, lo que explica que ciertas parroquias o conventos resultaran lugares de refugio o de reunión de sectores progresistas.

A nivel institucional, por otra parte, la Iglesia asumió posiciones más conservadoras -y abiertamente anticomunistas- a partir de la asunción de Juan Pablo II en octubre de 1978, lo que aquietó o interrumpió movimientos internos y prácticas que habían impulsado el Concilio Vaticano II y otras expresiones de renovación que repasamos en la primera parte. Pero tampoco fue ese un proceso homogéneo; en escalas locales o regionales

y en organizaciones especializadas, las redes cristianas mantuvieron vigentes discursos emancipatorios y prácticas que promovieron la organización popular, en particular en el ámbito de la educación y la comunicación.

En ese sentido, además de seguir el itinerario de algunos de los referentes y centros intelectuales que ya presentamos, en este capítulo focalizaremos el trabajo por la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC) en el campo de la comunicación popular. Además, en línea con el recorrido realizado en el Capítulo 1 analizaremos los aspectos comunicacionales de hitos importantes de la Iglesia latinoamericana, como la Conferencia de Puebla realizada del 28 de enero al 13 de febrero de 1979, y declaraciones específicas como la surgida del Seminario Latinoamericano sobre Iglesia y Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación realizado en 1982 en Embu (un municipio del Estado de São Paulo). En cuanto a la producción editorial, además de retomar el análisis de la revista venezolana *Comunicación* y abordar las publicaciones de CELADEC, nos detendremos en un número especial de la histórica revista jesuita *Christus* y en la creación de *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, como ámbito de promoción de los principios del Nuevo Orden Internacional.

7.1. Formar, unir y comunicar

En el capítulo 1 presentamos a Mario Kaplún asociado a la investigación crítica de la comunicación masiva en América Latina y la producción de series radiales del SERPAL que activaron proyectos de comunicación grupal. Pero fue en esta etapa de repliegue de los movimientos populares de la región cuando Mario Kaplún hizo su aporte más significativo al campo de la comunicación/educación popular en términos metodológicos: el casete-foro. Se trataba de una propuesta que recogía y repensaba la experiencia previa con *medios grupales* como el cine-foro o el disco-foro:

“...Después de haber experimentado y contribuido a impulsar este modelo grupal con mi serie ‘Jurado 13’ y su método de Discoforos, que fueron utilizados por grupos populares de toda América Latina, estoy convencido de que la comunicación participativa debe partir de, y pasar por, el hecho grupal; se me hace difícil imaginar cómo podría establecerla y organizarla entre entes individuales aislados.

Sin embargo, con todo el progreso que significa, debe reconocerse que el medio permanece unidireccional. El flujo de la comunicación sigue siendo de una sola vía, del centro a la periferia (...) El grupo puede discutirlos, analizarlos, complementarlos, incluso rechazarlos; pero no puede intervenir en la emisión, modificarla. Sigue siendo receptor, más activo, pero receptor” (Kaplún, 1990: 22)



“CALFORU ya había aprendido, a costa de muchas frustraciones, que la formación cooperativista no se logra con ‘charlas educativas sobre cooperativismo’, ni repitiendo una y otra vez la historia de los tejedores de Rochdale o pasando películas ejemplarizantes suministradas por la Alianza para el Progreso (...) Para todos quienes participamos en la coordinación del programa, se hizo evidente que, para desarrollar la autogestión popular, se necesita comunicación; que metas autogestionarias y canales comunicativos son dos cosas que tienen que ir juntas” (Kaplún, 1990: 45).



Como vimos en el capítulo anterior, Kaplún presentó la experiencia en el Primer Seminario Latinoamericano de Comunicación Participatoria organizado por CIESPAL en 1978. El informe final de la experiencia, de 158 páginas, fue publicado por Instituto de Promoción Económico Social del Uruguay (IPRU) el mismo año. Algunos extractos de ese trabajo salieron en *Chasqui* (Kaplún, 1978). Impulsado por Elizabeth Fox, Kaplún elaboraría luego un libro más completo, que detalla la metodología y amplía sus bases teóricas: *Comunicación entre grupos. El casete-foro*, publicado en 1984 en Ottawa (por el IDRC) y editado en Buenos Aires por Humanitas en 1990. En ese libro reconoce la contribución de uno de sus hijos, el sociólogo Daniel Kaplún Hirszt, “con sus hondas observaciones, a esclarecerme sobre estas posibilidades y a la vez existencias del método” (81).

El nuevo método apuntaba a construir *emisores*; o mejor dicho, *emisores-receptores* (*emirecs*, como los llamaría Cloutier), a partir del uso de una nueva herramienta¹, aunque se insistía en que el centro de la propuesta no estaba en la tecnología (el casete) sino en la práctica colectiva (el foro). Kaplún definía al casete-foro como

“un modelo de comunicación para la promoción y educación de adultos, puesto al servicio de organizaciones de desarrollo comunitario -rurales y urbanas-, centrales cooperativas, centros de educación popular, etc. El método es grupal y bidireccional (...) El modelo combina la comunicación colectiva con la interpersonal: mensajes colectivos grabados en cassettes, audición del mensaje por parte de cada grupo, discusión del mismo y respuesta del grupo grabada en la otra pista del *cassette*, que retorna al centro emisor-receptor. Se trata, pues, de un instrumento de comunicación participativa y dialogal. Todos son emisores y todos son receptores. Todos asumen el rol de interlocutores” (Kaplún, 1978: 29)

Como explica Gabriel Kaplún en un texto que repasa la trayectoria de su padre, “el casete-foro ponía su acento en la posibilidad de revertir la unidireccionalidad comunicacional y recuperar el sentido dialógico de la comunicación frente al paradigma dominante informacional y transmisor” (Kaplún, 2008: 739). Mario desarrolló este método hacia 1976, inspirado en las palabras de Brecht que ya hemos advertido como influencia en varios capítulos. Presentó la idea a Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox, que por entonces trabajaban en el Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC). Ellos “valoraron la propuesta, vislumbraron sus potencialidades” y le otorgaron una ayuda financiera para “experimentar el método en 1977-78 con grupos de cooperativas de agricultores uruguayos” (Kaplún, 1993: 136) que lo habían convocado para mejorar sus canales de comunicación.

La primera experiencia se desarrolló entre abril de 1977 y marzo de 1978 con doce grupos vinculados a la Cooperativa Agraria Limitada de Sociedades de Fomento Rural (CALFORU), con objetivos limitados y un marco modesto: “En el Uruguay de los generales, donde todo intento de educación popular es reprimido e incluso el cooperativismo se halla apenas en el confín de lo tolerado, no se podía pensar en una experiencia de más amplio horizonte político”, contaría Kaplún más tarde, en una de las compilación que analizamos al final del recorrido de la tesis (en Simpson Grinberg, 1981: 223).

La propuesta del casete-foro estuvo atravesada por la expe-

1. La referencia tecnológica es propia de la época, pero Kaplún innovaba con la propuesta de uso. En la India, por ejemplo, la FAO había promovido el uso del casete para un programa de alfabetización y entrenamiento agrícola para campesinos, que alcanzó a 1800 grupos escuchas. En esa experiencia, el aparato era sólo un “diseminador de mensajes”, elegido por su portabilidad pero no discutido en su condición de transmisor (Kaplún, 1990: 28).

riencia del exilio, que en el caso de Mario Kaplún y Ana Hirsz vivieron entre 1978 y 1985 en Venezuela. El principal desarrollo del casete-foro se dio en ese país, donde los participantes propusieron llamar al método *FORUCO*, porque “forma, une y comunica” (Martínez Terrero, 1986: 56-58). Además de ser, como ya vimos, uno de los pocos países de la región que sostenían una legalidad democrática, la elección de ese país se debió a una oferta de trabajo de la Universidad de Trabajadores de América Latina (UTAL), que a través del uruguayo Jorge Luis Ornstein le propuso dirigir un Centro de Comunicación recién creado. Allí, Kaplún dio cursos de comunicación a dirigentes sindicales y se volcó a la docencia. Pero permaneció menos de un año en la UTAL: como comenta Ornstein a Silva Pintos (2010), “no le entusiasmaba del todo, él estaba más en lo religioso que en lo político”. No extraña que su siguiente trabajo, desde 1980 y hasta el desexilio, haya sido en el Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP), creado en 1974 por el sacerdote belga Armando Janssens como continuidad de una experiencia previa llamada “Jóvenes en Acción”, que trabajó en algunas barriadas de Caracas y llegó a tener una proyección nacional.

En el CESAP Kaplún organizó y coordinó el equipo de una División de Comunicación y Cultura Popular. Su compañera Ana Hirsz también trabajó allí en la producción de materiales educativos y la dirección de los talleres de teatro. Durante cuatro años, esta División realizó talleres de comunicación popular, fotografía, teatro popular, producción de audiovisuales, medios gráficos y animación de actos culturales (Hirsz, 1983: 59; Kaplún, 1993: 131).

Kaplún también desarrolló cursos de Lectura Crítica de Medios, la otra clave de su trabajo en esos años: así como ideó el *FORUCO*, se propuso también crear un método de crítica de medios, que permitiera brindar una herramienta a grupos populares, comunicadores y educadores².

Finalmente, el CESAP tenía el programa de trabajo “*Cassette-Foro* (método de intercomunicación grupal)”, que promovía la continuidad de la idea nacida en Montevideo. Con o sin asistencia de su creador, el método se multiplicaba en distintos países y con distintos usos. Así, por ejemplo, campesinos del sur del Ecuador lo adoptaron en 1980 para intercomunicar a distintas organizaciones, con la asesoría técnica de Frank Gerace. En Venezuela, una de las experiencias más importantes fue desarrollada por la Unión Venezolana de Centros de Educación Popular (UVECEP), que intercomunicó 16 centros de educación popular, urbanos y rurales.

Al igual que el *FORUCO*, las capacitaciones en comunicación popular lograron proyección regional. Fue a partir del apoyo

66 99 A los pocos meses, Gerace escribió un informe donde señalaba que “la utilización del sistema no ha seguido el cauce previsto: más bien la mayor utilización del *cassette* se origina en las bases. Los dirigentes locales graban sus mensajes para los dirigentes centrales... En lugar de ser una comunicación de doble vía, ha llegado a ser una comunicación de una sola vía pero con origen en las bases”. No había una devolución regular de un nuevo *cassette* colectivo. Kaplún toma este caso para señalar el error, producto de la inexperiencia y el apuro, de no prever la necesidad de un *equipo animador* dedicado a la producción de mensajes a partir de la escucha y la síntesis de los cassetes enviados por los grupos.

2. En 1981, invitado por UNDA/AL y OCIC, presentó su método en Lima a educadores-comunicadores de toda América Latina (Kaplún, 1993)

237



Compañero de Marita Mata, Paiva también era egresado de la Facultad de Filosofía

y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, y había realizado estudios de perfeccionamiento en la Ecole Pratique des Hautes Etudes en París. Fue secretario académico de la Escuela de Ciencias de la Información de la UNC entre 1973-1974 (ver capítulo 4). También había sido director de la revista cordobesa *Jerónimo*, en su segunda época, cuando ésta estuvo vinculada al dirigente Ricardo Obregón Cano. Tras su paso por las organizaciones que mencionamos en este capítulo, fue Secretario Ejecutivo de UNDA-AL.



Si el gobierno de Velasco -o al menos su vertiente más progresista- había promovido un poder participativo (con cooperativas, comunidades laborales, propiedad social; luego comités vecinales y núcleos educativos comunales), una de sus máximas expresiones fueron las “ciudades autogestionadas”. Villa El Salvador fue la “primera versión” (Franco, en Gelman, 1974: 34). Se fundó en 1974 a partir del traslado de unas 2.000 familias pobres que habían invadido otros terrenos urbanos. Una primera ocupación, en 1971 -mientras ocurría en Lima una reunión internacional- había sido reprimida por el Ejército, lo que generó un fuerte contrapunto con la Iglesia, a favor de los ocupantes. Tras la caída del ministro del Interior -enfrentado al obispo- el gobierno quedó comprometido a una solución. “Se trataba de encontrar la forma de integrar a la vida urbana a un número de personas todavía manejable, pero rápidamente creciente (...) Pero al mismo tiempo se buscaba poner en práctica (...): la autogestión” (Peirano, 1995: 106). Con el apoyo del SINAMOS, la organización vecinal fue clave. Se creó un centro de educación comunal, se promovieron círculos de cultura y finalmente surgió un proyecto de Centro de Comunicación Popular.

de la cooperación internacional, concretamente de Radio Nederland (Países Bajos). Por estos “talleres latinoamericanos” pasaron un centenar de comunicadores-educadores populares de unos quince países. De la sistematización de ese espacio surgió el libro más emblemático de Mario Kaplún, *El comunicador popular*, publicado en 1985³. Allí se lee claramente la influencia en su obra de Paulo Freire, Juan Díaz Bordenave, Luis Ramiro Beltrán, Antonio Pasquali y también de trabajos recientes de Marita Mata.

El rioplatense también había escrito su *Curso de lectura crítica*, pero el texto en el que describía su método permanece inédito. Su proyecto no disociaba *lectura crítica* de *emisión de mensajes*: “El método se sustenta en la idea de que para potenciar nuevos emisores hay que ejercitar la capacidad crítica en ellos, lo que implica enseñarles a decodificar cultural e ideológicamente los mensajes con el objetivo de que puedan analizarlos y tomar una postura” (Silva Pintos, 2010). En el siguiente capítulo encontraremos una idea similar y contemporánea en los trabajos de Daniel Prieto Castillo, que consideraba la decodificación crítica como una de las líneas de trabajo de la *comunicación alternativa* contra el discurso autoritario.

7.2. Evaluación, documentación y comunicación popular

Para María Cristina Mata y Alfredo Paiva, Perú fue el lugar de exilio tras su expulsión de la universidad cordobesa y la represión parapolicial de la derecha peronista. Llegaron allí cuando ya había asumido Morales Bermúdez, pero la memoria del velasquismo estaba fresca. Por un lado, porque quienes los refugiaron venían de la experiencia del Centro Nacional de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria (CENCIRA). También porque varios militantes habían formado “ONGs que eran la memoria viva de la época velasquista”⁴. Finalmente, por el lugar donde le tocó trabajar a Mata: Villa El Salvador.

Los primeros trabajos fueron en el Centro de Teleeducación de la Universidad Católica (CETUC) y en la Universidad de Lima. A esta última Mata la define como una “universidad privada bastante alejada de cualquier preocupación social”; el CETUC, en cambio, fue clave en su itinerario de producción vinculado a la comunicación popular.

Paiva ingresó como productor de guiones, en la parte audiovisual⁵. El de la Universidad Católica era uno de los centros de

3. En este trabajo, el sujeto es la clave de la definición de comunicación popular que propone Kaplún: es “una comunicación liberadora, transformadora, que tiene al pueblo como generador y protagonista” (1996: 7). También hay una dimensión vinculada a lo educativo.

4. Entrevista a Marita Mata, 2019.

5. Entrevista a Marita Mata, 2019.

producción más importantes de la Iglesia peruana⁶. Mata, en tanto, se incorporó al área de investigación del CETUC, justo en el momento en que se estaba diseñando un estudio sobre consumo de medios.

Al poco tiempo de estar allí, la UNESCO le encargó al CETUC la evaluación de un proyecto que había financiado: el Centro de Comunicación Popular de Villa El Salvador. Se trataba de una experiencia que había buscado “poner los medios de comunicación y sus técnicas en manos de la población organizada de base” y “fomentar la autocrítica y la crítica en nuestra comunidad”, a través de talleres sobre prensa, historietas, audiovisual, canto, teatro, cine y canto (Mata, Montesinos Mertz y Solezi, 1976: 17).

Mata, encargada de ese informe, reconoce en ese trabajo un momento de aprendizaje -y construcción- de metodologías de investigación y también una “entrada más sistemática en la llamada comunicación popular”, que ya no era una “comunicación de las organizaciones, en el sentido sindical como nosotros podíamos haberlo vivido en Argentina, sino que era la comunicación que llevaban adelante sectores de pobladores; los sectores populares, para decir un nombre genérico”. Además, esa experiencia -junto a un vínculo previo que hizo el contacto- fue la que los llevó a trabajar, a menos de un año de instalados en Lima, en la Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC).

CELADEC era un movimiento ecuménico creado a comienzos de los sesenta y cuya secretaría funcionaba en Lima, que en el período que analizamos cobraría relevancia para pensar/hacer comunicación popular. Como su nombre lo indica, nació vinculada a las prácticas educativas; en ese sentido, Jara Holliday la define como una “instancia regional de promoción de una Educación Popular y cristiana” y de inspiración freireana, que “fue el primer espacio de articulación latinoamericana en este campo, con programas continentales y vínculos en la mayoría de los países” (Jara Holliday, 2018: 124).

En 1976, la CELADEC creó su Programa de Comunicación, que estuvo a cargo de Alfredo Paiva hasta 1982. Desde el principio, trabajó en conjunto con el Programa de Documentación que estaba a cargo de otro argentino, José María Serra, que era quien había promovido su contratación. Marita Mata se sumó como capacitadora, al tiempo que siguió trabajando en el Centro de Televisión de la Universidad Católica (CETUC).

Las actividades de CELADEC combinaban capacitación, producción de materiales educativos, publicaciones informativas y otras tareas que coordinaban con distintas organizaciones de América Latina. Aunque tuviera base en Lima, la comisión tenía un carácter continental: el trabajo se basaba en la relación con



“Hay un libro fantástico que se llama *De invasores a invadidos* [de Gustavo Riofrío,

Alfredo Rodríguez, publicado por DESCO en 1980], porque la villa se armó producto de la invasión a unos terrenos, pero luego fueron invadidos por el Estado, por las ONG.... Era como el lugar de experimentación de lo popular. Había un Colegio de Fe y Alegría y uno de los sacerdotes, que luego dejó de serlo y llegó a ser alcalde de Villa [Michel Azcueta Gorostiza], creó este centro de comunicación popular. Estaba dividido en talleres: gráfica, historieta, radio, música. La UNESCO lo había apoyado y entonces manda a pedir la evaluación. La verdad, yo no sabía lo qué era un centro de comunicación popular ni lo que era investigar evaluativamente. Ninguno de los del CETUC sabía. A mí esa experiencia me marcó” (Entrevista a Marita Mata, 2019)



Serra fue sacerdote durante 23 años y fue había sido fundador de la Universidad Católica

de Santa Fe. En 1968 formó parte del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTC) y fue parte de su secretariado general en 1972. A fines de 1974 se hizo laico y se casó con la educadora popular Mabel Busaniche (hoy referente del movimiento de mujeres en Santa Fe), que venía de tener una experiencia en Chile con los Cristianos por el Socialismo, interrumpida por el golpe. En marzo de 1975 se exiliaron en Lima.

6. Como detalla Gargurevich, no era el único, pero era el que poseía “mayores posibilidades técnicas gracias a donaciones de la Fundación Konrad Adenauer” (en Simpson Grimberg, 1981: 203)

las secretarías regionales⁷ y las organizaciones nacionales. Su primer tarea fue relevar lo que había.

“En el Programa de Comunicación fuimos concientes, desde un primer momento, que enfrentábamos una tarea amplia y compleja: la comunicación popular se estaba haciendo en América Latina a distintos niveles y de diferentes maneras. Por un lado, organizaciones propias de los sectores populares -desde sindicatos a comunidades eclesiales de base, desde grupos de mujeres a comunidades campesinas- rescataban y creaban formas y medios de expresión propios como parte de su práctica organizativa, reivindicativa, social. Por otro, una cantidad de instituciones o grupos intermediarios generaban medios de información destinados a los sectores populares, trabajaban con ellos apoyando sus prácticas, producían materiales (mensajes) orientados a favorecer su auto-educación. ¿Dónde situar entonces ese Programa de Comunicación cuya finalidad global debía ser el apoyo y fortalecimiento de esas múltiples experiencias?” (Mata, 1983: 76)

Las experiencias eran nuevas pero también “rescataban” formas previas; en ese sentido, una preocupación fue recuperar ese espesor histórico de la comunicación popular. El boletín *Canal*, una de las publicaciones que sostuvo CELADEC, que salió entre diciembre de 1979 y enero de 1981, incluía una sección titulada “Para una historia...”.

“Queríamos, de alguna manera, demostrar que era válida aquella afirmación de Armand Mattelart con que justamente titulamos una entrevista que publicamos en el último número de CANAL: ‘la comunicación popular no nace de la nada’. Queríamos conjurar uno de sus miedos -compartidos por muchos de nosotros- el miedo de que ‘haya temas que se ponen de moda olvidando todas las experiencias que han preparado la aparición de las alternativas populares en América Latina’ (Mata, 1983: 77-78).

En síntesis, el trabajo desarrollado en esos años tenía tres líneas marcadas: la articulación y construcción de una red, la capacitación y una política editorial que acompañaba esos procesos.

La primera se vinculaba al carácter latinoamericano de la Comisión: CELADEC tenía miembros y sedes en distintas regiones. Era necesario conocer y vincular experiencias similares. En ese *interrelacionamiento* se vincularon en Venezuela con el Centro Gumilla y el Centro de Comunicación Social Jesús María Pellín -jesuitas- y también con iglesias del movimiento carismático, en Brasil con comunidades eclesiales de base y con la Iglesia metodista (donde estaba Regina Festa), en Colombia con el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP), el Servicio Colombiano de Comunicación Social (SCCS) y Dimensión Educativa, en México



Además de su vinculación con CELADEC, estas tres organizaciones tuvieron también un trabajo articulado en Colombia. Aunque excede el período abarcado por esta tesis, cabe mencionar que entre las tres conformaron hacia 1985 el Colectivo de Comunicación Popular. Éste realizó, el año siguiente, el Primer Festival de Comunicación Popular Alternativa, que convocó a unas treinta experiencias de todo el país. La sede fue el CINEP, en Bogotá, donde participaban entre otros Amparo Cadavid y Clemencia Rodríguez (González y Rodríguez, 2008: 73).

7. En ese momento -luego la estructura cambió- CELADEC tenía secretarías regionales.

con el Centro Nacional de Comunicación Social (CENCOS, cuyo referente era “Pepe” Icaza), en Uruguay con el Centro de Comunicación Popular (Roque Faraone), en Bolivia con el Centro de Información y Documentación (CIDOB) y el Centro Boliviano de Investigación y Acción Educativa (CEBIAE), en Panamá con Diálogo Social y el Centro de Estudios y Acción Social Panameño (CEASPA), en República Dominicana con el Centro Dominicano de Estudios de la Educación (CEDEE) y en Costa Rica con el Centro de Estudios y Publicaciones Alforja (cuyo referente era el peruano Oscar Jara). También, por supuesto, articulaban con organizaciones peruanas: “Había un centro muy importante que se llamó TAREA. TAREA fue, en términos de educación popular, lo más importante que hubo para mí en Perú. En términos prácticos y en términos de desarrollo de teoría de educación popular”⁸.

En cada país había una organización de base que estaba vinculada a expresiones del cristianismo de raigambre popular y políticamente comprometido. A esa trama internacional contribuía también la coincidencia de exilios, que veremos muy clara en el próximo capítulo en el caso mexicano, pero que también se dio en Lima: en CELADEC eran argentinos y peruanos, pero colaboraban también chilenos⁹, uruguayos y colombianos.

Aunque la idea de red estuvo presente desde el principio, más adelante veremos que 1979 fue un año clave para ese tejido, por dos factores: la realización de una Consulta Latinoamericana impulsada por CELADEC y el involucramiento de la organización en la campaña de alfabetización de la triunfante Revolución Sandinista. También la producción editorial, que retomaremos más adelante, se multiplicó a partir de ese año.

En cuanto a los procesos de capacitación, las acciones fueron múltiples y diversas, en función de los pedidos de las organizaciones territoriales. “Las instituciones intermediarias demandaban capacitaciones para, a su vez, multiplicar esa tarea a nivel de base. Los grupos populares demandaban herramientas técnicas y teóricas para poder expresarse o hacerlo más adecuadamente” (Mata, 1983). La formación, entonces, se planteaba como “un proceso que se inscribía en la práctica que desarrollaban los grupos populares y que trataba de abarcar los diferentes aspectos que asumía la dominación”: por un lado, la deposición de instrumentos o técnicos; por otro, el ámbito de la conciencia, en sus ambigüedades y contradicciones (Paiva, 1984: 169).

Durante cinco años, el Programa de Comunicación desarrolló o cooperó en la realización de talleres, dentro y fuera de Perú. Entre las características de esas capacitaciones, además de lo



“Yo le enseñé a Lula a hacer diapositivas dibujadas en papel manteca”, cuenta

Mata entre las tantas capacitaciones realizadas entre 1977 y 1982. Más allá de la anécdota, el relato permite visualizar el lugar que ocuparon las redes cristianas -que ofrecían una suerte de territorio protegido- en algunos contextos represivos. “El instituto Sedes Sapientiae (Sao Paulo), un instituto de monjas, era la sede de un taller. Estaba la dictadura, los sindicatos estaban intervenidos y eran los únicos habilitados para juntar gente. Estaban en una de las grandes huelgas donde se hizo un muñequito -un *bonequinho*, como decían ellos-, Joao Ferrador, era el símbolo de la lucha...* Los compañeros de Brasil habían pedido un taller de audiovisual. Yo no tenía idea de eso, hacía talleres de gráfica. Pero se enferma el compañero que tenía que ir y me piden que vaya yo. ‘No sabés audiovisual pero vos sabés hacer talleres’. Era cierto. Además, teníamos los manuales y siempre había gente que sabía en los lugares. Había que conducir. Así que hicimos el taller. Un día estaban los compañeros dibujando los audiovisuales y veo un tipo barbudo parado en la puerta. Pienso: ‘Caramba, llegó la cana’. La codeo a Regina Festa, que estaba al lado mío, y ella me dice: ‘Lula, cara’. ‘Quién es, digo yo’. ‘Es el secretario general del sindicato’. Estaban en huelga y venía a saludar a los compañeros. Entonces me lo presentan y yo le digo: ‘acá los secretarios generales trabajan como cualquier otro’ ¡Y se sentó a dibujar con los compañeros!... La Iglesia católica ponía su lugar para que se produjeran materiales para la huelga. Nosotros desde CELADEC capacitábamos. ¿Que no había capacitadores en Brasil? Por supuesto. Pero esa movida nuestra, de la capacitación latinoamericana, tenía otro sentido”.

* Hacia 1978, en el segundo mandato de Lula al frente del Sindicato, los clásicos boletines informativos fueron renovados e incorporaron caricaturas e historietas. Así apareció el personaje João Ferrador, creado por Laerte Coutinho, ícono de la prensa sindical de la región industrial de São Paulo.

8. Entrevista a Marita Mata, 2019.

9. A través de ellos, dice Mata, pudieron conocer “toda la experiencia que hubo de comunicación de las barriadas” que sucedió en la última parte del gobierno de la Unidad Popular: “La transmitieron después los exiliados, que llegaban a Lima. Nosotros, los exiliados, tuvimos la suerte de tener apoyándonos y haciendo muchos manuales con nosotros al Fernando Ossandón, que era uno de los compañeros chilenos exiliados, que luego vuelve y funda un centro de comunicación popular” (Entrevista, 2019).

señalado, destacamos dos distintivas: la articulación con el Programa de Documentación y la preocupación por *sistematizar experiencias* como parte del proceso.

La *Documentación* era una tema frecuente en la época, casi siempre planteada en los ámbitos cristianos, que promovieron “centros de documentación” en distintos sitios. Para Charles H. Foubert, del Centro de Documentación Internacional de Roma (IDOC) y referente de la temática, los documentos constituían “el sustento físico de la información” y “un prerrequisito en cualquier investigación” (VV.AA., 1982a: 97). Siendo el insumo o punto de partida de las prácticas informativas, resultaba tan preocupante la concentración en ese plano, como la que ocurría en el ámbito de los medios y las agencias de noticias:

“Existe una vinculación directa entre dicha concentración de documentación en las manos de unos pocos y las estructuras de información en el mundo. La concentración de la documentación en el Norte permite a los países industrializados el monopolio de las fuentes de información, en la medida en que el acceso a nuevos instrumentos tecnológicos llevó a una extraordinaria aceleración del procesamiento de documentación...” (Foubert, en VV.AA., 1982a: 98)

Desde la década del sesenta surgieron gran cantidad de pequeños centros de documentación independientes, que se afirmaron “en contacto con las situaciones locales y los movimientos locales (las llamadas ‘bases populares’)” (98). En los setenta, estos “Centros de Documentación Popular” trataron de consolidarse “mediante la adopción de tecnologías idóneas para el manejo de documentos y a través de la creación de vínculos, tanto entre ellos, como con los medios de comunicación masiva”. Por ello Foubert considera estos intentos como “contribuciones prácticas a la definición de un ‘Nuevo Orden Informativo y Documental Internacional’” (99).

En el Informe MacBride -que analizamos en el capítulo anterior- no está ausente la cuestión documental, aunque la referencia que aparece es acotada:

“Las bibliotecas y los centros de comunicación son probablemente las más antiguas y comunes fuentes de conocimientos clasificados y almacenados (...) Pero incluso los países más adelantados tropiezan con muchas dificultades para adaptarse a las nuevas posibilidades técnicas de acopio, almacenamiento y divulgación de información” (MacBride *et al.*, 1980: 125, 127)

Según Foubert, la experiencia de esos centros permitía identificar “por lo menos cuatro conceptos” de suma importancia para el debate sobre el nuevo orden: información apropiada, información contextual, prioridad de las fuentes de documentación locales (de base, inmediata, no intermediada) y canales de comunicación horizontales y participativos. Es decir: la sis-

tematización de información y la documentación no correspondía exclusivamente a una necesidad de la investigación académica, sino que también era útil para la formación política y la interpretación de las coyunturas, como plantearía el referente de CEASPA en la Consulta promovida por CELADEC en 1979, en un texto que reconocía no sólo el trabajo realizado por su centro sino también por CENCOS en México, DESCO en Perú, el CIDOB en Bolivia y también Diálogo Social en Panamá, todos “en el campo de la información y la contra-información” (164).

En CELADEC, una característica distintiva del Programa de Comunicación fue el trabajo en conjunto con el Programa de Documentación:

“Esto es casi inédito y nos marcó. Hoy nuestras investigaciones en la universidad son sobre información. La idea nuestra y de Pepe Serra era que la comunicación que buscaba ser la alternativa no era posible sin *otra data*. No se trata de que hablemos ‘los que somos distintos’, sino también de que podamos dar otra información” (Entrevista a Marita Mata, 2019).

Un producto de ese trabajo conjunto fue la ya mencionada Consulta Latinoamericana de Documentación y Comunicación Popular (CLADOCOP), realizada para relevar prácticas documentalistas y comunicacionales asociadas a los procesos de organización y lucha del movimiento popular. La convocatoria se definió en la VI Asamblea de CELADEC (San José de Costa Rica, 1978) que recomendó un relevamiento de carácter continental. Como parte de ese proceso, los programas de Documentación y Comunicación trabajaron primero en una pre-consulta con algunas organizaciones y luego en la preparación de unas jornadas de trabajo que reunieron en Lima a representantes de una treintena de centros activos de 14 países del continente (CELADEC, 1979: 6). El objetivo fue “examinar juntos las dificultades de la comunicación popular e intentar avances teóricos, intercambiar experiencias, y arribar a acuerdos” (Mata, 1983: 159). Según un relato de Paiva, “ya en las reuniones preparatorias se nos impuso reconocer que lo que damos en llamar comunicación alternativa es un conjunto heterogéneo de prácticas desarrolladas por instituciones, grupos muy diversos, en contextos también precisos y diferentes utilizando los más variados medios” (en Reyes Matta, 1983: 29). También hubo que definir “de manera conjunta el papel que adjudicamos a la comunicación, la documentación, la investigación y la capacitación como instrumentos de educación popular” (CELADEC, 1979: 6).

La CLADOCOP, cuyos resultados retomaremos más adelante, tuvo su instancia presencial en 1979, un año bisagra para las redes cristianas. Como veremos más adelante, desde ese año se intensificó la política editorial de CELADEC y en particular se



El panameño Andrés Campos afirmaba: “El conocimiento sistemático de la realidad no sólo urge a los académicos (...) Hay en nuestros cuadros políticos de las organizaciones revolucionarias, necesidad de herramientas para el análisis de coyuntura, para las explicaciones políticas y los presupuestos que utiliza el militante político-popular para sus decisiones cotidianas (...) En parte se debe, también, a que el articulista de la prensa popular como el mismo militante popular, están acostumbrados a la lucha cotidiana y a la urgencia propia de su labor...” (CELADEC, 1979: 160)



Gilberto Giménez Montiel era paraguayo y había dirigido el órgano periodístico de la

Conferencia Episcopal Paraguaya, crítica de la política dictatorial del general Alfredo Stroessner. En ese contexto represivo, debió abandonar el país por sus editoriales asociadas a la teología de la liberación y se exilió en México, donde se convirtió en un destacado investigador de las culturas populares desde una perspectiva socioantropológica. Fue profesor titular en el Departamento de Sociología de la Universidad Iberoamericana (1973-1979) y luego se incorporó en la Universidad Nacional Autónoma de México, donde se desempeña hasta la actualidad. Su primer libro fue *Cultura popular y religión en el Anáhuac* (1978), producto de su tesis doctoral presentada en Universidad de la Sorbona (París III).

enriqueció la articulación con otras organizaciones, a partir de la participación de la campaña de alfabetización nicaragüense.

7.3. Pistas para una teoría

Como ya advertimos en el caso de Kaplún y del equipo de CE-LADEC, son años en que la sistematización de experiencias se articula con producción teórica y búsqueda de definiciones consistentes y ordenadoras de la práctica. En ese sentido, considero que un hito fundamental fue la salida, en diciembre de 1978, del N° 517 de la revista de teología *Christus*. Se trata de una publicación mensual editada por los jesuitas desde la Diócesis de Cuernavaca, que llevaba 43 años de existencia. Su director era Alfonso Castillo y tenía dos subdirectores, Felipe Espinosa e Ignacio Rodríguez. Contaba también con un consejo de redacción -integrado por otros sacerdotes- y un consejo asesor que incluía a intelectuales como Enrique Dussel y Gilberto Giménez. No era una revista sobre comunicación, pero el número en cuestión dedicó su “Cuaderno” (tema central) a la Comunicación Popular. Su introducción advertía sobre “la escasez de pistas, aportes y sistematización de experiencias” con las que se enfrentaban sus promotores. Por ende, la revista buscaba hacer una contribución para revertir esa falencia “tanto a nivel teórico como a nivel de sistematización de experiencias”.

La producción de *Christus* constaba de siete artículos y estaba ilustrada por imágenes de periódicos populares. Sus primeros dos artículos tenían una centralidad teórica que se advierte por su reproducción posterior -en los años siguientes- en diversas revistas especializadas: “Notas para una teoría de la comunicación popular”, de Gilberto Giménez y “Pistas para la comunicación popular”, de Felipe Espinosa.

Giménez aportaba una perspectiva sociológica que en primer lugar buscó definir los términos en juego, *comunicación* y -sobre todo- *popular* o *pueblo*. Rechazaba las visiones románticas o idealizadas (que asumía presentes en cierto populismo tercermundista), planteando que “el pueblo y lo popular no constituyen una esencia o una substancia, sino que *se definen por su posición relacional*” (Giménez, 1978: 25). Proponía entonces concebir lo popular a partir de una teoría de las clases sociales: el pueblo como el conjunto de las clases subalternas (Gramsci), definidas no sólo por su posición en las relaciones de producción sino por sus sistemas de identificación cultural. A su vez, pensaba la comunicación más allá del esquema de Lasswell, como “el proceso de producción/recepción de complejos efectos de sentido (y no sólo de ‘información’) a partir del lugar que los interlocutores ocupan en la trama de relaciones sociales y en función del horizonte ideológico-cultural de que son portadores en virtud de su situación o posición de clase” (27).

Desde ese punto de vista atento a los lugares sociales, el sintagma “comunicación popular” podría tener, para Giménez, dos sentidos posibles:

“o se refiere a procesos comunicativos que se generan dentro del ámbito de las propias clases populares, entre interlocutores que comparten un mismo horizonte (comunicación intra-clasista); o se refiere a procesos comunicativos iniciados desde las ‘alturas’ de la cultura hegemónica hacia ‘abajo’, es decir, en dirección a las clases subalternas (comunicación inter-clasista)” (Giménez, 1978: 27-28).

El sociólogo paraguayo dedicaba el resto del artículo al segundo caso, en que los interlocutores están “desnivelados”. Se plantea así en un problema que ya presentamos en la introducción de la tesis, asociado a uno de los puntos nodales (el protagonismo popular) en torno al cual se define esta forma de comunicación. En *Christus* es un tema que atraviesa los distintos artículos: también Espinosa, por ejemplo, hablaría de la figura de los “promotores-educadores” que deben “ir preparando” su partida (1978: 34); mientras que Jorge González planteaba que toda animación cultural implica una perspectiva política (1978: 53).

Según Giménez, en la comunicación popular inter-clasista se debía evitar el paternalismo y la comunicación manipulatoria o expropiatoria, forma que identificaba como propia del catequismo, la pedagogía tradicional y la antropología positivista:

“A los modos ya reseñados de comunicación ‘desde la hegemonía’ debe contraponerse una forma progresista y crítica de comunicación popular que supone por parte de los intelectuales una previa ‘conversión política’ que los lleve a situarse en el lugar social y dentro de la perspectiva cultural de las clases subalternas. Pero no ‘para quedarse allí’ disfrutando del folklore o compartiendo evangélicamente ‘el destino de los pobres’, sino para contribuir a su maduración política y a la elevación/ depuración crítica de su cultura...” (29)

Esta “comunicación popular para la libertad” o “comunicación popular emancipatoria” (ambos términos utilizados por Giménez) se asumía lejana al “inmovilismo folklorizante” y la “manipulación interesada”, e implicaba, al menos tendencialmente, quebrar la lógica de la dominación. Según el autor, eran pocas las experiencias latinoamericanas que se podían encuadrar en esta lógica (entre ellas menciona “el método Paulo Freire, algunos ensayos de teatro, arte y gráfica popular, etc.”) pero ya permitían identificar algunas características fundamentales. Y también reflexionar sobre ese “intelectual solidario con el pueblo” que hace una inmersión en las condiciones de vida del oprimido y se apropia de los códigos populares. Entre otras cuestiones, Giménez señala que su función “no se agota en la tarea de ‘prestar voz a los que no tienen voz’. *Implica*

sobre todo y principalmente su intervención educadora y dirigente en el seno del mismo pueblo, contribuyendo activamente a que las clases subalternas tomen conciencia crítica de sus propios horizontes culturales” (1978: 30).

En el mismo sentido iban las “Pistas para la comunicación popular” propuestas por Felipe Espinosa, quien remitía al texto de Giménez para “no caer en repeticiones” ni abundar en teoría: “quiero presentar algunas pistas para la comunicación popular que el tiempo y mi trabajo me han ido aportando. Son reflexiones provocadas por intentos de comunicación popular”, de praxis realizadas en contextos de “manipulación y control de los medios de comunicación por las clases dominantes” (Espinosa, 1978: 32).

Además de su perspectiva sobre el rol del promotor-educador, un aporte de este artículo fue pensar la necesaria articulación entre comunicación de grupo y comunicación de masas. Es decir, abordaba otra de las tensiones que presentamos al inicio, asociada al primero de los puntos nodales presentados. Para Espinosa la comunicación popular no se reducía *a priori* al ámbito de lo micro y lo artesanal (en ese sentido, no sería sinónimo de la comunicación de grupos, tan trabajada desde los ámbitos cristianos):

“El trabajo de comunicación popular se puede hacer a dos niveles: en talleres o grupos de trabajo-reflexión y a nivel masivo. La comunicación popular a nivel masivo sin el apoyo de grupos de sostén y de promoción tiende a perderse, a dispersarse ante el peso y fuerza de la comunicación dominante. Es necesario que haya grupos, cooperativas u organizaciones que sostengan, impulsen y propaguen a las masas su aportes, reflexiones y avances de su proceso promocional liberador en su propio lenguaje” (Espinosa, 1978: 33)

A su vez, sino hay algún mecanismo intergrupal y masivo, la labor en grupos se hace demasiado localista y se empobrece. Como ejemplo de esa integración entre lo grupal y lo masivo, mencionaba una de las experiencias a la que nos referimos en el capítulo 1: la Radio Santa María de República Dominicana, “quizá la mejor radio-escuela de Latinoamérica”.

Finalmente, en una exposición sencilla, punteaba algunas características de la comunicación popular que cabe recuperar:

- La información que ofrece debe ser objetiva y veraz, mostrar causas y ofrecer alternativas;
- Procurar “la constante participación del pueblo”. Este aspecto era nombrado con el concepto clásico de *retroalimentación*. El conjunto de “aportaciones, críticas y respuestas”, plantea el autor, deben ser analizadas y sintetizadas por el grupo promotor, “para devolverlo al pueblo y hacerlo parte del lenguaje popular” (Espinosa, 1978: 34)
- Tener en cuenta que la comunicación popular no es sólo verbal, sino también gestual, visual y conductual.
- Retomar la rica memoria histórica de las clases populares.

- Involucrarse con una praxis política: “La comunicación popular tendrá que estar íntimamente relacionada e integrada con todo movimiento de organización y reforzamiento de la práctica social a nivel político. La sola comunicación no va a cambiar la sociedad por bien que se realice, pertenece sólo a la instancia superestructural. De alguna manera habrá que incidir en las relaciones sociales de producción” (35).

Entre las caracterizaciones realizadas por el artículo también hay una enumeración de “los medios populares de comunicación más identificados con las clases subalternas”, que serían “teatro, relato, pastorelas, danza y corrido” (34). Traigo a colación esta mención no por su vigencia sino para comprender el sentido de otros artículos incluidos en aquel cuaderno, como el de Jorge González Sánchez: “El teatro popular: un instrumento de comunicación (reflexiones sobre los alcances y límites de una experiencia campesina de autogestión)”, que daba cuenta de una experiencia desarrollada entre octubre de 1976 y febrero de 1978 en Xalatlaco, un pueblo del Valle de Toluca.

En la suma de los aportes de Giménez y González -y también un tercero, de Francisco Vanderhoff, que aún no comenté- es interesante advertir la creciente influencia de Gramsci y de teóricos gramscianos italianos (Alberto Maria Cirese, Luigi Lombardi Satriani), que en el siguiente capítulo veremos plasmada en un número de *Comunicación y Cultura* mentado por el propio González. Para este autor, que como punto de partida señalaba la importancia del “estudio crítico (teórico-práctico) de los procesos de comunicación popular”, era imposible desarrollar “políticas de educación y animación popular sin tomar en cuenta (y no sólo de manera anecdótica y pintoresca) lo que las clases subalternas sienten y expresan de ellas mismas” (González, 1978: 53).

Con menor elaboración teórica, otros dos artículos de la edición remitían también a experiencias. “La canción, el teatro, la fiesta... vehículos de la comunicación popular”, firmado por el Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario (IMDEC), daba cuenta de un trabajo en colonias populares de Guadalajara desde 1973, año en que se creó un Departamento de Comunicaciones en dicho organismo. En el artículo se define lo realizado como una acción de “promoción” y se informa sobre distintas prácticas vinculadas al teatro, la música y la prensa popular. Entre sus referencias remite a principios de la pedagogía del Lenguaje Total, a la que nos referimos en el capítulo 1.

Por su parte, Arnaldo Zenteno comentaba lo que denominaba “experiencias de evangelización-comunicación popular”. Si bien en su trayectoria enumeraba el desarrollo de sociodramas, teatro popular; discoforos y cantoforos; hojas parroquiales, catecismo popular, periódico mural, y cuadernos de reflexión, el artículo sólo comenta las tres últimas como “ejemplos que pueden inspirar el trabajo de diversos grupos apostólicos” (Zenteno, 1978: 59)



Este trabajo había sido la base de su tesis de licenciatura en Comunicación en la Universidad Iberoamericana (marzo de 1978). González comentó y analizó más ampliamente la experiencia y su perspectiva teórica en *Dominación Cultural, expresión artística y promoción popular*, publicado en 1980 por el Centro de Estudios Ecuménicos (CEE), una institución que páginas más adelante veremos coeditando junto a CELADEC una investigación realizada por exiliados argentinos. Allí articulaba una perspectiva gramsciana para pensar las culturas subalternas y definía los elementos fundamentales de una “Pedagogía de Animación desde una perspectiva popular”, como forma de intervención que dejara “que el pueblo se exprese”. Entre los agradecimientos del trabajo, González incluía al “profesor Alberto Mario Cirese, de la Universidad de Roma, quien ante el trabajo de unos desconocidos, en una lengua extraña y mal redactada, se tomó el trabajo de leerlo y comentarlo pacientemente en varias ocasiones, orientándonos y motivándonos a continuar” (González, 1980: 8).

Completan el cuaderno los dos artículos más vinculados al perfil teológico-religioso de la publicación jesuita: “De la liturgia ‘comunicativa’ a la praxis transformadora. Un escarmiento sacerdotal vivido entre el pueblo”, de Fernando Anzuela¹⁰ y “Evangelización y comunicación popular: Situación, posibilidades y límites de la comunicación popular en América Latina”, de Francisco Vanderhoff. La preocupación de este último, que retomaba aportes de Gilberto Giménez, venía planteada desde Medellín: cómo llegar con el mensaje evangélico a las masas populares; cómo generar la “comunidad” que es condición necesaria para la comunicación. De hecho, las relaciones entre evangelización y comunicación serían el eje de la reflexión sobre los medios planteada en la Tercera Conferencia General del CELAM (1979), de la que Vanderhoff retoma algunos documentos de trabajo preparatorios, que denunciaban la imposición y represión que ejercía la cultura de las clases dominantes sobre los sectores populares (Vanderhoff, 1978: 39).

7.4. La voz oficial: el camino a Puebla

En materia de manifestaciones y documentos oficiales, ya había quedado atrás el momento en que la “liberación” era la palabra clave. No obstante, aún con términos más moderados, las reuniones de este período estuvieron igualmente permeadas por los debates en torno al poder de la agencias transnacionales, la proyección de políticas de comunicación y la necesidad de un nuevo orden informativo.

El encuentro de los obispos responsables de la comunicación y delegados de 17 Conferencias Episcopales realizado en Bogotá en octubre de 1975, que ya mencionamos en el capítulo 1, ratificó el interés de la Iglesia por los medios de comunicación. En ellos se reconocía, centralmente, una herramienta para la *evangelización*: esa es la palabra clave de éste y los encuentros subsiguientes. De hecho, el tema propuesto por Paulo VI para la Conferencia de Puebla -principal encuentro católico de la región en este período- sería *La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*. Así, la declaración de 1975 clasificaba los medios en “neutros, católicos, de Iglesia” (Spoletini, 1985: 145) y promovía la creación de una *red de emisoras*:

“Es conveniente que se inicien los estudios de factibilidad de una red de emisoras católicas que cubra a América Latina con programas de información y formación cristiana. Dentro de este proyecto se asociarán las emisoras de propiedad

10. Anzuela comenta los cambios promovidos tras el Concilio Vaticano II y la Conferencia de Medellín -entre los que se destaca el abandono del latín en las misas- pero considera que fue una renovación “ingenua”, que depositó demasiada esperanza en el lenguaje vernáculo y en las guitarras, y eludió la necesidad de cambiar las relaciones sociales. Para el autor, es necesario “trasladar el énfasis de la liturgia ‘Comunicativa’ a una praxis totalizante del cambio social. Únicamente dinamitadas las estructuras injustas, llegará ese inmenso pueblo de subsistencia -de infrsubsistencia- a vivir una liturgia cristiana sin superstición, ni magia, ni escapismos de este mundo e historia” (Anzuela, 1978: 43).

de la Iglesia ya existentes y se contemplaría la posibilidad de ingreso de otros países con la forma concreta de asegurar su presencia en la cadena radial” (Spoletini, 1985: 148)

Cabe señalar que entre los contenidos de la evangelización previstos en el encuentro incluían la *opción por los pobres*, una perspectiva de trabajo presente desde Medellín.

En 1978, el DECOS-CELAM produjo otro documento, “Evangeliización y comunicación social en América Latina”, donde reconoció “la tarea de promoción humana y cultural que han realizado las escuelas radiofónicas” y también el aporte más reciente de la “televisión educativa”. Este énfasis en el carácter educativo de los medios se acoplaba a una reivindicación de la *libertad de expresión*, libertad que “incluye la exigencia de que los MCS sirvan a la educación para libertad y como vehículo idóneo de expresión de los sectores marginados de la sociedad” (183). Asimismo, el DECOS reconocía en el apostolado de la comunicación social “un ámbito privilegiado para la acción de los laicos”, de tal importancia que “bien podría elevarse este servicio a la categoría de ministerio laical o asignarse como función al diácono” (185). Incluso reponía aquí la palabra emblemática del período previo: “La comunicación social ofrece posibilidades para canalizar el ansia de liberación del pueblo latinoamericano” (191).

En cuanto a la concepción y el impulso sobre los *medios grupales*, Spoletini señala al Congreso Mundial AV-EV en Múnich, realizado entre el 6 y el 11 de noviembre de 1977, como la antesala de la Conferencia de Puebla en la que los obispos recomendaron vivamente el medio grupal para la evangelización del continente (148)¹¹.

Sobre el sentido final de la Conferencia de Puebla, como suele ocurrir, hay discrepancias entre los distintos intérpretes: “Mientras que para unos, en esta reunión se ‘frena’ el espíritu de Medellín; para otros, se busca la reafirmación de la identidad católica reforzando la Doctrina Social de la Iglesia”, sintetiza Peppino Barale (1999: 107). Podría decirse que Puebla buscó *sostener* y al mismo tiempo *moderar* los movimientos renovadores: opción por los pobres, sí; teología de la liberación, no. Por lo primero sería válida la interpretación que la integra en una línea Vaticano II-Medellín-Puebla. Por lo segundo se asocia al giro conservador representado por la designación de Karol Józef Wojtyła como Papa¹².

En la síntesis, Berryman advierte la continuidad de un tono “desarrollista”, en el que los obispos pedían más “participación y comunión” entre Iglesia y sociedad: “Estas palabras

11. Vale señalar que, en América Latina, la reunión preparatoria de este Congreso sobre audiovisuales y evangelización, realizada en julio, comenzó con la recomendación de reemplazar el término *audiovisuales* por *medios de comunicación grupal*.

12. Los sectores conservadores, críticos de Medellín, habían logrado que el Vaticano designase a todos los teóricos que participaron en las reuniones de Puebla, lo que implicó una absoluta relegación de la teología de la liberación.

formaban parte claramente de un nuevo tipo de discurso de la Iglesia dirigido a reemplazar la terminología de la liberación” (Berryman, 1989: 97).

En materia de comunicación, la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano realizada a comienzos de 1979 tuvo un aporte acotado: se le dedicó un capítulo, que abarcó apenas 32 de los 1.310 artículos del documento final¹³. El DECOS había propuesto 132, es decir que los obispos reunidos en Puebla conservaron apenas la cuarta parte del proyecto original. A eso se sumaba la ambigüedad de algunas definiciones, que como ya vimos es una característica propia de los documentos negociados.

El mismo año en que se conoció, Manuel Olivera realizó un análisis de los aspectos comunicacionales del Documento de Puebla en la revista del Centro Pellín, en el que planteaba que “una lectura atenta deja ver rápidamente que el apartado sobre MCS ha sido escrito por varios autores y sufrido sucesivas correcciones en una asamblea donde 320 obispos tenían voz y voto. Más aún, se nota que ha sido redactado bajo la presión de un tiempo escaso y sin mayor ayuda de especialistas”. Y concluía: “Teniendo en cuenta estas circunstancias podemos decir que ha salido un buen documento” (Olivera, 1979: 116).

Para Barranquero “el avance más positivo con respecto a la anterior conferencia fue el abandono del tono autocomplaciente y poco reflexivo que consideraba a los medios como ‘mágicos multiplicadores del cambio’” (2008: 105). La declaración de Puebla señaló la dependencia de contenidos extranjeros (que produce una “transculturación no participativa e incluso destructora de valores autóctonos”) e identificó el sistema publicitario como un factor de alienación. Asimismo, a través suyo los obispos advirtieron que “el monopolio de la información, tanto de parte de los gobiernos como de parte de los intereses privados, permite el uso arbitrario de los medios de información y da lugar a la manipulación de mensajes de acuerdo con los intereses sectoriales”.

Con todo, el documento planteaba que la comunicación debía estar “al servicio del cambio social y de la promoción humana”. Reiteraba la idea conocida, madurada en estos años, de que la evangelización no podía prescindir de las tecnologías de comunicación. Y -quizá aquí la mayor novedad al respecto- proponía oficialmente “intensificar el uso de los Medios de Comunicación Grupal (MCG) que, además de ser menos costosos y de más fácil manejo, ofrecen la posibilidad del diálogo” (art. 1090).

Esta fue la primera y la última definición episcopal abarcada por el período analizado. En los años siguientes se producirían algunos encuentros y declaraciones impulsados desde

13. Se trata del capítulo 3 de la tercera parte, titulado “Medios para la comunicación y participación”. Comprende los artículos 1063 a 1095 de la declaración final.

los ámbitos específicos de comunicación, que citaron a Puebla e intentaron dotar de sentido a las escuetas definiciones de los 32 artículos aprobados por los obispos, en diálogo con las definiciones del NOMIC y las experiencias de base que insistían en prácticas que empezaban a nombrarse, cada vez más, como *comunicación alternativa*.

7.5. Año 1979: Nicaragua y la Consulta Latinoamericana

Si Puebla fue -con la presencia de Juan Pablo II en América Latina; con sus avances y retrocesos respecto de Medellín- un hito ineludible para el conjunto de la Iglesia latinoamericana, otro hecho de 1979 movilizaría a sus sectores progresistas de manera notable: la revolución del Frente Sandinista de Liberación Nacional de Nicaragua, que tuvo un importante componente cristiano¹⁴. La victoria militar del FSLN, en julio de ese año, resulta difícil de “ubicar” en el mapa latinoamericano, donde progresivamente se había retirado la palabra “liberación”. La revolución nicaragüense, a la que se sumaron militantes de diversos movimientos político-militares derrotados en el Cono Sur, era un caso excepcional.

Una de las políticas más destacadas del gobierno popular sandinista fue la Cruzada Nacional de Alfabetización, que involucró a más de 60.000 personas entre brigadistas nicaragüenses, maestros cubanos y miles de cooperantes llegados desde distintos países. La campaña, que orgánicamente dependía del ministerio de Educación conducido por Carlos Tünnermann, estuvo a cargo del sacerdote jesuita Fernando Cardenal.

Su organización coincidía con el final del exilio de Paulo Freire, tras pasar -además de los recorridos relatados en la primera parte de esta tesis- por el Consejo Mundial de Iglesias (CMI), con sede en Ginebra y mucho trabajo en África. Por eso Cardenal lo invitó para que, de regreso a Brasil, hiciera una escala en Nicaragua y conociera la propuesta:

“Conversamos largo con Paulo Freire sobre lo que estábamos planeando y escuchamos atentamente al gran maestro. Nos decía cosas muy iluminadoras; tal vez lo más importante fue que la alfabetización ‘no era un evento pedagógico con implicancias políticas, sino un evento político con implicancias pedagógicas’ (....) Freire quedó muy contento de la forma en que se estaba manejando la revolución” (Cardenal, 2009: 241-242)



El abordaje en detalle de la experiencia de Nicaragua, a cuyo proceso de transición hicimos referencia en el capítulo anterior, excede a los alcances de esta tesis, en parte porque los debates comunicacionales más ricos se dieron entrados los años ochenta, y también porque más allá de algunas buenas intenciones, no llegó a ofrecer ni representar un modelo novedoso. Armand Mattelart estuvo en Nicaragua durante febrero y marzo de 1985. En ese entonces Tomás Borge, el único fundador del FSLN que quedaba vivo, había planteado “la necesidad de impulsar el modelo horizontal de comunicación por la radio, el cine, la televisión, la prensa escrita” y reconocía que “la revolución cubana no es seguramente un modelo en lo que se refiere al modo de funcionamiento de sus medios de comunicación. La prensa es aburrida, la televisión no ha logrado elaborar una alternativa en materia de ficción y el malestar de la agitación y la propaganda flota aún en el aire” (Mattelart, en Coraggio y Deere, 1987: 321-322). Si bien el Frente Sandinista no funcionaba con la ortodoxia de los partidos de corte leninista, el contexto de guerra (enfrentaban entonces a “los contras” financiados por Estados Unidos) introducía, para Mattelart, una lógica nociva para las producciones culturales y comunicacionales, “cuya tendencia natural es subestimar la capacidad crítica de los destinatarios de la comunicación” (320).

Mucho antes de la visita de Mattelart, en agosto de 1979, Fernando Reyes Matta fue convocado desde el gobierno sandinista para asesorar a Sergio Ramírez en la puesta en marcha del sistema de televisión (Entrevista con F. Reyes Matta, 2018). Entre las medidas más destacadas de ese año estuvo la creación del Instituto Nacional de Cine (INCINE), que se concentró en la producción de noticieros y documentales, pero también avanzó en la producción de ficciones, en ese momento en coproducción con el chileno Miguel Littin. Un tiempo →

14. El gobierno sandinista llegó a tener cuatro ministerios a cargo de sacerdotes: Miguel D’Escoto (Relaciones Exteriores), Ernesto Cardenal (Cultura), Edgar Parrales (Bienestar Social) y Fernando Cardenal (Educación, luego de pasar por la cruzada de alfabetización y de un espacio de formación de jóvenes sandinistas), que eran cuestionados por la Iglesia oficial por contravenir el Código de Derecho Canónico que les prohibía trabajar en puestos políticos. Para Fernando Cardenal, era una situación extraordinaria: “todas las revoluciones se habían hecho en la historia sin los cristianos, a pesar de los cristianos o contra los cristianos, y la sandinista era la primera revolución que se hacía con una profunda y amplia participación de los cristianos” (2009: 377).

251

→ más tarde, el boliviano Alfonso Gumucio Dagron (hijo de un líder del MNR, cuya primera película -*Señores Generales, Señores Coroneles*, de 1976 fue un documental sobre el papel del ejército boliviano y la CIA en el golpe militar de 1971) organizó con Central Sandinista de Trabajadores un taller de cine, basado en la tecnología del Súper 8, que incluyó a los trabajadores como protagonistas de los procesos de realización y producción. Dicha experiencia quedó plasmada en su libro *El cine de los trabajadores* (1981).



Tiempo más tarde, algunos de quienes participaron en la Cruzada elaboraron un libro titulado *Vencimos*, que sistematiza la experiencia, recoge testimonios y reproduce materiales de trabajo, que fue editado conjuntamente por el Ministerio de Educación nicaragüense, Dimensión Educativa y CELADEC (Cendales *et al.*, 1988).



En sus memorias, Fernando Cardenal recuerda que “además de los objetivos fundamentales de aprender a leer y de alcanzar el proceso de concientización, organizamos otro conjunto de objetivos a los que llamamos ‘Subproductos’ de la Cruzada. Entre ellos estaba que en su diario de campo, cada brigadista apuntara toda esa riqueza nacional contenida en leyendas y cuentos populares. Se les orientó para que hicieran una investigación de posibles tesoros arqueológicos, yacimientos minerales, etc. Estaba también el proyecto de recuperación de la historia oral de la guerra de liberación nacional” (Cardenal, 2009: 263-264). Una experiencia similar se había desarrollado en Argentina en 1974 en el marco de la Dirección Nacional de Educación del Adulto, con el “Informe Anual Regional” (Bosovsky, 1976).

Cardenal recuerda que desde Managua, el brasileño llamó al CMI para pedir que apoyaran la iniciativa sandinista y “nos consiguió para la Cruzada un millón de dólares; ninguna donación posterior llegó a superar esa cantidad” (242-243).

Por otra parte, en sus memorias el coordinador de la campaña menciona:

“Fue muy importante el aporte de CELADEC (...), sobre todo el trabajo de Carlos Támez, que fue de excelencia. Dejó Costa Rica y se vino a Nicaragua a apoyarnos. Recuerdo también a Lola Cendales y a Germán Mariño de ‘Dimensión Educativa’ de Colombia, que junto a Carlos Támez y Luis Alemán de Nicaragua fueron algunos de los pilares fundamentales de la capacitación en la Cruzada (...) En ese momento solos los nicas difícilmente hubiéramos salido adelante sin los conocimientos y experiencias de estos compañeros” (Cardenal, 2009: 240)

Efectivamente, la CELADEC fue convocada para la capacitación de 150 brigadistas en la utilización de medios de comunicación; oportunidad a la que acudieron “compañeros de diversas instituciones de México, Perú, Colombia, Costa Rica y República Dominicana” (Mata, 1983: 78).

Según relata Marita Mata, el coordinador de la Cruzada quiso que el Programa de Comunicación capacitara a los brigadistas para que junto a la alfabetización se hiciera un trabajo de recolección de materiales culturales y propuestas que revitalizaran la expresión popular. Formado por enviados de distintos países, el equipo de CELADEC también recibió el encargo de capacitar a un grupo de mujeres: “eran de la agrupación de mujeres que luego se llamó Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza, muchos años después. Ya en ese momento, 1980, le estaban poniendo el nombre”¹⁵. Para la organización continental con sede en Lima, Nicaragua fue la oportunidad de mostrar la fuerza de una de sus líneas de acción: la articulación en red.

Previa y casi contemporánea a la campaña en Nicaragua, ese entramado se había hecho visible con la Consulta Latinoamericana sobre Comunicación y Documentación Popular. En esa oportunidad, Mata y Paiva presentaron una ponencia sobre “La capacitación en materia de documentación y comunicación popular” y el Centro Dominicano (CEDEE) otra sobre “La práctica popular en materia de comunicación”, que constituyen una expresión de la maduración de la reflexión intelectual sobre la comunicación popular a fines de los setenta¹⁶. Los referentes del Programa de Comunicación de CELADEC retomaban la perspectiva de Gilberto Giménez para definir al pueblo, a partir de lo cual la Documentación y Comunicación Popular eran entendi-

15. Entrevista a Marita Mata, 2019.

16. Como su título lo indica, la ponencia estaba centrada en la experiencia de capacitación. En ese sentido, abarca aspectos que no comentaré aquí, como los métodos de trabajo, la función de los materiales didácticos, etcétera.

das como “prácticas alternativas con respecto a las prácticas desarrolladas por las clases hegemónicas” (CELADEC, 1979: 190). Ambas acciones, además, se concebían como “parte de una tarea englobante: la Tarea de la Educación Popular” (190), sobre la que ofrecían la definición elaborada desde el programa específico de CELADEC: “el proceso que comprende la creación, sistematización y aplicación de experiencias surgidas de la práctica social de los sectores populares” (citado en CELADEC, 1979: 215).

En su presentación, Mata y Paiva distinguían tres niveles de acción que permitían visualizar el problema de los mediadores que ya señalamos anteriormente. Un primer nivel, la base, estaba constituido por “grupos organizados, dinámicos, dentro de los sectores populares” (en un tramo del texto, Paiva y Mata utiliza la expresión *comunicación de base*, que en el capítulo 1 vimos asociada al Centro Pellín). El segundo eran los “cuadros medios” o “avanzados”: quienes dentro de los grupos cumplían un papel de liderazgo. Finalmente identificaban “la existencia de numerosos individuos (o grupos) que adoptan una posición de clase distinta a su origen de clase, a través de una opción por los sectores populares y de una práctica consecuente”. Los autores se reconocían como parte de este tercer nivel, definido por sujetos que desarrollan “funciones de promotores, dinamizadores, facilitadores de los procesos de concientización y organización para la acción” (CELADEC, 1979: 190-191).

A partir de esa lectura, la capacitación desarrollada atendía tres necesidades fundamentales: el desarrollo de una conciencia de clase, la apropiación instrumental y la elaboración de propuestas metodológicas nuevas (193-194). Otro aspecto destacable de la presentación de Mata y Paiva era el interés puesto en la decodificación -similar al caso de Kaplún que ya señalamos-:

“...tan importante como LA CAPACITACIÓN PARA PRODUCIR E INTERCAMBIAR LOS PROPIOS MENSAJES, resulta la CAPACITACIÓN PARA LA RECEPCIÓN Y DECODIFICACIÓN DE LOS MENSAJES IMPUESTOS A LOS SECTORES POPULARES, DESDE LA PERSPECTIVA DE SUS PROPIOS INTERESES (...) Una capacitación que, en última instancia, tiene de crear receptores reflexivos, críticos, no ingenuos” (206)

Además, planteaban luego, “es el reconocimiento de la situación de dominación y de la condición de dominados, lo que posibilitará la creación de modos y formas alternativas, y son estos medios y formas los que, a su turno, van demostrando de qué manera es posible revertir esta situación” (206).

Por su parte, la presentación del Centro Dominicano de Estudios de la Educación (CEDEE) ahondaba en la práctica popular de comunicación, entendida como la “obra de grupos que asumen las tareas -o algunas de ellas- de concientizar, organizar y movilizar a los sectores populares, con el fin de alcanzar su liberación de la dominación a que se hallan sometidos” (CEDEE, en

CELADEC, 1979: 171). De manera similar -aunque no equivalente- a Mata y Paiva, distinguían también tres canales o ámbitos de trabajo, que implicaban distintas clases de emisores:

a. El emisor “auténticamente popular”: estos grupos no necesitan ni utilizan tecnologías complejas en su práctica comunicativa, y “la comunicación es verdaderamente horizontal” (171-172)

b. Personas que -por su origen o formación- no pertenecen a los sectores populares, “pero se encuentran hondamente identificadas” con sus intereses y muchas veces conviven con ellos. Aquí ya aparecen casos de medios que logran un mayor alcance¹⁷.

c. Un tercer tipo de emisor “integrado por personas que no pertenecen al pueblo ni por su extracción de clase ni por su convivencia cotidiana con éste” (173) y cuya característica más evidente es “la ausencia de una preocupación visible por practicar una comunicación de tipo horizontal”. Reproduce así el esquema comunicativo dominante, y su única diferencia estaría dada por “el contenido ideológico del mensaje” (174).

Para el CEDEE, los esfuerzos de quienes buscaban “una verdadera cultura popular y liberadora deben, primordialmente, canalizarse hacia el fortalecimiento del primer tipo de emisor” (180); no obstante, no había que descartar la importancia y utilidad del segundo tipo.

En síntesis, la Consulta Latinoamericana implicó una demostración doble: por un lado, de las articulaciones construidas en el continente; por otro, de la maduración de las ideas sobre comunicación popular, que no eran resultado de elucubraciones sin sustento práctico, sino producto de la praxis de los sectores subalternos.

En el mismo sentido, otro hito significativo en la historia de CELADEC sería el Seminario sobre Comunicación y Movimiento Popular realizado en Lima del 16 al 22 de septiembre de 1981, que mostró especialmente la riqueza de las experiencias realizadas en Perú a partir de distintas tradiciones: desde el Centro de Comunicación Popular de Villa Salvador, que fue presentado por Miguel Azcueta, hasta la articulación de las fuerzas de izquierda en el *Diario de Marka*, comentada por Ricardo Uceda. A su vez, Juan Gargurevich -que fue director de ese diario- presentó dos ponencias que proponían una “Aproximación a la historia de la ‘Otra’ información en el Perú” y un “Inventario de definiciones de la comunicación popular”. En ese mismo Seminario dictó una conferencia Armand Mattelart¹⁸, que como veremos en el siguiente apartado tuvo un rico intercambio con CELADEC que se plasmó en un libro poco conocido, originado en una serie de charlas en Santo Domingo.



17. Aquí se menciona el ejemplo de Radio Enriquillo, sobre el que volveremos más adelante.

18. En ese mismo viaje, según recuerda Marita Mata, organizaron con Michèle Mattelart unos talleres con mujeres, en un contexto en el que “empezaba a crecer el feminismo en Perú” (entrevista a Marita Mata, 2019).

7.6. Las publicaciones de CELADEC

254

Anteriormente dijimos que la política de publicaciones fue otra pata importante del trabajo de CELADEC, fortalecida a partir de 1979, con varias líneas de acción definidas, que incluyeron la producción de boletines informativos, una revista, cuadernos de capacitación, servicios documentales y libros.

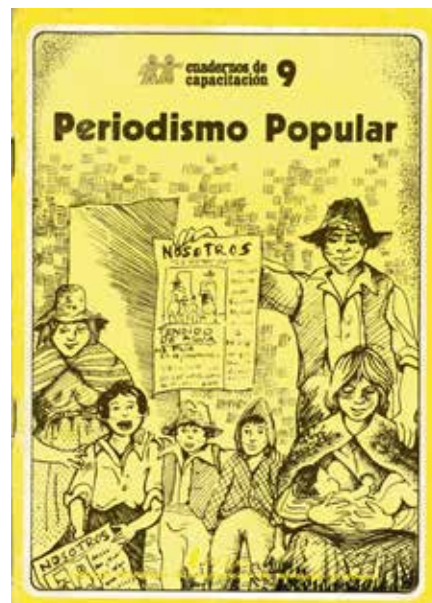
De la producción periódica ya hemos mencionado el Boletín *Canal*, que publicó cinco números entre 1979 y 1980. Era análogo al Boletín *Educación* iniciado en 1972. Si éste trataba temas de educación popular y educación cristiana, el área de trabajo histórica de la Comisión, *Canal* recogió las preocupaciones de los programas de Documentación y Comunicación Popular.

Por otra parte, se publicaba la revista *Cultura Popular*, a la que Oscar Jara define como “el primer medio de difusión continental de artículos, reflexiones, experiencias y temas de debate vinculados con la Educación Popular” (2018: 129-130). La revista salió entre 1981 y 1984, con catorce números publicados.

En una periodicidad intermedia entre la edición continua de una revista o boletín y la edición de libros, que es puntual o discontinua, existieron varios tipos de “cuadernos”, que eran materiales breves (en torno a 30 ó 60 páginas), con mucha ilustración. En sintonía con los talleres se editaban los *Cuadernos de Capacitación*, centrados en el aprendizaje de técnicas. Entre ellos salieron *La comunicación del pueblo* (s/n), *¿Cómo hacer títeres?* (Nº 4), *¿Cómo leer los periódicos?* (Nº 6), *Equipos y técnicas de impresión* (Nº 7), *¿Cómo se organiza un centro popular de documentación y comunicación?* (Nº 8), *Periodismo Popular* (Nº 9) y una *Breve guía técnica de dibujo popular*, todos éstos publicados entre 1978 y 1981¹⁹. Por su parte, los *Cuadernos de Estudio* también estaban orientados a la formación pero desde una perspectiva más reflexiva y de debate. Finalmente, los *Cuadernos Populares de Reflexión* se centraban en contenidos teológicos.

A su vez, atados a la coyuntura pero sin una periodicidad definida, CELADEC ofreció *Servicios Documentales* sobre temas latinoamericanos. En ese sentido, Mata distingue las producciones “para la formación” de los materiales informativos: “publicábamos las homilías de Monseñor Romero, hasta que lo mataron; publicábamos los reclamos de los independentistas de Puerto Rico. ¡Nadie hablaba de Puerto Rico y el independentismo!”²⁰.

Finalmente, CELADEC fue el sello de muchos libros, muchos de ellos vinculados a temas de educación y teología, pero también varios vinculados a comunicación: *Documentación y comunicación popular* (1979), *La U.P.I. en Puebla* (1980),



El cuaderno de *Periodismo Popular* fue escrito por María Cristina Mata y diagramado por Gerardo Castro. Había sido publicado en 1978 y se reeditó en 1981, luego de su amplia utilización por grupos de base de todo el continente. Un punto interesante en la búsqueda de alternativas era el planteo de lo que podríamos denominar otros criterios de noticiabilidad. Mientras la “prensa de los dominadores” selecciona y difunde sus noticias de acuerdo a la espectacularidad, la importancia de los protagonistas, la rareza de un hecho, etcétera, este Cuaderno afirmaba que “en el periódico popular las categorías son otras, o su sentido es diferente, porque otra es la finalidad de sus emisores (el pueblo mismo) y otra su perspectiva (de liberación)” (Mata, 1981b: 27).

También planteaba una ruptura con el modelo de “pirámide invertida” en la construcción de la noticia: “La diferencia entre la ‘gran prensa’ y el periodismo popular, en este orden de cosas, consiste en que mientras en la primera los complementos son generalmente accesorios (si se les quita no se altera nada), en el segundo los complementos son importantes. Casi siempre es la parte de la noticia que se dedica a vertir la *opinión*, el *punto de vista* del equipo, una *consigna* para la acción, y por eso es que sólo en

19. El último que tiene registrado Marita Mata es el Nº 17 “Desde la fe de mi pueblo” (sobre cómo trabajar con la vertiente testimonial a nivel teológico), publicado en 1984. Muchos de los mencionados fueron traducidos y editados en Brasil entre 1984 y 1985, según cuenta Paula Ribeiro Salles (2013).

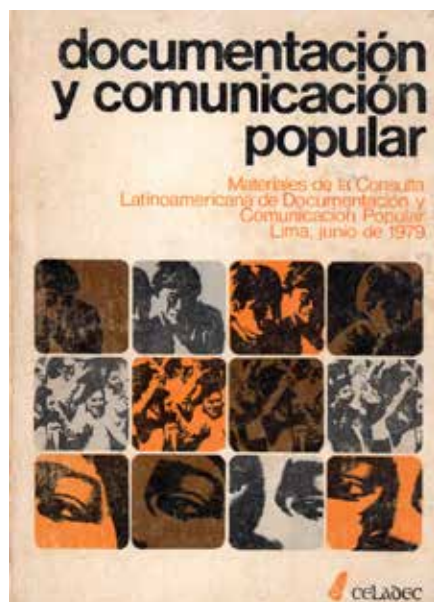
20. Entrevista a Marita Mata, 2019.

255

→ noticias muy breves o circunstanciales están ausentes” (32).

El Cuaderno estaba estructurado en seis capítulos, un anexo (sobre recolección de información) y un testimonio.

Vale destacar que este último refería a la experiencia de un periódico del barrio de San Félix (Ciudad Guayana, Venezuela) nacido a partir de los cursos de capacitación del CESAP.



Comunicación y nueva hegemonía (1981) y *Por una información libre y liberadora* (1982)²¹.

El primero era la compilación de los materiales de la Consulta Latinoamericana de Documentación y Comunicación Popular. Editado el mismo año, no se trataba de una síntesis, sino de la reunión de las ponencias y aportes iniciales. El libro contenía, además de los textos de Mata y Paiva y del CEDEE comentados anteriormente, un capítulo sobre tendencias y perspectivas de la educación popular en América Latina (José Blanes, Bolivia), cuatro artículos sobre experiencias de documentación y la investigación popular (CEASPA, Diálogo Social, CIDOB y CENCOS) y una serie de informes críticos sobre la comunicación masiva en la región que cuestionaban la penetración ideológica, la forma industrial de producción, la lógica publicitaria, la unidireccionalidad y la manipulación informativa (aportes de las organizaciones de Colombia, Venezuela, Argentina y dos de Uruguay).

En línea con estos últimos²², el siguiente libro apuntaba directamente a las agencias de noticias. Producido en México, fue una coedición con el Centro de Estudios Ecuménicos de ese país, apoyada por la Fundación Broederlijk de Bruselas. Sus autores eran Ana María Ezcurra y Cayetano De Lella, dos argentinos que habían participado de la experiencia del Ministerio de Cultura y Educación de 1973-1974, en la Dirección Nacional de Educación del Adulto (DINEA). *La U.P.I. en Puebla. Manipulación ideológica en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* estudiaba el tratamiento informativo dado por la agencia estadounidense UPI “como un nuevo aporte a quienes más allá de los slogans, de las fáciles definiciones acerca de los sistemas de dominación que nos oprimen, buscan encontrar la racionalidad propia de esos sistemas, la estrategia global dentro de la cual se articulan” (Ezcurra y De Lella, 1980: 9).

El análisis estaba en sintonía con una preocupación muy marcada de la época, que fue creciendo desde la temprana enunciación del venezolano Eleazar Díaz Rangel (1967) sobre los “pueblos subinformados” por las agencias, al ritmo de los debates que reseñamos en el capítulo anterior. A fines de los setenta hubo distintos estudios que buscaban mostrar con datos empíricos esa condición neocolonial del sistema informativo internacional. Un ejemplo es el trabajo de Gregorio Selser y Rafael Roncagliolo (1979), *Trampas de la información y neocolonialismo*, del que hablaremos en el próximo capítulo, que analizaba el tratamiento dispensado por las agencias a una importante reunión

21. A este último nos referiremos en el apartado final de este capítulo.

22. En la compilación de CLADOCOP, de hecho, el trabajo de Jesús María Aguirre (del Centro de Comunicación Social Jesús María Pellín, Venezuela) proponía un análisis de los cables internacionales sobre la Conferencia de Puebla y a la visita del Papa, a partir de la información ofrecida por la prensa venezolana. Para Aguirre, las conclusiones particulares de ese análisis eran “extensibles al conjunto de la información religiosa católica, mediada por las agencias transnacionales”. Una de ellas era que los diarios venezolanos habían “recurrido exclusivamente a las agencias transnacionales sin enviar corresponsales al lugar” (en CELADEC, 1979: 126).

de los países no alineados. En el caso de Ezcurra y De Lella -que habían leído ese trabajo y también los aportes de Reyes Matta- analizaban centenares de despachos de la UPI en torno a Puebla: antes de la visita del Papa (157 cables), durante la visita del papa (143) y después de la visita (170). En la misma línea, al año siguiente, un equipo de la Sección de Estudio de los Medios de Difusión Masiva de la Unión de Periodistas de Cuba analizó las informaciones brindadas por distintas agencias (AP, UPI, EFE, XINHUA) entre el 4 de abril y el 4 de mayo de 1980, en relación a un conflictivo caso de asilo masivo de cubanos en la Embajada de Perú (Arce *et al.*, 1980).

Ezcurra y De Lella encaraban esa tarea con un marco teórico-metodológico original y denso, que combinaba el abordaje semiótico estructural con perspectivas sociológicas y psicológicas; según afirmaban, de esa manera intentaban correrse de una preocupación exclusiva por el contenido. En esa búsqueda reconocían el aporte de Gilberto Giménez, quien “a través de sus publicaciones, sus clases y comunicaciones personales nos proporcionó significativas sugerencias sobre la teoría del discurso, que contribuyeron a modificar nuestra concepción inicial” (Ezcurra y De Lella, 1979: 32)²³. La idea-fuerza del trabajo era entender los cables de la UPI como parte de “la guerra ideológica que una organización del aparato de propaganda política exterior” de Estados Unidos ejecutaba frente a proyectos percibidos como alternativos al capitalismo (13). En este caso, el proyecto alternativo estaba encarnado por la teología de la liberación (14).

Así como *La UPI en Puebla* era una coedición con el CEE mexicano, el siguiente libro fue realizado junto al Centro Dominicano de Estudios de la Educación. *Comunicación y nueva hegemonía* era producto de un curso sobre “Multinacionales y sistemas de comunicación” dictado en septiembre de 1980 por Armand Mattelart, con quien el grupo de CELADEC estaba en contacto desde un tiempo antes. Ese espacio de formación, en el que participaron numerosos dominicanos pero también representantes de grupos de comunicación popular de América Latina, había sido uno de los compromisos asumidos por CELADEC tras la Consulta Latinoamericana. Su título remitía a una de las obras más conocidas de Mattelart (publicada en español por Siglo XXI, México, 1977) y el objetivo era pensar la racionalidad propia de los diferentes sistemas de comunicación. Estuvo organizado en tres partes: una abordaba la internacionalización de las industrias de la información y la cultura, otra problematizaba la comunicación en estados de excepción (y planteaba la necesidad de leer, desde las fuerzas progresistas, sobre guerra

“Cuando empezamos a trabajar en CELADEC, yo planteaba la necesidad de un tipo de reflexión que nos enriqueciera. La comunicación popular es la comunicación de base y demás; pero nosotros, como intelectuales orgánicos, necesitábamos profundizar... Para mí Armand Mattelart era un referente. Nosotros acá (en Córdoba) en la Escuela lo dábamos, yo enseñaba a los alumnos los textos que Armand había producido en Chile. Además allá estaban nuestros compañeros. Santiago Funes, el Negro, era mi amigo del alma. En esos años lo intelectual se mezclaba con los afectos, con la formación... En CELADEC lo que hicimos fue escribirle. Y Armand se prendió y vino” (Entrevista a Marita Mata, 2019).

En esa ocasión, el intelectual belga conoció la Radio Enriquillo, una emisora de 10 kws. de potencia ubicada en Tamayo -una localidad del sur de República Dominicana- que era propiedad de una asociación civil sin fines de lucro integrada por quienes trabajaban en la radio y representantes de la iglesia católica local. La radio, que se había planteado desde un proyecto de “horizontalidad” y participación real del campesinado, combinaba su condición de “radio popular” con altos niveles de audiencia. Mattelart planteó la necesidad de investigar ese fenómeno (Mata, 1982: 46). Mata recuerda ese momento como el origen de la investigación participativa que realizaría tiempo después.

23. La páginas de agradecimientos del libro es ilustrativa para pensar el entramado resultante de las redes cristianas y los encuentros en el exilio. Además de Giménez, por ejemplo, figuran François Houtart y el intelectual boliviano Cayetano Llobet (vinculado al grupo de Quiroga Santa Cruz).

257



El mismo año en que salió *Comunicación y nueva hegemonía*, Mattelart

publicó en México *Comunicación y transición al socialismo*, un libro sobre la experiencia mozambiqueña que le permitía nuevamente “interrogar al periodismo como ideología, como saber y poder específico fijado por un modo de producción determinado” (Mattelart, 1981b: 47). El texto introductorio daba cuenta de las estrategias de comunicación durante la lucha independendista del Frente de Liberación de Mozambique y de los desafíos que surgieron luego, una vez en el poder, para lograr canales soberanos en un contexto de gran precariedad técnica. Luego, compilaba discursos de dirigentes del FRELIMO (Eduardo Modlane, Samora Michel, Jorge Rebelo y José Luis Cabaço) y materiales del Primer Seminario Nacional de Información, realizado en Maputo en septiembre de 1977. En su discurso de apertura, Samora Michel había planteado la formación de “miles de trabajadores y trabajadoras conscientes” como corresponsales populares: “Si bien, por un lado, debemos formar periodistas que sean política y profesionalmente competentes, debemos por otro combatir la idea de que los periodistas hacen la información. Nuestra información debe contar con una amplia base de participación popular” (citado en Mattelart, 1981b: 46-47). Es interesante pensar aquí las influencias entre América Latina y África. En el capítulo siguiente veremos cómo *Comunicación y Cultura*, la revista conducida por Mattelart y Schmucler, expandió en estos años sus fronteras hacia un creciente internacionalismo. En una nota al pie de este libro, el belga escribe: “La presencia de discípulos del pedagogo Paulo Freire en Guinea Bissau y en Angola, en el campo de la alfabetización, y el interés demostrado por los mozambiqueños en la experiencia chilena de creación bajo la Unidad Popular de nuevos medios de comunicación masiva son prueba de este internacionalismo” (Mattelart, 1981b: 46)

psicológica)²⁴ y la tercera comentaba dos experiencias alternativas: Mattelart les habló de su experiencia en Chile, antes de 1973, y de la que estaba realizando como asesor permanente del Ministerio de Información en Mozambique.

La riqueza del curso hizo que los organizadores propusieran a Mattelart la publicación, basada en la grabación de sus exposiciones²⁵, incluyendo las preguntas y respuestas que hubo al final de cada charla. En la presentación del libro, los editores planteaban sus motivaciones para asociar sus prácticas -generalmente vinculadas a la comunicación de base- con el estudio crítico del desarrollo transnacional en el campo de la cultura:

“La definición de enemigos, el análisis en profundidad de sus estrategias y tácticas es, pues, parte esencial de una interrogación mayor acerca de las prácticas alternativas de comunicación, de los proyectos políticos que la sustentan, de los sectores que las protagonizan. Sin embargo, frecuentemente, más que cuestionamientos y análisis, encontramos respuestas hechas, slogans, consignas, que en poco ayudan para lograr las transformaciones que, al mismo tiempo, se proclaman como objetivos” (en Mattelart, 1981a: 6)

La mirada aportada por el libro tenía una impronta gramsciana -aunque implícita, posiblemente, por originarse los textos en una charla y no en una escritura erudita-. Mattelart proponía definir a los medios de comunicación de masa como “medios de producción de consenso” y, como sugiere el título, pensar las prácticas populares alternativas como formas de construcción de una *nueva hegemonía*:

“Creo que dentro de nuestras fuerzas, el tema de la comunicación debe ahondarse como campo de convergencia de una interrogación más amplia acerca de lo que es la hegemonía popular. Porque hemos reflexionado mucho sobre la hegemonía burguesa, pero ¿qué es la hegemonía popular? ¿es un partido burocrático que da órdenes desde arriba o es realmente una nueva concepción acerca de la participación de todos los sectores en el proceso de transformación social” (Mattelart, 1981a: 25)

Además, consideraba que la izquierda debía incorporar una reflexión sobre “la cultura nacional-popular”, para lo cual sugería la relectura de “muchos autores que se han dejado fuera de los usuales marcos de referencia; en América, José Carlos Mariátegui; en África, Amílcar Cabral y Samora Machel” (Mattelart, 1981a: 50).

24. Mattelart había desarrollado este tema en *Comunicación e ideología de la seguridad* (Barcelona, Anagrama, 1978), particularmente en el capítulo “Ideología, información y estado militar”.

25. Con excepción de la exposición sobre Mozambique, de la tercera parte, que por una falla técnica no quedó grabada. Para salvar ese problema, Mattelart envió la traducción del artículo “Viaje a Mozambique”, extraído del libro *De l'usage des médias en temps de crisis*. Si bien no es el mismo texto, coincide en fragmentos fundamentales con la introducción de *Comunicación y transición al socialismo* (Mattelart, 1981b).

7.7. Las alternativas en la revista *Comunicación*

258

En los mismos años en que los tres libros comentados se publicaron, el boletín/revista *Comunicación* del Centro de Comunicación Jesús María Pellín (ya presentado en el capítulo 1) hizo sus principales aportes a la elaboración y debate de ideas sobre la comunicación popular o alternativa. Fundada en 1975, no fue sino en julio-septiembre de 1980 que trató directa y ampliamente la problemática, con un número doble (28-29) que llevó el título *Alternativas comunicacionales*²⁶. El número combinaba algunos ensayos teóricos de miembros de la redacción de la revista con artículos que daban cuenta de experiencias en distintos ámbitos. También incluía un *dossier* con datos sobre medios de comunicación de seis países latinoamericanos y una guía bibliográfica sobre el tema, que recogía las referencias de un informe preparado por Jeremiah O'Sullivan-Ryan y Mario Kaplún para la UNESCO²⁷.

Puede resultar ilustrativo comentar primero los ejemplos de *alternativas comunicacionales* ofrecidos por la revista, antes de detenernos en las propuestas conceptuales con las que se articulan (o no). Una de las notas de la revista era sobre el Centro de Comunicación Social de México, escrito por su referente José Álvarez Icaza. Para entonces CENCOS llevaba quince años de trabajo en el campo de la información, documentación y comunicación, y en 1978 había creado un servicio de información propio (como ya vimos, la misma experiencia aparecerá en la sección sobre *Comunicación alternativa de Chasqui*). Otro artículo, escrito por Jorge Andrés Richards, recogía testimonios de los hacedores de revistas alternativas en Chile durante la dictadura. En los siguientes capítulos veremos que este trabajo se realizó como parte de las investigaciones del ILET y que el texto publicado por *Comunicación* en 1980 se integró, el año siguiente, en la compilación realizada por Máximo Simpson desde la UNAM. Un tercer artículo corresponde a Mario Arrieta Abdalla y estaba tomado de la edición en español de *Le Monde*. Bajo un título inespecífico -“Sobre la ‘comunicación alternativa’”, comenzaba hablando de Nicaragua: a partir del relato sobre el Primer Seminario Latinoamericano de Periodismo en Nicaragua



26. Cabe destacar también que el número 25-26 (del mismo año), titulado *Prensa y conflicto político*, atendió a la situación nicaragüense. Allí se dio a conocer la Ley General Provisional sobre los Medios de Comunicación en Nicaragua (Época Revolucionaria), el decreto que otorgaba personería jurídica a la Unión de Periodistas de Nicaragua (UPN) y el Reglamento de la Ley General sobre los Medios de Comunicación emitido por el Ministerio de Cultura.

27. Como mencionamos en el perfil biográfico de O'Sullivan-Ryan, en el capítulo 1, el investigador irlandés realizó junto al argentino-uruguayo un informe a pedido de la UNESCO, concluido en Caracas en enero de 1979. Según reseñaba la revista del Centro Pellín, el informe *Communication methods to promote grassroots participation for an endogenous development process* “recoge los hallazgos de las investigaciones en Latinoamérica sobre los métodos de comunicación en la promoción de la participación autóctona para un proceso de desarrollo endógeno y va acompañado de una extensa bibliografía comentada” que la publicación reproducía, aunque sin los comentarios. En el listado de 198 títulos, Paulo Freire se destacaba como el autor más referenciado (con 7 textos).

Libre, mencionaba el “periodismo de catacumbas” antes de la revolución y el desafío de transformación del sistema comunicacional planteado por esta. Pero luego cambiaba el foco para dar cuenta de las radios mineras de Bolivia, que muy recientemente habían dado un ejemplo de resistencia frente al golpe de Estado de 1980. Este fue quizás uno de los primeros textos en poner en valor estas experiencias, que se convertirán en referencia y antecedente obligado en los años siguientes. Arrieta Abdalla escribe:

“[el tema de las emisoras bolivianas] no por ignorado deja de ser el caso más notable e importante en América Latina de empleo, propiedad y dirección de medios de comunicación masivos por parte de los trabajadores. Queremos, eso sí, llamar la atención sobre la curiosa circunstancia de que mientras se estudia y escribe bastante acerca de la prensa independiente en los Estados Unidos, sobre las emisoras radiales ilegales en Francia o distintas manifestaciones de la llamada ‘comunicación paralela’ y se trata de establecerlas como posibles modelos de comunicación ‘alternativa’ para nuestros pueblos, se desconocen las experiencias concretas de cómo éstos han implementado sus propios circuitos de información y comunicación.

Las emisoras mineras bolivianas existen, sin solución de continuidad, desde hace nada menos que veintisiete años...” (Arrieta Abdalla, 1980: 96)

Contrapunto de esta clara referencia de comunicación de base, de medios en manos de los trabajadores, este número doble de *Comunicación* incluía también casos donde la “alternativa” era ofrecida por la política de comunicación. En ese sentido, la revista publicaba “Una alternativa para la televisión venezolana”: el texto de una propuesta presentada por la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC) -donde confluían investigadores del ININCO y del Pellín²⁸- ante el debate suscitado en ocasión de la implantación de la TV color. Allí volvía a reivindicarse el proyecto RATELVE: los investigadores se quejaban de su aplicación “inexplicablemente diferida” y reclamaban al gobierno la perentoria constitución del Consejo Nacional de la Comunicación Social. La edición también incluyó un aporte de Héctor Mujica que había sido la lección inaugural de una Maestría en Políticas de Comunicación.

Finalmente -y sin meternos aún en los artículos con intenciones de teorizar- podemos encontrar referencias a medios orgánicos de partidos de izquierda y de movimientos guerrilleros. Estas aparecen en el *Dossier*, donde los datos que se ofrecían sobre Colombia, Argentina, Costa Rica, Cuba, El Salvador y Uruguay (en la mayoría de los casos se trata de prensa escrita), dis-

28. En ese momento, Oswaldo Capriles (ININCO) era presidente de AVIC, mientras que Marcelino Bisbal y José Ignacio Rey (del Centro de Comunicación Jesús María Pellín, integrantes de la redacción de *Comunicación*), vicepresidente y secretario respectivamente.

tinguían entre “medios comerciales” y “medios populares”. Es muy interesante ver qué se incluyó en este último grupo: básicamente, órganos sindicales, revistas político-culturales y prensa de organizaciones de izquierda. Pongamos por ejemplo el caso argentino, que por otra parte plantea un mapa más anclado en 1973 que en 1980, cuando la represión ha clausurado casi todas las experiencias mencionadas: *Evita motonera*, *El montonero*, *El combatiente*, *Estrella roja*, *Puro pueblo*, *Noticias*, *Información*, *Jerónimo*, *Cristianismo y Revolución*, *Nuevo hombre*, *Envido*, *El mundo*, *Confluencia*, *Revista de América*, *El auténtico*, *Militancia*, *De Frente y Antropología del Tercer Mundo*. Recién después de esta lista se agregaba que “en México circulan actualmente”: *Boletín del MDA*, *COSPA*, *Denuncia*, *Estrella Federal* e *Izquierda popular*, es decir, prensa elaborada por militantes argentinos en el exilio.

Como vemos, los artículos y secciones editoriales del número 28-29 de *Comunicación* evidencian, nuevamente, la diversidad comprendida en el universo de las “alternativas comunicacionales” y la “comunicación popular”. En su artículo José Martínez Terrero agregará algunos proyectos estatales como los que vimos en la primera parte de la tesis, las radios educativas, experiencias teatrales (retoma un caso comentado en la *Christus* de 1978) y prácticas realizadas con “medios livianos modernos” (casete-foro, diapositivas sonorizadas y videotape portátil). Ya con vocación de un aporte conceptual, este autor intentará ordenarlas, clasificándolas “según el grado de comunicación popular y participación”; graduación que define a partir de las nociones definidas por la UNESCO que comentamos en el capítulo anterior: *acceso*, *diálogo*, *participación*.

Titulado “Comunicación alternativa grupal en América Latina (Características y Experiencias)”, el artículo de este referente del Pellín y también del SERPAL recoge aportes de múltiples investigadores que criticaron el paradigma clásico de transmisión/persuasión (principalmente latinoamericanos como Mattelart, Beltrán, Bosco Pinto, Pasquali y Roncagliolo, aunque también algunos europeos como D’Arcy) y en particular a quienes pusieron al diálogo y la posibilidad de interlocución como aspecto clave de la comunicación (Freire, Johannesen, Cloutier, Díaz Bordenave, Guitérrez, Gerace):

“sólo hay comunicación, cuando hay diálogo, los interlocutores intercambian mensajes y ambos son alternativamente emisores y receptores. Comunicación es unión de polos comunicadores y comunicados, es comunión. El diálogo es el agente crucial de la comunicación democrática” (Martínez Terrero, 1980: 33)

Más allá de este planteo tajante (*sólo hay comunicación cuando hay diálogo*), el diálogo aparecería luego como *una* de las características que definen a la comunicación alternativa. Nótese que Terrero, que había coordinado los cuadernos *Comunicación*

de base, utilizaba ahora la expresión *comunicación alternativa*. A modo de definición, el autor desagrega algunas características de esta forma de comunicación, varias de ellas coincidentes con los puntos nodales que señalamos en la Introducción la tesis:

- “1.- Se pretende poner la tecnología comunicacional en manos del pueblo a su servicio, de forma que el mismo pueblo oprimido diga su verdadera voz, se exprese y creativamente, sea emisor y receptor.
- 2.- El tipo de comunicación debe ser horizontal y bi-direccional, permitiendo la participación y el diálogo entre emisor y receptor, lo que se logra mejor generalmente en grupo.
3. Para que sea auténticamente dialógica, los dialogantes emisores y receptores deben vivir la misma realidad popular de los barrios, del campo con sus dificultades y explotación. Esto se aplica también a los técnicos, artistas y profesionales que colaboran en la comunicación alternativa.
4. Así será la comunicación concientizadora y educativa.
5. Ello requiere que la tecnología pueda ser, si es necesario, sencilla, manejable y accesible al pueblo en cuanto a su costo, funcionamiento, flexibilidad (...) En algunos casos serán medios masivos, en otros serán medios menos complicados tecnológicamente o con diversos canales. Lo importante es usarlos con una metodología dialógica y no manipuladora.
6. En consecuencia deben tener como objetivo último el cambio liberador de unas estructuras injustas y opresoras por otras humanizantes” (34)

Martínez Terrero daba cuenta de la diversidad de términos que se habían utilizado en la década, “que de una u otra forma responden a las características indicadas” y cuya variación depende “del aspecto que se desea enfatizar”. Así, por ejemplo, quienes hablaban de *comunicación popular, de base o marginal* destacaban la representación de sectores populares; mientras otros, enfatizando el diálogo o la participación, utilizaban expresiones como *comunicación horizontal, participatoria, dialógica, grupal*.

Volviendo a la relación con nuestro planteo inicial: en las características enumeradas por Terrero tenemos la ruptura con el modelo unidireccional de transmisión (1, 2), el protagonismo de un sujeto denominado “pueblo” (1), la imbricación de un proyecto -“el cambio liberador”- (6) y una vocación concientizadora (4). No hay una referencia explícita al carácter alternativo del mensaje -aunque se habla de que el pueblo oprimido “diga su voz”- ni a la propiedad o la forma de gestión de los medios -probablemente por ello, entre las variantes terminológicas que Terrero baraja no aparecía *comunicación autogestionada*-.

A su vez, entre los puntos planteados por el autor sobresalen algunas cuestiones que ya hemos visto en nuestra aproximación a los ámbitos cristianos, tanto en el Capítulo 1 como en éste: por un lado, la tecnología “sencilla” y “manejable” (5), preocupación frecuente en los desarrollos sobre *comunicación grupal*; por otro,

la inquietud por el lugar de los profesionales o técnicos que colaboran en estos procesos de comunicación, que “deben vivir” la “realidad popular de los barrios” (3). Por supuesto, también la referencia a la característica “educativa” es muy propia de las experiencias de comunicación de la vertiente cristiana.

Por otra parte, no sólo el artículo de Terrero hacía un esfuerzo de conceptualización, ni tampoco era el único que recogía la diversidad de nominaciones e intentaba pensar lo que esta expresaba. Uno de los integrantes de la redacción de *Comunicación*, José Ignacio Rey, publicó “Comunicación alternativa y comunicación popular. Aproximaciones a una teoría de la comunicación alternativa”²⁹, un texto de apenas tres páginas pero denso en la conceptualización de la temática. Para este autor, “cualquier propuesta de comunicación que pretenda ser alternativa presupone, como condición negativa, el rechazo fundamental de la estructura comunicacional vigente” (Rey, 1980: 5); no obstante, consideraba que la expresión “comunicación alternativa” era ambigua y había que precisarla. Un aspecto interesante de este artículo es su corrimiento respecto del paradigma de la *comunicación grupal*, que como vimos con la Declaración de Puebla, seguía siendo dominante en numerosos ámbitos cristianos. Para Rey, no había que confundirlas:

“Ni toda comunicación grupal es necesariamente alternativa, ni la comunicación alternativa puede reducirse a comunicación grupal, aun tomando en cuenta que probablemente el grupo pequeño y homogéneo es el ámbito privilegiado para ensayar y desarrollar formas de comunicación alternativa. Parecida confusión se origina al traducir el binomio ‘comunicación vigente’ y ‘comunicación alternativa’ por el binomio ‘macro media’ y ‘micromedia’. La preferente o exclusiva utilización de los ‘micromedia’ no asegura de por sí una real comunicación alternativa” (Rey, 1980: 5-6)

Finalmente, las aproximaciones de Rey ponían el foco en el *sujeto* de la comunicación alternativa, que es la razón por la que se habla de *comunicación popular*³⁰. Esa expresión era correcta, decía, “en la medida en que por ‘pueblo’ se entienda ‘clase social oprimida’ y por ‘comunicación’ un ‘real intercambio de mensajes entre los miembros de esa clase social oprimida’”, por lo que proponía precisar esos elementos. En una nota al pie reconocía que estas reflexiones estaban inspiradas en las “Notas para una teoría de la comunicación popular” que Gilberto Giménez publicó en *Christus* en 1978. En el mismo sentido, planteaba:

29. Rey inscribía esta propuesta como continuidad de un artículo suyo publicado en la misma revista en 1976 (Nº 7): “Escuelas, Comunicación y Cambio Social en América Latina”, donde se planteaba una “intuición” que ahora se ha convertido en tema de investigación en muchas partes del mundo.

30. En un sentido similar, Rey reconoce también que algunos autores prefirieron hablar de “comunicación de base” (recordemos que el propio Centro Pellín editaba unos cuadernos nombrados con esa expresión): “nos parece que la expresión ‘de base’, si bien tiene la ventaja de intentar centrar el problema en la definición del sujeto agente de la nueva comunicación, no pasa de tener un valor descriptivo y aproximativo. Y, por tanto, también ambiguo” (Rey, 1980: 6).

“Una teoría de la comunicación popular, si pretende un estatuto científico riguroso y superar una mera connotación romántica o pseudo-romántica, no puede prescindir de una teoría de las clases sociales. El pueblo y lo popular no constituyen una esencia o una sustancia, sino que se definen por su posición relacional de diferencia y de contraste con respecto a otros hechos culturales y a otras clases sociales...”

Una vez definidos los agentes, era preciso caracterizar a la comunicación misma. Además de referir a estructuras comunicacionales autóctonas y códigos culturales comunes, Rey sostenía que “en la nueva comunicación emisor y receptor deben adquirir facilidad para intercambiar constantemente sus respectivos papeles, condición primera de toda genuina comunicación” (7). Y aquí reaparecía, a su vez, el interés por fomentar una recepción activa: “la recepción misma de mensajes debe tornarse en una actividad creadora que, al suponer la acción, pueda convertirse en una nueva emisión” (7).

Es interesante notar cómo, aún en un texto breve, encontramos varios de los puntos nodales señalados: el pueblo como actor y gestor de la práctica comunicacional, el cuestionamiento al modelo emisor → receptor y también la vocación política de esa comunicación, que para Rey era una consecuencia del protagonismo popular: “las nuevas formas de comunicación deben ser vínculos de organización y movilización populares, en respuesta al efecto atomizador, desorganizador e inmovilizante de las masas característicos de las formas de comunicación impuestas por las clases dominantes” (Rey, 1980: 7). Finalmente, el autor no dejaba de “subrayar la conexión íntima entre los procesos de comunicación alternativa o popular y los procesos de educación concientizadora, liberadora” que son “dos vertientes de un mismo proceso”. Por esa razón -planteaba en una nota al pie- al buscar los fundamentos de una teoría de la comunicación alternativa “es obligada la referencia a la pedagogía del oprimido, claramente diseñada en sus diferentes obras por Paulo Freire” (8).

Marcelino Bisbal, otro integrante del equipo editorial de *Comunicación*, complementaba este aporte con un artículo titulado “Presupuestos para una investigación alternativa”³¹. Al igual que Rey, trazaba una genealogía con preocupaciones expresadas por la propia revista en 1976, cuando plantearon que todas las investigaciones focalizaban al “sistema comunicacional vigente y establecido y nunca a aquellos medios comunicacionales autóctonos, que necesariamente son pobres y primitivos, pero que responden a la problemática popular y subalterna de sus emisores” (citado en Bisbal, 1980: 22). Para



Igual que el CESAP con sus talleres, en estos años el Pellín desarrolló iniciativas vinculadas a fomentar la recepción crítica de los mensajes de los medios masivos. Entre ellos, “El pueblo ante los medios de comunicación” fue una serie de siete programas, grabados en cinco cassettes, con ese objetivo. El número que estamos analizando de *Comunicación* incluía una publicidad de esa serie que tenía como protagonista a Hermenegilda Cundengue.



31. También escribía en este número Jesús María Aguirre, pero su artículo (“Comunicación ideológica y formación crítica de la conciencia de clase”) presentaba la perspectiva de investigación sobre el proceso ideológico en los medios de comunicación, sin desarrollar específicamente la cuestión de la comunicación popular/alternativa.

Bisbal, era necesario estudiar esas experiencias y hacerlo con métodos acordes. La propuesta es afín a la que Mata expondría el año siguiente en *Chasqui* (y que ya presentamos en el capítulo anterior) en torno a la investigación de lo alternativo. “La investigación alternativa -afirmaba Bisbal- debe buscar, sobre todas las cosas, la participación de los grupos sociales involucrados en los problemas de comunicación, es decir lo que nosotros hemos denominado ‘grupos marginales del proceso comunicacional’” (1980: 27).

El artículo es interesante por la trama de relaciones y lecturas que revela. Además de inscribir la búsqueda de una investigación alternativa en la propia trayectoria realizada por la publicación del Pellín, remite a la revista *Christus 517* y menciona una serie de centros (todas siglas ya presentadas en este capítulo: CEASPA, CEDEE, CENCOS, CIDOB, SCCS, CELADEC) que han planteado “la necesidad de una ‘investigación militante’ comprometida con la causa popular” (Bisbal, 1980: 28). De hecho, a la hora de señalar áreas prioritarias para la investigación, sintetizaba las preocupaciones que se plantearon en la Consulta Latinoamericana organizada por CELADEC. En suma, estos planteos lo llevaban a enumerar una suerte de programa de acción en ocho puntos: tarea crítica y permanentemente; desarrollo de la percepción crítica a nivel popular; diseño de propuestas de planificación alternativa; nuevos modelos de organización de empresas comunicacionales; nuevos modelos operativos de comunicación popular; evaluación crítica de experiencias; articulación de las experiencias para el cambio social y nueva función del investigador orgánico o militante (31).

El número 28-29 de *Comunicación* que estamos analizando -una revista-libro, si tenemos en cuenta sus 132 páginas de extensión- incluía también un artículo de José Marques de Melo: “Prensa comunitaria en el Brasil (Discusión conceptual y alternativas para la acción)”. Como advertí en la introducción, la geografía abarcada por el proyecto de esta tesis no incluía Brasil, en buena medida porque mi interés por la producción editorial conducía a pensar una zona idiomática en virtud de la cual los países que abarcamos podían tener incluso más vínculos con España que con la ex colonia portuguesa en América. Lo brasileño, no obstante, emergió de todas formas: ineludible a la hora de pensar el territorio de las redes cristianas (el mayor desarrollo de las comunidades de base), también se hizo presente por sus exiliados (véase el caso de Boal en el capítulo de Perú; Assmann en Chile; Freire en distintas coyunturas), por los brasileños en los organismos internacionales (Luiz Gonzaga Motta en el capítulo anterior) y, lógicamente, por la práctica editorial de traducción, como la que se dio en este caso. Jesús María Aguirre tradujo un trabajo de José Marques de Melo, un referente de la investigación en comunicación en Brasil, a quien había conocido



Marques de Melo fue el primer doctor en periodismo de Brasil y uno de sus principales investigadores en comunicación hasta su fallecimiento en 2018. Fue presidente de ALAIC e hizo importantes aportes a la historización del campo académico, guiado por la idea de la existencia de una “Escuela Latinoamericana de la Comunicación” (ELACOM). En los años que estamos analizando, aportó una compilación fundamental en *Comunicação e Classes Subalternas* (Cortez Editora São Paulo, 1980) y luego publicó *Comunicação e Liberação* (Vozes, 1981).

265



En el mapa brasileño, que como ya expliqué estuvo fuera del alcance (o al menos del foco) de esta tesis, la revista semestral *Comunicação e sociedade* -editada por el Instituto Metodista de Ensino Superior- cumplió un papel central en la circulación de ideas sobre la comunicación popular. Su primer número salió en 1979, dedicado a la Comunicación según Gramsci y Paulo Freire. En el número 3 (julio de 1980), sobre Comunicación, Política y participación, se publicó un clásico artículo de Mario Kaplún sobre comunicación participativa, donde narraba la experiencia del casete-foro. El número 6 (1982) estuvo dedicado a la comunicación alternativa y cultura popular.

en las acciones y redes construidas para resistir a la dictadura de ese país³². El texto en cuestión se había publicado como artículo en el N° 2 de *Comunicação e Sociedade* (diciembre de 1979) y *Comunicación* lo presentaba en español como parte de su edición. La inclusión es significativa -entre otras razones- en tanto introduce un nuevo adjetivo asociado a la otra comunicación, la idea de lo *comunitario*, que cobrará relevancia en un período posterior -en especial hacia fines de los ochenta- con las experiencias que empezaron a nombrarse como “radios comunitarias”.

Aquel texto era una intervención realizada en 1978, invitado a la XI Semana de Estudios de Periodismo de la Universidad de São Paulo. Marques de Melo reprodujo la carta de invitación al encuentro, que refería a “una de las modalidades de prensa más importante, y paradójicamente, más desprestigiadas: la prensa comunitaria, entendida como tal el conjunto de los vehículos que integran la prensa de barrios, la prensa del interior, la prensa negra, la prensa religiosa y la prensa de emigrantes” (Marques de Melo, 1980: 69). La cita tiene relevancia porque el autor la toma para objetar la definición, caso por caso. Según Marques de Melo, “una prensa sólo puede ser considerada comunitaria cuando se estructura y funciona como medios de comunicación auténtico de una comunidad. Es decir: producido por y para la comunidad” (69). Ahora bien, según él, una población que habitaba un barrio en nuestras grandes ciudades no sería una comunidad; por lo tanto, la conclusión era que no existía prensa comunitaria en Brasil:

“defendemos la tesis de que la prensa comunitaria lamentablemente no ha encontrado condiciones para desenvolverse en nuestro país. Las experiencias detectadas, las de los emigrantes, no han reflejado iniciativas de una prensa brasileña, por tratarse de una prensa europea o asiática en tierras brasileñas” (Marques de Melo, 1980: 71)³³

Es una tesis sin duda provocativa, que cobra fuerza cuando ensaya una explicación: las causas de esa carencia combinaban el analfabetismo, la concentración de la renta en pocas manos y la situación de autoritarismo -recordemos que Brasil vivía en dictadura desde 1964-. En este sentido, al proponer alternativas para la acción, señalaba que los caminos de la prensa comunitaria estaban ligados a la implantación de la democracia política,

32. En ese contexto represivo se creó una organización ecuménica llamada Unión Cristiana Brasileña, que nucleaba grupos progresistas, vinculados a las CEBs y la teología de la liberación. Según recuerda Aguirre, “a nosotros vinieron a buscar apoyo en la lucha contra la dictadura, acá el primer encuentro mío con Marques de Melo y un tal Cláudio Neotti, fue para buscar apoyo, voz internacional para denunciar los sistemas dictatoriales (...) Desde entonces les apoyamos a ellos en la lucha contra la dictadura (...) Nosotros nos sentimos muy reconocidos por los brasileños una vez que pasó la dictadura y naturalmente cuando llegaron a la presidencia, invitaciones mutuas” (entrevista a Jesús Aguirre por Emiliano Sánchez Narvarte, 14 de marzo de 2016).

33. Marques de Melo aclara que eso “no significa que no existan vehículos comunitarios de comunicación popular”, que eran lo que su colega Luiz Beltrão llamaba “vehículos de folkcomunicación”. En este punto remite precisamente a un trabajo de ese autor, “Comunicação popular e religião no Brasil”, publicado en una compilación coordinada por el propio Marques de Melo: *Comunicação / incomunicação no Brasil* (1976).

que es la que ofrecería “condiciones para el establecimiento de organizaciones auténticamente comunitarias”.

A su vez, retomaba una propuesta concreta del cardenal de Sao Paulo Dom Paulo Evaristo Arns (me refiero a la creación de una imprenta comunitaria, que estaba siendo intentada “a duras penas” por las comunidades de base), el conocido ensayo de Hans Enzensberger y los planteos de Mattelart acerca de la devolución del habla al pueblo, trabajados en la primera parte de esta tesis. Y planteaba: “la dinamización de una prensa comunitaria está íntimamente vinculada a la organización de las propias comunidades, o sea, a la concientización de la masa trabajadora para la reivindicación y conquista de su papel de agente de las transformaciones sociales” (1980: 72).

Poco más de un año después de esta revista-libro, *Comunicación* dedicó otra edición doble al tema. Según la portada del número 35-36 (noviembre-diciembre 1981), éste estaba dedicado a las experiencias venezolanas de comunicación popular³⁴, si bien entre los aportes teóricos -en la sección documental- incluyó dos textos originados en Chile y México. En el primer caso, se trataba de un trabajo producido por el Centro de Estudios Económico Sociales **Vector**, sobre “El concepto de comunicación alternativa”. Las marcas del contexto de producción son evidentes en el texto, en tanto encuentra los ejemplos latinoamericanos en “las experiencias contestatarias al monopolio informativo, establecido por los regímenes dictatoriales” (Vector, 1981: 82). En el segundo caso, el texto incluido no era otro que las tempranas notas de Giménez, publicadas tres años antes en *Christus*. Había además un tercer bloque teórico, propio, que introdujo una novedad respecto a los números anteriores en que se trató el tema: eran dos textos elaborados por el equipo de *Comunicación*, es decir, con una firma colectiva (o sin firma, en uno de los casos) y ya no como aportes individuales de miembros del equipo. Detengámonos en estos, que en cierto modo constituyen un punto de condensación de la trayectoria del Centro de Comunicación Jesús María Pellín, a cuyo origen nos referimos en el primer capítulo.

El primero, titulado “Función ideológica de los medios masivos y búsqueda de alternativas”, es un texto de dos páginas, organizado por puntos o viñetas: por un lado, explica la utilidad que tienen para las clases dominantes y, como contrapunto, analiza cuál podría ser la utilidad de los medios “en manos del pueblo” (si posibilitaran la participación, el conocimiento



El centro Vector, dirigido por Manuel Barrera, contó con un taller permanente de estudios sobre Comunicación Alternativa. Sus planteos eran coincidentes con la perspectiva desarrollada por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales fundado por exiliados chilenos en México (ver capítulo 8), con el que estuvo vinculado, en especial a través de un integrante en común: Diego Portales. La comunicación alternativa se asociaba a la búsqueda de “un modelo de comunicación democrático, alternativo al modelo transnacional imperante” que se daba en distintos escalas (desde experiencias marginales a niveles macro). Para Vector, ese modelo se caracterizó por la preeminencia de la propiedad y control privado, el financiamiento publicitario, la restricción de acceso a los emisores, los flujos verticales-unidireccionales y la producción industrial. El modelo democrático antagoniza con las primeras tres características (propiedad y control social; financiamiento mayoritariamente público que asegure representatividad; acceso amplio y pluralista); mientras que las otras requieren un análisis más complejo, en tanto la comunicación alternativa no excluye los medios masivos (aunque debe propiciar una comunicación horizontal, multilateral, y asegurar participación) ni elimina la producción industrial. Todas estas definiciones articulaban una propuesta de “democratización de las comunicaciones” que requería “la construcción de un Estado democrático que no excluya a las comunicaciones del control de la soberanía popular”, entre otras cuestiones que no tendrían “viabilidad si su formulación, desarrollo incipiente y debate social no se realizan desde hoy” (Vector, 1980: 84).

34. En un conjunto de diez artículos, el número incluía intervenciones realizadas en el Primer seminario de promoción cultural y comunicación alternativa (Caracas, noviembre de 1981), relataba algunas experiencias significativas venezolanas en prensa, cine y música que los autores identificaban con la comunicación popular y daba cuenta de tres tesis de licenciatura sobre la temática, que habían sido tutoradas por miembros del equipo editorial en distintas universidades venezolanas. Del seminario incluían la presentación de Alfredo Chacón (entonces director del ININCO) y un resumen de los debates realizado por Berta Brito. Entre los 21 trabajos presentados, Mario Kaplún había comentado la experiencia de los talleres de periódico popular que realizaba el CESAP.

crítico, la concientización...); por otro, da cuenta de la exploración de alternativas comunicacionales, tanto a nivel de “una estrategia teórico-práctica para el cambio social” (diseño de un modelo socialista; devolución del habla al pueblo) como de una transformación práctica que incluye cuatro dimensiones: a) investigación alternativa (aquí se retomaban los puntos planteados un año antes por Bisbal), b) prácticas de documentación, c) prácticas de comunicación, d) la capacitación teórico-práctica (Equipo Comunicación, 1981a: 57-58).

Nótese cómo este breve documento recogía buena parte de la experiencia acumulada, incluso más allá de las redes cristianas: desde el diseño de macro-políticas (con inquietudes en torno a la socialización que vimos muy presentes en el capítulo 3, con los textos de Mattelart) hasta las prácticas de documentación que señalamos como distintivas de CELADEC y otros centros vinculados, y el interés por fomentar la recepción crítica, complementaria de la construcción de medios propios de los sectores populares, que ya observamos en Kaplún y se reiterará en otros referentes intelectuales.

Cabe señalar que este texto programático estaba en la mitad de la revista y funcionaba como una bisagra entre los diez artículos sobre encuentros y experiencias venezolanas, y los tres “Documentos” ya mencionados, el primero de los cuales era el artículo de 14 páginas firmado por “Equipo Comunicación”.

Allí, tras señalar a la *comunicación alternativa* como una utopía que moviliza a las fuerzas sociales³⁵, el equipo editorial define una “constelación ideológica” de lo alternativo que se ha formado en los años recientes. Al caracterizarla remite a un creciente uso social de la expresión “alternativa” iniciado en el ámbito político de las nuevas izquierdas (por ejemplo, el libro de Roger Garaudy, *L'Alternative*, publicado en francés en 1972 y traducido a nuestra lengua en 1974; o la revista dirigida por García Márquez entre 1974 y 1980, que se llamó *Alternativa*), luego retomado en experiencias culturales y educativas, y ahora incorporado al campo de las comunicaciones. El término -asegura el colectivo autoral- emergió con fuerza en la conferencia mundial de la Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social (AIERI, también conocida como IAMCR por sus siglas en inglés) realizada en Caracas en 1980, en particular en boca de investigadores venezolanos o radicados en Venezuela. Una de las mesas de ese encuentro, presidida por la argentina Margarita Graziano, se tituló “Sistemas de Medios y Comunicación Alternativa”. Recordemos que ese mismo año y en el mismo país, se publicó el 28-29 de *Comunicación Alternativa* y salió la primera edición de la Revista ININCO, ambas dedicadas centralmente a la comunicación alternativa.

35. Al inicio, el texto del colectivo editorial plantea “cada etapa histórica proyecta sus propias utopías para dinamizar al conjunto de las fuerzas sociales” y “una de las expresiones utópicas que actualmente ha hecho fortuna en el campo de la comunicación social es la de COMUNICACIÓN ALTERNATIVA...” (Equipo Comunicación, 1981b: 59, 60).

Esos hitos, una suerte de “certificado” de la vigencia académica del término, daban cuenta de una construcción que se había dado en el tiempo, progresivamente, desde la toma de conciencia crítica sobre los medios de comunicación a principios de los setenta. A la luz de lo trabajado en la primera parte de esta tesis, cabe destacar el siguiente párrafo de la genealogía que construye *Comunicación* en este artículo:

“La elección de Allende en Chile, la subida de Torres en Bolivia, el golpe de Velasco en Perú, la vuelta de Perón en Argentina, crearon expectativas jamás imaginadas, después de la revolución cubana, ya que abrieron los respectivos espacios nacionales para la discusión sobre el análisis de clases, la concientización popular, la pedagogía dialógica, y para el tanteo de modelos sociales de participación, que combinaban desde las estatizaciones hasta las formas autogestionadas y cooperativas. Todavía no ha sido suficientemente estudiado el impacto de estos procesos en Venezuela, pero fue evidente su influjo en las proposiciones políticas y culturales que se adentraban en nuestro país, y que poseían ciertos rasgos innovadores” (Equipo Comunicación, 1981b: 61)

Más tarde, relaciona la búsqueda de alternativas comunicacionales con la búsqueda de “otro desarrollo”³⁶ y destaca la importancia de la información alternativa para el logro de un orden internacional más equilibrado (61-62).

En suma, en la referencia al uso comunicacional de lo alternativo, hacían un *racconto* de experiencias y proyectos que van de una escala micro-social —a los que asumían haber dirigido una atención privilegiada en la revista desde sus inicios en 1975— hasta “planteamientos más globales” como “el diseño de las políticas nacionales de comunicación y la reestructuración del nuevo orden informativo” (63). Otra vez: no se planteaba una dicotomía entre *comunicación alternativa* y *políticas de comunicación*. Por el contrario, las PNC serían las *alternativas* en términos macro-sociales.

Finalmente, en el último apartado del artículo -“Orden viejo y periodismo alternativo”- adquiriría un lugar central la cuestión del Nuevo Orden Informativo Internacional, marco dentro del cual valoraban la constitución de agencias latinoamericanas, no supeditadas a las transnacionales. En este punto reconocían también al informe MacBride ya que, si bien la reunión de la UNESCO en Belgrado había restado expectativas sobre posibles cambios, el trabajo de la comisión “ha tenido el mérito de cuestionar sin ambages” los desequilibrios en el campo comunicacional.

En las siguientes páginas nos focalizaremos, precisamente, en los compromisos y discusiones que se produjeron en las re-

Esas numerosas experiencias micro, que provienen de “un espectro progresista amplio”, habían sido nominadas de diversas maneras. En línea con los planteos de Martínez Terrero y Rey en el número 25-26 de la revista, este artículo de *Comunicación* reconoce que cada término implicaba el énfasis en alguna característica: “Esto explica que se haya preferido hablar de comunicación *dialógica* y *participatoria* para designar modelos que privilegian la reversibilidad del sistema entre los polos emisor-receptor; que se haya fijado la calificación de *horizontal* y *popular* para las experiencias en las que predomina la solidaridad de clase y la movilización popular opuesta a las relaciones dominantes; o que se haya empleado la caracterización de *grupal* y de *base* para describir más precisamente la necesidad de otras comunicaciones alternativas no masivas, basadas en los grupos societarios intermedios (sindicatos, gremios, parroquias, asociaciones culturales, iglesias)” (Equipo Comunicación, 1981b: 63)

36. Profundizamos sobre esta noción más adelante. El Equipo Comunicación reconocía que “en su formulación ha tenido especial importancia el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales de México” al que nos referiremos en detalle en el capítulo siguiente.



Entre 1976 a 1979 se había desempeñado como Secretario Ejecutivo de Comunicación del CELAM. Entre 1979 y 1989 fue parte de la agencia IPS, primero como director de la corresponsalía de Bogotá y luego como co-director en Buenos Aires. En su regreso a Argentina, entre 1982 y 1985 fue gerente de Patria Grande, una editorial cooperativa que sigue en funcionamiento hasta hoy. En 1983 fue designado vicepresidente de UNDA, cargo que desempeñó durante 12 años. Su primer libro fue en coautoría con José María Pasquini Durán: *Precisiones sobre la radio* (Ediciones Paulinas, 1988). Desde 1989 hasta 1999 dirigió el Centro de Comunicación Educativa La Crujía. Actualmente es docente-investigador de varias universidades nacionales y editorialista del diario *Página 12*, donde además edita la sección sobre temas de comunicación *La Ventana*.

des cristianas a partir de ese hito generado por la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación. En cierto modo, una situación paradójica: la Iglesia católica, que no había tenido un lugar protagónico en el debate abierto por los países no alineados, fue una de las instituciones más comprometidas en mantenerlo vigente en los años que siguieron a 1980.

7.8. Las redes cristianas después del Informe MacBride

En el capítulo 1 vimos que antes de la creación de SERPAL, DECOS-CELAM y de ALER, ya en 1960 se habían instituido en América Latina regionales latinoamericanas de las organizaciones católicas de prensa, cine y radiodifusión. Nos referimos especialmente a UNDA/AL, cuyo presidente escribió sobre medios grupales y fue uno de los impulsores de la creación del SERPAL. Dos décadas después de su creación, en septiembre de 1980, esta asociación dio inicio a UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos³⁷. Se trataba de una publicación realizada en el marco del proyecto “Iglesia y Nuevo Orden Informativo Internacional” que dirigió Washington Uranga. El colombiano Jorge Gómez Maldonado -presidente de UNDA/AL- figuraba como director y Uranga era el jefe de redacción. No era una revista de producción propia, sino que compilaba artículos de interés publicados en otros ámbitos (a veces aportaba la traducción) y distintos documentos, en general vinculados a los ámbitos católicos. Su universo temático, el Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación, estuvo bien marcado desde el inicio. En el primer número publicaron una síntesis del Informe MacBride, cuyo texto completo aún no se había difundido en español, junto a una presentación realizada por Gregorio Selser en la III Reunión de la Acción de Sistemas Informativos Nacionales (México, mayo de 1980) y un artículo del director general de la agencia de noticias tercermundista IPS, Roberto Savio. En siguientes ediciones dieron espacio a un documento elaborado por el miembro yugoslavo de la comisión, Bogdan Osolnik (Nº 2, noviembre de 1980), a los comentarios de García Marquez y Somavía sobre el informe (Nº 3, marzo de 1981), a la exposición oral “América Latina frente al informe Mac Bride” realizada por el mismo Somavía en el XIII Congreso de IAMCR (Nº 4, junio de 1981) y, a modo de “ejemplo de

37. En total se publicaron 20 números, con algunos cambios en la última etapa, no abarcada por el período de esta tesis (que comprende los primeros once números). En el Nº 14 (mayo de 1985) Washington Uranga comenzó a aparecer como director -desde agosto de 1983, cuatro números antes, la revista ya había pasado editarse e imprimirse en Buenos Aires-. Y desde el Nº 16 (octubre de 1986) modificó su nombre por el de *Comunicación América Latina* y amplió su anclaje en instituciones católicas: ya no era sólo una publicación de UNDA-AL sino que se asociaron OCIC-AL, UCLAP y WACC-AL/C. Las cuatro entidades vinculadas a la comunicación cristiana apoyaban el proyecto que era ahora responsabilidad de DECOM (Desarrollo y Comunicación para América Latina y el Caribe).

desacuerdo”, transcribieron un comentario publicado en el diario *La Nación* de Buenos Aires, atacando los planteos del NOMIC (Nº 5, octubre de 1981). Y por supuesto, publicaron artículos y documentos que vinculaban el debate desarrollado en la UNESCO con la Iglesia: “NOMIC: experiencia de América Latina y de su Iglesia”, del sacerdote jesuita Alberto Ancízar; “Derechos humanos y NOMIC”, producido por UCLAP y “Opinión pública cristiana y NOMIC”, un documento del Centro Católico Internacional para la UNESCO (Nº 6)³⁸.

Con esa agenda temática, *UNDA-AL Comunicación* tuvo gran afinidad con el trabajo realizado por el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), al que nos referiremos en el capítulo siguiente. Fernando Reyes Matta fue el autor más publicado durante el período analizado (salieron textos suyos en los números 2, 3, 4 y 10), la sección Libros se inauguró con el comentario de uno editado por el Instituto (*La comunicación dominada*) y en el Nº 9 (mayo de 1983) se publicó la declaración “Comunicación y pluralismo: alternativas para la década”, producto de un seminario -al que Gómez Maldonado asistió- que dio lugar a una de las compilaciones que analizamos como cierre de esta tesis. La publicación también propició vínculos con referentes de la UNESCO, como Raquel Salinas y Luis Aníbal Gómez.

Sin duda, la edición más destacada de toda la trayectoria de la publicación fue el Nº 7 (noviembre de 1982), que salió con 60 páginas -a diferencia de las 40 habituales- y estuvo íntegramente abocado al *Seminario Latinoamericano sobre Iglesia y Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación*, realizado en Embu el mes anterior. El interés por este encuentro no era casual. En el Nº 15, al proponer un balance antes de ingresar en una nueva etapa, Uranga comentaba que “en torno a esta revista surgió la idea y logró concretarse” dicho seminario, que formalmente había sido convocado por UNDA-AL, SAL-OCIC, UCLAP y la Unión Cristiana Brasileña de Comunicación (UCBC) y contó con distintos auspicios, entre ellos del DECOS-CELAM.

Con un carácter latinoamericano, se definía como una reunión de obispos, sacerdotes, religiosos, comunicadores cristianos y especialistas en comunicación. El Seminario partía de reconocer “orientaciones coincidentes con el NOMIC” en el magisterio como así también, a nivel práctico, “experiencias de comunicación participatoria, democrática, liberadora, popular o alternativa; como se la quiera llamar”, según escribía Gómez Maldonado en el editorial de *UNDA-AL-Comunicación*: “Nos anima la esperanza de que el presente documento respaldará y alentará tales experiencias, así como el surgimiento de otras

38. Con el tiempo, cuando la agenda se abrió más allá del NOMIC y abarcó otros temas de comunicación, la revista no perdió ese anclaje en la Iglesia católica, que le daba su perfil distintivo. Así, por ejemplo, cuando en 1983 Juan Pablo II promulgó un Nuevo Código de Derecho Canónico, *UNDA-AL Comunicación* publicó “la versión completa oficial castellana del capítulo que hace referencia en forma directa a la utilización de los medios de comunicación por parte de la Iglesia” (Nº 10, agosto de 1983)

271



Diez días antes del
Encuentro de Embu, se
realizó en Cumbayá (Quito)

un Encuentro de Asociaciones Nacionales de Emisoras Católicas y de Organismos de Educación Radiofónica, convocado por UNDA-AL. La publicación dedicó a éste su número 8 (marzo de 1983), es decir, la edición siguiente a la consagrada al seminario sobre Iglesia y nuevo orden. Allí se remarcaba el potencial de una red de cerca de 400 radioemisoras estratégicamente distribuidas en todo el continente, con cincuenta centros de producción. En un artículo central sobre la radiodifusión cristiana, Jeremiah O'Sullivan-Ryan planteaba: "El Nuevo Orden Informativo debe partir justamente de lo local, de lo popular, de lo concreto. El verdadero NOMIC empieza en las aldeas, en las cooperativas, los grupos populares organizados. La comunicación, que se llama popular, horizontal, alterna, es el primer paso hacia un Nuevo Orden Nacional e Internacional de la Información" (1983: 10).



El franciscano Clarêncio Neotti era también director de Editorial Vozes, sello que publicó libros fundantes de la teología de la liberación como *Jesús Cristo Libertador* (1972) y *Teología do cativoiro e da Libertação* (1976), de Leonardo Boff, y recientemente había editado *Comunicação & Libertação*, de José Marques de Melo.

que puedan incidir también en las políticas nacionales e internacionales de comunicación".

En el mencionado municipio de San Pablo se reunieron del 8 al 12 octubre de 1982 treinta y ocho referentes de la práctica, la gestión y la investigación comunicacional -sólo siete eran mujeres-. Entre ellos estaban el presidente de UNDA-AL Jorge Gómez Maldonado (Colombia), la directora de SAL-OCIC América Penichet (Perú), el presidente de UCLAP Clarêncio Neotti (Brasil) y el presidente de DECOS-CELAM Luciano Metzinger (Perú). No estaba CELADEC, aunque sí algunos aliados de su Programa de Comunicación como Regina Festa, que participaba por la asociación INTERCOM. Del campo de la investigación asistieron también la presidenta de ALAIC Patricia Anzola (Colombia), el director de la División Comunicación del ILET Rafael Roncagliolo (Perú/México) y el director del *Centre for the Study of Communication and Culture* Robert White (Inglaterra). La mayor parte de los participantes, lógicamente, eran brasileños (20 de los 38). La presencia más significativa después del país anfitrión correspondía a Venezuela: estaban el integrante del centro Pellín y Director de Radio Fe y Alegría José Martínez Terrero, el director adjunto de la UNESCO Antonio Pasquali, el presidente de la FELAP Eleazar Díaz Rangel y además participó el argentino-uruguayo Mario Kaplún, como director de CESAP-Venezuela. También estaban, por supuesto, José María Pasquini (Director de DECOM) y Washington Uranga, director del proyecto "Iglesia y NOMIC", impulsor del encuentro y de la revista de estudios y documentos.

El número 7 de *UNDA-AL Comunicación* incluyó cinco de las presentaciones realizadas³⁹ y transcribió el documento final. Titled "Iglesia y nuevo orden mundial de la comunicación"⁴⁰, se trataba de un lúcido texto de 15 páginas, organizado en 47 puntos de conclusiones y 19 de recomendaciones, que se inscribía en la mejor tradición progresista y combinaba una multiplicidad de temas, incluyendo las políticas nacionales de comunicación, la comunicación alternativa y la responsabilidad de los profesionales de la comunicación.

39. Se destacaba el aporte de José Martínez Terrero, presentado como dos artículos: "La comunicación popular en el NOMIC" e "Iglesia y comunicación popular", donde retomaba aportes de Freire, Bosco Pinto, Gilberto Giménez (Martínez Terrero, 1982a) y aportaba una perspectiva histórica que se remontaba a la prensa de las revoluciones independentistas en el Siglo XX e incluía, por supuesto, hitos como el movimiento educativo de base, el trabajo de emisoras bolivianas o la reunión de comunicadores cristianos de Santa Inés en 1966 (1982b). Sus exposiciones retomaban varios aportes del Seminario sobre Comunicación y Movimiento Popular realizado por CELADEC el año anterior. Por su parte, la investigadora chilena Raquel Salinas Bascur, vinculada a la UNESCO, escribía "Nuevo orden informativo: balance y perspectivas", donde retomaba trabajos de Beltrán y del ILET, y reconocía la aparición de la idea de comunicación alternativa, aunque reclama mayor rigurosidad al concepto. Los otras tres intervenciones reproducidas en *UNDA-AL Comunicación* fueron "Iglesia y comunicación en América Latina" de Clarêncio Neotti, "Luchar por el nuevo orden", de Eduardo Koaik (Obispo administrador apostólico de Piracaíaba. Responsable del Sector de Comunicación Social de la Conferencia Nacional de los Obispos de Brasil y miembro de DECOS-CELAM) y "NOEI: justicia y fraternidad", de Candido Padin (Obispo de Baurú, con larga trayectoria en el CELAM).

40. En la periodización propuesta por Spoletini (1985), este es uno de los principales documentos de última etapa (La comunicación social ante los nuevos desafíos de la década del '80), junto a un ensayo publicado por DECOS-CELAM a fines de 1983 titulado "Hacia una teología de la comunicación en América Latina".

Según planteaba, el Encuentro de Embu expresaba “la decisión de los comunicadores cristianos latinoamericanos de participar activamente en la implementación del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación”. Primeramente hacía una caracterización de la crisis mundial y la crisis en América Latina, que retomaba planteos la Conferencia de Puebla, focalizaba la crítica en el capitalismo transnacional y cuestionaba la penetración neocolonial reforzada por la doctrina de seguridad nacional. La información y la comunicación, agregaba, “tienen un rol preponderante en esa estrategia de dominación. Los medios masivos no son utilizados como un bien social sino como negocios mercantiles de una minoría, y sus mensajes pretenden, en lo esencial, afianzar los valores establecidos y neutralizar en el pueblo la voluntad de cambio”. En segundo lugar se refería a las propuestas de cambio implicadas en el NOEI y el NOMIC, cuya formulación inicial reconocía a los países no alineados. El documento planteaba la necesidad de una cooperación sur-sur y de que los pueblos fueran protagonistas de la democratización. Escrito desde América Latina, la referencia a la *democracia* resultaba fundamental:

“en la comunicación [la democracia] se expresa en la abolición de las formas autoritarias y se apoya en la acción coincidente, organizada y solidaria de los oprimidos. La participación pluralista de los sectores sociales debe manifestarse en los diferentes niveles del proceso comunicativo, en particular en la producción, distribución y consumo de bienes culturales” (UNDA-AL, 1982: 10).

A su vez, se apuntaba a la cuestión del acceso y la participación:

“29. El proceso de democratización exige:

- a) Que el individuo pase de ser un simple objeto de la comunicación a elemento activo en ella, es decir que todos los miembros de la sociedad, especialmente los desposeídos, tengan acceso libre en igualdad de oportunidades, a los medios de información y comunicación;
- b) Que aumente el grado y la calidad de la representación social y de participación, que incluye la intervención en la producción y distribución de mensajes y en la toma de decisiones referentes a la política y planificación de la comunicación;
- c) Que se cumpla un proceso de formación, especialmente entre los desposeídos, para que el pueblo desarrolle su capacidad comunicacional, esto es, la habilidad para producir mensajes con valores propios que atiendan a sus intereses, y no con los valores impuestos por la cultura dominante” (UNDA-AL, 1982: 10-11)

Este planteo tenía varias consecuencias. Por un lado -a la hora de las recomendaciones- era un llamado a los medios de la Iglesia para que iniciaran “un proceso que conduzca a la efectiva participación de la comunidad en la producción y en el uso de

los mensajes”, lo que implicaba capacitar al pueblo para organizar y producir recursos de comunicación e información, y también buscar -para completar ese proceso- “formas de propiedad social en las que se incorporen los trabajadores de esos medios y los miembros de la comunidad” (UNDA-AL, 1982: 18). “Todo eso -se enfatizaba- con el propósito de alterar la producción vertical y la distribución unilateral de mensajes, y de posibilitar la expresión concreta y activa de la voz del pueblo” (18).

Por otro lado, se reconocía la existencia en los hechos de experiencias de comunicación alternativa, generadas por “los oprimidos” como reacción frente a la negación del acceso y la participación por parte de los “poseedores de los medios”. Es decir: los sectores populares ya habían creado “formas diferentes de comunicación, no verticalistas, que los representan y los interrelacionan” y que habían recibido distintas denominaciones:

“...comunicación horizontal, grupal, popular, de base, comunitaria, participativa. Recientemente, el término ‘comunicación alternativa’ trató de englobarlas. Aunque se le da diferentes acepciones, la comunicación alternativa debe tener un carácter liberador si es que se propone representar los intereses de los desposeídos y sus propósitos fundamentales” (11)

Incluso más adelante se reconocía la emergencia de nuevos modelos “en la práctica y en la acción pastoral de la Iglesia”, vinculados “a las comunidades eclesiales de base y a otros grupos cristianos que participan en las organizaciones y en los movimientos populares que abren espacios para la participación y el diálogo” (15)⁴¹.

En la dimensión macro es donde aparecía con fuerza el planteo del Nuevo Orden Mundial, frente al cual se reclamaba una “acción decidida en favor” por parte de la Iglesia. En ese sentido, la tercera parte del análisis se titulaba “La Iglesia ante la propuesta del NOMIC” y acudiendo en varias oportunidades al Documento de Puebla argumentaba: “La Iglesia no puede permanecer ajena a esta lucha, porque ella asume parte de la ‘realidad del hombre latinoamericano expresada en sus esperanzas, sus logros y sus frustraciones’ (Puebla 15) y debe contribuir al desarrollo y la liberación de los pueblos” (11).

Por el carácter del Encuentro, el documento de Embu no tenía resoluciones pero sí, como ya dije, una serie de recomendaciones. En este plano, es interesante ver cómo aparecían distintas líneas y ámbitos de acción, que estaban lejos de limitarse a la revisión del tipo de comunicación realizada por la Iglesia. En efecto, se pedía a las diferentes instituciones católicas que rea-

41. Vale advertir que estos reconocimientos a formas de comunicación alternativa o liberadora existentes -que eran un “principio de realidad” del NOMIC- referían a micro-medios o a lo que en las redes cristianas se denominaba comunicación grupal, como dejaba en evidencia el punto que planteaba: “Este tipo de comunicación popular liberadora forma parte del proceso de construcción del NOMIC, pero no lo agota. El NOMIC también propone que los medios masivos con sus ventajas tecnológicas, sean puestos al servicio del pueblo” (11).

lizaban esa autocrítica “a fin de superar la visión instrumental y persuasiva, reemplazándola por una práctica efectivamente dialógica” y se instaba a transformar los medios de comunicación propios, pero también se reclamaba un trabajo ecuménico, una tarea de sensibilización de la sociedad civil y la articulación de esfuerzos con otras organizaciones (sindicatos, partidos políticos, universidades, asociaciones profesionales).

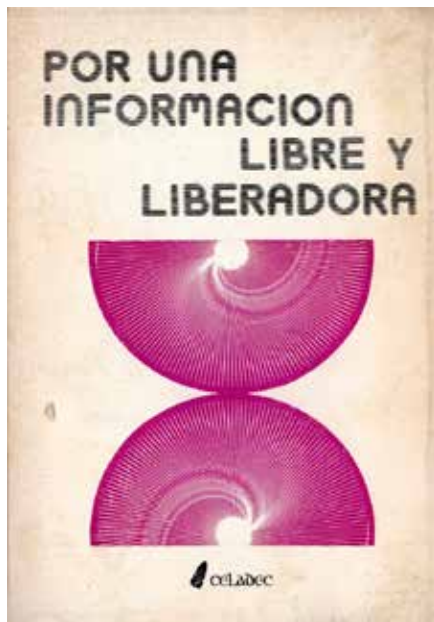
Precisamente, una recomendación apuntaba a estudiar en profundidad las políticas de comunicación para proponer “alternativas para la democratización de los sistemas de comunicación y de las nuevas tecnologías”:

“Esto significa luchar por una distribución más justa de la propiedad de los medios, por la ruptura del monopolio del Estado y de los grupos económicos y por *facilitar el acceso de las instituciones comunitarias, sindicales y gremiales a la posesión de los medios masivos, en especial, los electrónicos*. Significa también asegurar la participación de los trabajadores de la comunicación en la gestión de los medios y garantizar que los receptores puedan ejercer influencia sobre las respectivas líneas de programación” (16. El destacado es mío)

En relación a los *receptores*, el Documento hablaba de “promover y apoyar iniciativas” que movilizaran “la conciencia crítica”; mientras que en relación a los trabajadores, incluía un punto en torno a “los profesionales de la comunicación”, desagregado en seis propuestas concretas:

- Compartir las experiencias de comunicación grupal liberadora, colaborando a la formación de comunicadores populares;
- Reivindicar el derecho a participar en la elaboración de políticas editoriales de los medios y en la coestión de los mismos;
- Apoyar a las clases populares para que conquisten en los medios el espacio informativo para la defensa de sus intereses y expresión de sus opiniones;
- Fortalecer los sindicatos profesionales y luchar, junto al movimiento obrero, para impulsar el proceso de democratización, para promover, defender y estimular experiencias de la cultura popular y hacer oír la voz de los trabajadores;
- Reivindicar la participación de los sindicatos en los proyectos regionales de comunicación liberadora y en las experiencias internacionales para la construcción del NOMIC;
- Trabajar con los impactos producidos por la aplicación de las nuevas tecnologías en la capacidad productiva, en las relaciones de trabajo, en las políticas de empleo y en las estructuras sociales y en la elaboración de respuestas adecuadas” (17)

En suma, las conclusiones y recomendaciones de Embu constituían un programa de avanzada, que recogía las experiencias e ideas de los sectores más progresistas de la Iglesia latinoame-



En el capítulo titulado “La (falta de) contribución de las iglesias al NOII” (artículo originalmente publicado en 1980 en *Media Development*, la revista de la World Association for Christian Communication), Neville Jayaweera precisaba que no había otra institución “tan activamente involucrada en el campo de las comunicaciones”, teniendo en cuenta las emisoras distribuidas en todo el mundo, el hecho de que “la parroquia más pobre cuanto menos edita un boletín” y que “no hay iglesia nacional que no cuente con un departamento de comunicación” (en VV.AA., 1982a: 83-84). En ese sentido, cuestionaba la ausencia hasta ese momento de un pronunciamiento de las iglesias sobre el NOMIC.

ricana, organizadas a partir de un llamado a tomar partido en torno al Nuevo Orden Mundial de la Comunicación y la Información. Las demandas históricas de los países tercermundistas que la UNESCO había institucionalizado a través de la Comisión Internacional eran tomadas como punto de partida. Como el Documento de Medellín había hecho con el Concilio Vaticano II, el Documento de Embu tomaba el Informe MacBride con entusiasmo y lo llevaba más allá, en un programa de acción más cercano a las bases sociales.

Como otra repercusión del Informe Mac Bride, en septiembre de 1982 se publicó en Lima *Por una información libre y liberadora*.⁴² Se trataba de una compilación de textos en torno al NOMIC realizada desde CELADEC para poner el tema “al alcance de Iglesias y Organizaciones de educación con quienes se haya relacionado” y del público en general (VV.AA., 1982a: 5). Aquí las prácticas editoriales de traducir y compilar tenían un claro sentido de recirculación; en rigor, de los diez textos incluidos⁴³, el único preparado especialmente para este libro era el de Marita Mata. Los demás correspondían a investigadores, consultores y gestores de otras geografías -Regina Festa y Juan Somavía eran los únicos latinoamericanos-.

En apretada síntesis: los distintos artículos abordaban una cronología de los debates sobre el Nuevo Orden (Festa, Jayaweera), el papel de las iglesias (Jayaweera) y el de los centros de documentación (Foubert), el rol de las políticas nacionales de comunicación en la democratización y la necesidad de que sean participativas (Pavlic) y la recuperación de alternativas (Mata), las tensiones, negociaciones y conciliaciones en torno al documento final de la Comisión (Somavía) y el enfoque ecléctico resultante de ese proceso (Nordenstreng), la revisión de sus principales aportes como así también de fallas y omisiones como su tendencia occidentalizante (Szecsko), el lugar acrítico desde el cual se pensaban las tecnologías (Schiller) y las limitaciones de las medidas propuestas para contrarrestar el poder de las corporaciones transnacionales (Hamelink).

Según se afirmaba al inicio del libro, CELADEC ofrecía esta selección para “facilitar una contribución a un debate que, desde la perspectiva de América Latina, se anima con el reconocimiento de una situación de injusticia que exige reverse” (VV.

42. El título del libro estaba extractado de uno de los artículos: “Nuevo Orden Internacional de la Información. Por una información libre y liberadora”, de Regina Festa, referente de la comunicación grupal y alternativa en Brasil.

43. El libro incluye textos de Regina Dalva Festa, del Instituto Metodista de Ensino Superior de Sao Paulo; Herbert Schiller, de la Universidad de California; Breda Pavlic, ex UNESCO, de Universidad de Illinois y Universidad Lubliana; Neville D. Jayaweera, de la Universidad de Ceilán (Sri Lanka) y miembro de la WACC; Charles H. Foubert, miembro del International Documentation Center; Juan Somavía, director del ILET y ex miembro de la Comisión presidida por Mac Bride; Cees J. Hamelink, catedrático holandés que dirigió Oficina de Investigación sobre Comunicaciones de la Federación Luterana Mundial y fue también investigador del ILET; Kaarle Nordenstreng consultor de la UNESCO de origen finlandés; Tamás Szecsko, investigador húngaro; y María Cristina Mata, presentada como ex profesora de la Universidad Nacional de Córdoba y de la Universidad de Lima.

AA., 1982a: 6). Poco después, la introducción escrita por Alfredo Paiva se preguntaba “qué tan familiarizados estamos [con el NOII/NOMIC] nosotros quiénes, lejos de poseer y controlar los medios y recursos masivos de información y comunicación, nos esforzamos por construir alternativas comunicacionales”. Y arriesgaba una respuesta:

“Nuestra experiencia en el campo de la comunicación alternativa, de la comunicación popular que es expresión de la praxis social de grupos y organizaciones sociales, políticas, eclesiales, educativas, nos permite afirmar como primera respuesta que el tema aparece por lo general, o bien como algo ajeno, extraño, por su articulación con las organizaciones internacionales en cuyo seno se ha debatido, o bien como algo que no concierne -por su naturaleza macrosocial- a quienes están involucrados en procesos y prácticas particulares de comunicación. Pocos son, realmente, quienes empiezan preguntándose de qué modo afecta o puede afectar a su praxis comunicativa ese proceso de negociación intergubernamental de un nuevo orden informativo; de qué manera están presentes en él las experiencias, luchas y avances registrados en América Latina para la gestación y desarrollo de sistemas y formas de comunicación democráticas y participatorias, o hasta qué punto todo ese desarrollo puede verse dificultado -confundido, recuperado- por propuestas exógenas (no en términos geográficos, sino en términos de un proyecto político alternativo)” (Paiva, en VV.AA., 1982a: 10)

En ese sentido, no se trataba de “abrazar sin más la batalla por un nuevo orden tal como ella ha sido planteada y encaminada por algunos gobiernos y organismos” sino “de preguntarnos si existen o no puntos de contacto entre esa batalla y nuestra voluntad de construcción de alternativas comunicacionales” (Paiva, VV.AA., 1982a: 11).

Paiva reconocía el involucramiento de organizaciones de investigadores -IAMCR y, con especial dedicación, el ILET- y ámbitos católicos como WACC, UNDA, UCLAP y la propia CELADEC, que con este libro proponía asumir “una posición reflexiva y crítica” frente a la problemática (13). Con ese fin, cobraba sentido la traducción como operación editorial: “la intención de este volumen [es] poner al alcance de quienes trabajan en el campo de la comunicación, una serie de textos originalmente publicados en otros idiomas y medios diversos” (13).

En otras palabras, si el seminario de Embu expresaba una postura entusiasta respecto de las proyecciones del Nuevo Orden, aquí se propiciaba una “lectura precavida”, como sugería Mata en el título de su capítulo.

La argentina planteaba que el trabajo realizado por la Comisión MacBride debía ser entendido como “un momento, un estadio de la discusión y la negociación que deberán profundi-

zarse en la presente década” (en VV.AA., 1982a: 160). En primera instancia, casi a modo de reseña de posturas que podían encontrarse en la propia publicación, la autora balanceaba “dos ópticas definidas” (162): una que pone el énfasis en la utilidad que el Informe puede tener; otra que privilegia el examen de sus presupuestos teóricos o su rigurosidad analítica que, como ya vimos en el capítulo anterior, tiene el eclecticismo propio de un texto negociado. En el primer caso, está claro que “uno de los mayores logros” fue “dar carta de ciudadanía a un conjunto de temas tradicionalmente fuera del área de discusión de los organismos internacionales y aun en ciertos ámbitos nacionales; entre ellos, el problema de la transnacionalidad de la comunicación, la dominación cultural, los fenómenos de manipulación y distorsión informativa, por no citar sino algunos” (en VV.AA., 1982a: 160).

A continuación se proponía analizar el tratamiento que se proyectó sobre algunos temas específicos de la comunicación en América Latina, como las políticas nacionales (ligadas a la búsqueda de la democratización de la comunicación) y la comunicación alternativa. En este punto, observaba un reciente desplazamiento que había llevado a organismos internacionales y otras organizaciones (como el ILET y la FELAP), antes focalizados en los efectos del poder transnacional, “a abordar con interés un nuevo aspecto, que incluso resulta, según sostienen algunos, legitimado por el Informe: la comunicación alternativa”. Mata señalaba que este tema era “marginal” en el conjunto del trabajo realizado por la Comisión MacBride, pero al mismo tiempo reconoce “que su inclusión y debate” era parte “de una ampliación de las cuestiones en discusión a niveles gubernamentales e internacionales”, por lo que era importante “examinarlo más de cerca” (VV.AA., 1982a: 164).

En primer lugar, incorporaba una dimensión histórica:

“A nadie escapa el hecho de que en América Latina *la problemática no es nueva: hace más de un década* que las alternativas en el campo de la comunicación no sólo se debaten, sino que emergen en las realidades nacionales y se desarrollan con mayor o menor eficacia, *por lo general al margen de los Estados* y, es más, al margen de las recomendaciones y declaraciones que sobre la problemática informativa se producían en citas cumbres y conferencias*” (VV. AA., 1982a: 164. Los destacados son míos)

El asterisco señala una nota al pie que no quiero obviar, porque matiza la idea que subrayamos -“al margen de los estados”- precisamente en el sentido en que desarrollé en la primera parte de esta tesis. Mata aclara: “Por cierto excluimos de una afirmación semejante todo el proceso de transformación que se diera en Chile bajo el gobierno de la UP (...) e incluso procesos como la proyectada ‘socialización’ de la prensa peruana durante la pri-

mera fase del gobierno militar encabezado por el General Velasco Alvarado” (164).

Luego proponía leer el Informe “desde la óptica que la misma práctica de la comunicación alternativa en América Latina” para exponer una “contradicción fundamental” al descubrir dos “concepciones contrapuestas”, a saber:

- La del Informe, que identifica la alternativa como “alternativa al sistema de comunicación vigente”. Mata cita en extenso los fragmentos del informe que definen a las experiencias de comunicación “de sustitución” y “contrainformación”, cuya característica común sería la “oposición a la comunicación oficial institucionalizada”. Como toda definición por oposición -señala- “no puede menos que admitirse que esa práctica sustitutoria está pre-determinada por la práctica dominante” (165, 167)

- Otra concepción, “que no está en una teoría (lamentablemente aún inexistente) de lo alternativo en comunicación, sino que subyace en las prácticas de ese tipo que se desarrollan en nuestro continente” (en VV.AA., 1982a: 168). Aunque no existía una formulación teórica consolidada, la autora ofrecía una caracterización: esta *comunicación alternativa* “es parte de la praxis socio-política de transformación social; en consecuencia (...) se ubica en el marco del proyecto político que las genera como instrumentos y expresión de su desarrollo” (VV.AA., 1982a: 168).

La discrepancia se daba entonces entre una definición por la negativa -la comunicación alternativa como “oposición a”- y otra por la positiva -la comunicación alternativa como praxis de un proceso de transformación social-; la primera, institucionalizada en el informe de la UNESCO y la segunda, parte de una teoría todavía no escrita.

Y aunque no lo enuncia de esta manera, lo que sigue a continuación puede leerse como aportes para esa construcción teórica pendiente y necesaria. Un esbozo que recogía la experiencia previa, las prácticas latinoamericanas conocidas a través de CELADE y las lecturas que habían tenido circulación en aquellos años, desde los valorados aportes de Mattelart hasta las discusiones de un reciente encuentro organizado por CLACSO, y planteaba preocupaciones propias respecto del riesgo de institucionalización o “legalización” de lo alternativo.

La revisión de esas ideas da cuenta de la complejidad que ha ido adquiriendo el pensamiento sobre la comunicación popular y alternativa hacia 1982 -al menos en la formulación de algunos autores, como Mata y Reyes Matta-, que reconoce distintos niveles y dimensiones, bastante próximos a los puntos nodales de la definición abierta y provisoria que planteamos en la Introducción. En síntesis:

1) Ya hemos señalado la necesaria presencia de un *proyecto político* que supone una vocación de cambio. La comunicación ya no se piensa como “mero intercambio de información, sino



En marzo de 1981 hubo en Santa Marta (Colombia) una reunión para formar un grupo sobre Comunicación en el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. El eje temático de la convocatoria fue “Comunicación y democracia”. Los exposiciones fueron publicadas al año siguiente en Lima, en una coedición entre DESCO y CLACSO (VV.AA., 1982b) organizada en cinco partes. En la primera, distintos trabajos abordan la comunicación en regímenes autoritarios: Patricia Terrero analiza el caso argentino, Giselle Munizaga el de Chile y Luis Gonzaga Motta enfoca la cultura de resistencia y la “comunicación alternativa popular” en Brasil. La segunda parte, sobre “cambios institucionales”, incluye análisis de tres situaciones diversas: la reforma de la prensa en Perú, por Luis Peirano Falconi; el frustrado proyecto RATELVE en Venezuela, por Oswaldo Capriles y la discusión sobre el derecho a la información en México, repasada por Fátima Fernández Christlieb. La tercera se titula “Experiencias de comunicación popular” e incluye dos artículos: “Comunicación popular y democracia”, de Hernando Martínez Prado, y “Brasil: experiencias participativas y vinculación con movimientos populares”, de Carlos Borromeu Limeira de Mélo. En la cuarta parte, sobre problemas teóricos, hay un texto de Reyes Matta que retomaremos en los próximos capítulos; además escriben Rafael Roncagliolo, Noreene Janus y Diego Portales sobre publicidad y economía; Ana María Nethol sobre la teoría y acción comunicativas dentro de los procesos de transición a las democracias -aquí aparece la cuestión de las alternativas comunicacionales-, Alcira Argumedo, postulando una perspectiva tercermundista, y finalmente Marta Colomina de Rivera y Xiombra Villasmil, sobre “El simulacro de la liberación femenina en la difusión masiva del Estado burgués”. La última parte, “Variaciones sobre el futuro”, contiene un artículo de Héctor Schmucler, promotor del grupo y de la publicación, en torno a los desafíos de la sociedad informatizada.

como una relación social” inserta en una matriz de relaciones que se busca transformar. En consecuencia, plantea Mata, “la alternativa comunicacional no está desligada de una alternativa pedagógica, de una alternativa organizativa, etc., que son aspectos diversos pero interdependientes de una única praxis social” (169).

2) También hay un cuestionamiento al modelo de transmisión unidireccional: “Con todos los desniveles que es necesario reconocer, las prácticas alternativas de comunicación desarrolladas en América Latina implican una ruptura del modelo vertical de comunicación que reproduce el modelo de organización propio de las sociedades capitalistas” (169).

En ese punto, cabe destacar, Mata se desmarca de la perspectiva de los *medios grupales*, que como vimos fue predominante en las redes cristianas en la primera etapa y seguía vigente en Puebla: “la naturaleza de los medios empleados (grupales o masivos, electrónicos o no) poco importa para la existencia o no de este nuevo modelo”. No sólo *comunicación grupal* no equivale necesariamente a *comunicación alternativa*, sino que muchas “expresiones pretendidamente alternativas, que apelan a medios grupales, en principio favorecedores de la participación colectiva, el diálogo, etc., no superan los niveles de un ‘participacionismo’ provocado y dirigido verticalmente” (169).

Pensar alternativas en los medios masivos es posible en la medida que la ruptura con el modelo dominante no piense en una “horizontalidad utópica”: “De lo que se trata, por el contrario, es de que cada uno de los miembros de un grupo, sector u organización, reconozca y enfrente los mensajes como propios y, al hacerlo, los identifique como fruto de un proyecto en el que está involucrado y como instrumento para desarrollar dicho proyecto” (VV.AA., 1982a: 170).

3) Hay una idea clara de *sujeto*: se trata, por supuesto, de los *sectores populares*. El proceso de construcción de la alternativa -o de la “nueva hegemonía”, dice Mata, en una clara aunque implícita recuperación de los diálogos con Mattelart- debe posibilitar su avance: la experiencia debe ser “asumida también como una práctica en la cual los sectores populares se forman a sí mismos de manera activa, generando una educación con contenido de clase que tiende a la elevación de los niveles de conciencia así como de las formas de organización y acción solidarias y democráticas” (VV.AA., 1982a: 171).

Es en este punto, finalmente, donde surge lectura precavida sobre el Informe MacBride:

“[...] el Informe confiere gran importancia a las comunicaciones grupales, de sustitución o alternativa. Pero, justamente, la confrontación realizada en los únicos términos que consideramos pertinentes -es decir a partir de la práctica que llevan adelante los sectores populares lati-

noamericanos- nos lleva a afirmar que *lo que el Informe legitima es una comunicación alternativa a nivel tecnológico y formal, vaciada del contenido político y por ello transformador, alternativo -creador de nueva realidad- que es lo definitorio de las prácticas de comunicación popular que se desarrollan en nuestro continente, por grandes que sean sus limitaciones*” (Mata, en VV.AA., 1982a: 178. El destacado es mío)

La autora plantea entonces una preocupación por la deriva tecnocrática de los debates del Nuevo Orden, pero ya no por sostener que una comunicación verdadera es aquella no mediada por tecnologías (como podía advertirse en algunos planteos reseñados en el capítulo 1) sino desde una crítica a la importación tecnológica que recuperaba de *Multinacionales y sistemas de comunicación*: “Si la aplicación de esa tecnología sigue el trazado de las instituciones existentes, el proceso de ‘democratización’ de la comunicación de masas está asegurado contra toda veleidad de franquear las barreras del sistema sin por eso dejar de dar la ilusión de ‘darle la palabra’ a los administrados” (Mattelart, 1977: 213-214). Es entonces contra esa institucionalización que se rebela:

“[...] creemos vale la precaución: decirnos que esas prácticas siguen siendo ‘ilegítimas’ porque no son fruto del consenso sino de la lucha. Y decirnos al mismo tiempo que su no legitimación no es obstáculo para que profundicemos su conocimiento e impulsemos su desarrollo. Por el contrario, su pretendida entrada en la agenda internacional, debería obligarnos a una reflexión cada vez más orgánica y metódica, para salvaguardarlas de todo intento de recuperación que pase por el vaciamiento de su real contenido y objetivo” (VV.AA., 1982a: 178)

Por último, cabe señalar que al momento de escritura de este trabajo Mata ya no se desempeñaba cotidianamente en CELADEC, sino que estaba iniciando un camino de investigación vinculado a las radios populares. A comienzos de la década, en medio de algunas discrepancias internas, había decidido dejar la oficina, aunque siguió vinculada para trabajos puntuales⁴⁴. Un tiempo más tarde, el CEDEE de República Dominicana se contactó con CELADEC porque el colectivo de Radio Enriquillo había conseguido fondos de una fundación de cooperación holandesa (CEBEMO) para hacer la investigación que había sugerido Mattelart al conocer la experiencia. Necesitaban alguien que la dirija y pedían a Mata.

Así, la investigadora argentina coordinó junto a la dominicana Miriam Camilo Recio⁴⁵ (de CEDEE) una investigación parti-

44. “Advertía muchas cuestiones con las que tenía serias diferencias e hice lo que siempre hago: si yo estoy en desacuerdo con una institución en la que creo y he ayudado a construir, no doy la batalla sino me voy. Soy respetuosa de ámbitos en los que he jugado mi vida” (Entrevista a Marita Mata, 2019)

45. Actual Directora General de Educación de Jóvenes y Adultos del Ministerio de Educación de República Dominicana.

ceptiva involucrando a los miembros de la radio y de grupos y organizaciones populares allegadas. Tras diez meses de trabajo, resumió esta experiencia en un artículo titulado “Radio Enriquillo: El proceso de una evaluación” (Mata, 1982) en un número de *Comunicación y Cultura* dedicado a la radio al que nos referiremos en el capítulo siguiente, y que bien podía leerse en continuidad al publicado en *Chasqui*, ya comentado, en el que planteaba que la necesaria participación de “los investigados” en los procesos de conocimiento sobre las prácticas alternativas de comunicación (Mata, 1981a).

La descripción de la experiencia estudiada reponía la complejidad de las experiencias aludidas con los términos de “comunicación popular” o “alternativa”, que difícilmente podían ajustarse a definiciones taxativas enunciadas en pocas líneas:

“[a Radio Enriquillo] corresponde definirla, por un lado, como un medio de comunicación masiva (el de mayor penetración en la región según los estudios de medición de audiencia realizados por agencias publicitarias) y funciona -en ciertas áreas de su programación- con el mismo sistema de producción y difusión de mensajes que es propio de ese tipo de medios de nuestra sociedad: unidireccionalidad, pseudoparticipación del oyente a través de recursos dirigidos, tales como concursos, envío de cartas, encuestas de audiencia, etcétera.

Por otro lado, este mismo medio masivo se reclama *horizontal, participativo*, instrumento de *expresión, intercomunicación y educación* de la población del sur. Y, evidentemente, en otras áreas de su programación, funciona con criterios más propios de la educación popular y la comunicación alternativa que de la comunicación masiva: recepción organizada de programas; coproducción de mensajes con grupos y asociaciones populares; sistema de corresponsales y uso colectivo de folletos educativo, etc. En suma, un medio en el que conviven de manera contradictoria modelos existentes y posibles de comunicación” (Mata, 1982: 51)

Desde una perspectiva de investigación-acción, entonces, el trabajo coordinado por Mata abordó esas múltiples capas con el objetivo -entre otros- de “sistematizar un modelo de trabajo masivo-grupal alternativo al modelo tradicional de la radio en el sistema de comunicación vigente” (49). El artículo publicado en 1982 daba cuenta de la realización de 20 encuentros en 16 comunidades, que buscaron captar las dinámicas de relación entre la radio y la población, incluidas sus ambivalencias y contradicciones. Esta experiencia colectiva había servido para “reafirmarnos en algunas convicciones”; entre ellas,

“que la comunicación alternativa no se reduce a un manejo distinto de algún canal, de algún medio en particular. Que ella es un nuevo tipo de interacción cuestionadora donde se juega en parte (pero no en parte accesorio o secundaria) la

posibilidad de que vaya emergiendo, paulatinamente y en medio de contradicciones, un sujeto colectivo en el cual el poder, basado en el monopolio de un ‘saber teórico’ y de un ‘tener y saber tecnológico’, sea reemplazado por unas nuevas relaciones sociales, un nuevo tipo de interacciones, basadas en el aporte plural y democrático” (Mata, 1982: 67).

Tras el desarrollo de esta investigación, el Junta Directiva de la Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER) -en la que estaba el director de Radio Enriquillo- convocó a Mata a formar parte de su área de investigación, que buscaban renovar de cara a una etapa que excede a los alcances de esta tesis. En la disyuntiva frente a una posible vuelta a la Argentina -el final de exilio-, Mata aceptó el desafío y se instaló en Quito durante tres años (1982-1984) convirtiéndose entonces, como la calificó Luis Ramiro Beltrán, “en la investigadora más fiel y acuciosa de la radio popular latinoamericana” (Beltrán, 2014: 369).



8 El exilio mexicano

A mediados de la década del setenta, la realidad de los cuatro países en los que pusimos el foco en la primera parte de la tesis había cambiado por completo. En Bolivia ya llevaba varios años la dictadura de Hugo Banzer. En Chile, el gobierno de la Unidad Popular había sido derrocado por el golpe de Estado de Pinochet en septiembre de 1973. En Argentina la derchización del gobierno peronista fue seguida por la instauración de una feroz dictadura en 1976. En Perú continuaba “el gobierno de las fuerzas armadas” pero en 1975 concluyó el ciclo velasquista y el gobierno de Francisco Morales Bermudez clausuró las principales medidas progresistas, si bien mantuvo cierta orientación “no alineada” en el escenario internacional. También otros países de la región como Uruguay y Paraguay vivían procesos autoritarios: la coordinación represiva conocida como Plan Cóndor fue la máxima expresión de ese contexto regional tan distante de las expectativas de liberación de pocos años antes. Bajo esas circunstancias, no es casual que muchas de las figuras intelectuales que nos interesan hayan atravesado exilios. Dentro del continente, Argentina por poco tiempo, Perú, Venezuela, Costa Rica, Cuba y México fueron los principales países que los acogieron¹. Y el exilio se volvió un *lugar* de producción, con dos características distintivas: la emergencia de nuevas preguntas -la necesaria reflexión sobre la derrota- y la reunión, en un mismo lugar, de intelectuales críticos con distintas trayectorias y experiencias.

Para pensar ese proceso en relación a las preguntas de esta tesis, situaremos el foco en México, el principal destino de los exilios del cono sur (Yankelevich, 2009: 330; Ramirez, 2017: 179). En ese caso, numerosos intelectuales consiguieron buenos lugares en las universidades, fueron convocados a escribir en la prensa e incluso fueron apoyados en la creación nuevas instituciones como el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), que tuvo un rol fundamental en el sostenimiento de los debates sobre el orden informativo internacional, al tiempo que gestó un área específica de estudios y sistematización de experiencias de “comunicación alternativa”.

1. En muchos casos, los exilios tuvieron escalas: de Chile a Argentina, de Argentina a Perú, de Perú a México...

8.1. Meca del exilio y los debates tercermundistas

284

El tiempo inicial de los exilios coincidió en México con el gobierno de Luis Echeverría, que ofreció un clima de mayor libertad cultural y mejoró el presupuesto de las instituciones académicas². En ese contexto, este país se volvió un espacio de refugio para importantes núcleos de latinoamericanos perseguidos por las dictaduras: brasileños, bolivianos, uruguayos, centroamericanos, antillanos, chilenos y argentinos. Muchos académicos encontraron fácilmente empleo en instituciones educativas públicas, entre las que se destacó la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), seguida por la recién fundada Universidad Autónoma Metropolitana (Yankelevich, 2009: 36). El testimonio de Héctor Schmucler es bien ilustrativo en este sentido:

“Creo que al segundo día de haber llegado a México [...] fui a visitar a gente conocida de la editorial Siglo XXI. Estaba ahí y me llamaron por teléfono de manera totalmente sorprendente, pues no había nadie que me tuviera que llamar y el que me llamó era Armand Mattelart que estaba justamente en ese momento dando un curso en la Universidad Metropolitana y se enteró por gente de Siglo XXI que yo estaba en México [...] [I]nmediatamente me puso en contacto con la gente de la Universidad Autónoma Metropolitana que eran los que lo habían invitado a él [...] [A] los seis, siete días me estaban invitado a que diera clases en la Universidad. Creo que a las tres semanas de haber llegado a México ya estaba formalmente contratado. Estuve como profesor, fui coordinador de la carrera de comunicación, fui el primer coordinador de la carrera”³

Otro ámbito que acogió a los exiliados conosureños fue la prensa periódica, en particular el diario *El Día* y la revista *Proceso*. *El Día*, de la izquierda priísta, fue el diario más importante del progresismo mexicano, al menos hasta la aparición de *Unomásuno* y luego de *La Jornada* -ambos diarios organizados en forma cooperativa-. En sus páginas coincidieron, entre muchos otros, el boliviano Marcelo Quiroga Santa Cruz,

2. En octubre de 1975, la revista argentina *Crisis* publicó una nota de diez páginas con una mesa redonda sobre los intelectuales y el poder en México (Nº 30, pp. 60-69). La producción estaba coordinada por Máximo Simpson, de quien hablaremos más adelante. Me interesa aquí rescatar la caracterización que realizaba el periodista, novelista e historiador Héctor Aguilar Camín: “(...) Si es verdad que la apertura democrática ha sido demagógica, muy limitada en cuanto a las reformas económicas y sociales que preconiza y que el país necesita, es también cierto que para el mundo intelectual y académico ha sido efectiva: Luis Echeverría ha restituido el espacio académico que Díaz Ordaz casi aboló, ha hinchado los presupuestos de universidades y centros de educación superior, ha incorporado a su equipo de trabajo a personas que en el 68 habían sido reprimidas; ha devuelto a los periódicos, a los suplementos culturales, a las revistas, una libertad que estaba antes ahogada por la presión y la autocensura; ha satisfecho las muchas ganas de figurar y patalear de muchos intelectuales y predicadores” (p. 66).

3. Entrevista a Héctor Schmucler realizada por Pablo Yankelevich, Córdoba, Argentina, 27 de julio de 1999 (en Yankelevich, 2009: 302)

el peruano Rafael Roncagliolo y el argentino Gregorio Selser⁴, entre muchos otros. Selser también escribió en *Proceso*, la revista fundada por Julio Scherer, por donde pasaron Nicolás Casullo, Carlos Ulanovsky, Miguel Bonasso, Jorge Luis Berne-tti, etcétera (Yankelevich, 2009: 201).

A su vez, a mediados de los setenta el gobierno mexicano buscaba ocupar un lugar de referencia y liderazgo en la articulación de los países no alineados, por lo cual la situación latinoamericana era una de sus prioridades. Eso explica, por ejemplo, el nacimiento en México de la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP), fundada en junio de 1976, que fue la contracara del sabor amargo que dejaba la Conferencia Intergubernamental realizada en Costa Rica. Como señala Pablo Yankelevich -un referente de los estudios sobre el exilio- “el disfrute en libertad de referentes prohibidos en el país de origen, abrió el camino hacia percepciones que, en la mayoría de los casos, promovieron visiones idealizadas del país refugio” (Yankelevich, 2009: 329). Recordemos que en este país el ciclo represivo interno coexistió durante todo el período con una gran hospitalidad para los exiliados del Cono Sur.

Por otra parte, tanto la administración de Luis Echeverría (1970-1976) como la de José López Portillo (1976-1982) tuvieron ciertas iniciativas para regular la televisión comercial y expandieron los medios gubernamentales (Fuentes Navarro, 1991: 197) en un proceso que -más allá de sus resultados concretos- habilitó un debate inédito a nivel nacional sobre la comunicación, en línea con el clima de ideas que narramos en el capítulo 6. Como resumió Sergio Caletti -otro argentino que estuvo exiliado en México-,

“desde comienzos de los años setenta, la discusión en curso acerca de los *mass-media* y el rol del Gobierno en la comunicación ha sido uno de los aspectos más ruidosos y más extraordinarios de la política mexicana (...) La magnitud de los debates no guardaba proporción con los cambios reales y las acciones emprendidas en relación a los *mass-media*” (Caletti Kaplan, 1989: 90).

Los intentos reformistas en las políticas de comunicación se dieron particularmente entre 1975 y 1981, es decir, abarcaron los dos gobiernos de la década. Para Caletti, un rasgo central de la Administración Echeverría “fue la lucha permanente y, a menudo, abierta por limitar el sector privado y fortalecer los

4. Selser colaboraba en *El Día* desde 1975 con el envío de algunas notas especiales desde Buenos Aires. A comienzos de 1976, el diario dio seguimiento a su arresto en el Aeropuerto de Buenos Aires cuando regresaba de Perú. Una vez exiliado en México empezó con colaboraciones regulares y se integró al equipo permanente de columnistas en 1979. “Selser desarrolló la labor más sobresaliente, con una obra escrita y una labor magisterial desde la cátedra universitaria que ha dejado una profunda marca en las generaciones de mexicanos y latinoamericanos residentes en México”, resume Yankelevich (2009: 198-199). Publicó en promedio 270 artículos anuales entre 1979 y 1987, año en que abandonó *El Día* para seguir escribiendo en el *Unomásuno* y después en *La Jornada*.

mass-media de propiedad estatal” (Caletti Kaplan, 1989: 94). El avance del sector público de medios incluyó la creación del Centro para el Estudio de los Medios y la Educación (1971), que terminó gestionando el Canal 8 de Monterrey; la compra del Canal 13 (1972) y la fundación de la Televisión Rural Mexicana (1972), además de la creación de una Subsecretaría de Radio-difusión (1973) dedicada a coordinar todas esas iniciativas⁵. De cara al exterior, fortaleció la agencia de noticias nacional mexicana (NOTIMEX) y creó Radio México Internacional en base a unas frecuencias de onda corta que había abandonado el sector privado (Caletti Kaplan, 1989: 95-97). Pero aunque insistió en reclamar a los medios un perfil educativo, no avanzó en ninguna legislación para establecer condiciones a los privados -y a la larga, tampoco los canales públicos tampoco hicieron la diferencia⁶.

La Administración López Portillo tuvo su propio perfil en la ampliación de los medios públicos: convirtió la Televisión Rural de México en la Televisión de la República Mexicana; inauguró un canal experimental en UHF (Canal 22); aumentó el potencial de transmisión de Canal 11; inició las negociaciones para disponer de un satélite mexicano e impulsó el desarrollo de una red nacional de noticias e información en la radio educativa XEEP. En los medios estatales hubo una campaña de educación de adultos y se subvencionó a las emisoras radiofónicas bilingües gestionadas por Instituto Nacional de Asuntos Indios. Por otra parte, su gobierno desarrolló “un programa de producción masiva de comics de distribución comercial sobre diferentes aspectos de la historia, la literatura y los problemas nacionales de México” (Caletti Kaplan, 1989: 103).

En 1977 una reforma introdujo en el texto constitucional la expresión “derecho a la información”; luego, la pregunta sobre sus alcances habilitó un debate que incluyó veinte sesiones públicas en el Congreso. En ese contexto, el coordinador nacional de la Comunicación Social llegó a postular que “la comunicación no participativa, vertical, ya no sería la forma predominante de comunicación en la sociedad mexicana (...) El derecho a la información, dijo, es el derecho de las personas como creadoras de la información y como protagonistas de sus propias historias” (citado en Caletti Kaplan, 1989: 92).

Ya vimos en el capítulo 6 el rol que tuvo México, junto a Venezuela y Costa Rica, en la discusión internacional sobre comunicación, como vocero de un movimiento de reformas que



Estas sesiones se realizaron entre febrero y agosto de 1980. Como en el debate de la UNESCO, pero a escala nacional, los diarios privados desbordaron de editoriales contra el derecho a la información. “La discusión del ‘derecho a la información’, que constaba en una breve frase en la Reforma constitucional de 1977, abarcaba todo: la corrupción en la obtención de noticias, los periódicos de propiedad sindical, la violencia en televisión y los menores de edad, la información y los secretos de Estado, la transnacionalización de la cultura, el desfase tecnológico, la formación de los profesionales, la veracidad en la publicidad, los satélites...” (Caletti Kaplan, 1989: 93). Mayor detalle sobre esa “discusión”, que no se materializó en ningún proyecto concreto, puede encontrarse en el capítulo de Fátima Fernández Christlieb en *Comunicación y democracia en América latina* (VV.AA., 1982b).

5. La contracara del proceso fue el nacimiento de uno de los principales *holdings* de comunicación en América Latina, cuando frente a la avanzada estatal los propietarios de los canales 2, 4, 5 y del Canal B decidieron su fusión a fines de 1972, para constituir Televisa.

6. La gestión de Echeverría sí tuvo resultados en el fomento de una industria cinematográfica, que entre 1970 y 1976 produjo films de buena calidad y exitosos. Su principal instrumento fue el Banco Nacional Cinematográfico. Pero esta impronta se detuvo con la administración de López Portillo, que tendió a re-privatizar al sector y puso fin al período de renovación cinematográfica (Schumann, 1987: 232-236).

tuvo pocas concreciones a nivel interno, pero fue una bandera firme en foros como la UNESCO. Por eso no es casual el aval a la creación de una institución como el ILET. Además del sostén que encontró desde un principio a través de fondos de cooperación internacional, el instituto tuvo un aporte singular de Luis Echeverría:

“Nos permitió usar una casa que él tenía junto a su propia residencia. Un poco más allá estaba una cosa enorme que él inventó y luego quedó allí, que se llamó Centro de Estudios del Tercer Mundo⁷. Era una verdadera institución, universitaria, increíble. A Echeverría le gustaba esto de que estuviera ahí el ILET, pegado a su casa, porque hubo un momento en que por el ILET pasaba, qué sé yo, los dirigentes brasileños, uruguayos, etcétera. Hubo mucha ebullición, comprendés... había mucho exilio”⁸

Ese encuentro de intelectuales y dirigentes era el común denominador de la época y el lugar, no sólo en los ámbitos fundados por los exiliados, sino también en la universidad mexicana. Un buen ejemplo es el programa de “Comunicación y Dependencia en América Latina”, una serie de charlas que se realizaron entre el 13 y el 24 de febrero de 1978, organizada por el Centro de Estudios de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. El programa tenía tres ejes: “La situación de los medios en México”, “La situación de los medios en América Latina” e “Imperialismo y medios de comunicación”. Los ejes incluían distintas ponencias, cada una con un comentarista. El primero (con presentaciones sobre prensa, radio, televisión, cine, historietas y publicidad) estuvo a cargo de académicos y profesionales mexicanos. En los otros dos se hacían evidente las redes latinoamericanas que se habían producido allí mismo [*ver cuadro en página siguiente*].

De veintiún participantes, quince eran exiliados provenientes de los países que vimos en la primera parte de la tesis (seis argentinos, cuatro chilenos, cuatro bolivianos y un peruano), empleados en la UNAM, la UAM o bien el ILET y su vecino Centro del Tercer Mundo. Luego aparecían las redes internacionales: el núcleo de la UVC en Caracas, la CIESPAL y Herbert Schiller como referente de la academia norteamericana crítica que denunciaba el “imperialismo cultural”. Sólo dos mexicanas, ponente y comentarista en la misma charla, participaron en el tercer eje del ciclo.

7. Se refiere al Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CEESTEM), creado por Luis Echeverría a comienzos de 1977, cuando ya había terminado su mandato presidencial. Como señala Yankelevich, “en esa institución trabajaron varios exiliados latinoamericanos (...) además, el Ceestem tenía un espacio dedicado a la venta de libros administrado por la librería Ghandi. En el origen de aquella Librería del Tercer Mundo, como se llamó, estuvo el argentino Ricardo Nudelman” (Yankelevich, 2009: 139).

8. Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018.

Fue uno de los fundadores de la revista *Punto Final* a mediados de la década de los '60. En la época de la Unidad Popular dirigió el vespertino del Partido Socialista *Noticias de Última Hora*. Había sido secretario de Pablo Neruda antes de su elección como senador en 1945. Estuvo a cargo de las comunicaciones de la conferencia de la UNCTAD 1972. Exiliado en Chile después de escapar de una prisión pinochetista, trabajó en la UNAM y fue uno de los fundadores de la Federación Latinoamericana de Periodistas.



Otra trayectoria que sintetiza una época. De origen boliviano, estudió en Argentina: fue Secretario Ejecutivo de la Federación de Estudiantes Universitarios hasta el Cordobazo. Tuvo una importante trayectoria sindical en Bolivia, como dirigente del Sindicato de Trabajadores en Radio y Televisión de Bolivia (1970-71). Exiliado por la dictadura de Banzer, estuvo en el Chile de la Unidad Popular y luego en Perú. Cuando retornaba a Lima del Congreso Mundial de Periodistas de Helsinki, Finlandia, fue secuestrado y torturado por el Servicio Militar de Inteligencia, en el marco "Plan de Cóndor". Finalmente se exilió en México, donde fue otro de los fundadores de la Federación de Periodistas Latinoamericanos.



Tema	Ponente	Nacionalidad	Pertenencia institucional	Comentarista	Nacionalidad	Pertenencia institucional
II. Situación de los medios en América Latina						
Perú	Rafael Roncagliolo Orbegoso	Perú	ILET	Máximo Simpson Grinberg	Argentina	UNAM
Chile	Hernán Uribe Ortega	Chile	UNAM	Alicia Gordon Strasser	Chile	UNAM
Argentina	Héctor Schmucler	Argentina	UAM-Xochimilco	Mabel Piccini	Argentina	FLACSO
Bolivia	Jorge Calvimontes y Calvimontes	Bolivia	UNAM	Alberto Bailey Gutiérrez	Bolivia (ex ministro de Información)	UNAM
Cuba	Ana Goutman Bender	Argentina	UNAM	[sin comentarista]		
Imperialismo y medios de comunicación						
Propiedad y control de los medios en A. L.	Antonio Pasquali	Venezuela	UCV (Venezuela)	Daniel Prieto Castillo	Argentina	UAM-Azcapotzalco
Ideología y medios de comunicación en A. L.	Ludovico Silva	Venezuela	UCV (Venezuela)	Carlos Villagrán Díaz	Argentina	UNAM
Estrategia imperialista y medios de comunicación	Silvia Molina y Vedia	México	UNAM	Ileana Cid Capertillo	México	UNAM
El nuevo orden internacional...	Fernando Reyes Matta	Chile	ILET	Mario Arrieta Abdala	Bolivia	UNAM
La enseñanza de los medios en A. L.	Marco Ordoñez	Ecuador [sin confirmar]	CIESPAL	José Baldivia Urdininea	Bolivia	Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo
Imperialismo y medios masivos	Herbert Schiller	EEUU	Universidad de California	Armando Cassigoli Perea	Chile	UNAM

Elaboración propia a partir del programa del curso



Somavía había sido presidente de la Comisión del Acuerdo de Cartagena y del Directorio de la Corporación Andina de Fomento. Como ya mencionamos en otro capítulo, fue coautor de Informe Dag Hammarskjöld 1975: “Qué hacer: otro desarrollo” y luego integrante de la comisión encabezada por Sean MacBride. En esos mismos años, fue relator del Grupo de Personalidades Eminentes formado por Naciones Unidas para estudiar las empresas transnacionales. A posteriori, durante el gobierno de Patricio Aylwin sería embajador de Chile en Naciones Unidas; y a fines de los noventa, responsable de la Organización Internacional del Trabajo (OIT).

8.2. La fundación del ILET

En la segunda mitad de 1975, un grupo de exiliados (chilenos y uruguayos en ese momento) comenzó a dar forma al Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales. La dirección general estuvo a cargo de Juan Somavía, que había sido el representante del gobierno chileno de la Unidad Popular en el Pacto Andino: precisamente el ámbito donde se hicieron los primeros planteos críticos sobre las desigualdades del orden informativo internacional. En la fundación del ILET confluían dos grandes líneas, que se plasmaron en dos *divisiones*: Estudios Económicos y Estudios de la Comunicación. La matriz común era la crítica al sistema transnacional, pero sus trabajos avanzaron de modo relativamente independiente. La primera estaba formada por economistas uruguayos, con Raúl Trajtenberg y Raúl Vigorito a la cabeza⁹. La segunda fue creada por el chileno Fernando Reyes Matta -a quien ya presentamos en el capítulo 3- y luego se sumaron el peruano Rafael Roncagliolo y varios chilenos y argentinos; en su momento de auge participaron también especialistas de otras procedencias.

Pensado desde ese eje de trabajo, el ILET fue principalmente una creación de Somavía junto a Reyes Matta. Tras el golpe de 1973, Reyes Matta había salido del país primero con una misión de la CEPAL y luego con una beca de la Fundación Ford para trabajar un semestre como investigador visitante en Stanford, donde profundizó con trabajo de campo sus investigaciones críticas sobre el sistema de agencias de noticias internacionales¹⁰. Más tarde fue convocado para trabajar en un proyecto sobre planificación familiar que la UNESCO desarrollaba en México, como experto en comunicación:

“En octubre del 74 aterricé en México contratado por Naciones Unidas para asesorar al Consejo Nacional de Población¹¹. Ahí empecé a trabajar, a ver los programas, inventamos cosas preciosas, conocí México en profundidad, tomé toda la cuestión de lo cultural que alimentó mi reflexión posterior sobre la comunicación alternativa. Ahí empezamos a usar radioteatro, discos, teatro con monigotes en las plazas, concursos de canciones, ¡todo! En paralelo apareció Juan Somavía con la idea de trabajar el concepto de lo transnacional. Yo le digo ‘está bien, hay que crear un instituto,

9. Sin ignorar la existencia de la División de Estudios Económicos, que tuvo plena actividad entre 1977 y 1982, nos concentraremos aquí en el trabajo de la División de Estudios en Comunicación y la creación, luego, de una área dedicada a la comunicación alternativa.

10. El viaje de la CEPAL y su itinerario posterior están relatados en una entrevista publicada en la revista de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (Badenes, 2018b: 255). Los resultados del trabajo realizado en Stanford con los cables de UPI fueron difundidos en la revista de CIESPAL y luego en *Comunicación y Cultura*. “América Latina: Kissinger y la U.P.I.: errores y omisiones desde México” apareció primero en *Chasqui* N° 7 (1974), donde figuraba como pertenencia institucional de Reyes Matta el “Institute for Communication Research, Universidad de Standford”. El artículo proponía un análisis de la información transmitida por la Agencia UPI los días 21, 22 y 23 de febrero de 1974, durante una reunión de ministros de relaciones exteriores.

11. Se refiere al Fondo de Población de Naciones Unidas (UNFPA), su sede en México.

pero el tema que le va a dar visión distinta es la comunicación'. Ahí empezamos a trabajar, a fines de 1975, principios de 1976" (Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018)

En una presentación escrita en 1976, Somavía afirmaba que el ILET tenía por objetivo realizar estudios, proponer políticas para la acción y "mecanismos para generar canales de comunicación *alternativos*" (en Reyes Matta, 1977: 8. El destacado es mío) y que sus principales interlocutores eran los Estados del llamado Tercer Mundo, que "tienen la responsabilidad básica de estimular y promover estructuras y estilos alternativos de información en el marco de políticas nacionales de comunicación" (8). Contemplaban muchos aliados potenciales en esa tarea: el Instituto propiciaba la unidad de progresistas y revolucionarios, sin dogmatismos ni sectarismos, incluyendo sectores críticos de los países avanzados y también a una parte de la Iglesia católica, a la que buscaron interpelar especialmente con un libro. Las opciones políticas imaginadas se proyectaban en varios planos: debían ser "puestas en práctica por aquellos gobiernos [del tercer mundo], organismos internacionales y grupos sociales que promuevan el cambio como condición para *'otro desarrollo'*" (Roncagliolo y Reyes Matta, 1978: contratapa).

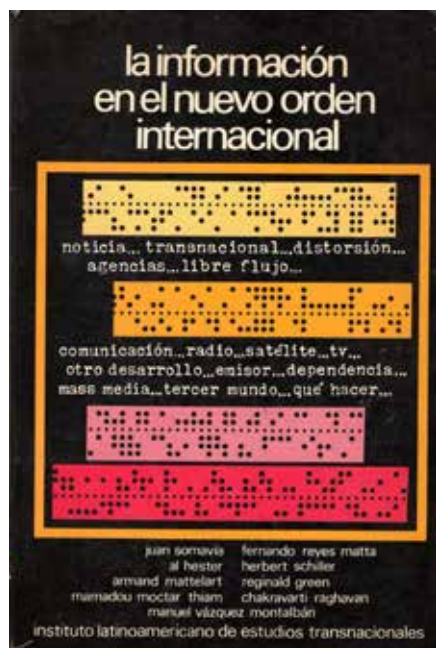
Con el entrenamiento internacional que traían Somavía y Reyes Matta, los compromisos no tardaron en aparecer. Así, cuando el Instituto estaba en plena gestación, el Foro de Periodistas organizado por la fundación Dag Hammarskjöld en septiembre de 1975 (ver capítulo 6) le dio el mandato de desarrollar una investigación sobre la dependencia del Tercer Mundo en materia de información, que tuviera como resultado un conjunto de propuestas para enfrentar la situación.

Con esa perspectiva, la primera actividad pública del ILET fue el seminario "La información en el nuevo orden internacional" que se desarrolló en México del 24 al 28 de mayo de 1976, con la colaboración de la institución sueca y el patrocinio del Foro del Tercer Mundo, otro ámbito de confluencia de intelectuales fundado hacia 1975¹². Entre los expositores, además de Somavía y Reyes Matta, participaron especialistas internacionales como Reginald H. Green, Al Hester, Armand Mattelart, Mamadou Moctar Thiam, Chakravarti Raghavan, Herbert Schiller y Manuel Vázquez Montalbán. Entre los participantes había periodistas, funcionarios e investigadores de Venezuela, Perú, Argentina, Chile, Panamá, Argelia, Yugoslavia, Francia, España, Italia, Suecia, Holanda, Dinamarca, Finlandia, Suiza, Senegal, Ghana, Sri Lanka, Túnez, Estados Unidos. Esas eran las nacionalidades informadas en la lista de participantes (Reyes Matta, 1977: 261-263); si se observa en detalle, la mayoría de los del Cono Sur



El ILET abonó ampliamente la meta de "otro desarrollo" -autodependiente, endógeno- que la fundación sueca Dag Hammarskjöld intentaba instalar en el ámbito internacional (ver capítulo 6), un planteo al que sumarían "la necesidad de otra noticia, despojada de su carácter mercantil y etnocéntrico" (Reyes Matta, 1977: 9). En el primer seminario internacional del Instituto, el economista Reginald Herbold Green (de origen norteamericano, pero con trabajos en África desde 1960) amplió el desarrollo de esta noción, que atribuía no sólo a la fundación sueca sino también al líder tanzano Julius Kambarage Nyerere e incluso a Mao. El rasgo común era la oposición a la ortodoxia modernizante, jerárquica y de maximización del crecimiento, endilgada tanto a Washington como a Moscú. Por su parte Reyes Matta, en un texto que analizaremos más adelante (en Portales *et al.*, 1982), remite a una línea de informes que tienen un parecido de familia (o de época), que además del *Qué hacer* de la Dag Hammarskjöld incluye al informe RIO dirigido por el Premio Nobel de Economía Jan Tinbergen, a los aportes del denominado proyecto "Tercer Sistema" impulsado por la Fundación Internacional para el Desarrollo Alternativo (IFDA) y al *Informe Brandt*, elaborado por una comisión presidida por el ex canciller alemán Willy Brandt, que intentó superar la dicotomía Norte-Sur al examinar las cuestiones internacionales de desarrollo.

12. "Tuvimos apoyo de Holanda y de Suecia para el despegue del ILET. Eso nos permitió hacer el seminario en mayo del 76, cuando estábamos recién empezando. Y tener la influencia. 'De dónde salió este instituto que es capaz de generar esto' nos decían y nos sacaban la mugre en los diarios norteamericanos y las grandes revistas de derecha en Asia y en Europa..." (Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018)



estaban en ese momento exiliados. Las intervenciones en el seminario fueron editadas en un libro que llevó el mismo título, compilado por Reyes Matta. Se trata del primer trabajo con el sello editorial del Instituto¹³, en cuya edición trabajaron el argentino Gregorio Selser (ILET)¹⁴ y Fernando Molina (asistente del Foro del Tercer Mundo).

En su presentación -fecha en diciembre de 1976-, Somavía hablaba de una “batalla por la liberación” de una estructura dominante en materia de información internacional, que era *etnocéntrica* y *monopólica*. Planteaba que “desde comienzos de esta década se viene forjando la conciencia de que no es posible aceptar que solamente cuatro agencias transnacionales de noticias, todas ellas pertenecientes al mundo industrializado, controlen mayoritariamente el flujo informativo desde y hacia los países del Tercer Mundo” y recuperaba el reclamo de estos, y en particular del Movimiento de los Países No Alineados, para “modificar el actual orden informativo internacional” (en Reyes Matta, 1977: 7).

Aquel seminario fundacional tuvo como producto el documento “Qué hacer: recomendaciones para la acción” -un título con lejana reminiscencia leninista y más cercana referencia al Informe Dag Hammarskjöld- donde se enfatizaba la necesidad de “generar una información alternativa a la que distribuyen las agencias transnacionales de noticias” (Reyes Matta, 1977: 247). La palabra *alternativa* empezaba a circular cada vez más en estos debates. Las recomendaciones estaban agrupadas en tres planos de acción: conceptual, de investigación y práctico-operacional. Entre las primeras, se hablaba “evaluar las posibilidades de ‘modelos de información’ alternativos” y “definir una política de ‘contrainformación’, sus contenidos y objetivos” (248). Por su parte, el tercer apartado evidenciaba con claridad la vocación de intervención internacional del Instituto: entre otros puntos se proponía el “seguimiento de reuniones, encuentros y conferencias internacionales donde el tema de la información surja”, como así también “acelerar la formación de un grupo redactor que ilustre los contenidos alternativos emergentes para un *nuevo derecho de la información internacional*” (252). La creación de ese nuevo derecho, enunciada en más de una oportunidad, fue uno de los ejes del siguiente seminario impulsado por el ILET, en 1977. También se hablaba de “fomentar dentro del sistema de las Naciones Unidas los nuevos conceptos en el campo de la comunicación”¹⁵ y promover “una interrelación informativa equilibrada entre el

13. Según el libro, tuvo una tirada 4000 ejemplares en los talleres de Editorial Libros de México.

14. Selser había sido invitado a participar por “su amplia experiencia práctica y de análisis conceptual en estos temas”, según constan en su archivo personal dos invitaciones enviadas por Somavía a Buenos Aires, en febrero y abril de 1976. Si bien no estuvo en el Seminario, se incorporó al ILET al final de ese año. Distintos materiales de esa etapa se conservan en el Centro Académico de la Memoria de Nuestra América, en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, donde está resguardado el Archivo de Gregorio y Marta Selser.

15. Recordemos aquí el rol de Somavía y Reyes Matta en la Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de la Comunicación (capítulo 6).

mundo desarrollado y el tercer mundo” (253).

Otra de las recomendaciones operativas fue evaluar y calificar investigaciones ya realizadas, “para hacerlas útiles a los sectores políticos y académicos del Tercer Mundo” (254) e “identificar redes ‘no comerciales’ donde circulen los contenidos de información alternativa, con fuerte influencia en audiencias sectorizadas (iglesias, organismos internacionales, universidades, etc.)” (255). En ese documento, preparado por Somavía a partir de los aportes del seminario, puede leerse la agenda que se definía para el trabajo por venir.

La conformación del ILET se fue completando con los sucesivos exilios del Cono Sur. Así, por ejemplo, en el momento fundacional no había argentinos, pero sucesivamente se sumaron Gregorio Selser, Nicolás Casullo, Alcira Argumedo, Héctor Schmucler y Sylvia Schulein.

El primero en incorporarse fue Selser. Además de la trayectoria relatada en el capítulo 4, en 1975 había participado en el Tribunal Russell II, en Bélgica, para testimoniar sobre las causas del derrocamiento de Allende en Chile. Luego se instaló en Panamá y realizó una corresponsalía para *Inter Press Service* (IPS). Allí recibió la convocatoria de parte de Reyes Matta, que lo conocía por sus libros y admiraba su condición de archivista.

Selser llegó a México el 10 de diciembre de 1976 con un contrato como investigador de la División de Estudios de Comunicación del ILET (Ferrer, 2018: 266). Además de la edición del primer libro del Instituto, “su huella” fue un libro escrito con Rafael Roncagliolo que se publicó en 1979. Al tiempo, cuando obtuvo un trabajo en la Universidad Nacional de México (UNAM) y se vinculó a diversos espacios periodísticos, se alejó de la vida cotidiana del ILET, aunque los documentos de su archivo dan cuenta de que se mantuvo vinculado durante toda una década¹⁶.

Con Roncagliolo se conocían por el *Expreso* de Perú, donde habían compartido un tiempo en la redacción. En México, además sus trabajos en el ILET y el diario *El Día*, coincidieron en vivir en un edificio de la Avenida Río Mixcoac, donde también funcionó la sede de la FELAP (Ferrer, 2018: 268, 275). Selser también conocía desde antes de México a Alcira Argumedo, que había trabajado con él ordenando los recortes de diarios de su archivo en Buenos Aires (179).

Quien llegó sin vinculaciones previas fue Nicolás Casullo, que había iniciado su exilio en La Habana (noviembre de 1974), pasó por Caracas (abril de 1975) y llegó a México en febrero de 1976 (Yankelevich, 2009: 199). Empezó escribiendo columnas sobre temas de comunicación y política internacional en *Proceso*. Las firmaba con el seudónimo Claudio Uriarte, sin saber que era el nombre de un chileno vinculado al grupo del ILET. Eso motivó que lo llamaran para advertirlo y, tras esa situación convertida luego en anécdota,



De militancia en Montoneros, se exilió en México y obtuvo trabajo en el periódico *Excelsior*, como redactora de la sección internacional, donde trabajó un año. En mayo de 1977 se incorporó el área de información del Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), donde estuvo tres años, hasta su llegada al ILET. Allí fue coordinadora de la Unidad de Documentación para Prensa Alternativa (Proyecto ALTERCOM) entre 1980 y 1988. Durante los ochenta, ya en Argentina, analizó las “prácticas periodísticas independientes bajo regímenes autoritarios en el cono sur” y su papel en la democratización, y escribió varios documentos sobre la producción independiente en la TV argentina, la televisión regional y el origen de la TV por cable. En los años posteriores se abocó a otras temáticas. Estuvo encargada de prensa y ediciones del Instituto de Estudios Comparados en Ciencias Sociales y Penales (INECIP) (2002-2003) y desde 2008 coordina un equipo interdisciplinario en el Ministerio de Salud de la Nación.

16. También pasaría por ILET una de sus hijas, Claudia, que no se había exiliado en 1976 pero salió de Argentina más tarde, después de una separación (Ferrer, 2018: 281).

293



“Fue un momento de mucha ebullición conceptual, demandados además por la existencia de la Comisión MacBride, que nos obligaba dar *inputs* de enfoques, donde teníamos que conjugar una visión distinta del Polo Moscú y del Polo Washington. Nosotros planteábamos el concepto de democratización de las comunicaciones. Nos tocó jugar en una cancha grande, ¡muy grande!” (Entrevista propia a Fernando Reyes Matta, 2018). Como parte de esa proyección internacional, el ILET llegó a constituir un consejo que integraban el colombiano Gabriel Carcía Márquez, el brasileño Darcy Ribeiro, el guyanés Shridath Ramphal, el diplomático sueco Pierre Schori y el economista suizo Marc Nerfin, además del democristiano chileno Gabriel Valdés y el dirigente priísta Porfirio Muñoz Ledo (según información publicada en Chasqui segunda época, N° 2, 1982).



Alberto Ruiz Eldredge, que fue el compilador, era un jurista peruano, profesor de la Facultad de Derecho de la Universidad de Lima, con varios libros publicados. Pero no sólo eso: había sido fundador del Movimiento Social Progresista (MSP) junto a Salazar Bondy; defendió al Estado peruano en procesos judiciales por recuperación de yacimientos; y fue director del diario *Expreso* durante la reforma de la prensa, secundado por Roncagliolo. Álvaro Bunster, jurista y profesor en la Universidad de Cambridge, había llegado a Gran Bretaña como embajador de Chile en el período 1970-1973, es decir, la Unidad Popular. También participó otro jurista chileno, Eduardo Novoa, por entonces profesor-investigador en la Universidad Central de Caracas. Ex Profesor de la Universidad de Chile, había sido presidente del Consejo de Defensa del Estado de Chile en 1970-1973. Desde Venezuela llegó también Oswaldo Capriles, investigador del ININCO, miembro del equipo que elaboró el proyecto RATELVE (ver



le ofrecieron una especie de beca para investigar en el Instituto, donde retomó “el tema de las comunicaciones de una manera más global e interrelacionada con el conjunto de los aspectos políticos, culturales, filosóficos y estéticos de una época latinoamericana y mundial de profundas mutaciones” (Casullo, 2004: 47).

Una vez consolidado, además, el Instituto supo recibir investigadores de otras geografías, como la norteamericana Noreen Janus y el holandés Cees Hamelink. Janus era fundadora de la Unión for Democratic Communications (EEUU) y Reyes Matta la había conocido en su paso por el doctorado de Stanford. La invitaron a investigar “en el área de publicidad” en los intensos años 1978-1979, cuando el ILET estuvo fuertemente comprometido con el trabajo de la Comisión MacBride. Hamelink, que venía de trabajar como Director de la Oficina de Investigación sobre Comunicaciones de la Federación Luterana Mundial y en el Consejo Mundial de Iglesias, llegó como parte de un acuerdo del Instituto con la agencia de cooperación de Holanda:

“[Recibí un llamado del] Ministerio holandés para la Cooperación al Desarrollo, por el entonces ministro, quien dijo: ‘Cees, te necesitamos, porque tenemos un gran proyecto en América Latina. Tenemos una cooperación con ILET, que es el Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales, y queremos que te unas a ellos (...) Pasé un poco más de tres años en la Ciudad de México trabajando con ese instituto, lo cual fue una experiencia interesante, porque el instituto trabajó muy estrechamente con los países no alineados. De vez en cuando recibimos visitas al Instituto de Raúl Castro, que en ese entonces era Ministro de Información [en Cuba], para hablar sobre las resoluciones en las Naciones Unidas. ¿Por qué fue un momento tan emocionante? Todos eran latinoamericanos, principalmente refugiados de países latinoamericanos, que fueron recibidos por el gobierno mexicano en ese momento” (en Prodnik, 2017: 266).

El segundo evento que constituyó un hito de la historia del ILET fue el seminario sobre “Comunicación internacional y participación del tercer mundo” desarrollado en Amsterdam en septiembre de 1977. Aquellos debates también darían lugar a un libro, el cuarto editado por el Instituto (Eldredge, 1979). El eje estaba puesto en los desafíos jurídicos de la comunicación internacional. El repaso de los seis participantes cuyas intervenciones fueron publicadas luego es bien ilustrativo de la trama construida por el ILET, que combinaba las adscripciones europeas al tercermundismo (de donde provenía el financiamiento) con trayectorias y relaciones del período previo de proyectos de liberación en el Cono Sur.

En los últimos setenta el Instituto siguió creciendo, sobre todo en el tema comunicacional. Así, por ejemplo, cuando en 1978 se fundó la Asociación Latinoamericana de Investigadores

en Comunicación (ALAIC), además de representantes de cuatro asociaciones nacionales (Brasil, Venezuela, Colombia y México) había dos miembros del ILET. Reyes Matta y Roncagliolo eran, de hecho, el único chileno y el único peruano presentes allí, lo que simbólicamente “sumaba” países participantes, aunque en verdad vivían en México. En aquella reunión también estuvo Mario Kaplún, que participó a título personal, sin representar a ninguna organización.

El involucramiento de referentes del Instituto con el trabajo de la Comisión Internacional de la UNESCO (Somavia como integrante y Reyes Matta como consultor) marcó la agenda de esos años. En mayo de 1979 el Instituto organizó en México una reunión de periodistas latinoamericanos sobre “Nuevo Orden Informativo Internacional: perspectivas y dificultades en América Latina”, en el marco de un proyecto sobre la factibilidad regional del NOII desarrollado con el apoyo del PNUD y el auspicio de Colombia, México, Panamá y Perú. El mismo año patrocinaron otra reunión de periodistas, organizada por la Unión de Periodistas de Nicaragua (UPN), el Sindicato de Radioperiodistas de Managua y la FELAP (Selser, 1980: 25).

En el cambio de década se produjo una reestructuración, en parte motivada por el crecimiento del ILET y también por la perspectiva de una posible vuelta al sur: la división original de Estudios de la Comunicación quedó a cargo de Roncagliolo, Portales y Argumedo (director, subdirector y coordinadora académica, respectivamente) y se fundó una División de Actividades de Desarrollo Alternativo¹⁷, impulsada por Reyes Matta, a cuyos proyectos nos referiremos más adelante.

“En el año 80 existía la idea de que yo me viniera a Chile para abrir el ILET en Chile. Finalmente la decisión que tomamos fue que se viniera Juan Gabriel Valdes, más como un núcleo político acá. En ese contexto, en el ILET mantuvimos la dirección de Comunicaciones bajo la mano de Roncagliolo, y yo creo una dirección de Comunicación Alternativa, y ahí pongo todo el esfuerzo de la investigación en esto, consigo fondos, hacemos seminarios sobre comunicación alternativa, y empieza toda la coyuntura, porque yo empiezo a seguir las publicaciones que existían en Uruguay, en Argentina...” (Entrevista a Fernando Reyes Matta, enero de 2018)

Hacia 1981 también se creó, impulsada por Adriana Santa Cruz, una Unidad de Comunicación Alternativa de la Mujer, que refería a “un conjunto de intentos por presentar imágenes de mujeres y enfoques de la problemática femenina ‘alter-



capítulo 6). Finalmente, dos europeos: el jurista sueco Hilding Eek (ex director de Libertad de Información de las Naciones Unidas entre 1948 y 1952) y el cientista social Cees Hamelink, que era local por partida doble: por el lugar de realización del seminario y porque ya era investigador y miembro de su consejo consultivo del ILET.



El ILET ya había tenido acercamientos a Chile a través de actividades y organizaciones vinculadas. En noviembre 1978, el Círculo de Periodistas de la Academia del Humanismo Cristiano (una entidad creada en 1975) organizó un foro sobre el Nuevo Orden Informativo, que tuvo la participación del ILET. En abril del año siguiente, el mismo Círculo organizó un seminario sobre “Libertad de Expresión y Comunicación Transnacional” que fue auspiciado por la Asociación Latinoamericana de Periodistas para el desarrollo (ALACODE), y el ILET. (Salinas Bascur, en VV.AA., 1981: 401). Por otra parte había relaciones con el Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA) y el Centro de Estudios Económicos y Sociales (VECTOR), ambos creados en 1976. En el primero, donde estaba Giselle Munizaga, se abordaron temas vinculados a la prensa sindical, la nueva canción y el teatro independiente. En el segundo, uno de los referentes era el economista Diego Portales Cifuentes, que fue también investigador de la División de Estudios de Comunicación del ILET.

17. Así está consignado el nombre en Portales *et al* (1982). En la entrevista realizada, Reyes Matta nombraba esta área como “Dirección de Comunicación Alternativa”. Fue la que desarrolló el proyecto ALTERCOM, que veremos más adelante. La nueva forma de organización se mantuvo sólo un par de años. Tiempo después -en una fecha que no pude precisar exactamente-, las dos divisiones volvieron a unirse en una llamada “Comunicación y Desarrollo”, a cargo de Reyes Matta (Roncagliolo formó una nueva organización en Perú).

295



Además, en ese marco se crearía FEMPRESS, un circuito alternativo de

información a partir de una red de corresponsales en todo el continente, con base en la oficina de Santiago de Chile, que elaboró un boletín mensual y otras producciones sostenidas en el tiempo. Fue un área de trabajo que trascendió al Instituto y tuvo plena actividad durante la década de 1990. En la oficina argentina del ILET el área estuvo a cargo de Ana María Amado. En 1996, *Fempress* publicó *El ABC de un periodismo no sexista*, escrito por Norma Valle, Berta Hiriart y Ana María Amado. En 1997 inauguraron, tempranamente, un espacio de internet.

nativos' a los que predominan en el modelo transnacional de las comunicaciones (...) Se plantea como conciencia crítica y creadora de la sociedad, partir de la ruptura que la mujer latinoamericana haga de las ataduras -viejas y nuevas- que hoy la perjudican"¹⁸. Se planteaba la acción en dos sentidos: por un lado, ampliar la participación de la mujer en las experiencias de comunicación; por otro, generar "conciencia, al interior de las propias organizaciones femeninas y feministas, de la importancia de la comunicación".

En todos estos años, el ILET siguió promoviendo encuentros y seminarios dentro y fuera de México para poner en común ideas, intercambiar con otros investigadores y ensayar propuestas. Entre ellos se puede mencionar, sólo en 1982, el Seminario "Comunicación Alternativa de la Mujer en América Latina", realizado en marzo en México (con apoyo de la UNESCO y la Coordinación de Comunicación Social de la Presidencia de México); el Encuentro sobre "Comunicación y cultura transnacionales", durante junio en Austin, Texas; y el Seminario "Comunicación y Pluralismo" al que nos referiremos al final de este capítulo.

En suma, como sintetiza Zarowsky, las actividades del ILET dieron cuenta de "la existencia de una red latinoamericana de articulación e intercambio intelectual compuesta en buena medida por investigadores críticos y vinculada a actores y demandas populares" (2013: 191). Su política editorial, que "revela una apuesta de difusión de autores latinoamericanos que desarrollaban una perspectiva crítica", es un aspecto insoslayable.

8.3. Las producciones editoriales

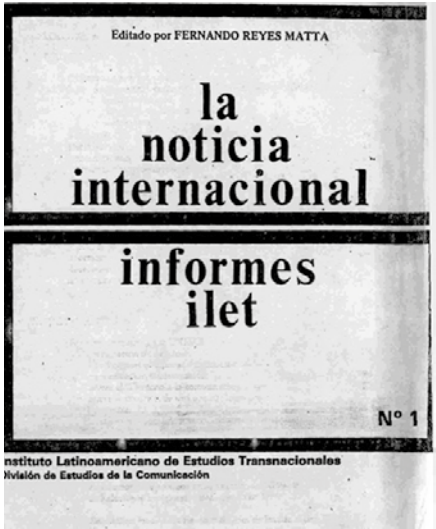
Para 1982, el ILET contabilizaba 17 libros y más de 150 *documentos de trabajo*¹⁹. Los documentos eran una serie de materiales de distinto tenor: algunos, compilaciones de datos; otros, borradores o resultados preliminares de investigaciones en curso que luego se reflejaron en capítulos dentro de libros colectivos. Estos *mimeos* tuvieron diferentes grados de circulación: prueba de ello es la existencia de algunos en Bibliotecas; mientras que otros son inhallables y sólo se encuentran referenciados en citas bibliográficas de investigadores e investigadoras del ILET.

También la extensión fue variable: hay documentos de 20 páginas y otros de más de 200. Esto trae aparejados algunos problemas para identificarlos: algunos de ellos -los más extensos y que tuvieron alguna circulación fuera del Instituto- aparecen en algunas bibliotecas catalogados como libros y en otras, como folletos.

18. Definición tomada del documento del seminario sobre el tema realizado el año siguiente.

19. Según información publicada en *Chasqui* (segunda época), N° 2, 1982. En una expresión grandilocuente, la información institucional también consignaba haber completado "118 proyectos de investigación" y la existencia de otros 52 en ejecución.

El caso más emblemático es *La noticia internacional*, que el propio ILET identificó como documento o informe algunas veces y otras lo consignó entre su bibliografía publicada. Se trata de un trabajo editado por Fernando Reyes Matta, a partir de una investigación bibliográfica y documental realizada por Gregorio Selser con la asistencia de Soledad Robina. Se identificó como el número 1 de una serie proyectada como “Informes ILET”. Tras un prólogo redactado por el Director de la División de Estudios de la Comunicación incluía listados de bibliografía sobre diversos temas (tecnología, diplomacia y derecho, transnacionales y sistema informativo, comunicación y desarrollo), referencias de las principales instituciones y reuniones vinculadas a la comunicación internacional y finalmente una serie de documentos tales como recomendaciones de la UNESCO, resoluciones de los países no alineados y también “reacciones de la prensa de países industrializados”. *La noticia internacional* tuvo una primera edición en septiembre de 1977 y una segunda en junio de 1978.



Mientras la producción de libros era pareja entre las dos grandes áreas del ILET (al culminar 1982 tuvo finalmente 18 libros, 9 de Comunicación y 9 de Estudios Económicos), la mayor parte de los documentos correspondió al área comunicacional²⁰.

Sólo parcialmente podemos reconstruir la lista de esos “más de 150” documentos mimeografiados²¹. La lista es significativa porque nos permite advertir la emergencia de temas que luego veremos plasmados en *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (1983):

Año	Autor	Título
1977	Fernando Reyes Matta	<i>El concepto de noticia en América Latina: valores dominantes y perspectivas de cambio</i>
1977	Rafael Roncagliolo	<i>Comunicación: cambio social y necesidad de un nuevo marco conceptual.</i>
1977	Rafael Roncagliolo	<i>Libre flujo internacional de noticias y libertad de prensa</i>
1978	Rafael Roncagliolo	<i>La reforma de la prensa peruana</i>
1978	Gregorio Selser	<i>Comunicación, integración y otro desarrollo</i>
1978	María Josefa Erreguerena	<i>Estudio de caso : la radiofoto en dieciséis diarios latinoamericanos en la semana del 5 al 10 de septiembre de 1977</i>
1978	Jorge Werthein	<i>Estrategias para la incorporación del estudio de las comunicaciones en los sistemas de educación formal</i>
1978	Enrique González Manet	<i>Información de la sociedad : ¿nueva forma de dependencia?</i>
1978	Noreene Janus y Rafael Roncagliolo	<i>A Survey of Transnational Structure of the Mass Media and Avertising. Report Prepared for the Center on Transnationa Corporations of the United Nations</i>

20. De la lista que pude reconstruir, en 1982 la numeración de comunicación llegaba al D/93, mientras que Economía registraba un trabajo de Tranjtenberg y Vigorito con el D/58.

21. Desconozco el destino del archivo del ILET. La existencia de un repositorio completo de todos los documentos producidos por el Instituto sería un insumo valioso para futuros trabajos. Un sitio donde están catalogados muchos de los documentos es la Biblioteca Central de la Universidad Católica Boliviana “San Pablo”. La ubicación fuera de México puede resultar llamativa, pero se debe a la donación de la colección que perteneciera a Luis Ramiro Beltrán.

1978	Fernando Reyes Matta	<i>Comunicación Alternativa y Otro Desarrollo: análisis teórico con especial referencia a los estudios ejecutados en el proyecto "Chile y otro desarrollo"</i>
1978	Enrique Guinsberg	<i>Los medios masivos de comunicación y la formación psicosocial.</i>
1979	Claudia Selser	<i>Apuntes sobre la necesidad de reexaminar las teorías sobre los efectos de la comunicación a la luz de los últimos aportes críticos</i>
1979	Juan Somavía	<i>Participación del Tercer Mundo en la comunicación internacional. Perspectivas después de Nairobi: consideraciones conceptuales y propuestas prácticas</i>
1979	Herbert Schiller	<i>Adecuándose el nuevo orden informativo</i>
1979	Cees Hamelink	<i>Towards a new international order</i>
1979	Fernando Reyes Matta	<i>La comunicación alternativa como respuesta global al sistema transnacional</i>
1979	Fernando Reyes Matta	<i>Educación para la comunicación y derecho a la información</i>
1979	Jorge Andrés Richards	<i>La prensa alternativa en Chile: el testimonio de los protagonistas</i>
1979	Jorge Andrés Richards y Hernán Uribe Ortega	<i>Los periodistas y el NOII : opiniones y documentos</i>
1980	Raúl Rivadeneira Prada	<i>La comunicación, participación social, democratización y medios alternativos</i>
1980	Carlos Ortega	<i>Comunicación y educación: la experiencia del modelo peruano</i>
1980	Diego Portales	<i>La industria de la comunicación: oligopolios y transnacionales</i>
1980	Eduardo Andión	<i>Encuesta a responsables de sección internacional de diarios latinoamericanos</i>
1980	Rafael Roncagliolo y Noreene Janus	<i>Publicidad transnacional, medios de comunicación y educación en los países en desarrollo</i>
1981	Cees Hamelink	<i>Finance and Information: a Study of Converging Interests</i>
1982	Fred Stangelaar	<i>Expansión transnacional y comunicación alternativa: el video cassette en América Latina</i>
1982	C. Catalán	<i>El mercado de revistas de actualidad y la inversión publicitaria: el caso de Chile</i>
1982	Nicolás Casullo	<i>La reformulación de la democracia en el mundo central</i>
1982	Soledad Robina	<i>Las radios libres en Francia: de la ORTF a las ondas socialistas</i>

Elaboración propia a partir de múltiples fuentes

En cuanto a los libros, el siguiente cuadro sintetiza la producción de todo el período de existencia del Instituto (doce años), excluyendo -para mayor legibilidad del tema que nos interesa- aquellos que correspondían a la División de Estudios Económicos²². A partir de esta reconstrucción del *catálogo* del ILET podemos pensar varias cuestiones.

22. Entre 1978 y 1982, la División de Estudios Económicos publicó: *Crisis en la cooperación económica regional: la integración entre países subdesarrollados*, de Constantino V. Vaitos (ILET, 1978); *Transnacionales y fuerza de trabajo en la periferia: tendencias recientes en la internacionalización de la producción*, de Raul Trajtenberg (ILET, 1978); *Los centros financieros internacionales en los países subdesarrollados*, de Xabier Gorostiaga (ILET, 1978); *Movimiento sindical y empresas transnacionales*, compilado por Juan Somavía, Raul Trajtenberg y Juan Gabriel Valdés (ILET-Editorial Nueva Imagen, 1979); *Transnacionales en América Latina: el complejo automotor en Brasil*, Francisco de Oliveira y María Angelica Travolo Poputchi (ILET-Nueva Imagen, 1979); *Transnacionales en América Latina: el complejo de frutas y legumbres en México*, de Ruth Rama y Raúl Vigorito (ILET-Nueva Imagen, 1980), la edición bilingüe *Bibliografía analítica sobre empresas transnacionales – Analytical Bibliography on Transnational Corporations*, de Edgardo Lifschitz (1980); *Nueva fase del capital financiero: elemento teóricos y experiencias en América Latina*, compilado por Jaime Estévez y Samuel Lichtensztein (CEESTEM/ILET, Nueva Imagen, 1981); y *La producción de tecnología: autónoma o transnacional*, de Jorge Sábato y Michael Mackenzie (ILET y Nueva Imagen, 1982).

<i>Año</i>	<i>Autor/Editor</i>	<i>Título</i>	<i>Ciudad y sello editorial</i>
1977	VV.AA. - Fernando Reyes Matta (editor)	<i>La información en el nuevo orden internacional</i>	México ILET
1978	Rafael Roncagliolo y Fernando Reyes Matta	<i>Iglesia, prensa y militares. El caso Riobamba y los obispos latinoamericanos</i>	México ILET
1979 (marzo)	Gregorio Selser y Rafael Roncagliolo	<i>Tramas de la información y neocolonialismo: las agencias de noticias frente a los países no alineados</i>	México ILET
1979	VV.AA. - Alberto Ruiz El-dredge (compilador)	<i>El desafío jurídico de la comunicación internacional</i>	México ILET- Nueva Imagen
1980	Adriana Santa Cruz y Viviana Erazo	<i>“Compropolitan”: el orden transnacional y su modelo femenino</i>	México ILET- Nueva Imagen
1980	Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox de Cardona	<i>Comunicación dominada: Estados Unidos en los medios de América Latina</i>	México ILET- Nueva Imagen
1980	Fernando Reyes Matta y Juan Somavía	<i>Noticia, distorsión y dependencia.</i>	Santiago de Chile ILET-Editorial Granizo
1981	Diego Portales C.	<i>Poder económico y libertad de expresión. La industria de la comunicación chilena en la democracia y el autoritarismo</i>	México ILET- Nueva Imagen
1982	VV.AA. - Diego Portales (compilador)	<i>Comunicación Transnacional, conflicto político y cultural</i>	México DESCO-ILET
1983	VV.AA. - Fernando Reyes Matta (compilador)	Comunicación alternativa y búsquedas democráticas	México y Santiago de Chile²³ FES - ILET
1983	Héctor Schmucler y Armand Mattelart	<i>América Latina en la encrucijada telemática</i>	México ILET - Folios ²⁴
1984	Alcira Argumedo	<i>Los laberintos de la crisis: América Latina, poder transnacional y comunicaciones</i>	Buenos Aires
1985	VV. AA. - Nicolás Casullo (compilador)	<i>Comunicación: la democracia difícil</i>	Buenos Aires ILET - Folios
1985	Guillermo Sunkel	<i>Razón y pasión en la prensa popular. Un estudio sobre cultura popular, cultura de masas y cultura política</i>	Santiago de Chile ILET
1985	VV. AA. - Gabriel Rodríguez (compilador)	<i>La era teleinformática</i>	Buenos Aires ILET - Folios
1986	VV.AA. - Fernando Reyes Matta (compilador) - Prólogo de Pablo Portales	<i>Crítica y autocrítica en el periodismo joven</i>	Santiago de Chile ILET
1986	VV.AA. Fernando Reyes Matta, Carlos Ruíz y Guillermo Sunkel (compiladores)	<i>Investigación sobre la Prensa en Chile (1974-1984)</i>	Santiago de Chile CERC – ILET
1986	VV. AA. Fernando Reyes Matta, Jorge Andrés Richards (editores)	<i>Periodismo independiente: ¿mito o realidad? Debates sobre militancia, profesionalismo, democracia y verdad con los directores de las revistas prohibidas y censuradas en Chile bajo el estado de sitio</i>	Santiago de Chile ILET
1988	VV. AA. - Raúl Trejo, Rolando Cordera y Juan Enrique Vega (coordinadores)	<i>México: el reclamo democrático. Homenaje a Carlos Pereyra</i>	México Siglo XXI - ILET

Títulos publicados por el ILET vinculados al área de comunicación. Elaboración propia

23. Según la entrevista: “El libro se publica en México y hacemos una reedición igual, copiada, en Chile, que solo le cambiamos la solapa”.

24. En Buenos Aires salió una edición por Paidós, con auspicio del ILET.

299



Había estudiado cine en la UNLP. Antes de fundar Galerna había trabajado con Jorge Álvarez. Una vez exiliado en México, pasó por varias editoriales (como Ediciones del Caballito) hasta que fundó Nueva Imagen. Más tarde pasaría por puestos jerárquicos de grandes editoriales. Actualmente se desempeña como agente literario.



Es interesante notar que mientras Schavelzon considera que Nueva Imagen representó la internacionalización de su carrera (Castagnet, 2019: 2), esta etapa implica una ampliación de la “geografía” de *Comunicación y Cultura*, en particular por su edición dedicada al *Imperialismo cultural*, donde incluyeron experiencias y países no latinoamericanos: “La razón es clara: no las consideramos ajenas. Las experiencias de los pueblos que tienen planteadas necesidades históricas semejantes a las nuestras, se hermanan con nuestras propias vivencias. De allí que uno de los momentos más conmovedores de la aludida conferencia de Argel [la Conferencia Internacional sobre imperialismo, cultura y resistencia cultural], fuera el protagonizado por los delegados de Guinea-Bissau cuando narraron sus campañas de alfabetización, donde el equipo de Paulo Freire, compuesto por brasileños, se integra a los africanos en un mismo propósito: permitir el desarrollo de una nación pequeña y pobre que supo sobrevivir a la dominación colonial. Ejemplo fuerte de otro internacionalismo y otra esperanza” (Mattelart y Schmucler, 1979: 4-5).



Las inscripciones en billetes y en asientos de los buses, los rumores, algunos panfletos, la prensa clandestina, talleres subterráneos de poesía y pintura, se multiplicaron desde 1973 y aparecían como “la posibilidad de una contrainformación” y “una resistencia



La lista muestra que desde 1979 el ILET estableció un acuerdo de coedición con Nueva Imagen. Este alcanzó a casi todos los libros publicados en México hasta 1982²⁵: en total cuatro de la División de Estudios de Comunicación y cinco de Estudios Económicos.

Nueva Imagen era uno de los pocos sellos editoriales fundados en México por exiliados argentinos (Yankelevich, 2009: 255-256)²⁶. Se trató de un emprendimiento del argentino Guillermo Schavelzon asociado con el escritor, librero y mexicano Sealtiel Alatríste. En Argentina, Schavelzon había sido editor de *Los Libros* en la primera etapa dirigida por Héctor Schmucler y también el fundador de Galerna, la empresa que acogió en Buenos Aires a *Comunicación y Cultura*, en el primer exilio de la revista (ver capítulo 5). No casualmente Schmucler nombra esa editorial como “la Galerna exiliada” (Lenarduzzi, 1998: 148). En la primera etapa de esa revista en México -su segundo exilio- el sostén fue Nueva Imagen; los números 5 y 6 (1978-1979) llevaron su sello editorial.

Cabe consignar que en el número 6 se producía una segunda transición o reposicionamiento conceptual de esa revista, al poner en cuestión el concepto de imperialismo e introducir la idea de *transnacionalización de la cultura*, precisamente el eje de las reflexiones que venía proponiendo el ILET -del que Schmucler empezaba a participar-. La edición -por otra parte- incluía dos artículos sobre Chile: en uno, Michèle Mattelart repasaba las pujas informativas con la derecha durante el tiempo de la Unidad Popular -y volvía sobre los periódicos fundados por los trabajadores en 1972, embrionario testimonio de un poder doble- (M. Mattelart, 1979); en otro, Dorfman exploraba las expresiones culturales que estaban contradiciendo a la dictadura, las mismas que en ese momento llevaron a Reyes Matta -según su relato- a reflexionar sobre la comunicación alternativa. Después de este número *Comunicación y Cultura* tuvo su interrupción más larga y retornó en 1982, pero ya como un emprendimiento apadrinado por la UAM.

Otra cuestión que la lista de libros del ILET nos sugiere refiere a los itinerarios que recorrió el instituto en el proceso de des-exilios. Si miramos los primeros diez libros, publicados entre 1977 y 1982, sólo uno está publicado fuera de México. Al contrario, si revisamos los últimos diez, publicados entre 1983 y 1988, tres están publicados allí (pero dos de ellos salen también en Buenos Aires o Santiago de Chile). Esto es porque en los ochenta, los exiliados conosureños que habían formado el ILET en México empezaron a volver a sus países, sea con el retorno de la democracia a sus países o con la expectativa de contribuir

25. Salvo la enorme *Bibliografía analítica sobre empresas transnacionales* y una coedición con DESCO.

26. Otro es la editorial Folios, dirigida por Ricardo Nudelman, quien había estado a cargo de la Librería del Tercer Mundo, vecina al ILET en el espacio cedido por Echeverría. Folios aparece también publicando algunos títulos del Instituto, tanto en México como -sobre todo- en Argentina.

a ese proceso. Sin abandonar esa pertenencia, se multiplicaron así las sedes ILET en el sur²⁷, que con el tiempo tuvieron un funcionamiento cada vez más autónomo, al tiempo que la sede mexicana del Instituto se iba apagando: “Todos empiezan a venirse, a regresar, el papel allá en México prácticamente había cumplido su tarea”²⁸. No es claro cuándo dejó de funcionar allí, como tampoco el final de estas instancias nacionales, que nunca llegaron a tener la fuerza de la organización que los reunió en el exilio mexicano.

8.4. De la crítica transnacional a la búsqueda de alternativas

A seis años de su creación, Roncagliolo resumía en un prólogo los cuatro objetos de estudio que interesaron el ILET: 1. Los flujos noticiosos internacionales; 2. La cultura transnacional; 3. La expansión de las nuevas tecnologías de comunicaciones; 4. La comunicación alternativa, asumida como respuesta popular a dicha transnacionalización de la cultura (en Portales *et al.*, 1982: 20).

La exploración de alternativas estuvo presente desde el inicio, con distintos matices y escalas que Reyes Matta lograría ordenar en algunos textos clave de los primeros años 80. Así, “comunicación alternativa” pudo ser la agencia de un Estado tercermundista que confrontaba al esquema de poder AP-UPI-Havas-Reuters o la acción de un grupo de base que autogestionaba sus mensajes a nivel comunitario. La elaboración intelectual del tema entrecruzaba los propósitos políticos de “otro desarrollo” y la democratización, debates jurídicos (el derecho a la comunicación), análisis en clave económica y relecturas gramscianas.

En el prólogo del primer libro publicado por el ILET, producto del seminario de mayo de 1976, Juan Somavía planteaba tres ejes para pensar los modelos informativos del futuro: primero, el entendimiento de la información como un “derecho y un bien social” y no como una simple mercancía; segundo, la responsabilidad y el rol educativo de los medios; finalmente, la necesaria participación de las mayorías. Había que considerar “la función participatoria y los derechos del receptor en el proceso de comunicación, más allá del teórico derecho de comprar o no comprar un periódico o una revista, y de encender o apagar la televisión y la radio” (en Reyes Matta, 1977: 89).

Aquel libro estaba concentrado en caracterizar la estructura



del pueblo que se diversifica, cambia de índole, amplía su contenido y medios” (Dorfman, 1979: 128). El autor se interesa particularmente por lo que estaba ocurriendo en la superficie, por una cultura masiva que sin un mensaje abiertamente político trabajaba con la ironía y la ambigüedad (129-130). Desde las funciones en el Teatro Caupolicán hasta las mujeres que bordaban telas con mensajes de denuncia. “Esa cultura no pertenece a los partidos de izquierda chilena. Sin duda hay militantes que la impulsan, que la celebran, que participan en su programación. Sin duda los partidos tienen interés en que ella se fortalezca. Pero no es patrimonio exclusivamente nuestro, no es una parcela para los activistas políticos” (130).

27. En rigor, fueron básicamente dos. ILET Chile comenzó en 1980 y tuvo existencia al menos hasta 1992. Lo formaron inicialmente Guillermo Campero y Juan Gabriel Valdés, que venían de militar en el MAPU. Participó también Isabel Allende. La oficina del ILET en Buenos Aires se fundó hacia 1983, a cargo de Nicolás Casullo y Alcira Argumedo. En el caso de los peruanos y uruguayos hubo una suerte de ruptura que dio lugar a la fundación del Instituto para América Latina (IPAL). El recorrido de estas instituciones excede los alcances de esta tesis.

28. Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018. Según Reyes Matta, hacia 1985 la “oficina principal” se trasladó a Chile y se redujo a su mínima expresión, hasta un cierre de ILET México que indica en 1988.

transnacional de poder, visibilizar los desequilibrios de la información internacional -de los que el oligopolio de las agencias de noticias y el *encandilamiento informativo* de América Latina eran el mejor ejemplo-, cuestionar la doctrina del *free flow* y denunciar una dependencia cultural-informativa vigente en los países del tercer mundo. Pero también estaba presente la pregunta por medidas que podrían modificar esa situación y la “creación de canales alternativos de información”.

La compilación está dividida en cinco partes: la primera de “marco conceptual y político”, la segunda sobre las agencias como primer fenómeno transnacional de la comunicación, la tercera sobre problemas de la tecnología y el orden global, la cuarta titulada “problemas, mitos y realidades: las perspectivas de cambio”; finalmente, el documento “Qué hacer...” que vimos anteriormente. La primera parte iniciaba con el documento de análisis y conclusiones de los participantes en el seminario, titulado “Hacia una información liberada y liberadora” (nótese la proximidad con el libro que publicará CELADEC cinco años más tarde, *Por una información libre y liberadora*). Allí se planteaba nuevamente que “la información es a la vez una necesidad social y un elemento esencial del pleno ejercicio de los derechos humanos” (en Reyes Matta, 1977: 23), se afirmaba que “los países de la periferia deben estructurar sistemas comunes de información alternativa para que la imagen de su realidad circule despojada de los prejuicios etnocéntricos dominantes” (26) y se advertía la necesidad de un nuevo marco de responsabilidad jurídica (25). Sobre este punto se explayaba Somavía en un artículo complementario: “No planteamos su eliminación [de las agencias de noticias], sino su incorporación a un marco en donde el ejercicio del rol informativo de las agencias se encuadre dentro de ciertas normas de conducta” (45). El director del ILET daba ejemplos de qué se debía regular, entre los que figuraban la transparencia de la estructura financiera y comercial y el “establecimiento del derecho a réplica nacional, similar al ya aceptado en materia de legislación interna” (45)²⁹.

Otro que proponía fijar condiciones a las agencias internacionales era Reginald Green, en un capítulo ubicado en la tercera parte del libro. Allí mencionaba por ejemplo la ciudadanización de las oficinas locales y el requerimiento de que adquirieran material producido localmente. Para el autor, que esas propuestas “parezcan muy radicales” en ese momento, hablaba más de “lo inadecuado del statu quo” que del carácter de esas medidas (171). Además de acciones para “cambiar los canales existentes para hacerlos menos insatisfactorios”, Green proponía también “crear nuevas alternativas que sean más satisfactorias” para las comunicaciones Sur-Sur. Pero el centro del artículo

29. En el seminario del año siguiente (Eldredge, 1979), los juristas chilenos Álvaro Bunster y Eduardo Novoa hicieron nuevos aportes para crear un marco jurídico para las agencias transnacionales de noticias.

de Green no era este tema, sino pensar las interacciones entre *comunicaciones masivas y otro desarrollo*. En ese plano, reclamaba “consistencia” de las acciones emprendidas en relación a los principios postulados por el tercerismo:

“Para que ‘lucha continua’, ‘poder al pueblo’, ‘descentralización’ y ‘participación en la toma de decisiones’ se conviertan en principios operacionales y dejen de ser los mitos místicos de un sistema controlado, centralizado, manipulativo y tecnocrático (incluyendo a los tecnócratas políticos e ideológicos) de una élite, *las comunicaciones deben ser mucho más de dos sentidos, accesibles a las masas, plantear contradicciones y problemas, y oponerse al 'secretismo', que lo que son hoy día en cualquier país*, y totalmente diferentes en estos aspectos de los estándares de casi todos los países capitalistas o socialistas, del centro o de la periferia” (en Reyes Matta, 1977: 168)

También advertía sobre las diferentes escalas en que debía tratarse el problema: “No puede esperarse que cambiando el contexto internacional de la comunicación se resuelvan las limitaciones de las comunicaciones masivas nacionales. Cuando mucho, esto puede ser un contexto en el que sea más fácil enfrentarlas...” (169). Así, a la hora de hablar de los canales alternativos que debían desarrollar los países no alineados, afirmaba: “las redes no deben limitarse a los periodistas, como las comunicaciones no deben limitarse a las comunicaciones masivas o éstas a las agencias de prensa” (179). En esa línea se inscribían, de hecho, algunas de las propuestas incluidas en la cuarta parte del libro. Mientras la transformación de la estructura mundial -con la creación, por ejemplo, de una agencia combinada de noticias del Tercer Mundo- fue el eje de la presentación del periodista hindú Chakravatti Raghavan, el español Manuel Vázquez Montalbán interpelaba a “las organizaciones convencionales de la izquierda y toda forma organizativa del movimiento popular” para “crear sus propias redes informativas” e “interrelacionarlas internacionalmente” (230).

Iglesia, prensa y militares. El caso Riobamba y los obispos latinoamericanos, el siguiente libro del ILET, puede pensarse como parte de esas búsquedas. Somavía lo definía como “un ‘híbrido’ entre ciencia social y periodismo” que “como ciencia social, es una sociología de los hechos coyunturales, tan escasa en América Latina como frecuente y fecunda en otras latitudes”; mientras que como trabajo periodístico es “*alternativo al tradicional*, puesto que su recopilación estaba orientada a suplir lo que gran parte del periodismo, en su actual concepción y por la presencia de los intereses hoy dominantes, no hace ni puede hacer” (Somavía, en Roncagliolo y Reyes Matta, 1978: 12. El destacado es mío).

Así como ese trabajo analizaba críticamente la cobertura no-



En 1978, en vísperas de la CELAM de Puebla, Roncagliolo y Reyes Matta publicaron *Iglesia, prensa y militares*. El ojo estaba puesto en la represión a los obispos reunidos en Ecuador en agosto de 1976 (ver capítulo 7). También mencionaban el asesinato del obispo Angelelli, ocurrido nueve días antes de ese encuentro. Tras repasar los hechos, analizaban el tratamiento periodístico: “Lo que les pasó a los clérigos participantes -afirmaban- es lo que ocurre todos los días con la información sobre los pueblos latinoamericanos sobre sus problemas nacionales, sobre sus luchas sindicales, sobre sus esfuerzos de independencia” (Roncagliolo y Reyes Matta, 1978: 75). En el prólogo, Somavía asumía la sorpresa que podía generar este libro, pese a su coherencia con la propuesta de comprensión de la actualidad latinoamericana. “Desde la perspectiva de análisis que otorgan los estudios sobre la estructura transnacional de poder y su dimensión en América Latina, se visualiza la interacción de los sistemas militares con los sistemas culturales-informativos, que generan una plataforma ideológica a la cual el conjunto de la Iglesia ya no puede adherirse. La Iglesia latinoamericana no está capturada en su totalidad por una clase” (11). En línea con esta idea, Roncagliolo y Reyes Matta sostienen que tanto las Fuerzas Armadas como la Iglesia poseen dos rasgos que las diferencian sustantivamente de la burguesía: autonomía relativa y heterogeneidad interna (84-86). Hay así una valoración de algunos regímenes militares (Perú, Panamá y en menor medida Honduras) y de altos jefes que cuestionaron el sistema (“Juan José Torres, Carlos Prats y Liber Seregni, los dos primeros asesinados en Buenos Aires y el último preso en Montevideo”). En relación a la Iglesia, además del aporte de la teología de la liberación, destacaban las figuras de los sacerdotes guerrilleros Camilo Torres y Néstor Paz, que “constituyen poderosos motivos de reflexión” para grupos que, sin imitarlos, “empiezan →

303

→ a surgir en todo el continente: ONIS en Perú, Golconda en Colombia, Sacerdotes para el Tercer Mundo en Argentina, Sacerdotes para el Pueblo en México, Convención Nacional de Presbíteros en Ecuador, Conferencia Nacional de Sacerdotes en Guatemala, Iglesia Joven e Iglesia del Pueblo en Chile” (31).



Inter Press Service era una cooperativa de periodistas, fundada en 1964 por unos cuarenta periodistas latinoamericanos y europeos vinculados a los países tercermundistas. El grupo fundador estaba relacionado con la pequeña Roman Press Agency (Hamelink, 1985: 97). La empresa fue creciendo y se convirtió en una agencia destacada a nivel mundial por sus coberturas contextualizadas y bien escritas. En los setenta, con unos 200 periodistas, fue parte del *pool* informativo de los no alineados. Antes de llegar al ILET, como vimos, Selser había asumido la corresponsalía de IPS en Panamá. “El caso de IPS demuestra que es posible hacer una información internacional distinta de la que proveen las transnacionales, más acorde con los intereses del Tercer Mundo y menos sesgada”, planteaba en el libro firmado junto a Roncagliolo. “Ello no implica que IPS y las otras agencias alternativas tengan servicios perfectos o estén exentas de críticas. Al contrario la ‘otra información’ sólo ahora está haciendo sus primeros ensayos naturalmente con muchas deficiencias” (Selser y Roncagliolo, 1979: 185). En el caso de la Cumbre de 1976, IPS fue la única que informó sobre los cuestionamientos a la delegación argentina (enviada por la dictadura) presentado en conjunto por la Federación de Ligas Agrarias, la Confederación General del Trabajo en la Resistencia, el Consejo Nacional de Federaciones y Centros Universitarios, el Movimiento de Cristianos para la Liberación y diversas ramas del Movimiento Montonero.

ticiosa de los hechos de Riobamba de agosto de 1976, el siguiente libro, *Trampas de la información y neocolonialismo*, de Gregorio Selser y Rafael Roncagliolo (1979) proponía un ejercicio similar -más exhaustivo, cuanti y cualitativo- con la cobertura que las agencias de noticias internacionales realizaron de la V Reunión de Jefes de Estado y de Gobierno de los Países No Alineados, realizada del 16 al 20 de agosto de 1976 en Sri Lanka. El equipo del ILET buscaba profundizar la cuestión de las agencias a partir de un caso paradigmático. Como vimos en el capítulo 6, era el momento de auge del movimiento de los No Alineados. En la cantidad de jefes gubernamentales efectivamente presentes, ni siquiera las reuniones de la ONU equiparaban a la cumbre de Sri Lanka. Con ese caso testigo, querían “poner en evidencia cómo, precisamente mientras los Jefes de Estado y de Gobierno de los Países No Alineados discutían acerca de las formas de poner algún coto al colonialismo informativo, sus pueblos eran enterados de esta discusión a través, principalmente, de los canales transnacionales” (Somavía, en Selser y Roncagliolo, 1979: 19)³⁰.

No tiene sentido aquí reproducir el análisis, que corroboraba las hipótesis de trabajo del Instituto. Las evidencias eran inobjetable; por eso Somavía afirmaba, en el prólogo, que “la gestación de canales alternativos de orientación tercermundista es indispensable”. Como parte de ese proceso, los autores destacaban la labor de las agencias que dieron mayor cobertura a la Cumbre: Prensa Latina, TANJUG e Inter Press Service (IPS). A esta última se dedicaba un capítulo, titulado “Inter Press Service en Sri Lanka: una alternativa”, que también refería a los otros dos casos:

“En los últimos años [...] aparecieron agencias alternativas, como la cubana Prensa Latina, la yugoslava TANJUG y la de origen italiano Inter Press Service, que han logrado penetrar en el campo latinoamericano, aun cuando se hallan lejos de haber alcanzado el nivel de reproducción de despachos que tienen las transnacionales UPI, AP, Reuter y AFP” (Selser y Roncagliolo, 199: 166)

¿Por qué UPI o Reuter eran *transnacionales* y TANJUG o IPS *alternativas*? Según los autores, la respuesta a esa pregunta no radicaba “únicamente” en la forma de propiedad, sino que catalogaban como transnacional a una agencia “cuando sus actividades corresponden a la concepción mercantilista de la noticia” (167) y se inserta en la estructura transnacional de poder. La forma de propiedad/gestión, no obstante, estaba presente a la hora de afirmar lo propio de las agencias alternativas:

“Si Prensa Latina, IPS o TANJUG no caben en la categoriza-

30. Teniendo en cuenta la incidencia buscada, el libro salió tardíamente -a diferencia de *Iglesia, prensa y militares* que circuló antes de la Conferencia de Puebla-. Según consta en intercambios epistolares entre Selser y Reyes Matta, ya el 31 de marzo de 1977 estuvo listo un primer borrador del trabajo. Recién el 26 de junio de 1978 el director de la División dio el visto bueno para concluir el texto, que Selser entregó semanas después. El libro se imprimió recién en marzo de 1979.

ción de empresas transnacionales, sino que, por el contrario, constituyen formas alternativas de la misión informadora, ello se explica porque *TANJUG es una de las expresiones del proceso autogestionario yugoslavo, PL es una creación de la revolución cubana, e IPS es una cooperativa de trabajadores de la prensa*, los que, como tales, gozan de un margen excepcional de autonomía (...) Ninguna de ellas representaría una alternativa si fuesen creación y propiedad de un Estado capitalista o medios de comunicación que, como los diarios norteamericanos, forman parte sustancial de la estructura transnacional de poder” (167, 168. El destacado es mío)

Para Selser y Roncagliolo, el trabajo realizado permitía -además de la denuncia del sistema transnacional informativo- contar con herramientas para proyectar la “información alternativa”, que enfrentaba un problema crucial: por un lado debía “superar las noticias desintegradas y desintegradoras” que forman parte de la lógica mercantil, pero por otro debía “competir en el actual mercado liberal de la información con vistas a superar a las transnacionales profesionalmente, incluso en términos de velocidad y precisión” (1979: 186).

Publicado el mismo año, *El desafío jurídico de la comunicación internacional* implicaba también un ejercicio de búsqueda de alternativas, en este caso en el plano jurídico. Como resume el compilador Ruiz Eldredge, los trabajos compilados analizan “las categorías jurídicas en evolución o en nacimiento” que buscan dar “vigencia real de la libertad de expresión y de una información y una comunicación liberadas del cautiverio del ‘poder transnacional’” (17). En un planteo de avanzada, propone hablar de un derecho internacional social que, del mismo modo que se llega a afirmar “el patrimonio común de la humanidad sobre ciertos derechos en el mar”, declare “similar concepción jurídica de los grandes medios de comunicación” (12). Así, señala

“la necesidad apremiante de que, sin reducir en lo más mínimo los derechos de la persona, la libertad de información y el derecho de comunicación estén imbuidos de deberes y responsabilidades y liberados de toda presión financiera o industrial -en una palabra, económica- como también de toda sujeción gubernamental, o sea, política (....) Los medios, por pertenecer a la sociedad y por ser patrimonio científico de la humanidad y componentes fundamentales de la cultura universal, no pueden sujetarse al derecho mercantil ni privado” (Eldredge, 1979: 19)

En ese marco, se resaltaban los conceptos de acceso y participación surgidos en las conferencias de la UNESCO como elementos fundamentales de la acción cultural y de toda política en este campo.

A finales de los 70, como vemos hasta aquí, la noción de *alternativa* estaba muy presente en el trabajo de ILET, pero se



Reyes Matta también había hecho una presentación en Amsterdam, no incluida en este libro. Se publicó previamente en *Nueva Sociedad*, con el título “Un modelo de participación social activa”. Allí ponía el énfasis en el receptor, que debía convertirse en “parte activa y crítica del proceso comunicativo”. Reyes Matta también introducía los conceptos de acceso y participación. El texto tiene una impronta más jurídica que otros del mismo autor, producto del enfoque del seminario. El chileno argumentaba la definición de la comunicación como un “bien social” y proponía un modelo que entre otros elementos requería de una “audiencia organizada”, entendida como el “conjunto de receptores, concebidos no individual ni cuantitativamente, sino como grupos, orgánica y estructuralmente vinculados al resto de la sociedad tanto a través de sus centros de trabajo como de las diferentes instituciones sociales”. Planteaba cuatro áreas de trabajo: a) el entendimiento de la comunicación como derecho delegado; b) el régimen de organización social y las estructuras profesionales, sobre los que señalaba diversos antecedentes inspiradores; c) el acceso y la participación; d) la educación para la comunicación. En el punto b) mencionaba experiencias de Canadá, Suecia y Yugoslavia. También recogía el caso del Perú velasquista -donde “se crearon fórmulas legales que, más allá de la forma en que se han aplicado, contenían la posibilidad de establecer una participación directa de distintos sectores sociales”- y valoraba la ley de televisión de Chile, sancionada en la transición de 1970, que había establecido un Consejo Nacional de Televisión. También se apoyaba sobre recomendaciones de la UNESCO en su conferencia de Nairobi (1976). Por su parte, el punto d) aparecía como una cuestión clave: insistía en el papel central de la “educación para la comunicación”, tanto en instancias formales como extraescolares. En este punto retomaba ideas de Francisco Gutiérrez (ver capítulo 1) y planteos similares de Lauro de Oliveira Lima →

305

→ en Brasil. El cruce de lecturas es particularmente interesante en este artículo. Más adelante, en la crítica a ciertas prácticas profesionales recurría a un trabajo de Michèle Mattelart y Mabel Piccini (1974), y concluía con una referencia tomada de *Pedagogía del oprimido* de Paulo Freire.



Entender la adaptación de la mujer urbana de clase media al orden dominante tenía un sentido a partir de la experiencia histórica vivida. Las procesiones anticomunistas contra Arbenz en 1954, la celebración de Corpus Christi contra Perón en 1955, las movilizaciones femeninas en preparación de la invasión de Bahía de los Cochinos en 1961, la marcha de la familia por la libertad contra Goulart en 1964 y, más recientemente, las protestas de las cacerolas contra la Unidad Popular en 1971, eran ejemplos de situaciones en que, movilizadas por temores contruados, grupos de mujeres se pusieron del lado de quienes sostenían el orden dominante. “A menudo ligadas a una iglesia que se jugó tradicionalmente por los intereses de la burguesía, y enarbolando, más que banderas políticas, estandartes religiosos, las mujeres fueron utilizadas para iniciar movimientos que concluyeron con el derrocamiento de varios presidentes progresistas”, planteaban Santa Cruz y Erazo (1980: 228). El caso chileno era el tratado con más referencias, entre las que se retomaban trabajos de Michèle Mattelart.

Si bien está concentrado en analizar un aparato de alienación, una novedad de este libro -dentro de los trabajos del ILET- era reconocer a la mujer como sujeto histórico: “La historia de este continente no es sólo una historia de hombres -escribe Somavía en el prólogo-. Quien así lo crea, sólo hace media historia. Lo que América Latina pueda ser estará profundamente marcado por la voluntad de lucha, el compromiso y la conciencia de la mujer, en sus diversas manifestaciones, tenga dentro de nuestras realidades” (en Santa Cruz y Erazo, 1980: 15).

refería fundamentalmente al plano internacional. Retomando los ejes planteados al inicio de la tesis, podemos decir que en esta *comunicación alternativa* no hay una ruptura con el modelo de transmisión ni un evidente “protagonismo popular”, pero sí, claramente, la producción de un discurso diferente al hegemónico (generado por las agencias transnacionales) y la adscripción a cierto proyecto político (el de los países tercermundistas, el “Otro Desarrollo”, el “Nuevo Orden”). En otras palabras, la alternativa -que siempre es un concepto relacional- era frente a aquello que el ILET se había especializado en conceptualizar y analizar críticamente desde distintas aristas: el sistema transnacional.

En tal sentido aportaban los siguientes libros que publicaron el ILET y Nueva Imagen en 1980. En *Compropolitan*, Adriana Santa Cruz y Viviana Erazo (1980) analizaban las revistas femeninas ilustradas que formaron “parte de un aparato de comunicaciones construido especialmente para las clases medias urbanas” como *Good Housekeeping*, *Buenhogar*, *Vanidades*, *Cosmopolitan* y *Fascinación*. A partir de cinco países con diferencias en sus sistemas políticos, mercados y grados de desarrollo (México, Brasil, Chile, Colombia y Venezuela), buscaron analizar “cómo se articula el modelo transnacional femenino y cómo funcionan los mecanismos que el aparato de comunicaciones emplea para promoverlo” (22). Como parte de sus conclusiones, las autoras optaban por usar la categoría “revista publicitaria femenina”.

En *Comunicación dominada: Estados Unidos en los medios de América Latina*³¹, Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Fox de Cardona volvían a documentar el carácter dependiente que la estructura de comunicaciones. El libro retoma trabajos previos de los autores (publicados entre 1976 y 1979) dedicados a demostrar los desequilibrios en la relación de Estados Unidos con América Latina en materia de comunicaciones. Tres capítulos caracterizan esa relación -explícitamente nombrada como *dominación*- en relación a las agencias de noticias, las agencias de publicidad y productos de las industrias culturales. Los dos siguientes se dedican a la televisión y en particular a un análisis de la televisión colombiana. Finalmente, el último capítulo explora algunas alternativas políticas y destaca -retomando trabajos previos de Beltrán- el movimiento en torno a políticas nacionales³².

Aunque el eje está puesto en la *alienación* y la *dominación*, estos libros aparecieron cuando “la capacidad de acción y reacción de vastos sectores nacionales en América Latina está creando nuevos espacios políticos para las luchas populares en contra de los autoritarismos políticos y económicos, locales y extran-

31. El libro tuvo una segunda edición en 1981, con una tirada de 5000 ejemplares, que fue la consultada para esta tesis.

32. Hemos referido a aportes de ese texto tanto en el capítulo 2, al caracterizar el proceso peruano, como en el 6, al repasar el itinerario de debates en el seno de la UNESCO.

jeros”, como escribe Somavía en el prólogo del trabajo sobre revistas para mujeres (Santa Cruz y Erazo, 1980: 13). La principal referencia de esta afirmación era el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, pero también los intentos de democratización en países del Cono Sur. El director del ILET no nombra Chile aunque es el momento en que han decidido instalar una oficina allí para contribuir al proceso de apertura política que, no obstante, llevaría toda la década.

No es casual que los dos libros que siguieron fueran publicados en Chile o sobre Chile. En Santiago salió por la editorial Granizo³³ *Noticia, distorsión y dependencia*, de Fernando Reyes Matta y Juan Somavía, que no era otra cosa que una compilación de los capítulos publicados por esos autores en *La información en el nuevo orden internacional*, el primer libro del ILET. Mientras tanto, el entonces subdirector de la División de Estudios de la Comunicación Diego Portales, publicó en México (ILET – Nueva Imagen) *Poder económico y libertad de expresión*, “texto escrito en Chile y sobre Chile”, según informaba el prólogo escrito por Rafael Roncagliolo (en Portales, 1981: 16). El libro se inscribía explícitamente en la “economía de las comunicaciones” -un campo “novedoso en América Latina” (17)-, proponiendo un análisis de la industria de la comunicación chilena que a su vez esclarecía sobre fenómenos propios de la transnacionalización. Entendido como una herramienta de la crítica, Roncagliolo manifestaba la esperanza de que “el texto sirva para *fortalecer a la prensa alternativa de la región* y para delinear la próxima democratización de las comunicaciones y de la sociedad, en Chile y en toda América Latina” (18-19. El destacado es mío).

Tampoco aquí voy a detenerme en el análisis específico del libro, que seguía la línea de los estudios propiciados por el ILET, con una especial preocupación por las lógicas de financiamiento del sistema de medios (el papel medular de la publicidad que una década antes habían señalado Baran y Sweezy, autores retomados también por Portales). Pero sí me interesa la dimensión programática, que aparece hacia el final del libro e introduce ciertas pautas para (re)pensar la comunicación alternativa, no escindida de la necesidad de políticas de comunicación:

“...la respuesta alternativa de carácter democrático a veces equivoca el camino. La conceptualización de la *comunicación alternativa* como la respuesta de los grupos sociales excluidos, con medios de comunicación producidos artesanalmente y un sistema de distribución informal, de carácter horizontal, llevan simplemente a una *comunicación marginal*.

Una política democrática de comunicaciones debe ser capaz de asumir el carácter industrial de los procesos productivos

33. Granizo era la editora de *La Bicicleta* (1978-1990), una de las revistas alternativas más emblemáticas de la oposición a la dictadura chilena. Como editorial del libro, también publicó trabajos del CENECA.

y distributivos de los materiales comunicativos y, al mismo tiempo, no debe desdeñar las líneas de comunicación verticales, a riesgo de hacer imposible su propia hegemonía.

El punto central de una política alternativa es la sustracción del sistema de comunicaciones del dominio del mercado, específicamente de la determinación publicitaria de su estructura industrial.

Tal política requiere plantear la igualdad de oportunidades en el acceso a la emisión de mensajes, sea en medios de propiedad estatal o de propiedad privada subsidiados por el Estado. Esta igualdad debería estar regulada por la representatividad de los sectores sociales emisores y por el control del público sobre el mercado primario en materia de ventas y audiencia, pero debe excluirse todo manejo publicitario de la estructura industrial.

Por otra parte, es preciso que las formas de producción industrial se articulen con la creación artesanal y que la comunicación vertical lo haga con la de carácter horizontal. De esta manera se puede enriquecer el proceso comunicativo y se impide la deformación burocrática de la comunicación masiva” (184)

El desplazamiento del interés del ILET hacia esas prácticas que contradecían al modelo transnacional se ve claramente en el siguiente libro, *Comunicación transnacional. Conflicto político y cultural*, una compilación a la que contribuyó buena parte del staff del ILET: los chilenos Portales y Reyes Matta, los argentinos Casullo, Schmucler y Argumedo, el peruano Roncagliolo y la estadounidense Janus. Cabe consignar que este libro es una coedición con DESCO, un sello limeño cuyo importante catálogo incluía varios textos sobre las reformas económicas, educativas y comunicacionales de la revolución peruana.

En el prólogo, Diego Portales identifica tres grandes tópicos: el Nuevo Orden Internacional, las respuestas nacionales de los Estados y también “la que comienzan a dar los pueblos en su búsqueda de nuevas formas de expresión propias frente al monopolio social de los medios masivos” (Portales *et al.*, 1982: 11). También advierte que hay quienes pensaron el “boom” de la comunicación alternativa como “producto del fracaso de las políticas nacionales”, pero “el punto merece mayor atención” (12). Como advertíamos en el cierre de su libro previo, para estos autores entre las *políticas* y la *comunicación alternativa* no habría contradicción, sino complementariedad.

En cierta forma, este libro de 1982 compendia el universo de problemas abarcado por el ILET en seis años: el poder transnacional y el nuevo orden mundial (Argumedo), los satélites y otras nuevas tecnologías como reforzamiento de ese esquema de desigualdad (Schmucler), el impacto de la publicidad (Janus), la transnacionalización de la cultura (Casullo), la mercantilización (Roncagliolo) y, finalmente, la búsqueda de alter-



nativas (Reyes Matta). Quiero referirme al último de esos capítulos: “Comunicación alternativa y desarrollo solidario ante el mundo transnacional”, donde Reyes Matta plantea muchas ideas que estarán presentes en la gestión del proyecto ALTER-COM y en la compilación de 1983 que analizamos en el capítulo final de la tesis.

En ese trabajo, el chileno se propone “*hacer una interpretación global de las diversas manifestaciones de la comunicación alternativa*, las cuales son expresión, consecuencia y parte de los procesos de confrontación con el modelo capitalista de desarrollo y su estrategia transnacional” (en Portales et al., 1982: 149. El destacado es mío). Ese modelo de desarrollo -escribe en otro artículo- se caracteriza por “propuestas individualistas, consumistas, atomizadoras y que, en el plano de las comunicaciones, refuerzan dinámicas verticales de relación entre emisor y receptor” (Reyes Matta, en VV.AA, 1982b: 248).

Un primer aspecto que define a la *comunicación alternativa*, entonces, es su carácter de respuesta un proyecto hegemónico, entendiendo siempre que este “se fundamenta en acciones de diverso tipo y estrategias diversificadas según países, regiones, condiciones políticas y oportunidades de dominación” (149), es decir, variables según el contexto³⁴.

Por otra parte, hay una identificación de *sujetos involucrados*: la comunicación alternativa como proceso social es producto de la práctica política y las experiencias de cambio de los sectores dominados (tanto a nivel de clase como en las relaciones internacionales). Con terminología gramsciana, utilizará también la expresión “polo dominado”. A esta condición atribuye, de hecho, la “diversidad terminológica” que se ha generado en torno a las experiencias alternativas³⁵.

A su vez, señala un horizonte participativo, de ruptura con la unidireccionalidad de la comunicación. Las “diversas formas de alternatividad”, entonces, forman “un proceso que está determinado a *avanzar hacia la creación de una comunicación participativa*. Este es el proyecto, la utopía democrática donde cada receptor sea un emisor potencial, donde la interacción de los participantes mantenga vivo el tejido social, donde diversas prácticas abran espacios a la creatividad individual y colectiva y donde,

34. El mejor ejemplo de la diversidad de formas que adopta la *alternativa* en los distintos contextos lo encuentra en Europa, donde toda una corriente de expresiones emerge frente a los monopolios estatales de comunicación. Reyes Matta ya ha leído la compilación de Vidal Beneyto (1979) que reflejaba las discusiones del congreso realizado en 1978 sobre *Alternativas populares a las comunicaciones de masas*, donde la rebelión contra el sistema público es el “acento predominante” (153). En América Latina, el cambio, la perspectiva principal es la confrontación con los grandes sistemas privados de comunicación. Esta también es “la línea de antagonismo” del Alternative Media Syndicate en Estados Unidos, “más rica en la práctica que en la elaboración teórica sobre su acción” (154).

35. Reyes Matta escribe: “Aquí se asume que las nociones de comunicación marginal, comunicación grupal, comunicación popular o comunicación horizontal, son enmarcables en la dimensión más amplia de lo alternativo. Esa amplitud remite, inevitablemente, a la relación de la comunicación alternativa con los polos dominados; con los sectores oprimidos de la sociedad, a nivel nacional, y de la relaciones entre países, a nivel internacional (...) La respuesta alternativa nace desde dimensiones donde lo opresivo se percibe y se constata” (en Portales et al., 1982: 151)

en suma, el ser social recupere su voz” (en Portales *et al.*, 1982: 151). Ese “avanzar hacia”, como construcción estratégica, es lo que distingue a la comunicación alternativa de la comunicación opositora. Más adelante veremos que Reyes Matta introduce la idea de “flujo espiral” para pensar la superación de la verticalidad de la comunicación (es decir, complejiza la simple oposición entre “comunicación vertical” y “comunicación horizontal”).

Finalmente, la definición ideal involucra un proyecto: al carácter *contestatario* se suma uno *propositivo*, que hace que la comunicación alternativa no se agote en la intervención sectorial: “Por el contrario, como condición positiva, ella sólo puede ser la expresión de un movimiento y de organizaciones sociales que postulan la transformación de la sociedad en la perspectiva de una democratización de todos los ámbitos de ésta” (en Portales *et al.*, 1982: 151). Y esa praxis social construye, en sus formas y contenidos, un “lenguaje propio” (163).

Así, la comunicación alternativa inicialmente definida como *respuesta a lo transnacional*, adquiere en pocas páginas muchos de los *puntos nodales* que enumeramos en la Introducción de la tesis, como definiciones recurrentes: el contenido alternativo a lo hegemónico, el agenciamiento de un sujeto subalterno, la (aunque sea potencial) ruptura con el modelo de transmisión emisor→receptor y la participación en un proyecto de cambio de más largo alcance.

A su vez, la visión “global” que propone Reyes Matta interpreta la complejidad en otros dos sentidos: el reconocimiento de distintos niveles de acción y el aporte de una mirada histórica.

Reyes Matta diferencia tres grandes niveles, cada uno con sus especificidades:

1. Los *microalternativos* (nivel local o comunitario), que actúan en espacios de base, sobre la proximidad; son más inmediatos y, pese a su precariedad de recursos, puede ser muy influyentes (su principal ejemplo es el trabajo del Centro de Comunicación Popular de Villa El Salvador, en Lima, al que nos referimos en el capítulo anterior).

2. Los *intermedios* (nivel nacional), que tienen un carácter nacional y son de carácter masivo. Aquí hablamos de alternativas “en el marco de proyecto que afectan a grandes mayorías sociales”. Ya no hay una acción *de base* y muchas veces se ven obligados a dinamizar sus mensajes en el mercado (aquí se mencionan como ejemplo distintas publicaciones alternativas como el boletín *Solidaridad* o las revistas *Análisis* y *La Bicicleta* en Chile, relevados por el investigador del ILET Jorge Richards; también *Marka* en Perú, *Proceso* en México, etcétera).

3. Los *macroalternativos* (nivel internacional), que refieren a las acciones contestatarias al modo capitalista transnacional en los grandes espacios regionales y mundiales. Aquí es donde las agencias de noticias como Inter Press Service -como veíamos

con el libro de Roncagliolo y Selser- o proyectos regionales como ASIN, la Agencia Panafricana o el pool de agencias de los No Aliados se inscriben como parte de la *comunicación alternativa*. Aquí el énfasis está puesto en el contenido. Ofrecen *información alternativa*, que se caracteriza por ser analítica, contextualizada y tomar en cuenta los procesos sociales.

Es posible pensar estos niveles como tres puntos dentro de un *continuum* de posibilidades. Como plantea el autor en otro texto, publicado el mismo año, hay “un hilo conductor que va desde la experiencia de una agencia internacional de noticias de carácter alternativo (...) hasta aquella tarea que cumple un grupo de comunicación popular en un barrio, en un lugar de trabajo o en una zona campesina. Entre uno y otro extremo hay una multiplicidad de experiencias, con alcance y signo diverso” (VV.AA., 1982b: 248).

En otras palabras, se trata de zonas de acción y tareas distintas, que no deben confundirse en su evaluación, pero que coinciden en “proponer alternativas para un desarrollo compartido, creativo y solidario frente a la atomización, al individualismo, a las desigualdades y desequilibrios de diverso tipo” (en Portales et al., 1982: 150).

Aquella diferenciación de niveles, enlazada en la definición de un proyecto común, se relaciona a su vez con una diferenciación entre *lo estratégico* y *lo táctico* que plantea poco más adelante. Lo estratégico es “hacer de la comunicación un proceso participativo, de diálogo social y de amplia creatividad”; mientras que lo táctico “nos remite a un proceso de permanente búsqueda, dentro de las condiciones del sistema imperante”. En ese sentido, Reyes Matta apuntará “tres campos concretos de acción” que emergen de la perspectiva táctica: la búsqueda de las oportunidades para hacer aparecer un mensaje alternativo dentro de los medios existentes; la creación de medios y formas alternativos; y finalmente, la generación de posibilidad para un “consumo crítico” de los discursos creados por el sistema comunicativo adherido al Polo Dominante. Es decir que la apuesta por la recepción es un campo de batalla más, que se emparenta -por ejemplo- con la educación crítica del receptor que proponía Gutiérrez en 1971 (ver capítulo 1) o la insistencia de Prieto Castillo en popularizar herramientas de la semiótica, que veremos más adelante.

La mirada sobre distintos contextos históricos, en tanto, es una característica que destaca a este y otros trabajos posteriores de Reyes Matta, y quizá pueda atribuirse a su formación de base en la disciplina histórica. En ese sentido, más allá de su conceptualización en los años setenta articulada a la crítica del aparato informativo del capitalismo avanzado, el autor asume que “la comunicación alternativa tiene raíces anteriores” a la fase transnacional, que pueden remitirse hasta las luchas por la independencia, cuando se desarrolló un periodismo de posiciona-

miento explícitos que acompañó la movilización y la dinámica social de reivindicaciones (en Portales et al., 1982: 152). Reyes Matta desarrolló más ampliamente esta idea en otros textos. En el caso del capítulo de *Comunicación transnacional. Conflicto político y cultural*, proponía un desarrollo histórico más acotado, a partir de los años sesenta, período en que identifica “cuatro vertientes históricas de acción” (149-150):

1. Las luchas contra el colonialismo en la década del 60, que desde la reivindicación de una identidad propia tomaron conciencia de la manipulación de los sistemas informativos (155)

2. Las reacciones nacionales e internacionales contra el neo-colonialismo, que fueron particularmente significativas en la década del 70, sea en Chile, Jamaica, Nicaragua, Mozambique, Tanzania u otras regiones del Tercer Mundo (157)

3. Las expresiones en la defensa de la calidad de vida y el “desarrollo humano”, que surgieron en las sociedades autodenominadas postindustriales (157-158) y que dieron lugar a una pluralidad de reivindicaciones y movimientos sociales (feminismo, pacifismo, etcétera). Reyes Matta asocia este fenómeno a la prensa *underground* de mediados de los 60, que “marcó un itinerario de alternatividad dentro del corazón del sistema de las comunicaciones dominantes” (159), y particularmente en Europa observa la aparición “prensa de nuevos grupos derivados de los movimientos del 68 en adelante, prensa ecologista, feminista, prensa promotora del consumo de alimentos naturales (y, por cierto, contraria a la manipulación alimentaria de las transnacionales)”, que sin un proyecto articulado demuestra un “*mensaje alternativo latente* en el ambiente cultural de la sociedad industrializada” (160)

4. La acción de movimientos populares y organizaciones frente a los autoritarismos políticos (dictaduras) y autoritarismos económicos (poder privilegiado de grupos): “El canto, las expresiones gráficas, el teatro, la prensa popular, el cine y, en cierta medida, la radio (la televisión muy fugazmente), son espacios donde emerge una realidad cultural que se sobrepone a las censuras y autoritarismos para crear un mensaje alternativo a las estructuras dominantes de comunicación” (161). En esta vertiente destaca el aporte de América Latina, que “[posiblemente sea] la región donde más se entrelazan las formas tradicionales de comunicación (canto, teatro, artesanías, poemas, grabados, danzas) con aquellas posibilidades que ofrecen las técnicas modernas de comunicación (cine, fotografía, disco, transparencias, audio-cassette y, aún precariamente, videocassette)” (162). Los ejemplos que ofrece aquí son conocidos a esta altura de la tesis y evidencian, otra vez, la red de intercambios construida durante una década: Reyes Matta menciona las comunidades cristianas de base, la radio alternativa chilena, los trabajos del Centro Jesús María Pellín y de Mario Kaplún, etcétera.

La última noción que me interesa destacar aquí de Reyes Ma-

ta es la noción de *flujo espiral*, que reivindicará como un aporte propio de su elaboración sobre la comunicación alternativa y que se encuentra particularmente desarrollada en este trabajo de 1982. Según el autor,

“...las experiencias de comunicación alternativa constituyen polos de movilización que buscan generar un proceso de tendencias diferentes a las de flujo vertical y unidireccional, tan reiterado en la comunicación dominante. Los aportes teóricos sobre una comunicación participativa y una comunicación horizontal son importantes en tanto fijan una perspectiva distinta al papel asignado a la comunicación por el modelo de desarrollo mercantil. Pero no dan cuenta de la totalidad de un proceso de *crecimiento e interrelación* que surge cada vez más como una dimensión esencial de una comunicación auténticamente alternativa. La forma como se entrecruzan diversas expresiones y prácticas, los cruzamientos de búsquedas y los apoyos mutuos hacen que la comunicación alternativa y sus mensajes sean creadores de un flujo informativo espiral: parte de un polo o centro básico y desde allí crece, incorpora y asume un espacio. Son las organizaciones sociales, los requerimientos populares y los momentos de acción los que van construyendo la constante expansión de una comunicación marcada por su destino contestatario” (en Portales *et al.*, 1982: 166)

En las radios de los sindicatos mineros bolivianos, Reyes Matta encuentra uno de los mejores ejemplos de esta idea (167).

Lo fundamental para la comunicación alternativa es no auto-marginarse, produciendo una práctica aislada, sino ser parte del tejido social que la dinamiza y expande. El desafío fundamental es entonces crear *interacción*, frente a un modelo dominante que propone permanentemente la atomización (173). Admitir esa lógica nos remite a las *tácticas* mencionadas antes, que no se agotan en la creación de medios propios. Así,

“los recorridos de esta espiral, en la cual la comunicación alternativa se legitima, no pasa sólo por experiencias de base, diáfanas en su compromiso y plenamente contestatarias. Hay todo un campo de aportes parciales, de mensajes cuestionadores presentes, incluso en los espacios creados por las contradicciones de la ‘gran prensa’ y los medios adheridos al modelo cultural industrial capitalista (...) Por eso, no hablamos de medios alternativos de comunicación sino de *comunicación alternativa*, esto es, de un proceso de producción, de percepción y de retroalimentación de mensajes capaz de utilizar todos los recursos en función de un proceso formativo principal” (en Portales *et al.*, 1982: 167)

La idea de la *espiral* supone una estrategia de construcción de hegemonía (de una *nueva* hegemonía) por parte de un movimiento de organizaciones sociales y populares (168). Así, el destino de

la comunicación alternativa será “avanzar *alterando...*” (169)³⁶. Reyes Matta remarca entonces la necesidad de crear redes; “redes informativas, redes de producción e intercambio de programas de radio y televisión, redes de revistas alternativas...” (179).

A partir del análisis realizado antes (que abarca características, niveles, orígenes históricos), el autor se pregunta finalmente por las “perspectivas” futuras de la comunicación alternativa, a lo que responde con dos afirmaciones que vale mencionar. La primera es la necesidad de comprenderla como *un proceso* integrado a la perspectiva de la democratización de las comunicaciones (180). En segunda lugar, señala que “*la comunicación alternativa no es sólo un proceso de emisión, sino también de recepción*” (180-181. Cursivas en el original), por lo tanto hay que “crear las capacidades organizativas para impulsar un proceso de *consumo crítico* frente a las manifestaciones de la comunicación dominante” (181). Y junto a la “tarea organizativa para este consumo crítico” debe impulsarse la participación, concepto esencial y motor para generar “estructuras sociales liberadas y liberadoras” (181).

8.5. La comunicación alternativa en la UAM y la UNAM

Si bien en el desarrollo de este capítulo decidimos poner el foco en la experiencia del ILET, también en el ámbito de las universidades mexicanas hubo, en el mismo período, encuentros y producciones editoriales que trabajaron la temática que se denominó, cada vez más, *comunicación alternativa*. Entre las instituciones que acogieron a exiliados del Cono Sur mencionamos tanto a la UNAM, a la que ya hicimos algunas referencias, como a la Universidad Autónoma de México.

Al referirnos a la UAM, tenemos que considerar que esta institución creada en 1974 -durante el gobierno de Echeverría- estaba dividida en tres unidades descentralizadas: Xochimilco, Iztapalapa y Azcapotzalco. La cita al inicio de este capítulo en la que Schmucler cuenta la oferta laboral que recibió ni bien llegó al país se refiere a la UAM-Xochimilco, donde se creó una carrera de Comunicación Social. Por otra parte, en Azcapotzalco existía una Licenciatura en Diseño de la Comunicación Gráfica, donde trabajó otro exiliado argentino: Daniel Prieto Castillo³⁷. Vinculado a esa nueva adscripción, entre fines de los setenta y principios de los ochenta, el ex director de la Escuela de Comunicación Colectiva de Mendoza publicaría manuales y libros de divulgación sobre temas de comunicación, discurso y diseño.



El primero de ellos fue
Retórica y manipulación masiva.
La preocupación por la

persuasión entre los griegos (abordada sobre todo en el primer capítulo, “La palabra fingida”) nos recuerda aquel paralelismo realizado por Beltrán entre el paradigma de Lasswell y la retórica de Aristóteles (capítulo 6). No analizo en detalle este libro ya que aún no aparecían los temas que focalizamos en esta tesis. Si me interesa rescatar, de sus conclusiones, la búsqueda de un registro intermedio en los textos, que pudiera “ofrecer elementos de análisis que no tengan mayor complicación intelectual” (Prieto Castillo, 1994: 101), ya que “no nos interesa el especialista, el que ya conoce nuestros temas, sino el hombre cotidiano” (106). El libro en cuestión es una suerte de manual de divulgación de elementos de análisis del discurso. Una de las preocupaciones centrales de Prieto -que sostendrá en trabajos posteriores- era incentivar la decodificación crítica.

36. Destaco esta expresión porque a partir de esta idea surge un juego de palabras que mencionamos en la introducción, que más adelante retomarán Ernesto Lamas y Hugo Lewin. En la compilación realizada por el ILET y la FES en 1983, Reyes Matta escribe: “lo alternativo es, por sobre todo, *alterativo*” (p. 25).

37. También fue investigador del Instituto Latinoamericano de Comunicación Educativa, un órgano creado en los años cincuenta por convenio entre la UNESCO y el Gobierno de México (similar, en ese sentido, a la CIESPAL).

Uno de los más destacados fue *Discurso autoritario y comunicación alternativa*, publicado en 1980 por Edicol³⁸. Si bien ya era hablada y discutida por muchos, fue el primer libro en utilizar la expresión *comunicación alternativa* en su título.

Tras haber indagado en su libro previo sobre las formas de manipulación que configuraban una comunicación esencialmente autoritaria, aquí se pregunta si “existen otras opciones, además de la mercantil e ideológico-manipulatoria” y propone “mostrar posibilidades y experiencias en nuestros países”. “¿Alternativa a qué? -se pregunta Prieto Castillo al inicio- *Primera respuesta: a la comunicación dominante en América Latina*” (11). Y aclara que esas *alternativas* no son nuevas, sino que lo novedoso es el interés de los estudiosos por el tema, que ya había sido recogido antes en la literatura.

El libro está organizado en trece capítulos, a los que se suma un anexo de “documentos”. Algunos capítulos ofrecen elementos para un análisis abstracto del proceso de comunicación; finalmente propone alternativas posibles.

Un primer aspecto clave para entender su planteo es la distinción básica de tipos de comunicación, cada una con problemáticas específicas: la información colectiva y la comunicación intermedia (es decir, lo que otros llaman difusión o comunicación masiva, y la comunicación grupal). Aunque sugiere evitar una descalificación absoluta de los medios de información³⁹, su perspectiva se inclina hacia la comunicación intermedia, incluso como base para la crítica del otro sistema. Este planteo no resulta extraño si tenemos en cuenta el trabajo que Prieto Castillo había iniciado en la Escuela de Comunicación Colectiva de Mendoza (capítulo 4 de esta tesis).

“Nuestro modelo de crítica de la información colectiva parte, pues, de la comunicación intermedia, siempre y cuando analicemos a ésta por lo que potencialmente puede ser, y no a partir de ejemplos concretos donde está claramente asimilada a la información” (52)

El segundo aspecto a destacar de su perspectiva teórica es la consideración de distintos “elementos” del proceso de comunicación⁴⁰, con particular énfasis en el “perceptor” (receptor):



“Es la narrativa latinoamericana quien primero las ha recogido. Recordemos la novela de Alejo Carpentier, *El recurso del método*: la organización de velatorios falsos, sin muertito, para poder reunirse e intercambiar información aun en medio de la mayor represión. Recordamos también la obra de Gregorio Selser, *Sandino, general de los hombres libres*, un implacable relato de lo que aconteció en torno de aquel gran revolucionario. No podían faltar en semejante proceso, alternativas como, por ejemplo, el empleo del código morse mediante silbidos para comunicarse en la sierra” (12)

38. Según los libros catalogados en la Library of Congress de Estados Unidos, la editorial Edicol publicó entre 1966 (un libro de Portantiero) y 2001; la mayor producción entre 1975 y 1980, con libros de teoría política, educación, filosofía, estudios de población y sociología de la cultura. En esos años se destacan varias obras de Enrique Dussel, como *Filosofía ética latinoamericana* (1977) y *De Medellín a Puebla, Una década de sangre y esperanza* (1979). También publicaba a Theotonio Dos Santos y a Ernesto Cardenal.

El libro de Prieto Castillo tendría luego cinco reediciones -entre 1984 y 1991- por parte de editorial Premiá, la misma editorial que retomaría la compilación de Simpson Grinberg para reeditarla en 1986 y 1989. También la primera obra de Prieto Castillo en México, *Retórica y manipulación masiva* (Edicol, 1979) fue editada por Premiá en varias oportunidades.

39. Prieto no rechaza por completo la información porque “una sociedad no podría funcionar sin ella” (31); sin embargo, en otros tramos pareciera abonar precisamente a una visión negativa. Así, más adelante sugiere evitar críticas basadas en ideas como “Los medios están en manos de gente mediocre”, “Los medios no quieren cumplir con una labor social” o “Los medios se niegan a asumir una labor educativa” porque “hay que entender que los medios no nacieron para eso. Su función es totalmente otra y lo que sus propietarios hacen es mantenerse fieles a ella” (50).

40. Para Prieto, hay que atender a ocho elementos: el emisor (que es un grupo social), el código, el mensaje (hoy, el discurso mercantil), los medios y recursos, el referente, el marco de referen-

315



En 1975 Trejo había publicado en México *La prensa marginal* (Ediciones El Caballito, reeditado en 1980). El autor utiliza el término “marginal” para referirse a un sistema de comunicación que está “al margen de los medios de difusión comerciales” y que “revela la incapacidad de dichos medios para expresar los intereses de los trabajadores, de los sectores marginados por la comunicación comercial” (Trejo, 1980: 7). Se trata de “publicaciones de oposición política que por su contenido y métodos de trabajo se distinguen cualitativamente de la prensa comercial” (8). Un problema señalado por el autor en su análisis era “la falta de material teórico sobre la comunicación popular”, ya que “lo único que existe son los textos sobre Lenin sobre la prensa y las actualizaciones que de él se han hecho recientemente” (9). Tal es así que al final del libro presenta las referencias bajo el título “Bibliografía mínima”. Inspirado en una perspectiva leninista, su estudio focalizó el período 1972-1974, “cuando varios factores determinaron un notable auge de la actividad de los movimientos populares y por tanto en la de sus publicaciones” (8). Nótese que al analizar México recién a partir de los exilios del Cono Sur, el recorrido de la tesis no abarcó estos años, que corresponden a la Primera Parte, en la que priorizamos otros cuatro contextos. En ese sentido, cabe mencionar el interés demostrado por Trejo hacia la reciente experiencia chilena, que “señaló algunos rumbos para lograr en nuestros países una comunicación popular que deje de ser marginal” (9). El libro retoma trabajos de Mattelart, Biedma y Taufic publicados en esa coyuntura. También menciona los *dazibao* y su función destacada en la Revolución Cultural China (en la bibliografía figura uno de los libros de Mao Tse-Tung de las Ediciones en Lenguajes Extranjeras). La mención del libro *La prensa marginal* sirve para señalar el carácter inacabado de los mapas construidos, que pueden ser ampliados (mas nunca completados) por otras investigaciones.

“Si tuviéramos que evaluar algún punto fundamental en nuestro trabajo, consideramos que está en primer lugar la cuestión del perceptor. La mayoría de los textos que circulan en nuestras escuelas de enseñanza de comunicación (en especial los funcionalistas) desarrollan el análisis desde el ángulo del emisor. Aunque al perceptor se dedican algunos estudios, relativos casi siempre a los efectos, no se busca comprender el proceso desde él, desde su actividad, su participación” (74)

El autor dedica un capítulo de su libro a la “participación popular”.

En suma, podría decirse que la propuesta que el autor desarrolla bajo el nombre de *comunicación alternativa* tiene tres niveles:

1. El aprovechamiento de “resquicios para la comunicación” que existen en los medios de difusión.

2. El desarrollo de procesos alternativos, grupales y participativos, en el ámbito de la comunicación intermedia.

3. Una apuesta por la “decodificación crítica”, que de alguna manera conecta por su reciente inclinación por la semiótica y el interés por divulgar las herramientas del análisis del discurso.

Nótese la coincidencia con los campos de acción que señalaba, con otras palabras, Reyes Matta: alternativas en los medios existentes, creación de medios alternativos y consumo crítico.

Al primero de esos puntos Prieto Castillo dedica principalmente el sexto capítulo del libro. Se referencia primero en la propuesta de Bertolt Brecht (“transformar la radio, convertirla de aparato de distribución en aparato de comunicación”) y la articula, para argumentar que “hay posibilidades técnicas”, con la lectura del ensayo de Hans Enzensberger que ya vimos en la primera parte, donde el alemán distingue el “uso represivo” y el “uso emancipador” de los medios. Este último, recordemos, se caracterizaba la movilización y la interacción de los participantes, la producción colectiva y no especializada, porque cada receptor es “un transmisor en potencia” y por el control de los medios socializado entre “organizaciones autogestoras” (citado en 63-64).

Prieto Castillo propone dos ejemplos de uso emancipador de los medios: uno es la Radio Santa María de República Dominicana, que forma parte de la vertiente cristiana de la comunicación popular que trabajamos en los capítulos 1 y 7, y el otro es la “prensa marginal”, término que toma de un trabajo del mexicano Raúl Trejo (1975) y que refiere centralmente a la tradición de los periódicos sindicales. Cuando la *alternativa* se desarrolla en los medios de difusión clásicos, para Prieto la clave no radica necesariamente en la ruptura del modelo unidireccional (como sugeriría la cita de Brecht) sino en la capacidad de concientización y movilización:

cia, el perceptor (aquellos que le dan forma a los mensajes correspondientes a ese grupo) y la formación social (15)

“Se ha sobrevalorado de alguna forma la noción de retorno, o al menos se la ha parcializado. Al parecer, si el perceptor no puede devolver algo al emisor, el proceso en cuestión comienza a despertar sospechas. Pero, ¿y cuando el mensaje se convierte en motivador de contactos con otros seres de la misma clase? ¿Cuando, sin retorno al emisor, se produce a través de los mensajes una posibilidad de ampliar los límites de la conciencia? ¿Cuando se generaliza un debate, no entre emisor y perceptor, sino entre los mismos perceptores, que termina por derivar en manifestaciones públicas y en un cambio en la producción general de un proceso?” (66)

Ese debate “entre los mismos perceptores”, por otra parte, nos estaría hablando de una combinación entre difusión masiva y comunicación grupal, como la que tempranamente pensaron las experiencias de los medios educativos (ver capítulo 1).

En relación al segundo nivel de acción, Prieto Castillo nos recuerda que hay “medios específicos” de la comunicación intermedia, asociados a la creatividad popular:

“Uno de ellos es el periódico mural, pero no como lo elaboran los relacionistas humanos (...) Cuando la influencia grupal se extiende a una comunidad más numerosa (hasta cinco mil habitantes) cobran importancia los carteles, los sistemas de alto-parlantes montados sobre vehículos, los volantes y, sobre todo, los *periódicos comunales*.

Que la información colectiva no ha agotado nunca la persistencia de formas alternativas, lo prueba el hecho de que, en última instancia, éstas pueden darse hasta en el habla coloquial. Recordemos, como ejemplo, la guerra de pasquines en la novela de García Márquez, *La mala hora*” (58)

Más adelante señala también las experiencias del arte popular “que han sido posibles a causa de determinadas coyunturas en las respectivas formaciones sociales” y que Néstor García Canclini ha analizado en su libro *Arte y cultura popular en América Latina* (1977). Un caso mencionado, por ejemplo, es el trabajo realizado por Augusto Boal en el marco del programa de alfabetización del gobierno de Velasco Alvarado en Perú.

El tercer nivel, finalmente, constituye el eje principal del libro: toda la segunda parte, que es la más extensa, está dedicada a caracterizar lo que denomina “el discurso autoritario” y ofrecer herramientas para su lectura crítica:

“[La] decodificación crítica sirve de freno a la influencia de los medios y amplía la unidad interna del grupo. La escuela pública, y en general la educación familiar, dejan indefensa a la gente frente a los mensajes informativos. La capacitación en una lectura desideologizadora es una de las rutas más importantes para abrir el camino a la comunicación verdadera” (55)

En continuidad con su libro anterior, la propuesta de Prieto se resume en la idea de poner en manos del pueblo herramientas de la semiótica, muchas veces encerradas en un hermetismo terminológico que las vuelve elitistas y las confina al análisis de obras literarias: “la semiótica es una tarea social, adquiere su pleno sentido si se la practica en grupos, tanto en la teoría como en la práctica”, propone el autor (79). Y dedica los trece capítulos de la segunda parte a plantear un arsenal semiótico accesible, a partir de lecturas de Eco, Greimas, Voloshinov⁴¹, advirtiendo que retomará “aquellos conceptos que nos hagan falta y los redefiniremos cuando resulte necesario” (85). Dos de esos conceptos clave son los de *estructura autoritaria* e *intencionalidad*.

Finalmente, matizando el espacio dedicado a estas herramientas, Prieto aclara que no hay que confundir la decodificación crítica con “la única posibilidad de un proceso alternativo de comunicación”. Hay que ejercerla de modo permanente, pero “tiene un límite”. Y frente a ese límite, se impone la vuelta a los otros niveles de acción que identificamos antes: “El paso siguiente, en un proceso alternativo, es elaborar mensajes distintos ya que se ha tomado conciencia de lo que no hay que hacer, de la forma en que circulan y están conformados los textos de estructura autoritaria”.

El libro termina con una sección de 25 páginas titulada “Documentos”, donde Prieto Castillo hace breves transcripciones de textos que dan cuenta de las preocupaciones y las experiencias concretas de “comunicación alternativa”, que “se multiplican día a día” en América Latina. Lo interesante de esta selección es la valoración y recuperación de algunas de las prácticas que vimos en la primera parte de esta tesis, presentadas junto a ejemplos mucho más recientes como la Nicaragua sandinista y la prensa alternativa frente a las dictaduras de Brasil y Chile, y también previos como la estrategia del ejército de Sandino⁴² o la experiencia de las radios mineras, narrada por el testimonio de Domitila Chungara. Así, aparecen el semanario *Prensa* producido en Bolivia durante el gobierno de Ovando, la experimentación teatral en la campaña de alfabetización de Perú y su propia experiencia de Escuela de Comunicación Colectiva de Mendoza.

La mayor circulación de este libro se dio por sus ediciones posteriores en la colección *La red de Jonás* del sello Premiá, por lo que suele citarse con fechas diversas, de 1984 y 1991 -y puede llamar

41. Además de estas lecturas semiológicas, es interesante ver el sistema de citas y referencias bibliográficas del libro, que explicita múltiples influencias: Prieto piensa la comunicación con Pasquali y Freire, retoma concepto de conciencia posible de Lukács y luego Goldmann, elogia la lucidez de Marcuse en *El hombre unidimensional*, rivaliza con las “miopes interpretaciones” de McLuhan, acude a la literatura para sus ejemplos y evidencia conocer los trabajos que contemporáneamente hace el grupo del ILET o Centro de Comunicación Social Jesús María Pellín, los Mattelart, Francisco Gutiérrez Pérez -con quien más tarde escribirá *La mediación pedagógica-* y otros latinoamericanos.

42. En esta sección es frecuente la cita a Gregorio Selser, tanto cuando retoma un artículo periodístico suyo sobre la prensa alternativa (“Un elocuente ejemplo de prensa alternativa: las publicaciones ‘nánicas’ en Brasil”, en *El Día*, México, 19 de agosto de 1979) como en la referencia a su primer libro, *Sandino, general de hombres libres*.

la atención la ausencia de referencias a obras relevantes, previas a esos años. Pero su primera edición apareció en 1980 y alimentó un debate que recién empezaba a tomar nuevos nombres.

Máximo Simpson tenía en su biblioteca un ejemplar de esa edición de Edicol, firmado y dedicado por el autor. No es extraño que lo convocara para escribir en la compilación de *Comunicación alternativa y cambio social. I. América Latina*, publicada por la UNAM.

Al igual que el trabajo de Prieto Castillo, este libro suele ser mencionado con una fecha equívoca, 1986, que es cuando salió la primera edición por la editorial Premià. Pero la primera edición corresponde al sello universitario y anticipó a la otra gran compilación sobre el tema, motorizada por el ILET, que salió en 1983. En la entrevista realizada para esta tesis, Reyes Matta evocó la “sorpresa” que le provocó –a pesar de ser autor- la aparición de ese libro:

“[...] Yo recuerdo a Máximo Simpson. Él trabajó mucho en la UNAM, justamente uniendo experiencias, tu debes tener el libro de Simpson... La verdad es que Simpson nos sorprendió un poco a los del ILET porque inesperadamente emergió con un libro con muy buen ojo; debo reconocer que nosotros estábamos como pensando que había que hacer un libro... y de repente, *pum*, apareció Simpson, que juntó todo lo que tenía que juntar” (2018)

La UAM-Xochimilco, finalmente, fue otro punto de producción y reflexión crítica sobre la comunicación. Además de la carrera de comunicación, funcionó el Taller de investigación en comunicación masiva (TICOM), donde se destacó el mexicano Javier Esteinou Madrid con lecturas marxistas. Publicaban, con frecuencia casi mensual, los *Cuadernos del Ticom*, de los cuales el séptimo, titulado *La comunicación participativa* y coordinado por Ana María Nethol, compilaba ponencias presentadas por diversos comunicadores en el Primer Seminario de Comunicación Participativa realizado en 1978 por iniciativa de CIESPAL, al que nos referimos en el capítulo 6.

Xochimilco fue además la sede de varias actividades significativas, entre ellos el Primer encuentro latinoamericano sobre la enseñanza de la comunicación, en junio de 1978, y el primer encuentro realizado por la Asociación Mexicana de Investigadores en Comunicación (AMIC), en 1980.

En esa oportunidad, el investigador mexicano Miguel Ángel Granados Chapa -profesor de la UNAM y columnista de *Unomásuno*- presentó una ponencia titulada “Comunicación Alternativa, comunicación del oprimido”, luego reproducida por el órgano del CEESTEM, donde reconocía que el tema ya estaba en la agenda de las reuniones académicas y los sumarios de la revistas, y planteaba la necesidad de construir una teoría de la comunicación alternativa.

Basado en una definición de *lo alternativo* en relación lo



Entendemos que tras el subtítulo “I. América Latina” estaba la intención de un segundo o más tomos, por ejemplo un “II. Asia y África”. El libro fue reeditado en 1986 y en 1989 (por editorial Premià) y tuvo una traducción al portugués en 1987 (*A comunicação alternativa na América Latina*, Petrópolis, editorial Vozes), pero no hubo segunda parte. Con el compilador fallecido, no hemos podido confirmar cuál era el proyecto editorial. Según la reseña publicada por Jaime Pichersky en el N° 10 de *Comunicación y Cultura*, la obra era “el primer tomo de una labor que abarcará una más amplia gama de experiencias y que en su segunda entrega, de próxima aparición, abordará específicamente la problemática de la comunicación alternativa en el contexto mexicano”. Por otra parte, sabemos que a fines de los ochenta tuvo intenciones de una edición ampliada del “I. América Latina” -para la que Simpson convocó a escribir a Marita Mata-, que tampoco se vio la luz (Mata, 2011 y entrevista realizada en 2019). En la biografía de Simpson, es posible encontrar varios libros anunciados y nunca concretados: en 1984, en una presentación breve en la revista *Nueva Sociedad*, se lo consignaba como autor de “Leninismo y comunicación social (en preparación)”; mientras que en una colección de Legasa dirigida por Aníbal Ford (donde publicaron Muraro, Landi, Pasquini y Getino) estuvieron anunciados dos libros sobre cuya salida no tenemos ninguna constancia: *Nuevo orden internacional de la información*, de Margarita Graziano, y *Teorías de la comunicación alternativa*, de Máximo Simpson.

dominante, su perspectiva -con impronta gramsciana- definía la comunicación alternativa como “comunicación de los dominados, de los oprimidos” (122)⁴³. Luego, ponía el eje en la participación:

“Independientemente de los medios que emplee, es el grado creciente de participación lo que distingue a la comunicación alternativa de la del sistema. Ciertamente, podemos calificar de *populista* la comunicación dirigida a las clases populares aunque no generada por ellas. Pero creemos que hay pleno derecho a calificarla de alternativa si promueve su participación y alienta el que se convierta en *popular*, es decir, comunicación de y para el pueblo” (125)

El grado máximo de participación se da cuando los oprimidos dejan de ser “meros receptores para convertirse en emisores. Se trata, entonces, de un proceso que culmina con la devolución del habla al pueblo” (125). Nótese el retorno -con una intertextualidad implícita- de esa expresión que provenía de la revolución china y que ya vimos muy presente en los textos de Mattelart una década antes.

Planteaba entonces la necesidad de impulsar una redistribución de las oportunidades de emisión (como parte del debate mexicano sobre el “derecho a la información”) y promover un *uso emancipador* de los medios (aquí retomaba a Enzensberger). Sus ejemplos remitían un nivel local, comunitario, pero finalmente también enunciaba a la necesidad de intervenir en una escala macro:

“Estudios como *Compropolitán* que desmonta las tretas de las revistas norteamericanas para mujeres, y como *Comunicación dominada* referido a la abrumadora presencia de los Estados Unidos en los medios de América Latina, sirven de premisa al apoyo que en este orden es preciso dar a la creación y desarrollo de agencias nacionales de noticias...” (Granados Chapa, 1980: 129)

Además de esta cita a los estudios del ILET, el investigador reconocía al taller de investigación de la UAM-X como uno de “los muy escasos centros donde se produce y difunde sistemática y periódicamente indagación sobre el tema” (1980: 126)

Finalmente, no podemos dejar de mencionar a la UAM-X como lugar de edición de la última etapa de *Comunicación y Cultura*, que incluye la mayoría de los números publicados (ocho de un total de catorce)⁴⁴. Fue entonces cuando tuvo

43. En un tramo de su presentación Granados Chapa (1980: 124) identifica en el feminismo “una de las formas de cultura subalterna que más activamente ejerce su propia modalidad de comunicación alternativa”. Como ejemplo citaba el caso europeo de Radio Lilit.

44. Durante los primeros números de esta primera etapa, la revista volvió a incorporar la figura del “consejo” (hay un comité asesor y un comité editorial), bastante ilustrativo de redes tejidas en los años transcurridos desde el inicio del exilio. Una novedad era la presencia de brasileños (Luiz Gonzaga Motta y José Salomao David Amorim). Luego, formaban parte del consejo asesor Oswaldo Capriles (Venezuela), Jesús Martín [Barbero] (Colombia), Luis Peirano (Perú), Michèle Mattelart (Francia), Ana María Nethol (que figuraba como México, su lugar de exilio) y Fernando Reyes Matta (Chile). En el consejo editorial hay mexicanos o residentes en México, entre ellos

“más vuelo”, según Schmucler⁴⁵, gracias a los recursos aportados por la institución (Lenarduzzi, 1998: 153)⁴⁶.

La agenda de la revista recogió el creciente interés por las experiencias y las elaboraciones intelectuales sobre la comunicación popular y alternativa. En el primer editorial después de la interrupción de tres años, titulado “Construir la democracia”, Mattelart y Schmucler planteaban:

“Una comunicación democrática, una cultura popular, como proyecto de otras relaciones y otra vida cotidiana, deben desplegarse en el seno de organizaciones múltiples con auténtica participación. La democracia no es sólo un problema de las instituciones del estado; es un requisito de las organizaciones de la sociedad civil (...) Esto replantea la articulación de organizaciones históricas de resistencia de las clases subalternas, tales como los partidos y el movimiento sindical, con la diversidad de formaciones populares que surgieron en los últimos años como expresión de necesidades colectivas” (1982: 9-10)

Y concluían:

“se vuelve imprescindible recuperar la historia reciente de las experiencias latinoamericanas que trataron o tratar de alentar formas de comunicación popular. Ninguna experiencia futura podría dejar de tener en cuenta los errores y los aciertos de esta ya larga acumulación histórica que es patrimonio de la cultura popular” (Mattelart y Schmucler, 1982: 10)

Así, después de ese primer número dedicado a los debates del ámbito internacional y sus límites⁴⁷, en junio de 1982 *Comunicación y Cultura* salió con una edición dedicada a la radio muy marcado por esa inquietud: Orlando Encinas Valverde escribía sobre el proceso de comunicación popular en la Radio del Valle del Mezquital (México); Antonio Oseguera, sobre las Escuelas Radiofónicas en Huayacocotla; Reynaldo Pareja ensayaba una historia de Radio Sutatenza; María Cristina Mata relataba la investigación-acción realizada en Radio Enriquillo (ver capítulo 7). También había referencias a las radios mineras: una entrevista de Schmucler y Encinas al periodista boliviano Jorge Mancilla Romero⁴⁸; un extracto del testimonio de Domitila Chungara y un

Ana María Amado, Nicolás Casullo, Jorge González y Máximo Simpson.

45. Desde que la revista se instala en México, figuraron como directores Mattelart y Schmucler (ya no Assmann), aunque queda claro que quien la lleva adelante es el argentino, que en esta etapa aparece además como “coordinador editorial”.

46. Esta etapa incluye el tercer momento de transición señalado por Lenarduzzi (1998), que se produce hacia el número 12 (1984), ya fuera del período abarcado en esta tesis (cuando la revista deja de llevar el lema que la acompañó todas las etapas previas: *La comunicación masiva en el proceso político latinoamericano*).

47. La elección del tema no es casual teniendo en cuenta la implicación de la revista con las posiciones tercermundistas, ya advertida en la reaparición anterior. A su vez, como bien apunta Lenarduzzi, el período de la Comisión MacBride “con el lapso más largo de interrupción de la publicación (...) Sus miembros más importantes no estuvieron desvinculados del tema, incluso fueron parte de las iniciativas que se le asociaron (pool de agencias, formulación de estudios, etc.). De ahí que en 1982 la revista se dedicará más a evaluar el tema que a descubrirlo” (1998: 113)

48. Nacido en el centro minero de Llalagua, participó directamente en el nacimiento de radio Vanguardia en el centro minero de Colquiri. En ese momento vivía exiliado en México, tras el



artículo de Alfonso Gumucio Dagron sobre el papel político de esas radios sindicales. Y en línea con la ampliación geográfica de la revista que mencionamos antes, desde Francia escribía Claude Collin sobre el rol de Radio Renacimiento en la revolución de los claveles en Portugal.

La siguiente edición incluyó un artículo de Ana María Nethol, “El papel de la comunicación y los procesos populares”, producto de una ponencia realizada casi dos años antes en el seminario sobre Comunicación y Movimiento Popular de CELADEC. A partir de una experiencia de comunicación estatal en el ámbito rural, Nethol indagaba sobre las formas discursivas y el flujo comunicativo que podrían articular una progresiva toma de conciencia de los sectores dominados y contribuir a la construcción de espacios autónomos de comunicación-acción (Nethol, 1983: 118). Consideraba que la “comunicación participante y dialógica” es “inherente a la constitución misma de los procesos populares” (122). Esas reflexiones, escribía Nethol, conducen “al dominio de lo que se ha dado en llamar comunicación alternativa”. Adoptando el término provisoriamente -“para no caer en innovaciones léxicas innecesarias”- ingresaba entonces en el terreno de la conceptualización, para lo que propuso cuatro puntos: 1. Un modelo ético-político “donde los actores se encuentran implicados a partir de estrategias participantes”; 2. El basamento de intercambios recíprocos; 3. La ubicación en el terreno de la lucha ideológica, en última instancia contra-hegemónica; 4. Que toda acción comunicativa alternativa “supone una forma de educación y conocimiento por cuanto estaría ligada a un proceso de conocimiento/aprendizaje entre los sujetos participantes” (122-123), lo que supone el re-encuentro de dos campos (comunicación/educación), al que dedica el resto del artículo.

Al pensar las culturas populares, el artículo de Nethol introducía la lectura de autores italianos (de Gramsci a Cirese y Lombardi Satriani) que son recurrentes en los sucesivos números de la revista: de hecho, el N° 10 (agosto de 1983) estará dedicado a *Interrogantes sobre lo popular*, desmenuzados a partir de un lúcido artículo principal de Jorge González -responsable de la idea global de la edición- y de la traducción de un texto de Alberto Cirese. *Comunicación y Cultura* era cada vez más gramsciana: el marxista italiano ya no sólo definía el sentido de la revista cultural, sino que acompañaba una *reflexión desde la derrota* y permitía visualizar que la hegemonía se construye principalmente en la lucha política-ideológica.

En su artículo, González reconocía la existencia del ámbito de la comunicación alternativa⁴⁹, donde observaba críticamente que “salvo algunos autores y ciertas experiencias de enorme interés, la

golpe militar de 1980.

49. En ese mismo número 10 aparece una reseña de la compilación de Máximo Simpson Grinberg, que había salido dos años antes.

gran mayoría comparte el concepto populista (y hasta exclusivista) de ‘popular’ recientemente esbozado” (González, 1983: 25). Con los aportes del “filón gramsciano”, como lo denominaba el autor, lo popular adquiriría un sentido clasista, relacional e histórico (18).

En ese sentido, Lenarduzzi observa que los intelectuales acentuaron su búsqueda de elementos “alternativos” entre las prácticas de los sectores subalternos; una de las razones es el desplazamiento evidente desde una apuesta revolucionaria (la liberación) y “la búsqueda de gérmenes para la construcción de una ‘cultura democrática’” (Lenarduzzi, 1998: 79), lo que implica una relectura sobre el concepto mismo de democracia.

El “filón gramsciano” y el llamado a “construir la democracia” son dos aspectos fundamentales de la agenda que propuso *Comunicación y Cultura*, que atraviesan las elaboraciones intelectuales sobre la comunicación alternativa y popular. Y si de agendas de trabajo se trata, no podemos ignorar el artículo que Jesús Martín [Barbero] publicó en el número 9 de la revista: “Retos a la investigación de comunicación en América Latina”. En rigor, se trata de un texto escrito en junio de 1980, que Martín-Barbero presentó inicialmente la Asamblea de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC)⁵⁰.

El “reflujo de la utopía revolucionaria” y el retorno de fuerzas conservadoras, la transición de dictaduras hacia formas de democracia controlada en varios países latinoamericanos y la creciente fusión entre telecomunicaciones e informática planteaban, para Martín-Barbero, la necesidad de ciertos desplazamientos teórico-metodológicos: repensar el poder, visualizar la táctica de los dominados y reubicar a los medios en el espacio de lo cotidiano. Tras un planteo general en este sentido, el profesor de la Universidad del Valle (Cali, Colombia) planteaba tres “campos estratégicos” para la investigación en comunicación: el orden o la estructura transnacional de la información, el desarrollo de las tecnologías telemáticas y la comunicación alternativa o popular. Esta propuesta es interesante por varias cuestiones. Por un lado, porque no plantea una oposición entre la economía política de las comunicaciones y el estudio de las prácticas populares: son dos campos estratégicos, igualmente importantes, complementarios para enfrentar la complejidad del nuevo contexto. Por otro, por la coincidencia -a grandes trazos- con los colectivos intelectuales cuya trayectoria analizamos en este capítulo: la estructura transnacional es la preocupación que dio origen al ILET a mediados de los setenta⁵¹; las preocupaciones que plantea sobre las nuevas tecnologías

50. Al momento de publicación de esta revista, su coordinador Héctor Schmucler era miembro del Consejo Directivo de ALAIC, además de miembro del Comité Académico Consultivo de la División de Estudios de Comunicación del ILET.

51. Sobre este primero, Martín-Barbero escribe: “[es] un campo en el que los investigadores latinoamericanos están siendo pioneros y en el que su aporte está siendo fundamental tanto en la formulación del problema como en el señalamiento de alternativas. Quizá en ningún otro campo de investigación ha estado tan eficazmente articulada la denuncia” (1982: 106)

son las que Mattelart y Schmucler analizaban viajando por varios países en 1981 y que expresarán en *América Latina en la encrucijada telemática*; la comunicación popular es el tema que hemos visto emerger y sobre el que el propio Martín-Barbero escribirá su punto de vista en la compilación de Simpson Grinberg (1981) -un texto que ya cita como “en publicación”, como si el libro hubiera sido previsto para 1980.

Los temas están imbricados. Cuando el autor se refiere al orden internacional, plantea la necesidad de salir de un análisis exclusivamente económico para indagar también la dimensión política e ideológica de las estructuras de producción de la información: “Necesitamos investigar esa ideología tecnocrática que permea y esteriliza muchos esfuerzos de contrainformación, de comunicación ‘alternativa’, precisamente porque lo alternativo en ellas no llega a cuestionar verdaderamente las estructuras ideológico-políticas de la producción de información” (Martín-Barbero, 1983: 107).

Finalmente destacamos, una vez más, que el investigador que en los ochenta se convertirá en el principal “cartógrafo” del campo latinoamericano de la comunicación, piensa a los inicios de la década a la comunicación “*participativa, alternativa, popular*” como uno de los tres campos prioritarios (nótese que opta por una tríada en la denominación, como las investigaciones actuales, aunque hoy “comunitaria” ha sustituido a “participativa”):

“Aunque dicho de muchas maneras y con alcances muy diversos, desde los utópicos hasta los ceñidos a posibilidades de intervención inmediatas, un propósito fundamental parece definir lo alternativo en materia de comunicación en Latinoamérica: transformar el proceso, la forma dominante y normal de la comunicación social, para que sean las clases y los grupos dominados los que tomen la palabra. Y en ese sentido la comunicación alternativa no es aquí nada nuevo ya que desde las experiencias pioneras de Paulo Freire, proyectadas después a multitud de grupos en todos los países del continente, la comunicación ha estado ligada más a la liberación del habla, de la actividad y la creatividad popular que a la potencia o el tipo de medios utilizados. Esto es importante precisamente para salirle al paso a la moda que nos llega reduciendo lo alternativo en comunicación a lo que se realiza en el ámbito de los medios masivos. No estoy afirmando que las alternativas en comunicación popular deban ser únicamente marginales a los grandes medios, estoy alertando contra la ya vieja y peligrosa ilusión -mcluhaniana- de que lo alternativo pueda venir del medio en sí mismo” (Martín-Barbero, 1983: 109)

Como los textos que vimos antes de *Comunicación y Cultura*, Martín-Barbero buscará aportar a ese campo una forma -no esencialista ni homogénea- de entender la popular, en línea con el planteo que ya vimos en el capítulo 6, cuando Luiz Gonzaga

Motta lo entrevista en *Chasqui*: “La comunicación será alternativa en la medida en que asuma la complejidad de esos procesos, si junto al lenguaje del medio se investigan los códigos de percepción y reconocimiento, los dispositivos de enunciación de lo popular, códigos y dispositivos en los que se materializan y expresan confundidos ya la memoria popular y el imaginario de masas” (1983: 111).

8.6. ALTERCOM: documentar y multiplicar la alternativa

Como vimos, uno de los centros de producción de conocimiento que advirtió ese *campo estratégico* fue el ILET: un punto móvil en el mapa, ya que en los primeros ochenta -los años que institucionalizó su interés por la comunicación alternativa- se desplazó de México a Chile -y también a Buenos Aires- para contribuir a las búsquedas democráticas.

Los primeros trabajos de Reyes Matta sobre el tema datan de 1978 -como advertimos en la lista de *mimeos* del Instituto-. Según el investigador chileno, la comunicación alternativa emergió como tema en sus viajes al Cono Sur:

“Tenía la suerte de venir a Chile. Vine con pasaporte de Naciones Unidas... Yo estaba separado, mi mujer se había vuelto con los niños... El primer viaje que yo hago es en diciembre de 1975 (...) Comenzaba a darse el movimiento cultural emergente, *underground*, los festivales de canción, una plástica alternativa. Cuando vengo en diciembre de 1976 la cosa se me hace muy nítida (...) Ahí empieza mi teoría sobre la comunicación alternativa. Grababa cosas y entonces hice un documental, de hora y media, en tres cintas... Todo esto en un momento lo conoció la hija de Allende, la Tati, que después me mandó una carta hermosísima que decía ‘compañero de las tres cintas, cómo me has conmovido’... ¿Cómo se me aclara la cosa? Cuando voy en México a una conferencia que da Luis Maira sobre el pensamiento de Gramsci. Entonces él empieza a hablar del polo dominante y el polo dominado. El polo dominante, el flujo vertical de información. El polo dominado, genera un flujo espiral creciente, que es el que articula todas estas expresiones... y el resto lo conoces”.

La conceptualización de la comunicación alternativa excederá luego la acotada condición de práctica de oposición a la dictadura. Pero es interesante que visualice el problema allí, de la misma manera que Prieto Castillo u Octavio Getino subrayaban el aporte de la comunicación en la resistencia peronista (ver capítulo 4).

Tras viajar a Santiago y también a Buenos Aires, Reyes Matta promovió la creación de la nueva división en el ILET y, dentro de

Para poder desarrollarla, gestionó el apoyo de la Organización Holandesa para la Cooperación Internacional (NOVIB) y Agencia Finlandesa para el Desarrollo Internacional (FINNIDA): “El primer proyecto que los finlandeses respaldan en América Latina es el proyecto del ILET sobre el papel de la televisión y las alternativas en televisión (...) ellos nos permiten trabajar mucho con el tema, nos permiten investigar y nos permiten hacer un proyecto de prácticas con televisión, difusión de unos videos sobre la transnacionalización en general... Todo eso ocurre entre el 80 y el 82. Por ejemplo, el ILET de Chile una de las cosas que hace es presentar un ciclo sobre las transnacionales. Entonces presentamos, con documentales holandeses, la transnacionalización en la industria farmacéutica, la transnacionalización financiera, y varios otros fenómenos similares. Y esas presentaciones las llevábamos adelante en una experiencia que se hizo en Colombia, en Chile, en México, en Nicaragua. Esa es la dinámica con la cual estábamos trabajando: como decías tu al comienzo, mucha práctica y mucha teoría al mismo tiempo.” (Entrevista a Fernando Reyes Matta, 2018).



Por Argentina participó Vicente L. Saadi (futuro gobernador de Catamarca), que en ese momento era director del diario *La Voz*, la última experiencia de prensa impulsada por Montoneros, que se editó entre 1982 y 1985 (Mancuso, 2015). Por Brasil participaron representantes del Sindicato de Trabajadores Metalúrgicos. Del ámbito de la edición, estaban José Steinsleguer por *Chasqui*, Daniel González por *Nueva Sociedad*, Eduardo Stein por *ALASEI* y Eugenio Melendez por la Revista *Diálogo Social* de Panamá. También participó el presidente de UNDA-AL Jorge Gómez Maldonado (recordemos que las conclusiones del seminario aparecieron en el N°3 de *UNDA-AL Comunicación*). Hemos mencionado aquí sólo a algunos de los participantes, a modo de ejemplo. Muchos de los asistentes residían en México, entre ellos varios exiliados del Cono Sur: Máximo Simpson Grinberg, Orlando Encinas Valverde, Alfonso Gumucio Dagron y Rafael Roncagliolo.

ella, de un proyecto denominado ALTERCOM⁵², que se planteaba con dos líneas de trabajo simultáneas: una teórica, de conceptualización sobre el fenómeno de la comunicación alternativa, sus alcances y desarrollos; otra práctica, que entre otras iniciativas dio lugar a una Unidad de Documentación. Aunque el trabajo se centró en las “revistas alternativas”, la experiencia de ALTERCOM estaba interesada por distintas formas de comunicación emergentes que eran “encaradas por grupos sociales, instituciones de iglesias, organismos políticos, cooperativas de periodistas y otras entidades similares que se van sumando a la expresión contestataria del conjunto de la sociedad que aspira a la democratización y a la participación de las mayorías en todos los niveles de la vida social” (Schulein y Robina, en VV.AA, 1982: 155).

Con las revistas documentadas, que eran analizadas a partir de un elaborado sistema de indicadores, en 1981 empezó a producirse un boletín⁵³, que se enviaba a 500 destinatarios: “revistas alternativas, centros de documentación, instituciones académicas y organizaciones sociales” (167). Además de recircular informes originados en medios de distintos países, el *Boletín ALTERCOM* producía y agregaba “información sobre una variedad de temas que generalmente las revistas alternativas no cubren: tecnología y nuevas relaciones sociales; ciencia, tecnología y dependencia; medios de comunicación, su estructura, expansión y efectos, etc.” (164).

Con ALTERCOM y otros proyectos⁵⁴, hacia 1982 el perfil de trabajo del ILET se había desplazado al estratégico campo de la comunicación alternativa, vinculándola a la noción de “otro desarrollo” pero también a una nueva búsqueda, más propia de la agenda conosureña: la construcción de la democracia.

En noviembre de ese año, Reyes Matta impulsó la realización del Seminario “Comunicación y Pluralismo: alternativas para una década”, que reunió en México a comunicadores, referentes de organizaciones de base, de entidades políticas y también de las redes cristianas, para intercambiar experiencias y definir propuestas de acción de cara a la nueva etapa que se abría. Fueron cinco días de exposiciones y debates, que culminaron con la redacción de un documento final, en cuya redacción participó Alfredo Paiva.

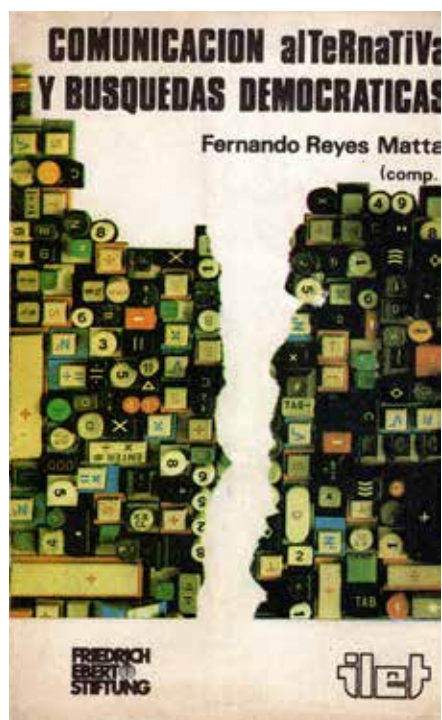
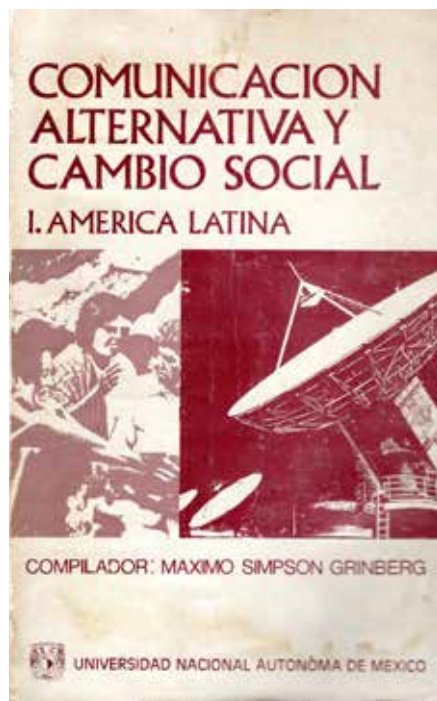
Producto de ese encuentro fue uno de los libros que hemos considerado “puntos de llegada” de nuestro recorrido: *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (Reyes Matta, 1983), que se publicó en México y también, meses después, en Chile.

52. Bajo la órbita de la División de Desarrollo Alternativo dirigida por Reyes Matta, el proyecto ALTERCOM estuvo coordinado por la argentina Sylvia Schulein y contó con la participación de Soledad Robina y Gridvia Kuncar como investigadoras. Aunque al tiempo el principal trabajo se trasladó a la oficina chilena, que buscaba prestar un “respaldo informativo de las fuerzas democráticas” (Reyes Matta, 2016: 31). Gregorio Selser participaba desde México con su gran destreza de archivista: leía y enviaba recortes de prensa periódicamente a Santiago.

53. El número 0 salió en agosto.

54. En 1983 Reyes Matta habla de “tres proyectos de investigación – acción” que el ILET estaba “desarrollando desde hace dos años” (Reyes Matta, 1983: 14).

En el siguiente capítulo articulamos las reflexiones finales de la tesis a partir del análisis de las compilaciones coordinadas por Simpson (1981) y Reyes Matta (1983). Más allá de ser producciones diferentes, cabe señalar algunos puntos de contacto y redes de socialidad que las conectan. En la revisión de los paratextos de la primera edición de *Comunicación alternativa y cambio social*, por ejemplo, encontramos un agradecimiento al ILET por la “valiosa colaboración” prestada para la publicación, donde por otra parte escriben varios de sus investigadores. En tanto, si bien Máximo Simpson no figura como autor en *Comunicación y búsquedas democráticas*, en el comentario introductorio se señala su participación especial como “animador de contrapunto” en los debates del seminario que dio lugar al libro (Reyes Matta, 1983: 15).



Al inicio de esta tesis mencionamos dos compilaciones -*Comunicación alternativa y cambio social* (1981) y *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (1983)- que son frecuentemente citadas en distintos artículos, fichas de cátedra y otros textos sobre comunicación popular, alternativa y comunitaria. Me arriesgo a afirmar que hoy su lectura es fragmentaria (se leen *algunos* capítulos, fotocopios o digitalizados) o incluso mediada (se conocen por reseñas y citas) pero su mención resulta casi obligada, en tanto se consideran trabajos pioneros en la temática. Lo que intenté mostrar en los ocho capítulos precedentes es que esos libros, más de una vez señalados *puntos de partida* de un campo problemático, pueden ser pensados como *puntos de llegada*: es decir, que fueron materiales culturales que cristalizaron procesos de reflexión, debate, entrecruzamiento de corrientes teóricas, sistematización de experiencias y pugna de términos que se habían dado durante las décadas del sesenta y setenta en América Latina.

En las páginas que siguen, partiremos del análisis de algunos aspectos de esas obras para, al mismo tiempo, proponer síntesis y reflexiones sobre los problemas que han atravesado esta tesis.

9.1. Dos compilaciones

Lo primero que quiero destacar de los trabajos de Simpson y Reyes Matta es que son compilaciones. Si repasamos hacia atrás, es indudable que la compilación ha sido la forma editorial emblemática del campo de la comunicación popular. Los principales materiales que analizamos en esta tesis lo fueron, o bien eran ediciones dobles o números especiales de revistas con formato de libro. *Comunicación masiva y revolución socialista* reunía trabajos de Armand Mattelart, Patricio Biedma y Santiago Funes. *Comunicación horizontal* contenía un texto de Frank Gerace (con la colaboración de Hernando Lázaro) pero también funcionaba como compilación: algunos capítulos ya habían sido publicados como artículos en revistas o circulado como “separatas mimeografiadas” entre colegas¹. El número 517 de *Christus*

1. Aquí hay también un sentido de texto “en construcción”, que presenta una reflexión que seguirá siendo elaborada a partir del pensamiento con otros. Así, por ejemplo, el artículo de Kaplún en la compilación *Comunicación alternativa y cambio social* había sido presentado antes en dos revistas, *ININCO* de Caracas (Nº 1) y *Comunicação e Sociedade* de São Paulo; a su vez, estaba basado en una ponencia realizada para el VII Seminario Latinoamericano de Teleeducación realizado en San Salvador en noviembre de 1979. El capítulo de Richards de la misma compilación, como ya vimos, había sido publicado en *Comunicación* y figuraba también entre los documentos de trabajo (mimeos) del ILET.

funcionó como una revista-libro, reuniendo aportes teóricos y repasos de experiencias prácticas sobre la comunicación popular, de la misma manera que los números dobles de la revista *Comunicación* del Centro Jesús María Pellín o las ediciones temáticas de *Comunicación y Cultura* y *Chasqui*.

Hay dos características que pueden explicar esta preeminencia de la compilación como práctica editorial: la urgencia y lo colectivo.

En primer lugar, el libro de “autoría individual” suele requerir más tiempo de producción por parte del autor y se le exige más cuidado, coherencia, un hilo argumentativo. La compilación, en cambio, cuando aborda aspectos o problemas que emergen de una temática, sin pretensiones de agotarla, permite abrir la discusión, señalar áreas para pensar y ofrecer algunas pistas. Esta lógica de la urgencia se explica en un campo en el que, por otra parte, la teoría y la práctica se entrecruzan todo el tiempo y la producción académica nunca estuvo escindida de la acción política. Publicar es intervenir, e intervenir es necesario: sea para defender y fortalecer una revolución, para aportar a la causa de liberación de los pueblos o para contribuir a las “búsquedas democráticas”, como planteaba el título del ILET en un contexto en que los países del Cono Sur empezaban a dejar atrás a los regímenes dictatoriales.

En segundo lugar, el universo de experiencias que se conceptualizan con las nociones de comunicación horizontal, popular, alternativa y, poco más adelante, comunitaria², han tenido siempre la marca de lo colectivo. En los primeros planteos, vimos, se hablaba de comunicación grupal; luego, de sectores sociales organizados. La comunicación popular nunca fue un proyecto individual: es lógico que su reflexión intelectual tienda a formas colectivas. Incluso los textos de autoría individual -que también los hay- están marcados por un pensar-con-otros y por una construcción intertextual muy explícita y reivindicada.

Si como dijimos al inicio, la comunicación popular puede ser interpretada como una matriz compuesta por distintas vertientes, estas compilaciones fueron una expresión de eso: no delimitaron una doctrina única, sino que expresaban la diversidad, incluyendo las contradicciones y las discrepancias. Dentro de esa amplitud, es posible que la de Reyes Matta tuviera más intenciones de delimitar problemas, generar nociones compartidas y líneas de acción. Recordemos que se trataba del producto

El caso más emblemático es el de Armando Cassigoli, que escribe el segundo capítulo de *Comunicación alternativa y cambio social*, en el que impugna el concepto de “medios alternativos” considerándolo “una suerte de mito de las izquierdas”. Para el autor, estos no son más que un “ruido” en el sistema de transmisión de los grupos dominantes hacia los grupos dominados (Cassigoli, en Simpson Grinberg, 1981: 33). “Tal como el débil cristiano satisface su conciencia al dar una limosna a la salida de la iglesia, el débil izquierdista piensa que comprar una revistilla que nadie lee es hacer efectivamente la revolución” (30). En contraposición, el autor defiende la práctica de la *contrainformación*, entendida como una interpretación crítica de los mensajes oficiales: “No es el mundo de los medios alternativos aunque pueda echar mano de ellos. La contrainformación usa el sistema y lo da vuelta, lo mira desde la perspectiva de los trabajadores, de los pueblos dominados” (37). Esta idea era retomada de la experiencia italiana (desarrollada por Pío Baldelli en *Informazione e Controinformazione*, 1972). Al final Cassigoli admite que “en etapas avanzadas de la lucha popular, la contrainformación debe pasar a la fase de la creación de medios”, a los que igualmente no llama alternativos sino “antagónicos y contrarios a los oficiales” (39).

Otro artículo de la compilación que observa con gran escepticismo el fenómeno de la comunicación alternativa corresponde a Javier Esteinou Madrid.

2. Salvo para las experiencias canadienses y algún documento o convocatoria en particular (como el caso que vimos en el capítulo 7 con el artículo de Marques de Melo publicado en *Comunicación*) la expresión *comunitaria* surgió entrados los ochenta y se expandió fuera del período abarcado por esta tesis. Uno de los vectores de esa expansión fue la existencia de la Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC), fundada en 1983 y cuyo capítulo para América Latina y el Caribe (AMARC-ALC) surgió en 1990. A su vez, también fueron decisivos otros procesos políticos, sociales y económicos. En las pos-dictaduras, referir a lo *comunitario* permitía nombrar la reconstrucción. “La noción de radio comunitaria no aludió tanto a comunidades previamente constituidas sino al propósito de construir comunidad. De reunir voluntades y fundar compromisos de orden colectivo”, sintetiza Larisa Kejval (2016: 102).

de un seminario que buscó “reunir a representantes de diversas experiencias de comunicación alternativa y representantes de organismos sociales y sectores de base, con el objeto de crear un intercambio de puntos de vista sobre la validez y vigencia de la comunicación alternativa y sus perspectivas de desarrollo en América Latina” (Reyes Matta, 1983: 13). El último texto del libro es el “Consenso” arribado en ese seminario, con definiciones y propuestas. Producido desde un ámbito académico, con menos necesidad de propiciar una organización o encuadramiento, Simpson directamente permitía y estimulaba el disenso: la propuesta editorial fue imaginada como una “mesa redonda” (Simpson Grinberg, 1981: 10). Si bien el texto inicial ordenaba algunos términos del debate, el compilador partió de una apertura hacia “lo que cada autor entiende por comunicación alternativa” (9). El libro estaba estructurado en dos partes³, una de “Planteamientos teóricos” -seis capítulos, con desacuerdos entre sí- y otra titulada “Conceptualizaciones y praxis comunicativa”, en torno a los relatos de nueve experiencias, organizadas por países⁴. A partir de esa confluencia, planteaba Simpson, podría advertirse en el libro “una saludable y estimulante diversidad de opiniones, junto con muchos elementos comunes, respecto a los cuales pareciera existir cierto consenso” (10).

9.2. El cruce de vertientes y la lógica de la praxis

En esa pluralidad, el repaso de quiénes escriben -en estas compilaciones y en las decenas de publicaciones analizadas en los capítulos previos- nos confirma que en la comunicación popular confluyen el cristianismo, corrientes marxistas, ideas nacional-populares y alter-desarrollistas; prácticas religiosas, educativas y políticas; agendas de los movimientos sociales y también de los organismos internacionales.

Y lo hacen de una forma particular, en la medida que en sus intervenciones, si bien pueden discutirse matices, contadas veces se presentan como paradigmas en pugna, donde uno debe anular al otro. Por el contrario, lo que encontramos en la obra y en la trayectoria de los y las principales intelectuales-faro que analizamos es precisamente esa mixtura, el cruce de lecturas y de experiencias.

En la Introducción advertí la semejanza de esta investigación con la realizada por Oscar Jara en relación al campo de

3. Suelto y no incluido en el índice, el libro contenía también un último texto, bajo el formato de testimonio, sobre Onda libre Barcelona, la primera radio libre implantada en España (a pesar de que la compilación es sobre América Latina). Su autor, Mario Zapata, era una economista y analista político del diario *El Día* de México, que falleció poco antes de que el libro entrara imprenta, por lo que Simpson le rinde un homenaje en una nota.

4. Contenía experiencias y reflexiones desde o sobre México (2), Venezuela, Perú, Uruguay, Colombia, Argentina, Chile y Brasil. Cabe señalar que el libro no incluía autores de Brasil, pero sí abordaba el tema de la *prensa nanica* en ese país, en un capítulo elaborado por Gregorio Selser.

la educación popular. En este punto, podemos parafrasearlo y afirmar que al hablar de Comunicación Popular “no se está haciendo referencia a un cuerpo homogéneo de principios, posturas y prácticas, sino, por el contrario, es un campo contemporáneo de acción y pensamiento vivo, en movimiento y disputa, con debates, corrientes, enfoques y acciones diversas, que confluyen en un marco de referencia común ético-político y pedagógico emancipatorio y transformador, pero que está lejos de ser uniforme y estático” (Jara Holliday, 2018: 220). Claro que Jara no dice “comunicación popular” sino “educación popular”, pero el sentido es el mismo. Ese marco de referencia común, que ahora es nombrado como una profundización de la democracia, en los primeros setenta se enunciaba en clave de liberación. Y un punto de coincidencia teórica fue la crítica a la *mass communication reseach* y las políticas de modernización de corte difusionista.

Otra característica distintiva de la comunicación popular, identificable en los autores trabajados, es la indisociabilidad de la teoría y el activismo. Al menos en América Latina, sería muy difícil señalar un “teórico” de la comunicación popular, en el sentido de un teórico puro, distanciado del universo de la experiencia y la práctica. Un ejemplo claro aparecía ya en *La comunicación horizontal*, uno de los primeros textos que trabajamos: “Hace poco tiempo nos hubiéramos reído de la idea de escribir un libro. Los dos somos hombres activos, hasta activistas, más dados a la acción que a la reflexión”, escriben Gerace y Lázaro, en lo que podríamos señalar como una de las elaboraciones conceptuales pioneras. La reflexión nace de la práctica y la alimenta.

Finalmente, otro rasgo que advertimos en el recorrido realizado es que este no se constituyó, por decirlo de alguna manera, como un campo con fronteras cerradas. Frente a la tendencia a la especialización, que define para cada disciplina social subáreas que no dialogan entre sí, la obra de los autores-faro de la comunicación popular muestra otro camino. En la primera parte de la tesis vimos claramente cómo los mismos que experimentaban y pensaban formas de comunicación popular, eran quienes generaban -por ejemplo- elementos para una crítica de la economía de las comunicaciones. Es decir: sus preguntas y reflexiones no se agotaban en la cuestión del diálogo, la participación y las relaciones horizontales.

9.3. La reflexión desde la experiencia

En el capítulo 5 citamos un editorial de *Comunicación y Cultura* muy ilustrativo de cómo la comunicación entendida como “práctica política al servicio de las luchas revolucionarias” se desarrollaba en distintos planos, con distintos actores:



Esta referencia aparece en la compilación de Reyes Matta (1983). Simpson la menciona

como uno de los casos que no llegó a abarcar su panorama. Cabe señalar que el argentino fue tutor de la tesis de licenciatura de Gridvia Kuncar Camacho, *Comunicación alternativa y sindicalismo en Bolivia: la experiencia de las radios mineras* presentada en 1983 en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Definida como una primera aproximación, esta tesis señalaba “la ausencia de trabajos de investigación sobre el extraordinario fenómeno”. Kuncar realizó entrevistas con periodistas de los centros mineros, dirigentes sindicales y amas de casa mineras exiliados en México, y envió cuestionarios que fueron respondidos por correo por ex-directores de emisoras mineras y otros protagonistas (1983: III-IV). Precisamente, fue ella -que integraba el proyecto ALTERCOM- una de las responsables del capítulo sobre radios mineras incluido en el libro de 1983, escrito en coautoría con Fernando Lozada, otro investigador del ILET. Del mismo año datan los primeros trabajos sólidos sobre la experiencia que llevaba más de tres décadas. Hasta entonces no encontramos más que menciones y referencias breves, como la de Beltrán en *A farewell to Aristotle* (1979) y otras que hemos señalado a lo largo de la tesis. Recién en 1982 advertimos un mayor acercamiento en la revista *Comunicación y Cultura*. Los artículos y libros abocados al tema fueron, en ese sentido, contemporáneos o posteriores a la tesis de Kuncar. Alfonso Gumucio escribió “Bolivia, radios mineras” en los *Cuadernos de Comunicación Alternativa-CIMCA* que iniciaron en 1983 (seis años después, publicaría un libro sobre el tema junto a Lupe Cajías); en tanto José Ignacio López Vigil se abocó a la historia de la Pío XII en 1985.

la militancia de partidos populares que producían una prensa obrera o campesina, los estudiantes y profesores que ponían en cuestión la ideología del periodismo neutro en las escuelas de periodismo, la investigación que buscaba “fundir la teoría con la acción”, los trabajadores culturales al servicio de los proyectos de descolonización. En la Introducción usamos la idea de *constelación* tanto para pensar el conjunto de conceptos o palabras clave que han nombrado la comunicación popular, como para nombrar la diversidad de experiencias y actores que la forman. En parte, el objetivo de la construcción de un corpus documental y su análisis desde la lente de la historia intelectual fue ordenar esos distintos registros de intervención que configuraron una zona del campo de la comunicación que pensó críticamente la cultura de masas y el aparato informativo del capitalismo transnacional, y postuló alternativas para “otro desarrollo”.

Esas alternativas nunca dejaron de ser plurales y caracterizarse por un fuerte rasgo de experimentación. Por eso toda la producción teórica, en los doce (y más) años abarcados por esta tesis, se relaciona con las experiencias: las narra, las sistematiza, las vuelve a revisar, las tiene siempre como referencia. Así, puede que los capítulos más conocidos (léase, los fotocopios o circulados digitalmente a lo largo del tiempo) de las compilaciones sean los que se propusieron un ordenamiento conceptual, pero ambas incluyeron -al igual que otros ejemplos que vimos en los capítulos previos- esa dimensión.

Las experiencias a las que se remitía en los primeros ochenta seguían siendo diversas: las compilaciones tratan sobre las revistas alternativas en Chile, la prensa *nanica* en Brasil, las radios libres en Europa, una experiencia de comunicación en las políticas públicas en México⁵, las misiones culturales rurales en el mismo país, las emisoras mineras en Bolivia, la televisión universitaria en ese mismo país durante los últimos años setenta, el rol de Radio Sandino en la lucha contra la dictadura somocista y luego en el proceso de “reconstrucción nacional” de Nicaragua, un trabajo con micro-comunicación al servicio de movimiento popular en Brasil, la red comunicacional generada por los sindicatos metalúrgicos de ese país -donde las comunidades eclesiales de base desempeñaban un papel fundamental-, y búsquedas alternativas definidas por un rasgo tecnológico, en este caso, el uso de video-cassette.

5. En la compilación realizada por Simpson, Gustavo Esteva describe una experiencia empírica de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares. En rigor, el artículo habla poco de comunicación y desentona en el libro colectivo. Aquí hay una cuestión recurrente: en general, los trabajos impulsados en México por exiliados no hablaban sobre México y, si lo hacían, eran este tipo de referencias a la comunicación estatal. No se siguió consistentemente la línea abierta por el temprano estudio de Raúl Trejo Delarbre, *La prensa marginal* (1975). Es posible que esto se vincule al condicionamiento establecido por el artículo 33 de la Constitución Mexicana, que establece que “los extranjeros no podrán de ninguna manera inmiscuirse en los asuntos políticos del país”.

9.4. Las condiciones de producción en el exilio

332

El exilio fue tematizado en distintos capítulos de esta tesis. En la primera parte, la presencia de intelectuales brasileños (aún cuando Brasil no estaba en el foco de nuestras preguntas) en los contextos analizados era producto de la diáspora a causa de la dictadura instaurada en 1964. Así, entre fines de los sesenta y principios de los setenta, los ámbitos intelectuales chilenos experimentaron un cosmopolitismo semejante al que caracterizamos luego en el capítulo 8 sobre México. En el caso de una figura como Freire, observa Jara, el exilio tuvo un efecto multiplicador: “significó la posibilidad de divulgar sus propuestas en espacios y escenarios más amplios y diversos”, logrando una expansión latinoamericana y caribeña de sus reflexiones conceptuales sobre la educación popular. Entre los autores-faro que analizamos en esta tesis, la experiencia del exilio como *lugar de producción* es ineludible para pensar la obra de Mario Kaplún en Venezuela, de Marita Mata en Lima, Gilberto Giménez en México y, por supuesto, quienes constituyeron el ILET en ese mismo país.

En la entrevista realizada con Mata, la investigadora cordobesa recordó un artículo de Robert White (1989) donde éste hace un análisis retrospectivo sobre la producción teórica de la comunicación en América Latina, y señala que fue precisamente durante el apogeo de los regímenes militares cuando los intelectuales críticos tuvieron más posibilidades de dedicarse a la investigación y lograron vincularse a movimientos populares con modelos innovadores de comunicación participativa.

“Fueron años terribles pero al mismo tiempo fueron años de una movilidad intelectual: Perú, México, Ecuador también... Confluíamos. Y no sólo confluíamos sino que teníamos los recursos materiales necesarios, porque algunos países europeos y algunas organizaciones, apoyaban con plata. Todas estas organizaciones vivían de la cooperación internacional. Y esa cooperación, tenemos que reconocerlo, venía porque había dictaduras” (Entrevista a Marita Mata, 2019)

En efecto, en esos años distintas agencias de cooperación adoptaron el interés por los “medios alternativos” que se había iniciado en la Iglesia. Como narra Cees Hamelink en una entrevista reciente, empezaron “los holandeses, y si los holandeses financian algo, entonces los suecos vienen y luego los noruegos (...) En ese momento la gente estaba realmente intrigada por esta noción de establecer alternativas a la forma dominante de periodismo” (en Prodnik, 2017: 266). Además del apoyo del líder priísta Echeverría y de algunos proyectos con organismos internacionales, el ILET se sustentó básicamente a partir de proyectos financiados por fondos suecos y holandeses.

Y no se trató sólo del ILET. En el recorrido realizado hemos advertido la creciente presencia de las agencias de cooperación en el financiamiento de las producciones comunicacionales, investigaciones, encuentros y publicaciones: la Fundación Konrad Adenauer (KAS) en el Seminario sobre Pedagogía de la Educación Radiofónica de ALER en 1975 y en el equipamiento del Centro de Teleeducación de la Universidad Católica de Perú; el apoyo de la belga Broederlijk a una publicación de CELADEC; el financiamiento holandés a los talleres latinoamericanos del CESAP y a la investigación participativa realizada en Radio Enriquillo; la centralidad de la Friedrich Ebert Stiftung (FES) en las actividades de CIESPAL desde los setenta. La fundación alemana socialdemócrata fue también la que financió la publicación de *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* en México y Chile.

Sin duda, ese trabajo asociado a la cooperación internacional, al igual que la intervención en los organismos internacionales, estimuló la ampliación de redes de intercambio y la identificación de sentidos en común entre distintos actores intelectuales, generando una comunidad de conocimiento cada vez más transnacional (Weinstein, 2013).

En relación a los dos libros que hemos considerado *puntos de llegada*, hay que situar la producción de ambos en México, pero no en el ámbito acotado de la Nación mexicana, sino en el México transnacional que produjo el exilio conosureño. No es casual que los compiladores fueran Máximo Simpson, exiliado argentino, acogido tempranamente en las aulas de la UNAM, y Fernando Reyes Matta, exiliado chileno, uno de los fundadores del ILET.

De quince autores reunidos por Simpson, sólo tres eran mexicanos: uno de la UAM, otro de la UNAM y el tercero, funcionario del gobierno de Echeverría⁶. A cuatro podemos identificarlos como exiliados vinculados a las universidades mexicanas: el propio Simpson, Prieto Castillo, Selser y Armando Cassigoli⁷. Otros cuatro autores -sin contar a Selser, que ya fue mencionado como profesor de la UNAM- estaban de alguna manera vinculados al ámbito del ILET: Portales, Reyes Matta, Richards y Gargurevich. Las redes internacionales aportaban los cuatro autores restantes: desde Venezuela, Capriles, Aguirre y Kaplún, y desde Colombia, Jesús Martín-Barbero. La selección tuvo una pretensión latinoamericanista que Simpson asumía inconclusa: “Por motivos diversos, no fue posible englobar en este panorama a

6. Javier Esteinou Madrid fue fundador y director del Centro de Documentación para la Comunicación Masiva en la UAM. Leopoldo Borrás, era egresado de la UNAM, fue profesor desde 1972 y funcionario del área de prensa. Un dato llamativo de su biografía es la realización de un curso de especialización en el Instituto Yugoslavo de Periodismo (1961-63). Finalmente, Gustavo Esteva fue un funcionario de alto rango entre 1970-1976; luego se alejó y se desilusionó con el Estado, acercándose al zapatismo. Fue uno de los fundadores de la Universidad de la Tierra.

7. Igual que Simpson, Cassigoli provenía del ámbito de la literatura. Militante del PC chileno, había sido profesor y Decano de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. También fue presidente de la Sociedad de Escritores.

todos los países latinoamericanos en los que se han producido experiencias estimables de comunicación alternativa, como era el propósito” (Simpson Grinberg, 1981: 9).

En el caso de la compilación realizada por Reyes Matta, es interesante ver que cuando se consigna el país de los autores, en buena parte de los casos figuran dos -“Argentina / México”, “Bolivia / México”-: la mitad de ellos eran exiliados. No es extraño, además, puesto que la mayoría de quienes escribían eran parte del ILET: Fernando Reyes Matta, Adriana Santa Cruz, Diego Portales, Sylvia Schulein, Soledad Robina, Fred Stangelaar, Gridvia Kuncar y Fernando Lozada⁸. Más allá del detalle de autores, recordemos además que esta compilación recogía ponencias y conclusiones del Seminario “Comunicación y Pluralismo: alternativas para una década” realizado noviembre de 1982: la trama se complejiza aún más si tenemos en cuenta la lista de asistentes, incluida al final del libro. En suma: el perfil de los participantes entrecruzaba roles y experiencias universitarias, editoriales, sindicales, políticas y de las organizaciones cristianas.

9.5. Las trayectorias intelectuales

En la entrevista que realicé con Fernando Reyes Matta en enero de 2018, tras conversar de su trayectoria y aportes, le pregunté por sus interlocutores: quiénes eran los otros que habían pensado la comunicación alternativa, sus contemporáneos. La respuesta más inmediata fue: los participantes de ese seminario. Y luego agregó: “Si tu juntas mi libro y el de Máximo Simpson, ahí tienes los principales”. Su afirmación podría refutarse señalando algunas ausencias como Beltrán o Mattelart. Pero ciertamente, si releemos los nombres consignados y pensamos sus trayectorias, encontramos todos los procesos narrados en esta tesis: el Chile de la Unidad Popular, el Perú de Velasco Alvarado, la Argentina del camporismo-peronismo, las redes cristianas, los debates internacionales por el Nuevo Orden, y por supuesto las condiciones del exilio.

El recorrido planteado por esa tesis trazó una genealogía de la comunicación popular en la que -más allá de algunos aportes en segundo plano o que no abarcan todo el período- se destacan el Centro Pellín y once nombres propios: Paulo Freire, Mario Kaplún, Frank Gerace, Rafael Roncagliolo, Armand Mattelart, Fernando Reyes Matta, Héctor Schmucler, Marita Mata, Alfredo Paiva, Daniel Prieto Castillo y Luis Ramiro Beltrán. Nótese que todos ellos fueron presentados o mencionados en la primera parte de la tesis; en ese sentido, la reconstrucción y el análisis realizado en la segunda parte debe pensarse como una continuidad, en otro contexto político y social.



Me refiero a José Martínez Terrero, Jesús María Aguirre, Marcelino Bisbal y Jose Ignacio Rey. Se trata de un caso donde es difícil elegir única figura condensadora del colectivo. En ese sentido, al inicio propusimos tomar el concepto de *intelectual colectivo* para pensar estos casos. A su modo, CELADEC (o en particular, para el recorrido realizado, su Programa de Comunicación) y el ILET también lo fueron, aunque al analizar en detalle hemos arribado a trayectorias individualizables. Hemos planteado ciertas ideas, como la caracterización del modelo transnacional, que no son “de” Reyes Matta, Somavía, Roncagliolo o Portales, por mencionar a algunos, sino una construcción teórica del Instituto. Además de la condición de intelectual colectivo, cabe señalar a propósito de estas entidades algo que hacia 1986 Roncagliolo consideró una singularidad de los marcos institucionales de la comunicación en América Latina: “el desarrollo de instancias novedosas, ajenas a la universidad, la empresa y el Estado, en las que el pensamiento buscó refugio y expresión durante los períodos de sofocamiento y hostigación. Nos referimos en particular a los centros sociales de investigación y promoción, que se han multiplicado en los últimos años en América Latina, manteniendo y alimentando la reflexión teórica y la investigación empírica”.

8. Rafael Roncagliolo participó en el Seminario pero su ponencia no fue incluida como texto en la compilación.

En suma, todas esas trayectorias entrecruzan las experiencias de comunicación popular, la intervención en procesos de gestión pública y/o en organismos internacionales, la investigación involucrada con dichas prácticas -que por supuesto involucró construcción de conceptos y su constante revisión-, el tejido de redes de intercambio, la enseñanza en ámbitos formales y no formales, y el desarrollo de prácticas editoriales, que no se acotaron a la escritura sino que abarcaron la traducción, la compilación, el edición de revistas y, también, la creación de centros de documentación.

En el capítulo 6 retomé, en relación a Luis Ramiro Beltrán, la idea del *pasador cultural* planteada por Zarowsky para conceptualizar la obra de Armand Mattelart. En verdad, todas las trayectorias que hemos puesto sobrerrelieve en esta cartografía se caracterizan por cruzar campos y desafiar las rigideces disciplinares; son, como Mattelart, *figuras heterodoxas* que conectan espacios sociales heterogéneos (Zarowsky, 2011: 4), mediadores entre los espacios de militancia, la producción de formaciones culturales alternativas y las instituciones académicas formales.

Una cuestión que hoy llama la atención es la escasa presencia de mujeres entre esas figuras. Esto no implica que los ámbitos que analizamos fueran exclusivamente masculinos: en el detalle de la trama que reconstruimos, hemos señalado aportes de Michèle Mattelart⁹, Mabel Piccini, Ana María Nethol, Margarita Graziano, Alcira Argumedo, Adriana Santa Cruz, Ana Amado y Sylvia Schulein, entre otras. Pero ninguna aparece -en la etapa analizada- como directora de una revista, responsable de una compilación o autora de un libro individual, y hasta los primeros ochenta tampoco coordinando áreas de trabajo en las organizaciones. De allí que si volvemos sobre la lista esbozada antes, la de quienes se destacan en un “primer plano”, sólo hay una mujer -Marita Mata- entre una docena de referencias¹⁰. ¿Cuánto nos revela esto acerca de las desigualdades de género que colocaban a los hombres en lugares centrales, de referencia y mayor visibilidad pública, llevando a las mujeres prácticamente al anonimato?

Pensemos, sin ir más lejos, en algunos intelectuales-faro identificados en esta tesis. La indagación profunda sobre sus biogra-

9. Cabe una aclaración particular en el caso de los Mattelart. Originalmente había colocado el nombre de Michèle en el listado de doce referentes, pero luego advertí que los principales trabajos analizados en la tesis sólo llevaron la firma de Armand: desde *Comunicación masiva y revolución socialista* y *Comunicación masiva en el proceso de liberación* (capítulo 3) hasta *Comunicación y nueva hegemonía* (capítulo 7). En el mismo sentido, Armand figuró como director de *Comunicación y Cultura* en las tres etapas comentadas, mientras que Michèle sólo aparecía cuando se consignaron colectivos o consejos editoriales.

10. Lo mismo se advierte se observamos otras cartografías, no acotadas a la comunicación popular, participativa y alternativa, sino al campo de la comunicación latinoamericano en general. Por ejemplo: entre los “pioneros” e “innovadores” señalados por Marques de Melo, suman quince personas entre las cuales sólo hay dos mujeres: Anamaria Fadul (Brasil) y Fátima Fernandez (México). De hecho, no hay mujeres entre los pioneros que escribieron en los sesenta. En el panorama que realiza Roncagliolo (que incluye los tres fundadores y nueve referentes seleccionados el campo) todos son hombres. Esta situación se revirtió en parte hacia fines de los ochenta y principios de los noventa, cuando dos mujeres asumieron el liderazgo de la asociación latinoamericana de investigadores, sin que eso implicara ningún conflicto (Marques de Melo, Gobbi y Barbosa, 2003: 51).

fías, la lectura atenta de dedicatorias y notas al pie, nos advierte que no estuvieron solos. Elza Maia Costa Oliveira fue quien acercó a Freire a las prácticas educativas y una de sus principales influencias intelectuales. Ana Hirsz acompañó a Mario Kaplún en sus proyectos, desde las series del SERPAL a los talleres del CESAP. En 1993, el repasar su propia trayectoria para el *Boletín ALAIC*, Kaplún escribía: “No he podido registrar mi deuda de gratitud con Ana, mi compañera: a la vez mi juez más lúcido y mi mejor maestra y colaboradora”. Nohora Helda Olaya trabajaba en el IICA de Bogotá antes de convertirse en la esposa de Beltrán: allí se conocieron. En una carta a Alejandro Barranquero, el boliviano escribió: “siento por mi maravillosa compañera de vida una profunda admiración por su talento, integridad, alegría y dinamismo y una gratitud inmensa pues le debo muchísimo en todo sentido” (citado en Barranquero, 2008, 288). Hemos señalado también que Cecilia Allendes, la esposa de Fernando Reyes Matta, fue parte de staff de la editorial Quimantú. La lista podría seguir. Lo que quiero señalar, como una pregunta que queda abierta, es que así como la construcción exhaustiva de un archivo y su análisis nos permitió visualizar y pensar ciertas trayectorias, sin duda hay otras todavía invisibilizadas.

9.6. La maduración de la comunicación popular

En términos de historia intelectual, hemos construido una línea de tiempo (representada gráficamente en el Anexo I) que va de *Comunicación masiva y revolución socialista* (Mattelart, Biedma y Funes, 1971) y *Comunicación horizontal* (Gerace, 1973) hasta las compilaciones de Simpson (1981) y Reyes Matta (1983). Casi al principio de ese recorrido, desde Lima, al descubrir sus coincidencias con el trabajo chileno, Gerace escribió: “*Cuando una idea se madura nada la frena*”. Con la salvedad de que nuestro trabajo no fue en búsqueda de una idea unitaria sino más bien de construir una genealogía, la metáfora es bien ilustrativa: podríamos decir que el recorrido de la tesis dio cuenta de la maduración de la comunicación popular, en términos de producción intelectual, desde los incipientes planteos de fines de los sesenta hasta las emblemáticas producciones de los primeros ochenta, siempre focalizando la América Latina de habla hispana.

Desde mi punto de vista, esa madurez se expresó en la búsqueda de conceptos que ya no eran meras consignas -que evitaban la tautología y que incorporaban distintas dimensiones, próximas de aquellos puntos nodales que provisoriamente definí al inicio para delimitar el objeto-; en el reconocimiento de niveles o escalas en las alternativas -que diferenciaban una experiencia comunitaria de una agencia de noticias internacional-; y en la incorporación de una perspectiva histórica que salía de la

fascinación por la novedad, empezaba a reconocer antecedentes y buscaba aprender del pasado para enriquecer la práctica. Todos los capítulos de la segunda parte culminaron con aportes que se destacaban en este sentido: los artículos reseñados de los números 7 y 8 de *Chasqui*, la reflexión sobre las alternativas de comunicación y su relación con el informe MacBride planteada por Mata en la compilación de CELADEC de 1982 o la propuesta ordenadora que Reyes Matta desarrolló ese mismo año en *Comunicación transnacional*, otra compilación clave.

Con todo, el proceso de enriquecimiento conceptual no implicó que hubiera un consenso acerca de cómo definir a la comunicación popular -o a la comunicación alternativa, si tenemos en cuenta el término que eligen las dos compilaciones con las que terminamos el recorrido-. En el libro de 1981, Simpson afirmaba que “no hay una definición universalmente aceptada por los investigadores” y Portales planteaba que los enfoques conceptuales sobre el tema eran todavía “intentos balbuceantes”, estando pendiente la tarea de una “definición positiva” y no sólo basada en “la simple negación mecánica de cada una de las características de la comunicación transnacional” (en Simpson Grinberg, 1981: 111, 65).

La imposibilidad de una única definición, que se extiende hasta nuestros días, era/es consecuencia de la diversidad de experiencias abarcadas: como vimos antes, las compilaciones publicadas por el ILET y la UNAM hablaban de comunicación interpersonal y de uso de tecnologías; de proyectos en prensa, radio y televisión; de contextos autoritarios y democráticos; de la acción de organizaciones sociales y sindicales pero también, algunas veces, de las universidades y del Estado. No había otra posibilidad que renunciar a una formulación unívoca y admitir la multiplicidad. Así, uno de los puntos del consenso arribado en el seminario de 1982 señalaba, justamente: “La diversidad, a la vez que la riqueza de estas prácticas, todavía dificulta hablar de un modelo de comunicación alternativa” (en Reyes Matta, 1983: 240).

El creciente uso del término *comunicación alternativa*, hacia los años ochenta, condujo a un concepto que es necesariamente relacional: aunque su aspiración fuera constituir una “nueva hegemonía”, en principio lo alternativo es *alternativo a algo*; hay algo que no es, a lo que se enfrenta. La comunicación alternativa se definió entonces, en los textos trabajados, en oposición al modelo transnacional y al discurso autoritario.

Quien definía con mayor claridad y síntesis ese modelo era Portales:

“[...] El modelo transnacional de comunicaciones -que tiene como protagonistas a empresas transnacionales especializadas y a empresas locales estrechamente vinculadas a aquellas- se caracteriza por: a) la producción industrial de los materiales portadores de mensajes y su transmisión por

medios de comunicación de masas, de alcance planetario; b) la difusión vertical y unidireccional de mensajes desde empresas oligopólicas fuertemente interrelacionadas hacia receptores atomizados; y c) una tendencia a la exclusión de vastos sectores sociales de la posibilidad de emisión de mensajes y de los contenidos cuestionadores de los principios de organización de la comunicación transnacional y del sistema global en que ésta se encuentra inserta” (en Simpson Grinberg, 1981: 65)

Ante un sistema de mayorías marginadas, aseguraba luego Simpson, los medios alternativos resultaban un antídoto.

9.6.1. Dimensiones de análisis

Simpson es uno de los que planteaba la necesidad de distinguir entre “diversas *dimensiones* de lo alternativo” (1981: 116). Entendido el medio alternativo como una “*opción frente al discurso dominante*” -en cualquier “contexto caracterizado por la existencia de sectores privilegiados que detentan el poder político, económico y cultural”¹¹-, en esa opción “confluyen, en grado variable, los sistemas de propiedad, las posibilidades de participación de los receptores en la elaboración de mensajes, las fuentes de financiamiento y las redes de distribución, como elementos complementarios” (Simpson Grinberg, 1981: 122). Es decir, hay aspectos principales y secundarios de la definición; hay características que no son necesarias o excluyentes, y que aparecen con distintos énfasis.

Una de las primeras cuestiones apuntadas era el problema de la *propiedad*. En el recorrido realizado hemos visto distintas postulaciones y ensayos al respecto. Un aspecto distintivo de la Reforma de la Prensa en Perú (capítulo 2) fue la cesión de la gran prensa a los “sectores sociales organizados”, lo que remitía a un sector nuevo, “ni estatal ni privado”, que se estaba por construir. Años después, en los organismos internacionales (capítulo 6), llegó a plantearse la autogestión como la forma más avanzada de organización: en “Adiós a Aristóteles...” Beltrán destacaba “la sobresaliente experiencia yugoslava”, caracterizada por “empresas de comunicación que no son ni privadas ni gubernamentales sino comunitarias”. El Documento de Embu (capítulo 7), que en cierta manera fue una síntesis del camino recorrido por los sectores católicos progresistas, llamó a considerar “formas de propiedad social en las que se incorporen los trabajadores de esos medios y los miembros de la comunidad” (UNDA-AL, 1982: 18).

En varios textos de las compilaciones analizadas hay referencias a la propiedad y las formas de organización de los medios.

11. Esta expresión intentaba abarcar, para el compilador argentino, desde las situaciones de partido único y economía estatizada hasta los regímenes capitalistas de democracia parlamentaria y las dictaduras militares.

Entre planteos que enuncian formas gestión colectiva y el desarrollo de “organizaciones autogestoras” (según la expresión que Enzensberger, que sigue apareciendo como referencia), Simpson introduce mayor complejidad al señalar una dificultad conceptual¹²:

“Ahora bien: si se trata de una opción frente al dominio estatal, ¿cómo calificar a los medios que, al margen de los canales habituales de tipo comercial, surgen *bajo el estímulo de organismos descentralizados o paraestatales*, con el objeto de realizar experiencias de comunicación-información vinculadas a proyectos comunitarios, como ha ocurrido muy particularmente en México? Por otra parte, si la opción se plantea frente al monopolio privado, ¿podrán considerarse alternativos los órganos de oposición política, los periódicos sindicales y, en general, los canales de difusión de instituciones profesionales o culturales?” (Simpson Grinberg, 1981: 112)

Además, asociado a la cuestión de la propiedad, en varios trabajos surge un nudo problemático en torno a las “formas de financiamiento”. Como vimos, esta fue una de las falencias o limitaciones del modelo experimentado en Perú: los diarios siguieron dependiendo de los ingresos por publicidad.

El sistema publicitario es otra característica ineludible del modelo transnacional. Portales había subrayado la preocupación por las lógicas de financiamiento del sistema de medios en su libro *Poder económico y libertad de expresión*, comentado en el capítulo anterior. Ya en la primera parte de la tesis vimos estudios como los de DESCO en Perú (uno de cuyos autores era Roncagliolo) y Heriberto Muraro en Argentina, que en 1974 afirmaban la necesidad de revisar el esquema de financiamiento de los medios; todos en línea con la mirada crítica desarrollada por Baran y Sweezy en *El capital monopolista* (1968).

No es casual que, aún sin una variante consistente y probada, al pensar el cambio del esquema comunicacional dominante se hablara en los ochenta de “la modificación del sistema de financiamiento desde el actual predominio publicitario hacia el franco establecimiento de un gasto publico social en comunicaciones” (Portales, en Simpson Grinberg, 1981: 68).

Otra de las dimensiones que aparecían “en grado variable” al definir la *comunicación* alternativa- era la de “las posibilidades de participación de los receptores en la elaboración de mensajes”. A lo largo de la tesis hemos visto distintas formulaciones sobre esta cuestión, vinculadas a un cuestionamiento del modelo de transmisión, que define un flujo unidireccional de emisor a receptor. Desde la pedagogía freireana, que dio centralidad a la cuestión del diálogo, a la estructuración de los conceptos de *acceso y participación* en el ámbito de organismos internaciona-

En su aporte a *Comunicación alternativa y cambio social*, Portales plantea que “la modalidad de financiamiento más deseable es el gasto social del sector público en comunicaciones, sin perjuicio que ella sea complementada por otras formas”. Esta idea se inscribe en el nivel de las políticas de comunicación, que estos autores conciben complementario al desarrollo de los medios alternativos. En ese sentido -afirma- “la cantidad de recursos asignados a la industria de las comunicaciones dependerá de la decisión política del Estado democrático en función de sus prioridades, pero la existencia de un gasto público en comunicaciones, tal como históricamente se ha hecho en educación, salud, previsión y otros rubros ‘sociales’, debiera ser norma constitucional” (Simpson Grinberg, 1981: 78, 74)

12. Recordemos que la compilación que coordinó incluye experiencias de comunicación vinculadas a las políticas públicas en México y a las televisoras universitarias en Bolivia.

les, hubo numerosos ensayos teóricos y prácticos que pusieron en cuestión el esquema de Lasswell -o de Aristóteles-, que lógicamente están presentes en estos puntos de llegada.

El ideal de una interrelación dialógica, la búsqueda de igualdad entre los participantes, la reversibilidad de los polos emisión-recepción, definieron ese paradigma en construcción. En los trabajos cuyo énfasis está puesto en la participación (como el caso, por ejemplo, de Mario Kaplún) se produce, lógicamente, una revalorización de la *comunicación grupal*, que hemos visto particularmente destacada en el repaso de los ámbitos cristianos, desde el encuentro de Santa Inés en 1966 -que hablaba de medios “no masivos”- hasta la Conferencia de Puebla -que en su escueta referencia a la comunicación validaba y llamaba a intensificar el uso de los medios grupales-. Por ende, la centralidad de este aspecto conllevaba a un nudo problemático, que es la posible impugnación de cualquier forma de comunicación a nivel macro y la inclinación por los modos artesanales de comunicación: “la horizontalidad utópica”, como la llamó Marita Mata. Esto está todavía presente incluso en algunos de los textos de las compilaciones que venimos reseñando.

No obstante, este nudo problemático fue abordado con lucidez por varios autores, que complejizaron la dicotomía entre “comunicación vertical” y “comunicación horizontal” (con ideas como la del “flujo espiral” de Reyes Matta que vimos en el capítulo 8) o propusieron estrategias que combinaban medios masivos con relaciones interpersonales, aprendizaje que podemos rastrear en el origen mismo de los medios educativos (capítulo 1).

Según Portales, para enfrentar al modelo transnacional, la comunicación alternativa latinoamericana debía ser capaz de “articular los flujos de comunicación horizontal y vertical” y “las formas de producción artesanal e industrial” (en Simpson Grinberg, 1981: 67). Esta perspectiva implicaba una revisión, además, de los desarrollos críticos sobre la comunicación masiva: asumía que la homogeneización de los mensajes atribuida a los medios no era resultado de la producción industrial sino de una “peculiar utilización de la industrialización por parte de los oligopolios transnacionales en la búsqueda de la máxima rentabilidad para sus intervenciones” (67-68). En consecuencia, la *alternativa* no debía rechazar de plano lo industrial sino replantear sus condiciones. Ese sería el único modo de salir del lugar estrictamente marginal que, por el momento, ocupaba la *comunicación alternativa*:

“En los momentos más críticos se reduce a la comunicación horizontal y a la creación artesanal, pero no hay articulación alguna con ejes verticales y con formas de producción industrial. De la activación y movilización de los grupos sociales democratizadores depende en buena medida, la

341



Simpson esbozaba seis posibles situaciones: desde la “alternativa popular por excelencia” -donde hay control y propiedad colectivos, participación en la elaboración de mensajes, un contenido claramente antiautoritario, bivalencia de papeles y multidireccionalidad- hasta otras más restringidas donde los mensajes son elaborados por grupos pequeños y no hay bivalencia, pero el medio “difunde un mensaje antiautoritario, identificado con los intereses de las mayorías sociales”. Esto servía para mostrar “un elemento común a todas las opciones posibles, es decir, el contenido del mensaje” (116-119).



A posteriori, la problematización de estas cuestiones se nombrará como *contrainformación*, un término que en el libro de Simpson queda asociado a la acepción que le da Cassigoli: la lectura crítica de los medios del sistema. López Martín y Roig Domínguez (2004), por ejemplo, señalan tres elementos para entender la contrainformación: las agendas, el estilo de trabajo y la posición del medio en la producción informativa. Se trata de una perspectiva que encontró en internet un medio paradigmático y que adoptó un nuevo término, promovido por Franco Berardi (Bifo): el de *activismo mediático o mediaactivismo*. La idea de la contrainformación como la manera en que los medios populares construyen sus propias agendas ha sido bien elaborada por Vinelli, como vimos en la introducción.

En el recorrido que realizamos, el término *contrainformación* apareció esporádicamente: como denominación de la experiencia realizada en Córdoba en septiembre de 1973, en una mención del informe MacBride asociada a los medios de acción política radical, en una referencia del documento del seminario fundacional del ILET en 1976, en un texto de Dorfman de 1979 sobre la resistencia chilena a la dictadura. En todos los casos su definición estaba tácita.

salida del aislamiento y el surgimiento de una auténtica comunicación alternativa” (70).

Otro aspecto clave en la definición de la comunicación alternativa era el mensaje o discurso que se transmite/construye a través de ella. Para Simpson, el contenido es “la piedra de toque” que define al medio alternativo “en las distintas coyunturas conocidas y previsibles”: *sin discurso alternativo no hay medio alternativo* (Simpson Grinberg, 1981: 121). Según este autor, la transformación de los contenidos pasaba por varios aspectos fundamentales: los temas elegidos y su jerarquización (qué se considera noticia, qué aspectos de la realidad suponen mayor o menor interés), su clasificación por secciones (o áreas de la realidad) y su tratamiento, y el lenguaje utilizado, es decir, las formas que asume el discurso (113). Es decir, ponía en juego una problematización de los criterios de noticiabilidad, en línea con los planteos que tempranamente realizara Armand Mattelart en Chile (capítulo 3) y los que vimos también en el cuadernillo de *Periodismo Popular* de CELADEC elaborado por Marita Mata hacia 1978 (capítulo 7).

Se trataba así de pensar una “información alternativa”¹³, como insistía José Álvarez Icaza en el trabajo presentado a la Consulta Latinoamericana de CELADEC, en el cual quedaba clara la importancia de las prácticas de documentación asociadas a la comunicación popular. Como afirmó Marita Mata, “la comunicación que buscaba ser la alternativa no era posible sin otra data”. La preocupación por los *datos* nacida en los sesenta seguía vigente a principios de los ochenta, aunque marcada por el desarrollo de la informática: ya no se habla tanto de documentación sino de bases y bancos de datos. Sobre estas cuestiones trabajaba la organización brasileña IBASE¹⁴ y también la Unidad de Documentación del proyecto ALTERCOM (Reyes Matta, 1983).

Hasta aquí hemos recuperado tres de los cinco puntos no-
dales que, según planteamos al inicio de la tesis, suelen estar presentes en la caracterización de la comunicación popular: la propiedad del medio, el cuestionamiento de la unidireccionalidad a partir de perspectivas que enfatizan el diálogo y la participación, y la construcción de un discurso alternativo al hegemónico. Aunque está presente, en las compilaciones analizadas

13. Álvarez Icaza contemplaba bajo esta expresión también la práctica defendida por Cassigoli -en su caso, en contraposición a los medios alternativos-. Para el referente del CENCOS, información alternativa era “aquella que se origina directamente en los sectores populares y que, por su carácter, no tiene habitualmente difusión en los medios de comunicación controlados por los sectores dominantes”, pero también “la producida por los medios dominadores” cuando “se somete a un proceso de descodificación y recodificación a partir de la visión de los dominados en sus luchas” (CELADEC, 1979: 329).

14. El Instituto Brasileiro de Análisis Sociais e Economicas (IBASE) fue una organización formada en 1979 en Brasil, tras una amnistía política promulgada por el régimen militar en respuesta a las presiones del movimiento democrático, que creó las condiciones para el regreso de miles de exiliados. “IBASE es, por lo tanto, una idea del exilio”. Sus promotores habían estado cerca de 10 años fuera de Brasil, tiempo en el cual habían desarrollado proyectos de comunicación alternativa ligados a América Latina, que culminaron en la constitución de Latin American Research Unir (LARU) en Canadá en 1974 (Alfonso, en Reyes Matta, 1983: 200).

no surge con tanta centralidad la pregunta por el sujeto que protagoniza esa comunicación; lo cual podríamos vincular con un evidente desplazamiento de términos: desde *comunicación popular* hacia la *comunicación alternativa*.

En los capítulos previos vimos cómo la relectura de Gramsci -en especial a partir del texto de Gilberto Giménez publicado en 1978- fue clave para enriquecer la conceptualización de las nociones de comunicación popular¹⁵. Paiva habla de una “praxis propia de las clases subalternas” y detalla que ésta puede darse en ámbitos como “sindicatos, organizaciones campesinas, barriales, de mujeres, culturales, etc.” (en Reyes Matta, 1982: 33). En la misma compilación, Carlos Alfonso, referente de IBA-SE, propone una definición general de *comunicación alternativa* como “el conjunto de comunicaciones sociales en una dada formación social que, siendo generadas por sujetos al servicio de y en interacción con *grupos no hegemónicos*, pretende contribuir para un cambio en la correlación de fuerzas en favor de estos grupos”. Y agrega que “no es necesariamente unclasista” (199). Ese es un aspecto clave a la hora de pensar los sujetos, porque no se habla de *prensa obrera* sino de una comunicación de los sectores populares, lo que puede referir a múltiples representaciones. Lo vimos claramente en los textos en los que Díaz Bordenave definía el “protagonismo popular”, central en su propuesta teórica (capítulo 6). En el “consenso” del seminario “Comunicación y Pluralismo: alternativas para una década” se reconocía como “protagonistas de la comunicación alternativa” a:

- “a) Los partidos políticos adscritos al movimiento popular, a través de sus propuestas y acciones;
- b) las organizaciones sociales como los sindicatos, iglesias, juventudes, mujeres, organizaciones poblacionales, indígenas, de animación cultural, y otras, que en forma autogestionaria y autónoma les cabe construir su perfil contestatario;
- c) los propios medios de comunicación alternativa, concebidos como espacios de síntesis, articulación y propuestas dentro del quehacer popular y sus búsquedas” (en Reyes Matta, 1983: 241)

A continuación, el documento agrega que en cada una de esas instancias hay distintos profesionales o técnicos, y que la relación de estos intelectuales con el movimiento popular “debe ser entendida como un permanente camino de aprendizaje. Aún existen vacíos, aún existen equívocos y voces que surgen para hablar en nombre del pueblo, más que hablar desde y con el pueblo” (241). Aparece así una tensión clave que en la Introducción asociamos al punto nodal referido a los sujetos y que en el capítulo 7 advertimos como una preocupación significativa de la edición de *Christus*, donde distintos autores reflexionaban

15. La influencia del teórico italiano también estaba presente a la hora de pensar la investigación *alternativa* o *militante* que planteaban Aguirre y otros integrantes del centro Pellín (en Simpson Grinberg, 1981: 25), asociada a la noción gramsciana de intelectual orgánico.



En 1981 Portales había introducido otra clasificación posible de las formas que asume la comunicación social, que va “desde la interpersonal-directa (seminarios, mesas redondas, peñas, encuentros, etcétera), pasando por la interpersonal mediada (teléfono, correo, circuito cerrado de televisión), la masiva directa (teatro, recital, espectáculo de masas, etcétera), hasta la masiva mediada (a través de medios de comunicación de masas)” (Simpson Grinberg, 1981: 76). La separación entre lo interpersonal y lo mediado tuvo particular relevancia en los primeros planteos que identificaron *comunicación con diálogo*. En otras palabras, las formas mediadas implican una variable tecnológica que podría poner en jaque las ideas más primigenias de la comunicación grupal, horizontal o dialógica, aunque como vimos el uso de medios estuvo presente desde un principio. Experiencias como las de SERPAL, comentada en el capítulo 1, suponían el desarrollo de producciones mediáticas para activar o estimular la comunicación grupal. La combinación de lo mediático y lo interpersonal fue una característica de las estrategias de los medios educativos: el lugar clave de los “monitores”, en el modelo de Radio Sutatenza, representaba la mediación entre la transmisión o el producto enlatado y un proceso local e interpersonal que aseguraba el aprendizaje.

sobre el papel de los “promotores-educadores” o los “animadores culturales”. En las producciones de los ochenta, el tema fue enfocado especialmente por Alfredo Paiva, que distinguió “dos tipos fundamentales de protagonistas”: “los propios miembros de las clases populares” y los “mediadores” que deben realizar “una opción política nítida” (en Reyes Matta, 1983: 31).

Por otra parte, se encuentra la dimensión definida por un proyecto político. Para Reyes Matta, “la fuerza que le aporta una *praxis social*” es un elemento ineludible:

“cuando la comunicación alternativa emerge, sólo puede hacerlo con un propósito que va más allá de la mera perspectiva comunicacional: debe ser expresión de un proyecto histórico de cambio, de resistencia cultural de construcción solidaria. Un proyecto que va en dirección inevitablemente opuesta a los autoritarismos políticos, económicos y culturales que son propios de la racionalidad del modelo capitalista tradicional” (en VV.AA., 1982b: 248)

Como postulaban las conclusiones del Seminario de 1982, la comunicación alternativa está “determinada por una vocación de cambio, que busca transformar las estructuras opresivas en beneficio de la creación de modelos de desarrollo solidarios” (en Reyes Matta, 1983: 240). La enunciación siempre amplía del horizonte de ese cambio -ya sea la “liberación”, el “otro desarrollo” o “construir la democracia”- hizo posible que el campo de la comunicación popular entrecruzara siempre distintas vertientes teóricas y tradiciones políticas.

9.6.2. Niveles micro, meso y macro

La multiplicidad se expresaba también en distintas escalas. A lo largo de la tesis hemos advertido la complejidad de reunir, como parte de un mismo campo, elaboraciones que remitían a dinámicas de grupo, a murales callejeros, a discos y casetes representativos de una cultura contestataria, a producciones televisivas o radiales que hoy llamaríamos comunitarias, a periódicos locales, a experiencias de teatro social y a agencias internacionales no imperialistas: todas posibles expresiones de la comunicación alternativa o popular. En el capítulo anterior vimos una clasificación de tres niveles propuesta por Reyes Matta que permitía cierto ordenamiento y a su vez el reconocimiento de las potencialidades de cada caso: no es lo mismo un micro-medio, de alcance comunitario pero muy influyente en su entorno; que un macro-medio, que permite colocar *información alternativa* en la escena internacional, pero difícilmente tenga prácticas “participativas” o “de base”.

El “Consenso” de 1982 recuperaba la tríada clasificatoria de Reyes Matta, al plantear que las experiencias de comunicación del movimiento popular “se despliegan en formas micro, meso

y macro alternativas, constituyendo campos de una fecunda relación entre sectores intelectuales comprometidos con el movimiento popular y las organizaciones y actores de éste” (en Reyes Matta, 1983: 239-240).

Como afirmó Portales, la “propuesta de la comunicación alternativa como proyecto comunicacional democrático” requiere de ciertos elementos básicos:

“1) que exista un actor social capaz de hacer suyo el proyecto, éste es el ‘movimiento popular’ conformado, principalmente, por partidos políticos, organizaciones de masas y profesionales de la comunicación; 2) *que se desarrolle desde el inicio y se profundice en los estadios superiores la articulación entre la comunicación vertical realizada a través de los medios masivos con las múltiples formas de comunicación horizontal, de base popular*, y 3) que en todo el proceso haya una creciente participación y control social que asegure la pluralidad y calidad del proceso comunicacional” (en Reyes Matta, 1983: 63. El destacado es mío).

9.6.3. La mirada histórica

Al señalar que las producciones intelectuales de los primeros ochenta incorporan una perspectiva histórica no quiero decir que todas las expresiones de la primera etapa vivieran en un puro presente. En el capítulo 2 vimos, por ejemplo, que en 1971 Mattelart proponía “sacar provecho de las lecciones históricas” y no sólo buscó referencias en la revolución rusa sino también en precursores de la prensa obrera en Chile, como Luis Emilio Recabarren. En el capítulo 4, al reseñar brevemente lo que sucedía en la Universidad Nacional de La Plata en los primeros setenta, mencionamos cómo José Panettieri incorporó, en la enseñanza de la historia del periodismo, una unidad que abordaba la experiencia de los periódicos anarquistas y socialistas. Ya en la segunda parte, reconocimos esta preocupación por la historicidad de las prácticas en el Programa de Comunicación de CELADEC; por eso el Boletín *Canal* (1979-1981) incluía la sección “Para una historia...”

Los trabajos de principios de los ochenta tuvieron aún más presente y enriquecieron esta mirada histórica. En el capítulo anterior vimos cómo Reyes Matta, en su aporte a *Comunicación transnacional*, planteaba que las raíces de la comunicación alternativa podían encontrarse en el periodismo político que acompañó las luchas de la independencia, idea que desarrolló en otros textos contemporáneos. Al identificar a la comunicación alternativa como “heredera de las formas libertarias de información”, señalaba “otro hilo conductor a descubrir: el que une históricamente distintos momentos de la construcción democrática en América Latina y el papel que en ello juegan las for-

En *Comunicación alternativa y cambio social* evoca la imagen de Bolívar recorriendo América Latina “llevando consigo una pequeña imprenta montada en una mula, mientras no deja de afirmar que ‘la prensa es la artillería del pensamiento’” (en Simpson Grinberg, 1981: 83). Este modelo fue impugnado y clausurado por las formas industriales de la prensa impulsadas por el capitalismo, que establecen un periodismo “de balcón”, aparentemente no comprometido de las luchas ideológicas (*El Mercurio en Chile, La Prensa en Buenos Aires, La Prensa en Lima, etcétera*). En la compilación *Comunicación y democracia en América Latina* -producto del encuentro de CLACSO de 1981- planteó un contrapunto explícito con ese sistema informativo construido por las oligarquías agrarias y las burguesías industrial, minera y financiera, que “dio la espalda al periodismo libertario promovido por Bolívar y otros conductores del movimiento independentista latinoamericano. Ellos hablan de un periodismo comprometido, de ideas, de opinión, de lucha. Las burguesías evolucionaron hacia un periodismo que progresivamente asumió el modelo mercantil informativo, surgido de las pugnas de Hertz y Pulitzer en Estados Unidos. En nombre de la fórmula más circulación, más publicidad, más estabilidad, se postuló un periodismo autodefinido como objetivo, independiente y neutral”.

mas de comunicación creadas por los sectores populares” (en VV.AA., 1982b: 255-256).

El mismo año, un trabajo de José Martínez Terrero publicado en la revista *UNDA-AL Comunicación* dedicada al Encuentro de Embu, señalaba los orígenes de la “prensa popular transformadora de las estructuras socio-económicas” en las guerras de la independencia y esbozaba un repaso histórico cuyo foco estaba puesto en los movimientos al interior de la Iglesia en cada etapa.

El capítulo de Luis Gonzáles Quintanilla en *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* -si bien estaba referido a una experiencia de televisión universitaria- también aportaba en esta línea de lecturas históricas. Para el autor boliviano, los elementos que definen a la comunicación alternativa “vienen desde los albores del periodismo escrito”. Del “periodismo liberatorio” de fines del siglo XVIII y principios del XIX destaca su *urgencia*, y también su condición “voluntad de alterar el estado de cosas” (en Reyes Matta, 1983: 171, 172).

9.6.4. Una estrategia múltiple

En *Comunicación alternativa y cambio social*, Reyes Matta enumeró acciones “dentro del sistema y en la comunicación alternativa” para enfrentar al modelo transnacional. Es decir: mientras la comunicación alternativa, como constructora de una nueva hegemonía, se ubicaría *fuera* del sistema, el autor admitía acciones complementarias como la acción organizada de los trabajadores de prensa, normas que condicionaran el poder de la publicidad, la adopción de políticas de comunicación o la promoción de un consumo crítico de medios (en Simpson Grinberg, 1981: 100-103). En un sentido similar, en el capítulo 6 valoramos la concepción de Gonzaga Motta (1983) que pensaba a la comunicación popular junto a otra serie de estrategias, que iban del “nivel internacional” al “público consumidor”, y en el capítulo 7 destacamos los múltiples temas que ponía en relación el documento de Embu (UNDA-AL, 1982).

Si algo queda claro en el recorrido realizado es que la comunicación popular o alternativa, con su sentido político y su vocación de transformación, no se concibió escindida de otras formas de intervención. Mirando en perspectiva se descubre un programa de acción que tiene distintas aristas. A partir del conjunto de lecturas, podemos mencionar cuatro campos de acción asociados a la comunicación alternativa:

1) *La investigación crítica y comprometida*. Desde los primeros capítulos vimos distintas trayectorias intelectuales que combinaron la crítica de la comunicación masiva con el ensayo de alternativas (por lo cual consideramos errado reducirlas al mote de miradas *denuncistas*). Si tenemos en cuenta que el fenómeno que analizamos parte de una definición “por oposición”, la caracterización del modelo hegemónico cobra una importancia

clave. Y eso no sólo implica estudiar la estructura de propiedad de los medios. Como sugería Martín-Barbero en sus “Retos a la investigación...” que *Comunicación y Cultura* publicó en 1983, también necesitamos desmenuzar “las estructuras ideológico-políticas de la producción de información” que muchas veces se cuelan entre los proyectos populares.

A su vez, también hay una tarea necesaria en la investigación de lo alternativo, agenda que vimos claramente planteada por Bisbal (1980) y Mata (1981b): una investigación-acción que busca sistematizar las experiencias y analizarlas involucrando como protagonistas a los grupos sociales investigados.

2) *Las políticas (nacionales e internacionales) de comunicación.* Al inicio planteé mi intención de superar una dicotomía que había distanciado a la *comunicación alternativa* de las *políticas de comunicación*. En esa dirección, en distintos capítulos señalamos la estrecha comunicación entre ambas, o incluso cómo la intervención en el campo de las políticas era entendida -como vimos en la revista del centro Pellín- como una pata de las “alternativas comunicacionales”. Como planteaba Kaplún en su artículo clave que destacamos en *Chasqui* (capítulo 6), no son opuestas ni antagónicas. Son complementarias.

3) *La organización de los trabajadores de la comunicación.* Uno de los puntos que más valoramos del Documento de Embu (capítulo 7) fue el que interpelaba a los profesionales de la comunicación, llamaba a fortalecer los sindicatos y reconocía el derecho de los periodistas a participar de la políticas de editoriales de sus medios. También el ILET tuvo una constante apelación a los “periodistas progresistas”, ratificada en su vinculación con la Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP). Para Reyes Matta, los comunicadores de los medios del sistema debían revisar los conceptos noticiosos y propiciar una ampliación de la información (en Simpson Grinberg, 1981: 98, 101). Además existieron propuestas para asegurar el derecho a la expresión, como las que efectivamente se lograron en Bolivia y Perú hacia 1970 (capítulo 2).

3) *La recepción crítica.* Si la comunicación alternativa, en términos ideales, busca generar situaciones donde no haya “emisores” por un lado y “receptores” por otro, sino interlocutores en pie de igualdad, en el ámbito de los medios tradicionales se propició la formación de un receptor empoderado. En el recorrido realizado, advertimos este objetivo en la Pedagogía del Lenguaje Total (capítulo 1), en el “teatro periodístico” de Augusto Boal (capítulo 2), en los talleres organizados por Quimantú en Chile (capítulo 3), en la técnica de lectura crítica promovida por Kaplún desde el CESAP (capítulo 7), en el programa de acción elaborado por Bisbal y recogido por el Centro Pellín al inicio de los ochenta (capítulo 7), en la acción divulgatoria de Prieto Castillo para poner las herramientas semióticas al alcance de

todos (capítulo 8) y en el modelo de Participación Social Activa esbozado por Reyes Matta en 1977 (capítulo 8). El referente del ILET sostenía la necesidad de impulsar una “Educación para la Comunicación”, que involucrara al curriculum regular de las escuelas pero también a las organizaciones de base (Reyes Matta, 1978; también en Simpson Grinberg, 1981: 99).

9.7. De la liberación a la democracia

A lo largo de la tesis buscamos comprender el proceso de formación de una constelación de conceptos vinculados a la comunicación popular a partir de los aportes de intelectuales que, como dijimos antes, fueron figuras heterotoxas, mediadoras entre terrenos en los que se dieron prácticas alternativas de comunicación, espacios académicos y también organismos internacionales. Esa construcción se dio en distintos contextos que dejaron huellas en la producción intelectual, lo cual es evidente en los “puntos nodales” de la comunicación popular enfatizados en cada período e incluso en la terminología utilizada. Los títulos de los principales libros que analizamos, publicados entre 1971 y 1983, son un buen ejemplo: entre dos grandes etapas, recorrimos un camino que fue de la “revolución socialista”, el “proceso de liberación” y el “cambio de estructuras”, a una coyuntura de “búsquedas democráticas” y “cambio social”. No obstante, lo que sucedió en ese proceso no fue el reemplazo de un paradigma por otro. Lo que hay es una elaboración intelectual que se enriquece, se complejiza, reconoce y elabora sus contradicciones. En los primeros ochenta, cuando empezaba a predominar la expresión “comunicación alternativa”, los adjetivos “horizontal”, “grupál” y “participativa” seguían en circulación, a veces para nombrar subgrupos de experiencias, otras para definir rasgos que definieran al nuevo concepto englobador.

En la Introducción presentamos una perspectiva interesada por pensar los textos del pasado a partir del análisis del contexto y la intencionalidad de esas intervenciones, lo que requirió comprender las coyunturas sociopolíticas y también los contextos de debates y lecturas que fueron parte de las condiciones de posibilidad de esas ideas. Las materiales analizados en la primera etapa -libros, artículos de revistas, informes de distintos encuentros, declaraciones- coinciden con una *época* signada por la radicalización política y la expectativa revolucionaria (Gilman, 2003). En cambio, en las compilaciones que tomamos como *punto de llegada*, es evidente que la democracia es la preocupación central. Varios de los intelectuales que seguimos -que en esta segunda etapa estuvieron exiliados- trabajaban para contribuir a procesos de apertura política en sus países, después de años de regímenes autoritarios.

“Tras la ola de derrotas de la década pasada, nos hemos vuel-

to todos demócratas convictos”, plantearon Rafael Roncagliolo, Noreene Janus y Diego Portales en la reunión convocada en 1981 para formar el primer grupo de Comunicación que tuvo CLACSO (en VV.AA., 1982b: 219).

En ese ejercicio de “tener como mira la democracia”, como se dijo en las páginas de *Comunicación y Cultura* (Mattelart y Schmucler, 1982), las miradas más lúcidas hicieron un esfuerzo por comprender y presentar a esa meta, la *democracia*, como algo más que un antónimo de la dictadura. Eso implicaba que la comunicación alternativa o popular tendría sentido también en los contextos de los regímenes democráticos, pues la “democracia” era el nuevo concepto a llenar de sentido y desde el cual convocar a la acción. En la citada reunión de CLACSO, los investigadores del ILET sostenían:

“El tema de la democracia es de primerísima actualidad hoy en América Latina: trátase de los países del Cono Sur, en los que la conquista de la democracia se ha vuelto condición *sine qua non* de cualquier política nacional y popular, trátase de las gestas de Nicaragua y El Salvador, en la que el desafío de la construcción de la nueva democracia se afirma o se insinúa como problemática central de los respectivos procesos; o trátase de las situaciones ‘intermedias’ (Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, etc.) en las que importa sobremanera preservar y ampliar los márgenes de libertades políticas. La palabra democracia se ha situado en el corazón del debate político, no ya para denigrar a las ‘democracias burguesas’, sino, más bien, para revalorar, por parte del campo popular, lo que en esas democracias existe de utilidad técnica, de escenario estratégico y valores y prácticas que sirven como orientaciones rescatables y válidas para la propia constitución de clases y pueblos como sujetos históricos eficaces”. (Roncagliolo, Janus y Portales, en VV.AA., 1982b: 219-220)

A lo que agregaban: “habría que insistir en que el concepto de democracia no puede reducirse a la tradicional definición política liberal que lo asocia sólo al sufragio” (en VV.AA., 1982b: 220). Podríamos decir que entre los intelectuales de la *comunicación alternativa*, la intención era convertir al sustantivo (democracia) en acción (democratizar, democratización). Como advertía Portales,

“[...] Democratizar significa hacer que el derecho a la comunicación esté garantizado para todos, que no sea el privilegio de una minoría, menos aún si ésta se constituye a raíz de su poder económico. Democratizar significa que la sociedad hace posible la realización de ese derecho sobre la base de la participación organizada y el financiamiento social de la actividad comunicativa. Democratizar significa que la comunicación vertical y la producción industrial de los bienes portadores de mensajes se ponen al servicio del

desarrollo de la convivencia social, de la comunicación horizontal, de la creación artesanal, de la participación social activa y responsable; en suma, del proceso de democratización” (73).

Si volvemos atrás en los capítulos, veremos que la expresión *democratización* estuvo presente también en textos que analizamos en la primera etapa: es otra palabra clave en la que detenerse, teniendo en cuenta el potencial dinámico que tiene todo concepto fundamental.

Como se planteó hace cinco años en un panel de apertura del Congreso de la Red de Carreras de Comunicación Social y Periodismo de Argentina (REDCOM), la clave es entender a la *democratización* como proceso, en contraposición a la *democracia* como un estado a alcanzar (Rinesi, 2016: 55). Podemos entonces pensar a la comunicación horizontal, popular o alternativa como parte de una estrategia de democratización de nuestras sociedades; y a la democratización como un “camino de profundización de la democracia” donde lo que importa no es al final del camino, sino el camino mismo. De allí la relevancia de saber cómo llegamos adonde estamos, quiénes fueron parte de ese recorrido y qué lecciones nos legan para seguir avanzando.

La Plata, 12 de abril de 2020

Los dos primeros son agradecimientos y también dedicatorias:

- A mis compañeros de la Universidad Nacional de Quilmes, por construir cada día una Universidad inclusiva y de calidad, comprometida con su territorio y respetuosa del trabajo de las personas y los colectivos. En especial a Alfredo Alfonso, uno de los directores de esta tesis, por todo lo compartido y aprendido en los últimos diecisiete años.

- A mi familia, la que formamos con Lu, Juli y Lauti, que acompañaron la escritura de esta tesis en días hábiles, fines de semana, vacaciones y cuarentenas. En especial a Lucía, mi primera lectora y correctora, por las ideas que maduramos juntas y por compartir la tentación de comprar tantos libros viejos, que son parte de nuestro hogar. También a su mamá, la abuela Alicia, que al cuidado de sus nietes hace posible algunos de nuestros ratos de investigación.

En un proceso tan largo, los agradecimientos vinculados a la producción de la tesis son casi infinitos, por lo que sólo menciono algunos por sus nombres. A mis directores, Aníbal Viguera y el ya nombrado Alfredo, por avalar y acompañar esta tesis incluso en sus desmesuras. A mi amigo Dani Lorenzo, que comprendió al instante la idea gráfica que proponía y tomó las riendas del diseño con el compromiso y la pasión con que hace todo. A colegas con los que intercambié no sólo charlas sino también materiales: Emiliano Sánchez Narvarte, Mariano Zarowsky, Federico Brugaletta. A los protagonistas consultados: Frank Gerace, Fernando Reyes Matta, Marita Mata, Armand Mattelart y Jesús María Aguirre por su plena disposición para responder todas mis consultas. También la generosidad de quienes pusieron a disposición libros, revistas y otros materiales valiosísimos (incluyendo su memoria): María Cristina Gobbi, Claudia Villamayor, Alejandro Barranquero, Jorge González, Washington Uranga, Carlos Sahade y Marichu Unzurrunzaga. Sería largo nombrar -y correría el riesgo de olvidos involuntarios- a los muchos amigos (y algunos desconocidos) que llevaron y trajeron libros de bibliotecas de aquí y allá. Sin esos aportes, esta tesis no hubiera sido posible.

- A** Abbattista, María Lucía (2013). “Las políticas de la Tendencia revolucionaria del peronismo en el Ministerio de Cultura y Educación de la Nación y los modelos latinoamericanos contemporáneos (Argentina, 1973-1974)”, ponencia presentada a las IV Jornadas de Historia Política. Montevideo, 8, 9 y 10 de julio.
- Abbattista, María Lucía (2014). “Cultura y comunicación de masas durante la gestión Taiana. Una aproximación al Diario de los Chicos publicado por el Ministerio de Educación de Argentina entre 1973 y 1974”, ponencia presentada en las XVIII Jornadas Argentinas de Historia de la Educación. Universidad Nacional de General Sarmiento: 19 al 21 de noviembre.
- Adur Nobile, Lucas y Antico, Diego Martín (2014). “Fue como un suspiro... Marchas y contramarchas de la carrera de Letras en torno a 1973-1974”, en: Daleo, Graciela; Casareto, Samanta; Cabrera, Marcela; Pico, Andrea -compiladoras-. *Filo (en) rompecabezas. Búsqueda colectiva de la memoria histórica institucional (1966-1983)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires.
- Aguirre, Jesús María (1975). “Prensa: el ensayo peruano”, en *Comunicación*, N° 5, diciembre.
- Aharonian, Aram (2007). *Vernos con nuestros propios ojos. Apuntes sobre comunicación y democracia*. Caracas: El Perro y la Rana (Serie Comunicación y Sociedad).
- Albornoz, César (2005). “La cultura en la Unidad Popular: Porque esta vez no se trata de cambiar un presidente”, en Pinto Vallejos, Julio -coordinador-. *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Altamirano, Carlos (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Álvarez Icaza, José (1982). “CENCOS: Un día cualquiera de trabajo”, en *Chasqui* (segunda época) N° 2
- Álvarez, Emiliano (2013). “Tiempo Contemporáneo. Una editorial de la Nueva Izquierda”, en *Políticas de memoria*, N° 13 (pp. 143–155).
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín (2010). *La Voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en Argentina. Tomo 3: 1973-1974. La patria socialista*. Buenos Aires: Booket.
- Anzola, Patricia (1982). “No renunciemos jamás a la utopía (Entrevista a Luis Ramiro Beltrán)”, en *Chasqui*, N° 3.
- Anzuela, Fernando (1978). “De la liturgia ‘comunicativa’ a la praxis transformadora. Un escarmiento sacerdotal vivido entre el pueblo”, en *Christus*, N° 517, Centro de Reflexión Teológica, Cuernavaca.
- Arce, Luis *et al.* (1980). *Desafío a la desinformación*. La Habana: Editorial Política
- Argumedo, Alcira (1987 [1984]). *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder*

transnacional y comunicaciones. Buenos Aires: Punto Sur – ILET. [Primer edición Folios Ediciones-ILET].

Arrieta Abdalla, Mario (1980). “Sobre la ‘comunicación alternativa’”, en revista *Comunicación*, Nº 28-29, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas.

B Badenes, Daniel (2012). *Un pasado para La Plata: Producción editorial y disputa de sentidos sobre la historia de la ciudad en su centenario -1982-*. Tesis de maestría. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Disponible en: <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.880/te.880.pdf>

Badenes, Daniel (2014). *Historia de los medios de comunicación*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes (Disponible en: http://issuu.com/danibadenes/docs/historia_de_los_medios_digital)

Badenes, Daniel (2017). “Notas para una historia de las revistas político-culturales”, en *Editar sin patrón. La experiencia política-profesional de las revistas culturales independientes*. La Plata: Club Hem (Filosurfer).

Badenes, Daniel (2018a). “Mucho más que *sin fines de lucro*. Una mirada histórica sobre las vertientes de comunicación popular en América Latina”, en Sierra Caballero Francisco; Barragán Robles, Vicente y Moreno Gálvez, Javier (editores). *Derechos Humanos, comunicación y luchas por la dignidad*. Ecuador: CIESPAL

Badenes, Daniel (2018b). “Ya no alcanza con las matrices ligadas al pensamiento occidental. Entrevista a Fernando Reyes Matta”, en *Revista ALAIC*, volumen 15, número 29.

Badenes, Daniel y González, Néstor Daniel (2015). “Diga 33. Radiografía de un sector clave en el nuevo paradigma legal latinoamericano”, en: Jesús Martín-Barbero y otros, *Voces abiertas: comunicación, política y ciudadanía en América Latina*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social; Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

Ballochi, Roberto (1974). “Algunos antecedentes sobre el satélite educativo para América del Sur”, en *Comunicación y Cultura*, Nº 3, Buenos Aires.

Ballón, Eduardo; Bartet, Leyla; Peirano, Luis; Riofrío, Gustavo y Roncagliolo, Rafael (1974). *La publicidad: porquemegustapues*. Lima: DESCO / Centro de Estudio y Promoción del Desarrollo – Área de Educación (Serie Praxis Nº 5).

Baran, Paul y Sweezy, Paul (1968). *El capital monopolista. Ensayo sobre el orden económico y social de Estados Unidos*. México: Siglo XXI (Traducción de Arminda Chávez de Yáñez).

Barranquero Carretero, Alejandro (2008). *Latinoamérica en el paradigma participativo de la comunicación para el cambio*. Tesis Doctoral. Málaga: Universidad de Málaga, Departamento de Periodismo.

Bazin, Maurice (1973). “La ‘ciencia pura’, instrumento del imperialismo cultural”, en *Comunicación y Cultura*, Nº 1, Santiago de Chile.

Beca, Carlos Eugenio; Richards, Cecilia y Bianchetti, Lucídio (2013). “Ernani Maria Fiori: un profesor brasileiro en tierras chilenas testimonios”, en *Educação & Realidade*, vol. 38, número 3, julio-septiembre. Porto Alegre: Universidad Federal do Rio Grande do Sul.

Beigel, Fernanda (2003). *El itinerario y la brújula. El proyecto estético-político de José Carlos Mariátegui*. Buenos Aires: Biblos.

- Beigel, Fernanda (2011). *Misión Santiago. El mundo académico jesuita y los inicios de la cooperación internacional católica*. Santiago de Chile: LOM.
- Beltrán, Luis Ramiro (1971). *Radio forum y radio escuelas rurales en la educación para el desarrollo*. Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas de la O.E.A. - Dirección Regional para la Zona Andina (Materiales de enseñanza en comunicación N° 25)
- Beltrán, Luis Ramiro (2014). *Comunicología de la liberación, desarrollismo y políticas públicas*. España: Luces de Gálibo. (Edición y prólogo de Manual Chaparro; introducción de Alejandro Barranquero).
- Beltrán, Luis Ramiro y Fox, Elizabeth (1980). *Comunicación dominada. Estados Unidos en los medios de América Latina*. México: Nueva Imagen / ILET.
- Berrios, Rubén (1981). “La experiencia del Pacto Andino en regular la inversión extranjera y los flujos de tecnología: un paso adelante, dos atrás”, en *Estudios Latinoamericanos*, N° 8.
- Berryman, Phillip (1989). *Teología de la liberación*. México: Siglo XXI Editores. (Traducción Sergio Fernández Bravo)
- Betto, Frei (1986). “Comunicación popular e iglesia”, en: Festa, Regina y Lins da Silva, C. E. (Org.), *Comunicación popular y alternativa*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.
- Bhaskar, Michael (2014). *La máquina del contenido. Hacia una teoría de la edición desde la imprenta hasta la red digital*. México: Fondo de Cultura Económica..
- Biedma, Patricio (1970). “La juventud como mitología”, en *Los Libros*, N° 12, octubre.
- Bisbal, Marcelino (1980). “Presupuestos para una investigación alternativa”, en revista *Comunicación*, N° 28-29, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas.
- Blanco, Alejandro. (2006). *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boal, Augusto (1974a). “Teatro del oprimido”, en *Crisis*, N° 14, junio. Buenos Aires.
- Boal, Augusto (1974b). *Teatro del Oprimido. Teoría y práctica*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.
- Boggio, Ana, Ríofrio, Gustavo y Roncagliolo, Rafael (1973). “La ideología en los textos escolares peruanos”, en *Comunicación y Cultura*, N° 1, Santiago de Chile.
- Bonazzi, Marisa y Eco, Umberto (1974). *Las verdades que mienten*. Barcelona: Editorial Tiempo Contemporáneo.
- Borrat, Héctor (1968). “Introducción”, *Cuadernos de Marcha*, N° 17, Medellín: La Iglesia Nueva, septiembre. Uruguay.
- Borrat, Héctor (1969). “Crisis y renovación a siete meses de Medellín”, en *Cuadernos de Marcha*, Número 24, *Iglesia Latinoamericana. Crisis y renovación*, abril.
- Bosovsky, Guillermo (1976). “Una experiencia de DINEA en la cultura popular: el informe anual regional de 1974”, en *Crisis*, Año III, número 33, enero.
- Bourdieu, Pierre (1999). *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba.
- Braun, Juan (1988). “A Peter Schenkel: Un gran comunicador se va”, en *Chasqui* N° 27, CIESPAL (p. 43-45).
- Brugaletta, Federico (2017). “El protestantismo y la circulación de la pedagogía de

- Paulo Freire en América Latina”, en *Paulo Freire. Revista de Pedagogía Crítica* (17), 21-40.
- Bueno, Mónica y Taroncher, Miguel Ángel -compiladores- (2006). *Centro Editor de América Latina. Capítulos para una historia*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- C** Calderón Rodríguez, Ivonne (2016). “Las escuelas radiofónicas de Acción Cultural Popular: instrumentos para la formación cristiana y para el afianzamiento de la catolicidad en la población rural colombiana”, en *Ciencias Sociales y Religión/ Ciências Sociais e Religião*, vol. 18, Nº 15. Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Brasil. DOI: <https://doi.org/10.22456/1982-2650.59714>
- Caletti Kaplan, Rubén Sergio (1989). “Las políticas de comunicación en México: Una paradoja histórica en palabras”, en Fox, Elizabeth (editora). *Medios de Comunicación y Política en América Latina. La lucha por la democracia*. México: Gustavo Gili (MassMedia).
- Calvimontes, Jorge y otros (1978). *Bolivia y Perú: información y cambio social*. México: UNAM (Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación).
- Câmara, Hélder (1968). “Las exigencias de la solidaridad universal”, en *Cuadernos de Marcha*, Número 9, enero. Uruguay.
- Campella Samper, Daniel (1985). “Alfonso Lizarraburu. Consultor de la Unesco, fue un impulsor de la reforma educativa de Perú en los setenta”. *El País*, Madrid, 13 de septiembre.
- Cardenal, Fernando (2009). *Junto a mi pueblo, con su revolución. Memorias*. Madrid: Trotta.
- Cardoso, Heber (1975). “Euforia y crisis del cine argentino (II). La censura cuesta mucho y las entradas, poco”, en *Crisis*, Nº 26, junio.
- Carlsson, Ulla (2003). “The Rise and Fall of NWICO – and Then? From a Vision of International Regulation to a Reality of Multilevel Governance”, trabajo presentado en EURICOM Colloquium “Information Society: Visions and Governance”, Venice, 5-7 May. Disponible en <https://es.scribd.com/document/63118440/Carlsson-Ulla-the-Rise-and-Fall-of-NWICO> (Recuperado el 24 de enero de 2020)
- Carpio, Jorge (1969). “¿A dónde va la revolución peruana?”, en *Los Libros*, Nº 3, septiembre de 1969.
- Castagnet, Martín Felipe (2019). “Semblanza de Guillermo “Willie” Schavelzon (Buenos Aires, 1945-)”, en *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes - Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) – EDI-RED*: <http://www.cervantes-virtual.com/obra/guillermo-willie-schavelzon-buenos-aires-1945--semblanza-952781/>
- Castillo, Fernando y Larraín, Jorge (1971). “Poder obrero-campesino y transición al socialismo en Chile”, en *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Nº 10, diciembre. CEREEN, Universidad Católica de Chile. (pp. 161-198).
- Casullo, Nicolás -coordinador- (1985). *Comunicación: la democracia difícil*. Buenos Aires: ILET / Folios.
- Casullo, Nicolás (2004). *Sobre la marcha. Cultura y política en la Argentina 1984-2004*. Buenos Aires: Colihue (Puñaladas – Ensayos de punta).
- CECOM (1974). “Noticias. Una experiencia de periodismo popular”, en *Crisis*, Nº 18, octubre. Buenos Aires.

- CELADEC (1979). *Documentación y comunicación popular. Materiales para la Consulta Latinoamericana de Documentación y Comunicación Popular*. Lima: Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana.
- CELAM (1967). “La misión de la Universidad católica en América Latina”. Documento final del Seminario de Expertos sobre la Misión de la Universidad Católica en América Latina, convocado por el Departamento de Educación del CELAM, Buga, Colombia, 12 al 18 de febrero de 1967.
- Cendales, Lola *et al* (1988). *Vencimos. Nicaragua: Cruzada Nacional de Alfabetización. Puño en alto, libro abierto para América Latina*. Ministerio de Educación en Nicaragua, CELADEC y Dimensión Educativa Colombia.
- Centro de Investigaciones en Comunicación Masiva, Arte y Tecnología de la Ciudad de Buenos Aires (1973). [Documento sin título. Autoridades]. 6 hojas. Archivo FvR. Biblioteca Laura Manzo. Universidad Nacional de Quilmes. (Ref: AR AR-Be-UNQ FFVR-CICMAT-13).
- Ciappina, Carlos María (2015). *Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP: Una historia de Formación y Política: 1934-1998*. Tesis de Doctorado. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- CIESPAL (1967). *Dos Semanas en la Prensa de América Latina*. Quito: Centro de Investigación y Estudios Periodísticos para América Latina, OEA.
- Cocca, Armando (1988). “Antecedentes y desarrollo de la doctrina argentina del Patrimonio Común de la Humanidad en el moderno Derecho Internacional”, en *Liber Amicorum. Colección de estudios jurídicos en homenaje al Profesor Dr. D. José Pérez Montero*. Volumen 1. Universidad de Oviedo.
- Codina, Víctor (2013). “Teología de la Liberación 40 años después. Balance y perspectivas”, en *Horizonte*, v. 11, n. 32, octubre-diciembre. Belo Horizonte.
- Contreras Budge, Eduardo (1982). *Análisis de los Sistemas de Educación Radiofónica*. Quito: ALER.
- Coraggio, José Luis y Deere, Carmen Diana -coordinadores- (1987). *La Transición Difícil. La autodeterminación de los pequeños países periféricos*. Managua: Vanguardia.
- D** Darnton, Robert (2010). *El beso de Lamourette: reflexiones sobre historia cultural*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Darnton, Robert (2014) [2007]. “¿Qué es la historia del libro? Una revisión”, en *La Gaceta*, Nº 526.
- David, Guillermo (2019). *Darcy Ribeiro. La antropología militante*. Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- De Angelis, Bruno (2012). “Comunicación de masa. La emergencia de las colecciones de comunicación a principios de la década de 1970”, ponencia presentada al Primer Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición. La Plata. Disponible en http://coloquiolibroyedicion.fahce.unlp.edu.ar/actas/De_Angelis. Última consulta: 21/4/2019.
- De Certeau, Michel (1993). *La escritura de la historia*. México: Universidad Iberoamericana, segunda edición revisada.
- De Certeau, Michel (2007 [1980]). *La invención de lo cotidiano I. Artes de hacer*. México: Universidad Iberoamericana.

- De Diego, José Luis (2006). *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- De Guio, Susanna (2017). *Luchar para transmitir, transmitir para transformar. Le pratiche politico-comunicative dei media alternativi in Argentina Il caso della Red Nacional de Medios Alternativos*. Tesis del Dottorato Di Ricerca in Sociologia, Organizzazioni e Culture. Università Cattolica del Sacro Cuore Di Milano.
- Di Modugno, Lucía y Lavintman, Jazmín (2014). “Cuando el arte atacó. La Primavera camporista en la Facultad de Filosofía y Letras”, en: Daleo, Graciela; Casareto, Samanta; Cabrera, Marcela; Pico, Andrea -compiladoras-. *Filo (en) rompecabezas. Búsqueda colectiva de la memoria histórica institucional (1966-1983)*. Buenos Aires: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Buenos Aires.
- Díaz Bordenave, Juan (1978). “Aspectos políticos e implicaciones políticas de la comunicación participatoria”, en Primer Seminario Latinoamericano de Comunicación Participatoria. Quito: CIESPAL.
- Díaz Bordenave, Juan (1981). “Democratización de la comunicación. Teoría y práctica”, *Chasqui (segunda época)*, N° 1.
- Díaz Bordenave, Juan (1982). “Democratización de la Comunicación, Democratización de la Educación”, en *Chasqui (segunda época)*, N° 5.
- Díaz Rangel, Eleazar (1967). “Pueblos subinformados: las agencias de noticias y América Latina”, en *Cuadernos de Nuestro Tiempo*, N° 3, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1967 (82 p.)
- Díaz, Carlos (2015). “Algunos recuerdos”, en Álvarez, Gonzálo; Archain, Alejandro y Díaz, Carlos. *Un editor de tres siglos. La vida y los libros de Arnaldo Orfila Reynal*. Buenos Aires: Eudeba (La vida y los libros).
- Diviani, Ricardo (2013). *La formación de los estudios de comunicación en Argentina. Intelectuales y medios masivos en los años sesenta – setenta*. Tesis de Doctorado en Comunicación Social, Universidad Nacional de Rosario.
- Diviani, Ricardo (2019). *Semiólogos, críticos y populistas. La investigación sobre comunicación, cultura y lenguaje en la Argentina de los años 60 y 70 del siglo XX*. Rosario: UNR Editora.
- Dominguez, Carlos María (1975). “La TV como fuente de trabajo: ¿para muchos o para pocos?”, en *Crisis*, N° 27, julio. Buenos Aires.
- Dorman, Ariel y Jofré, Manuel (1974). *Superman y sus amigos del alma*. Buenos Aires: Editorial Galerna.
- Dorfman, Ariel (1979). “La cultura como resistencia democrática en Chile hoy”, en *Comunicación y Cultura*, N° 7, febrero. México: Nueva Imagen.
- Dorfman, Ariel (1998). *Rumbo al Sur, deseando el Norte*. Santiago: Planeta.
- Dorfman, Ariel (2016). *Ensayos quemados en Chile. Inocencia y neocolonialismo*. Buenos Aires: Godot.
- Dos Santos, Theotonio (2009). *¡Bendita Crisis! Socialismo y Democracia en el Chile de Allende*. Caracas: Fundación Editorial El Perro y la Rana (serie en la historia).
- Dosse, François (2007). *La marcha de las ideas: historia de los intelectuales, historia intelectual*. Universitat de València.
- Douhourq, Carlos Alberto (1974). “Educación popular por televisión”, en *Comunicación y Cultura*, Buenos Aires.

- E** Enzensberger, Hans Magnus (1972 [1971]). *Elementos para una teoría de los medios de comunicación*. Barcelona: Cuadernos de Anagrama. (Traducción de Traducción: Michael Faber-Kaiser)
- Equipo Comunicación (1981a). “Función ideológica de los medios masivos y búsqueda de alternativas”, en revista *Comunicación*, N° 35-36, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas, noviembre-diciembre.
- Equipo Comunicación (1981b). “La comunicación alternativa”, en revista *Comunicación*, N° 35-36, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas, noviembre-diciembre.
- Espinosa, Felipe (1978). “Pistas para la comunicación popular”, en *Christus*, N° 517, Centro de Reflexión Teológica, Cuernavaca.
- Esteinou Madrid, Javier (2002). “CIESPAL y la formación de imaginarios de la comunicación en América Latina”, en *Razón y Palabra*, número 25.
- Exeni, José Luis (1998). *Políticas de comunicación. Andares y señales para no renunciar a la utopía*. La Paz: Plural Editores.
- Ezcurra, Ana María y De Lella, Cayetano (1980). *La U.P.I. en Puebla. Manipulación ideológica en la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano*. Lima: CELADEC y México: Centro de Estudios Ecuménicos.
- F** Fan, K. H. -compilador- (1970). *La revolución cultural china* (Documentos seleccionados y presentados). México: Ediciones Era (Traducción de Félix Blanco).
- Fasano, Patricia Claudia (2011). *Cambio de estilo. Etnografía sobre comunicación comunitaria, Iglesia católica, cultura popular, radio, política y participación en un barrio de Argentina*. Tesis de Doctorado en Antropología Social. Brasil: Universidade Federal do Rio Grande do Sul.
- Febvre, Lucien y Martin, Henri-Jean (2005). *La aparición del libro*. México: Fondo de Cultura Económica (Traducción de Agustín Millares).
- Ferrer, Julio (2018). *Gregorio Selser. Una leyenda del periodismo latinoamericano*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Periodismo y Comunicación Social
- Festa, Regina (1986). “Movimientos sociales, comunicación popular y alternativa”, en Festa, Regina y Lins da Silva, Carlos Eduardo -organizadores-. *Comunicación popular y alternativa*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas.
- Florez Mc Gregor, Jorge (1971). *La red y la tijera. Los medios de comunicación social en Argentina*. Buenos Aires: Abece Ediciones.
- Ford, Aníbal (2004). *Aníbal Ford 30 años después. Política, comunicación y cultura. 1973: las clases de Introducción a la Literatura en Filosofía y Letras y otros textos y relatos*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Fox, Elizabeth -editora- (1989). *Medios de Comunicación y Política en América Latina. La lucha por la democracia*. México: Gustavo Gili (MassMedia)
- Freire, Paulo [1969] (1973). *¿Extensión o Comunicación? la concientización en el medio rural*. México: Siglo XXI.
- Fuentes Navarro, Raúl (1991). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. Tesis de Maestría en Comunicación. Guadalajara: ITESO. Disponible en ccdoc.iteso.mx/cat.aspx?cmn=download&ID=945&N=1.
- G** García Canclini, Néstor (1977). *Arte popular y sociedad en América Latina*. México: Grijalbo.

- García Corredor, Claudia Pilar (2018). “Jesús Martín Barbero: hombre de lucha, ternura y viento”, en Crovi Druetta, Delia y Cimadevilla, Gustavo. *Del mímógrafo a las redes digitales. Narrativas, testimonios y análisis del campo comunicacional en el 40 aniversario de ALAIC*. Brasil: ALAIC.
- García Lupo, Rogelio (1969). “La segunda revolución nacional”, en *Cuadernos de Marcha*, N° 30, octubre, Uruguay.
- García, Diego (2011). “Signos. Notas sobre un momento editorial”, en *Políticas de la Memoria*, N° 10/11/12, años 2009/2011.
- Gargurevich, Juan (1972). *Mito y verdad de los diarios de Lima*. Lima: Editorial Gráfica Labor.
- Gargurevich, Juan (2007). “La ‘Revolución de la Fuerza Armada’ de 1968-1975 y los periodistas editores”, en el IV Congreso de la Red Hispanoamericana de Historiadores de la Prensa, San Cristóbal de las Casas, México. 18-21 de abril del 2007.
- Gargurevich, Juan y Fox, Elizabeth (1989). “Revolución y prensa en Perú”, en Fox, Elizabeth (editora). *Medios de Comunicación y Política en América Latina. La lucha por la democracia*. México: Gustavo Gili (MassMedia)
- Gaudichaud, Franck (2005). “Construyendo ‘Poder Popular’. El movimiento social, la CUT y las luchas obreras en el período de la Unidad Popular”, en Pinto Vallejos, Julio. *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Geerts, Andrés y Van Oeyen, Victor (2001). *La radio popular frente al nuevo siglo: estudio de vigencia e incidencia*. Quito: Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER).
- Geerts, Andrés; Van Oeyen, Víctor y Villamayor, Claudia (2004), *La práctica inspira. La radio popular y comunitaria frente al nuevo siglo*. Quito: Aler-Amarc, primera edición.
- Gelman, Juan -compilador- (1974). *Perú. El poder al pueblo*. Buenos Aires: Cuadernos de Crisis (N° 10).
- Gerace Larufa, Frank (1973). *Comunicación horizontal. Cambios de estructuras y movilización social*. Lima: Studium.
- Gerace, Frank (2005). “La Comunicación Horizontal a la vuelta de treinta años. Memoria de la concepción del libro Comunicación Horizontal”, documento presentado en el encuentro “El Derecho de los Pobres a la Comunicación”, auspiciado por el Movimiento Los Sin Techo, Santa Fe, Argentina, 17 y 18 de mayo.
- Gerbaldo, Judith (2014). *Radios Comunitarias, Comunicación Popular y Ciudadanía. Disputas por la democratización de la palabra pública. El caso del Foro Argentino de Radios Comunitarias -FARCO- Argentina (1980-2013)*. Tesis para optar por el Título de Magíster en Comunicación y Cultura Contemporánea. Córdoba: Centro de Estudios Avanzados, UNC.
- Getino, Octavio (1974a). Versión taquigráfica de la disertación del profesor Octavio Getino sobre el tema: Medios de comunicación de masas, correspondiente al Curso de perfeccionamiento docente, viernes 22 de febrero de 1974. Departamento de Informaciones y Prensa, Secretaría de Prensa y Difusión Cultural, Universidad Nacional de La Plata.
- Getino, Octavio (1974b). Versión taquigráfica de la disertación del profesor Octavio Getino sobre el tema: Medios de comunicación de masas, correspondiente

- al Curso de perfeccionamiento docente, 4 de marzo de 1974. Departamento de Informaciones y Prensa, Secretaría de Prensa y Difusión Cultural, Universidad Nacional de La Plata.
- Gilman, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Giménez, Gilberto (1978). “Notas para una teoría de la comunicación popular”, en *Christus*, N° 517, Centro de Reflexión Teológica, Cuernavaca.
- Gociol, Judith (2007). *Más libros para más: colecciones del Centro Editor de América Latina*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- Gonzaga Motta, Luiz (1983a). “Entrevista a Jesús Martín Barbero: Comunicación popular y los modelos transnacionales”, en *Chasqui*, N° 8, octubre-diciembre.
- Gonzaga Motta, Luiz (1983b). “Comunicación popular: contradicciones y desafíos”, en *Chasqui*, N° 8, octubre-diciembre.
- González, Jorge (1978). “El teatro popular: un instrumento de comunicación (reflexiones sobre los alcances y límites de una experiencia campesina de autogestión)”, en *Christus*, N° 517, Centro de Reflexión Teológica, Cuernavaca.
- González, Jorge (1980). *Dominación cultural, expresión artística y promoción popular*. México: Centro de Estudios Ecuménicos (Cuadernos de Estudio 5). En colaboración con Laura Sánchez.
- González, Jorge (1983). “Cultura(s) popular(es) hoy. Recovecos en torno al largo y sinuoso camino de la domesticación teórica de una realidad altamente tozuda y contumaz”, en *Comunicación y Cultura*, N° 10, agosto. México: UAM.
- González, Alirio y Rodríguez, Clemencia (2008). “Alas para tu voz. Ejercicios de ciudadanía desde una emisora comunitaria del Piedemonte Amazónico”, en Rodríguez, Clemencia (compiladora). *Lo que le vamos quitando a la guerra (medios ciudadanos en contextos de conflicto armado en Colombia)*. Centro de Competencia en Comunicación para América Latina – Friedrich Ebert Stiftung.
- Gramsci, Antonio (1960). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Lautaro.
- Granados Chapa, Miguel Angel (1980). “Comunicación Alternativa, comunicación del oprimido”, en *Estudios del Tercer Mundo: Comunicación*, Vol. 3, CEESTEM, septiembre, México.
- Graziano, Margarita (1974). “Los dueños de la televisión argentina”, en *Comunicación y Cultura*, N° 3, editorial Galerna, Buenos Aires.
- Graziano, Margarita (1980). “Para una definición alternativa de la comunicación”, en ININCO. Revista del Instituto de Investigaciones de la Comunicación de la Universidad Central de Venezuela, Caracas (pp. 71-74)
- Gumucio Dagron, Alfonso (1983). “Bolivia, radios mineras” y “Nicaragua, cine obrero sandinista” (1983), en *Cuadernos de Comunicación Alternativa-CIMCA*. La Paz, Bolivia.
- Gumucio Dagron, Alfonso y Cajías, Lupe (1989). *Las radios mineras de Bolivia*. La Paz: CIMCA-UNESCO.
- Gumucio-Dagron, Alfonso y Tufte, Thomas –compiladores- (2008). *Antología de comunicación para el cambio social: lecturas históricas y contemporáneas*. La Paz: Plural.

Gutierrez, Francisco (1973] (1982). *El Lenguaje Total. Pedagogía de los Medios de Comunicación*. Buenos Aires: Hvmanitas.

H Hamelink, Cees J. H (1985). *Hacia una autonomía cultural en las comunicaciones mundiales*. Buenos Aires: Ediciones Paulinas – OCIC-AL – UNDA-AL – UCLAP – WACC.

Herralde, Jorge (2001). *Opiniones mohicanas*. Barcelona: El Acantilado.

Hirsz, Ana (1983). “El teatro en el trabajo popular”, en *Chasqui* N° 8, octubre-diciembre.

Huergo, Jorge (2015). *La educación y la vida: un libro para maestros de escuela y educadores populares*. La Plata. Ediciones de Periodismo y Comunicación, Universidad Nacional de La Plata.

I Iglesias, Martín (2015). “A contramano”. *Modelos de gestión y estrategias económicas de las radios comunitarias argentinas en búsqueda de la sustentabilidad (2005-2015)*. Tesis de Maestría en Industrias Culturales. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

J Jaimes, Diego (2010). “¿Comunicación pública alternativa?”, en *Página/12*, 25 de agosto, Buenos Aires.

Jara Holliday, Oscar (2018). *La educación popular latinoamericana. Historia y claves éticas, políticas y pedagógicas*. San José de Costa Rica: Centro de Estudios y Publicaciones Alforja.

Juan XXIII (1961). *Mater et magistra*. Encíclica. San Pedro: 15 de mayo. Recuperado de: http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_15051961_mater.html

Juan XXIII (1963). *Pacem in Terris*. Encíclica. San Pedro: 11 de abril. Recuperado de: http://w2.vatican.va/content/john-xxiii/es/encyclicals/documents/hf_j-xxiii_enc_11041963_pacem.html

K Kaplún, Gabriel (2008). “La calle ancha de la comunicación latinoamericana”, en Gumucio-Dagron, A. y Tufte, T. (compiladores). *Antología de comunicación para el cambio social: lecturas históricas y contemporáneas*. La Paz: Plural.

Kaplún, Mario (1973). *La comunicación de masas en América Latina*. Bogotá: Asociación de Publicaciones Educativas (Educación Hoy-Perspectivas Latinoamericanas).

Kaplún, Mario (1978). “Cassette-foro. Un sistema de comunicación participatoria”, en *Chasqui*, número 7.

Kaplún, Mario [1978] (1999). *Producción de programas de radio: El guión - La realización*. Quito: Ediciones CIESPAL (Colección INTIYÁN) – Editorial Quipus.

Kaplún, Mario (1983). “La comunicación popular. ¿Una alternativa válida?”, en *Chasqui* (segunda época), N° 7.

Kaplun, Mario (1990). *Comunicación entre grupos. El método del cassette-foro*. Buenos Aires: Editorial Hvmanitas.

Kaplún, Mario (1993). “Mis (primeros) cincuenta años de aprendiz de comunicador. Mini-autobiografía profesional de Mario Kaplún”, en *Boletín ALAIC*, N° 7-8. Guadalajara: Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (pp. 125-140).

Kaplún, Mario (1996 [1985]). *El comunicador popular*. Buenos Aires: Lumen / Hvma-

nitás, 1996 [La primera edición corresponde a CESAP-Nederland-CIESPAL].

Kejval, Larisa (2016). *Ante la ley. Reconfiguraciones de la identidad política de las radios comunitarias, populares y alternativas argentinas (1983-2015)*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales Universidad de Buenos Aires.

Koselleck, Reinhart (2004). “Historia de los conceptos y conceptos de historia”, en *Ayer*, N° 53 (p. 27-45).

Kuncar Camacho, Gridvia (1983). *Comunicación alternativa y sindicalismo en Bolivia: la experiencia de las radios mineras*. Tesis para obtener el grado de licenciada en Ciencias de la Comunicación. México DF: Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

L LaCapra, Dominick (1998). “Repensar la historia intelectual y leer textos”, en Palti, Elías -compilador-. *Giro lingüístico e historia intelectual*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes.

Landi, Oscar -compilador- (1987). *Medios, transformación cultural y política*. Buenos Aires: Legasa (Colección Comunicación y Cultura).

Latorre Cabral, Hugo (1969). *La revolución de la Iglesia latinoamericana*. México: Cuadernos de Joaquín Mortíz.

Lavaca (2006). *El fin del periodismo y otras buenas noticias. Los nuevos medios sociales de comunicación: una hipótesis y una guía*. Buenos Aires: Lavaca Editora.

Lazzaro, Luis (2015). *Geopolítica de la palabra. Reflexiones sobre comunicación, identidad y autonomía*. Buenos Aires: CICCUS (Colección Debates).

Lee, John A. R. (1976). *Hacia una política realista de la comunicación. Tendencias e ideas recientes compiladas y analizadas*. París: UNESCO.

Lenarduzzi, Víctor (1998). *Revista “Comunicación y cultura”. Itinerarios, ideas y pasiones*. Buenos Aires: Eudeba.

León Duarte, Gustavo Adolfo (2012). “La Ciespal y la comunicación en América Latina”, en MHCJ n° 3, 9 diciembre.

Lins Da Silva, Carlos Eduardo (1981). “Prensa obrera y sindical”, Chasqui (segunda época), N° 1.

Lizondo, Liliana (2015). *Comunicación con identidad o comunicación comunitaria. El caso de la FM ‘La voz indígena’*. Tesis de Maestría en Planificación y Gestión de la Comunicación. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, UNLP.

López Martín, Sara y Roig Domínguez, Gustavo (2004). *Del tam-tam al doble click. Una historia conceptual de la contrainformación*. Nodo50. Disponible en: <https://info.nodo50.org/Del-tam-tam-al-doble-click-una.html>

López Vigil, José Ignacio (1985). *Una mina de coraje. Radios mineras en Bolivia*. Quito: ALER-PÍO XII.

M MacBride, Sean et al. (1980). *Un solo mundo, voces múltiples. Comunicación e información en nuestro tiempo*. México: Fondo de Cultura Económica / París UNESCO.

Maffullo, Eliana y Stura, Santiago (2013). *Acceso y Participación en la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual. Alcances y limitaciones del nuevo paradigma*. Tesina de grado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

- Mancuso, Mariano (2015). *La Voz, el otro diario de los montoneros*. Buenos Aires: Punto de Encuentro.
- Marques de Melo, José (1980). “Prensa comunitaria en el Brasil (Discusión conceptual y alternativas para la acción)”, en revista *Comunicación*, N° 28-29, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas.
- Marques de Melo, José; Gobbi, María Cristina y Barbosa, Sérgio -organizadores- (2003). *Comunicação Latino-Americana o protagonismo feminino*. São Bernardo do Campo: UMESP; Adamantina: FAI.
- Martín [Barbero], Jesús (1982). “Retos a la investigación de comunicación en América Latina”, en *Comunicación y Cultura*, N° 9. México: UAM.
- Martín-Barbero, Jesús [1972] (2018). *La palabra y la acción. Por una dialéctica de la liberación*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana.
- Martínez Terrero, José (1980). “Comunicación alternativa grupal en América Latina (Características y Experiencias)”, en revista *Comunicación*, N° 28-29, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas.
- Martínez Terrero, José (1982a). “La comunicación popular en el NOMIC”, en *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, UNDA-AL, N° 7, Bogotá, noviembre.
- Martínez Terrero, José (1982b). “Iglesia y comunicación popular”, en *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, UNDA-AL, N° 7, Bogotá, noviembre.
- Martínez Terrero, José (1986). *Comunicación grupal liberadora*. Ediciones Paulinas – OCIC-AL – UNDA-AL – UCLAP – WACC.
- Martínez, Ricardo (1985). “El pensamiento sobre comunicación alternativa en Comunicación”, en *Comunicación*, N° 51-52, Caracas (pp. 129-138).
- Mata, María Cristina; Montesinos Mertz, Dora y Solezzi, Graciela (1976). *Evaluación del Centro de Comunicación Popular de Villa El Salvador*. Lima: Centro de Teleeducación, Universidad Católica del Perú.
- Mata, María Cristina (1981a). “Investigar lo alternativo”, en *Chasqui (segunda época)*, N° 1.
- Mata, María Cristina (1981b). *Periodismo Popular*. Lima: Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (Cuadernos de capacitación 9).
- Mata, María Cristina (1982). “Radio Enriquillo: El proceso de una evaluación”, en *Comunicación y Cultura*, N° 8, julio. México: UAM.
- Mata, María Cristina (1983). “Formación e interrelacionamiento. La experiencia del Programa de Comunicación de CELADEC”, en *Chasqui*, N° 8, octubre-diciembre.
- Mata, María Cristina (2011). “Comunicación popular. Continuidades, transformaciones y desafíos”, en *Oficios Terrestres*, N° 26. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- Mattelart, Armand (2010 [1979]). *Para un análisis de clase de la comunicación. Introducción a Comunicación y lucha de clases /1*. Buenos Aires: Editorial Cooperativa El Río Suena, primera edición en español (Traducción de Mariano Zarowsky).
- Mattelart, Armand *et al.* (1980). “Sobre cultura y poder en la coyuntura actual. Conversación con Armand Mattelart”, en *ININCO. Revista del Instituto de Investigaciones de la Comunicación de la Universidad Central de Venezuela*, Caracas (pp. 24-35)
- Mattelart, Armand (1972) *Agresión desde el espacio. Cultura y napalm en la era de los*

- satélites*. Santiago de Chile: Ediciones del Tercer Mundo, Santiago de Chile, 1972. [La edición latinoamericana la realizó Siglo XXI, 1973]
- Mattelart, Armand (1973a). *La comunicación masiva en el proceso de liberación*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina.
- Mattelart, Armand (1973b). “El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural. “Plaza Sésamo”: prólogo a la telerepresión del año 2.000”, en *Comunicación y Cultura*, N° 1, Santiago de Chile.
- Mattelart, Armand (1977). *Multinacionales y Sistemas de Comunicación*. México: Siglo XXI.
- Mattelart, Armand (1981a). *Comunicación y nueva hegemonía*. Santo Domingo, Lima, CEDEE/CELADEC (Centro Dominicano de Estudios de la Educación/ Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana).
- Mattelart, Armand (1981b). *Comunicación y transición al socialismo. El caso de Mozambique*. México: Ediciones Era.
- Mattelart, Armand (2011 [1983]). *Para un análisis de las prácticas de comunicación popular. Introducción a Comunicación y lucha de clases / 2*. Buenos Aires: El Río Sueña.
- Mattelart, Armand (2014). *Por una mirada-mundo. Conversaciones con Michel Sénécal. Un recorrido por la trayectoria de uno de los grandes investigadores de la comunicación y la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michèle (1972). “Ruptura y continuidad en la comunicación: puntos para una polémica”. *Cuadernos de la Realidad Nacional*, Santiago de Chile, N° 12 (pp. 100-143).
- Mattelart, Armand y Mattelart, Michèle (1977). *Frentes culturales y movilización de masas*. Barcelona: Anagrama.
- Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor (1979). “El imperialismo cultural”, en *Comunicación y Cultura*, N° 7, febrero. México: Nueva Imagen.
- Mattelart, Armand y Schmucler, Héctor (1982). “Construir la democracia”, en *Comunicación y Cultura*, N° 7. México: UAM. (pp. 7-10)
- Mattelart, Armand; Biedma, Patricio y Funes, Santiago [1971] (1974). *Comunicación masiva y revolución socialista*. México: Editorial Diógenes.
- Mattelart, Armand; Castillo, Carmen y Castillo, Leonardo (1970). *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*. Buenos Aires: Signos.
- Mattelart, Armand; Mattelart, Michèle y Piccini, Mabel (1970). “Los medios de comunicación de masas: la ideología de la prensa liberal en Chile”, en *Cuadernos de Estudios de la Realidad Nacional*, N° 3, Santiago de Chile.
- Mattelart, Michèle y Piccini, Mabel (1974). “La televisión y los sectores populares”, en *Comunicación y Cultura*, N° 2, Buenos Aires.
- Mattelart, Michèle (1979). “Creación popular y resistencia al sistema de los medios de comunicación. La experiencia de Chile Popular” en *Comunicación y Cultura*, N° 7, febrero. México: Nueva Imagen.
- Mattelart, Michèle (2011). “Comunicación y movimiento popular: Un momento emblemático. Chile 1970-1973”, en *Chasqui* N° 116, diciembre, pp. 75-80.
- McKenzie, D. F. (2005). *Bibliografía y sociología de los textos*. Madrid: Akal.

- Meditich, Eduardo (2002). "A filosofía marxista-cristã de Paulo Freire no estudo da mídia: uma matriz abortada", en Marques de Melo, José; Gobbi, María Cristina y Kunsch, Waldemar Luiz (organizadores). *Matrizes comunicacionais latino-americanas. Marxismo y cristianismo*. São Bernardo do Campo: UESP, Cátedra Unesco de Comunicação para o Desenvolvimento Regional.
- Moeller, Wolfgang (1981). *Ausgewählte aspekte der teleducación in Lateinamerika am Beispiel Peru*. Ersten Staatsprüfung für das Lehramt an öffentlichen Schulen der Sekundarstufe. Universität Bremen. Disponible en: <https://do-cplayer.org/109498769-Ausgewaehlte-aspekte-der-teleducaclon-in-la-teinamerika-am-beispiel-perus.html> (Consultado 9/3/19).
- Moles, Abraham. *Sociodinámica de la cultura*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Moncloa, Francisco (1975). "Prensa y poder en el Perú", en *Crisis*, N° 21. Buenos Aires
- Moncloa, Francisco (1977). *Perú: qué pasó (1968-1976)*. Lima: Editorial Horizonte.
- Moragas Spà, Miguel (1981). *Teorías de la comunicación. Investigaciones sobre medios en América y Europa*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Moragas Spà, Miguel (2018). "Funciones y responsabilidades de las asociaciones de comunicación. 40 años con ALAIC", en Covi Druetta, Delia y Cimadevilla, Gustavo. *Del mimeógrafo a las redes digitales. Narrativas, testimonios y análisis del campo comunicacional en el 40 aniversario de ALAIC*. Brasil: ALAIC.
- Morales, Eduardo (1978). *Proceso de democratización y medios informativos: el caso de los sectores populares*. Mimeo. Documento de Trabajo N° 73/78. Chile: FLACSO.
- Moro, Sebastián (2013). "La universidad desconocida", en *Unidiversidad*, 19 y 21 de junio. Disponible en: <http://www.unidiversidad.com.ar/la-universidad-desconocida> Última consulta: 21/4/2019.
- Morone, Rodolfo y De Charras, Diego (2009). "El servicio público que no fue. La televisión en el tercer gobierno peronista", en Mastrini, G. -editor-. *Mucho ruido y pocas leyes: economía y políticas de comunicación en la Argentina 1920-2007*. Buenos Aires: La Crujía.
- Muniz Jr., José de Souza (2016) "Debates sobre globalización editorial", Cursos Virtuales Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires.
- Muñoz Flores, Constanza; Pérez Cornejo, Paula y Poblete Cortés, Mariana (2019). *Quimantú, el legado perdido*. Memoria para optar al título de periodista. Santiago de Chile: Instituto de la Comunicación e Imagen, Universidad de Chile.
- Muraro, Heriberto (1971). "El poder de los medios de comunicación de masas", en *Transformaciones. Enciclopedia de los grandes fenómenos de nuestro tiempo*, N° 1. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Muraro, Heriberto (1973a). "La manija", en *Crisis*, N° 1, mayo. Buenos Aires.
- Muraro, Heriberto (1973b). "La manija (II). Los dueños de la televisión argentina", en *Crisis*, N° 2, junio. Buenos Aires.
- Muraro, Heriberto (1973c). "La manija (III). El negocio de la publicidad en la televisión argentina", en *Crisis*, N° 3, julio. Buenos Aires.
- Muraro, Heriberto (1974a). *Neocapitalismo y comunicación de masa*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- Muraro, Heriberto (1974b). "Poner el caballo delante del carro. La estatización de la TV argentina", en *Crisis* N° 16, agosto. Buenos Aires.

Muraro, Heriberto, con colaboraciones de Aníbal Ford (1975). “ ‘ Molto piú sincero ’ . Publicidad y sociedad de la pobreza”, en *Crisis*, N° 22, febrero. Buenos Aires (pp. 17-20)

N Neiburg, Federico y Plotkin, Mariano -compiladores- (2004). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós.

Nethol, Ana María (1983). “El papel de la comunicación y los procesos populares”, en *Comunicación y Cultura*, N° 9. México: UAM.

Nethol, Ana María; Arbide, Dardo; Crivos, Marta y Ferrarini, Stella (1973). “El libro de lectura de la escuela primaria en Argentina”, en *Comunicación y Cultura* N° 1, Santiago de Chile.

Nixon, Raymond (1963). *Investigaciones sobre comunicación colectiva*. Quito: CIESPAL.

O O ’ Sullivan-Ryan, Jeremiah (1983). “Radiodifusión cristiana en América Latina”, en *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, UNDA-AL, N° 8, Bogotá, marzo.

O ’ Sullivan-Ryan, Jeremiah –editor- (1989). *Alternativas comunicacionales en Venezuela –experiencias-*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello, Escuela de Comunicación Social.

Olivera, Manuel (1979). “Análisis al texto de Puebla sobre los medios de comunicación social”, en revista *Comunicación*, N° 23-24, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas.

Oñate, Rody (1973). “El surazo en tres dimensiones. Análisis de una experiencia”, en *Comunicación y Cultura*, N° 1, Santiago de Chile.

Ortega, Gregorio (1989). *La coletilla. Una batalla por la libertad de expresión 1959-1962*. La Habana: Editora Política.

Ossandon, Fernando (1983). “Democratización de las comunicaciones”, en *Chasqui* N° 8, octubre-diciembre.

P Pablo VI (1963). *Decreto Inter Mirifica. Sobre los medios de comunicación social*. San Pedro: 4 de diciembre. Recuperado de http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_decree_19631204_inter-mirifica_sp.html. Última consulta: 2/4/2019.

Pablo VI (1967). *Carta Encíclica Populorum Progressio*. San Pedro: 26 de marzo. Recuperado de http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/encyclicals/documents/hf_p-vi_enc_26031967_populorum.html. Última consulta: 22/4/2019.

Paiva, Alfredo (1984). “La capacitación en la comunicación popular”, en VV.AA. *Comunicación popular educativa*. Quito: CIESPAL.

Palti, Elías -compilador- (1998). *Giro lingüístico e historia intelectual*. Bernal: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes (Colección Intersecciones).

Pasquali, Antonio (1991). *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Caracas: Monte Ávila Editores (Perspectiva Actual).

Pasquini, José M. (1981a). “Agencias de noticias alternativas en América Latina”, en *Chasqui* (segunda época) N° 1

Pasquini, José M. (1981b). “Experiencias y proyectos de comunicación alternativa en agencias de prensa”, en *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, UNDA-AL, N° 3, marzo.

Peirano, Luis (1995). “El Centro de Comunicación Popular de Villa El Salvador”, en

- Lewis, Peter -compilador-. *Medios de comunicación alternativos: La conexión de lo mundial con lo local*. París: Ediciones UNESCO.
- Peirano, Luis; Ballon, Eduardo; Bartet, Leyla; Valdéz, Gilberto (1978). *Prensa: apertura y límites*. Lima: DESCO-Centro de Estudios de Promoción del Desarrollo.
- Peppino Barale, Ana María (1991). *Radiodifusión educativa*. Guernika (Colección Ensayos, 36) - Universidad Autónoma Metropolitana – Azcapotzalco / Sección Editorial.
- Peppino Barale, Ana María (1993), *Radio popular en América Latina. Inventario de organizaciones*. Guernika-UAM-Azcapotzalco, México.
- Peppino Barale, Ana María (1999). *Radio educativa, popular y comunitaria en América Latina. Origen, evolución y perspectivas*. México: Plaza y Valdés.
- Pérez Iribarne, Eduardo (1973). “El bombardeo de la UPI”, en revista *Mensaje*, N° 22, agosto (p. 363-368).
- Petras, James (1971). “Bolivia entre revoluciones”, en *Los Libros*, N° 19, mayo.
- Picco, Ernesto (2013). “Sistemas mediáticos subnacionales argentinos: heterogeneidad y diferencias en contextos neopopulistas”, en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, Número 45, Quito, mayo 2013.
- Pinto Parabá, Miguel (2005). 1970. *Cuando los periodistas se enfrentaron al poder*. La Paz: Editorial Malatesta, Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA) y ENTEL.
- Pinto Vallejos, Julio -coordinador- (2005). *Cuando hicimos historia: la experiencia de la Unidad Popular*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Pío XI (1929). “Divini illius magistri. Sobre la educación cristiana”. San Pedro: 31 de diciembre. Recuperado de <http://www.clerus.org/clerus/dati/2000-03/23-7/DIVINILIUS.html>. Última consulta: 16 de febrero de 2018.
- Pontifica Comisión para los Medios de Comunicación Social (1971). Instrucción Pastoral *Communio et Progreso* sobre los medios de comunicación social, preparada por mandato especial del Concilio Ecuménico Vaticano II. Roma. Disponible en http://www.vatican.va/roman_curia/pontifical_councils/pccs/documents/rc_pc_pccs_doc_23051971_communio_sp.html. Última consulta: 1/4/2019.
- Ponza, Pablo y Wild, Carolina (2017). “Escuela de Ciencias de la Información (1972-1984): Composición institucional y socio-cultural del Colectivo Estudiantil”. Trabajo presentado en las VI Jornadas de Historia Social y IV Encuentro de la Red Internacional de Historia Social. La Falda. Inédito. Disponible en: <http://hdl.handle.net/11086/5029>
- Portales, Diego (1981). *Poder económico y libertad de expresión. La industria de la comunicación chilena en la democracia y el autoritarismo*. México: ILET – Editorial Nueva Imagen.
- Portales, Diego et al (1982). *Comunicación transnacional. Conflicto político y cultural*. Lima: DESCO – ILET.
- Prieto Castillo, Daniel (1991 [1980]). *Discurso autoritario y comunicación alternativa*. México: La Premia Editora (La Red de Jonás), quinta edición. [Edición original en Edicol]
- Prieto Castillo, Daniel (1994 [1979]). *Retórica y manipulación masiva*. México: Ediciones Coyoacán.

Prieto, Iris, Durante Rincón, Esther y Ramos, María Alejandra (2008), “Experiencia educativa de la radio en América Latina”, en: Revista de Ciencias Sociales, v.14, n.1, Marcaibo, abril. Disponible en: <http://www.scielo.org/ve/scielo.php?pid=S1315-95182008000100006&script=sci_arttext>.

Proaño, Luis (1983). “Comunicación popular: ¿futuro incierto?”, en *Chasqui*, N° 8, octubre-diciembre.

Prodnik, Jernej Amon (2017). “ ‘ Well friends, let’s play jazz ’ . An Interview with Cees Hamelink”, en *tripleC*, N° 15 (pp. 262-284). Disponible en <http://www.triple-c.at>

Pulleiro, Adrián (2011), *La radio alternativa en América Latina: debates y desplazamientos en la década de 1990*. Universidad de Buenos Aires, Facultad de Ciencias Sociales, Carrera de Ciencias de la Comunicación.

Q Quiroga, Néstor Hugo y Albó, Xavier (1974). “La radio como expresión libre del aymara”, en *Chasqui*, número 7.

R Ramirez, Alejandro (2017). *El campo de la comunicación en los escenarios latinoamericanos: contextos, debates, propuestas e itinerarios*. Tesis de Doctorado. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.

Ramos Martín, Juan (2015). *La revolución de los desheredados. Participación de las redes de medios comunitarios y alternativos en la construcción de políticas de comunicación en Bolivia*. Tesis del Programa de Doctorado sobre Estado de Derecho y Gobernanza Global, Universidad de Salamanca.

Rey, José Ignacio (1980). “Comunicación alternativa y comunicación popular. Aproximaciones a una teoría de la comunicación alternativa”, en revista *Comunicación*, N° 28-29, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas.

Reyes Matta, Fernando -editor- (1977). *La información en el nuevo orden internacional*. México: Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales.

Reyes Matta, Fernando (1978). “Un modelo de comunicación con participación social activa”, en *Nueva Sociedad*, N° 38, septiembre-octubre (pp. 94-110).

Reyes Matta, Fernando -compilador- (1983). *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. Chile: ILET - Friedrich Ebert Stiftung, segunda edición.

Reyes Matta, Fernando (2016). “La comunicación en el debate internacional 1976-2016”, en Revista *Diplomacia*, N° 132, agosto.

Reyes Velásquez, Jaime (1995). “La radio alternativa: acceso, participación y solidaridad (Bolivia)”, en Lewis, Peter -editor-. *Medios de comunicación alternativos: La conexión de lo mundial con lo local*. Francia: UNESCO.

Ribeiro Salles, Paula (2013). *Documentação e comunicação popular: a experiência do CPV - Centro de Pastoral Vergueiro (São Paulo/SP, 1973-1989)*. Tesis de Mestrado em História Social, Pontificia Universidade Católica de São Paulo.

Ribeiro, Darcy (1972). “Nuevos caminos de la Revolución Latinoamericana”, en *Estudios Internacionales*, Año 5, N° 18 (abril-junio), pp. 3-28. Instituto de Estudios Internacionales Universidad de Chile. Disponible en: URL: <http://www.jstor.org/stable/41390734>. Consultado 08/03/2019.

Ricoeur, Paul (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2ª edición.

- Rinesi, Eduardo (2016). Intervención en la mesa redonda “Comunicación y democracia: la ciencia social frente a la cuestión de los derechos”. Publicada en *REVCOM*, Año 1, número 2, junio (Sección Encuentros).
- Rivera Aravena, Carla (2015). “Diálogos y reflexiones sobre las comunicaciones en la Unidad Popular. Chile, 1970-1973”, en *Historia y Comunicación Social*, Vol. 20, Núm. 2, Universidad de Santiago de Chile (pp. 345-367).
- Rodríguez, Abelandia (1975). “El papel de los medios masivos en la política cultural de la junta militar chilena”, en *Comunicación y Cultura*, Nº 4, Buenos Aires.
- Roncagliolo, Rafael (1986). “Investigación y políticas sobre Nuevas Tecnologías de Comunicación en América Latina: una reflexión personal”, en *Revista Telos*, Nº 7. Disponible en: http://www.quadernsdigitals.net/datos/hemeroteca/r_32/nr_337/a_4308/4308.html (Consultado 9/3/2019)
- Roncagliolo, Rafael (1996). “Libertad de expresión radiofónica”, en *Chasqui*, número 96, diciembre (pp. 48-51).
- Roncagliolo, Rafael y Macassi, Sandro (1989). “Prensa y poder en el Perú”, en *Diálogos de la comunicación*, Nº 24.
- Roncagliolo, Rafael y Reyes Matta, Fernando (1978). *Iglesia, prensa y militares. El caso Riobamba y los obispos latinoamericanos*. México: ILET.
- Ruiz Eldredge, Alberto -compilador- (1979). *El desafío jurídico de la comunicación internacional*. México: ILET / Nueva Imagen.
- S** Sáez Baeza, Chiara (2008). *Tercer sector de la comunicación. Teoría y praxis de la televisión alternativa. Una mirada a los casos de España, Estados Unidos y Venezuela*. Tesis Doctoral, Programa de Doctorat en Periodisme y Ciències de la Comunicació, Departament de Periodisme, Facultat de Ciències de la Comunicació, Universitat Autònoma de Barcelona.
- Salazar Bondy, Augusto (1966). “Cultura de la Dominación”, en VV.AA. *Perú Problema*. Lima: Moncloa – Campodónico editores asociados.
- Sánchez Narvarte, Emiliano (2019). *Antonio Pasquali, un itinerario intelectual transnacional: comunicación, cultura y política (1958-1989)*. Tesis de Doctorado en Comunicación. La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata.
- Sánchez, Pedro (1989). “El sistema ALER”, en *Chasqui* Nº 32, octubre-diciembre (pp- 58-63)
- Santa Cruz, Adriana y Erazo, Viviana (1980). *Compropolitan. El orden transnacional y su modelo femenino. Un estudio de las revistas femeninas en América Latina*. México DF: ILET / Nueva Imagen
- Schenkel, Peter y Ordóñez, Marco -editores- (1975). *Comunicación y Cambio Social*. Quito: ILDIS y CIESPAL.
- Schmucler, Héctor (1975). “La investigación en comunicación masiva”, en *Comunicación y Cultura*, Nº 4, Buenos Aires.
- Schumann, Peter (1987). *Historia del cine latinoamericano*. Buenos Aires: Legasa.
- Segura, Soledad (2011). *Las disputas por democratizar las comunicaciones. Las tomas de posición de las organizaciones sociales (Córdoba, 2001-2009)*. Tesis para optar por título de Doctor en Ciencias Sociales, FSOC, UBA, 2011.
- Selser, Gregorio (1980). “América Latina: nuevo orden informativo internacional”,

en *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, UNDA-AL, N° 1, Bogotá (pp. 4-29).

Selser, Gregorio y Roncagliolo, Rafael (1979). *Trampas de la información y neocolonialismo. Las agencias de noticias frente a los países no alineados*. México: Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET).

Servetto, Alicia (2010). 73/76: *El gobierno peronista contra las “provincias montoneras”*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Silva Pintos, Virginia (2010). “Marío Kaplún”, en *Question*, N° 28. Recuperado a partir de <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/1097> (Consultado 9/3/19)

Simpson Grimberg, Máximo (1981). *Comunicación alternativa y cambio social. I. América Latina*. México DF: UNAM.

Sindicato de Luz y Fuerza – Capital Federal (1972). *Pautas para una política nacional*. Buenos Aires: 2 de octubre.

Skinner, Quentin (2007). *Lenguaje, política e historia*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Sorá, Gustavo (2017). *Editar desde la izquierda en América Latina. La agitada historia del Fondo de Cultura Económica y de Siglo XXI*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Spivacow, Boris (1995). *Memoria de un sueño argentino*. Entrevistas de Delia Maunás. Apéndices de Víctor Pesce y Carmen González de García. Buenos Aires: Ediciones Colihue.

Spoletini, Benito D (1985), *Comunicación e Iglesia Latinoamericana*, Ediciones Paulinas, Santa Fe de Bogotá, Colombia.

Suárez, Hugo José (2001). *¿Ser cristiano es ser de izquierda? Sociología de las transformaciones simbólicas de los cristianos de los años 60 en Bolivia*. Tesis de Doctorado en Sociología. Lovana La Nueva.

Suasnábar, Claudio (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: Manantial.

T Tapia Delgado, Gorki (1973). “ ‘ Los Picapiedra ’, Aliados del Imperialismo. Ideología y Medios de Comunicación de Masas”, en revista *Textual*, N° 8 (p. 63-66).

Taufig, Camilo (1973). *Periodismo y lucha de clases*. Chile: Ediciones Quimantú.

Tauk Santos, Maria Salett (2002). “Comunicação participativa e ação libertadora: marxismo e cristianismo combinados na teoria da comunicação dos anos 1970 a 1980”, en Marques de Melo, José; Gobbi, María Cristina y Kunsch, Waldemar Luiz (organizadores). *Matrizes comunicacionais latino-americanas. Marxismo y cristianismo*. São Bernardo do Campo: UESP, Cátedra Unesco de Comunicação para o Desenvolvimento Regional.

Thorndike, Guillermo (1976). *No, mi general*. Lima: Mosca Azul Editores.

Torres, Juan José (1971). “El pensamiento del general Juan José Torres”, en *Cuadernos de Marcha*, N° 51, julio.

Toscano, Diego (2010). “El ‘ asalto militar ’ a Canal 10. Un marco interpretativo”, ponencia presentada en las Cuartas Jornadas de Jóvenes Investigadores UNT - CONICET Tucumán, 22, 23 y 24 de junio. Recuperado de <http://scait.ct.unt.edu.ar/pubjornadas2010/trabajos/126.pdf> (14/01/2019).

Trejo Delarbre, Raúl (1980 [1975]). *La prensa marginal*. México: Ediciones “El Caballito”, segunda edición.

U Uceda, Ricardo (1982). “Como se hizo el Diario de Marka”, en *Chasqui* (segunda época) Nº 3

UNDA-AL (1982). “Iglesia y nuevo orden mundial de la comunicación (Conclusiones y recomendaciones del Seminario sobre ‘Iglesia y Nuevo Orden Mundial de la Información y de la Comunicación’ (NOMIC) celebrado en Embú, Estado de São Paulo, Brasil, del 8 al 12 de octubre de 1982”, en *UNDA-AL Comunicación: Estudios y Documentos*, UNDA-AL, Nº 7, Bogotá, noviembre.

V Vaca Gutiérrez, Hernán (2017). *Procesos interactivos mediáticos de Radio Sutatenza con los campesinos de Colombia (1947-1989)*. Cali: Universidad Autónoma de Occidente

Vanderhoff, Francisco (1978). “Evangelización y comunicación popular: Situación, posibilidades y límites de la comunicación popular en América Latina”, en *Christus*, Nº 517, Centro de Reflexión Teológica, Cuernavaca.

Vector (1981). “El concepto de comunicación alternativa”, en revista *Comunicación*, Nº 35-36, Centro de Comunicación Jesús María Pellín, Caracas, noviembre-diciembre.

Verbitsky, Horacio (1975). *Prensa y poder en Perú*. México: Extemporáneos.

Verbitsky. Horacio y Sztulwark, Diego (2018). *Vida de perro. Balance político de un país intenso, del 55 a Macri*. Buenos Aires: Siglo XXI / Tinta Limón

Vidal-Beneyto, José -editor- (1979). *Alternativas populares a las comunicaciones de masa*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas (Colección Monografías, Nº 12-13).

Villamayor, Claudia y Lamas, Ernesto (1998). *Gestión de la radio comunitaria y ciudadana*. Quito: FES/ AMARC.

Vinelli, Natalia y Rodríguez Esperón, Carlos (compiladores) (2004), *Contrainformación. Medios alternativos para la acción política*, Peña Lillo/Contiente, Buenos Aires. Edición electrónica: www.dariovive.org, 2008.

Vinelli, Natalia (2014). *La televisión desde abajo. Historia, alternatividad y periodismo de contrainformación*. Buenos Aires: El Topo blindado / El río suena.

VV.AA (1981). *Políticas nacionales de comunicación*. Quito: CIESPAL y Fundación Friedrich Ebert.

VV.AA. (1982a). *Por una información libre y liberadora*. Lima: CELADEC.

VV.AA. (1982b). *Comunicación y democracia en América Latina*. Lima: DESCO-CLACSO.

VV.AA. (1987). *Radio y Comunicación Popular en el Perú*. Lima: CEPES (Centro Peruano de Estudios Sociales).

VV.AA. (1988). *Teoría y praxis de la Iglesia latinoamericana en comunicaciones sociales (25 años después de la Inter Mirifica)*. Bogotá: Consejo Episcopal Latinoamericano – Departamento de Comunicación Social.

W Walger, Sylvia y Ulanovsky, Carlos (1974). *TV Guía Negra. Una época de la televisión en la Argentina en otra época*. Buenos Aires: Ediciones de La Flor.

Weinstein, Barbara (2013). “Pensando la historia más allá de la nación: la historiografía de América Latina y la perspectiva transnacional”, en *Aletheia*, volumen 3,

número 6, julio. La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Maestría en Historia y Memoria.

White, Robert (1989). “La teoría de la comunicación en América Latina”, en *Telos*, Nº 19 (pp. 43-54).

Williams, Raymond (1994 [1981]). *Sociología de la cultura*. Barcelona: Paidós.

Y Yankelevich, Pablo (2009). *Ráfagas de un exilio: argentinos en México, 1974-1983*. México DF: El Colegio de México.

Z Zabaleta Mercado, René (1974). *El poder dual en América Latina. Estudio de dos casos de Bolivia y Chile*. México: Siglo XXI.

Zarowsky, Mariano (2010), “De la desmitificación de la historieta a la historia del mito: una genealogía de Para leer al Pato Donald”, ponencia al Primer Congreso Internacional de Historietas Viñetas Serias, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

Zarowsky, Mariano (2011). *Del laboratorio chileno a la comunicación mundo. Ciencia, cultura y política en el itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Tesis para optar por título de Doctor en Ciencias Sociales, FSOC, UBA, 2011.

Zarowsky, Mariano (2014). “Praxis editorialista y proyecto intelectual en el itinerario de Héctor Schmucler: Avatares de la emergencia de los estudios en comunicación y cultura en la Argentina”. Trabajo presentado en las VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, Ensenada. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4281/ev.4281.pdf

Zarowsky, Mariano (2016). “Nueva izquierda, sociología y medios de comunicación: itinerario de Heriberto Muraro en los años sesenta y setenta”, ponencia presentada en las IX Jornadas de Sociología de la UNLP, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.8888/ev.8888.pdf

Zenteno, Arnaldo (1978). “Tres experiencias de evangelización-comunicación popular”, en *Christus*, Nº 517, Centro de Reflexión Teológica, Cuernavaca.

Revistas consultadas

Cuadernos de la Realidad Nacional (1969-1973)

Los Libros, Nº 1-43 (1969-1975)

Crisis (1973-1976)

Comunicación y Cultura (1973-1975 / 1978-1979 / 1982-1985)

Chasqui, primera época (1974-1978)

Comunicación [Venezuela], Nº 1-36 (1975-1981)

UNDA-AL Comunicación / Comunicación América Latina (1980-1989)

Chasqui, segunda época. (1981-2019)

Nueva Sociedad, varios números

Casa de las Américas, varios números

Cuadernos de Marcha. Nº 26, Nº 30, Nº 51

Christus, Nº 517 (1978)

ININCO, Nº 1 (1980)

Cuadernos de Comunicación. Ministerio de Cultura y Educación de la Nación - Departamento de Comunicaciones Sociales. Año 1974 – Nº 1

Webs consultadas

CIESPAL <https://ciespal.org/historia/>

CENECA <http://www.archivoceneca.cl/>

CAMENA (Archivo de Gregorio y Marta Selser) <https://selser.uacm.edu.mx/>

Entrevistas

Propias

Frank Gerace, 18 de enero de 2017. Por videollamada.

Fernando Reyes Matta, 12 y 14 de enero de 2018. Personal.

Armand Mattelart, 9 de julio de 2018. Por correo electrónico.

Jesús María Aguirre. 4 y 6 de marzo de 2019. Por correo electrónico.

María Cristina Mata. 13 de abril de 2019. Personal.

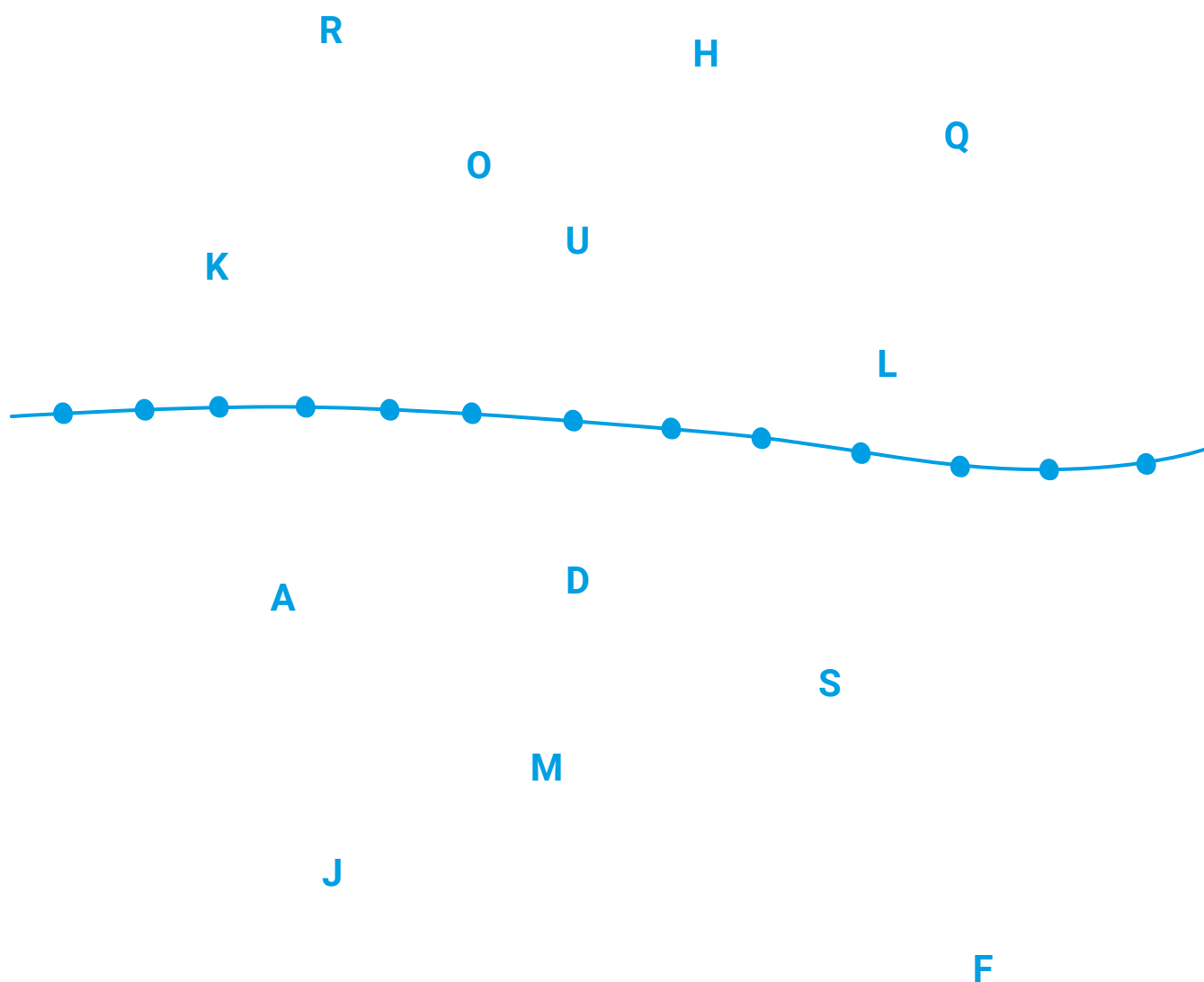
Otras

Nicolás Casullo en Memoria Abierta

Ana Amado en Memoria Abierta.

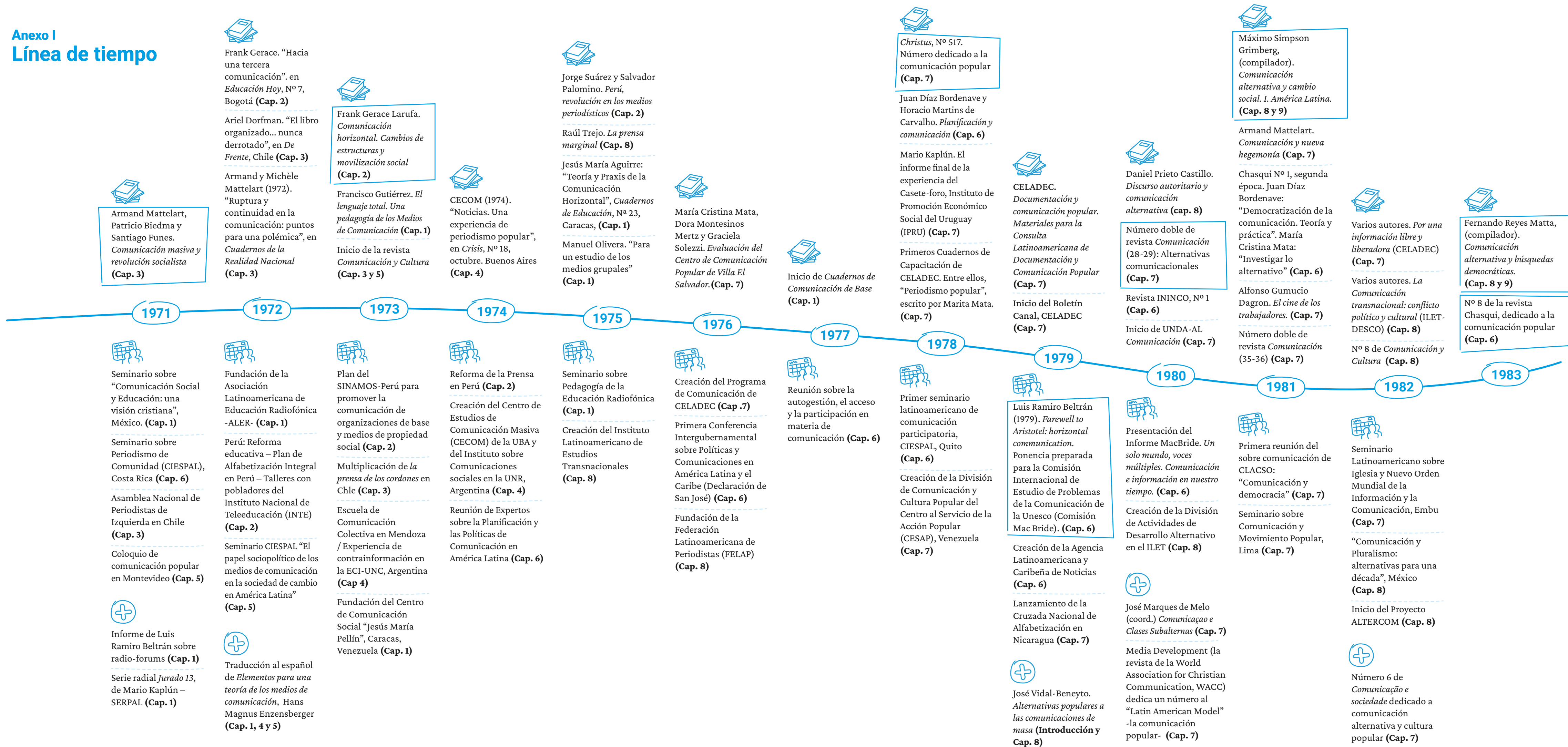
Jesús María Aguirre por Emiliano Sánchez Narvarte, 14 de marzo de 2016

ANEXOS



Anexo I

Línea de tiempo



Anexo II

Índice onomástico

A

Abbattista, María Lucía: 152, 153
 Abel, Elie: 193, 195
 Acción de Sistemas Informativos Nacionales (ASIN): 225, 269, 310
 Achugar, Walter: 173
 Acosta, Leonardo: 179
 ACPO: 40, 43, 57, 221
 Adams, Thomas: 76
 Adorno, Theodor: 144, 146
 Adus Nobile, Lucas: 156
 Affonso, Almino: 106
 Agencia de Prensa Africana (PANA): 204, 310
 Agencia Finalndesa para el Desarrollo Internacional (FINNIDA): 324
 Agudo Freitas, Raúl: 191, 216
 Aguiar Beltrán, César: 53
 Aguilar Camín, Héctor: 284
 Aguirre Bianchi, Claudio: 123, 130, 131
 Aguirre, Jesús María: 16, 58, 64, 65, 66, 146, 171, 255, 263, 264, 265, 334
 Aguirre, Luis María: 49
 Aharonian, Aram: 192
 Akporuaro Omu, Freed Isaac: 193, 194
 Alatríste, Sealtiel: 299
 Alba Robayo, Vicente: 213
 Alberti, Blas: 160
 Alberti, Giorgio: 176
 Albó, Xavier: 221
 Albornoz, César: 108, 110, 122, 123
 Alemán, Luis: 251
 Alessandri, Jorge: 108, 121
 Alfaro, Rosa María: 76
 Alfonso, Alfredo: 25, 27
 Alfonso, Carlos: 342
 Allende, Isabel: 300
 Allende, Salvador: 29, 30, 49, 66, 71, 72, 76, 103, 104, 108, 109, 112, 119, 122, 123, 128, 129, 135, 136, 164, 268, 292
 Allendes, Cecilia: 123, 336
 Almeyda, Clodomiro: 137

Altamirano, Carlos: 10, 144
 Althusser, Louis: 148
 Álvarez Icaza, José: 225, 226, 240, 258, 341
 Álvarez, Emiliano: 176
 Álvarez, Jorge: 299
 Alves Pinto, Ziraldo: 229
 Alves, Rubem: 48
 Amado, Ana María: 153, 295, 320, 335
 Amengual, Lorenzo: 153, 157
 Amis, Samir: 49
 Ancízar, Alberto: 270
 Andión, Eduardo: 297
 Angel, Miguel Arnulfo: 107
 Antico, Diego Martín: 156
 Anzola, Patricia: 271
 Anzuela, Fernando: 247
 Araujo Medina, Cremilda: 216
 Arbide, Dardo: 176, 181
 Argumedo, Alcira: 26, 29, 30, 32, 144, 156, 188, 278, 292, 294, 298, 300, 307, 335
 Aricó, José: 140
 Aristóteles, 198, 201, 313, 340
 Arns, Paulo Evaristo: 266
 Arrieta Abdalla, Mario: 258, 259, 288
 Arroyo Huanira, Moisés: 214
 Ascarrunz, Eduardo: 97
 Asociación Internacional de Estudios en Comunicación Social (AIERI / IAMCR): 267, 269, 276
 Asociación de Mujeres Nicaragüenses Luisa Amanda Espinoza: 251
 Asociación Latinoamericana de Educación Radiofónica (ALER): 38, 51, 56, 212, 269, 282, 333
 Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación (ALAIIC): 264, 271, 293, 294, 322
 Asociación Latinoamericana de Periodistas para el Desarrollo (ALACODE): 294
 Asociación Mexicana de Investigadores en Comunicación (AMIC): 318

Asociación Mundial de Radios Comunitarias (AMARC): 89, 328
 Asociación Pro-Emisoras Culturales: 51
 Asociación Venezolana de Investigadores en Comunicación (AVIC): 259
 Assmann, Hugo: 49, 66, 169, 170, 171, 172, 173, 175, 214, 264
 Avaria, Antonio: 107
 Azcueta Gorostiza, Miguel: 200, 238, 253

B

Bailey Gutiérrez, Alberto: 95, 96, 98, 99, 288
 Baldelli, Pío: 328
 Baldivia Urdininea, José: 288
 Ballochi, Roberto: 179
 Ballón, Eduardo: 81, 89, 91
 Balocchi, Roberto: 94
 Bambirra, Vania: 106
 Bandeira, Marina: 44
 Banzer Suárez, Hugo: 101, 283
 Baran, Paul: 146, 148, 306, 339
 Barbosa, Sérgio: 336
 Barker, Nicholas: 76
 Barraclough, Solon: 175
 Barranquero, Alejandro: 10, 15, 41, 44, 49, 172, 189, 198, 201, 214, 215, 249
 Barrera, Manuel: 266
 Barrientos Ortuño, René: 95, 96
 Barrón, Amalia: 98
 Bartet, Leyla, 81, 89, 91
 Barthes, Ronald: 106, 108, 164
 Bazin, Maurice: 175, 179, 181
 Beca, Carlos Eugenio: 106
 Beigel, Fernanda: 10, 170, 174
 Belaúnde Terry, Fernando: 71, 73
 Beltrán, Luis Ramiro: 19, 26, 31, 39, 40, 57, 76, 78, 91, 93, 94, 154, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 194, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 204, 209, 215, 221, 226, 235, 237, 260, 271, 282, 296, 298, 305, 313, 331, 334, 335, 339

Beltrao, Luiz: 265
 Benavides González, Manuel: 214
 Berardi, Franco (Bifo): 341
 Berlo, David K.: 189
 Bernetti, Jorge Luis: 285
 Berríos, Rubén: 93
 Berryman, Philip: 45, 46, 48, 49, 248, 249
 Bhaskar, Michael: 13
 Bianchetti, Lucídio: 106
 Biedma, Patricio: 18, 23, 70, 106, 107, 109, 113, 120, 121, 122, 174, 182, 327, 336
 Bisbal, Marcelino: 67, 259, 263, 267, 346
 Blanco, Alejandro: 10
 Blanes, José: 255
 Block de Behar: 141
 Boal, Augusto: 79, 80, 145, 178, 198, 264, 316
 Boff, Leonardo: 48
 Bogarín, Ramón: 41
 Boggio, Ana: 80, 81
 Boletín ALTERCOM: 325
 Boletín Canal: 239, 254
 Boletín del MDA: 260
 Boletín Solidaridad (Chile): 309
 Bolívar, Simón: 73, 345
 Bonasso, Miguel: 285
 Bonazzi, Marisa: 176
 Bonilla de Ramos, Elsy: 170
 Bonilla, Heraclio: 176
 Borge, Tomás: 250
 Borrás, Leopoldo: 333
 Borrat, Héctor: 46, 48
 Bosco Pinto, Joao: 107, 169, 199, 215, 226, 260, 271
 Bosovsky, Guillermo: 251
 Botero Restrepo, Juan: 39
 Bourdieu, Pierre: 14
 Brandt, Willy: 290
 Braun, Juan: 216
 Brecht, Bertolt: 20, 115, 117, 181, 198, 210, 235, 315
 Bretto, Frei: 43
 Briski, Norman: 152, 153
 Brito, Berta: 266
 Brodersohn, Víctor: 144
 Brugaletta, Federico: 169
 Brumana, Fernando: 143

Bueno, Mónica: 140
 Bunster, Álvaro: 293
 Busanche, Mabel: 238
 Bustamante, Carlos: 213
C
 Cabaço, José Luis: 195, 257
 Cabezas, Antonio: 223
 Cabral, Amílcar: 257
 Cadavid, Amparo: 217, 239
 Cajías, Lupe: 98
 Calderón Rodríguez, Ivonne: 39
 Caledane, Luis: 144
 Caletti Kaplan, Sergio: 285, 286
 Calvimones y Calvimontes, Jorge: 288
 Câmara, Hélder: 47, 105
 Camargo, Nelly de: 213
 Camilo Recio, Miriam: 280
 Campero, Guillermo: 300
 Cámpora, Héctor: 29, 150, 161
 Campos Martínez, Luis: 53
 Campos, Andrés: 242
 Capillas Escuelas Radiofónicas: 41
 Capriles, Oswaldo: 188, 190, 194, 259, 278, 293, 319, 334
 Cardenal, Ernesto: 250, 314
 Cardenal, Fernando: 250, 251
 Cardona, Elizabeth de: ver Fox, Elizabeth
 Cardoso, Fernando Enrique: 106
 Carpentier, Alejo: 314
 Carpio, Jorge: 71
 Carvalho Rocha, María Cándida: 215
 Cassigoli Perea, Armando: 22, 288, 328, 333, 341
 Castagnet, Martín Felipe: 299
 Castelli, Eugenio: 161
 Castillo Velasco, Fernando: 105, 107, 122, 128
 Castillo, Alfonso: 243
 Castillo, Carmen: 105, 106, 107, 112, 140
 Castillo, Leonardo: 106, 107, 140
 Castro, Fidel: 120
 Castro, Gerardo: 254
 Castro, Raúl: 293
 Casullo, Nicolás: 32, 152, 156, 157, 195, 285, 292, 293, 297, 298,

300, 307, 320
 Catalán, C.: 297
 CELAM: 42, 45, 46, 47, 51, 53, 63, 247, 269, 271
 Cendales, Lola: 251
 Centro al Servicio de la Acción Popular (CESAP): 31, 231, 236, 255, 263, 266, 271, 333, 336, 346
 Centro Boliviano de Investigación y Acción Educativa (CEBIAE): 240
 Centro de Comunicación Educativa La Crujía: 269
 Centro de Comunicación Jesús María Pellín: 15, 32, 56, 58, 66, 230, 239, 252, 255, 258, 259, 262, 263, 266, 271, 311, 317, 328, 346
 Centro de Comunicación Popular (Uruguay): 240
 Centro de Comunicación Popular de Villa El Salvador: 238, 253, 309
 Centro de Estudios de Comunicación Masiva (CECOM): 158
 Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN): 15, 107, 120, 125, 135, 164
 Centro de Estudios Democráticos de América Latina (CEDAL): 170
 Centro de Estudios Económico-Sociales Vector: 266, 294
 Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo (CE-ESTEM): 287, 318
 Centro de Estudios Ecuménicos (CEE): 246, 255, 256
 Centro de Estudios Socioeconómicos (CESO): 107
 Centro de Estudios y Acción Social Panameño (CEASPA): 240, 242, 255, 264
 Centro de Estudios y Publicaciones Alforja (Costa Rica): 240
 Centro de Indagación y Expresión Cultural y Artística (CENECA): 294, 306
 Centro de Información y Documentación (CIDOB): 240, 242, 255, 264
 Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP): 239
 Centro de Investigaciones en Comunicación Masiva, Arte y Tecnología de la Ciudad de Buenos Aires (CIMCAT): 157

- Centro de Teleducación de la Universidad Católica de Lima (CE-TUC): 237, 238, 333
 Centro Dominicano de Estudios de la Educación (CEDEE): 240, 251, 252, 256, 264, 280
 Centro Don Bosco: 56
 Centro Editor de América Latina (CEAL): 140, 143, 157, 159
 Centro Gumilla: 239
 Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicaciones para América Latina (CIESPAL), 64, 155, 161, 170, 171, 212, 214, 215, 217, 218, 221, 229, 235, 287, 288, 289, 318, 333
 Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo (IDRC): 235
 Centro Nacional de Capacitación e Investigación para la Reforma Agraria -Perú (CENCIRA): 237
 Centro Nacional de Comunicación Social -CENCOS- (México): 225, 240, 242, 255, 258, 264
 Centro Pedro Fabro: 61, 62
 Chacón, Alfredo: 194, 266
 Chaskel, Pedro: 173
 Chávez, Cornejo: 88
 Chomsky, Noam: 49
 Chonchol, Jacques: 106, 107
 Chungara, Domitila: 317, 320
 Ciappina, Carlos María: 158, 159, 161
 Cid Capertillo, Ileana: 288
 Círculo de Periodistas de la Academia del Humanismo Cristiano (Chile): 294
 Cirese, Alberto Maria: 246, 321
 Cirigliano, Gustavo: 54
 Cisneros, Gustavo: 41
 CLAVE: 56
 Cloutier, Jean: 20, 200, 201, 235, 260
 Cocca, Armando: 193
 CODECAL: 56
 Codina, Víctor: 49
 Cohn, Gabriel: 213
 Cole, Richard: 170, 171
 Colectivo de Comunicación Popular (Colombia): 239
 Collin, Claude: 321
 Colmenero, Julio: 157
 Colomina de Rivera, Marta
- Comisión Evangélica Latinoamericana de Educación Cristiana (CELADEC): 15, 31, 32, 231, 234, 238, 239, 242, 243, 246, 251, 252, 254, 264, 271, 275, 276, 278, 280, 301, 321, 333, 335, 337, 341, 344
 Comisión Internacional para el Estudio de los Problemas de Comunicación de la UNESCO (Comisión MacBride): 187, 193, 194, 198, 200, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 241, 269, 275, 276, 277, 294
 Confederación Interamericana de Educación Católica (CIEC), 63
 Confederación Latinoamericana de Educación Fundamental Integral (COLEFI): 42
 Confederación Obrera Boliviana: 99
 Conferencia Latinoamericana de Religiosos (CLAR), 63
 Conferencia Nacional de Sacerdotes de Guatemala: 303
 Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO): 278, 345
 Contreras Bugde, Eduardo: 56, 216
 Convención Nacional de Presbíteros de Ecuador: 303
 Cooke, John William: 144, 153
 Cooperativa Agraria Limitada de Sociedades de Fomento Rural (CALFORU): 235
 Coraggio, José Luis: 220
 Cordera, Rolando: 298
 Córdova Galarza, Gonzalo: 170, 171, 213, 214
 Coronato, Miguel: 149
 Corredor, Bertha: 40
 COSPA: 260
 Costa Oliveira, Elza Maia: 44, 336
 Cotler, Julio: 176
 Coutinho, Laerte: 240
 Cremoux, Raúl: 173
 Cristianos para el Socialismo (Chile): 238
 Crivos, Marta: 176, 181
 Cuadernos de Capacitación: 254
 Cuadernos de Comunicación de Base: 67
 Cuadernos de Educación Popular: 123
 Cuadernos de Educación: 67
- Cuadernos de la Realidad Nacional: 108, 114, 122
 Cuadernos de Marcha: 46
 Cuadernos de Pasado y Presente: 140
- D**
- D'Arcy, Jean: 190, 193, 260
 D'Escoto, Miguel: 250
 Da Silva, Lula: 240
 Damián, Juan: 50
 Darnton, Robert: 10, 14
 David Amorim, José Salomao: 319
 David, Guillermo: 76
 de Castro, Josué: 103
 De Certeau, Michel: 14
 De Charras, Diego: 157
 De Guio, Susanna: 8
 De Lella, Cayetano: 255, 256
 De Lima, Venicio Artur: 107
 De Zavalía, Víctor: 157
 Debord, Guy: 145
 DECOS-CELAM: 38, 56, 248, 249, 269, 270, 271
 Deere, Carmen Diana: 220
 Deira, Ernesto: 157
 Del Barco, Oscar: 120
 Del Campo, Esteban: 213
 Del Carril, Hugo: 154
 Delgado, Carlos: 86
 Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI): 49
 Derrida, Jacques: 120
 Desarrollo y Comunicación en América Latina y el Caribe (DE-COM): 269, 271
 DESCO: 15, 80, 92, 173, 238, 242, 298, 307, 339
 Deuve-Méry, Hubert: 193
 Di Modugno, Lucía: 157
 Diálogo Social (Panamá): 240, 242, 255
 Diario Correo (Perú): 91
 Diario El Comercio (Perú): 86, 88
 Diario El Día (México): 284, 329
 Diario El Mercurio (Chile): 106
 Diario El Peruano (73)
 Diario Excelsior (México): 292
 Diario Expreso (Perú): 73, 86, 87, 88, 90, 159

- Diario Extra (Perú): 73, 87
 Diario La Crónica (Perú): 73, 85, 88, 90, 91
 Diario La Jornada (México): 284
 Diario La Nación: 270
 Diario La Opinión (Argentina): 145, 152
 Diario La Prensa (Argentina): 144
 Diario La Prensa (Perú): 86, 88, 90, 91
 Diario La Voz (Argentina): 325
 Diario Mayoría (Argentina): 145
 Diario Noticias: 85, 86, 144, 260
 Diario Ojo (Perú): 86
 Diario Última Hora (Perú): 86
 Diario Unomásuno (México): 284
 Dias de Souza, Paulo: 214
 Díaz Bordenave, Juan: 21, 22, 24, 31, 76, 187, 189, 198, 199, 214, 215, 216, 221, 222, 223, 228, 237, 260
 Díaz Rangel, Eleazar: 91, 255, 271
 Díaz, Carlos: 140
 Dimensión Educativa (Colombia): 239
 Diviani, Ricardo: 11, 153, 155, 162, 163
 Dorfman, Ariel: 81, 111, 121, 123, 124, 125, 127, 134, 141, 145, 299, 300, 341
 Dos Santos, Theotonio: 49, 106, 110, 129, 314
 Dosse, François: 10, 12, 14
 Douhourq, Carlos Alberto: 176
 Drinot Silva, Rafael: 173
 Duestúa Ramírez, Arturo: 214
 Dujovne, Marta: 153
 Durante Rincón, Esther: 41
 Dussel, Enrique: 48, 66, 166, 243, 314
- E**
- Echeverría, Luis: 284, 285, 286, 287, 313, 333
 Echeverría, Rafael: 107
 Eco, Umberto: 16, 77, 144, 176, 317
 Ediciones de la Flor: 145
 Ediciones del Caballito: 299
 Editora Nacional Quimantú: 111, 118, 119, 122, 123, 124, 134, 153, 346
 Editorial Edicol: 314
 Editorial Folios: 298
 Editorial Galerna: 174, 299
 Editorial Granizo: 298, 306
 Editorial Nueva Imagen: 298, 299, 305, 306
 Editorial Palestra: 159
 Editorial Parnaso: 159
 Editorial Patria Grande: 269
 Editorial Premiá: 314, 317, 318
 Editorial Siglo XXI: 140, 155, 161
 Editorial Signos: 140, 157
 Editorial Tiempo Contemporáneo: 176
 Editorial Triángulo: 159
 Editorial Universitaria de Buenos Aires (EUDEBA): 145, 156, 159
 Editorial Vozes: 271
 Editorial Zig-Zag: 122, 153
 Educación Radiofónica de Bolivia (ERBOL): 42
 Eek, Hilding: 294
 El Diario de Marka (Perú): 91, 225, 253, 309
 El Oteifi, Gamal: 193
 Encinas Valverde, Orlando: 320, 325
 Engels, Friedrich: 114
 Enzensberger, Hans Magnus: 65, 66, 146, 147, 171, 226, 266, 315, 319, 339
 Erazo, Viviana: 298, 305
 Erreguerena, María Josefa: 296
 Escobar, Alberto: 176
 Escuelas Radiofónicas de Huayacocotla: 320
 Espinal Camps, Luis: 101
 Espinosa, Felipe: 243, 244, 245, 246
 Esteinou Madrid, Javier: 318, 328, 333
 Esteva, Gustavo: 331, 333
 Estévez, Jaime: 297
 Exeni, José Luis: 190, 192
 Ezcurra, Ana María: 255, 256
- F**
- Facultad de Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO): 107
 Fadul, Anamaria
 Fagen, Patricia: 107
 Fagen, Richard: 107, 199
 Fajnzylber, Fernando: 49
 Fan, K. H.: 181
 Faraone, Roque: 169, 170, 173, 190, 214, 240
 Fasano, Patricia: 8
 Febvre, Lucien: 13
 Federación Latinoamericana de Periodistas (FELAP): 271, 277, 285, 288, 292, 294, 346
 Fernández Christlieb, Fátima: 278, 286, 336
 Fernández Maldonado, Jorge: 84
 Ferrari, León: 157
 Ferrarini, Stella: 176, 181
 Ferrer, Julio: 159, 292
 Festa, Regina: 8, 239, 240, 271, 275
 Fiori, Ernani Maria: 106
 Florez McGregor, Jorge: 148
 Fogwill, Rodolfo: 143, 159
 Ford, Aníbal: 140, 156, 157, 318
 Foro del Tercer Mundo: 290
 Foubert, Charles: 241, 275
 Fox, Elizabeth: 19, 78, 84, 90, 93, 94, 191, 216, 220, 235, 298, 305
 Franco, Juan Pablo: 144
 Fraser, Colin: 200
 Frei Montalva, Eduardo: 41, 93, 103, 110, 119
 Freinet, Célestin: 63
 Freire, Paulo: 17, 20, 43, 44, 48, 54, 57, 63, 66, 69, 79, 80, 103, 106, 107, 108, 169, 178, 182, 198, 199, 200, 201, 206, 215, 226, 237, 244, 250, 251, 257, 260, 263, 264, 265, 271, 299, 305, 317, 323, 332, 335, 336
 Frenz, Helmut: 49
 Fresenuis, Gerardo: 179
 Frey, Fredrick: 189
 Fuentes Navarro, Raúl: 107, 194, 213, 285
 Fundación Broederlijk: 255, 333
 Fundación CEBEMO (Holanda): 280
 Fundación Dag Hammarskjöld: 193, 203, 290
 Fundación Ford: 212
 Fundación Friedrich Ebert (FES): 170, 213, 214, 216, 298, 313, 333
 Fundación Konrad Adenauer: 57, 333
 Fundación Rockefeller: 104
 Funes, Santiago: 18, 23, 70, 109, 113, 120, 140, 164, 182, 256, 327, 336
 Furtado, Celso: 49, 146

G

Galeano, Eduardo: 173
 Galtring, John: 222
 Garaudy, Roger: 267
 Garavaglia, Juan Carlos: 140
 Garbarino, Stella Maris: 155
 Garcés, Joan: 128
 García Canclini, Néstor: 79, 80, 143, 152, 156, 316
 García Corredor, Claudia Pilar: 183
 García Espinosa, Julio: 119, 178
 García Lupo, Rogelio: 95, 156, 159
 García Márquez, Gabriel: 193, 194, 209, 267, 269, 293, 316
 García, Amable Rosario: 223
 García, Diego: 140
 García, Marco Aurelio: 107
 Gargurevich Regal, Juan: 72, 73, 74, 77, 78, 84, 89, 90, 91, 226, 238, 253, 334
 Garretón, Manuel: 107
 Gaspar, Jorge: 145
 Gaudichaud, Franck: 129, 130
 Geerts, Andrés: 56, 57
 Gelman, Juan: 156, 157, 177
 Gené, Juan Carlos: 149, 150, 181
 Gerace Larufa, Frank: 16, 18, 60, 66, 67, 68, 69, 70, 78, 79, 80, 81, 82, 83, 92, 101, 102, 178, 179, 180, 181, 196, 198, 199, 200, 201, 215, 226, 236, 260, 327, 330
 Gerbaldo, Judith: 8
 Getino, Octavio: 141, 154, 160, 161, 178, 318, 324
 Gilman, Claudia: 10, 114, 139, 140, 147, 171, 348
 Giménez Montiel, Gilberto: 21, 243, 244, 245, 246, 247, 251, 256, 262, 266, 271, 332, 341
 Giraud, Pierre: 141
 Gobbi, María Cristina: 336
 Gociol, Judith: 140
 Golconda (Colombia): 303
 Goldmann, Lucien: 317
 Goldstein, Daniel: 179
 Gómez Maldonado, Jorge: 269, 270, 325
 Gómez, Luis Aníbal: 194, 270
 Gonzaga Motta, Luiz: 216, 229, 230, 231, 232, 264, 278, 319, 323
 Gonzáles Quintanilla, Luis: 101,

345
 González Manet, Enrique: 226, 296
 González Muñoz, Efraín Lizandro: 192
 González Sánchez, Jorge: 244, 246, 320, 321, 322
 González, Daniel: 325
 González, Néstor Daniel: 24, 89
 Gordon Strasser, Alicia: 288
 Gorostiaga, Xabier: 297
 Goulart, João: 44, 76, 106
 Goutman Bender, Ana: 288
 Gramsci, Antonio: 114, 115, 172, 243, 246, 265, 321, 324, 341
 Granados Chapa, Miguel Angel: 225, 318, 319
 Graziano, Margarita: 9, 23, 26, 156, 176, 194, 267, 318, 335
 Green, Reginald Herbold: 290, 301, 302
 Gregorio XVI: 37
 Greimas, Algirdas Juluis: 317
 Grosscors, Guido: 191
 Grupo FASE (Brasil): 230
 Grupo Octubre (Argentina): 152
 Guagnini, Luis: 157
 Guevara, Ernesto: 132, 214
 Guinsberg, Enrique: 297
 Gumucio-Dagron, Alfonso: 98, 251, 321, 325, 331
 Gunder Frank, André: 106
 Gutiérrez Pérez, Francisco: 53, 59, 60, 61, 200, 260, 304, 310, 317
 Gutiérrez Sánchez, Jaime: 213
 Gutierrez Vega, Hugo: 173
 Gutiérrez, Gustavo: 48, 66, 79, 183

H

Hamelink, Cees: 74, 91, 208, 275, 293, 294, 297, 333
 Harnecker, Marta: 123
 Harris, Tom: 98
 Heredia, Pablo: 155
 Herralde, Jorge: 65
 Hester, Al: 290
 Hinkelammert, Franz: 49, 106, 226
 Hiriart, Berta: 295
 Hirszt, Ana: 52, 61, 62, 236, 336
 Hönig, Jorge: 143

Hopen, Daniel: 143
 Horkheimer, Max: 146
 Horton, Myles: 44
 Houtart, François: 104, 182, 256
 Huergo, Jorge: 61

I

IBASE: 341
 ICECOOP: 231
 Iglesia del Pueblo (Chile): 303
 Iglesia Joven (Chile): 303
 Iglesias, Martín: 8
 INCUPO: 56
 Indart, Juan Carlos: 149, 157
 Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria -ICIRA- (Chile), 103, 106, 107
 Instituto de Investigaciones de la Comunicación -ININCO- (Venezuela): 92, 194, 217, 259, 266
 Instituto de Promoción Económico Social de Uruguay (IPRU): 235
 Instituto de Radio y Televisión (IRT-Chile): 110
 Instituto Latinoamericano de Comunicación de Masas (ILCO-DEMA): 42
 Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET), 15, 194, 195, 217, 258, 266, 268, 270, 271, 276, 277, 283, 287, 288, 289, 292, 293, 294, 295, 298, 299, 301, 305, 306, 317, 318, 319, 322, 324, 326, 327, 328, 333, 334, 335, 337, 346
 Instituto Mexicano para el Desarrollo Comunitario (IMDEC): 246
 Instituto Nacional de Teleducación-INTE (Perú): 82, 154, 171
 Instituto Para América Latina (IPAL): 300
 INTERCOM: 271

J

Iturrieta, Aníbal: 159
 Jaimes, Diego: 26
 Janssens, Armando: 236
 Janus, Noreene: 278, 293, 297, 307, 348

Jara Holliday, Oscar: 11, 28, 44, 106, 238, 240, 254, 329, 330, 332
Jaureche, Artuto: 145, 153
Jayaweera, Neville: 275
Jitrik, Noé: 156
Jofré, Manuel: 124, 125, 126, 127
Johannensen, Richard: 200, 260
Jorgensen, Enrique: 157
Juan Pablo II (Karol Józef Wojtyła): 233, 248, 250, 256, 270
Juan XXIII: 40, 42, 47
Julien, Claudie: 144

K

Kambarage Nyerere, Julius: 290
Kaplún, Daniel: 235
Kaplún, Gabriel: 235
Kaplún, Mario: 20, 31, 50, 51, 52, 53, 57, 58, 61, 62, 63, 64, 76, 77, 169, 178, 194, 198, 200, 201, 215, 216, 217, 221, 223, 226, 227, 228, 230, 234, 235, 236, 237, 243, 252, 258, 265, 266, 271, 294, 311, 327, 332, 334, 335, 336, 346
Kejval, Larisa: 7, 8, 9, 15, 23, 328
Kirsteva, Julia: 16
Koaik, Eduardo: 271
Koselleck, Reinhart: 9, 13
Kropel, Francisco: 156
Kubitschek, Juscelino: 76
Kuhn, Rodolfo: 153
Kuncar Camacho, Gridvia: 98, 100, 331, 334

L

Labarca, Guillermo: 173, 175
Laboratorio Educativo: 67
LaCapra, Dominick: 12, 24
Laguzzi, Jorge: 230
Lamas, Ernesto: 19, 23, 313
Landi, Oscar: 318
Langenbucher, W. R.: 170
Laplace, Víctor: 153
Larraín, Jorge: 107, 122, 128
Lasswell, Harold: 198, 201, 243, 313, 340
Lastiri, Raúl: 151
Latorre Cabral, Hugo: 45, 46, 48
Lavintman, Jazmín: 157

Lázaro, Hernando: 69, 70, 80, 92, 327, 330
Lazarsfeld, Paul: 144
Lechner, Norbert: 106
Lee, John: 189
Lenarduzzi, Víctor: 26, 172, 178, 179, 320, 322
Lenguaje Total [Movimiento / Centro]: 53, 58, 346
Lenin, Vladimir: 115, 116, 118, 120, 134, 141
León Duarte, Gustavo Adolfo: 214
León XIII: 37
Leoni Otero, Raúl: 41
Lerner, Daniel: 144, 189
Lewin, Hugo: 23, 313
Lewis, Peter M.: 215
Lichtensztejn, Samuel: 297
Lifschitz, Edgardo: 297
Lihn, Enrique: 109, 111
Lima, Hermes: 76
Limeira de Melo, Carlos Borromeu: 278
Lins Da Silva, Carlos Eduardo: 223, 224
Littin, Miguel: 250
Lizarzaburu, Alfonso: 79, 80
Lizondo, Liliana: 8, 9
Llares Retrepo, Carlos: 93
Llobet, Cayetano: 256
Llórens, José Antonio: 78
Lombardi Satriani, Luigi: 246, 321
López Arellano, Oswaldo: 192
López Portillo, José: 285, 286
López Vigil, José Ignacio: 41, 42, 52, 331
López Vigil, María: 52
López, Atilio: 164
López, Froylan: 173
López Martín, Sara: 341
Losev, Sergei: 193, 195, 209
Lozada, Fernando: 331, 334
Lozada, Salvador María: 145
Luaces, Daniel: 143
Lubis, Mochtar: 193
Ludmer, Josefina: 156
Lukács, Georg: 317
Luna Serrano, Joaquín: 39
Lunacharski, Anatoli: 115, 116

M

M 'Bow, Amadou-Mahtar: 190, 208
Ma Ekonzo, Elebe: 193, 194
Macassi, Sandro: 88, 90
MacBride, Sean: 193, 194, 207
Machel, Samora: 257
Mackenzie, Michael: 297
Mactas, Mario: 153
Maffulo, Eliana: 191, 192
Magarola, Oscar: 9
Maira, Luis: 324
Mancilla Romero, Jorge: 320
Mancuso, Mariano: 325
Marcuse, Herbert: 146
Mariátegui, José Carlos: 257
Marini, Rui Mauro: 106
Mariño, Germán: 251
Marques de Melo, José: 64, 264, 265, 266, 271, 328, 336
Martín-Barbero, Jesús: 169, 182, 217, 229, 230, 319, 322, 323, 324, 334, 346
Martin, Henri-Jean: 13
Martín, Marcel: 145
Martínez Baca, Alberto: 165
Martínez Prado, Hernando: 278
Martínez Terrero, José: 21, 39, 44, 50, 51, 52, 58, 66, 67, 194, 215, 236, 260, 261, 268, 271, 345
Martínez, Ricardo: 67
Martins de Carvalho, Horacio: 215
Marx, Karl: 114, 120
Mas, Santiago: 144
Masllorens, Enrique: 153
Masmoudi, Mustapha: 193, 194, 209
Massota, Oscar: 153
Mata, María Cristina: 16, 31, 163, 164, 165, 178, 200, 224, 228, 233, 237, 238, 239, 242, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 264, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281, 282, 318, 320, 332, 335, 337, 341, 346
Matos Mar, José: 176
Mattelart, Armand: 16, 18, 21, 23, 70, 81, 103, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 117, 120, 121, 123, 124, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 140, 141, 146, 147, 149, 155, 157, 161, 169, 170, 172, 174, 179, 180, 181, 182,

199, 214, 226, 239, 250, 253, 256, 257, 260, 266, 278, 279, 280, 284, 290, 298, 299, 317, 319, 320, 322, 327, 334, 335, 336, 341, 344, 348

Mattelart, Michèle: 105, 106, 107, 108, 109, 118, 123, 131, 135, 149, 169, 173, 175, 180, 253, 299, 305, 317, 319, 335

Mauro, José: 160

McKenzie, Donald: 13

McLuhan, Marshall: 53, 54, 59, 66, 147, 317

Meditsch, Eduardo: 107

Medvedkin, Aleksandr: 115

Melendez, Eugenio: 325

Melgar, Juan Alberto: 192

Menéndez, Eduardo: 176

Mensuario TransAtlantik: 171

Merino Ultreras, 214

Merton, Robert: 144

Metzinger, Luciano: 51, 56, 271

Meyerhold, Vsévolod Emílievich: 115, 117

Miguel Bonino, José: 49

Misael Pastrana Borrero: 41

Moctar Thiam, Mamadou: 290

Modlane, Eduardo: 257

Moeller, Wolfgang: 79, 81

Moles, Abraham: 200

Molina y Vedia, Silvia: 288

Molina, Fernando: 291

Moncloa, Francisco: 71, 73, 74, 79, 87, 88, 90, 177

Monsivais, Carlos: 173

Montesinos Metz, Dora: 238

Moragas Spà, Miquel de: 14, 16

Morales Bermúdez, Francisco: 77, 191, 237, 283

Morales, Eduardo: 121

Morin, Edgar: 16, 144, 157

Moro, Sebastián: 165, 166

Morone, Rodolfo: 157

Movimiento de los Países No Aliados: 31, 137, 187, 204, 269, 272, 285, 291, 303

Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo: 238, 303

Movimiento Educativo de Base (MEB): 44, 47, 198

Movimiento ONIS (Perú): 48, 303

Mujica, Héctor: 259

Muniz Jr., José de Souza: 14, 15

Munizaga, Giselle: 111, 278, 294

Muñoz Flores, Constanza: 121, 123

Muñoz G., Rolando: 175

Muñoz Ledo, Porfirio: 293

Muraro, Heriberto: 143, 144, 145, 147, 148, 149, 150, 151, 156, 158, 166, 170, 171, 176, 318, 339

Musto, Esteban: 40

N

Nagai, Michio: 193

Neotti, Clarêncio: 271

Nerfin, Marc: 293

Neruda, Pablo: 288

Nethol, Ana María: 158, 173, 176, 181, 215, 278, 318, 319, 321, 335

Nixon, Raymond: 198

Noé, Luis Felipe: 156

Nómez, Naín: 175

Nordenstreng, Kaarle: 275

Novoa, Eduardo: 293

Nudelman, Ricardo: 287

O

O ' Sullivan Ryan, Jeremiah: 57, 58, 258, 271

Obregón Cano, Ricardo: 237

OCIC / SAL-OCIC: 37, 49, 51, 53, 236, 269, 270, 271

Olaya, Nohora Helda: 336

Olivares, Augusto: 130

Oliveira Lima, Lauro de: 304

Oliveira, Francisco de: 297

Olivera, Manuel: 50, 53, 57, 62, 63, 67, 249

Olson, Gunnar: 156

Oñate Z., Rody: 175

Ordóñez, Marco: 170, 214, 215, 288

Orfila Reynal, Arnaldo: 140

Organización Holandesa para la Cooperación Internacional (NOVIB): 324

Ornstein, Jorge Luis: 236

Ortega, Carlos: 78, 91, 92, 216, 218, 219, 220, 297

Ortega, Gregorio: 73

Oseguera, Antonio: 320

Osolnik, Bogdan: 193, 269

Osorio Melendez, Hugo: 76

Ossandon, Fernando: 230, 240

Ovando Candía, Alfredo: 29, 93, 94, 95, 99, 101, 317

Oves, Santiago Carlos: 152

P

Pablo VI: 45, 46, 47

Packard, Vance: 146

Pacto Andino: 30, 31, 92, 136, 187, 193

Padín, Candido: 271

Padres de Marykroll: 41

Páez, Alicia: 157

Paiva, Alfredo: 22, 164, 178, 237, 238, 240, 242, 251, 252, 253, 255, 276, 325, 335, 341

Palacios, Alfredo: 159

Palomino Salvador: 75, 76

Palti, Elías: 18

Pando Pacheco, Edgardo: 154

Panettieri, José: 159, 344

Pareja, Reynaldo: 320

Parrales, Edgar: 250

Pascal Allende, Andrés: 104

Pasquali, Antonio: 20, 170, 189, 194, 198, 199, 201, 214, 226, 230, 237, 260, 271, 288, 317

Pasquini Durán, José María: 152, 192, 216, 225, 269, 271, 318

Paulo VI: 37, 247

Pavlic, Breda: 202, 275

Payró, Ana Lía: 144

Paz, Néstor: 302

Peirano Falconi, Luis: 73, 80, 84, 88, 89, 90, 91, 92, 237, 278, 319

Peñaloza, Walter: 88

Peppino Barale, Ana María: 16, 19, 37, 39, 40, 41, 43, 48, 50, 52, 57, 248

Pereira, Raimundo: 229

Pérez Aznar, Ataúlfo: 158

Pérez Cornejo, Paula: 121, 123

Pérez Iribarne, Eduardo: 137

Pérez, Carlos Andrés: 30, 177, 191

Perón, Juan Domingo: 29, 150, 268

Petras, James: 95

Piacentini, Pablo: 86

Piccini, Mabel: 105, 106, 107, 109, 118, 123, 135, 164, 175, 180, 288, 305, 335

Picco, Ernesto: 151
 Pichersky, Jaime: 318
 Pichón Riviere, Enrique: 157
 Piglia, Ricardo: 176
 Pinochet, Augusto: 283
 Pinto Parabá, Miguel: 95, 96, 97, 98, 99
 Pinto Vallejos, Julio: 128
 Pío IX: 37
 Pío VI: 37
 Pío XI: 37
 Pío XII (Angelo Giuseppe Roncalli): 37, 44
 Piscator, Erwin: 117
 Poblete Cortés, Mariana: 121, 123
 Poniatowska, Elena: 140
 Pontificio Consejo para las Comunicaciones Sociales: 37, 53
 Ponza, Pablo: 163
 Portales Cifuentes, Diego: 266, 278, 294, 297, 298, 306, 307, 334, 335, 337, 338, 339, 340, 341, 344, 348
 Portales, Pablo: 298,
 Prieto Castillo, Daniel: 32, 165, 166, 167, 168, 237, 288, 310, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 324, 333, 335, 347
 Prieto, Iris: 41
 Proaño, Leónidas: 233
 Proaño, Luis: 216, 229
 Pronk, Johannes Pieter: 193
 Puigorss, Rodolfo: 145
 Pulleiro, Adrián: 56
 Pye, Lucien: 189

Q

Quadros, Janio: 44
 Quijano, Aníbal: 226
 Quiroga Santa Cruz, Marcelo: 95, 96, 99, 256, 284
 Quiroga, Néstor Hugo: 221

R

Radio del Valle del Mezquital: 320
 Radio e TV Difusôra Portoalegrense (Brasil): 51
 Radio Enriquillo: 256, 281, 282, 320
 Radio Fe y Alegría: 271
 Radio Fides (Bolivia): 101
 Radio Futura: 25
 Radio Nederland: 237
 Radio Peñas: 41
 Radio Pío XII: 41, 42
 Radio Sandino: 332
 Radio Santa María (República Dominicana): 43, 245, 315
 Radio Sutatenza: 38, 51, 52, 193, 204
 Radio Tabacundo (Ecuador): 193
 Radio Vaticano: 37
 Raghavan, Chakravarti: 290, 302
 Rama, Ruth: 297
 Ramírez, Alejandro: 11, 283
 Ramirez, Sergio: 250
 Ramos Martín, Juan: 8, 18
 Ramos, Jorge Abelardo: 95
 Ramos, María Alejandra: 41
 Ramos, Sergio: 122
 Ramphal, Shridath: 293
 Rapoport, Hugo: 143
 Rebelo, Jorge: 257
 Recabarren, Luis Emilio: 115, 344
 Resca, Inés: 107
 Revista / Boletín Comunicación: 66, 67, 234, 258, 262, 263, 264, 266, 267, 268, 328
 Revista Análisis (Chile): 309
 Revista Antropología del Tercer Mundo (Argentina): 260
 Revista Chasqui: 31, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 231, 235, 258, 264, 328, 337
 Revista Christus: 32, 58, 234, 243, 260, 262, 264, 266, 327, 343
 Revista Cine Cubano: 114
 Revista Comunicação e Sociedade: 265, 327
 Revista Comunicación y Cultura: 31, 49, 80, 84, 85, 94, 130, 135, 170, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 195, 246, 289, 299, 318, 319, 320, 322, 323, 328, 330, 331, 346
 Revista Cormorán: 111
 Revista Crisis: 140, 144, 147, 159, 173, 176, 177, 191, 284
 Revista Cristianismo y Revolución: 139, 260
 Revista Cultura Popular: 254
 Revista De Frente (Argentina): 260
 Revista De Frente: 127

Revista Denuncia: 260
 Revista Dinamis: 143, 159
 Revista Educación Hoy: 69
 Revista El Montonero (Argentina): 260
 Revista Envido (Argentina): 260
 Revista Estrella Federal: 260
 Revista Estrella Roja (Argentina): 260
 Revista Evita Montonera (Argentina): 260
 Revista Información (Argentina): 260
 Revista ININCO: 267, 327
 Revista Izquierda Popular: 260
 Revista Jerónimo (Argentina): 237, 260
 Revista La Bicicleta (Chile): 309
 Revista La Pulseada: 25
 Revista Los Libros: 71, 95, 108, 109, 111, 112, 114, 139
 Revista Media Development: 275
 Revista Nuevo Hombre (Argentina): 260
 Revista Nuevo Hombre: 152
 Revista Participación (Perú): 75
 Revista Pensamiento Crítico: 114
 Revista Primera Plana (Argentina): 152
 Revista Proceso (México): 284, 292, 309
 Revista Punto Final: 112, 113
 Revista Puro Pueblo (Argentina): 260
 Revista UNDA-AL Comunicación: 32, 234, 269, 270, 271, 345
 Rey, José Ignacio: 67, 259, 261, 263, 268
 Reyes Bacca, Oscar: 192, 216
 Reyes Matta, Fernando: 16, 18, 20, 24, 29, 30, 32, 103, 104, 110, 136, 137, 148, 179, 187, 188, 193, 194, 198, 199, 200, 201, 211, 212, 226, 230, 250, 256, 270, 278, 287, 288, 289, 290, 291, 294, 296, 297, 298, 300, 302, 306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 315, 318, 319, 324, 325, 327, 328, 329, 331, 333, 334, 335, 336, 337, 340, 343, 344, 345, 346, 347.
 Reyes Velasquez, Jaime: 100
 Reyes, Víctor: 107
 Ribeiro, Darcy: 45, 74, 76, 144, 178, 293

- Ribero Salles, Paula: 254
 Richard, Pablo: 173
 Richards, Cecilia: 106
 Richards, Jorge Andrés: 258, 297, 298, 309, 327, 334
 Richeri, Giuseppe: 194
 Ricœur, Paul: 27
 Rinesi, Eduardo: 11, 24, 349
 Riofrío, Gustavo: 80, 81, 238
 Ríos, Humberto: 143
 Rivadaneira Prada, Raúl: 297
 Rivera Aravena, Carla: 107, 108
 Rivera, Jorge: 156
 Rivero Herrera, José: 214
 Rivero, Eduardo: 143
 Robina, Soledad: 296, 297, 325, 334
 Rodríguez, Abelandia: 175
 Rodríguez, Alejandro: 40
 Rodríguez, Alfredo: 238
 Rodríguez, Clemencia: 239
 Rodríguez, Gabriel: 298
 Rodríguez, Ignacio: 243
 Rogers, Everett: 189, 199, 201
 Roig Domínguez, Gustavo: 341
 Rojas Pinilla, Gustavo: 41
 Romano, Eduardo: 143, 156, 157
 Romero, Carlos: 91
 Romero, Óscar Arnulfo: 254
 Roncagliolo, Rafael: 19, 23, 29, 32, 80, 81, 88, 89, 90, 159, 198, 226, 255, 260, 271, 278, 285, 288, 289, 290, 292, 293, 294, 296, 298, 300, 302, 303, 304, 306, 307, 310, 325, 334, 335, 336, 348
 Rondón, César Miguel: 67
 Rubin, Jane: 179
 Ruíz Contardo, Eduardo: 49
 Ruiz Eldredge, Alberto: 88, 90, 293, 298, 304
 Ruíz, Carlos: 298
 Ruíz, Jorge: 188
- S**
- Saadi, Vicente: 325
 Sábato, Jorge: 297
 Sacerdotes para el Pueblo (303)
 Sáez Baeza, Chiara: 18
 Salazar Bondy, Augusto: 79, 82, 156, 182, 293
 Salazar, Mario: 125
 Salcedo, Antonio José: 38
 Salcedo, José Joaquín: 38, 41, 42
 Salinas Bascur, Raquel: 110, 216, 270, 271
 Salvatore, Gastón: 171
 Samoilovich, Daniel: 143
 Sampay, Arturo: 145
 Samuel Pérez Barreto: 82
 Sánchez Narvarte, Emiliano: 10, 265
 Sánchez, Álvaro: 40
 Sánchez, Pedro: 19
 Sanhueza, Gabriel: 175
 Sanjinés, Jorge: 100
 Santa Ana, Julio: 49, 169
 Santa Cruz, Adriana: 294, 298, 305, 334, 335
 Santoro, Eduardo: 170
 Santos, Enrique: 179
 Sarlo, Beatriz: 144
 Sauvy, Alfredo: 103
 Savio, Roberto: 269
 Savloff, Guillermo: 159
 Scalabrini Ortíz, Raúl: 153
 Scannone, Juan Carlos: 48, 66
 Schavelzon, Guillermo: 299
 Schenkel, Peter: 144, 170, 187, 214, 215, 216, 217, 218
 Scherer, Julio: 285
 Schiller, Herbert: 136, 275, 287, 288, 290, 297
 Schmucler, Héctor: 32, 71, 120, 124, 140, 141, 156, 158, 159, 161, 169, 170, 172, 173, 174, 176, 179, 214, 278, 284, 288, 292, 298, 299, 307, 320, 322, 335, 348
 Schori, Pierre: 293
 Schramm, Wilbur: 189, 198
 Schulein, Sylvia: 292, 325, 334, 335
 Schumann, Peter: 110, 154
 Segundo, Juan Luis: 49, 61
 Segura, Soledad: 8
 Selder, Georges: 159
 Selser, Claudia: 292, 297,
 Selser, Gregorio: 32, 86, 94, 97, 140, 144, 159, 161, 178, 226, 255, 269, 285, 291, 292, 294, 296, 298, 303, 304, 310, 314, 333
 Semanario Chile Hoy: 131, 175
 Semanario Prensa (Bolivia): 94, 97, 98, 99
 Sempat Assadourian, Carlos: 112, 140
 Seregni, Líber: 302
 SERPAL: 38, 51, 52, 58, 62, 67, 234, 260, 269, 336, 344
 Serra, José María: 238, 242
 Servicio Colombiano de Comunicación Social (SCCS): 239, 264
 Shannon, Claude Elwood: 198
 Silva Oliveira, Nei Roberto: 213
 Silva Pintos, Virginia: 51, 61, 62, 63, 64, 236, 237
 Silva, Ludovico: 288
 Simpson Grinberg, Máximo: 18, 22, 32, 140, 258, 284, 288, 318, 320, 321, 323, 325, 326, 327, 329, 331, 333, 334, 336, 337, 338, 339, 341,
 Sindicato de Luz y Fuerza de Capital Federal: 141, 142
 Sindicato de Radioperiodistas de Managua: 294
 Sindicato de Trabajadores de Prensa de La Paz (STPLP), 96
 Sinigaglia, Roberto: 157
 Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS): 73, 74, 75, 86, 92
 Skinner, Quentin: 7, 9, 11, 12, 13
 Smoje, Oscar: 156
 Smythe, Dallas: 136
 Soffici, Mario: 154
 Sola Pool, Ihiel de
 Solanas, Fernando: 141, 154, 161
 Solezzi, Graciela: 238
 Soliz Rada, Andrés: 96
 Somavía, Juan: 32, 187, 193, 194, 199, 203, 209, 226, 269, 275, 290, 294, 297, 298, 300, 301, 302, 303, 305, 306, 335
 Sorá, Gustavo: 13, 140, 141
 Spivacow, Boris: 140
 Spoletini, Betino: 37, 38, 50, 51, 55, 248, 271
 Steimberg, Oscar: 143, 153, 154, 157, 159
 Strangelaar, Fred: 297, 334
 Stroessner, Alfredo: 243
 Stura, Santiago: 191, 192
 Suárez, Carlos: 144
 Suárez, Hugo José: 100
 Suárez, Jorge: 75, 76

Suasnábar, Claudio: 10
 Sunkel, Guillermo: 298
 Sweezy, Paul: 146, 148, 206, 339
 Szecsko, Tamás: 275

T

Taccone, Juan José: 141
 Taiana, Jorge: 152, 161
 Tamayo, Reynaldo: 78
 Támez, Carlos: 251
 Tándeter, Enríque: 140, 154, 156
 Tapia Delgado, Gorki: 81
 TAREA (Perú): 240
 Taroncher, Miguel: 140
 Tarso Santos, Paulo de: 45, 106
 Taufic, Camilo: 145
 Tauk Santos, Maria Salett: 21
 Teixeira, Anísio: 44
 Telting, Wilfredo: 170
 Terrero, Patricia: 278
 Thordnike, Guillermo: 88, 90
 Timerman, Jacobo: 152
 Tinbergen, Jan: 290
 Tirado Cuenta, Nazario: 83, 170, 171
 Tomic, Radomiro: 108
 Torres Restrepo, Camilo: 40, 302
 Torres, Juan José: 29, 30, 49, 94, 95, 99, 100, 101, 102, 179, 268, 302
 Prats, Carlos: 302
 Toscano, Diego: 155
 Tosco, Agustín: 164
 Touchard, Jean: 12
 Trajtenberg, Raúl: 289, 297
 Traversa, Oscar: 154
 Travolo Poputchi, María Angelica: 297
 Trejo Delarbre, Raúl: 298, 315, 331
 Trostky, Leon: 120
 Tse-Tung, Mao: 114, 120, 181, 290
 Tünnermann, Carlos: 250
 Tunstall, Jeremy: 189

U

Uceda, Ricardo: 226, 253
 UCLAP: 51, 53, 269, 269, 270, 271, 276
 Ulanovsky, Carlos: 145, 146, 149, 151, 153, 173, 181, 285

Ulloa, Manuel: 73
 UNDA / UNDA-AL: 37, 42, 49, 51, 53, 57, 62, 236, 237, 269, 270, 271, 272, 276, 339
 UNESCO: 31
 Unión Cristiana Brasileña de Comunicación: 265, 270
 Unión de Periodistas de Cuba (UPEC): 219, 256
 Unión de Periodistas de Nicaragua: 294
 Unión Venezolana de Centros de Educación Popular: 236
 Universidad de Trabajadores de América Latina (UTAL): 236
 Uranga, Washington: 269, 270, 271
 Uribe Ortega, Hernán: 288, 297
 Uribe, Gabriela: 123
 Urondo, Paco: 156

V

Vaca Gutiérrez, Hernán: 39, 40
 Vaitsos, Constantino: 297
 Valdés, Juan Gabriel: 293, 294, 297, 300
 Valez, Gilberto: 89, 91
 Valle, Norma
 Vallejo, Gerardo: 155
 Van Oeyen, Víctor: 56, 57
 Vanderhoff, Francisco: 246, 247
 Varela, Felipe: 153
 Varsavsky, Oscar: 76
 Vasconi, Tomás: 107, 114
 Vázquez Montalbán, Manuel: 290, 302
 Vega, Juan Enrique: 298
 Velasco Alvarado: 29, 30, 60, 66, 71, 72, 74, 78, 87, 88, 91, 92, 145, 147, 177, 197, 208, 268, 278, 316
 Ventura (Selser), Marta: 159, 291
 Vera, Ernesto: 188, 216, 219
 Verbitsky, Horacio: 30, 85, 86, 87, 90, 91, 178
 Verga, Juan Alberto: 213
 Vergara, Jorge: 179
 Verghese, Boobli George: 193
 Verón, Eliseo: 106, 108, 149, 154, 176, 189, 213
 Vidal Beneyto, José: 17, 308
 Vigorito, Raúl: 289, 297
 Vilar, Norberto: 143

Vilas, Carlos María: 145, 160, 161
 Villa Araujo, Carlos: 144
 Villagrán Díaz, Carlos: 288
 Villamayor, Claudia: 19, 56, 57
 Villanueva, Ernesto: 145
 Villanueva, Víctor: 71
 Villasmil, Xiombra: 278
 Vinelli, Natalia: 9, 22, 23, 24, 341
 Volóshinov, Valentín: 317
 Vuskovic, Pedro: 49

W

Walger, Sylvina: 145, 146, 149, 151, 152, 181
 Walker, Jarito: 152, 157
 Walsh, Rodolfo: 139, 153, 159
 Weaver, Warren: 198
 Weinstein, Barbara: 17, 18, 333
 Wethein, Jorge: 296
 White, Robert: 271, 332
 Wild, Carolina: 163
 Williams, Raymond: 13
 World Association for Christian Communication (WACC): 57, 269, 275, 276
 World Press Freedom Committee, 195
 Wright Mills, Charles: 146, 199
 Wright, Charles: 104

Y

Yankelevich, Pablo: 283, 284, 285, 292, 299

Z

Zabaleta Mercado, René: 122
 Zapata, Mario: 329
 Zarowsky, Mariano: 10, 93, 106, 108, 110, 113, 114, 116, 119, 136, 141, 143, 148, 189, 295, 335
 Zavala, Andrés: 152
 Zenteno, Arnaldo: 246
 Zimmerman, Betty: 193
 Zito Lema, Vicente: 144, 156, 157
 Zolla, Carlos: 120